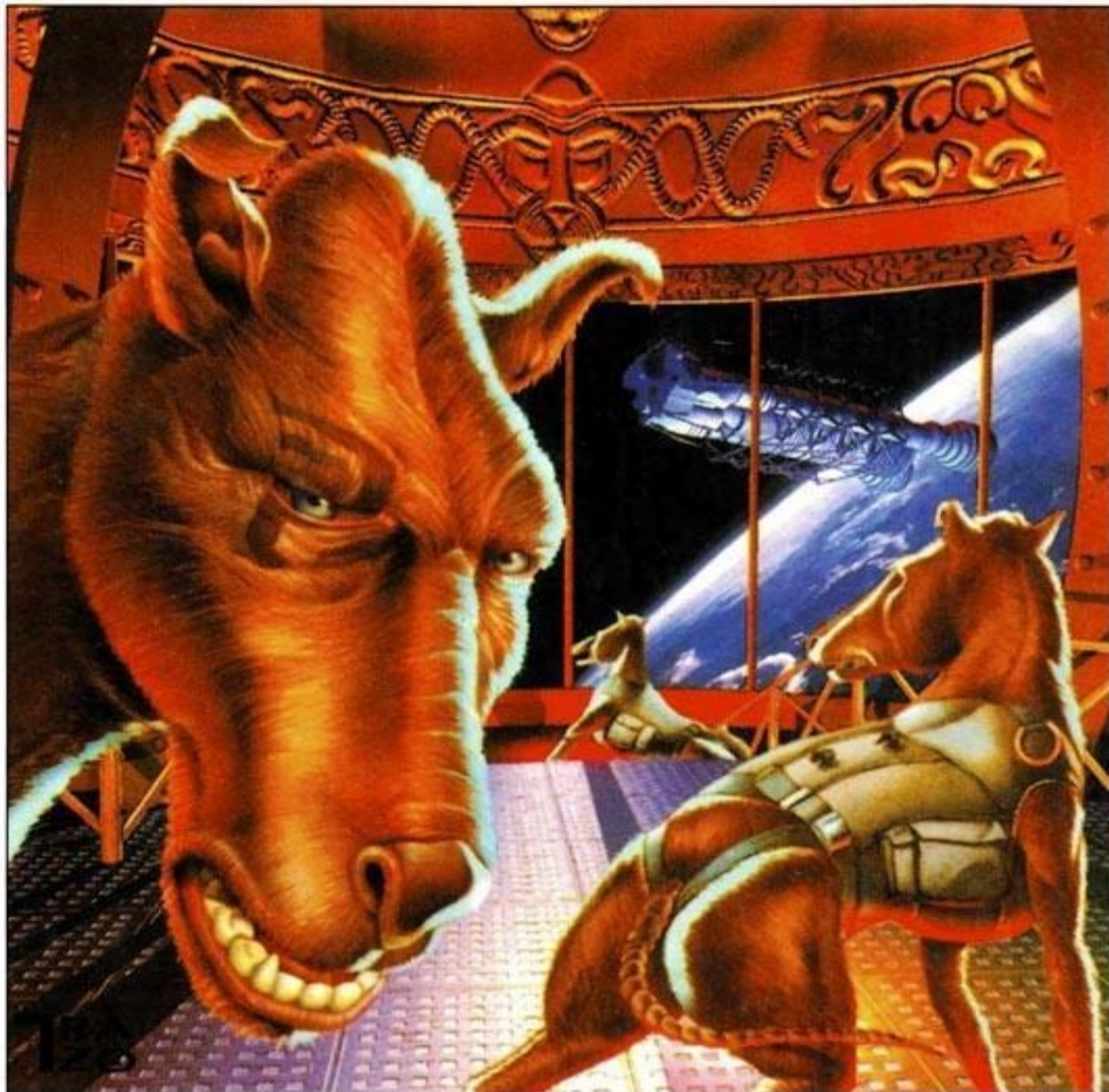


VERNOR VINGE



UN FUEGO SOBRE EL ABISMO

**Premio
HUGO
1993**



NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

En el futuro, la humanidad se integra a una comunidad de seres inteligentes que pueblan la galaxia.

Al intercambiar tecnología y conocimientos, se descubre que en la Galaxia existen diferentes «regiones de pensamiento», es decir, en algunas áreas los procesadores que controlan los microsaltos cuánticos de las naves funcionan más rápido, y por lo tanto es posible «viajar» mas rápido que la luz.

Las regiones de pensamiento no solo afectan los artilugios electrónicos, pues existen lugares como el Trascenso, donde habitan entidades con super-inteligencia, así como las *Honduras sin pensamiento*, donde solo moran las entidades mas básicas.

Lectulandia

Vernor Vinge

Un fuego sobre el abismo

ePUB v1.1

Huygens 28.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *A Fire Upon the Deep*

Vernor Vinge, 1992

Traductor: Carlos Gardini

Diseño/retoque portada: Huygens

Editor original: Huygens (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas: Huygens, castroponce

ePub base v2.0

A mi padre, Clarence L. Vinge, con amor.

Agradezco el consejo y la ayuda de Jeff Alien, Robert Cademy, John Carroll, Howard L. Davidson, Michael Gannis, Gordon Garb, Corky Hansen, Dianne L. Hansen, Sharon Jarvis, Judy Lazar y Joan D. Vinge. Agradezco muchísimo a James R. Frenkel el espléndido trabajo de revisión que ha realizado en este libro. Mi agradecimiento a Poul Anderson por la cita que uso como lema de los Qeng Ho.

PRESENTACIÓN

Hace ya unos años, en 1989, finalizaba mi presentación de la entonces última novela de Vernor Vinge, NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL (1986, NOVA ciencia ficción, número 11), con una sencilla apostilla al siguiente comentario de Faren Milkir en su reseña aparecida en el famoso fanzine LOCUS:

NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL combina el estilo amplio de la ciencia ficción honda con la concentrada atención de una historia de detectives y lo completa con un orquestado clímax final. El resultado es excitante: difícilmente puede uno pasar las páginas lo suficientemente deprisa.

Estoy de acuerdo con Miller y tan sólo espero poder leer pronto la próxima novela de Vernor Vinge incluirla en esta colección.

Hemos tenido que esperar cinco años, aunque Vinge dejara transcurrir seis entre NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL y su última novela, UN FUEGO SOBRE EL ABISMO (1992) que hoy presentamos.

Ha valido la pena.

Es difícil describir todo lo que se encuentra en esta última novela de Vernor Vinge. En mi segunda lectura (al releer la novela en la brillante traducción de Carlos Gardini), he logrado encontrar varias cosas que se me habían escapado en la primera y, estoy seguro, no he agotado todavía los contenidos de UN FUEGO SOBRE EL ABISMO.

Tal vez algún lector pensará, por el anterior comentario, que UN FUEGO SOBRE EL ABISMO es un libro «trascendente» y «pesado». Nada más lejos de la realidad. Vernor Vinge ha logrado con gran efectividad llenar de ideas una novela que se lee, también, al ritmo que impone la acción amenizada por las sorpresas que va desgranando. Un verdadero *tour de force* que, como no podía ser menos, le ha valido ese premio Hugo que tantas veces había estado a punto de obtener, tras haber sido finalista cuatro veces en los últimos años.

Russell Letson, en su comentario a UN FUEGO SOBRE EL ABISMO (LOCUS, marzo 1992) mencionaba la dificultad de resumir el contenido de esta novela. No me resisto a cederle la palabra:

Cuando, al redactar el borrador de esta crítica, intenté esquematizar tan solo lo más básico de la ambientación y de la trama, me encontré de nuevo como en un ejercicio escolar, contando otra vez toda la historia. Y, entonces, se me ocurrió que una parte importante del placer de leer libros como éste reside en la combinación de indicios y pistas que el autor construye en el texto, y eso es, precisamente, lo que ha tenido que hacer Vinge para evitar diálogos interminables o exposiciones de profesor. Por eso voy a atormentarles dando algunas de las pistas y les dejó la diversión de seguir las migajas que Vinge ha dejado caer con gran habilidad a lo

largo de la novela.

Este es, tal vez, uno de los mayores méritos de esta novela. Vinge logra construir, en su mente, un complejo universo y una rica variedad de especies y civilizaciones galácticas, pero lo comunica al lector por medio de la sugerencia inteligente y evita las farragosas explicaciones de tantas malas novelas de la vieja ciencia ficción. Vinge considera adulto e inteligente a su lector y le transmite los contenidos de su universo por sucesivos retazos y pistas que, en su conjunto, maravillan por esa visión global de ese universo en el que los humanos son, tal vez, un simple peón.

En la imaginación de Vinge, dentro de miles de años, son muchas las especies que habitan los más alejados confines del espacio. Desde el Trascenso, donde moran unas entidades superinteligentes, hasta las Honduras Sin Pensamiento donde sólo pueden «funcionar» las criaturas y las tecnologías más simples. Esas «regiones del pensamiento» son un misterio. Al intentar desvelarlo, los científicos humanos del reino de Straumli descubren y liberan un antiguo artefacto Trascendente y, sin querer, desencadenan un Poder terrorífico que destruye millares de mundos y esclaviza a toda inteligencia, natural o artificial.

Tan sólo escapa una nave, a bordo de la cual viaja una pareja de científicos y sus dos hijos. Cuando aterrizan en un planeta de la Zona Lenta, los padres son asesinados y los niños son capturados por los Púas: unos alienígenas de forma canina que sólo tienen inteligencia cuando actúan en grupo. En ese mundo de los Púas, una sociedad medieval enzarzada en una amarga lucha por el poder, se juega el destino de innumerables especies, de mundos enteros y de la mismísima civilización interestelar. Un equipo de humanos y escroditas (otros curiosos alienígenas, vegetales simbioses con un ordenador) aborda una difícil misión de rescate adentrándose en La Lentitud y encaminándose al mundo de los Púas, buscan un Antídoto que, si llega a ser activado a tiempo, puede frenar la Plaga que amenaza con traer una nueva era oscura en la galaxia.

Bueno, pues ya está. Ésta es mi versión de los «deberes escolares» de que hablaba Letson. Y, como en su caso, les dejo el placer de averiguar el resto, lo más importante del libro. Como, por ejemplo, esa idea de las «regiones de pensamiento» que hace más libre y potente el pensamiento (y la velocidad de proceso de los ordenadores, dicho sea de paso) cuando más lejos se está del núcleo de la galaxia. O esa curiosa civilización de los Púas y su psicología de seres caninos que, individualmente son, tal vez, como nuestros perros, pero que, asociados en grupos de cuatro o más, muestran inteligencia y habilidad manipulativa. O los mismos escroditas, o los Poderes y la idea del Trascenso, o... O tantos y tantos aspectos que enriquecen esta novela del autor de las famosas «burbujas» uno de los gadgets tecnológicos que, junto al hiperespacio, el ansible o el vidrio lento (idea de Bob Shaw) enriquecen las convenciones internas de un género ya de por sí rico en ideas como es la ciencia

ficción.

Hace unos meses, en la sesión de clausura de la HISPACON'93, la convención española de ciencia ficción que se celebró en Gijón, se habló de «la muerte de la ciencia ficción». Alejo Cuervo y Albert Solé se erigieron en defensores de la idea de que la ciencia ficción como género es ya un cadáver. Su argumentación no convenció a los asistentes y provocó un claro rechazo. Afortunadamente los otros miembros de la mesa, César Mallorquí y Julián Díez, colaboraron con el público para restablecer el sentido común. La ciencia ficción de los noventa es distinta de la que se hacía décadas atrás, pero sigue siendo ciencia ficción. Es cierto que la proliferación de títulos no ayuda a mantener la calidad media en la ciencia ficción y que hay cambios de todo tipo, tanto en el contenido como en la forma, pero, afortunadamente, estamos muy lejos de la muerte del género, tan profetizada y, tal vez deseada, por algunos agoreros.

Ya he citado otras veces un interesante artículo de César Mallorquí. Lleva por título «¿Existe la ciencia ficción? o qué hacer cuando tu novia del alma se mete a puta» (revista BEM, núm. 19; pedidos a Grupo Interface Editor, P.O. Box 2061, Andorra), y muestra el desencanto del viejo aficionado ante el mercantilismo de parte de la ciencia ficción más reciente pero, eso sí, sin renunciar al amor al género que define a los buenos aficionados.

El mismo César Mallorquí (uno de los mejores autores de la moderna ciencia ficción española) preguntaba en la HISPACON de Gijón qué otros títulos, además de HYPERION de Dan Simmons (NOVA ciencia ficción, números 41 y 42), eran «importantes y novedosos» en la ciencia ficción de los últimos años. La respuesta, centrándonos sólo en los años ochenta pudo ser, entonces, títulos como CRONOPAISAJE de Gregory Benford (previsto en NOVA ciencia ficción, número 66), MAREA ESTELAR de David Brin (Acervo), NEUROMANTE de William Gibson (Minotauro) o, tal vez, EL JUEGO DE ENDER de Orson Scott Card (NOVA ciencia ficción, número 0). Ahora me atrevería a añadir a la lista esta última novela de Vernor Vinge con sus Púas, sus Poderes, sus «regiones de pensamiento» y con su amena y sugerente construcción.

Aunque esa es, seguro, una opinión a defender en la próxima Convención Española de Ciencia Ficción, la HISPACON'94 que se celebrará el 7, 8 y 9 de octubre en Burjasot (Valencia). Una cita ineludible para los buenos aficionados, un encuentro privilegiado en el que se dan cita, autores, editores y todo el curioso mundillo de la ciencia ficción española. Ahora que el fandom español ha logrado relanzar las convenciones anuales, tal vez Burjasot'94 sea la oportunidad para que muchos lectores participen con sus opiniones y puntos de vista en el devenir de la futura ciencia ficción española. Si están interesados pidan información a la dirección ya apuntada de BEM: P.O. Box 2061, Andorra. Si se lo pueden permitir, asistan a

HISPACON'94. Vale la pena.

Y para finalizar esta larga presentación debo comentar el hecho, extraño pero no inédito, de que el premio Hugo de 1993 fuera compartido por dos novelas: la que hoy presentamos y EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL de Connie Willis (también prevista en NOVA ciencia ficción, número 68). No es éste el momento de hablar del interesante libro de Connie Willis (que obtuvo también los premios Nébula y Locus del mismo año) y les remito a mi futura presentación a esa emotiva y sugerente novela.

Sí quiero comentar aquí que el premio Hugo también fue compartido, en 1966, precisamente por las novelas DUNE de Frank Herbert y TÚ, EL INMORTAL de Roger Zelazny.

El sistema de votación de los Hugo hace posible el empate, aunque es, francamente, muy difícil y poco frecuente. En el llamado «procedimiento australiano», adoptado hace ya más de una década, se contabilizan en primer lugar los títulos citados como primeros en cada papeleta de voto y el título que es citado menos veces como primero es eliminado. Posteriormente, los títulos que ocupan la segunda posición en las papeletas eliminadas se convierten en votos para la primera posición y se acumulan a los anteriores. De nuevo el título que obtiene un menor número de votos es eliminado y se repite el proceso hasta que uno de los títulos obtenga la mayoría absoluta o, como en 1993, se produzca un empate.

En la votación de 1993 competían UN FUEGO SOBRE EL ABISMO de Vernor Vinge, EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL de Connie Willis, RED MARS de Kim Stanley Robinson (primer volumen de una trilogía, prevista en Minotauro), CHINA MOUNTAIN ZHANG de Maureen F. McHugh (primera novela de esta autora que, me temo, será difícil ver pronto traducida al castellano...) y PLAYA DE ACERO de Fohn Varley (novela con la que se saluda el retorno de un autor emblemático de los años setenta. Está prevista en NOVA ciencia ficción, número 67).

Al final del proceso, tras un dominio claro de UN FUEGO SOBRE EL ABISMO en las nominaciones, previas a la elección final, las votaciones fueron:

- Un fuego sobre el abismo 196-196-214-242-311
- El libro del día del... 185-186-203-248-311
- Red Mars 114-115-132-167
- China Mountain Zhang 114-114-130-80
- Playa de acero 80
- Sin premio 13

Como puede verse, los trece votos que optaron por declarar desierto el premio Hugo en 1993 sólo aportaron un voto a Willis y Robinson, aunque el dominio de la novela de Vinge se manifestó desde el primer momento. Los que habían optado en

primer lugar por la novela de Varley repartieron sus segundos votos entre los otros títulos (18 a Vinge, 17 a Willis, 17 a Robinson y 16 para McHugh). Más desequilibrado fue el reparto de los segundos votos de quienes habían optado por McHugh (28 a Vinge, 45 a Willis, 35 a Robinson) que otorgó un provisional primer lugar a la novela de Willis. Y, finalmente, fue de nuevo bastante equilibrado (69 a Vinge y 63 a Willis) el reparto de los votos procedentes de los que, hasta entonces, habían favorecido a Robinson quienes, en definitiva, establecieron el empate final.

Y para finalizar, (esta vez será verdad...) quiero mencionar de nuevo la brillante traducción de Carlos Gardini. Entre otras cosas, Vernor Vinge crea nuevos términos que Gardini ha sabido traducir con acierto. Como ya hiciera en la presentación de REINA DE LOS ÁNGELES de Greg Bear, no me resisto a transcribir aquí las notas que el mismo Gardini escribiera «para facilitar la corrección de estilo» de esta novela de Vinge. Como otras veces, Gardini es capaz de sintetizar en una sola página las principales novedades de vocabulario presentes en la novela y, de la misma forma que nos fueron útiles a la correctora de estilo y a mí mismo para seguir la traducción, tal vez sean de interés para ustedes y puedan servir como un vocabulario o glosario.

El universo está dividido en zonas, según la inteligencia de quienes lo habitan:

—El Trascenso, adonde van los Poderes, seres que han Trascendido, alcanzando la categoría de dioses.

—Al Allá (Alto, Medio y Bajo).

—Y la Lentitud o Zona Lenta.

Los seres «sapientes» (de inteligencia similar a la humana) son sofontes.

Un dataset es un procesador de datos (una especie de ordenador), un comset es un equipo de comunicaciones. Un escrodo es un aparato utilizado por la especie de los escroditas, seres de origen vegetal cuyas extremidades se llaman frondas. SJK es Sjandra Kei, una de las culturas humanas. Relé es un sistema que presta servicios de relé para una telemática galáctica. Un terrano es un habitáculo artificial.

Los Púas son seres caninos así denominados por las púas que usan en las zarpas. Los siguientes términos se relacionan con el mundo de los púas:

Altohabla: lenguaje sónico de las manadas.

Cáfila: grupo de miembros no integrados en manadas.

Cerdo-kher: animal de tiro.

Cubil: estancia, habitación de manada,

Decadía: período de tiempo de diez días.

Fragmentos: miembros sueltos de una manada.

Manada: un individuo púa; cada individuo o personalidad. Está integrado por varios miembros (media docena de cuerpos con una sola «alma»).

Noviciado: momento en que una manada acaba de integrarse y la personalidad del novicio aún no está bien definida.

Reductorista: integrante de un movimiento (reductorismo) fundado por Reductor.
Singular, dúo, terceto, etc.: un miembro único, dos miembros, etc. de una manada.
Tallamadera (sing.): rey/reina de la localidad de Tallamaderas (plural)
Tímpanos: membranas naturales que utilizan los páas para comunicarse.

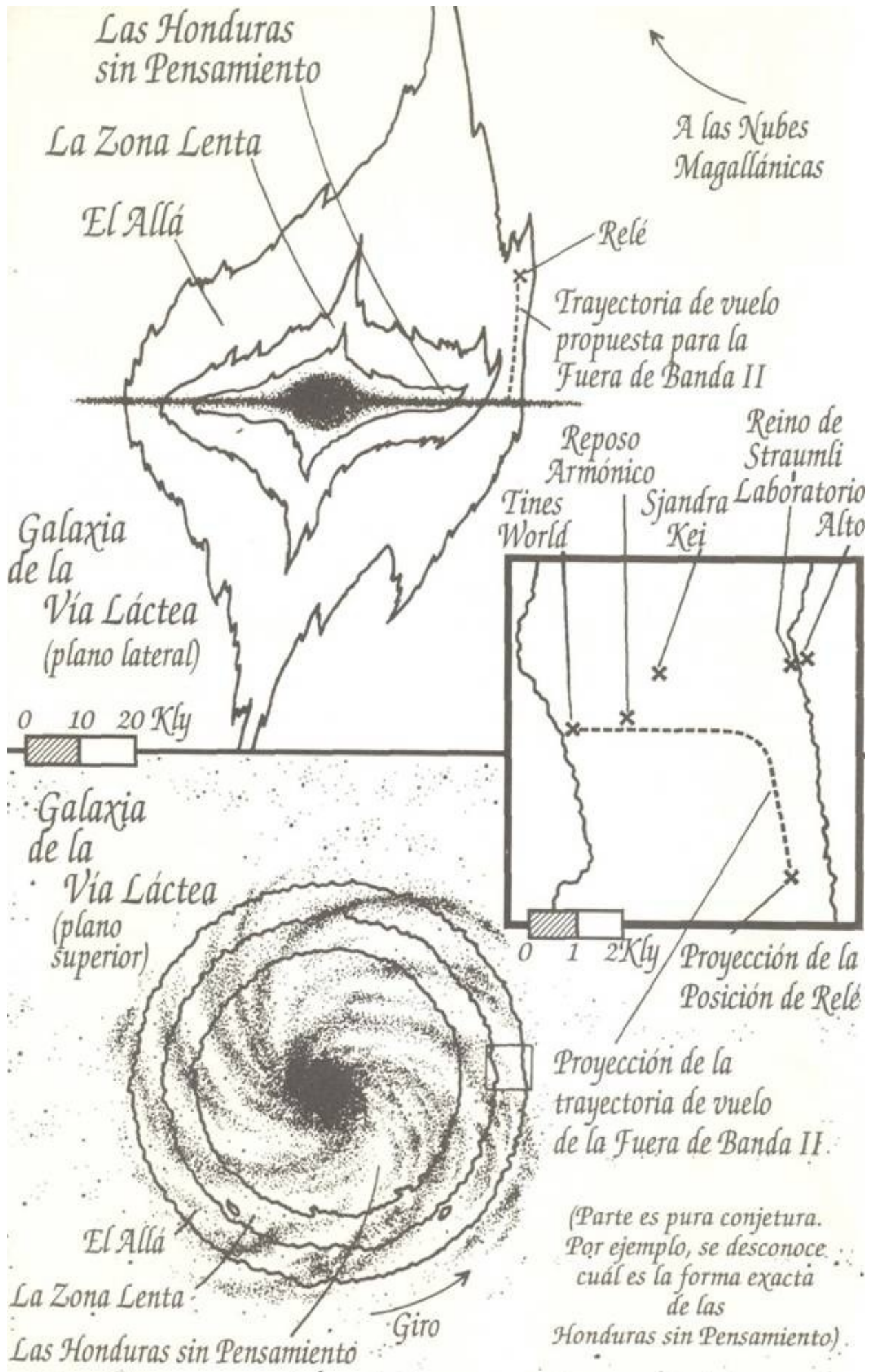
Sólo me resta terminar diciendo que ojalá esta vez Vinge no tarde tanto en publicar una nueva novela. Sólo con que fuera la mitad de buena que UN FUEGO SOBRE EL ABISMO tendrá plaza segura en esta colección. Pero estoy convencido de que Vinge no decepcionará a sus lectores y, si es posible, se superará de nuevo a sí mismo. Al futuro les remito.

MIQUEL BARCELÓ

En el verano de 1988 visité Noruega. Muchas cosas que vi allí influyeron a la hora de escribir este libro. Estoy muy agradecido a Johannes Berg, Heidi Lyshol y a la Sociedad Aniara por mostrarme Oslo y por su cálida hospitalidad; a los organizadores del curso de sistemas de distribución Arctic'88 de la Universidad de Tromsø, sobre todo a Dag Johansen. En cuanto a Tromsø y las tierras circundantes, nunca había soñado que pudiera existir un lugar tan agradable y bello en el Ártico.

La ciencia ficción ha imaginado muchas criaturas alienígenas, éste es uno de los grandes atractivos del género. No podría decir qué fue exactamente lo que me inspiró a crear los escroditas para esta novela; pero lo que si sé es que Robert Abernathy escribió acerca de una raza similar en su historia corta «Junior» (Galaxy, enero 1956). «Junior» es una bella disquisición sobre el espíritu de la vida.

V. V.



Prólogo

¿Cómo explicarlo? ¿Cómo describirlo? Incluso un punto de vista omnisciente titubea. Una estrella rojiza y opaca. Un puñado de asteroides y un planeta solitario, más parecido a una luna. En esta era la estrella pendía cerca del plano galáctico, más allá del Allá. Las estructuras de la superficie lejos de ser visibles habían quedado pulverizadas, transformándose en regolito con el correr de los milenios. El tesoro estaba profundamente enterrado bajo una red de pasadizos, en una sala llena de negrura. Información intacta en densidad cuántica. Debían de haber transcurrido cinco mil millones de años desde que las redes perdieron el archivo.

La maldición de la momia, una cómica imagen de la remotísima prehistoria de la humanidad. Rieron al mencionarla, rieron de alegría al descubrir el tesoro, pero aun así decidieron ser cautos. La expedición de Straum viviría allí entre uno y cinco años: programadores arqueólogos, con sus familias y escuelas. Entre uno y cinco años bastarían para confeccionar los protocolos, iniciar las investigaciones, situar el origen del tesoro en el tiempo y el espacio, aprender un par de secretos que enriquecerían al reino de Straumli. Y cuando hubieran terminado, venderían el emplazamiento: quizá construyeran una conexión a la red (aunque esto era más arriesgado; estaban mas allá del Allá, y nunca se sabía qué Poder podía adueñarse de lo que habían encontrado).

Fundaron una pequeña colonia en la superficie y la llamaron Laboratorio Alto. Eran sólo humanos jugando con una vieja biblioteca. Debería ser segura si utilizaban su propia automatización, limpia y benigna. Esta biblioteca no era una criatura viviente, ni siquiera estaba automatizada (lo cual aquí habría significado algo mucho más que humano). Mirarían, escogerían, seleccionarían y se cuidarían de no quemarse. Humanos encendiendo fuegos y jugando con las llamas.

El archivo informó a la automatización. Se construyeron estructuras de datos, se elaboraron fórmulas. Se construyó una red local, más rápida que cualquier red de Straum, pero bien segura. Se añadieron módulos, se modificaron con otras fórmulas. El archivo era un entorno amigable, con claves jerárquicas de traducción que guiaban a los investigadores. Haría famoso a Straum.

Pasaron seis meses. Un año.

El punto de vista omnisciente. Pero no autoconsciente. A veces se exagera la importancia de la autoconciencia. La mayoría de las automatizaciones operan mucho mejor como parte de una totalidad y, aunque posean una capacidad equivalente a la humana, no necesitan autoconocerse.

Pero la red local del Laboratorio Alto había trascendido casi sin que los humanos lo advirtieran. Los procesos que circulaban por sus nodos eran mucho más complejos

que cualquier cosa que pudiera vivir en los ordenadores que habían llevado los humanos. Esos débiles dispositivos ahora eran meras terminaciones de los dispositivos que sugerían las fórmulas. Los procesos tenían potencial para la autoconsciencia, y a veces la necesitaban.

—No deberíamos.

—¿Hablar así?

—No deberíamos hablar siquiera.

El enlace que les unía era un hilillo que apenas superaba el angosto vínculo que conecta a un humano con otro. Pero les permitía escapar de la estructura de la red local, y les impuso una conciencia aparte. Vagaban de nodo en nodo, miraban desde cámaras montadas en la pista de aterrizaje. Allí sólo descansaban una fragata armada y un contenedor vacío. Habían pasado seis meses desde el reabastecimiento. Una medida de seguridad sugerida por el archivo, un ardid para activar la Trampa. Rápido, rápido. Somos animales salvajes. La estructura, el Poder que pronto será, no debe vernos. En algunos nodos empequeñecieron y casi recordaron la humanidad, se tornaron ecos...

—Pobres humanos, todos morirán.

—Pobres de nosotros, que no moriremos.

—Creo que sospechan. Sjana y Arne, al menos.

En otro tiempo éramos copias de esos dos. En esa época, hace sólo semanas, cuando los arqueólogos iniciaron los programas ego.

—Claro que sospechan. Pero ¿qué pueden hacer? Han despertado una vieja maldad. Mientras se prepara, les transmitirá mentiras, en cada cámara, en cada mensaje del exterior.

El pensamiento cesó un instante cuando una sombra atravesó los nodos que utilizaban. La estructura ya superaba cualquier cosa humana, superaba cualquier cosa que los humanos pudieran imaginar. Incluso esa sombra era más que humana, un dios en busca de animales salvajes que pudieran molestarlo.

Después los fantasmas regresaron y echaron un vistazo al patio de la escuela subterránea. Los humanos, tan confiados, habían construido una pequeña aldea.

—Aun así —dijo el esperanzado, el que siempre buscaba las salidas más descabelladas—, no deberíamos. El mal tendría que habernos encontrado tiempo atrás.

—El mal es joven. Apenas tiene tres días.

—Aun así. Existimos. Eso demuestra algo. Los humanos hallaron algo más que un gran mal en este archivo.

—Tal vez hallaron dos.

—O un antídoto. —Era indudable que la estructura pasaba por alto algunas cosas e interpretaba mal otras.

—Mientras dure nuestra existencia debemos hacer todo lo posible. —El fantasma se extendió por varias estaciones de trabajo y mostró a su compañero un viejo túnel, lejos de los artefactos humanos. Durante cinco mil millones de años había estado abandonado, sin aire y sin luz. Había dos humanos en la oscuridad tocándose los cascos.

—¿Ves?, Sjana y Arne conspiran. También nosotros podemos hacerlo.

El otro no respondió con palabras. Abatimiento. Es decir, los humanos conspiraban, ocultándose en la oscuridad, creyendo que nadie les observaba. Pero la estructura captaba todos sus cuchicheos, pues incluso el polvo transmitía las vibraciones...

—Lo sé, lo sé. Sin embargo tú y yo existimos, y eso debería ser imposible también. Tal vez todos juntos podamos lograr que una imposibilidad aún mayor cobre existencia. Tal vez podamos lastimar el mal que acaba de nacer aquí.

Un deseo y una decisión. Ambos desperdigaron su consciencia en la red local, se mimetizaron con la consciencia local. Y al fin hubo un plan, una estratagema, pero sólo serviría si podían comunicarse con el exterior. ¿Quedaba tiempo?

Transcurrieron los días. Para el mal que crecía en las nuevas máquinas, cada hora era más larga que todo el tiempo anterior. El neonato estaba a menos de una hora de su gran floración, su propagación por el espacio interestelar.

Pronto eliminaría a los humanos. Ya constituían una molestia, aunque divertida. Algunos hasta pensaban en escapar. Habían pasado días poniendo a sus niños en sueño frío y embarcándoles en el carguero. «Preparativos para partida normal», era como describían la maniobra en sus programas. Habían pasado días reabasteciendo la nave, amparándose en mentiras transparentes. Algunos humanos comprendían que esa cosa que habían despertado podía representar el fin para ellos, el fin del reino de Straumli. Había antecedentes de esos desastres, historias de especies que habían jugado con fuego y se habían quemado.

Ninguno sospechaba la verdad. Ninguno sospechaba el honor que había recaído sobre ellos: el de haber alterado el futuro de mil millones de sistemas estelares.

Las horas se tornaron minutos, los minutos segundos. Y ahora cada segundo era tan largo como todo el tiempo transcurrido antes. La floración estaba muy cerca. Recobraría el dominio de cinco mil millones de años atrás, y esta vez lo conservaría. Sólo faltaba una cosa, y no guardaba la menor relación con los planes de los humanos. En el archivo, enterrado en las fórmulas, tenía que haber algo más. En miles de millones de años, algo podía perderse. El neonato sintió sus poderes de antaño, su potencial, pero faltaba algo, algo que había aprendido en su caída, o algo que habían dejado sus enemigos (si los había).

Largos segundos sondeando archivos. Había lagunas, controles dañados. Parte del

daño se debía al transcurso del tiempo.

Afuera, el carguero y la fragata abandonaban la pista de aterrizaje, elevándose con su silencioso mecanismo agrávido sobre las grises planicies, sobre ruinas de cinco mil millones de años. Casi la mitad de los humanos iban a bordo de esas naves. Un intento de fuga, cuidadosamente ocultado. Hasta ahora les había dejado hacer; todavía no era momento para la floración y los humanos aún le serían útiles.

Por debajo del nivel de suprema consciencia, su propensión a la paranoia le forzó a recorrer de forma desenfrenada las bases de datos de los humanos. Comprobándolas, sólo para estar seguro. Sólo para estar seguro. La red local de mayor antigüedad de los humanos usaba conexiones a la velocidad de la luz. Se emplearon (malgastaron) miles de microsegundos dando saltos por ella, dejando a un lado las trivialidades... para finalmente encontrar un dato increíble:

Inventario: recipiente de datos cuánticos, cantidad (1), ¡y se había cargado en la fragata cien horas antes!

Y toda la atención del recién nacido se centró en las naves que huían. Microbios, repentinamente letales. ¿Cómo ha podido suceder? De repente, hubo un salto de un millón de programas. Ya quedaba fuera de cuestión un florecimiento ordenado de modo que ya no necesitaba tampoco a los humanos que todavía quedaban en el laboratorio.

El cambio fue pequeño en relación a su importancia cósmica. Para los humanos que permanecían allí fue un momento de horror, los ojos fijos en sus pantallas, en el que se dieron cuenta de que sus peores temores se habían convertido en realidad (aunque no hasta qué punto era terrible esa realidad).

Cinco segundos, diez segundos, representaron muchos más cambios que diez mil años luz de civilización de los humanos. Construcciones de un billón de trillones, su molde surgiendo de cada pared, reconstruyendo todo aquello que hubiera sido ligeramente suprahumano. Era tan potente como si hubiera sido el florecimiento planeado, aunque no tan perfecto.

Y no tenía que perder de vista la razón de su prisa: la fragata. Había cambiado a impulsión por cohetes, distanciándose en un instante del lento carguero. De algún modo, aquellos microbios sabían que estaban rescatando mucho más que a ellos mismos. La nave de guerra llevaba incorporados los ordenadores más avanzados que sus minúsculas mentes pudieron fabricar, pero aún faltaban otros tres segundos antes de que pudiera hacer su primer salto de ultraimpulso. El nuevo Poder no disponía de más armas sobre el terreno que un láser normal, que no podría ni fundir el acero a la distancia que estaba la fragata. No importaba, el láser estaba apuntado, ajustado sobre el receptor de cola de la fragata de guerra. No hubo respuesta. Los humanos sabían lo que conllevaba la comunicación. La luz del láser bailó aquí y allá sobre el casco, iluminando una superficie lisa y unos sensores inactivos, resbalando sobre las espinas

de ultraimpulso de la fragata. Buscando, tanteando. El Poder nunca se preocupó de sabotear el casco exterior, pero no representaba un problema. Hasta aquella tosca máquina tenía miles de sensores robot repartidos por su superficie, informando sobre su estado y un posible peligro, usando programas de utilidades. La mayoría de los programas no funcionaban y la fragata casi se desplazaba a ciegas. Quizá creían que estarían a salvo siempre y cuando no miraran. Un segundo más y la fragata alcanzaría la seguridad interestelar. El láser caracoleó sobre un sensor de averías, un sensor que informó sobre cambios críticos en uno de los ultraimpulsos principales. Era suicida ignorar esa interrupción antes de un salto estelar. Interrupción aceptada. El nódulo de interrupciones se activó, buscando, recibió más luz láser: una entrada furtiva en el código de la fragata, instalado cuando el neonato había subvertido el equipo de tierra de los humanos...

... y el Poder subió a bordo, disponiendo de varios milisegundos. Sus agentes — ni siquiera había equivalencia humana en este primitivo equipo—, recorrieron las automatizaciones de la nave, apagándolas, abortando sus operaciones. No habría salto. Las cámaras del puente de la fragata mostraron ojos sorprendidos, el comienzo de un grito. Los humanos lo supieron, en la medida en que el horror puede vivir una fracción de segundo.

No habría salto. Pero el ultraimpulsor ya estaba encendido. Intentaría un salto, pero sin control automático estaba condenado al fracaso. Menos de cinco milisegundos para la descarga, un borbotón mecánico que ningún programa podía controlar. Los agentes del neonato volaron por doquier en los ordenadores de la nave, intentando en vano desconectar el equipo. A un segundo-luz de distancia, bajo las grises ruinas del Laboratorio Alto, el Poder sólo podía observar. La fragata sería destruida.

Tan despacio y tan rápido. Una fracción de segundo. El fuego se expandió desde el corazón de la fragata, engullendo tanto el peligro como cualquier posibilidad.

A doscientos mil kilómetros de distancia, el torpe carguero efectuó su salto de ultraimpulso y se perdió de vista. El neonato apenas reparó en ello. Conque habían escapado algunos humanos; que el universo les diera una buena acogida.

En los segundos siguientes, el neonato sintió... ¿emociones? Cosas que eran más, y menos, de lo que podía sentir un humano. Probemos con emociones:

Euforia. El neonato sabía que sobreviviría.

Horror. Una vez más había estado a punto de morir.

Frustración. Tal vez la más fuerte, la más parecida a su eco humano. Algo importante había muerto con la fragata, algo de su archivo. Extrajo recuerdos del contexto, los reconstruyó. Lo que se había perdido quizá le hubiera dado más poder, pero quizá fuera un veneno mortal. A fin de cuentas, este poder había vivido antes, había sido anulado. Tal vez la razón de ello fuera lo que se había perdido.

Duda. El neonato no debió dejarse engañar así. Y por meros humanos. El neonato, presa de un pánico convulsivo, se inspeccionó. Sí, había puntos ciegos, instalados cuidadosamente desde el principio y no por los humanos. Dos habían nacido aquí. Él mismo y el veneno, el motivo de su caída de antaño. El neonato se inspeccionó más que nunca, sabiendo qué buscar. Destruyendo, purificando, verificando, buscando copias del veneno, destruyendo una vez más.

Alivio. La derrota había estado cerca, pero ahora...

Pasaron minutos y horas, el vasto período necesario para la construcción física: sistemas de comunicaciones, transporte. El nuevo Poder cambió de humor, se aplacó. Un humano habría definido ese sentimiento como «exaltación» o «ansiedad», pero «hambre» sería más apropiado. ¿Qué más se necesita cuando no hay enemigos?

El neonato escrutó las estrellas, planificando. Esta vez será diferente.

PRIMERA PARTE

No había sueños en el sueñofrío. Tres días antes estaban preparándose para partir y ahora ya estaban aquí. El pequeño Jefri lamentaba haberse perdido toda la acción, pero Johanna Olsndot se alegraba de haber estado durmiendo después de haber conocido a algunos adultos de la otra nave.

Ahora Johanna se deslizaba entre las hileras de durmientes. El calor que desprendían los refrigeradores volvía tórrida la oscuridad. Un moho gris crecía por las paredes. Las cajas de sueñofrío estaban muy juntas, con angostos espacios cada diez hileras. Había lugares adonde sólo Jefri podía llegar. Trescientos niños dormían allí, todos los niños excepto Johanna y su hermano Jefri.

Las cajas eran modelos hospitalarios. Con buena ventilación y el debido mantenimiento, habrían durado cien años, pero... Johanna se enjugó el rostro y miró la lectura de una caja: como la mayoría de las que estaban en las filas internas, ésta se hallaba en mal estado. Durante veinte días había mantenido al niño que dormía en su interior, pero quizá le matara si se quedaba un día más. Los conductos de ventilación de la caja estaban limpios, pero Johanna los limpió de nuevo, en un gesto que era una plegaria supersticiosa más que una medida de mantenimiento.

Mamá y papá no tenían la culpa, aunque Johanna sospechaba que se sentían culpables. Habían organizado la fuga con los materiales de que disponían, en el último momento, cuando el experimento se volvió peligroso. La gente de Laboratorio Alto había hecho todo lo posible para salvar a sus hijos y protegerlos de mayores desastres. Y aun así, las cosas podrían haber resultado si...

—¡Johanna! Papá dice que no hay más tiempo. Dice que termines lo que estás haciendo y vayas allá —gritó Jefri, asomando la cabeza por la escotilla.

—¡Vale!

De todos modos, Johanna no debía estar ahí abajo. Nada podía hacer para ayudar a sus amigos Tami y Giske y Magda... ¡cuidaos mucho! Subió flotando y casi chocó con Jefri, que venía en dirección contraria. Él le cogió la mano y se pegó a ella mientras ascendían hacia la escotilla. En los dos últimos días no había llorado, pero había perdido la independencia de que alardeaba el año anterior. Ahora tenía los ojos desorbitados.

—Bajaremos cerca del Polo Norte, junto a todas esas islas y el hielo.

En la cabina, sus padres se estaban abrochando los cinturones. El comerciante Arne Olsndot la miró y sonrió.

—Hola, pequeña. Siéntate. Estaremos en tierra en menos de una hora.

Johanna sonrió, casi contagiándose de su entusiasmo. A pesar de lo atestado que estaba todo y de los olores de veinte días de confinamiento, papá lucía tan gallardo como un aventurero de película. La luz de las pantallas titilaba sobre los costurones

de su traje presurizado. Acababa de llegar de afuera.

Jefri entró en la cabina arrastrando a Johanna. Se acomodó en la malla, entre su hermana y su madre. Sjana Olsndot le revisó los cinturones.

—Esto será interesante, Jefri. Aprenderás algo.

—Sí, todo sobre el hielo. —Jefri cogía la mano de su madre.

Su madre sonrió.

—Hoy no. Me refiero al aterrizaje. Esto no será como un agrávido o un equipo balístico.

El agrávido estaba apagado. Papá acababa de desconectar la cápsula de carga del resto del transporte. La nave entera no podía aterrizar con una sola tobera.

Papá manipuló la maraña de controles que había sintonizado a su dataset. Sus cuerpos se asentaron en la malla. La cápsula de carga crujió y el soporte de las criocajas gruñó y protestó. Algo rechinó y chirrió al «caer» a lo largo de la cápsula. Johanna calculó que se desplazaban a una gravedad.

Jefri miró la pantalla, miró a su madre.

—¿Cómo es entonces? —preguntó con curiosidad, aunque con voz temblorosa. Johanna casi sonrió: Jefri sabía que deseaban distraerle y estaba dispuesto a seguir el juego.

—Será un descenso con cohetes encendidos casi continuamente. ¿Ves la ventana del medio? Esa cámara está enfocada hacia abajo. Puedes ver que perdemos aceleración.

En efecto, podían verlo. Johanna calculó que estaban a unos doscientos kilómetros de altura. Arne Olsndot usaba el cohete que había soldado a la popa de la cápsula de carga para anular la velocidad orbital. No había otra opción. Habían abandonado el transporte con su agrávido y su ultraimpulso. Les había llevado un buen trecho, pero sus controles automáticos estaban fallando. A cientos de kilómetros de distancia, les seguía obtusamente en su órbita.

Sólo les quedaba la cápsula de carga. Sin alas, sin agrávidos, sin aeroescudos, la cápsula era una caja de cien toneladas que dependía de una sola tobera.

Mamá no le describía estos detalles a Jefri, aunque sin embargo le decía la verdad y de algún modo logró que Jefri olvidara el peligro. Sjana Olsndot había sido una arqueóloga popular en el reino de Straumli, antes de mudarse a Laboratorio Alto.

Papá apagó los motores y entraron nuevamente en caída libre. Johanna sintió una oleada de náusea. Rara vez se mareaba en el espacio, pero esto era diferente. La imagen de la tierra y el mar creció lentamente en la ventana. Había algunas nubes deshilachadas. La línea costera era una borrosa repetición de islas, estrechos y calas. Un oscuro verdor cubría la costa y los valles, volviéndose gris y negro en las montañas. La nieve —y tal vez el hielo que tanto fascinaba a Jefri— se extendía en arcos y retazos. Todo era tan bello... ¡y caían directo contra todo ello!

La cápsula rechinó cuando las toberas direccionales la hicieron girar, apuntando la tobera principal hacia abajo. Ahora la ventanilla derecha mostraba el suelo. El cohete se encendió de nuevo a una gravedad. Una aureola llameante oscureció el borde de la pantalla.

—¡Vaya! —exclamó Jefri—. ¡Es como un ascensor! Bajas y bajas y bajas...

Habían descendido cien kilómetros con relativa lentitud, para que el aire no les despedazara.

Sjana Olsndot tenía razón: era un modo original de abandonar órbita, un método que nadie habría escogido en circunstancias normales. Por cierto, no estaba incluido en el plan de fuga. La idea era encontrarse con la fragata, y con todos los adultos que pudieran escapar de Laboratorio Alto. El encuentro debía realizarse en el espacio, una transferencia fácil. Pero la fragata había desaparecido y quedaron abandonados a su suerte. Johanna miró involuntariamente el casco y vio esa decoloración familiar. Parecía una fungosidad gris que brotaba de la limpia cerámica. Ahora sus padres no hablaban mucho sobre ella, salvo para decirle a Jefri que no la tocara. Pero una vez Johanna les había oído hablar del tema, cuando ellos pensaban que Johanna y Jefri estaban en el otro extremo de la cápsula. —¡Todo esto para nada! —había murmurado su padre, casi llorando de rabia—. Creamos un monstruo y huimos, y ahora estamos perdidos en el Fondo.

—Por milésima vez, Arne, no fue para nada —había respondido su madre, con voz más baja—. Tenemos a los niños. —Señaló la rugosidad que se extendía por la pared—. Y teniendo en cuenta lo que esperábamos... las instrucciones que teníamos... creo que esto es lo mejor a que podíamos aspirar. De algún modo llevamos la respuesta a todo el mal que iniciamos.

Entonces Jefri había botado ruidosamente, anunciando su llegada, y sus padres se habían callado. Johanna no tuvo valor para preguntarles. En Laboratorio Alto había visto cosas extrañas, e incluso cosas escalofrantes hacia el final. Ni siquiera la gente era igual. Pasaron unos minutos. Ahora estaban en plena atmósfera. El torrente de aire hizo zumbir la cápsula... ¿o era una turbulencia de la tobera? Pero el descenso era bastante estable y Jefri empezaba a ponerse inquieto. El fulgor que aureolaba la tobera tapaba gran parte del paisaje, pero el resto estaba más nítido que cuando se hallaban en órbita. Johanna se preguntó si alguien habría aterrizado en un mundo nuevo con menos reconocimiento previo que ellos. No tenían cámaras telescópicas ni sondas.

Físicamente, el planeta se aproximaba al ideal humano. Una increíble buena suerte después de tantas desgracias.

Era el paraíso comparado con las áridas rocas que habían visto al entrar en el sistema.

Por otra parte, había vida inteligente. Desde la órbita se veían carreteras y

ciudades. Pero no había vestigios de una civilización técnica; no había rastros de aeronaves, ni radio, ni fuentes de energía intensa.

Descendían en un poco poblado rincón del continente. Con suerte nadie vería su aterrizaje entre los verdes valles y los picos blancos y negros, y Arne Olsndot podría pilotar la nave sin temor a causar daños, salvo en árboles y hierba.

Las islas costeras pasaron ante la cámara lateral. Jefri gritó y señaló algo. Ya no estaba, pero Johanna también lo había visto: un polígono irregular de muros y sombras en una de las islas. Le recordó los castillos de la Era de las Princesas, en Nyjora.

Ahora veía árboles cuyas sombras se alargaban bajo la oblicua luz del sol. El rugido de la tobera era atronador, estaban en plena atmósfera y no se alejaban del ruido.

—¡...Las cosas se complican! —gritó papá—. ¡Y no hay programas para enderezarlas! ¿Hacia dónde, amor?

Mamá miró una y otra ventana. Por lo que Johanna sabía, no podían mover las cámaras sin activar otras.

—Esa colina, sobre la línea boscosa, pero... creí ver una manada de animales huyendo del estruendo... hacia el oeste.

—¡Sí! —gritó Jefri—. ¡Lobos! —Johanna sólo había visto un pantallazo de manchas en movimiento.

Ahora estaban en plena desaceleración, a mil metros de las colinas. El ruido era doloroso, incesante, y ya era imposible hablar. Sobrevolaron lentamente el paisaje, en parte para examinarlo, en parte para alejarse del penacho de aire recalentado que subía hacia ellos.

La tierra era más bien ondulante, no muy escabrosa, y la «hierba» parecía musgo. Pero Arne Olsndot vacilaba. La tobera principal estaba diseñada para equilibrar la velocidad después de un salto interestelar; podían revolotear así un buen rato. Pero cuando descendieran, más valía dar con el sitio apropiado. Había oído a sus padres hablando de ello cuando Jefri trabajaba con las cajas y no podía oírles. Si había demasiada agua en el suelo, el borbótón perforaría la cápsula como un cañón de vapor. Aterrizar sobre los árboles tendría dudosas ventajas al amortiguar la caída y protegerlos de la salpicadura. Pero ahora habían optado por un contacto directo. Al menos veían dónde aterrizarían.

Trescientos metros. Papá arrastró la punta de la llamarada por el suelo. El blanco paisaje estalló. Un segundo después la nave se mecía en una columna de vapor. La cámara inferior se apagó. Continuaron el descenso y pronto cesaron los temblores: la llamarada había atravesado la capa de agua o hielo que había debajo. El aire de la cabina se recalentó.

Olsndot descendió despacio, guiándose por las cámaras laterales y el ruido de las

salpicaduras. Apagó la tobera. Hubo una pasmosa caída de medio segundo, los crujientes soportes mordieron el suelo, se estabilizaron. Un flanco gruñó, cediendo un poco.

Silencio, excepto por los chillidos del calor en el casco. Papá miró el improvisado medidor de presión. Le sonrió a mamá.

—Ni una brecha. ¡Apuesto a que podría hacer subir de nuevo esta cosa!

Una hora de diferencia y la vida de Errabundo Wickwrackrum habría cambiado por completo.

Los tres viajeros se dirigían al oeste desde los Colmillos de Hielo hacia el Castillo de Reductor, en Isla Oculta. En ciertas épocas de su vida no habría soportado la compañía, pero en la última década, Errabundo, se había vuelto mucho más sociable. Ahora le gustaba viajar acompañado. En su última travesía por el Gran Arenal, el grupo se componía de cinco manadas. En parte era una cuestión de seguridad: algunas muertes eran casi inevitables cuando las distancias entre oasis superaban los mil kilómetros, y cuando los oasis mismos eran de tránsito. Pero, al margen de la seguridad, había aprendido mucho conversando con los demás.

No estaba tan conforme con sus compañeros de ahora. Ninguno de ambos era un auténtico peregrino, y ambos tenían secretos. Gramil Jaqueramaphan era bufonesco y una fuente de caótica información, y quizá fuera un espía, eso no importaba, mientras la gente no pensara que Errabundo era su colega. El tercer personaje era el que más le inquietaba. Tyratheck era una novicia que aún no estaba del todo integrada y no había adoptado un nombre. Tyratheck afirmaba que era maestra, pero había algo peligroso en ella (tal vez él, porque su preferencia sexual aún no estaba del todo definida). Esa criatura era evidentemente una fanática reductorista, envarada y altanera. Sin duda huía de la purga que había seguido al infructuoso intento de Reductor de tomar el poder en el este.

Les había encontrado en Puerta Este, en el lado republicano de los Colmillos de Hielo. Ambos querían visitar el Castillo de Isla Oculta. Y qué diablos, eso sólo representaba un desvío de cien kilómetros respecto de la carretera principal de Tallamaderas; todos tendrían que cruzar las montañas. Además, hacía años que Errabundo deseaba visitar el Dominio de Reductor. Tal vez uno de esos dos lograra hacerle entrar. Casi todo el mundo aborrecía a los reductoristas. Errabundo Wickwrackrum tenía una opinión ambigua sobre el mal; cuando se rompen suficientes reglas, a veces hay algo bueno en medio de la carnicería.

Esa tarde habían avistado las islas costeras. Errabundo había estado allí sólo cincuenta años antes. Aun así, no estaba preparado para la belleza de esa comarca. La Costa Noroeste era sin duda el ártico más templado del mundo. En los largos días estivales, los fondos de esos valles flanqueados por glaciares, reverdecían totalmente. Dios, el tallista, se había agachado para retocar esas tierras con cinceles de hielo. Ahora, del hielo y la nieve sólo quedaban arcos brumosos en el este y algunas franjas desperdigadas en las colinas cercanas. Esas franjas se derretían en verano, originando riachuelos que se fusionaban para despeñarse por los abruptos flancos de los valles. A la derecha, Errabundo trotó por un terreno uniforme pero anegado. Era maravilloso

sentir esa frescura en los pies. Ni siquiera le importaban los mosquitos que revoloteaban en torno suyo.

Tyratheck iba por el otro lado del valle, en un rumbo paralelo, pero por encima de la línea de los arbustos. Había sido bastante parlanchín hasta que el valle se curvó y tuvieron a la vista las tierras de labranza y las islas. En las cercanías la aguardaba el Castillo de Reductor y una misteriosa cita.

Gramil Jaqueramaphan saltaba de aquí para allá, corriendo despreocupadamente por ambos lados del valle. Formando hileras dobles o triples, hacía cabriolas que hacían reír aun a la adusta Tyratheck; luego trepaba a una loma e informaba de lo que veía. Había sido el primero en ver la costa. Eso le había tranquilizado un poco, sus payasadas eran peligrosas y mucho más en la cercanía de conocidos violadores.

Wickwrackrum pidió un alto y se detuvo para ajustar las correas de sus mochilas. El resto de la tarde sería tenso. Tendría que decidir si quería entrar en el Castillo con sus amigos. Hay límites para un espíritu aventurero, incluso para el de un peregrino.

—Eh, ¿no oís un ruido extraño? —preguntó Tyratheck desde el otro del valle. Errabundo prestó atención: un rugido, potente pero casi inaudible. Por un instante, el miedo se sumó a la curiosidad. Un siglo antes había estado en un terremoto descomunal. Este ruido era similar, pero el suelo no vibraba. ¿Significaba eso que no habría deslizamientos de tierra ni inundaciones? Se agazapó, mirando hacia todas partes.

—¡En el cielo! —exclamó Jaqueramaphan, señalando hacia arriba.

Un relumbrón colgaba en lo alto, una lanza de luz. Ningún recuerdo acudió a la mente de Wickwrackrum, ni siquiera una leyenda. Se desperdigó, fijando todos los ojos en esa luz lenta. ¡Coro de Dios! Debía de estar a kilómetros de altura, y sin embargo lo oía. Apartó los ojos, encandilado y dolorido.

—El brillo y el ruido aumentan —dijo Jaqueramaphan—. Creo que descenderá en aquellas colinas, sobre la costa.

Errabundo se incorporó y corrió hacia el oeste, gritando a los demás. Se acercaría a una distancia prudente, y observaría. No volvió a mirar hacia arriba. Era demasiado brillante. ¡Arrojaba sombras a plena luz del día!

Corrió un kilómetro. La estrella aún estaba suspendida en el aire. Errabundo no recordaba ninguna estrella fugaz que fuera tan lenta, aunque las más grandes eran muy estruendosas. Pero no existía ninguna historia acerca de gentes que hubieran estado cerca de esas cosas. Ese recuerdo aplacó su desbocada curiosidad de peregrino. Miró hacia todas partes. Tyratheck no estaba a la vista; Jaqueramaphan estaba agazapado cerca de unas rocas.

Y la luz era tan brillante que Wickwrackrum sintió una ráfaga de calor en los lugares donde no le cubría la ropa. El ruido desgarraba el cielo. Errabundo saltó sobre el borde del valle, rodó, se tambaleó, cayó por las abruptas paredes de roca. Ahora

estaba relativamente a la sombra, sólo le cubría la luz del sol. El otro lado del valle titilaba en el resplandor; proyectando sombras movedizas. El ruido aún era un estruendo sordo, pero tan intenso que obnubilaba la mente. Errabundo atravesó el linde del bosque y continuó hasta que estuvo protegido por cien metros de arboleda. Eso debería haber ayudado, pero el ruido crecía cada vez más.

Afortunadamente, se desmayó un par de segundos. Cuando recobró el conocimiento, el ruido había cesado. La vibración que le dejó en los tímpanos le sumió en una gran confusión. Se tambaleó aturdido. Parecía estar lloviendo, sólo que algunas gotas fulguraban. Pequeñas fogatas ardían aquí y allá en el bosque. Se ocultó bajo las tupidas copas de los árboles hasta que dejaron de caer rocas ardientes. Los fuegos no se propagaron, gracias a que había sido un verano relativamente húmedo.

Errabundo aguardó en silencio a que cayeran más rocas ardientes o se reanudara el ruido del cielo. Nada. El viento amainó. Se podía oír a los pájaros, grillos y a la carcoma. Caminó hacia el linde del bosque y se asomó en varios lugares. Salvo por las franjas de brezal quemado, todo se veía normal. Pero su perspectiva era muy limitada: veía las altas paredes del valle, algunas colinas. Allá estaba Gramil Jaqueramaphan, a unos trescientos metros. Tenía casi todos sus cuerpos agazapados en agujeros y huecos, pero un par de miembros miraban hacia donde había caído la estrella. Errabundo entornó los ojos. Gramil se comportaba como un bufón, pero a veces esa conducta parecía un disfraz. Si de veras era un majadero, era un majadero con una chispa de genio. Más de una vez, Wick le había visto de lejos, trabajando a pares con una extraña herramienta. Como ahora, que se acercaba un objeto largo y puntiagudo a un ojo.

Wickwrackrum salió del bosque, manteniéndose en el linde y haciendo el menor ruido posible. Trepó cuidadosamente por las piedras, deslizándose de una loma a la otra, hasta llegar a la cresta del valle, a unos cincuenta metros de Jaqueramaphan. Oyó que el otro pensaba para sí mismo. Si se acercaba más, Gramil le oiría, a pesar de su sigilo.

—¡Sst! —dijo Wickwrackrum.

El zumbido y los murmullos cesaron en un instante de alarmada sorpresa. Jaqueramaphan guardó la misteriosa herramienta óptica en una mochila y recobró la compostura, pensando en silencio. Se miraron un instante y Gramil se señaló los tímpanos del hombro. Escucha.

—¿Puedes hablar así? —preguntó con voz muy aguda, a una intensidad en la que algunas personas no pueden entablar una conversación voluntaria, en la que los oídos para sonidos graves son sordos. La *altohabla* podía ser confusa, pero era muy direccional y se perdía a poca distancia. Nadie más le oiría. Errabundo asintió.

—La *altohabla* no es problema.

El truco era usar tonos puros que resultaran claros.

—Echa una ojeada sobre la cresta de la colina, amigo peregrino. Hay algo nuevo bajo el sol.

Errabundo avanzó treinta metros, mirando en derredor. Ahora veía el estrecho, un destello plateado bajo el sol de la tarde. Detrás de él, el lado norte del valle se perdía en las sombras. Adelantó un miembro, deslizándolo entre las lomas para mirar la planicie donde había caído la estrella.

«Coro de Dios», pensó en silencio. Hizo subir otro miembro para obtener una visión de paralaje. La cosa parecía una gran choza de adobe montada sobre estacas. Pero era la estrella fugaz, debajo el suelo estaba rojo y brillante. Telones de niebla se elevaban desde el brezo húmedo. La tierra estaba desgarrada en grietas concéntricas.

—¿Dónde está Tyratheck? —preguntó a Jaqueramaphan.

Gramil se encogió de hombros.

—Un par de kilómetros atrás, sin duda. La tengo vigilada... Pero ¿ves a los demás, los soldados del Castillo de Reductor?

—¡No! —Errabundo miró al oeste de la zona de aterrizaje. Allá... Estaban a un kilómetro, con ropa de camuflaje, arrastrándose por el terreno ondulante. Veía al menos a tres guerreros. Eran tipos corpulentos, de seis miembros cada uno—. ¿Cómo llegaron tan pronto? —Miró el sol—. Hace menos de media hora que empezó todo esto.

—Tuvieron suerte. —Jaqueramaphan regresó a la cresta y echó un vistazo—. Apuesto a que ya estaban en tierra firme cuando bajó la estrella. Todo esto es territorio de Reductor. Han de tener patrullas. —Se agazapó para que sólo dos pares de ojos fueran visibles para los de abajo—. Es una formación de emboscada.

—No pareces contento de verles. Son tus amigos, ¿recuerdas? La gente que has venido a ver.

Gramil meneó sus cabezas con sarcasmo.

—Ya, ya. No me lo refriegues. Creo que has sabido desde el principio que no simpatizo con Reductor.

—Me lo imaginé.

—Bien, la farsa ha terminado. Lo que ha bajado esta tarde tiene más valor para mis amigos, que cualquier cosa que pudiera haber aprendido en Isla Oculta.

—¿Qué hay de Tyratheck?

—Ja. Nuestra estimada compañera es totalmente auténtica, me temo. Apuesto a que es una reductorista encumbrada, no el Servidor de bajo rango que parece a primera vista. Sospecho que mucha gente de su calaña está atravesando las montañas, feliz de largarse de la República de los Lagos Largos. Oculta tus traseros, amigo. Si ella nos localiza, esos guerreros nos pillarán.

Errabundo se hundió aún más en los huecos y surcos que tachonaban el brezal. Tenía una excelente vista del valle. Si Tyratheck no estaba en las inmediaciones, la

vería antes que ella pudiera verle a él.

—Errabundo.

—Sí.

—Tú eres un peregrino. Has recorrido el mundo... desde el alba de los tiempos, según quieres hacernos creer. ¿Hasta dónde llegan en verdad tus recuerdos?

Dada la situación, Wickwrackrum optó por ser franco.

—Como esperarías, unos pocos siglos. El resto son leyendas, recuerdos de cosas que quizá sucedieron, pero con los detalles entreverados y confundidos.

—Bien, yo no he viajado mucho y soy bastante nuevo. Pero leo. Mucho. Nunca ocurrió nada semejante. Esa cosa que está allá abajo es artificial. Y vino de una altura mayor de la que yo puedo medir. ¿Has leído a Aramstriquesa o a Astrólogo Belelele? ¿Sabes qué podría ser?

Wickwrackrum no reconoció los nombres, pero era un verdadero peregrino. Había tierras remotas donde nadie hablaba un idioma que él conociera. En los Mares del Sur había encontrado gentes que creían que no existía el mundo allende sus islas y que huían de los barcos del peregrino cuando él llegó a la costa. Más aún, un miembro de Errabundo había sido un isleño y había presenciado ese desembarco.

Asomó una cabeza y miró de nuevo la estrella caída, el visitante que venía de lugares que estaban a mayor distancia de la que él había recorrido jamás. Se preguntó adónde le llevaría esta peregrinación.

3

El suelo tardó cinco horas en enfriarse lo suficiente para que Papá pudiera bajar la rampa. Él y Johanna bajaron con cautela y brincaron por encima de la tierra humeante para plantarse en un terreno relativamente intacto. El suelo tardaría mucho tiempo en enfriarse del todo: el escape del reactor era muy «limpio» y apenas interactuaba con la materia normal, lo cual significaba que debajo de la nave había miles de metros de roca caliente.

Mamá se sentó en la escotilla, contemplando el paisaje. Empuñaba la vieja pistola de papá.

—¿Ves algo? —gritó papá.

—No. Y Jefri no ve nada por las ventanas.

Papá caminó en torno de la cápsula de carga, inspeccionando los maltrechos soportes. Cada diez metros se detenía para instalar un proyector sónico. Había sido idea de Johanna. Aparte de la pistola de papá, no tenían armas. Los proyectores eran un cargamento accidental, equipo de enfermería. Con cierta programación, podían irradiar un chirrido ensordecedor en toda la gama del espectro de audio. Sería suficiente para ahuyentar a los animales locales. Johanna seguía a su padre, observando el paisaje, cada vez menos aprensiva y más maravillada. Era bellissimo, fresco. Estaban en una extensa llanura en lo alto de las colinas. Hacia el oeste las colinas formaban estrechos e islas. Al norte, el terreno cesaba abruptamente en el linde de un ancho valle: veía cascadas del otro lado. El suelo era esponjoso. El paraje donde habían aterrizado estaba cubierto de lomas que parecían olas congeladas en una fotografía fija. En las colinas más altas destellaban franjas de nieve. Johanna miró hacia el norte, hacia el sol. ¿Norte?

—¿Qué hora es, papá?

Olsndot se echó a reír, aun mirando la parte inferior de la cápsula.

—Medianoche local.

Johanna se había criado en las latitudes medias de Straum. La mayoría de sus excursiones escolares habían transcurrido en el espacio, donde las extrañas geometrías solares no llamaban mucho la atención. Pero nunca había pensado que esas cosas pudieran suceder en tierra. Vaya, ver el sol encima de la cima del mundo.

Lo más urgente era sacar la mitad de las cajas de sueñofrío y reacomodar las que quedaban a bordo. Mamá suponía que entonces desaparecerían los problemas de temperatura, aun para las cajas que quedaran a bordo.

—Tener suministro de energía y ventilación por separado será una ventaja. Los niños estarán a salvo. Johanna, tú ayuda a Jefri con los de adentro, ¿vale?

Lo segundo más urgente era activar un programa de rastreo en el sistema Relé, e instalar la comunicación ultraluz. Johanna tenía miedo de lo que pudieran averiguar.

Ya sabían que en el Laboratorio Alto se habían pervertido y que el desastre que mamá había predicho estaba en sus comienzos.

¿Qué habría sido del reino de Straumli? En el Laboratorio Alto todos pensaban que hacían un bien, pero ahora... «No pienses en ello» Tal vez la gente de Relé pueda ayudar. En alguna parte debía haber alguien que pudiera utilizar lo que sus padres se habían llevado del laboratorio.

Les rescatarían y revivirían al resto de los niños. Se había sentido culpable por esa causa. Claro que mamá y papá necesitaban ayuda al final del vuelo y Johanna era una de las niñas más grandes de la escuela, pero le parecía mal que ella y Jefri fueran los únicos niños que vivieran esta situación con los ojos abiertos. Al descender, había sentido el temor de su madre. Sin duda querían que estuviéramos juntos, aunque fuera por última vez. El aterrizaje había sido realmente peligroso, aunque papá le hubiera restado importancia. Johanna veía las salpicaduras en el casco. Si uno de esos fragmentos se hubiera metido en la cámara de escape, todos se habrían vaporizado.

Casi la mitad de las cajas estaban en tierra, del lado este de la nave. Mamá y papá las estaban dispersando para que los refrigeradores funcionaran sin problemas. Jefri estaba dentro, verificando si había más cajas que necesitaran atención. Era un buen chico cuando dejaba de ser un mocoso insufrible. Johanna se volvió hacia el sol, sintió la brisa fresca de la colina. Oyó algo que parecía un gorjeo.

Johanna estaba junto a uno de los proyectores sónicos cuando se produjo la emboscada. Había enchufado su dataset en el control y le estaba dando nuevas instrucciones. Tenían tan pocos recursos que aun su viejo dataset era importante ahora. Pero papá quería algo que abarcara la mayor anchura de banda posible, causando gran estrépito pero intercalando algunos chillidos. Su Elefante Rosado podía encargarse de ello.

—¡Johanna! —exclamó su madre al tiempo que se oía un ruido de cerámica relajada. La campana del proyector se hizo añicos. Johanna irguió la cabeza. Algo le desgarró el pecho, cerca del hombro, tumbándola. Miró estúpidamente el asta que le sobresalía del cuerpo.— ¡Una flecha!

El linde occidental del terreno estaba lleno de... criaturas. Perros o lobos, pero con cuellos largos. Se movían deprisa, saltando de loma en loma. Su piel era verdosa como la ladera, excepto por las manchas blancas y negras que se extendían cerca de las ancas. No, lo verde era ropa, casacas. Johanna estaba aturdida. La presión del asta que le atravesaba el pecho aún no se registraba como dolor. Había caído contra un declive y por un instante obtuvo una vista de todo el ataque. Se elevaron más flechas, estrías oscuras contra el cielo.

Ahora veía a los arqueros. ¡Más perros! Se desplazaban en manadas. Se necesitaban dos para usar un arco, uno para empuñarlo y el otro para disparar. El tercero y el cuarto llevaban aljabas y se limitaban a mirar.

Los arqueros se mantenían a cubierto, sin avanzar. Otras manadas llegaban desde los flancos, brincando sobre las lomas. Muchos llevaban hachas en las fauces. Púas de metal relucían en sus patas. Johanna oyó el chasquido del arma de papá. La oleada de atacantes vaciló cuando algunos cayeron. Los demás continuaron su avance, gruñendo. Eran sonidos descabellados que no parecían ladridos. Johanna sentía el sonido en los dientes, como música blasti emitida desde un altavoz gigante. Mandíbulas, zarpas, cuchillos, ruidos.

Se giró hacia la nave. Ahora sentía el dolor. Gritó, pero el grito se perdió en la algarabía. La manada siguió de largo, hacia mamá y papá. Sus padres estaban agazapados detrás de un soporte. La pistola de Arne Olsndot no cesaba de disparar. El traje presurizado le había protegido de las flechas.

Los cuerpos de los alienígenas formaban altas pilas. La pistola, con sus dardos inteligentes, era mortalmente efectiva. Papá le entregó el arma a mamá y corrió debajo de la nave, hacia ella. Johanna tendió el brazo libre y le gritó que retrocediera.

Treinta metros. Veinticinco. Mamá disparaba para cubrirle, manteniendo a raya a los lobos. Una andanada de flechas llovió sobre Olsndot, que se protegía la cabeza con los brazos. Veinte metros.

Un lobo saltó sobre Johanna, quien tuvo un pantallazo de su pelaje corto y la cicatriz que le cruzaba el trasero. Corrió hacia Olsndot, quien se apartó para que su esposa pudiera disparar, pero el lobo fue demasiado rápido. Maniobró, dando un gran brinco. Algo metálico le relucía en las zarpas. Johanna vio una salpicadura roja en el cuello de papá, y luego ambos cayeron.

Sjana Olsndot dejó de disparar un instante. Eso fue suficiente. La multitud se dividió y un numeroso grupo corrió con empeño hacia la nave. Llevaban tanques sobre el lomo. El cabecilla sostenía una manguera con la boca. Brotó un líquido oscuro, que se desvaneció en una llamarada. La manada de lobos apuntó el toco lanzallamas hacia el soporte donde estaba Sjana Olsndot, hacia las filas de niños dormidos. Algo se retorció entre las llamas y el humo alquitranado, un reguero de plástico derretido brotó de las cajas.

Johanna volvió el rostro hacia el suelo, se apoyó en el brazo sano y trató de reptar hacia la nave y las llamas. Y entonces la envolvió una piadosa oscuridad.

Errabundo y Gramil observaron los preparativos para la emboscada durante toda la tarde: la infantería se desplegó en el declive que estaba al oeste de la zona de aterrizaje, con arqueros detrás y lanzallamas en formación de garra. ¿Los señores del Castillo de Reductor sabrían a qué se enfrentaban? Debatieron el asunto y Jaqueramaphan opinaba que los reductoristas creían saber que en su gran arrogancia esperaban triunfar.

—Atacan antes que el otro bando se entere de lo que ocurre. Ha funcionado antes.

Errabundo no respondió de inmediato. Tal vez Gramil tuviera razón. Hacía cincuenta años que él no visitaba esa región del mundo. En ese entonces, el culto de Reductor era oscuro (y no tan interesante comparado con los que existían en otras partes).

La traición siempre acechaba a los viajeros, pero con menor frecuencia de lo que creían los sedentarios. La mayoría de la gente era hospitalaria y deseaba tener noticias sobre el resto del mundo, especialmente si el visitante no era amenazador. Cuando había una traición, a menudo se presentaba después de una evaluación destinada a terminar cuán poderosos eran los visitantes y cuánto se podía ganar con su muerte. El ataque inmediato, sin conversación previa, era algo raro que sólo ocurría cuando uno se topaba con villanos muy sagaces... y temerarios.

—No sé. Es una formación de emboscada, pero quizá los reductoristas la mantengan en reserva y conversen primero.

Transcurrieron las horas. El sol se deslizó hacia el norte. Sonaron ruidos del otro lado de la estrella caída. Cuernos. No podrían ver nada desde allí.

Las tropas ocultas no se movieron. Los minutos pasaron, y al fin tuvieron su primera visión del visitante del cielo. Cada miembro tenía cuatro patas, pero caminaba sólo sobre las *traseras*. ¡Qué cómico! Sin embargo, usaba las zarpas delanteras para sostener cosas. Ni una sola vez Errabundo le vio usar la boca, aunque de todos modos dudaba que esas mandíbulas chatas sirvieran para aferrar con fuerza. Las patas delanteras, en cambio, eran maravillosamente ágiles. Un solo miembro podía usar fácilmente las herramientas. Se oían sonidos de conversación, aunque sólo se veían tres miembros. Al cabo oyeron los tonos más agudos del pensamiento organizado. ¡Por Dios, qué criatura tan bulliciosa! A esa distancia, los sonidos quedaban ahogados y distorsionados. Aun así, no se parecían a ninguna mente que Errabundo hubiera oído, ni eran como los ruidos confusos que hacían algunos rumiantes.

—¿Y bien? —susurró Jaqueramaphan.

—He viajado por todo el mundo... y esta criatura no forma parte de él.

—Sí. Bien, me recuerda a ese insecto, la mantis. Sabes, tiene esta altura —abrió la boca unos centímetros—. Son magníficos para mantener el jardín libre de plagas... magníficos exterminadores.

Errabundo no había pensado en la semejanza. Las mantis eran simpáticas e inofensivas, al menos para la gente, pero sabía que las hembras devoraban a los machos cuando copulaban. Causaba escalofríos imaginarse a semejantes criaturas en tamaño gigante y con mentalidad de manada. Tal vez habían hecho bien en no bajar a saludarlas.

Transcurrió media hora. Mientras el alienígena descargaba su equipo, los arqueros reductoristas se acercaron; las manadas de infantería se desplegaron en formación de asalto.

Una andanada de flechas surcó el cielo. Uno de los miembros del alienígena cayó de inmediato y sus pensamientos se acallaron. El resto buscó refugio bajo la casa volante. Los guerreros embistieron, se separaron en formaciones preservadoras de identidad; tal vez se proponían capturar vivo al alienígena.

Pero la línea de asalto se desintegró a buena distancia del alienígena. Ni flechas, ni llamas. Los guerreros caían. Por un instante, Errabundo pensó que se habían encontrado con un oponente formulable, pero pronto la segunda oleada pasó sobre la primera. Los miembros aún caían, pero ahora estaban frenéticos y sólo les restaba una disciplina animal. El asalto avanzó despacio, y la retaguardia trepó sobre los caídos. Otro miembro alienígena cayó. Extraño, aún oía ráfagas del pensamiento del otro. En tono y ritmo, sonaba igual que antes del ataque. ¿Cómo podía alguien afrontar la muerte total con tanta compostura?

Se oyó un silbido de combate y la cáfila se dividió. Un guerrero se adelantó y lanzó fuego líquido. La casa volante parecía carne en una parrilla, rodeada de llamas y humo.

Wickwrackrum lanzó un juramento. Adiós, alienígena.

Los reductoristas no se preocupaban mucho por los muertos y heridos. Apilaron a los heridos graves en angarillas y los trasladaron para que sus alaridos no causaran confusión. Las patrullas de limpieza alejaron a los guerreros dispersos en fragmentos que rodeaban la casa volante. Los fragmentos dispersos recorrían el ondulante prado; aquí y allá se fusionaban en manadas improvisadas. Algunos deambulaban entre los heridos, ignorando los gritos en su necesidad de hallarse a sí mismos.

Cuando se calmó el tumulto, aparecieron tres manadas de casacas blancas. Los Servidores del Reductor se acercaron a la casa volante. Tendieron los cuerpos carbonizados de dos miembros alienígenas sobre angarillas, con mayor cuidado del que habían dedicado a los guerreros heridos, y se los llevaron.

Jaqueramaphan escrutó las ruinas con su herramienta óptica. Ya no intentaba ocultarla. Una casaca blanca bajó algo de la casa volante.

—¡Sst! Hay otros muertos. Tal vez por el fuego. Parecen cachorros.

Los pequeños también tenían forma de mantis. Los amarraron a las angarillas y se los llevaron más allá de la cresta de la colina. Sin duda, allá aguardaban carros tirados por cerdos-kher.

Los reductoristas apostaron un círculo de centinelas en torno a la zona de aterrizaje. Había más guerreros en la ladera. Nadie podría sortear esa barrera.

—Los han eliminado a todos —suspiró Errabundo.

—Tal vez no... Creo que el primer miembro que tumbaron no está del todo muerto.

Wickwrackrum entornó sus mejores ojos. O bien Gramil se dejaba llevar por sus emociones, o bien su herramienta le daba una visión asombrosamente aguda. El primer caído estaba del otro lado de la nave. Ese miembro había dejado de pensar, pero ello no indicaba una muerte segura. Había un casaca blanca junto a él. Los casacas blancas depositaron a la criatura en una angarilla y se la llevaron hacia el sudoeste. No era el mismo camino que habían seguido los demás.

—¡Esa cosa aún vive! Tiene una flecha en el pecho, pero le veo respirar. — Gramil volvió las cabezas hacia Wickwrackrum—. Creo que deberíamos rescatarla.

Errabundo miró al otro boquiabierto. El centro de la secta mundial de Reductor estaba a poca distancia, al noroeste. El poder reductorista era indisputado en la región y en ese momento estaban rodeados por un ejército. Gramil quedó un poco abatido ante el mutismo de Errabundo, pero era evidente que no estaba bromeando.

—Sé que es arriesgado. Pero para eso se vive, ¿verdad? Tú eres un peregrino. Tú lo entiendes.

—Hmm —los peregrinos tenían esa fama, por cierto. Pero ningún alma puede sobrevivir a la muerte total, y en una peregrinación abundaban las oportunidades para semejante aniquilación. Los peregrinos sabían ser cautos.

Aun así, éste era el episodio más prodigioso en todos sus siglos de peregrinaje. Conocer a esos alienígenas, transformarse en ellos... era una tentación que superaba toda sensatez.

—Mira —dijo Gramil—, podríamos bajar y mezclarnos con los heridos. Si atravesamos el campo, podremos echar un vistazo a ese último miembro alienígena sin arriesgarnos demasiado —Jaqueramaphan ya abandonaba su puesto de observación y giraba en círculos para hallar un sendero que no le hiciera muy visible. Wickwrackrum vacilaba. Una parte de él quería seguirle y otra parte titubeaba. Demonios, Jaqueramaphan había admitido que era un espía; llevaba un invento que tal vez perteneciera a los expertos en inteligencia más brillantes de los Lagos Largos. Ese tipo debía ser un profesional...

Errabundo echó una rápida ojeada al valle. No había indicios de Tyratlect ni de nadie más. Abandonó los diversos agujeros donde se había refugiado y siguió al espía.

En la medida de lo posible, permanecieron bajo las profundas sombras que arrojaba el sol que se ponía en el norte, y se deslizaron de loma en loma cuando no había sombra. Antes de llegar adonde estaban los heridos, Jaqueramaphan dijo algo más, las palabras más escalofrantes de la tarde.

—Oye, no te preocupes. ¡He leído muchísimo sobre cómo se hacen estas cosas!

Una cáfila de fragmentos y heridos es algo aterrador, pasmoso. Singulares, dúos, tríos y algunos cuartetos vagaban sin rumbo, gimiendo sin control. En la mayoría de las situaciones, tanta gente apiñada en tan poca superficie habría formado un coro instantáneo. De hecho, Errabundo notó alguna actividad sexual y algunos contactos organizados, pero en general había demasiado dolor para que hubiese reacciones normales. Wickwrackrum se preguntó si los reductoristas —a pesar de su glorificación del racionalismo— dejarían que los fragmentos se reorganizaran solos. En tal caso tendrían algunas manadas extrañas y tullidas.

Al internarse en la cáfila Errabundo Wickwrackrum sintió que perdía la consciencia. Necesitaba concentrarse para recordar quién era y su propósito de ir al otro lado del prado sin llamar la atención.

Le acuciaban pensamientos desnudos y atronadores:

... Sangre y destrucción...

... Metal reluciente en la mano del alienígena... dolor en su pecho... tos, sangre, caída...

... En la base de entrenamiento y antes, mi hermano de fusión fue bueno conmigo... El señor Acero declaró que somos un grandioso experimento... Correr por los matorrales hacia el monstruo de patas largas. Brincar, con las púas en la zarpa. Cortarle la garganta. Mucha sangre. ¿Dónde estoy? ¿Puedo formar parte de ti, por favor? Errabundo se volvió ante esa última pregunta. Estaba dirigida desde cerca. Un singular le olisqueaba. Ahuyentó al fragmento con un chistido y corrió hacia un espacio abierto. Ladera arriba, Jaqueramaphan no estaba en mejor situación. Era improbable que les localizaran allí, pero empezaba a dudar que pudiera seguir adelante. Errabundo era sólo cuatro y había singulares por doquier. A su derecha un cuarteto estaba violando y adueñándose de los dúos y singulares que pasaban. Wic y Kwk y Rac y Rum trataban de recordar por qué estaban allí y adonde iban. Concéntrate en sensaciones directas, en lo que está realmente aquí: el olor hollinoso del fuego líquido del lanzallamas, los mosquitos que merodean por doquier, ennegreciendo los charcos de sangre.

Pasó un tiempo terriblemente largo. Minutos.

Wic-Kwk-Rac-Rum miró hacia delante. Casi había pasado el linde sur de la ruina. Se arrastró hacia un paraje despejado. Partes de él vomitaron y se derrumbó. La cordura regresó lentamente. Wickwrackrum miró hacia arriba, vio a Jaqueramaphan dentro de la cáfila, Gramil era un tipo grandote, un sexteto, pero lo pasaba tan mal como Errabundo. Se tambaleaba con ojos desorbitados, lanzando dentelladas hacia miembros propios y ajenos.

Bien, habían atravesado buena parte del prado, y con rapidez suficiente para alcanzar a los casacas blancas que se llevaban al último miembro alienígena. Si querían ver algo más, tendrían que pensar cómo abandonar aquella cáfila sin llamar la atención. Hmm. Había bastantes uniformes reductoristas en torno, y sin dueños vivos. Dos miembros de Errabundo caminaron hacia un guerrero muerto.

—¡Jaqueramaphan! ¡Aquí!

El fragmento corpulento le clavó los ojos, que recobraron un destello de inteligencia. Salió de la cáfila y se sentó a pocos metros de Wickwrackrum. Su cercanía le incomodaba, pero no era nada después de las que acababa de pasar. Se tendió un momento, jadeando.

—Lo lamento. Nunca pensé que sería así. Perdí parte de mí allá... creí que nunca regresaría.

Errabundo observó el avance de los casacas blancas y sus angarillas. No iba con los demás y pronto se perdería de vista. Con un disfraz, quizá pudieran seguirle y... No, era demasiado arriesgado. Empezaba a pensar como el gran espía. Errabundo le quitó el uniforme de camuflaje a un cadáver. Aún necesitarían disfraces. Quizá pudieran pernoctar en las inmediaciones, y echar un vistazo a la casa volante.

Gramil comprendió qué estaba haciendo y decidió juntar casacas para él. Hurgaron entre los cuerpos apilados, buscando prendas que no estuvieran demasiado manchadas y que tuvieran emblemas coherentes. En torno había muchos garfios y hachas. Terminarían armados hasta los dientes, pero tendrían que dejar algunas de sus mochilas. Sólo necesitaban una casaca más, pero Rum tenía unos hombros tan anchos que nada le sentaba.

Errabundo tardó en comprender lo que sucedía: un gran fragmento un trío, estaba tendido en la pila de muertos. Tal vez estaba llorando a su miembro muerto. En todo caso, parecía totalmente obtuso, hasta que Errabundo empezó a quitarle la casaca al miembro muerto.

—No robarás a los míos —dijo.

Se oyó un zumbido de rabia y Rum sintió un dolor desgarrador en el vientre. Errabundo se contorsionó de dolor, brincó sobre el atacante. Por un instante de furia instintiva, lucharon. Las hachas de Errabundo cortaron una y otra vez, cubriéndole los hocicos de sangre. Cuando recobró el conocimiento, uno de los tres estaba muerto y los demás huían hacia la cáfila de heridos.

Wickwrackrum procuró calmar el dolor de su Rum. El atacante estaba armado de púas. Rum tenía cortes desde las costillas hasta la entrepierna. Wickwrackrum se tambaleó; Rum tenía algunas de sus propias zarpas clavadas en sus tripas. Wickwrackrum usó el hocico para meter los restos en el abdomen de su miembro. El dolor se desvanecía; el cielo se oscurecía en los ojos de Rum. Errabundo ahogó los gritos que crecían en su interior. ¡Soy sólo cuatro y una parte de mí agoniza! Durante años se había dicho que cuatro era un número insuficiente para un peregrino. Ahora pagaría el precio, atrapado y obnubilado en una tierra de tiranos.

El dolor se aplacó, se le aclararon los pensamientos. La lucha no había llamado mucho la atención en medio de tantas lamentaciones, violaciones y otros desmanes. Los casacas blancas de la casa volante habían echado un breve vistazo, pero ahora seguían hurgando en el cargamento de los alienígenas.

Gramil estaba sentado en las cercanías, mirando con espanto. Uno de sus miembros se acercaba y retrocedía. Estaba luchando consigo mismo, tratando de decidir si debía ayudar. Errabundo casi le suplicó, pero el esfuerzo era demasiado grande. Además, Gramil no era peregrino. No entregaría una parte de sí mismo voluntariamente.

Ahora se agolpaban los recuerdos, en los esfuerzos de Rum para ordenar sus ideas y dejar que el resto de sí conociera todo lo que había sido antes. Por momentos bogaba en un doblecasco por los Mares del Sur, un novicio donde Rum era cachorro; recuerdos de la Persona isleña que había sido Rum al nacer, y de las manadas anteriores. Una vez habían viajado alrededor del mundo, sobreviviendo en las barriadas de una entidad colectiva tropical, y a la guerra de los Rebaños de las Planicies. Ah, las historias que habían oído, las estratagemas que habían aprendido, la gente que habían conocido. Wic Kwk Rae Rum había sido una magnífica combinación, alerta, bien humorada, con una extraña capacidad para mantener todos los recuerdos en su sitio. Por eso había permanecido tanto tiempo sin crecer a cinco o a seis. Ahora pagaría un alto precio.

Rum suspiró, y ya no pudo ver el cielo. La mente de Wickwrackrum se perdió; no como en el calor de la batalla, cuando se apaga el sonido del pensamiento, ni como en el cordial murmullo del sueño. De pronto no hubo una cuarta presencia, sólo tres, tratando de configurar una persona. El trío se irguió y se palmeó nerviosamente. Había peligro por doquier, pero más allá de su comprensión. Se acercó esperanzadamente a un sexteto que se hallaba cerca —¿Jaqueramaphan?— pero el otro le ahuyentó. Miró nerviosamente la cáfila de heridos. Allí había integración, pero también locura.

En el linde de la cáfila había un macho corpulento, con profundas cicatrices en las ancas. Sorprendió la mirada del trío y se arrastró lentamente hacia ellos. Wic, Kwk y Rac retrocedieron, erizando la pelambre de miedo y fascinación. Ese macho con

cicatrices pesaba el doble de cualquiera de ellos.

¿Dónde estoy...? ¿Puedo formar parte de ti... por favor? Su lamento albergaba recuerdos caóticos, casi inaccesibles; sangre y lucha, entrenamiento militar. La criatura temía esos recuerdos tempranos. Apoyó el hocico, manchado de sangre seca, en el suelo y se aproximó. Los otros tres casi echaron a correr, pues el apareo al azar les asustaba. Retrocedieron hacia el prado despejado. El otro les siguió, pero despacio, siempre arrastrándose. Kwk se lamió los labios y caminó hacia el extraño. Extendió el pescuezo y olisqueó la garganta del otro. Wic y Rac se aproximaron desde los flancos.

Por un instante hubo una unión parcial. Sudorosos, ensangrentados, heridos... una fusión realizada en el infierno. Este pensamiento surgió de golpe, unió a los cuatro en un momento de cínico humor. Luego la unidad se perdió y fueron sólo tres animales lamiendo el rostro de un cuarto.

Errabundo miró el prado con nuevos ojos. Se había desintegrado por unos minutos. Los heridos de la Décima Infantería de Ataque estaban igual que antes. Los Servidores de Reductor aún estaban ocupados con el cargamento alienígena. Jaqueramaphan reculaba despacio, con fascinación y horror. Errabundo agachó una cabeza y le susurró.

—No te traicionare, Gramil.

El espía se quedó inmóvil.

—¿Eres tú, Errabundo?

—Más o menos.

Aún era Errabundo, pero ya no era Wickwrackum.

—¿Cómo puedes hacerlo...? Acabas de perder...

—Soy un peregrino, ¿recuerdas? Convivimos con ello toda nuestra vida —dijo con sarcasmo. Éste era el cliché que Jaqueramaphan había dicho antes, pero había cierta verdad en ello. Errabundo Wickwrackrum había perdido a Rum y había incorporado a Triz, el miembro de la cicatriz. Ya se sentía como una persona. Quizás esta nueva combinación funcionara.

—Bien, sí. ¿Qué hacemos ahora?

El espía miraba nerviosamente hacia todas partes, pero los ojos que fijaba en Errabundo eran los más preocupados.

Ahora era Wickwracktriz quien estaba asombrado. ¿Qué estaba haciendo allí? Matando al extraño enemigo... No. Eso hacía la Infantería de Ataque. Él no tendría nada que ver con ello, a pesar de los recuerdos de Triz. Él y Gramil habían ido allí para rescatar a la criatura alienígena, si era posible. Errabundo aprehendió ese recuerdo y lo examinó acriticamente: era algo real, procedente de la identidad pasada que debía preservar. Miró hacia donde había visto por última vez al miembro

alienígena. El casacas blancas y sus angarillas ya no estaban a la vista, pero seguían un rumbo evidente.

—Aún podemos rescatar a la criatura sobreviviente —le dijo a Jaqueramaphan.

Gramil pateó el suelo y se desplazó a un costado. Ya no demostraba tanto entusiasmo como antes.

—Después de ti, amigo mío.

Wickwracktriz se enderezó las casacas de combate y se limpió la sangre seca. Luego echó a andar por el prado, pasando a cien metros de los Servidores de Reductor que rodeaban la casa volante. Hizo un saludo militar que fue ignorado. Jaqueramaphan le siguió portando dos ballestas. El otro hacía lo posible por imitar el aplomo de Errabundo, pero no tenía pasta para ello.

Al fin atravesaron la zona custodiada por los militares y descendieron a las sombras. Los heridos se quejaban ahogadamente, wracktriz apuró el paso, brincando de un recodo al otro en su descenso por el tosco sendero. Desde allí se veía el puerto; las naves aún estaban en los muelles, y no había mucha actividad. Detrás de él, Gramil parloteaba nerviosamente. Errabundo avanzó con mayor prisa, su confianza alimentada por la confusión general del noviciado. Su nuevo miembro, Triz, había formado parte de un oficial de infantería. Esa manada conocía la configuración de los puertos y el castillo y todas las contraseñas del día.

Dos recodos más y alcanzaron al Servidor de Reductor y sus angarillas.

—¡Hola! —gritó Errabundo—. Traemos nuevas directivas del señor Acero.

Sintió un escalofrío al pronunciar el nombre, recordando a Acero por primera vez. El Servidor dejó las angarillas y se volvió hacia ellos. Wickwracktriz no conocía su nombre, pero recordaba al sujeto: un bastardo arrogante de alto rango. Era sorprendente que él mismo arrastrara las angarillas.

Errabundo se detuvo a veinte metros del casacas blancas. Jaqueramaphan miraba desde el sendero. Había ocultado las ballestas. El Servidor miró nerviosamente a Errabundo y a Gramil.

—¿Qué quieres?

¿Sospechaba algo? No importaba. Wickwracktriz se preparó para una embestida... y de pronto tuvo visión cuádruple, la mente obnubilada por el mareo del noviciado. Ahora que necesitaba matar, el horror de Triz ante el acto le frustraba. ¡Maldición! Wickwracktriz miró en torno, buscando una respuesta. Ahora que había renunciado a matar, sus nuevos recuerdos afloraron fácilmente.

—Cumplir la voluntad del señor Acero, llevar a la criatura al puerto con nosotros. Tú debes regresar hacia el aparato volante del invasor.

El casacas blancas se relamió los labios. Estudió los uniformes de Errabundo y de Gramil.

—Impostores —gritó, y al mismo tiempo lanzó uno de sus miembros contra las

angarillas. Un destello metálico relumbró en la zarpa delantera del miembro. ¡Matará al miembro alienígena!

Se oyó un chasquido y el miembro cayó con una flecha en el ojo. Wickwracktriz acometió contra los demás, obligando a Triz a apartarse. Hubo un instante de aturdimiento y luego estuvo nuevamente entero, gritando contra los cuatro. Las dos manadas chocaron y Triz empujó a un par de miembros del Servidor sobre el borde del sendero flechas zumbaban sobre ellos. Wic Kwk Rac se contorsionaba lanzando hachazos contra todo lo que permanecía en pie.

Luego la confusión cesó y Errabundo recobró sus pensamientos Tres miembros del Servidor se retorcían en el sendero sobre charcos de sangre. Los apartó del sendero, cerca de donde Triz había matado a los demás. Ningún miembro del Servidor había sobrevivido; era la muerte total y él era responsable. Se desplomó, de nuevo con visión cuádruple.

—La criatura alienígena. Aún vive —dijo Gramil. Estaba de pie en torno de las angarillas, olisqueando a la criatura mantis—. Pero está inconsciente. —Cogió las varas de las angarillas con las fauces y miró a Errabundo—. ¿Y ahora qué, peregrino?

Errabundo estaba tendido en el suelo, ordenándose la mente. Y ahora qué. ¿Cómo se había metido en ese embrollo? La confusión del noviciado le impedía recordar las razones por las cuales era imposible rescatar a la criatura alienígena. Y ahora no podía echarse atrás. Maldición. Una parte de él se arrastró al borde del sendero y miró en torno; al parecer no habían llamado la atención. En el puerto, las naves aún estaban vacías; la mayor parte de la infantería se hallaba en las colinas. Sin duda los Servidores tenían los muertos en el fuerte del puerto. ¿Cuándo les trasladarían a la Isla Oculta? ¿Estaban aguardando la llegada de éste?

—Quizá podamos capturar una nave, escapar al sur —dijo Gramil. Qué tipo brillante. ¿Acaso no sabía que habría centinelas alrededor del puerto? Aun conociendo las contraseñas, se sabría sobre ellos en cuanto atravesaran una línea. Sería una probabilidad en un millón. Pero habría sido una imposibilidad total antes que Triz formara parte de él.

Estudió a la criatura tendida en las angarillas. Tan extraña aunque real. Y era algo más que la criatura, aunque eso era lo más llamativo. Sus ropas: Errabundo nunca había visto un paño tan fino. Dentro del cuerpo de la criatura había un cojín rosado con costuras complejas. Con un cambio de perspectiva comprendió que era arte alienígena, el rostro de un animal de hocico largo bordado en el cojín.

Había una probabilidad en un millón de escapar a través del puerto, pero ciertos trofeos justificaban el riesgo.

—Bajaremos un poco más —dijo.

Jaqueramaphan arrastraba las angarillas. Wickwracktriz trotaba delante de él, tratando de tener la pinta de un oficial. No era difícil con Triz que era la viva imagen

de la marcialidad; había que verle por dentro para conocer su blandura.

Ya casi llegaban al nivel del mar.

Ahora el sendero era más ancho y estaba toscamente pavimentado. Sabía que el fuerte del puerto se erguía sobre ellos, oculto por la arboleda. El sol se alejaba del norte, elevándose en el cielo del este. Había flores por doquier: la flora ártica aprovechando el último día de verano. Caminando en los adoquines soleados, uno casi podía olvidar la emboscada en las colinas.

Pronto llegarían a una línea de centinelas. Las líneas y círculos son gente interesante; no tienen grandes mentes, pero constituyen la manada más numerosa y eficaz que se puede hallar fuera de los trópicos. Se contaban historias sobre líneas de quince kilómetros de longitud, con miles de miembros. La más numerosa que Errabundo había visto tenía menos de cien. Se tomaba un grupo de gente común y se la entrenaba para desperdigarse, no en manadas, sino como miembros individuales. Si cada miembro permanecía a pocos metros de sus vecinos más próximos, podían mantener algo parecido a la mentalidad de un trío. El grupo como totalidad no era mucho más brillante; no se pueden tener pensamientos profundos cuando una idea tarda segundos en impregnar la mente. Pero la línea sabía muy bien qué ocurría a lo largo de sí misma. Y si algún miembro sufría un ataque, la línea entera se enteraba a la velocidad del sonido. Errabundo había servido en líneas; era una existencia dispersa, pero no tan obtusa como la del centinela común. Es difícil aburrirse cuando eres tan estúpido como una línea.

¡Allá! Un miembro solitario asomó la cabeza detrás de un árbol y les detuvo. Wickwacktriz conocía la contraseña, así que atravesaron el exterior de la línea. Pero ahora toda la línea conocía su descripción y sin duda también los soldados normales del fuerte.

Demonios. No había remedio. Tendría que continuar con ese plan descabellado. Él, Gramil y el miembro alienígena pasaron frente a los dos centinelas interiores. Ahora olía el mar. Salieron de la arboleda al puerto amurallado. Chispas plateadas titilaban en el agua. Un gran multibarco oscilaba entre dos embarcaderos. Los mástiles formaban un bosque de árboles deshojados. A cierta distancia se veía Isla Oculta. Una parte de él tomó esa vista como cotidiana, otra parte sintió un reverente asombro. Éste era el centro del movimiento reductorista mundial. En esas sombrías torres, el Reductor original había realizado sus experimentos, escrito sus ensayos y conspirado para gobernar el mundo. Había algunas personas en los muelles. La mayoría realizaban tareas de mantenimiento: cosían velas, sujetaban doblecasos. Miraban las angarillas con gran curiosidad, pero ninguno se aproximaba. Sólo tenemos que caminar hasta el final del muelle, cortar las amarras de un doblecasco y zarpar. Era probable que en el muelle hubiera manadas suficientes para impedirlo y sus gritos sin duda atraerían a las tropas que había visto junto al fuerte. Más aún, era

sorprendente que nadie les hubiera prestado mucha atención.

Estas embarcaciones eran más toscas que sus equivalentes de los Mares del Sur. En parte, la diferencia era superficial: la doctrina reductorista prohibía los adornos en las naves. En parte era funcional: estas naves estaban diseñadas para invierno y verano, y también para transporte de tropas. Pero Errabundo estaba seguro de que sabría conducir las. Caminó hasta el extremo del muelle. Vaya, un golpe de suerte. El doblecasco proa-estribor, el que estaba más próximo, parecía rápido y bien provisionado. Tal vez fuera una nave exploradora de largo alcance.

—Ssst. Algo pasa por allá. —Gramil señaló el fuerte. Las tropas estaban cerrando filas. ¿Un saludo masivo? Cinco Servidores pasaron junto a la infantería y sonaron trompetas en las torres del fuerte. Triz había visto cosas parecidas, pero Errabundo no confiaba en su recuerdo. ¿Cómo podía...?

Un estandarte rojo y amarillo se elevó sobre el fuerte. En los muelles, los soldados y peones cayeron de bruces. Errabundo se tendió y le gritó al otro: — ¡Abajo!

—¿Qué...?

—Ésa es la bandera de Reductor... su estandarte personal.

—Imposible.

Habían asesinado a Reductor en la República seis decadas antes. La cáfila que le desgarró había matado a muchos de sus principales simpatizantes... Pero la Policía Política Republicana sostenía que todos los cuerpos de Reductor habían sido recobrados.

Junto al fuerte, una manada trotaba entre las filas de soldados y casacas blancas, con destellos de oro y plata en los hombros. Un miembro de Gramil se ocultó detrás de un amarradero y extrajo subrepticamente su herramienta óptica.

—¡Por el fin del alma! —exclamó al cabo de un momento—. ¡Es Tyratheck!

—Ella no puede ser el Reductor —dijo Errabundo. Habían viajado juntos desde Puerta Este a través de los Colmillos de Hielo. Era evidentemente una novicia que aún no estaba bien integrada. Parecía reservada e introspectiva, pero tenía sus arrebatos. Errabundo sabía que un impulso destructivo anidaba en Tyratheck... ahora comprendía de dónde venía. Al menos algunos miembros de Reductor habían escapado del asesinato, y él y Gramil habían pasado tres días en su presencia. Errabundo tiritó.

En la puerta del fuerte, la manada llamada Tyratheck se volvió para dirigirse a las tropas y Servidores. Gesticuló, y nuevamente sonaron las trompetas. El nuevo Errabundo comprendió esa señal: una Intrallamada. Reprimió el repentino impulso de seguir a los demás, que se arrastraban hacia el fuerte con el vientre contra el suelo, los ojos fijos en el Maestro. Gramil le miró y Errabundo asintió. Necesitaban un

milagro y aquí lo tenían, provisto por el enemigo mismo. Gramil avanzó despacio hacia el final del muelle, arrastrando las angarillas de una sombra a la otra.

Aún nadie les miraba. Con buenas razones, Wickwracktriz recordó lo que sucedía a quienes faltaban el respeto durante una Introllamada.

—Pon a la criatura sobre el bote proa-estribor —le dijo a Jaqueramaphan. Saltó del muelle y se desperdigó por el multibarco. Era magnífico estar de vuelta en una cubierta, cada miembro siguiendo un rumbo diferente. Olisqueó entre las catapultas de proa, escuchó el crujido de los cascos y el susurro de las jarcias.

Pero Triz no era marinero y no recordaba el detalle más importante.

—¿Qué estás buscando? —susurró Gramil en *altohabla*.

—Escotillas. —Si estaban allí, en nada se parecían a la versión de los Mares del Sur.

—Oh —dijo Gramil—, es fácil. Éstos son deslizadores norteños. Hay paneles plegables y un casco delgado detrás. —Dos de sus miembros se perdieron de vista un instante y se oyó un ruido sordo. Las cabezas reaparecieron, sacudiéndose el agua. Sonreía, sorprendido de su propio éxito, como si dijera: «¡Vaya, es igual que en los libros!»

Wickwracktriz los encontró. Los paneles le habían parecido bancos para la tripulación, pero resultó fácil extraerlos y romper la madera de atrás con un hacha de combate. Entretanto mantenía una cabeza asomada para ver si llamaban la atención. Errabundo y Gramil avanzaron por las hileras de proa del multibarco; si éstas se hundían tardarían un tiempo en liberar los doblecascos de atrás.

Uno de los peones miraba hacia ellos. Una parte del sujeto continuó ladera arriba, otra parte procuró regresar al muelle. Los trompetazos sonaron nuevamente y el marinero respondió a la llamada. Pero sus gimoteos hacían volver las cabezas de otros.

No había tiempo para ser sigiloso. Errabundo regresó deprisa al doblecasco proa-estribor. Gramil estaba cortando las amarras de hueso trenzado que sujetaban el doblecasco al resto del multibarco.

—¿Tienes experiencia náutica? —preguntó Errabundo. Una pregunta tonta.

—Bien, he leído sobre ello...

—¡Magnífico! —Errabundo empujó a todos los miembros de Gramil a la cabina de estribor del doblecasco—. Mantén a salvo a la criatura. Agáchate y no hagas ruido.

Podía conducir el doblecasco, pero tendría que valerse de todos sus miembros. Cuantos menos sonidos mentales le confundieran, tanto mejor.

Errabundo impulsó la nave, alejándose del multibarco. La rotura de las quillas aún no era obvia, pero podía ver agua en los cascos de proa. Invirtió la pértiga y usó el garfio para arrastrar la nave más próxima hacia el hueco que dejaba su partida. Dentro de cinco minutos sólo una fila de mástiles sobresaldría del agua. Cinco

minutos. Habría sido imposible de no ser por la Introllamada de Reductor. Junto al fuerte, los guerreros se volvían y señalaban el puerto. Pero debían obedecer a Reductor/Tyrathect. ¿Cuánto pasaría hasta que alguien importante decidiera que aun una Introllamada podía desecharse si había otra prioridad?

Izó las velas.

El viento hinchó la lona y se alejaron del muelle. Errabundo bailaba de aquí para allá, aferrando los obenques con las bocas. Incluso sin Rum, cuántos recuerdos traían el gusto de la sal y del coraje. Por mera intuición podía aprovechar al máximo la fuerza del viento. Los cascos gemelos eran angostos y elegantes y el mástil de leño-hierro crujía mientras el viento tensaba la vela.

Los reductoristas descendían ahora por la ladera. Los arqueros se detuvieron y lanzaron una lluvia de flechas. Errabundo tiró de los obenques, virando bruscamente hacia la izquierda. Gramil brincó para proteger a la criatura alienígena. La nave se escoró peligrosamente, pero sólo recibió dos proyectiles. Errabundo torció de nuevo los obenques y retomaron el rumbo. En pocos segundos estarían fuera del alcance de los arcos. Los soldados corrieron a los muelles, gritando al ver lo que quedaba del multibarco. Las hileras de proa estaban anegadas, y todo el frente era una ruina de naves hundidas. Y las catapultas estaban a proa.

Errabundo viró, enfilando hacia el sur, fuera de la bahía. A estribor se veía el extremo meridional de Isla Oculta. Las torres del Castillo se elevaban ominosamente. Errabundo sabía que allá había catapultas pesadas y también algunos botes rápidos en el puerto de la isla. Pero dentro de unos minutos ya no tendría importancia. Empezaba a comprender que su embarcación era de una gran maniobrabilidad. Era de esperar que colocaran la mejor nave en una esquina de proa. Tal vez se utilizaba para explorar y abordar.

Jaqueramaphan estaba tendido en la popa de su casco, mirando hacia el puerto de tierra firme. Soldados, peones y casacas blancas se apiñaban caóticamente en el extremo de los muelles. Aun desde aquí era evidente que reinaban la rabia y la frustración. Gramil sonrió grotescamente al comprender que lograrían escapar. Trepó a la borda y uno de sus miembros brincó en el aire para burlarse de sus enemigos con un gesto obsceno. Casi cayó por la borda, pero le vieron: los airados enemigos respondieron con una protesta.

Estaban bien al sur de Isla Oculta, fuera del alcance de sus catapultas. Perdieron de vista las manadas de la tierra firme. El estandarte personal de Reductor aún flameaba alegremente en la brisa de la mañana, un cuadrado rojo y amarillo que se empequeñecía contra el verdor del bosque.

Ahora Errabundo miraba hacia el estrecho, donde Isla Ballena estaba muy cerca de la tierra firme. Triz recordó que el pasaje más angosto estaba muy fortificado. Normalmente eso habría significado el fin para ellos. Pero habían retirado los

arqueros para que participaran en la emboscada y las catapultas estaban en reparación. El milagro había ocurrido. Errabundo estaba vivo y libre y llevaba el mayor hallazgo de su peregrinaje. Dio un grito de alegría tan estentóreo que asustó a Jaqueramaphan. El eco rebotó en las verdes colinas manchadas de nieve.

Jefri Olsndot tenía pocos recuerdos claros de la emboscada y no llegó a ver el combate. Había oído ruidos y la voz aterrada de mamá gritándole que se quedara adentro. Luego había visto mucho humo. Sofocándose, había intentado salir para respirar aire limpio. Se desvaneció. Cuando despertó, estaba amarrado a una especie de camastro de primeros auxilios, rodeado por esas grandes criaturas caninas. Se veían muy graciosas con sus casacas blancas y sus trenzas. Se preguntó quiénes serían los dueños. Hacían ruidos muy raros: cloqueos, zumbidos, siseos; a veces tan agudos que resultaban insoportables.

Pasó un tiempo en un bote, luego en un carro con ruedas. Sólo había visto castillos en imágenes, pero el lugar adonde le llevaron era un auténtico castillo, con torres oscuras e imponentes, con grandes y angulosas murallas de piedra. Ascendieron por calles sombrías que crujían bajo las ruedas del carro. Los perros de pescuezo largo no le lastimaron, pero las correas estaban muy tensas. No podía levantarse; no podía ver a los costados. Preguntó por mamá, papá y Johanna; lloriqueó. Un hocico largo se le acercó al rostro y la blanda nariz le tocó la mejilla. Emitió un zumbido que le vibró en los huesos. Jefri no entendió si era un gesto de consuelo o de amenaza, pero jadeó y procuró contener las lágrimas. Además, un buen straumer no lloraba.

Más perros con casaca blanca, algunos con tontas hombreras doradas y plateadas.

De nuevo arrastraban el camastro, esta vez por un túnel iluminado por antorchas. Se detuvieron junto a una puerta doble de dos metros de anchura y uno de altura. Había un par de triángulos de metal incrustados en la madera clara. Luego Jefri aprendió que significaban un número, quince o treinta y tres, según se contaran patas o zarpas delanteras. Mucho después aprendió que su guardián había contado patas y el constructor del castillo zarpas delanteras, de modo que terminó en la habitación que no correspondía. Fue un error que cambiaría la historia de los mundos.

Los perros abrieron las puertas y entraron a Jefri. Se apiñaron en torno al camastro y aflojaron las correas. Jefri vio hileras de afilados dientes. Los cloqueos y zumbidos eran muy fuertes. Cuando Jefri se sentó, retrocedieron. Dos de ellos sostuvieron las puertas mientras los otros cuatro salían. Las puertas se cerraron y el acto circense terminó.

Jefri miró largamente a los perros. Sabía que no era un acto circense, esas criaturas caninas eran inteligentes. De algún modo habían sorprendido a sus padres y a su hermana. *¿Dónde están?* De nuevo sintió ganas de llorar. No les había visto junto a la nave espacial. Debían de haberles capturado también. Todos eran prisioneros en ese castillo, aunque en diferentes mazmorras. ¡Debían tratar de reunirse!

Se puso de pie y sintió un fugaz mareo. Aún olía ese humo. No importaba. Era hora de pensar en un modo de fugarse. Recorrió la habitación. Era enorme, no como las mazmorras que había visto en los cuentos. El techo era muy alto, una cúpula con doce ranuras verticales. Por una de ellas entraba una franja de sol polvoriento, bañando la pared acolchada. Era la única iluminación, pero era más que suficiente en ese día soleado. Balcones de barandas bajas sobresalían en las cuatro esquinas de la habitación, debajo de la cúpula. Se veían puertas en las paredes de esos balcones. Pesadas colgaduras pendían al lado de cada balcón. Tenían cosas escritas en caracteres grandes. Jefri caminó hacia la pared y palpó el rígido paño. Las letras estaban pintadas. El único modo de cambiar la inscripción era borrándola. *Vaya*. Tal como en los viejos tiempos en Nyjora, antes del reino de Straumli. La tabla que había al pie de las colgaduras era de piedra negra y brillante. Alguien había usado trozos de tiza para dibujar en ella. Eran rudimentarios dibujos de perros que recordaban las figuras que trazaban los niños del parvulario.

Jefri recordó de pronto a los niños que habían dejado a bordo y alrededor de la nave. Días atrás jugaba con ellos en la escuela de Laboratorio Alto. El año pasado había sido muy extraño; aburrido y estimulante al mismo tiempo. Las barracas eran divertidas, con todas las familias juntas; pero los adultos rara vez tenían tiempo para jugar. De noche el cielo era muy distinto del de Straum.

—Estamos más allá del Allá —había dicho mamá—, creando a Dios.

Se rió la primera vez que lo dijo. Después la gente lo decía con creciente temor. Las últimas horas habían sido alocadas y los preparativos para el sueñofrío esta vez eran reales. Todos sus amigos dormían en esas cajas... Sollozó en el espantoso silencio. Nadie le oía, nadie podía ayudarle.

Al cabo de unos momentos se puso nuevamente a pensar. Si los perros no intentaban abrir las cajas, sus amigos estarían bien. Si mamá y papá lograban que los perros entendieran...

Había extraños muebles en la habitación: mesas bajas, armarios, bastidores que parecían aparatos de gimnasia. Todo estaba hecho de madera clara, igual que las puertas. Había cojines negros en torno de la mesa más ancha. Ésta estaba atiborrada de papeles, todos con escritos y dibujos. Caminó a lo largo de una pared unos diez metros. El piso de piedra terminaba. Había una cama de grava de dos por dos donde se cruzaban las paredes. Aquí algo olía más fuerte que el humo. Un olor a cuarto de baño. Jefri rió. ¡Eran de veras como perros!

Las paredes acolchadas absorbieron la risa sin ecos. Algo alarmó a Jefri. Había pensado que estaba solo, pero había muchos «escondrijos» en esa «mazmorra». Contuvo el aliento para escuchar. Todo estaba en silencio... O casi. Había algo en el límite de su audición, donde sonaba el gemido de algunas máquinas, cosas que ni mamá ni papá ni Johanna podían oír.

—Sé que estás aquí —dijo Jefri con voz trémula. Caminó unos pasos hacia el costado, tratando de ver detrás de los muebles sin acercarse. El sonido persistía y, ahora que él escuchaba con atención, era inequívoco.

Una pequeña cabeza de ojos oscuros asomó detrás de un armario. Era mucho más pequeña que las criaturas que habían llevado a Jefri hasta allí, pero la forma del hocico era la misma. Se miraron un instante y al fin Jefri se le acercó despacio. ¿Un cachorro? La cabeza se escondió, asomó de nuevo. Por el rabillo del ojo, Jefri vio que algo se movía. Otra de las formas negras le miraba desde debajo de la mesa. Jefri sintió pánico. Pero no había hacia donde huir y quizá las criaturas le ayudaran a encontrar a mamá. Jefri se apoyó en una rodilla y extendió la mano.

—Ven, perrito, ven.

El cachorro salió de debajo de la mesa sin dejar de mirar la mano Jefri. La fascinación era mutua: el cachorro era precioso. Teniendo en cuenta que los humanos (y otros seres) han criado perros durante miles de años, éste podría haber pertenecido a una raza exótica. Pero no demasiado. El pelaje era corto y tupido, un terciopelo negro y blanco. Los dos tonos formaban franjas anchas, sin grises intermedios. Éste tenía la cabeza totalmente negra y las ancas divididas entre negro y blanco. La cola era un rabo corto que le tapaba el trasero. Pero lo más extraño era el cuello más natural en una foca que en un perro.

Jefri movió los dedos y el perro ensanchó los ojos, revelando un borde blanco en torno del iris.

Jefri se alarmó cuando algo le tocó el codo. ¡Eran tantos! Dos más se habían acercado a mirarle la mano. Y donde había visto al primero ahora había tres, que le observaban atentamente. Vistos frente a frente, no parecían hostiles ni temibles.

Uno de los cachorros apoyó una pata en la muñeca de Jefri y apretó suavemente. Al mismo tiempo, otro extendió el hocico y le lamió los dedos. La lengua era rosada y áspera, redonda y angosta. El agudo gimoteo se intensificó. Los tres se acercaron, cogiéndole la mano con las bocas.

—¡Cuidado! —dijo Jefri, apartando la mano. Recordó los dientes de los ejemplares adultos. De pronto el aire se llenó de cloqueos y zumbidos. *Parecen aves parlanchinas, más que perros.* Otro cachorro se le acercó, extendió el hocico hacia Jefri.

—¡Cuidado! —dijo, reproduciendo a la perfección la voz del niño, aunque tenía la boca cerrada. Irguió la cabeza. ¿Para que le acariciara? Jefri tendió la mano. ¡El pelaje era tan suave! El zumbido era muy fuerte ahora. Jefri lo sentía a través de la piel. Pero éste no era el único animal que lo emitía. Venía de todas partes. El cachorro cambió el movimiento, deslizando el hocico por la mano del niño. Esta vez Jefri dejó que la boca se le cerrara sobre los dedos. Veía los dientes, pero el cachorro procuró

no lastimarlo. La punta del hocico parecía un par de dedos pequeños cerrándose en torno de los suyos.

Otros tres se le deslizaron bajo el brazo, como si también desearan que los acariciara. Sintió hocicos que le tocaban la espalda, trataban de sacarle la camisa de los pantalones. Era un esfuerzo coordinado, como si un humano con dos manos le hubiera cogido la camisa... ¿Cuántos son? Por un instante olvidó dónde estaba, olvidó la cautela. Rodó y empezó a acariciarlos. Un sorprendido gimoteo vino de todas partes. Dos se le arrastraron bajo los codos, por lo menos tres le saltaron a la espalda y le apoyaron la nariz en el cuello y las orejas.

Y Jefri tuvo una gran intuición: los alienígenas adultos habían reconocido que él era un niño, aunque ignoraban su edad exacta. ¡Le habían puesto en un parvulario! Tal vez mamá y papá estaban hablando ahora con ellos. Todo saldría bien.

El señor Acero no había escogido el nombre porque sí. El acero, el más moderno de los metales; el acero, que adquiere el filo más cortante y nunca lo pierde; el acero que puede fulgurar al rojo vivo, sin fallar; el acero, la hoja que corta y reduce, eliminando los desechos. Acero era una persona forjada, el mayor éxito del Reductor.

En cierto sentido, la forja de almas no era nada nuevo. La crianza era una forma limitada de ello, aunque se concentraba principalmente en las características físicas. Incluso los criadores convenían en que las aptitudes mentales de una manada derivaban en cierta medida de sus diversos miembros.

Siempre eran un dúo o un trío los responsables de la elocuencia, otro de la intuición espacial. Las virtudes y vicios eran más complejos. Ningún miembro único era la principal fuente del valor o de la conciencia.

La aportación de Reductor a esta especialidad —y a la mayoría de las demás—, había consistido en una actitud implacable, una poda de todo lo prescindible. Experimentaba sin cesar, desechando los resultados que no fueran éxitos concluyentes. Recurría no sólo a una selección sagaz de los miembros; sino a la disciplina, la negación y la muerte parcial. Ya tenía setenta años de experiencia cuando creó a Acero.

Antes de adoptar su nombre, Acero pasó años en la negación, determinando cuáles de sus partes se combinarían para producir el ser deseado. Eso habría sido imposible sin la guía de Reductor. Por ejemplo, si se desechaba una parte que era esencial para la tenacidad, ¿de dónde saldría la voluntad para continuar la reducción? Para el alma en gestación, el proceso era un caos mental, un vértigo de horror y amnesia.

En dos años había experimentado más cambios que la mayoría de la gente en dos siglos, y todo ello dirigido. El punto de inflexión llegó cuando él y Reductor identificaron al trío que le trababa con sus escrúpulos y su lentitud intelectual. Uno de

los tres hacía de puente con los demás. Acallarlo y reemplazarlo por el elemento adecuado fue la clave del cambio. Después de eso, el resto fue fácil y nació Acero.

Cuando Reductor se marchó para convertir a la República de los Lagos Largos, era natural que su creación más brillante se hiciera cargo del poder. Durante cinco años Acero había gobernado las tierras de Reductor. En esa época no sólo había conservado los dominios de Reductor, sino que los había extendido más allá de sus cautos comienzos.

Pero, en un solo giro del sol en torno de Isla Oculta, podía perderlo todo.

Acero entró en la sala de reunión y miró en torno. Se había servido un refrigerio. La luz del sol se derramaba desde una ranura del techo sobre el sitio que él deseaba. Un miembro de Shreck, su asistente, se hallaba en el otro extremo de la sala.

—Hablaré a solas con el visitante —le dijo, sin usar el nombre «Reductor». El casacas blancas retrocedió y sus otros miembros abrieron las puertas.

Un quinteto —tres machos y dos hembras— entró por la puerta enfilando hacia el haz de luz solar. Era un individuo poco llamativo, pero Reductor jamás había tenido una apariencia imponente.

Dos cabezas se irguieron para ocultar los ojos de las demás. La manada escrutó la sala hasta localizar al señor Acero.

—Ah, Acero —Era una voz suave... como un escalpelo acariciándote el vello del pescuezo. Acero se inclinó en un gesto formal. La voz le provocó un retortijón en las tripas e, involuntariamente, apoyó los vientres en el piso. ¡Era la voz del Maestro! Quedaba al menos un fragmento del Reductor original en esta manada. Las hombreras de oro y plata, el estandarte personal, cualquier aventurero temerario podía remedar esas cosas. Pero Acero recordaba esa prestancia. No le sorprendía que esa mañana semejante presencia hubiera desbaratado la disciplina de sus tropas en tierra firme.

Las cabezas de la manada no mostraban ninguna expresión a la luz del sol. ¿Sonreían furtivamente las que quedaban en la sombra?

—¿Dónde están los demás, Acero? El episodio de hoy representa la mayor oportunidad de nuestra historia.

Acero se incorporó y miró las barandas.

—Señor, antes debo hacerte unas preguntas a solas. Es evidente que en gran medida eres Reductor pero ¿cuánto...?

El otro sonrió, moviendo las cabezas que estaban a la sombra.

—Sí, sabía que mi mejor creación repararía en ese problema... Esta mañana afirmé ser el verdadero Reductor, mejorando con un par de reemplazos. La verdad es... más compleja. Ya sabes lo de la república.

Había sido el mayor riesgo de Reductor: reducir toda una nación-estado. Millones morirían, pero aun así habría más modelación que matanza. De ello resultaría la

primera entidad colectiva fuera de los trópicos. Y el estado reductorista no sería un obtuso conglomerado pululando en una jungla. Su diligencia sería tan brillante e implacable como la de ninguna otra manada de la historia.

Ningún pueblo del mundo podría oponerse a esa fuerza.

—Era un gran riesgo, con miras a un gran objetivo. Pero tomé precauciones. Teníamos millares de conversos, muchos de ellos sujetos que no comprendían nuestra verdadera ambición aunque fieles y abnegados... como corresponde. Siempre mantenía un grupo de esos fieles cerca de mí. La Policía Política fue astuta al usar cáfilas contra mí. Era lo último que esperaba... yo, que creé las cáfilas. No obstante, mis guardaespaldas estaban bien entrenados. Cuando nos atraparon en el Cuenco Parlamentario, mataron un par de miembros de cada una de esas manadas especiales... y yo dejé de existir, esparcido entre tres personas aterradas y comunes que trataban de escapar de la matanza.

—Pero todos murieron en torno a ti. La cáfila no dejó a nadie.

Reductor se encogió de hombros.

—En parte fue propaganda republicana y en parte mi propia labor. Ordené a mis guardias que se mataran entre sí, junto con todos los que no eran yo.

Acero casi expresó su admiración en voz alta. El plan era típico de la brillantez de Reductor y de su fortaleza de alma. En los asesinatos siempre quedaba la posibilidad de que los fragmentos escaparan. Había célebres leyendas de héroes reensamblados, pero esto era raro en la vida real y habitualmente ocurría cuando las fuerzas de la víctima podían sostener a su líder durante la reintegración. Pero Reductor había planeado esta táctica desde el principio, había pensado en reintegrarse a más de mil kilómetros de los Lagos Largos.

Aun así, el señor Acero miró al otro con cautela. Debía ignorar la voz y el aplomo. *Pensar* en virtud del poder, no de los deseos ajenos; ni siquiera los de Reductor. Acero reconocía sólo a dos integrantes de la manada. Las hembras y el macho de orejas de punta anca eran probablemente del simpatizante sacrificado. Era muy probable que sólo estuviera frente a dos miembros de Reductor. Ninguna amenaza... excepto en el muy real sentido de las apariencias.

—Y los otros cuatro, ¿señor? ¿Cuándo podremos ver toda tu presencia?

La criatura-Reductor rió. A pesar de sus lesiones, aún comprendía el equilibrio del poder. Era casi como en los viejos tiempos: cuando dos personas tienen una clara comprensión del poder y la traición, la traición se vuelve casi imposible. Sólo existe el flujo ordenado de los acontecimientos, trayendo el bien a quienes merecen gobernar.

—Los demás también tienen excelentes... ejemplares. Tracé planes detallados, tres caminos, tres conjuntos de agentes. Llegué en el tiempo proyectado. Sin duda los otros también llegarán, en pocos decadas a lo sumo. Hasta entonces —volvió las

cabezas hacia Acero—, hasta entonces, querido Acero, no pretendo ejercer todo el poder de Reductor. Antes lo hice así para fijar prioridades, para proteger este fragmento hasta estar ensamblado. Pero esta manada es deliberadamente débil de voluntad. Sé que no sobreviviría como gobernante de mis creaciones anteriores.

Acero tenía sus dudas. Con sus flaquezas, la criatura había trazado planes perfectos. *Casi* perfectos.

—¿Conque deseas un papel secundario en los próximos decadas? Muy bien. Pero te anunciaste como Reductor, ¿cómo te presentaré?

El otro no titubeó.

—Tyratlect. Reductor-en-Ciernes.

Cripto: 0

Recepción: Transceptor Relé03 en Relé.

Senda lingüística: Samnorsk ->triskweline. SJK: Unidades Relé.

De: Straumli Mayor.

Asunto: ¡Archivo abierto en Trascenso Bajo!

Resumen: Nuestros enlaces con la Red Conocida se interrumpirán provisionalmente.

Frases clave: Trascender, buena nueva, oportunidades de negocios, nuevo archivo, problemas de comunicación.

Distribución:

Grupo de Intereses Dónde Están Ahora

Grupo de Intereses Homo Sapiens

Grupo de Administración Carnada Múltiple

Transceptor Relé03 en Relé

Transceptor Cantar del Viento en Debley Inferior

Transceptor Tiempo Breve en Paradacorta

Fecha: 11:45:20 Hora de Dársenas. 09/01 de año Org 52089

Texto del mensaje:

Nos enorgullece anunciar que una expedición humana de exploración procedente del reino de Straumli ha descubierto un archivo accesible en el Trascenso Bajo. Hemos postergado este anuncio hasta corroborar nuestros derechos de propiedad y la seguridad del archivo. Hemos instalado interfaces que volverán el archivo interoperable en cualquier sintaxis estándar de la Red. Dentro de pocos días este acceso quedará disponible comercialmente (consúltese nuestro comentario sobre problemas de horarios). Dada su seguridad, inteligibilidad y edad, este Archivo es notable. Creemos que aquí hallaremos información perdida sobre gestión de arbitraje y coordinación interracial. Enviaremos detalles a los grupos de noticias adecuados. Estamos muy

entusiasmados al respecto. Nótese que no fue necesaria ninguna interacción con los Poderes, ninguna parte del reino de Straumli ha trascendido.

Ahora la mala noticia: Los proyectos de arbitraje y traducción han sufrido cleniraciones infortunadas con el armíflago del reborde. Los detalles resultarán interesantes para los integrantes del grupo de noticias Amenazas a la Comunicación, y se los transmitiremos más tarde. Pero al menos durante las próximas cien horas, todos nuestros enlaces (mayores y menores) con la Red Conocida permanecerán desconectados. Los mensajes entrantes pueden quedar en espera, pero no damos garantías. No se pueden adelantar mensajes. Lamentamos este inconveniente y lo compensaremos muy pronto. Estos problemas no afectan el comercio. El reino de Straumli continúa dando la bienvenida a turistas y comerciantes.

Retrospectivamente, Ravna Bergsndot comprendía que su destino era ser bibliotecaria. En su infancia en Sjandra Kei, ya amaba las historias de la Era de las Princesas. Eran tiempos de aventura en los que damas valientes habían guiado al género humano hacia la grandeza. Ella y su hermana habían pasado muchas tardes jugando a que eran las Dos Magnas y rescatando a la Condesa del lago. Luego comprendieron que Nyjora y sus princesas se perdían en el remoto pasado. Su hermana Lynne se dedicó a asuntos más prácticos. Pero Ravna aún ansiaba la aventura. En su adolescencia había soñado con emigrar al reino de Straumli. Eso era algo muy real. Nada menos que una nueva colonia, humana en su mayor parte, en pleno Tope del Allá. Y Straum acogía con gusto a las gentes del mundo madre: su proyecto tenía menos de cien años. Los habitantes de esa colonia o sus hijos serían los primeros humanos de la galaxia que trascenderían su humanidad. Tal vez ella terminara por ser un dios y más rica que un millón de mundos del Allá. Era un sueño tan real como para provocar fricciones continuas con sus padres. Pues donde existe el cielo, también puede existir el infierno. El reino de Straumli estaba cerca del Trascenso y allí la gente jugaba con «los tigres que se pasean más allá de los barrotes». Y su padre había usado esa imagen trillada. Este desacuerdo les distanció durante varios años. Luego, en sus cursos de Informática y Teología Aplicada, Ravna comenzó a leer acerca de los viejos horrores. Quizá debiera ser más cauta. Sería mejor echar una ojeada primero. Y había un modo de fisgonear en todo lo que podían comprender los humanos del Allá: Ravna se hizo bibliotecaria. «El colmo del diletantismo», había bromeado Lynne. «En efecto, ¿y qué?», replicó Ravna pero nunca había perdido el sueño de viajar lejos.

La vida en la Universidad Herte de Sjandra Kei parecía perfecta para alguien que al fin había descubierto lo que buscaba en la vida.

Las cosas habrían continuado magníficamente allí, pero el año en que Ravna se graduó organizaron el concurso para aprendices de la Organización Vrinimi. El premio consistía en tres años de estudio y trabajo en el archivo de Relé. El ganador tendría una oportunidad irrepetible; Ravna podría obtener más experiencia que cualquier académico local.

Así fue como Ravna Bergsndot terminó a más de veinte mil años-luz de su hogar, en el centro de la Red que enlazaba un millón de mundos.

Hacía una hora que había caído el sol cuando Ravna sobrevoló el Parque de la Ciudad con rumbo a la residencia de Grondr Vrinimikalir. Había visitado pocas veces ese planeta desde su llegada al sistema de Relé. En general trabajaba en los archivos mismos, a mil horas-luz de distancia. En esta parte del Nivel Suelo comenzaba el otoño, aunque el crepúsculo había reducido los tres colores a franjas grises. Desde

cien metros de altura, el aire cortante anunciaba inminentes heladas. Entre sus pies, Ravna veía las fogatas de los excursionistas y los campos de juegos. La Organización Vrinimi no gastaba mucho en el planeta, pero era un mundo hermoso. Mientras mantuviera los ojos en el oscuro suelo, Ravna podía imaginarse en su terruño de Sjandra Kei. Pero bastaba mirar al cielo para notar la diferencia: a veinte mil años-luz de distancia, la espiral de la galaxia se extendía hacia el cenit.

Era apenas una luz tenue en el crepúsculo, y tal vez esa noche no cobrara mucho más brillo. Las fábricas del sistema resplandecían a baja altura en el cielo occidental, más relucientes que una luna; con un chisporroteo tan intenso que a veces proyectaban hacia el este la cruda sombra de las montañas del Parque de la Ciudad. Dentro de media hora despuntarían las Dársenas. Las Dársenas no eran tan brillantes como las fábricas, pero juntas superaban en brillo a los lejanos astros.

Cambió de rumbo en su arnés agrávido, enfilando hacia abajo.

El aroma del otoño y los picnics cobró intensidad. De pronto, la rodearon crepitantes risas kalir; se había metido en una partida de aerobalón. Ravna tendió los brazos pidiendo disculpas y se apartó del camino de los jugadores.

Pronto terminaría su paseo por el parque; adelante veía su destino. La residencia de Grondr Kalir era una rareza en el paisaje, un edificio que destacaba. Databa del tiempo en que la Organización —la Org, como la llamaban— había comprado una parte de Relé. Vista desde ochenta metros de altura, la casa era una silueta maciza contra el cielo. Cuando relampagueaban las luces de las fábricas, las lisas paredes del monolito fulguraban en tintes aceitosos. Grondr era el jefe del jefe de su jefe. Ella le había hablado tres veces en dos años.

Decidió no postergarlo más. Presa del nerviosismo y la curiosidad, Ravna descendió y dejó que los sistemas electrónicos de la casa la guiaran por las tres cubiertas hacia una entrada.

Grondr Vrinimikalir la trató con la cortesía estándar que constituía el común denominador entre las diversas razas de la Org. La sala tenía muebles adecuados para uso humano y vrinimi. Hubo un refrigerio y preguntas sobre su labor en el archivo.

—Resultados ambiguos —respondió Ravna con franqueza—. He aprendido muchísimo. El curso para aprendices ha estado a la altura de mis expectativas, pero me temo que la nueva división necesitará una capa adicional de índices. —Todo esto constaba en informes que el viejo podía consultar con sólo mover un dígito.

Grondr se pasó una mano distraída por las pecas ópticas.

—Sí, una decepción previsible. Con esta expansión, estamos en los límites de la gestión de información. Egravan y Derche —el jefe de Ravna, y el jefe del jefe—, están muy contentos con sus progresos. Usted vino con una buena formación y aprendió deprisa. Creo que hay un lugar para los humanos en la Organización.

—Gracias, señor —dijo Ravna, ruborizándose. La parca evaluación de Grondr era

sumamente importante para ella. Y quizá significara la llegada de más humanos, tal vez antes de que ella terminara su aprendizaje. ¡Conque ésta era la razón de la entrevista!

Trató de no mirar al otro. Ya estaba habituada a la especie mayoritaria de Vrinimi. De lejos, los kalir parecían humanoides. De cerca, las diferencias eran muy grandes. La especie descendía de algo parecido a un insecto. Con el aumento de tamaño, la evolución había desplazado los puntales de refuerzo al interior del cuerpo, y el exterior era ahora una combinación de piel rugosa con láminas de quitina pálida. A primera vista, Grondr era un ejemplar común de su especie. Pero cuando se movía, aunque fuera para ajustarse la chaqueta o rascarse las pecas ópticas, lo hacía con rara precisión. Egravan decía que era muy, muy viejo.

Grondr cambió bruscamente de tema.

—¿Está usted al corriente de los cambios en el reino de Straumli?

—¿Se refiere a la caída de Straum? Sí. —*Aunque me sorprende que lo sepas.* El reino de Straumli era una descollante civilización humana pero sólo representaba una fracción infinitesimal del tráfico de mensajes de Relé.

—Por favor, acepte mis condolencias. —A pesar de los joviales anuncios procedentes de Straum, era evidente que el reino de Straumli había sufrido una calamidad. Casi todas las especies terminaban por coquetear con el Trascenso, a menudo convirtiéndose en súper-inteligencias, en Poderes. Pero ahora era evidente que los straumianos habían creado, o despertado, un Poder de inclinaciones letales. Habían sufrido un destino tan espantoso como hubiera imaginado el padre de Ravna. Y esa desgracia era ahora un desastre que se extendía en todo lo que había sido el reino de Straumli. Grondr continuó—: ¿Esta noticia afectará su labor?

Aquello la intrigaba cada vez más. Hubiera jurado que Grondr se proponía ir al meollo del asunto. ¿Éste era el meollo?

—No, señor. El caso Straum es terrible, especialmente para la humanidad, pero mi hogar es Sjandra Kei. El reino de Straumli es nuestro vástago, pero no tengo parientes allí. —*Aunque podría haber estado allí de no haber sido por mamá y papá.* Cuando Straumli Mayor bajó de la Red, Sjandra Kei quedó fuera de contacto casi cuarenta horas. Eso la había molestado mucho, porque el reencaminamiento de los mensajes tendría que haber sido inmediato. Al fin se estableció la comunicación: el problema había consistido en un embrollo en los planes de retransmisión. A Ravna le habían liquidado medio año de ahorros por un despacho indirecto. Lynne y sus padres estaban bien. El desmoronamiento de Straumli era la noticia del siglo en Sjandra Kei, pero aun así era un desastre a distancia. Ravna pensó que el consejo de sus padres no podía haber sido más atinado.

—Bien, bien. —Grondr movió el órgano bucal en el análogo de un asentir humano. Ladeó la cabeza, mirándola sólo con pecas periféricas parecía vacilar de

veras. Ravna le miró en silencio. Grondr Kalir era uno de los ejecutivos más extraños de la Org. Era el único cuya residencia principal estaba en Nivel Suelo. Oficialmente estaba a cargo de una división de los archivos, pero en realidad dirigía Marketing (es decir, Inteligencia). Se rumoreaba que había visitado el Tope del Allá: Egravan sostenía que tenía un sistema inmunológico artificial—. Verá usted, el desastre de Straumli la ha transformado en una de las empleadas más valiosas de la Organización.

—No... no entiendo.

—Ravna, los rumores del grupo de noticias Amenazas son ciertos. Los straumianos tenían un laboratorio en el Trascenso Bajo. Estaban jugando con fórmulas de un archivo perdido, y crearon un nuevo Poder. Parece ser una Perversión Clase Dos.

La Red Conocida registraba una Perversión Clase Dos una vez por siglo. Esos Poderes tenían una longevidad normal, unos diez años. Pero eran explícitamente malévolos y en diez años podían causar tremendos daños. Pobre Straum.

—Como usted verá, aquí hay un tremendo potencial de pérdidas y ganancias. Si el desastre se propaga, perderemos clientes en la Red. Por otra parte, en el reino de Straumli todos quieren seguir los sucesos. Esto podría incrementar nuestro tráfico de mensajes en un porcentaje enorme.

Grondr lo expresaba con suma frialdad, pero estaba en lo cierto. Más aún, la oportunidad de obtener utilidades se relacionaba directamente con las medidas para mitigar la perversión. Si ella no hubiera estado tan involucrada en las tareas de archivo, lo habría adivinado. Y ahora que lo pensaba...

—Hay oportunidades aún más espectaculares. Históricamente, estas perversiones han sido de interés para otros Poderes. Ellos querrán transmisiones de la Red e información sobre la especie creadora.

Calló, comprendiendo al fin la razón de ese encuentro. Grondr emitió un chasquido de asentimiento.

—En efecto. Aquí en Relé estamos bien situados para comunicar noticias al Trascenso. Y además contamos con nuestro propio humano. En los últimos tres días hemos recibido muchas preguntas de civilizaciones del Allá Alto y algunas declaran representar Poderes. Este interés podría significar un gran incremento en los ingresos de la Organización para la próxima década. Usted pudo leer todo esto en el grupo de noticias Amenazas. Pero hay otro detalle, y le pediré que por ahora conserve el secreto. Hace cinco días una nave del Trascenso entró en nuestra región. Afirma que está bajo el control directo de un Poder.

La pared que estaba a sus espaldas se transformó en una imagen del intruso. La nave era un conglomerado irregular de espinas y protuberancias. Una barra con la escala estipulaba que sólo tenía cinco metros de diámetro. Ravna sintió un cosquilleo

en la nuca. En el Allá Medio estaban relativamente a salvo del capricho de los Poderes pero, aun así, esa visita era perturbadora.

—¿Qué quiere?

—Información sobre la perversión Straumli. Sobre todo, está muy interesada en la especie de usted. Daría muchísimo por llevarse a un humano vivo...

—No me interesa —replicó abruptamente Ravna.

Grondr extendió sus manos pálidas. La luz titiló en la quitina del dorso de sus dedos.

—Sería una magnífica oportunidad. Un aprendizaje con los dioses. Éste ha prometido establecer un oráculo aquí a cambio.

—¡No! —exclamó Ravna, incorporándose. Era humana y estaba a más de veinte mil años-luz de su hogar. Eso la había deprimido en los primeros días de su aprendizaje. Después había entablado amistades, había aprendido más sobre la ética de la Organización, había llegado a confiar en estas gentes casi tanto como en los habitantes de Sjandra Kei. Pero... había un solo oráculo más o menos seguro en la Red hoy en día y tenía casi diez años. Este Poder estaba tentando a la Org Vrinimi con un tesoro fabuloso.

Grondr emitió un chasquido de embarazo, indicándole que se sentara.

—Era sólo una sugerencia. No abusamos de nuestros empleados. Si desea servir sólo como experta local...

Ravna asintió.

—Bien. Francamente, no esperaba que usted aceptara el ofrecimiento. Tenemos un voluntario mucho más indicado, aunque necesita más instrucción.

—¿Un humano? ¿Aquí? —Ravna había pedido al directorio local toda información sobre otros humanos. En los dos últimos años había visto a tres, y todos estaban de paso—. ¿Cuánto hace que está aquí? Grondr rió o sonrió.

—Hace más de un siglo, aunque sólo lo supimos hace unos días. —Las imágenes que le rodeaban cambiaron. Ravna reconoció el «desván» de Relé, el cementerio de naves abandonadas y dispositivos de carga que flotaban a mil segundos-luz de los archivos—. Recibimos muchas remesas, productos embarcados con la esperanza de que compremos o vendamos en consignación. —La imagen enfocó una nave decrepita de doscientos metros de longitud, cuyo contorno esbelto culminaba en un impulsor de palas. Los ultraimpulsores principales parecían meros remaches.

—¿Un lugre? —preguntó Ravna.

Grondr chasqueó negativamente.

—Una draga. La nave tiene treinta mil años. Pasó la mayor parte de ese tiempo en una penetración profunda de la Zona Lenta, además de diez mil años en las Honduras Sin Mente.

El casco estaba picado de hoyuelos que eran producto de milenios de erosión

relativista. Incluso sin tripulantes, esas expediciones eran raras: una penetración profunda no podía regresar al Allá en vida de sus constructores. ¡Algunas no regresaban en vida de la especie de los constructores! La gente que lanzaba esas misiones era extravagante. La gente que las recobraba podía obtener suculentas ganancias.

—Ésta vino de muy lejos, aunque no es una misión del todo fructífera. No vio nada interesante en las Honduras Sin Mente... lo cual no es sorprendente, porque incluso las automatizaciones fallan allí. Vendimos la mayor parte del cargamento de inmediato. El resto fue catalogado y olvidado... hasta el asunto Straumli. —El paisaje estelar se desvaneció. Ahora veían una imagen médica, extremidades y partes de un cuerpo que parecía humano—. En un sistema solar que está en el fondo de la Lentitud, la draga halló una nave a la deriva. La nave no tenía ultraimpulso. Era un genuino diseño de la Zona Lenta. Ese sistema solar no estaba habitado. Sospechamos que la nave sufrió un fallo estructural... o quizá la tripulación fue afectada por las Honduras. Sea como fuere, terminaron congelados y despedazados.

Una tragedia en el fondo de la Lentitud, miles de años atrás. Ravna apartó los ojos de la carnicería.

—¿Y piensa venderle esto a nuestro visitante?

—Mejor aún. Cuando nos pusimos a investigar, descubrimos un error garrafal en los catálogos. Uno de los cadáveres está casi intacto. Lo remendamos con partes de los demás. Resultó caro, pero terminamos con un humano viviente —la imagen parpadeó de nuevo, y Ravna contuvo el aliento. En la animación médica, las partes flotaban en una disposición ordenada. Había un cuerpo completo, un poco desgarrado en el vientre. Las partes se unieron. Era varón, flotaba entero y desnudo, como si durmiera. Ravna no ponía en duda su humanidad, pero todos los humanos del Allá descendían de gente de Nyjora. Este sujeto no tenía esa ascendencia. La tez era cenicienta, no parda. El cabello era rojizo y brillante, un color que sólo había visto en crónicas prenyjoranas. Los huesos del rostro presentaban leves diferencias con la mayoría de los humanos modernos. Esas leves diferencias eran más perturbadoras que la absoluta extrañeza de sus colegas.

La figura apareció vestida. En otras circunstancias, Ravna habría sonreído. Grondr 'Kair había escogido un disfraz absurdo, algo de la era nyjorana. La figura empuñaba una espada y un arma de fuego. Un príncipe durmiente de la Era de las Princesas.

—He aquí al protohumano —dijo Grondr.

«Relé» es un nombre común. Tiene sentido en cualquier contexto. Como Nueva Ciudad y Nuevo Hogar, se repite continuamente cuando la gente se desplaza, coloniza o participa en una red de comunicaciones. Podríamos viajar mil millones de años-luz o mil millones de años y siempre encontraríamos esos nombres entre individuos de inteligencia natural.

Pero en la época actual había un ejemplo de «Relé» más célebre que los demás. Este nombre figuraba en el plan de ruta del dos por ciento de todo el tráfico que circulaba por la Red Conocida. A veinte mil años-luz del plano galáctico, Relé tenía acceso al treinta por ciento del Allá, lo cual incluía muchos sistemas estelares del Fondo, donde las naves estelares pueden viajar sólo un año-luz por día. Algunos sistemas solares donde existían metales estaban igualmente bien situados, y había competencia. Pero mientras otras civilizaciones perdían el interés, o colonizaban el Trascenso, o perecían en un apocalipsis; la Organización Vrinimi *perduraba*. Al cabo de cincuenta mil años, había varias razas de la Org original entre sus miembros. Ninguna de ellas conservaba el liderazgo, pero aún predominaban su perspectiva y su política. Posición y perduración: Relé era ahora el principal intermediario con las Magallánicas y uno de los pocos emplazamientos que poseían algún enlace con el Allá en Sculptor.

En Sjandra Kei, la fama de Relé había sido fabulosa. En sus dos años de aprendizaje, Ravna había comprendido que la verdad superaba esa fama. Relé se encontraba en el Allá Medio; el único producto de exportación de la Organización era la función de retransmisión y el acceso al archivo local. Sin embargo, importaba el mejor equipo biológico y de proceso del Allá Alto. Las Dársenas de Relé constituían una extravagancia que sólo podían costearse los opulentos. Abarcaban mil kilómetros de embarcaderos, talleres, centros de transbordo, parques y campos de juego. Incluso en Sjandra Kei había hábitats más vastos, pero las Dársenas no estaban en órbita. Flotaban a mil kilómetros de Nivel Suelo, en la mayor configuración agrávida que Ravna había visto jamás. En Sjandra Kei el ingreso anual de un académico podía pagar un metro cuadrado de tela agrávida, una bazofia que no duraría más de un año. Aquí había millones de hectáreas de ese material, sosteniendo miles de millones de toneladas. El mero reemplazo del tejido muerto requería más comercio con el Allá Alto del que podían lograr la mayoría de los cúmulos estelares.

Y ahora tengo mi propia oficina aquí. Trabajar directamente para Grondr Kalir tenía sus ventajas. Ravna se recostó en la silla y echó un vistazo al mar central. A la altura de las Dársenas, la gravedad aún era de tres cuartos de g. Las fuentes de aire envolvían la parte media de la plataforma con una atmósfera respirable. El día antes, Ravna había navegado en velero por el claro mar. Era una extraña experiencia: nubes

planetarias bajo la quilla, arriba estrellas y un cielo índigo.

Aquella mañana había elevado la rompiente, para lo cual bastaba flexionar los agrávidos de la cuenca. Las olas se desplomaban en la playa con un estruendo regular y aun a treinta metros del agua un olor salobre impregnaba el aire. Hileras de velas blancas se perdían en la lontananza.

Miró la figura que se acercaba por la playa. Semanas atrás ni siquiera hubiera imaginado esta situación. Semanas atrás estaba en el archivo, absorta en el trabajo de actualización, feliz de trabajar en una de las bases de datos más vastas de la Red Conocida. Ahora era como si hubiera completado el círculo, regresando a sus sueños infantiles de aventura. El único problema era que a veces se sentía como uno de los villanos; Pham Nuwen era una persona viva, no un objeto para vender.

Se levantó para recibir a su pelirrojo visitante.

No llevaba la espada ni el arma de fuego que empuñaba en la antojadiza animación de Grondr, pero vestía ropas de paño trenzado, como en las antiguas leyendas, y caminaba con indolente aplomo. Desde su encuentro con Grondr, Ravna había investigado la antropología de Vieja Tierra. El pelo rojo y los ojos rasgados eran conocidos allá aunque rara vez en el mismo individuo. Por cierto, esa tez cenicienta habría sido notable para un habitante de la Tierra. Este individuo era, al igual que ella, producto de la evolución posterrícola.

El hombre se acercó con una mueca socarrona.

—Tienes un aspecto bastante humano, Ravna Bergsndot.

Ella sonrió y asintió.

—¿Pham Nuwen?

—En efecto. Parece que ambos adivinamos muy bien.

Nuwen entró en la fresca oficina interior. Un sujeto altanero.

Ella le siguió, insegura del protocolo. Cualquiera hubiera dicho que con un congénere humano no habría problemas...

No tuvieron mayores problemas de comunicación. Habían resucitado a Pham Nuwen unos treinta días atrás y había pasado buena parte de ese tiempo siguiendo cursos acelerados de idiomas. Ese tipo debía ser una lumbrera; ya hablaba el lenguaje comercial triskweline con bastante soltura. Y era bastante guapo. Ravna había estado lejos de Sjandra Kei durante dos años y todavía le faltaba un año para completar su aprendizaje. Se las había apañado bastante bien. Tenía muchos amigos: Egravan, Sarale; pero la charla con ese hombre agudizó de nuevo su soledad. En un sentido era más extraño que cualquier otra criatura de Relé... y en otro sentido, ella sólo deseaba abrazarle y borrarle esa altanería a besos.

Grondr Vrinimikalir había dicho la verdad sobre Pham Nuwen. El hombre estaba entusiasmado con los planes que le reservaba la Org. Teóricamente, eso significaba

que ella podía realizar su trabajo sin cargos de conciencia. En la práctica...

—Señor Nuwen, mi trabajo es orientarle en su nuevo mundo. Sé que ha recibido muchas instrucciones en los últimos días, pero la rapidez con que se puede asimilar dicho conocimiento tiene sus límites.

El pelirrojo sonrió.

Llámame Pham, y puedes tutearme. Claro, me siento como un saco repleto. Mis sueños están llenos de vocecitas. He aprendido muchísimo sin experimentar nada. Peor aún, he sido el *blanco* de «educación». Es una trampa perfecta si Vrinimi quiere embaucarme. Por eso estoy aprendiendo a usar la biblioteca local. Y por eso insistí en hallar a alguien como tú —le vio la cara de sorpresa—. ¡Ja! No lo sabías. Como ves, hablar con una persona real me da la oportunidad de ver cosas que no están planeadas de antemano. Además, siempre he sido buen juez de la naturaleza humana. Creo que te calo bastante. —A juzgar por su sonrisa burlona, sabía que su actitud era irritante.

Ravna miró los verdes pétalos de los árboles de la playa. Tal vez ese badulaque merecía meterse en ese brete.

—¿Conque tienes muchísima experiencia en tratar con la gente?

—Dadas las limitaciones de la Lentitud. He viajado bastante, Ravna, he viajado bastante. Sé que no lo aparento, pero tengo sesenta y siete años subjetivos. Agradezco a tu Organización el buen trabajo que realizó al descongelarme. —Saludó quitándose un sombrero inexistente—. Mi última travesía duró más de mil años objetivos. Yo era programador en una expedición del Qeng Ho... —De pronto puso cara de sorpresa y farfulló algo. Por un instante pareció vulnerable.

Ravna extendió la mano.

—¿Problema de memoria?

Pham Nuwen asintió.

—Demonios. Esto es algo que no os agradezco.

Pham Nuwen había sido congelado como resultado de una muerte violenta, no en una hibernación planificada. Era un milagro que la Org le hubiera podido revivir, al menos con la tecnología del Allá Medio. Pero la memoria era lo más difícil. La base química de la memoria no sobrevive bien a una hibernación caótica.

El problema le afectaba tanto que su egolatría trastabillaba. Ravna se apiadó de él.

—Es improbable que algo se haya perdido del todo. Sólo debes enfocar ciertas cosas desde otra perspectiva.

—Sí, me han informado sobre eso. Comenzar con otros recuerdos, avanzar lateralmente hacia lo que no puedo recordar de frente. Bien, es mejor que estar muerto. —Recobró su altivez anterior, pero tan atemperada que casi resultaba simpático. Hablaron largo rato mientras el pelirrojo sorteaba los puntos que no podía «recordar de frente».

Y, poco a poco, Ravna comenzó a sentir algo que nunca habría esperado sentir

por un habitante de la Zona Lenta: respeto. En una vida, Pham Nuwen había logrado casi todo lo que era posible para un ser de la Lentitud. Ravna siempre había sentido compasión por las civilizaciones atrapadas allá. Nunca podrían conocer la gloria ni la verdad... Pero mediante la suerte, la habilidad y la mera fuerza de voluntad este sujeto había franqueado una barrera tras otra. ¿Grondr sabía la verdad cuando retrató al pelirrojo con una espada y un arma de fuego? Pham Nuwen era en verdad un bárbaro. Había nacido en un mundo colonial caído al cual llamaba Canberra. El lugar debía parecerse a la Nyjora medieval, aunque no era matriarcal. Había sido el hijo menor de un rey. Había crecido entre espadas venenos e intrigas; en castillos de piedra junto a un mar gélido. Este principito habría acabado asesinado —o habría llegado a ser rey— si la vida medieval hubiese continuado. Pero cuando él tenía trece años todo cambió. Un mundo que sólo conocía las aeronaves y la radio a través de leyendas, se enfrentó con mercaderes interestelares. Al cabo de un año de comercio, la política feudal de Canberra quedó totalmente trastocada.

—Qeng Ho había invertido tres naves en la expedición a Canberra. Estaban enfadados, pensaban que tendríamos un nivel tecnológico más alto. No podíamos reaprovisionarles, así que dos naves se quedaron y tal vez descalabraron la vida de mi mundo. Yo partí con la tercera como rehén. Mi padre había hecho ese trato pensando que les engañaba. Tuve suerte de que no me arrojaran al espacio.

Qeng Ho poseía varios cientos de naves estatocolectoras que operaban en un volumen de cientos de años-luz de diámetro. Eran naves que alcanzaban casi un tercio de la velocidad de la luz. En general se dedicaban al comercio, a veces al rescate y, en raras ocasiones, a la conquista. Cuando Pham Nuwen les vio por última vez, habían colonizado treinta mundos y tenían casi tres mil años. Era una civilización tan exótica como podía haberla en la Lentitud... Y, por cierto, en el Allá nadie tuvo noticias de ella hasta que Pham Nuwen fue revivido. Qeng Ho era como ese millón de malhadadas civilizaciones que yacían sepultadas miles de años-luz en la Lentitud. Solo por azar penetrarían en el Allá, donde era posible viajar más rápido que la luz.

Pero para un niño de trece años nacido entre espadas y cotas de malla, el Qeng Ho representaba un cambio mayor del que experimentan la mayoría de los seres vivientes. En cuestión de semanas pasó de noble medieval a grumete estelar.

—Al principio no sabían qué hacer conmigo. Pensaron en congelarme y dejarme en la próxima parada. ¿Qué haces con un niño que cree que existe un solo mundo y que ese mundo es plano?, ¿qué ha pasado toda su vida aprendiendo a dar estocadas? —calló de golpe, como hacía cada tantos minutos cuando el flujo de sus recuerdos se topaba con una lesión. Luego echó una ojeada picara a Ravna y la miró con mayor altivez que nunca—. Era un animal astuto. La gente civilizada no puede comprender lo que sientes al criarte con parientes que conspiran para asesinarte y cuando debes

entrenarte para liquidarles primero. En aquella civilización conocí a gente aún más canallesca, tipos que freían un planeta entero y lo llamaban «reconciliación»... pero en materia de traiciones, mi infancia es incomparable.

A juzgar por lo que contaba Pham Nuwen, sólo la suerte salvó a la tripulación de sus intrigas. En los años siguientes, aprendió a adaptarse, asimiló los trucos de la civilización. Bien domesticado, podía ser un capitán ideal para el Qeng Ho y durante muchos años lo fue. El volumen perteneciente al Qeng Ho albergaba otro par de especies y varios mundos colonizados por humanos. En 0.3c. Pham pasó décadas en sueñofrío, viajando de estrella en estrella, y luego un par de años en cada puerto tratando de vender productos y datos que podían ser letalmente anticuados. La reputación del Qeng Ho le servía de protección. «La política va y viene, pero la codicia es eterna», era el lema de la flota, y había durado más tiempo que la mayoría de sus clientes. Incluso los fanáticos religiosos eran cautos cuando pensaban en la venganza del Qeng Ho. Pero con frecuencia la única salvación era un capitán hábil y perverso, y pocos podían compararse con el aniñado Pham Nuwen.

—Era el capitán perfecto. O casi. Siempre quise ver qué había allende el espacio explorado. Cada vez que me volvía rico, tan rico que podía lanzar mi propia subflota, corría un riesgo descabellado y lo perdía todo. Era el yoyó de la Flota. Ora era capitán de cinco naves, ora dirigía programas de mantenimiento en un carguero de mala muerte. Dado que el tiempo se estira con el comercio sublumínico, hubo generaciones enteras que me consideraron un genio legendario... y otras que usaban mi nombre como sinónimo de fantasmón.

Hizo una pausa y abrió los ojos con complacida sorpresa.

—¡Ja! Ahora recuerdo qué hacía allí al final. Estaba en mi fase de fantasmón, pero no importaba. Había un capitán de veinte años que era aun más loco que yo... No recuerdo el nombre. ¿Sería una capitana? Imposible. Jamás habría obedecido a una mujer —añadió, como si hablara consigo mismo—. Lo cierto es que ese tío era un listillo que estaba dispuesto a jugarse entero. Llamaba a su nave... bien... significa algo parecido a «pajarilla sin seso»... eso te da una idea de cómo era. Sospechaba que tenía que haber una civilización de altísima tecnología en el universo, el problema era hallarla. Extrañamente, casi había dado en el blanco en cuanto a las Zonas. El único problema fue que era menos listo de lo necesario. Había cometido un pequeño error. ¿Imaginas cuál?

Ravna asintió. Considerando dónde había aparecido la nave náufraga de Pham, era obvio.

—Sí, apuesto a que es una idea más vieja que el vuelo espacial: las «especies antiguas» deben estar en el núcleo de la galaxia, donde las estrellas están más apiñadas y hay agujeros negros y otras criaturas exóticas para obtener energía. Llevaría su flota de veinte naves. Navegarían hasta hallar a alguien o se detendrían

para colonizar algún lugar. Este capitán pensaba que el éxito era improbable durante nuestra vida, pero con una buena planificación podríamos terminar en una región atestada donde sería fácil fundar una nueva Qeng Ho y luego aventurarnos aún más lejos. De cualquier modo, tuve suerte de que me aceptaran siquiera como programador, pues ese capitán conocía mi mala fama.

La expedición duró mil años y penetró doscientos cincuenta y dos años-luz en el centro galáctico. El volumen del Qeng Ho estaba más cerca del Fondo de la Lentitud que la Vieja Tierra y avanzaban hacia dentro desde allí. Aun así, fue pura mala suerte que encontraran el linde de las Honduras al cabo de sólo doscientos cincuenta años-luz. El *Pajarillo sin Seso* perdió contacto con una nave tras otra. En ocasiones ocurría de improviso, en otras había indicios de fallos en el ordenador o mera incompetencia. Los supervivientes descubrieron una constante y sospecharon que fallaban componentes comunes. Desde luego, nadie asoció los problemas con la región del espacio donde entraban.

—Desaceleramos, hallamos un sistema solar con un planeta semihabitable. Perdimos el rastro de todos los demás... No recuerdo con claridad qué hicimos —rió secamente—. Debíamos de estar en pleno borde, dotados con un cociente intelectual de 60. Recuerdo que manipulé el sistema de soporte vital... Tal vez fue eso lo que nos puso un rostro triste y desconcertado. —Se encogió de hombros—. Y luego desperté en las tiernas garras de la Org Vrinimi, aquí donde es posible viajar más rápido que la luz... y puedo ver el linde del paraíso.

Ravna calló un instante. Miró el oleaje. Hacía un largo rato que hablaban. El sol asomaba bajo los pétalos de los árboles y la luz rozaba su oficina. ¿Comprendía Grondr lo que tenía aquí? Cualquier objeto procedente de la Zona Lenta tenía valor de colección. La gente recién llegada de la Lentitud era aún más valiosa. Pero Pham Nuwen era único. Había experimentado personalmente más que algunas civilizaciones y, para colmo, se había aventurado en las Honduras. Ahora comprendía por qué miraba el Trascenso y lo llamaba el «Paraíso». No era mera ingenuidad, ni un fallo en los programas educativos de la Organización. Pham Nuwen ya había pasado dos experiencias transformadoras: de hombre pretecnológico a viajero estelar, y de viajero estelar a hombre del Allá. Cada una era un salto inimaginable. Ahora veía que otro salto era posible y estaba dispuesto a venderse con tal de efectuarlo.

¿Por qué arriesgar mi empleo para disuadirle? Pero los labios de Ravna parecían tener vida propia.

—¿Por qué no postergar el Trascenso, Pham? Tómame un tiempo para comprender lo que hay en el Allá. Serías bienvenido en la mayoría de las civilizaciones. Y en los mundos humanos serías el prodigio de la época. —*Un atisbo de humanidad no nyjorana.* Los grupos de noticias de Sjandra Kei habían señalado que Ravna

demostraba gran ambición al aceptar un trabajo a veinte mil años-luz de distancia. A su regreso, podría escoger entre puestos académicos en una docena de mundos. Eso no era nada en comparación con Pham Nuwen. Había gente tan rica que le daría un mundo si él tan sólo pusiera un precio.

El pelirrojo sonrió aún más.

—Ah, pero ya he puesto un precio, y creo que Vrinimi puede pagarlo.

Ojalá pudiera borrarte esa sonrisa, pensó Ravna. El billete de Pham Nuwen hacia el Trascenso se basaba en el repentino interés de un Poder en la perversión Straumli. Tal vez el ego de este inocente terminara grabado en un millón de cubos reproductores que proyectarían billones de simulaciones de la naturaleza humana.

Grondr llamó cinco minutos después de la partida de Pham Nuwen. Ravna sabía que la Org estaría fisgoneando y ya le había comentado a Grondr sus reservas en cuanto a la «venta» de un sofote. No obstante, se sintió un poco nerviosa al verle.

—¿Cuándo partirá hacia el Trascenso?

Grondr se frotó las pecas. No parecía enfadado.

—No antes de diez o veinte días. El Poder que está negociando por él está más interesado en examinar nuestros archivos y observar lo que pasa a través de Relé. Además, el humano, a pesar de su entusiasmo, es muy cauto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Insiste en contar con un presupuesto para la biblioteca y autorización para vagabundear por cualquier parte del sistema. Ha charlado con varios empleados en todas las Dársenas. Insistió especialmente en hablar con usted —Grondr emitió un chasquido sonriente—. Siéntase libre de decirle lo que piensa. Él está buscando una conspiración oculta. Si oye lo peor de labios de usted, quizá confíe en nosotros.

Ravna comenzaba a comprender la confianza de Grondr. Y el maldito Pham Nuwen era un tozudo.

—Sí, señor. Me pidió que esta noche le mostrara el barrio extranjero. —*Como bien sabes*.

—De acuerdo. Ojalá el resto del trato ande igualmente bien. —Grondr se ladeó, enfocándola con sus pecas periféricas. Le rodeaban proyecciones de situación de las operaciones de comunicaciones y bases de datos de la Org. Por lo que ella podía ver, había muchísima actividad—. Tal vez no debería mencionarlo, pero es posible que usted pueda ayudar... Los negocios marchan muy bien. —Grondr no parecía complacido de comunicar la buena noticia—. Nueve civilizaciones del Tope del Allá están haciendo ofertas por datos de banda ancha. Eso podemos manejarlo. Pero ese Poder que envió una nave aquí...

Ravna lo interrumpió bruscamente, un arrebato que le hubiera horrorizado pocos días antes.

—Pero ¿quién es? ¿No existe la posibilidad de que estemos agasajando a la

Perversión Straumli? —la idea de que esa cosa se llevara al pelirrojo era escalofriante.

—No, a menos que también los Poderes hayan sido engañados. Marketing llama «Antiguo» a nuestro visitante. —Sonrió—. Es una especie de broma, pero aun así es cierta. Hace once años que le conocemos.

Nadie sabía cuánto vivían los seres Trascendentes, pero era raro que un Poder permaneciera en comunicación más de cinco o diez años. Perdían el interés, o se transformaban en otra cosa. O quizá morían. Había un millón de explicaciones, muchas de ellas atribuidas a los Poderes mismos. Ravna sospechaba que la verdadera explicación era la más simple: la inteligencia es la servidora de la flexibilidad y el cambio. Los meros animales sólo pueden cambiar con la celeridad de la evolución natural. Las especies equivalentes a la humana, una vez que alcanzaban su cúspide tecnológica, llegaban a los límites de su zona en cuestión de pocos millares de años. En el Trascenso, la superhumanidad acontece tan rápidamente que sus creadores son destruidos. No era sorprendente que los Poderes mismos fueran evanescentes.

Así que llamar «Antiguo» a un poder de once años era bastante razonable.

—Creemos que Antiguo es una variante del tipo 73. Éstos rara vez son maliciosos... y sabemos a partir de quién Trascendió. Pero ahora nos está causando contratiempos. Durante veinte días ha monopolizado un enorme y creciente porcentaje de anchura de banda de Relé. Desde que llegó su nave, ha recorrido todo el archivo y las redes locales. Le pedimos a Antiguo que enviara los pedidos menos urgentes por nave estelar, pero rehusó. Esta tarde fue la peor. Casi el cinco por ciento de la capacidad de Relé estaba consagrada a su servicio. Y la criatura envía tantas señales como las que recibe.

Eso era extraño.

—Pero paga por ello, ¿verdad? Si Antiguo puede pagar su precio, ¿por qué preocuparse?

—Ravna, esperamos que nuestra Organización dure muchos años cuando Antiguo se haya ido. Él no puede ofrecernos nada que pueda servirnos tanto tiempo. —Ravna asintió. De hecho, existían ciertas automatizaciones «mágicas» que podían funcionar allí, pero su eficacia prolongada sería dudosa. Se trataba de una situación comercial, no de un ejercicio en un curso de Teología Aplicada—. Antiguo puede superar cualquier oferta del Allá Medio, pero si le prestamos todos los servicios que exige, defraudaremos al resto de nuestra clientela, y es de ésta de la que dependeremos en el futuro.

Su imagen fue reemplazada por un informe de acceso de archivos. Ravna conocía muy bien ese formato y comprendió las quejas de Grondr. La Red Conocida era una vasta anarquía jerárquica que enlazaba millones de mundos. Pero aun los tramos principales tenían anchuras de banda que parecían salidas de la alborada de la Tierra;

hasta un dataset portátil funcionaba mejor en una red local.

Por eso el mayor volumen del acceso al Archivo era local, para los cargueros que ciertos medios enviaban a visitar el sistema de Relé. Pero en las últimas cien horas, el acceso remoto al Archivo, por volumen y por número, había sido más elevado que el local. Y el noventa por ciento de esos accesos pertenecían a la misma cuenta: la de Antiguo.

La voz de Grondr continuó desde atrás de los gráficos:

—En este momento tenemos un transceptor central dedicado a este Poder. Con franqueza, sólo podemos tolerar esta situación unos días. Los gastos son excesivos.

Su rostro reapareció en la proyección.

—Notará usted que el trato relacionado con el bárbaro es el menor de nuestros problemas. Los últimos veinte días nos han brindado mayores beneficios que los dos últimos años, mucho más de lo que podemos verificar y absorber. Pero nuestro éxito nos pone en peligro.

Y sonrió irónicamente.

Hablaron unos minutos de Pham Nuwen y luego Grondr se despidió. Ravna dio un paseo por la playa. El sol estaba debajo del horizonte y la arena era tibia bajo sus pies. Las Dársenas completaban una órbita cada veinte horas, rodeando el polo a cuarenta grados latitud norte. Ravna caminó cerca del oleaje, donde la arena estaba aplanada y mojada. La bruma del mar le humedecía la piel. El cielo azul se tornaba índigo y negro por encima de las crestas blancas. Manchas plateadas se desplazaban en lo alto, flotadores agrávidos que remolcaban naves estelares a las Dársenas. Todo era fabuloso e innecesariamente caro. Por momentos, Ravna quedaba tan escandalizada como embelesada. Pero al cabo de dos años en Relé, comenzaba a comprender el porqué. Org Vrinimi quería que el Allá supiera que poseía los recursos para afrontar cualquier demanda en materia de comunicaciones o archivos, y quería que el Allá sospechara que aquí había obsequios secretos del Trascenso, factores que podían constituir un peligro para los invasores.

Ravna miró la espuma, sintiendo la humedad en las pestañas. Conque Grondr tenía un gran problema: cómo mandar a un Poder a paseo. La única preocupación de Ravna Bergsndot era un imbécil arrogante que parecía empeñado en destruirse. Dio media vuelta y caminó por la orilla, dejando que las olas le lamieran los tobillos.

Suspiró. Pham Nuwen era un imbécil, sin duda, pero qué imbécil tan notable. Intelectualmente, Ravna siempre había sabido que no había diferencia entre la posible inteligencia de los habitantes del Allá y los primitivos de la Lentitud. La mayoría de las automatizaciones trabajaban mejor en el Allá, donde era posible la comunicación ultraluz, pero había que ir al Trascenso para construir mentes realmente suprahumanas. No era sorprendente, pues, que Pham Nuwen fuera capaz. *Muy* capaz. Había aprendido el triskweline con increíble facilidad. Sin duda debía ser el capitán

que alardeaba de ser. Y ser un mercader en la Lentitud, arriesgarse a pasar siglos entre las estrellas para llegar a un destino que podía haberse vuelto salvaje u hostil para los extraños... eso requería un coraje inimaginable. Era comprensible que tomara el Trascenso como un desafío más. Había tenido menos de veinte días para asimilar un universo nuevo. No era tiempo suficiente para comprender que las reglas cambian cuando los jugadores son algo más que humanos.

Bien, aún tenía algunos días de gracia. Ella le haría cambiar de opinión. Y después de hablar con Grondr, no se sentiría muy culpable por ello.

El Barrio Extranjero abarcaba un tercio de las Dársenas. Lindaba con la periferia sin atmósfera —donde atracaban las naves— y se extendía hacia el interior hasta una sección del mar central. Org Vrinimi había convencido a muchas especies de que ésta era una maravilla del Allá Medio. Además del tráfico de cargueros, había turistas, algunos de los seres más ricos del Allá.

Pham Nuwen tenía carta blanca para gozar de estas diversiones. Ravna le llevó a las más espectaculares, incluido un salto agrávido sobre las Dársenas. El bárbaro quedó más impresionado por los trajes espaciales de bolsillo que por las Dársenas.

—He visto estructuras más grandes en la Lentitud.

Pero no las has visto revoloteando en un pozo de gravedad planetaria, so tonto.

Pham Nuwen pareció ablandarse al avanzar la velada; al menos sus comentarios se volvieron más perspicaces, menos despectivos. Quería ver cómo vivían los mercaderes en el Allá y Ravna le mostró los mercados de valores y el centro de comercio.

Poco después de medianoche recalaron en La Compañía Erran entre las Dársenas. No era territorio de la Org, pero era uno de los bares favoritos de Ravna, un tugurio pintoresco que atraía a mercaderes del Tope y el Fondo. Se preguntó qué pensaría Pham Nuwen de la decoración. El lugar estaba modelado como un albergue de un mundo de la Zona Lenta. Una nave de palas de tres metros flotaba sobre el piso principal. Azulados campos de impulso aureolaban los rincones y los flancos del modelo, arrojando un tenue resplandor sobre los parroquianos.

Para Ravna, las paredes y suelos eran de madera tosca. La gente como Egravan veía paredes de piedra y túneles angostos, semejantes a las incubadoras que su especie mantenía tiempo atrás en los nuevos territorios conquistados. Era un truco óptico, no mental, uno de los mejores que podía hacerse en el Allá Medio.

Ravna y Pham caminaron entre las mesas, que estaban muy separadas. Los trucos sonoros no eran tan eficaces como los visuales y la tenue música cambiaba de mesa en mesa. Los olores también cambiaban y eran más difíciles de aceptar. El control del aire procuraba velar por la salud —aunque no la comodidad— de todos los presentes. Aquella noche el lugar estaba atestado. En el otro extremo del piso había reservados con atmósfera especial: baja presión, alta presión, alto nivel de oxígeno/nitrógeno, acuarios. Algunos clientes eran manchas borrosas dentro de turbias atmósferas.

En algunos sentidos parecía un bar portuario de Sjandra Kei, pero esto era Relé. Atraía a habitantes del Allá que nunca habrían viajado a lugares apartados como Sjandra Kei. Los seres procedentes del Allá Alto no parecían muy extraños: la mayoría de las civilizaciones del Tope eran colonias fundadas por gente de abajo. Pero las tocas que muchos lucían en la cabeza no eran adornos. Los enlaces

informáticos mentales no son eficientes en el Allá Medio, pero la mayoría de los viajeros del Allá Alto no los abandonaban. Ravna enfiló hacia un grupo de trípodos y sus máquinas. Querían que Pham Nuwen hablara con criaturas que oscilaban en el borde de la transapiencia.

Asombrosamente, él le tocó el brazo para detenerla.

—Caminemos un poco más —miraba en torno como buscando un rostro conocido—. Hablemos primero con otros humanos.

Cuando aparecían lagunas en la acelerada educación de Pham Nuwen, eran enormes. Ravna trató de no reírse.

—¿Otros humanos? Somos los únicos en Relé, Pham.

—Pero esos amigos de quienes me has hablado... Egravan, Sarale.

Ravna sacudió la cabeza. Por un instante el bárbaro le pareció vulnerable. Pham Nuwen se había pasado la vida reptando a velocidades sublumínicas entre sistemas estelares colonizados por humanos. Ahora estaba perdido en un mar de alienígenas. Ravna se reservó el comentario: esta situación podía ser más elocuente que mil argumentaciones.

Pero al cabo de un instante él sonrió de nuevo.

—Mejor, me agrada la aventura. —Abandonaron el piso principal y pasaron frente a los reservados con atmósfera especial—. ¡Cielos! ¡A Qeng Ho le gustaría esto!

No había humanos en ninguna parte y La Compañía Errante era el lugar de encuentro más cálido que conocía; muchos clientes de la Org se reunían sólo en la Red. Sintió un ramalazo de nostalgia. En el segundo piso, una insignia con un emblema le llamó la atención. Había visto algo parecido en Sjandra Kei. Arrastrando a Pham Nuwen, subió la escalera de madera.

En medio de los murmullos, distinguió un gorjeo agudo. No era triskweline, pero las palabras eran comprensibles. ¡Por los Poderes! ¡Era samnorsk!

—¡Vaya, un homo sapiens! Por aquí, mi dama.

Ravna siguió el sonido hasta la mesa donde ondeaba la insignia con el emblema.

—¿Podemos sentarnos contigo? —preguntó ella, paladeando ese idioma familiar.

—Por favor. —La criatura parecía un arbolillo ornamental apoyado en un carro de seis ruedas. El carro estaba adornado con franjas y borlas cosméticas: su tope de 150 centímetros por 120 estaba cubierto con un paño de carga con el mismo diseño de la insignia. La criatura era un escrodit mayor. Su especie comerciaba en buena parte del Allá Medio, incluido Sjandra Kei. La aguda voz del escrodit procedía del vóder, pero al hablar en samnorsk creaba una grata sensación de familiaridad. Aun teniendo en cuenta las características mentales de los escroditas, Ravna sintió una punzada de afectuosa nostalgia, como si se hubiera topado con un viejo compañero de estudios en

una ciudad remota.

—Mi nombre es... —el sonido era un susurro de frondas—, pero te será más fácil llamarme Vaina Azul. Es agradable ver un rostro cocido y río de alegría. —Pham Nuwen se sentó con Ravna, pero no tendía una palabra de samnorsk, así que no comprendía nada. El escroditas pasó al triskweline y presentó a sus cuatro compañeros: otro escroditas y tres humanoides que parecían preferir las sombras. Ninguno de los humanoides hablaba samnorsk, pero todos tenían acceso al triskweline con sus traductores.

Los escroditas eran dueños y operadores de un pequeño carguero interestelar, el *Fuera de Banda II*. Los humanoides eran propietarios de parte del cargamento de la nave.

—Mi camarada y yo trabajamos en esto desde hace doscientos años. Nos agrada tu especie, mi dama. Nuestros primeros viajes fueron entre Sjandra Kei y Forste Utgsep. Los de tu especie son buenos clientes y rara vez se nos ha estropeado un embarque. —Hizo rodar su escrodo, alejándose y acercándose, el equivalente a un gesto de cortesía.

Pero no todo era dulzura y ligereza. Uno de los humanoides habló. Los sonidos parecían proceder de una garganta humana, aunque no tenían sentido. Transcurrió un momento mientras el traductor procesaba sus palabras. Luego el broche de su chaqueta habló claramente en triskweline:

—Vaina Azul dice que sois homo sapiens. Sabed que os despreciamos. Estamos en bancarrota, varados aquí por la maligna creación de vuestra especie. La Perversión Straumli.

Los sonidos no transmitían emoción, pero Ravna reparó en la tensa postura de la criatura, que retorció los dedos en torno de una ampolla de bebida.

Dada esta actitud, de nada serviría señalar que Sjandra Kei estaba a miles de años-luz de Straum.

—¿Vinisteis aquí desde el remo? —preguntó al escroditas.

Vaina Azul no contestó de inmediato. Así era su especie. Tal vez estaba tratando de recordar quién era ella y de qué habían hablado.

—Sí, sí —dijo al fin—. Por favor, disculpa la hostilidad de mis compañeros. Nuestro cargamento principal es una inscripción criptográfica. La fuente es Seguridad Comercial de Sjandra Kei, el destino es la colonia de los certificantes. Fue el arreglo habitual, nosotros llevamos un tercio de la inscripción. Otros cargueros llevan los demás. En el lugar de destino, las tres partes se unirán. El resultado podría satisfacer las necesidades criptográficas de una docena de mundos de la Red durante...

Abajo estalló una conmoción. Alguien estaba fumando algo demasiado fuerte para los filtros de aire. Ravna captó una ráfaga, suficiente para enturbiarle la visión. Había tumbado a varios clientes del nivel principal. Control estaba asesorando al

infractor. Vaina Azul soltó un ruido abrupto. Apartó su escrodo de la mesa y rodó hacia la baranda.

—No quiero que me pillen desprevenido. Algunas personas pueden ser muy abruptas... —Cuando se calmó el tumulto, regresó—. Eh, ¿dónde estaba? —Calló un momento, consultando la memoria efímera de su escrodo—. Sí, sí... Nos volveríamos relativamente ricos si nuestros planes funcionaran. Lamentablemente, paramos en Straum para descargar unos datos —giró sobre las cuatro ruedas traseras—. Suponíamos que era seguro. Straum está a más de cien años-luz del laboratorio del Trascenso. Sin embargo...

Uno de los certificantes interrumpió con un charloteo. El traductor habló un segundo después:

—Claro que era seguro. No vimos ninguna violencia. Los grabadores de a bordo muestran que nada burló nuestros sistemas de seguridad, pero ahora existen rumores. Hay grupos de la Red que afirman que el reino de Straumli es presa de la perversión. Un desatino. Pero estos rumores han cruzado la Red y nos han precedido. Nadie confía en nuestro cargamento, así que ahora es inservible y sólo representa unos gramos de datos aleatorios... —En medio de la neutra traducción, el humanoide asomó de las sombras. Ravna entrevió una mandíbula erizada de encías afiladas como navajas. El humanoide arrojó la ampolla de beber sobre la mesa.

Pham Nuwen reaccionó con celeridad, atajando la ampolla en el aire. El pelirrojo se levantó despacio. En las sombras, los otros dos humanoides se incorporaron y se acercaron a su amigo. Pham Nuwen no dijo una palabra. Depositó la ampolla y se inclinó hacia el otro con manos tranquilas pero aceradas. Las novelas baratas hablan de «miradas mortíferas», Ravna nunca había esperado ver una de esas miradas en la realidad, pero los humanoides también la vieron. Apartaron a su amigo de la mesa. El bocazas no se resistió, pero una vez lejos del alcance de Pham prorrumpió en una andanada de chillidos y chistidos que dejó sin habla al traductor. Hizo un gesto brusco con tres dedos y se calló. Los tres bajaron en silencio por la escalera.

Pham Nuwen se sentó sin inmutarse. ¡Quizá tuviera alguna razón para ser arrogante! Ravna miró a los dos escroditas.

—Lamento que el cargamento se haya devaluado.

Ravna había tratado principalmente con escroditas menores, cuyos reflejos apenas superaban los de sus antepasados sésiles.

¿Estos dos siquiera habían notado la interrupción? Pero Vaina Azul Respondió de inmediato:

—No te disculpes. Desde nuestra llegada, esos tres no dejan de quejarse. Seamos socios o no, me tienen hartos.

Y adoptó una postura de planta en maceta. Al cabo, habló el otro escroditita, de nombre Tallo Verde.

—Además, quizá nuestra situación comercial no sea un fracaso total. Estoy seguro de que los otros dos tercios del embarque no llegaron al reino de Straumli. — Ése era el procedimiento habitual: cada parte del embarque se despachaba por una compañía diferente y cada cual seguía una ruta distinta. Si los otros dos tercios se podían certificar, la tripulación del *Fuera de Banda II* no quedaría con las manos vacías—. Más aún, puede haber un modo de obtener certificación plena. Es verdad que estuvimos en Straumli Mayor, pero...

—¿Cuánto hace que partisteis?

—Hace seiscientos cincuenta horas. Doscientas horas después que cerraran la Red.

De pronto, Ravna comprendió que hablaba con testigos presenciales. Al cabo de treinta días, las noticias de Amenazas aún estaban dominadas por los acontecimientos de Straum. La opinión general era que se había creado una Perversión Clase Dos; hasta la Org lo creía. Sin embargo eran meras conjeturas... y ahora conversaba con dos seres que habían estado allí.

—No creéis que los straumianos hayan creado una perversión...

—Nuestros certificantes lo niegan —respondió Vaina Azul—, pero esto plantea un problema de conciencia. Lo cierto es que vimos cosas extrañas en Straum. ¿Alguna vez has visto sistemas inmunológicos artificiales? Los que operan en el Allá Medio traen más problemas que soluciones, así que quizá no los hayas visto. Noté un verdadero cambio en ciertos oficiales de la Autoridad Criptográfica después de la victoria Straumli. De pronto parecían formar parte de una automatización mal calibrada, como si fueran dedos de otra criatura. Y es indudable que estaban jugando en el Trascenso. Hallaron algo allí, un archivo perdido. Pero ése no es el meollo de la cuestión. —Hizo una pausa tan larga que Ravna pensó que había concluido—. Verás, antes de salir de Straumli Mayor, nosotros...

Pero Pham Nuwen lo interrumpió.

—Eso me tiene intrigado. Todos hablan como si el tal reino de Straumli estuviera condenado en cuanto inició sus investigaciones en el Trascenso. Mirad, yo he jugado con software plagado de errores y con armas extrañas. Sé que es posible morir así. Pero parece que los straumianos tuvieron la prudencia de instalar su laboratorio a gran distancia. Estaban construyendo algo que podía salir mal, pero al parecer se trataba de un experimento que ya se había ensayado... como casi todo aquí. Podían detener su labor en cuanto apareciera una anomalía, aun al final. Entonces, ¿cómo pudieron cometer semejante pifia?

La pregunta hizo callar al escrodata. No se necesitaba un doctorado en Teología Aplicada para conocer la respuesta. *Incluso los malditos straumianos tenían que conocerla*. Pero, dada la situación de Pham Nuwen, era una pregunta lógica. Ravna decidió callarse. Quizá la absoluta extrañeza del escrodata fuera más convincente para

Pham que otra perorata de ella.

Vaina Azul temblequeó un instante, sin duda usando su escrodo para ayudarse a ordenar los argumentos. Cuando al fin habló, no parecía irritado por la interrupción.

—Oigo varios errores de interpretación, dama Pham —dijo, usando el viejo nyjorano de honor sin mayor discriminación—. ¿Ha estado en el archivo de Relé?

Pham dijo que sí. Ravna supuso que nunca había pasado del nivel de los principiantes.

—Entonces sabrá que un archivo es algo mucho más vasto que la base de datos de una red local convencional. En la práctica, los grandes ni siquiera se pueden duplicar. Los principales archivos tienen millones de años y han sido mantenidos por cientos de especies, la mayoría de ellas hoy extinguidas o Trascendidas, transformadas en Poderes. Incluso el archivo de Relé es un conglomerado tan enorme que los sistemas de indexación se superponen. Sólo en el Trascenso es posible organizar bien semejante masa, y sólo entonces los Poderes podrían entenderla.

—¿Entonces?

—Hay miles de archivos en el Allá, decenas de miles, si cuentas los que están deteriorados o se han excluido de la Red. Además de un sinfín de trivialidades, contienen importantes secretos e importantes mentiras. Hay trampas y celadas.

Millones de especies seguían los consejos que se filtraban imprevistamente por la red decenas de miles, pues, habían pagado un alto precio. A veces el daño era relativamente menor, buenos inventos que no eran adecuados para ese ámbito específico. A veces era calamitoso, como un virus que desquiciaba una red local al extremo de que una civilización debía recomenzar desde el principio. Dónde-Están-Ahora y Amenazas contaban anécdotas sobre tragedias peores: planetas anegados en líquido replicante, especies descerebradas por sistemas inmunológicos mal programados.

Pham Nuwen adoptó su expresión escéptica.

—Se puede analizar el material a prudente distancia. Estar preparado para desastres localizados.

Eso habría silenciado a cualquier conferenciante. Ravna tuvo que admirar al escrodit, quien hizo una pausa y procedió a utilizar términos más rudimentarios.

—Es verdad, la cautela puede prevenir muchos desastres. Y si el laboratorio se encuentra en el Allá Medio o Bajo, la cautela es lo único que se necesita, por compleja que sea la amenaza. Pero todos entendemos la naturaleza de las Zonas... —Ravna no comprendía los gestos del escrodit, pero habría jurado que Vaina Azul escrutaba al bárbaro tratando de sondear la hondura de su ignorancia.

El humano asintió con impaciencia.

—En el Trascenso —continuó Vaina Azul—, se puede operar un equipo realmente complejo, dispositivos más inteligentes que cualquiera de los de aquí.

Desde luego, el poseedor de recursos informáticos superiores puede ganar casi cualquier competición económica o militar. Y esos recursos pueden obtenerse en el Tope del Allá y en el Trascenso. Las especies siempre están emigrando allí, con la esperanza de construir sus utopías. Pero ¿qué se hace cuando nuestras nuevas creaciones son más sagaces que nosotros? Hay posibilidades ilimitadas para el desastre, aunque un Poder existente no cause daños. Así que hay un sinfín de fórmulas para aprovechar el Trascenso sin peligro. Por cierto, sólo se pueden verificar en el Trascenso. Y al operar en dispositivos que ellas mismas han diseñado, las fórmulas mismas se vuelven sentientes.

Pham Nuwen comenzaba a comprender. Ravna interpeló al pelirrojo.

—Hay cosas complejas en los archivos. Ninguna de ellas es sentiente, pero algunas tienen el potencial para ello; si una especie comete la ingenuidad de creer en sus promesas. Creemos que eso ha ocurrido en el reino de Straumli. Fueron embaucados por una documentación que prometía milagros y crearon un ser trascendente, un Poder... pero un Poder que transforma en víctimas a los sofones del Allá. —No mencionó que esa perversión era muy rara. Los Poderes podían ser malévolos, juguetones, indiferentes, pero casi todos tenían mejor ocupación que exterminar cucarachas.

Pham Nuwen se frotó la barbilla pensativamente.

—De acuerdo, creo entender. Pero parece que esto es algo que saben todos. Si el peligro era tan mortal, ¿cómo se dejaron engañar los de Straumli?

—Mala suerte e incompetencia criminal —declaró Ravna con asombroso énfasis. No había caído en la cuenta de que el asunto le apasionara tanto. En lo más profundo, sus viejos sentimientos por el reino de Straumli seguían vivos—. Mira, las operaciones en el Allá Alto y el Trascenso son peligrosas. Esas civilizaciones no duran demasiado, pero siempre habrá gente que lo intente. Muy pocas amenazas son activamente malignas. Lo que sucedió con los straumianos... Se toparon con una fórmula que prometía un tesoro maravilloso. Posiblemente estuvo latente durante millones de años sin que nadie se atreviera a afrontar el riesgo. Tienes razón, los straumianos conocían los peligros.

Era la clásica situación donde se evaluaban los riesgos y se escogía mal. Un tercio de la Teología Aplicada trataba sobre cómo bailar cerca de las llamas sin chamuscarse. Nadie conocía los detalles del desastre de Straumli, pero ella podía hacer buenas conjeturas a partir de cien casos similares.

—Así que instalaron una base en el Trascenso, cerca de este archivo perdido... si eso era. Comenzaron a implementar los proyectos que encontraban. Sin duda pasaron mucho tiempo atentos a un posible engaño. Sin duda la fórmula consistía en una serie de pasos más o menos inteligibles con un claro punto de partida. Las primeras etapas podían involucrar ordenadores y programas más efectivos que cualquier otra cosa del

Allá... pero aparentemente benignos.

—Sí. Incluso en la Lentitud, un programa grande puede estar lleno de sorpresas.

Ravna asintió.

—Y algunos de éstos tendrían un grado de complejidad similar a la humana, o superior. Por cierto, los straumianos lo sabían y habrán intentado aislar sus creaciones. Aunque ante un plan maligno y astuto... no me sorprendería que los dispositivos se hubieran introducido en la red local del laboratorio y hubieran distorsionado la información. A partir de entonces, los straumianos no tuvieron ninguna oportunidad. Los operadores más cautos serían tildados de incompetentes. Se detectarían pseudoamenazas, se exigirían respuestas de emergencia; se construirían dispositivos más sofisticados, con menos Salvaguardas. Es probable que la Perversión haya exterminado o reescrito a los humanos incluso antes de alcanzar la transpiencia. Hubo un largo silencio. Pham Nuwen parecía fascinado. *Así es, amigo. Ignoras muchas cosas. Piensa en las sorpresas que puede depararte Antiguo.*

Vaina Azul curvó un zarcillo para saborear un brebaje pardo que olía a algas marinas.

—Bien dicho, dama Ravna. Pero hay una diferencia en la actual situación. Quizá sea afortunada, y muy importante... Verás, antes de salir de Straumli Mayor, asistimos a una fiesta de playa entre los escroditas menores. Hasta entonces se sentían poco afectados por los acontecimientos; muchos ni siquiera habían notado que Straum había perdido su independencia. Con suerte, quizá sean los últimos en ser esclavizados. —Su voz chillona bajó una octava, silenciándose—. ¿Dónde estaba? Ah sí, la fiesta. Allí había un sujeto, un poco más vivaz que los demás. Hace unos años se había vinculado con un viajero de un servicio de noticias de Straumli. Ahora actuaba como portador clandestino de datos, tan humilde que ni siquiera figuraba en la red de este servicio... Lo cierto es que no todos los investigadores del laboratorio de Straumli fueron tan incautos como dices. Sospecharon un engendro perverso y decidieron sabotearlo. Claro que esto era una noticia, pero...

—Parece que no tuvieron mucho éxito, ¿verdad?

—De acuerdo. No lo impidieron, pero planeaban escapar del planeta donde estaba el laboratorio con dos naves estelares y comunicaron su intento por vías que finalizaron en este conocido mío de la fiesta. Y he aquí lo importante: una de estas naves debía transportar algunos elementos finales de la fórmula de la Perversión antes que fueran incorporadas al diseño.

—Sin duda había copias de seguridad... —sugirió Pham Nuwen.

Ravna le silenció con un gesto. Ya estaba cansada de explicaciones escolares. Esto era increíble. Había seguido las noticias sobre el reino de Straumli con sumo interés. El reino era la primera colonia de Sjandra Kei en el Allá Alto; era espantoso que la destruyeran.

Pero en Amenazas, este rumor ni siquiera se conocía: ¿la Perversión no estaba completa?

—Si esto es verdad, los straumianos pueden tener una oportunidad. Todo depende de las partes que falten en el documento original.

—En efecto. Y por cierto los humanos también lo comprendieron. Planeaban dirigirse hacia el Fondo del Allá para reunirse con sus amigos de Straum.

Lo cual nunca sucedería, dada la suprema magnitud del desastre. Ravna se reclinó, olvidándose de Pham Nuwen por primera vez en muchas horas. Lo más probable era que ambas naves hubieran sido destruidas. De lo contrario... bien, al menos los straumianos no habían sido tan tontos al dirigirse hacia el Fondo. Si tenían lo que creía Vaina Azul, la Perversión estaría muy interesada en encontrarlos. No era de extrañar que Vaina Azul y Tallo Verde no hubieran anunciado nada de esto a los grupos de noticias.

—Entonces, ¿sabes dónde planeaban encontrarse? —murmuró—. Aproximadamente. Tallo Verde farfulló algo.

—No tenemos la información aquí —dijo—. Las coordenadas están a salvo en nuestra nave. Pero hay algo más. Los straumianos tenían un plan secundario, por si fallaba la cita. Se proponían comunicarse con Relé mediante la ultraonda de la nave.

—Aguarda. ¿Qué tamaño tiene esa nave?

Ravna no era ingeniero físico, pero sabía que los transceptores principales de Relé eran enjambres de antenas desperdigados en un radio de varios años-luz, y que cada aparato tenía diez mil kilómetros de diámetro. Vaina Azul rodó de un lado para otro, indicando agitación.

—No lo sabemos, pero no es excepcional. A menos que apuntes con precisión una antena grande, jamás la detectarías desde aquí.

—Creemos que eso formaba parte del plan —añadió Tallo Verde—, aunque es una medida desesperada. Desde que llegamos a Relé, hemos hablado con la Org...

—¡Discretamente! ¡Con prudencia! —intercaló abruptamente Vaina Azul.

—Sí. Hemos pedido a la Organización que procure detectar la nave. Me temo que no hemos hablado con la gente indicada. Nadie nos cree. A fin de cuentas, la historia proviene de un escroditas menor. —Claro. ¿Cómo podía semejante criatura conocer una noticia de menos de cien años?— Lo que pedimos representaría grandes gastos y, al parecer, los precios son muy elevados en este momento.

Ravna trató de moderar su entusiasmo. Si hubiera leído esto en un grupo de noticias, sería únicamente otro rumor interesante. ¿Por qué tomarlo en serio sólo porque se lo decían personalmente? Por los poderes, qué ironía. Cientos de clientes del Tope y el Trascenso, incluso Antiguo, estaban saturando los recursos de Relé con su curiosidad acerca del desastre Straumli. ¿Y si tenían la respuesta en las narices,

enmascarada por la avidez misma de su investigación?

—¿Con quiénes habéis hablado? Bah, no importa, no importa. —Tal vez acudiera a Grondr Kalir para contarle la historia—. Debéis saber que yo soy una empleada —*¡muy menor!*— de la Organización Vrinimi. Tal vez pueda ayudar.

Había esperado cierto asombro ante esta inesperada buena suerte. En cambio hubo una pausa. Al parecer Vaina Azul había perdido la ilación. Al fin Tallo Verde habló:

—Me sonrojo... Verás, ya lo sabíamos. Vaina Azul te buscó en la lista de empleados. Eres la única humana de la Org. No estás en Contacto con los Clientes, así que pensamos que si nos encontrábamos casualmente contigo, como quien dice, tendrías la amabilidad de escucharnos.

Vaina Azul se frotó los zarcillos. ¿Irritación? ¿O al fin se había puesto al corriente?

—Sí. Bien, ya que todos somos tan francos, debemos confesar que esto puede beneficiarnos. Si la nave de fugitivos puede demostrar que la Perversión no es Clase Dos, tal vez convenzamos a nuestros compradores de que el cargamento no ha sufrido ningún daño. Si lo supieran, mis amigos certificantes se arrastrarían a tus pies, dama Ravna.

Se quedaron en La Compañía Errante hasta después de medianoche. La actividad se intensificó siguiendo el ritmo circadiano de algunos recién llegados. Reinaba algarabía en todas las mesas. Pham miraba aquí y allá, absorbiéndolo todo. Pero ante todo parecía fascinado por Vaina Azul y Tallo Verde. Los dos eran rotundamente inhumanos, extraños incluso para ser alienígenas. Los escroditas se contaban entre las pocas especies que habían alcanzado una estabilidad duradera en el Allá. La división en especies se había producido tiempo atrás y las variaciones se habían propagado o extinguido. Y todavía había algunos que congeniaban con sus antiguos escrodos, en un singular equilibrio de punto de vista e interfaz de máquina que tenía más de mil millones de años de antigüedad. Pero Vaina y Tallo Verde también eran mercaderes con un punto de vista muy similar al que Pham Nuwen había conocido en la Lentitud. Y aunque Pham actuaba con la ignorancia de costumbre, ahora era más diplomático. O quizá la extrañeza del Allá al fin le había atravesado el grueso cráneo. No podía haber pedido mejores compañeros de juerga. Como especie, los escroditas preferían la remembranza ociosa a cualquier otra actividad. Una vez que comunicaron su crítico mensaje, los dos se contentaron con hablar de su vida en el Allá, explicando las cosas con profusión de detalles. Los certificantes de encías afiladas no reaparecieron.

Ravna, ligeramente achispada, observó la charla entre aquellos tres. Sonrió para sí. Ahora *ella* era la extraña, la persona que nunca había actuado. Vaina Azul y Tallo Verde habían viajado por doquier y sus anécdotas resultaban exageradas aun para

Ravna. Ravna tenía la teoría (que no muchos aceptaban) de que si los seres lograban entenderse, lo demás importaba poco. Dos de esos tres podían confundirse con árboles montados en carros, y el tercero no se parecía a ningún humano que ella conociera. Se entendían en una lengua artificial y dos de las «voces» eran graznidos jadeantes. Aun así, al cabo de unos minutos, creía ver sus personalidades con la mente, y mucho más interesantes que las de muchos de sus compañeros de estudios, pero no tan diferentes. Los dos escroditas formaban pareja. Ravna no le había atribuido mayor importancia: entre los escroditas, el sexo equivalía a ser vecinos en el momento propicio del año. Sin embargo, aquí había un profundo afecto. Tallo Verde parecía una personalidad cariñosa. Era tímido pero terco (¿o tímida pero terca?), con una modalidad de franqueza que podía constituir una desventaja en un mercader. Vaina Azul compensaba ese fallo. Era taimado y parlanchín (¿taimada y parlanchina?), muy capaz de darle la vuelta a una situación. Ravna entreveía una personalidad compulsiva, disconforme con su carácter elusivo y que agradecía que Tallo Verde le pusiera freno.

¿Pham Nuwen? *Sí, ¿qué ves en su interior?* Extrañamente, resultaba más misterioso. El fantasmón arrogante de esa tarde parecía invisible esa noche. Tal vez había sido un modo de disimular su inseguridad. El hombre había nacido en una cultura machista, prácticamente lo opuesto del matriarcado del cual descendía toda la humanidad del Allá. Quizás hubiera una persona muy agradable por debajo de sus bravuconadas. Además, había sabido vérselas con Encías Afiladas. Y sabía llevarse bien con los escroditas. Ravna pensó que, después de una vida de leer relatos románticos, se había topado con su primer héroe.

Eran más de las dos y media cuando salieron de La Compañía Errante. El sol despuntaría sobre el curvo horizonte en menos de cinco horas. Los dos escroditas salieron para despedirles. Vaina Azul había adoptado el *samnorsk* para obsequiar a Ravna una anécdota de su última visita a Sjandra Kei, y recordarle que preguntara por la nave de los fugitivos.

Los escroditas se empequeñecieron cuando Ravna y Pham se elevaron en el aire para enfilarse hacia las torres residenciales.

Los dos humanos no hablaron durante un par de minutos. Incluso era posible que Pham Nuwen estuviera impresionado con la vista. Sobrevolaban los huecos de las iluminadas Dársenas, y a través de ellos veían parques y paseos en la superficie de Nivel Suelo, mil kilómetros más abajo. Las nubes eran vórtices oscuros.

La residencia de Ravna estaba en el linde externo de las Dársenas. Aquí las fuentes de aire no servían de nada; su torre de apartamentos se elevaba en pleno vacío. Descendieron hacia el balcón, cambiando la atmósfera de sus trajes por la atmósfera del apartamento. Los labios de Ravna, impulsados por una vida propia, explicaban que le habían asignado la residencia cuando trabajaba en el archivo, que

no era nada comparada con su nueva oficina. Pham Nuwen asintió en silencio. No procuró hacerse el listo, como en sus excursiones anteriores.

Ella siguió parloteando. Entraron y... Ravna se calló y ambos se miraron. En cierto modo, había deseado a ese payaso desde que había visto la animación de Grondr. Pero sólo después de esa velada en La Compañía Errante se había sentido con ánimo para llevarle a casa.

—Bien, yo... —*Bien, Ravna, princesa arrolladora, ¿dónde está ahora tu desenfadada lengua?*

Decidió callar y cogerle la mano. Pham Nuwen sonrió. ¡Tímidamente!, ¡por los Poderes!

—Bonito apartamento —dijo.

—La decoración es tecnoprimitiva. Estar varada en el linde de las Dársenas tiene sus ventajas. Las luces de la ciudad no te arruinan la vista. Ven, te mostraré. — Atenuó las luces y corrió las cortinas. La ventana era una transparencia natural, un panorama desde el linde de las Dársenas. La vista de esa noche sería sensacional. Durante el viaje de regreso, el cielo estaba muy oscuro. Las fábricas debían de estar fuera de línea u ocultas detrás de Nivel Suelo. Incluso el tráfico de naves parecía escaso. Regresó junto a Pham, la ventana era un rectángulo borroso al límite de su visión.

—Tienes que esperar un minuto a que se te acostumbren los ojos. No hay amplificación. —La curva de Nivel Suelo ahora era nítida: nubes con ocasionales destellos de luz. Rozó la espalda de Pham con el brazo y al cabo de un instante sintió el suyo en los hombros. Había tenido razón: aquella noche la galaxia dominaba el cielo. Era una vista que los veteranos de Vrinimi ignoraban alegremente. Para Ravna era lo más bello de Relé. Sin ampliación, la luz era tenue. Veinte mil años-luz era una larguísima distancia. Al principio hubo apenas una insinuación de niebla y alguna que otra estrella. A medida que se le habituaban los ojos, la niebla cobró forma: curvas, lugares brillantes, lugares opacos. Al cabo de un minuto surgieron nudos en la niebla, y franjas de negrura que separaban los brazos curvos, una complejidad sobre otra, extendiéndose hacia el pálido núcleo. Un vórtice. Un remolino. Congelado, fijo en la mitad del cielo.

Pham contuvo el aliento. Dijo algo, unas sílabas cantarinas que no eran trisk y mucho menos samnorsk.

—He vivido toda mi vida en un pequeño fragmento de todo eso y me creía un amo del espacio. Jamás soñé que un día vería todo el espectáculo de una ojeada. — Apretó el hombro de Ravna, le acarició el cuello—. Y por mucho que miremos, no veremos ni un indicio de las Zonas.

Ella meneó la cabeza lentamente.

—Pero nada cuesta imaginarlas.

Señaló con la mano libre. En general, las Zonas de Pensamiento seguían la distribución de la masa de la galaxia. Las Honduras Sin Mente descendían hacia el suave fulgor del núcleo. Más allá, la Gran Lentitud, donde había nacido la humanidad, donde no podía existir la ultraluz y las civilizaciones vivían y morían ignoradas e ignorantes. Y el Allá, las estrellas que estaban a cuatro quintos de distancia del centro, extendiéndose fuera del plano galáctico para incluir lugares como Relé. La Red Conocida existía desde hacía miles de millones de años en el Allá. No era una civilización; pocas civilizaciones habían durado más de un millón de años. Pero los documentos del pasado eran muy completos. A veces eran ininteligibles. Con frecuencia, leerlos implicaba traducciones de traducciones de traducciones, transmitidas de una especie difunta a la otra sin ninguna corroboración, peor que cualquier mensaje de una red multisalto. Pero algunas cosas eran muy claras: siempre habían existido zonas de Pensamiento, aunque tal vez ahora se habían desplazado levemente hacia el interior. Siempre había habido guerra y paz, y especies surgiendo de la Gran Lentitud, y miles de pequeños imperios. Siempre había habido especies desplazándose hacia el Trascenso para tornarse en Poderes, o en presa de ellos.

—¿Y el Trascenso? —preguntó Pham—. ¿Es sólo esa oscuridad lejana? —La oscuridad que había entre las galaxias.

Ravna rió suavemente.

—Incluye todo eso pero... mira los bordes externos de las espirales. Están en el Trascenso. —Casi todo lo que estaba a más de cuarenta mil años-luz del centro galáctico estaba en el Trascenso.

Pham Nuwen calló un largo instante. Tiritó.

—Después de hablar con los escroditas, creo entender mejor tus advertencias. Hay muchas cosas que ignoro, cosas que podrían matarme... o algo peor.

Al fin triunfa el sentido común.

—Es verdad —murmuró Ravna—. Pero no se trata sólo de ti, ni del breve tiempo que has pasado aquí. Podrías estudiar la vida entera e ignorar muchas cosas. ¿Cuánto tiempo debe estudiar un pez para comprender la motivación humana? No es una buena analogía, pero es la única que puede orientarnos. Para los Poderes del Trascenso, somos animales obtusos. Piensa en todas las cosas que la gente hace a los animales: ingeniosas, sádicas, caritativas, genocidas... cada cual tiene un millón de variaciones en el Trascenso. Las Zonas constituyen una protección natural. Sin ellas, la inteligencia de tipo humano quizá no existiría —señaló los brumosos enjambres de estrellas—. El Allá y la parte inferior son como el fondo de un mar y nosotros somos las criaturas que nadan en el abismo. Estamos tan abajo, que los seres de la superficie, por superiores que sean, no pueden alcanzarnos. Pescan, por cierto, y a veces emponzoñan los niveles superiores con venenos que ni siquiera entendemos.

Pero el abismo sigue siendo un lugar relativamente seguro. —Hizo una pausa, continuó con su analogía—. Y, al igual que en el mar, hay muchos desechos que suben a la superficie. Hay cosas que sólo se pueden fabricar en el Tope, que necesitan fábricas cuasisentientes, pero que pueden funcionar aquí. Vaina Azul mencionó algunas cuando hablaba contigo: las telas agrávidas, los dispositivos sapientes. Esas cosas constituyen la mayor riqueza física del Allá, porque no podemos fabricarlas. Y obtenerlas es una empresa sumamente arriesgada.

Pham se volvió hacia ella, apartando la vista de la ventana.

—Conque siempre hay «peces» elevándose a la superficie. —Por un instante Ravna pensó que le había perdido, que estaba apresado en la fascinación del impulso de muerte Trascendente—. Los pececillos lo arriesgan todo por una pizca de divinidad... y no distinguen el cielo del infierno, ni siquiera cuando lo encuentran —Pham tiritó y la rodeó con los brazos. Ravna ladeó la cabeza y se encontró con sus labios.

Hacía dos años que Ravna Bergsndot se había ido de Sjandra Kei. En cierto modo el tiempo había pasado deprisa, pero ahora su cuerpo le indicaba que había sido un tiempo muy largo. Cada caricia era muy vivida y despertaba deseos que había reprimido cuidadosamente. Sintió un cosquilleo repentino en toda la piel. Necesitó una enorme contención para desvestirse sin rasgar la ropa.

Ravna estaba fuera de práctica. Y, por cierto, no había nada reciente con lo cual comparar, pero Pham Nuwen era muy, *muy* bueno.

Cripto: 0

Recepción: Transceptor Relé01 en Relé

Senda lingüística: Acquileron -> triskweline,

SjK: unidades Relé

De: Administrador de Red para Transceptor, Cantar del Viento en Debley Inferior

Asunto: Quejas sobre Relé, una sugerencia

Síntesis: Está empeorando, prueben con nosotros

Frases clave: Problemas de comunicaciones. Relé indigno de confianza, Trascenso

Distribución: Grupo de Intereses Especiales Costes de Comunicación. Grupo de Administración Carnada Múltiple

Transceptor: Relé01 en Relé

Transceptor: Tiempo Breve en Paradacorta

Seguimientos a: Grupo de Intereses Expansión Cantar del Viento

Fecha: 07:21:21 Hora de Dársenas, 36/09 de año Org 52089

Texto del mensaje:

Durante las últimas quinientas horas, Costes de Comunicación muestra 9.834 quejas por congestión de tráfico contra la operación Vrinimi de Relé. Cada una de estas quejas se relaciona con servicios de decenas de miles de planetas. Vrinimi ha asegurado una y otra vez que la congestión deriva de un mero incremento temporal de usos Trascendentes.

Como principales competidores de Relé en esta región, los de Cantar del Viento nos hemos beneficiado módicamente con esta saturación; sin embargo, hasta ahora no considerábamos apropiado ofrecer una respuesta coordinada al problema.

Los acontecimientos de las últimas siete horas nos obligan a cambiar esta política. Los lectores de este mensaje ya conocen el incidente, pues la mayoría son sus víctimas. A partir de [00:00:27 Hora de Dársenas] , Org Vrinimi comenzó a bajar transceptores de la línea, una exclusión imprevista. R01 se desconectó a las 00:00:27, R02 a las 02:50:32, R03 y R04 a las 03:12:01. Vrinimi declaró que un cliente Trascendente requería anchura de banda con urgencia. (R00 estaba consagrado anteriormente al uso de ese Poder.) El cliente requirió el uso de enlaces altos y bajos. Según admitió la misma Org, este uso imprevisto excedió el sesenta por ciento de toda su capacidad. Nótese que los excesos de las quinientas horas previas —excesos que motivaron quejas totalmente justificadas —, nunca superaron el cinco por ciento de la capacidad de la Org.

Amigos, en Cantar del Viento nos dedicamos al negocio de las comunicaciones. Sabemos que es difícil mantener transceptores cuya masa equivale a la de un planeta. Sabemos que en nuestra actividad los proveedores no pueden someterse a pautas contractuales inflexibles. Pero la conducta de Org Vrinimi es inaceptable. Es verdad que en las últimas tres horas la Org ha puesto los relés R01 a R04 nuevamente en servicio y ha prometido reintegrar los pagos excedentes de ese Poder a quienes sufrieron el «inconveniente». Pero sólo Vrinimi conoce el monto exacto de esos pagos excedentes. Y nadie (¡ni siquiera Vrinimi!) sabe si éste será el fin de los cortes.

Lo que para Vrinimi es una repentina e increíble afluencia de fondos, representa para los demás un desastre descomunal.

Por tanto. Cantar del Viento de Debley Inferior está pensando en una expansión vasta y permanente de sus servicios: la construcción de cinco transceptores adicionales. Obviamente, esto resultará inmensamente costoso. Los transceptores no son baratos y Debley Inferior no dispone de la geometría favorable de Relé. Esperamos que el coste se amortice durante muchos decenios de buenos negocios. No podemos afrontarlo sin un claro compromiso de la clientela. Con el objeto de determinar esta demanda, y para asegurarnos de que se construirá lo que se necesita, crearemos un grupo de noticias temporal, el

Grupo de Intereses Expansión Cantar del Viento, controlado y archivado en Cantar del Viento. Para los abonados de este grupo, las tarifas por envío y recepción serán el diez por ciento del importe habitual. Exhortamos a nuestros abonados a utilizar este servicio para comunicarse entre sí, para analizar qué les deparará la Org Vrinimi en el futuro y para opinar sobre nuestras propuestas. Esperamos vuestras noticias.

Ravna durmió bien. Ya era media mañana cuando despertó. El insistente timbre del fono era tan estridente que irrumpía a través de sus sueños más gratos. Abrió los ojos, desorientada y feliz. Abrazaba estrechamente... una gran almohada. *Maldición*. Pham ya se había ido. Se quedó tendida un segundo, recordando. Había pasado dos años muy solitarios, y solamente la noche anterior había comprendido cuánto. Una felicidad tan inesperada, tan intensa... Qué cosa extraña. El fono seguía llamando. Ravna se levantó y atravesó la habitación dando tumbos. Al cuerno con la decoración tecnoprimitiva, pensó. —¿Sí?

Era un escrodit. ¿Tallo Verde?

—Lamento molestarte, Ravna, pero... ¿estás bien?

Ravna comprendió que tal vez tuviera un aspecto un tanto extraño: pegajosa de oreja a oreja, el cabello desgredado. Se cubrió la boca, ahogando una risotada.

—Sí, estoy bien. ¿Qué ocurre?

—Queremos agradecer tu ayuda. No imaginábamos que ocuparas un puesto tan alto. Hace cientos de horas que intentamos persuadir a la Org para que detecte a los fugitivos y, poco después de hablar contigo, nos informaron que la investigación se iniciaría de inmediato.

—Vaya. —¿*Qué rayos está pasando?*— Me alegra, aunque no sé si... ¿Quién lo está pagando, de todos modos?

—No sé, pero es muy caro. Nos dijeron que dedicarían un transceptor principal a la búsqueda. Si alguien está transmitiendo, nos enteraremos en cuestión de horas.

Hablaron unos minutos más y Ravna se volvió más coherente a medida que dividía los diversos aspectos de las últimas diez horas en negocios y placer. Sospechaba que la Org interceptaría sus conversaciones en La Compañía Errante. Tal vez así se había enterado Grondr, y había dado crédito a la historia. Pero ayer mismo se quejaba de la saturación de las comunicaciones. Fuera como fuese, era una buena noticia, tal vez demasiado buena. Si la increíble historia de los escroditas era cierta, quizá la perversión de Straumli no fuera Trascendente. Si las naves fugitivas tenían alguna pista para neutralizarla, era posible que el reino de Straumli se salvara.

Cuando Tallo Verde colgó, Ravna recorrió el apartamento, poniéndose en forma, evaluando las posibilidades. Poco a poco recobró su lucidez habitual. Deseaba verificar varias cosas.

Luego llamaron de nuevo. Esta vez pidió una vista previa del interlocutor. ¡Epa! Era Grondr Vrinimikalir. Se pasó la mano por el cabello; aún tenía un pésimo aspecto y este fono no servía para engañar a nadie. De pronto notó que Grondr tampoco se

veía muy bien. Su quitina facial estaba borrosa, incluso en algunas pecas. Aceptó la llamada.

—¡Ah! —chilló Grondr involuntariamente, antes de graduar la voz—. Gracias por responder. Habría llamado antes, pero todo ha sido muy... caótico. —¿Adonde cuernos se había ido su actitud distante?—. Sólo quiero informarle que la Org no tuvo nada que ver con esto. Estábamos congestionados hasta hace un par de horas. —Se embarcó en una atolondrada descripción de una demanda masiva que superaba los recursos de la Org.

Mientras él divagaba, Ravna pulsó un teclado pidiendo una síntesis de las operaciones recientes de la Org. Por los Poderes. ¿Distracción del sesenta por ciento? Extractos de Costes de Comunicaciones. Echó una rápida ojeada al mensaje de Wndsong. Esos mamarrachos eran tan pomposos como siempre, pero su propuesta de reemplazar a Relé quizá fuera en serio. Era justo lo que Grondr había temido.

—... Antiguo pedía más y más. Cuando al fin comprendimos y nos enfrentamos a la situación... Bien, estuvimos a punto de amenazarle con medidas violentas. Tenemos recursos para destruir su nave emisaria. Es imposible saber en qué consistiría su venganza, pero dijimos a Antiguo que sus demandas ya nos estaban destruyendo. Gracias a los Poderes, lo tomó con buen humor y desistió. Ahora utiliza un solo transceptor y realiza una búsqueda de señales que no tiene nada que ver con nosotros.

Vaya. Un misterio resuelto. Antiguo debía de estar husmeando en La Compañía Errante y oyó la historia de los escroditas.

—Entonces quizá todo se solucione. Pero es importante ser igualmente enérgicos si Antiguo se pasa nuevamente de la raya... —Ravna ya había dicho estas palabras cuando cayó en la cuenta de que le estaba dando consejos a un superior.

Grondr no pareció reparar en ello. Por el contrario, se apresuró a dar su aprobación.

—Sí, sí. Le aseguro que si Antiguo fuera un cliente común, le habríamos proscrito para siempre por su engaño... Pero claro, si fuera un cliente común, no habría podido engañarnos.

Grondr se pasó unos dedos blancos y rollizos por el rostro.

—Ningún cliente del Allá habría podido alterar los materiales que rescató nuestra draga. Ni siquiera alguien de Arriba podría haber irrumpido en nuestro cementerio de chatarra y manipular los restos sin que tan siquiera sospecháramos.

¿Draga? ¿Restos? Ravna comenzó a comprender que ella y Grondr no hablaban de lo mismo.

—¿Qué hizo exactamente Antiguo?

—¿Los detalles? Ahora los conocemos bastante bien. Desde la caída de Straum, Antiguo se ha interesado mucho en los humanos. Lamentablemente, aquí no había

ningún voluntario. Comenzó a manipularnos, reescribiendo nuestros registros del cementerio de chatarra. Recobramos una copia limpia de una filial: la draga sí encontró los restos de una nave humana. Había partes humanas en ella, pero nada que nosotros pudiéramos haber revivido. Antiguo debe haber mezclado y complementado lo que encontró allí. Tal vez forjó recuerdos extrapolando a partir de datos culturales humanos de los archivos. Retrospectivamente, podemos ver que sus solicitudes iniciales concuerdan con la invasión de nuestro cementerio de chatarra.

Grondr continuó hablando, pero Ravna no escuchaba. Miraba sin ver la pantalla del fono. Somos pececillos abisales y el abismo nos protege de los pescadores de la superficie. Pero aunque no puedan vivir aquí, esos astutos pescadores tienen sus artimañas y sus trucos. Conque Pham...

—Conque Pham Nuwen es sólo un robot —murmuró.

—No exactamente. Es humano y con sus recuerdos falsos puede operar de forma autónoma. Pero cuando Antiguo compra toda la anchura de banda, esa criatura es sólo un Dispositivo Emisario: las manos y los ojos de un Poder.

Los órganos bucales de Grondr articularon un chasquido de embarazo.

—Ravna, ignoramos todo lo que sucedió anoche. No teníamos motivos para vigilarla de cerca, pero Antiguo nos asegura que ya no necesita más investigaciones directas. En cualquier caso, nunca le daremos la banda para que pruebe de nuevo.

Ravna asintió con desgana. Sentía un frío repentino en el rostro. Nunca había experimentado tanta furia y tanto miedo al mismo tiempo. Aturdida, se alejó del fono, ignorando las exclamaciones de Grondr. Las historias que había oído cuando era estudiante se le agolparon en la mente y también los mitos de varias religiones humanas. Consecuencias, consecuencias; podía defenderse de algunas, pero otras eran irreparables.

Y desde un rincón de su mente, un pensamiento increíblemente necio afloró pese al horror y la furia. Durante ocho horas había estado cara a cara con un Poder. Era la clase de experiencia que podía abarcar todo un capítulo de manual, uno de esos episodios siempre lejanos y distorsionados. Uno de esos episodios que nadie, en toda Sjandra Kei, había vivido jamás. Hasta ahora.

Hacía tiempo que Johanna navegaba en ese bote. El sol no se ponía nunca, aunque por momentos estaba bajo y a sus espaldas, y por momentos alto y enfrente, y por momentos se nublaba y la lluvia repiqueteaba en la lona que cubría sus mantas. Pasó horas en medio de un sopor turbulento. Ocurrieron cosas que sólo podían ser sueños. Había criaturas que le tironeaban de las ropas, con pegotes de sangre por todas partes. Manos suaves y hocicos de rata le vendaban las heridas y le metían agua helada en la garganta. Cuando pataleaba, mamá le acomodaba las mantas y la confortaba con sonidos extraños. Durante horas, alguien se tendió a su lado, dándole calor. A veces era Jefri, pero con frecuencia era un perro enorme, un perro que ronroneaba.

Pasó la lluvia. El sol estaba a la izquierda del bote, pero escondido detrás de una sombra fría y arremolinada. El dolor se volvió cada vez más divisible. Una parte le aguijoneaba el pecho y el hombro, sobre todo cuando el bote daba bandazos. Otra parte le presionaba el vientre, un vacío que no era del todo náusea. Sentía hambre y sed.

Cada vez había más recuerdos y menos sueños. Ciertas pesadillas no se borrarían nunca. Habían ocurrido de veras. Estaban ocurriendo ahora.

El sol entró y salió del cúmulo de nubarrones. Se deslizó lentamente hasta quedar a la popa del bote. Johanna intentó recordar lo que decía papá justo antes de que... de que todo se fuera al traste. Estaban en el ártico de ese planeta, en el verano, así que el punto bajo del sol debía de ser el norte, y ese bote de doble casco enfilaba hacia el sur. Dondequiera que fuesen, se alejaban cada vez más de la nave espacial y de toda esperanza de hallar a Jefri.

A veces el agua era un mar abierto y las colinas estaban lejos u ocultas por nubes bajas. A veces atravesaban estrechos y bogaban cerca de murallas de roca desnuda. Ignoraba que un velero pudiera ser tan veloz y tan peligroso. Cuatro de esas criaturas que parecían ratas bregaban desesperadamente para alejarse de las rocas. Brincaban ágilmente de la cubierta a las jarcias, y a veces una se apoyaba en la otra para llegar a mayor altura. El velero se mecía y crujía en aguas repentinamente encrespadas, hasta que al fin salían del brete y las colinas se distanciaban lentamente.

Durante largo rato fingió que deliraba. Gemía y se retorció. Observaba. Los cascos del velero eran largos y angostos como canoas. La vela estaba montada entre ambos. La sombra de sus sueños había sido esa vela, que chasqueaba en el viento gélido y limpio. El cielo era un alud de grises, claros y oscuros. Había aves en lo alto. Rozaban el mástil, sobrevolando en círculos. Había cloqueos y siseos en torno, pero ese ruido no venía de las aves.

Eran los monstruos. Les observó con ojos entornados. Eran de la misma especie que había matado a mamá y papá. Incluso usaban las mismas ropas ridículas, casacas

verdes con espuelas y bolsillos. Perros o lobos, había pensado antes, aunque eso no bastaba para describirles. Sí, tenían cuatro patas esbeltas y orejas puntiagudas. Pero con esos pescuezos largos y esos ojos rosados, parecían enormes ratas.

Y cuanto más las miraba, más horrendas le parecían. Una imagen fija nunca podría transmitir ese horror; había que verlas en acción. Observó a cuatro de ellas, las que estaban en su lado del velero, jugando con su dataset. El Elefante Rosa estaba envuelto en una redecilla en la popa del velero. Ahora las bestias querían examinarlo. Al principio parecía un acto circense, con las criaturas contoneando las cabezas, pero cada movimiento era asombrosamente preciso, y estaba asombrosamente coordinado con los demás. No tenían manos, pero podían desatar nudos: cada cual sostenía un trozo de cáñamo en la boca y movía el pescuezo en torno de los demás. Al mismo tiempo, las zarpas de una criatura mantenían tensa la abertura. Era como mirar títeres manipulados con el mismo control.

En pocos segundos extrajeron el dataset de la redecilla. Un perro habría dejado que se deslizara hasta el fondo del casco y después lo habría empujado con el hocico. En cambio dos de estas criaturas lo apoyaron en un banco transversal, mientras una tercera lo sostenía con la zarpa. Palparon los rebordes de fieltro y las blandas orejas. Movían zarpas y narices, pero con un propósito evidente. Trataban de abrirlo.

Dos cabezas asomaron sobre la borda del otro casco. Emitieron cloqueos y chistidos parecidos a un cruce de trino y eructo. Una de las otras respondió con sonidos similares, mientras las otras tres seguían jugando con las trabas del dataset.

Al fin tiraron simultáneamente de las blandas orejas; el dataset se abrió, y la ventana superior inició la rutina de arranque de Johanna, una animación de ella misma diciendo: «Qué vergüenza, Jefri. ¡Aléjate de mis cosas!» Las cuatro criaturas se pusieron tiesas, los ojos desorbitados.

Las que estaban con Johanna giraron el dataset para que los demás lo vieran. Una lo sostuvo mientras otra miraba la ventana superior y una tercera tocaba la ventana de teclas. Las criaturas del otro casco se excitaban, pero ninguna intentó aproximarse. Las cuatro que pulsaban las teclas interrumpieron por accidente el saludo de arranque. Una de ellas miró a las criaturas del otro casco, mientras otras dos miraban a Johanna. Ella se quedó tendida con los ojos entrecerrados.

«Qué vergüenza, Jefri. ¡Aléjate de mis cosas!», repitió la voz de Johanna. Pero esta vez era uno de los animales, en una reproducción perfecta. Luego una voz de niña gimió «Mamá, papá». Era de nuevo su propia voz, pero más asustada y aninada de lo que ella hubiera imaginado.

Parecían aguardar a que el dataset respondiera. Al fin una de ellas continuó apoyando el hocico en una de las ventanas. Todos los datos valiosos, y los programas peligrosos, tenían su contraseña. Brotaron insultos y graznidos de la caja, todas las pequeñas sorpresas que ella había preparado para su fisgón hermano menor. Oh, Jefri,

¿alguna vez volveré a verte?

Los sonidos y vídeos entretuvieron a los monstruos varios minutos. Al fin sus tanteos convencieron al dataset de que un chiquillo había abierto la caja y adoptó su modalidad infantil.

Las criaturas sabían que ella les observaba. De las cuatro que jugaban con el Elefante Rosa, había una, o siempre la misma, que la vigilaba continuamente. Jugaban con ella, fingiendo que no sabían que ella fingía.

Johanna abrió los ojos y miró severamente a la criatura.

—¡Maldita seas! —exclamó. Miró hacia el otro lado y gritó. Las criaturas del otro casco estaban apiñadas. Volvieron las cabezas y sus ojos rojizos destellaron a la luz del sol. Ratas o serpientes mirándola en silencio por largo tiempo.

Ladearon las cabezas ante el grito de Johanna, y Johanna oyó el grito de nuevo. A sus espaldas, su propia voz graznó: «¡Maldita seas!» En otra parte, ella misma llamaba a «mamá» y «papá». Johanna gritó de nuevo y las criaturas repitieron nuevamente el grito. Ella se tragó su terror y guardó silencio. Los monstruos siguieron repitiendo durante medio minuto, reproduciendo las cosas que ella habría dicho en sueños. Cuando vieron que así no podían intimidarla, las voces dejaron de ser humanas. Continuaron con sus cloqueos, como si ambos grupos estuvieran negociando. Al fin, los cuatro de su lado cerraron el dataset y lo metieron en la redecilla.

Los seis del otro casco se separaron. Tres saltaron hacia la borda externa, aferraron la borda con las zarpas y se inclinaron en el viento. Por un instante parecieron perros, grandes canes sentados en la ventanilla de un automóvil, oliendo el aire. Los largos pescuezos se movían sin cesar. Cada tantos segundos uno de ellos sumergía la cabeza en el agua. ¿Bebiendo? ¿Pescando?

Pescando. Una cabeza se irguió y arrojó algo verde y pequeño en el bote. Los otros tres animales olfatearon y aferraron el objeto. Johanna entrevió patas diminutas y un caparazón lustroso. Una de las ratas lo sostuvo con la punta de la boca, mientras las otras dos lo desgarraban. Trabajaban con perturbadora precisión. La manada actuaba como una sola criatura, y cada cuello parecía un grueso tentáculo que terminaba en un par de fauces. Se le revolvió el estómago ante esa idea, pero no tenía nada que vomitar.

La pesca continuó durante un cuarto de hora. Al fin cogieron siete de esas criaturas verdes. Pero no las comían, o al menos no las comían todas. Guardaron los restos desmembrados en un pequeño cuenco de madera.

Más cloqueos entre ambas partes. Uno de los seis cogió el cuenco con la boca y se arrastró por la plataforma del mástil. Los cuatro que estaban del lado de Johanna se apiñaron como si temieran al visitante. Sólo asomaron las cabezas cuando el intruso dejó el cuenco y se alejó.

Una de las ratas recogió el cuenco. Ella y otra se acercaron a Johanna, quien tragó saliva. ¿Qué tortura era ésta? De nuevo se le revolvió el estómago... se moría de hambre. Miró el cuenco y comprendió que trataban de alimentarla.

El sol acababa de asomar bajo las nubes del norte. La luz baja evocaba una brillante tarde de otoño después de la lluvia: un cielo oscuro en lo alto, pero un resplandor puro en derredor. La pelambre de las criaturas era tupida y aterciopelada. Una le acercó el cuenco, mientras la otra metía el hocico adentro y extraía algo pegajoso y verde. Sostuvo el manjar delicadamente, con la punta de la larga boca. Se volvió y le ofreció la cosa verde.

Johanna retrocedió.

—¡No!

La criatura vaciló. Por un instante, Johanna pensó que repetiría su exclamación, pero al fin dejó caer el trozo en el cuenco. El primer animal lo depositó en el banco, junto a ella. La miró un instante y abrió la mandíbula, soltando el reborde del cuenco. Johanna entrevio dientes finos y puntiagudos.

Johanna miró el cuenco, vacilando entre el hambre y la repulsión. Al fin extrajo una mano de la manta y cogió un trozo. Las cabezas la observaron atentamente, intercambiando cloqueos entre ambos lados del velero.

Cogió algo blando y frío. Lo alzó a la luz del sol. El cuerpo era gris verdoso y los costados relucían a la luz. Las criaturas del otro casco habían desgarrado las patas y cercenado la cabeza. Lo que quedaba sólo tenía un par de centímetros de longitud. Parecía un marisco asado. Una vez le había gustado esa comida, pero estaba cocida. Casi soltó la cosa cuando la sintió temblar.

Se la acercó a la boca, la tocó con la lengua. Salada. En Straum, la mayoría de los mariscos eran indigestos cuando uno los comía crudos. ¿Cómo podía averiguarlo a solas sin sus padres, sin una red local? Sintió ganas de llorar. Soltó una palabrota, se metió la cosa verde en la boca e intentó masticar. Blanda, con la textura del sebo y el cartílago. Se atragantó, escupió... y trató de comer otro. Al fin logró tragar un bocado. Tal vez fuera lo mejor. Esperaría para ver cuánto vomitaba. Se recostó bajo la mirada de varios pares de ojos. El cloqueo se reinició. Una de las criaturas se le acercó, llevando un recipiente de cuero con una tapa. Una cantimplora.

Esta criatura era la más grande. ¿El líder? Le acercó el pico de la cantimplora a los labios. Parecía astuta, más cauta al aproximarse. Johanna le miró los flancos. Más allá del ruedo de la casaca, la pelambre del trasero era blancuzca, y tenía una profunda cicatriz con forma de Y. Ésta es la que mató a papá.

El ataque de Johanna fue espontáneo y tal vez por eso dio resultado. Sorteó la cantimplora y rodeó con el brazo el pescuezo de la criatura. Rodó sobre el animal, aplastándolo contra el casco. Era más pequeño que ella y no tenía fuerzas para zafarse. Las zarpas arañaron la manta, pero no lograron cortarla. Ella apoyó todo su

peso en el espinazo de la criatura, la aferró donde la garganta se juntaba con la mandíbula y comenzó a golpearle la cabeza contra la madera.

Las demás se le abalanzaron, palpándola con el hocico, aferrándole la manga. Sintió hileras de dientes mordiendo con suavidad. Esos cuerpos zumbaban con un sonido que ella recordaba de sus sueños, un sonido que le atravesaba la ropa y le vibraba en los huesos.

Le apartaron la mano del pescuezo de la criatura y sintió el desgarrón de la punta de flecha en el pecho. Pero no se dio por vencida. Se levantó, apoyando la cabeza en la base de la garganta de la criatura y aplastándole la coronilla contra el casco. Los cuerpos que la rodeaban sufrieron una convulsión y Johanna cayó de espaldas. Ahora sólo sentía dolor. Ni la furia ni el miedo podían conmovérle.

Pero una parte de ella aún reparaba en los cuatro animales. Les había lastimado. Les había lastimado a todos. Tres de ellos caminaban ebriamente, emitiendo sonidos sibilantes que, por una vez, parecían salir de las bocas. La que tenía una cicatriz en el trasero yacía de costado, temblando. Le había abierto un tajo con forma de estrella en la coronilla. La sangre le goteaba sobre los ojos. Lágrimas rojas.

Al cabo de unos minutos los silbidos cesaron. Las cuatro criaturas se reunieron y se reinició el familiar chistido. A ella volvió a sangrarle el pecho.

Las criaturas se miraron un rato. Johanna sonrió. Sus enemigos eran vulnerables. Podía lastimarles. Se sintió mejor que nunca desde el aterrizaje.

Antes del Movimiento Reductorista, Tallamaderas había sido la ciudad-estado más famosa al oeste de los Colmillos de Hielo. Su fundador tenía seis siglos. En esos tiempos, la situación era más difícil en el norte; la nieve llegaba hasta las planicies casi todo el año. El tallador a quien llamaban Tallamadera había comenzado solo, una sola manada en una pequeña cabaña a orillas de una bahía. Esa manada era cazadora y pensadora además de artista. No había colonias en kilómetros a la redonda. Sólo una docena de las primeras estatuas del tallador salieron de esa cabaña, pero esas estatuas le dieron fama. Tres todavía existían. Junto a los Lagos Largos había una ciudad que debía su nombre a la estatua que albergaba en su museo.

Con la fama habían llegado los aprendices. La cabaña se multiplicó por diez, desperdigadas por el fiordo de Tallamaderas. Pasaron un par de siglos y el Tallamadera cambió lentamente. Temía el cambio, la sensación de que su alma se le escabullía. Trató de retenerla; casi todos lo hacen en mayor o menor grado. En el peor de los casos, la manada cae en la perversión, su alma se vuelve hueca. Para Tallamadera, la búsqueda misma era el cambio. Estudió la concordancia de cada miembro con el alma. Estudió a los cachorros y su crianza y el modo de indagar las aportaciones de los nuevos. Aprendió a modelar el alma entrenando a los miembros.

Claro que nada de esto era nuevo. Constituía el fundamento de la mayoría de las religiones y cada ciudad tenía asesores y criadores. Dicho conocimiento, sea válido o no, es importante en cualquier cultura. Lo que hizo Tallamadera fue examinarlo sin los prejuicios de la tradición. Experimentó cautamente consigo mismo y con los demás artistas de su pequeña colonia. Observó los resultados, utilizándolos para diseñar nuevos experimentos. Se guiaba por lo que observaba, no por lo que deseaba creer.

Según las pautas de su época, sus actos eran heréticos, perversos o demenciales. En los primeros años, el rey Tallamadera fue casi tan odiado como el Reductor tres siglos después. Pero el remoto norte aún atravesaba su período de crudos inviernos. Las naciones del sur no podían enviar ejércitos que llegaran hasta Tallamadera.

Una vez, cuando lo consiguieron, sufrieron una aplastante derrota. Y Tallamadera tuvo la prudencia de no tratar de subvertir el sur en forma directa. Pero su colonia se expandía y la fama de su arte y sus muebles era pequeña al lado de su prestigio personal. Los viejos de corazón viajaban a la ciudad y no sólo regresaban más jóvenes, sino más lúcidos y felices. Las ideas se propagaron desde la ciudad: telares, cajas de engranajes, molinos de viento, fábricas. Algo nuevo había sucedido en ese lugar. No eran los inventos. Era la gente que Tallamadera había ayudado a engendrar, y las perspectivas que había creado.

Vickwracktriz y Jaqueramaphan llegaron a Tallamaderas al caer la tarde. Había llovido casi todo el día, pero ahora las nubes se habían dispersado y el cielo mostraba ese límpido azul que resultaba más bello después de una racha de días nublados.

Dominio de Tallamadera era un paraíso a ojos de Errabundo. Estaba cansado de los páramos desiertos. Estaba cansado de preocuparse por la criatura alienígena.

Varios veleros les escoltaron con recelo en el último tramo. Estaban armados, y Errabundo y Gramil venían desde la dirección menos propicia. Pero estaban solos y, evidentemente, eran inofensivos. Los mensajeros se hicieron eco de su historia, repitiéndola a gritos. Cuando llegaron al puerto eran héroes, dos manadas que habían robado un tesoro desconocido a los villanos del norte. Rodearon un espigón, que no existía en tiempos del último viaje de Errabundo, y echaron amarras.

El muelle estaba atestado de soldados y carromatos. La gente de la ciudad ocupaba toda la carretera que conducía hasta las murallas. Era lo más que uno podía aproximarse a una cáfila conservando su raciocinio. Gramil saltó del velero y brincó con obvio deleite ante las ovaciones.

—¡Deprisa! Debemos hablar con el Tallamadera. Wickwracktriz cogió el saco de lona donde guardaban la caja de imágenes de la alienígena y desembarcó cuidadosamente. Estaba mareado por la zurra que le había dado esa criatura. El tímpano delantero de Triz se había roto durante el ataque. Se desorientaba por momentos. El muelle era muy extraño; de piedra a primera vista, pero amurallado con un material negro y esponjoso que no había visto desde su travesía por los Mares del Sur; debía ser frágil aquí...

¿Donde estoy? Debería sentirme feliz, satisfecho con la victoria. Se detuvo para reagruparse. Al cabo de un momento, el dolor y sus pensamientos se agudizaron; estaría así durante varios días. Debía conseguir ayuda para la alienígena, llevarla a tierra.

El chambelán del rey Tallamadera era un petimetre obeso. Errabundo no esperaba ver semejantes personajes en Tallamadera. Pero el sujeto se dispuso a colaborar en cuanto vio a la criatura alienígena. Trajo un médico para examinar a Dos-Patas (y de paso a Errabundo). La criatura se había fortalecido en los dos últimos días, pero no habían tenido más peleas. La llevaron a tierra sin mayor dificultad. Miraba a Errabundo con una expresión de rabia impotente en el rostro chato. Errabundo tocó pensativamente la cabeza de Triz. Dos-Patas sólo aguardaba una buena oportunidad para causar más daño. Poco después, los viajeros atravesaban la calle adoquinada en carromatos tirados por cerdos-kher. Los soldados les abrían paso a través de la muchedumbre. Gramil Jaqueramaphan agitaba las zarpas, un héroe gallardo. Ahora Errabundo comprendía que Gramil, en el fondo, era muy inseguro. Tal vez éste fuera el momento más grandioso de su vida.

Aunque lo hubiera querido, Wickwracktriz no podía ser expansivo. Con uno de

los tímpanos de Triz lesionado, era imposible gesticular sin perder el rastro de los pensamientos. Se tendió en los asientos del carruaje y miró hacia todas partes.

Salvo por la forma de la bahía, el lugar no se parecía a sus recuerdos de cincuenta años atrás. En casi todas partes del mundo, pocas cosas cambiaban en cincuenta años. Un peregrino que regresara al cabo de tanto tiempo podía aburrirse por la falta de cambios. Pero esto era sobrecogedor.

El enorme espigón era nuevo. Había el doble de muelles y multibarcos con banderas que jamás había visto en este lado del mundo. La carretera ya estaba anteriormente, pero era estrecha y no tenía tantas salidas. Antes las murallas servían principalmente para impedir que escaparan los cerdos-kher y las rana-gallinas, no para impedir que entraran los invasores. Ahora tenían tres metros de altura y la piedra negra se extendía hasta donde alcanzaba la vista de Errabundo. Y la última vez casi no había soldados, aunque ahora los había por doquier. Este cambio no era bueno. Sintió un nudo en el estómago de Triz; los soldados y la lucha *no* eran buenos.

Atravesaron las puertas de la ciudad y un laberíntico mercado que abarcaba varias hectáreas. Las callejas tenían sólo quince meros de anchura y se volvían más angostas en los sitios donde se amontonaban rollos de paño, muebles y cestos de fruta fresca. El aire estaba impregnado de olor a fruta, especias y barniz. El lugar estaba tan atestado que el regateo era casi orgiástico, y el mareado Errabundo estuvo a punto de desmayarse. Luego entraron en una calle estrecha que zigzagueaba entre edificios con muros de entramado de madera. Más allá de los tejados, se erguían imponentes fortificaciones. Diez minutos después llegaron al patio del castillo. Desmontaron y el chambelán ordenó que trasladaran a Dos-Patas a una litera.

—¿Tallamadera... él nos recibirá? —preguntó Gramil.

El burócrata rió.

—*Ella*. Tallamadera cambió de sexo hace más de diez años. Errabundo movió sus cabezas sorprendido. ¿Qué significaba eso? La mayoría de las manadas cambian con el tiempo, pero nunca había sabido que Tallamadera dejara de ser «él». Casi no oyó lo que el chambelán dijo a continuación:

—Mejor aún. Todo el consejo debe ver lo que habéis traído. Entrad.

Despidió a los guardias con un gesto y se internaron en un pasillo tan ancho que dos manadas podían pasar al mismo tiempo. El chambelán encabezaba la marcha, seguido por los viajeros y el médico con la litera de la criatura alienígena. Tapices con incrustaciones de plata cubrían las altas paredes. El lugar era mucho más suntuoso, y también perturbador. Había pocas estatuas y todas databan de varios siglos.

Había cuadros. Errabundo trastabilló al ver el primero y detrás oyó el jadeo de Gramil. Errabundo había visto arte de todo el mundo: las cáfilas de los trópicos preferían murales abstractos, borrones de color psicótico. Los isleños de los Mares

del Sur desconocían la perspectiva y en sus acuarelas los objetos distantes simplemente flotaban en la mitad superior del cuadro. En la República de los Lagos Largos estaba en boga la representación, sobre todo los múltiplos que ofrecían una vista de una manada entera.

Pero nunca había visto imágenes como aquéllas. Eran mosaicos y cada azulejo era un cuadrado de cerámica de un cuarto de pulgada de lado. No había color, sólo cuatro matices de gris. A cierta distancia ya no se distinguía la superficie granulada y constituían los paisajes más perfectos que Errabundo había visto. Eran vistas de las colinas que rodeaban Tallamaderas. Salvo por la falta de color, parecían ventanas. El pie de cada imagen estaba limitado por un marco rectangular, pero la parte superior era irregular y los mosaicos simplemente se perdían en el horizonte. La pared tapizada reemplazaba el cielo de las imágenes.

—¡Por aquí, amigo! Creí que querías ver a Tallamadera —le dijo el chambelán a Gramil, cuyos miembros se habían detenido frente a varias imágenes.

Gramil volvió una cabeza hacia el chambelán y dijo con voz pasmada:

—¡Por el fin del alma, es como ser Dios! ¡Es como si tuviera un miembro en cada colina y pudiera verlo todo a la vez! Y se lanzó al trote para alcanzarles.

El pasillo desembocaba en una de las salas de reunión más vastas que Errabundo hubiera visto jamás.

—Es tan imponente como cualquier construcción de la República —comentó Gramil, admirando los tres niveles de balcones. Se quedaron solos con la alienígena.

Además del chambelán y el médico, ya había otras cinco manadas en la sala. Aparecieron más a medida que ellos observaban. La mayoría vestían como nobles de la República, con pieles y oropeles. Algunos usaban las sencillas casacas que Errabundo recordaba de su último viaje. La pequeña colonia de Tallamaderas se había transformado en ciudad y luego en nación-estado. Errabundo se preguntó si ahora el rey, la reina, ejercería de veras el poder. Volvió una cabeza hacia Gramil y le *altohabló*:

—Aún no digas nada sobre la caja de imágenes.

Jaqueramaphan adoptó un aire intrigado y conspiratorio.

—Entiendo —respondió en *altohabla*—. ¿Un elemento para negociar?

—Algo así. —Errabundo echó una ojeada a los balcones. La mayoría de las manadas entraban con aire petulante. Sonrió para sus adentros. Una mirada a la fosa fue suficiente para devolverles la humildad. Un parloteo zumbón llenó el aire. Ninguna de las manadas le recordaba a Tallamadera. Desde luego, le quedarían pocos miembros de la vez anterior y sólo podría reconocerla por los modales y el porte. *No importa*. Errabundo había prolongado algunas amistades más allá de la vida de cualquier miembro. Aunque, en otros casos, el amigo había cambiado en un decenio, alterando sus puntos de vista, transformando su afecto en animadversión. Contaba

con que Tallamadera fuera igual. Ahora...

Se oyó un enérgico trompetazo. Las puertas públicas de un balcón inferior se abrieron y entró un quinteto. Errabundo sintió un escalofrío de horror. Era Tallamadera, pero totalmente achacosa. Un miembro era tan viejo que el resto debía ayudarlo. Dos eran meros cachorros, y uno de ellos babeaba. El miembro mayor era un ciego de ojos blancos. Era la clase de cosa que se veía en una barriada del puerto, o en la última generación de un incesto.

Tallamadera miró a Errabundo y sonrió como si le reconociera. Habló con la voz del miembro ciego, una voz clara y firme.

—Continúa, por favor, Vendaz. El chambelán cabeceó.

—Como desees, majestad. —Señaló la fosa, la criatura—. He allí la razón de esta precipitada reunión.

—Podemos ver monstruos en el circo, Vendaz —dijo una voz de una emperifollada manada que ocupaba el balcón superior. A juzgar por los gritos que estallaron por doquier, esta opinión era minoritaria. Una manada del balcón inferior brincó sobre la baranda y trató de alejar al médico de la litera.

El chambelán irguió una cabeza pidiendo silencio y miró con cara de pocos amigos al que había saltado.

—Por favor, Escrúpilo, ten paciencia. Todos tendréis la oportunidad de mirar.

Escrúpilo respondió con gruñidos, pero retrocedió. —Bien —Vendaz se volvió hacia Errabundo y Gramil—. Vuestro velero ha sido más veloz que las noticias del norte, amigos míos. Nadie que yo conozca sabe nada sobre vuestra historia. Sólo tengo las voces que los guardias han gritado en código a través de la bahía. ¿Es verdad que esta criatura descendió del cielo?

Una invitación a especificar. Errabundo dejó que Gramil Jaqueramaphan se encargara de hablar. Gramil, muy orondo, narró la historia de la casa volante, la emboscada, los asesinatos y el rescate. Mostró su herramienta óptica y se anunció como agente secreto de la República de los Lagos Largos. *¿Qué espía haría semejante cosa?* todas las manadas del consejo fijaron los ojos en la criatura, algunas con temor, otras —como Escrúpilo— con desenfadada curiosidad. Tallamadera observó con un solo par de cabezas. Las demás parecían dormidas. Se veía tan cansada como se sentía Errabundo, quien apoyó sus cabezas en las patas. El dolor que sentía Triz era una vibración palpitante. Sería fácil dejarle dormir, pero entonces ese miembro no comprendería nada de lo que se decía. *Bien, quizá no sea tan mala idea.* Triz se durmió y el dolor se aplacó.

La charla continuó unos minutos, sin que el trío que era Wickrack comprendiera mucho. Sin embargo, entendía los tonos de voz. Escrúpilo, la manada que tenía la palabra, se quejó varias veces con impaciencia. Vendaz dijo algo, concordando con él. El médico retrocedió y Escrúpilo avanzó sobre la criatura alienígena.

Errabundo se puso alerta.

—Cuidado. Ese ser no es amigable.

—Tu amigo ya me ha advertido —rezongó Escrúpilo. Se aproximó a la litera y estudió el rostro pardo y lampiño de la criatura, quien le miró impasiblemente. Escrúpilo tendió una zarpa con cautela y retiró la manta. Aún no había reacción—. ¿Veis?, sabe que no deseo hacerle daño.

Errabundo optó por callarse.

—¿De veras camina con las patas traseras únicamente? —dijo otro consejero—. ¿Podéis imaginarlo erguido?, bastaría un golpe para tumbarlo.

Errabundo recordó cuánto se parecía la criatura a una mantis cuando estaba erguida. Esos sujetos no la habían visto en movimiento. Escrúpilo frunció una nariz.

—Esta cosa está sucia —todos sus miembros la rodeaban y Errabundo recordó que esa postura irritaba a Dos-Patas—. Es preciso extraer ese fragmento de flecha. La hemorragia ha cesado, pero si deseamos que la criatura viva, necesita atención médica. —Miró con desdén a Gramil y Errabundo, como si éstos fueran culpables de no haber practicado cirugía a bordo del velero. Algo le llamó la atención y su voz cambió de golpe—. ¡Por la Manada de las Manadas! Mirad sus zarpas delanteras —aflojó las cuerdas que sujetaban las patas delanteras de la criatura—. Dos zarpas como ésas serían tan buenas como cinco pares de labios. ¡Pensad en lo que podría hacer una manada de estas criaturas! —Se acercó a la zarpa de cinco tentáculos.

—Cuidado —murmuró Errabundo. De pronto la criatura cerró los tentáculos formando un mazo, alzó la pata delantera en un ángulo imposible y descargó un golpe en la cabeza de Escrúpilo. Aunque el golpe no fue muy fuerte, le acertó en el tímpano.

Escrúpilo retrocedió gimoteando.

La criatura se puso a berrear, un ruido agudo y penetrante. Ese sonido inquietante hizo volver todas las cabezas, incluso las de Tallamadera. Errabundo ya estaba acostumbrado. No tenía la menor duda de que era el lenguaje intermanada de la alienígena. Al cabo de unos segundos, el sonido se transformó en un sollozo que se desvaneció gradualmente.

Nadie habló por un instante. Parte de Tallamadera se puso en pie y miró a Escrúpilo.

—¿Te encuentras bien? Era la primera vez que hablaba desde el comienzo de la reunión.

Escrúpilo se lamía la frente.

—Sí, sólo duele un poco.

—Un día, tu curiosidad te matará.

El otro resopló con indignación, aunque también parecía halagado por la

predicción. La reina Tallamadera miró a sus consejeros. —Veo aquí una pregunta importante. Esscrúpilo piensa que un miembro alienígena sería tan ágil como una manada entera de nosotros, ¿es así? —preguntó a Errabundo.

—Sí, majestad. Si hubiéramos atado esas cuerdas con los nudos a su alcance, le habría resultado fácil deshacerlos —sabía adonde iría a parar. Había tenido tres días para reflexionar sobre el asunto—. Y los ruidos que emite parecen constituir un lenguaje coordinado. Hubo exclamaciones de asombro. Un miembro parlante podía hablar con cierta fluidez, pero a menudo a costa de la claridad.

—Sí; una criatura insólita en nuestro mundo, cuya nave descendió desde la cima del cielo. Me pregunto cómo será la mente de semejante manada, si un solo miembro es casi tan listo como todos los miembros de cada uno de nosotros —su miembro ciego movía la cabeza al pronunciar estas palabras, casi como si pudiera ver. Otros dos limpiaban el hocico del que babeaba. Tallamadera no ofrecía un espectáculo inspirador.

Esscrúpilo irguió una cabeza.

—No oigo ningún sonido de pensamiento de esta criatura. No hay tímpano delantero. —Señaló el paño rasgado que rodeaba la herida de la criatura—. Y no veo indicios del tímpano del hombro. Tal vez sea tan listo como una manada, aunque sea un singular... y tal vez los alienígenas no superen ese nivel.

Errabundo sonrió. Esscrúpilo era un engreído, pero no muy respetuoso con la tradición. Durante siglos, los académicos habían debatido acerca de la diferencia entre la gente y los animales. Algunos animales tenían el cerebro más grande, algunos tenían zarpas o labios más ágiles que los de un miembro. En las sabanas del este había criaturas que se parecían a la gente y se desplazaban en grupo, pero sin mayor hondura de pensamiento. Al margen de los nidos de lobos y las ballenas, sólo la gente formaba manadas. Eran superiores merced a la coordinación del pensamiento de sus miembros. La teoría de Esscrúpilo era herética.

—Pero oímos sonidos, y muy fuertes, durante la emboscada —intervino Jaqueramaphan—. Tal vez éste sea como nuestras crías, incapaz de pensar...

—Y aun así casi tan listo como una manada —concluyó sombríamente Tallamadera—. Si esta gente no es más lista que nosotros, quizá podamos aprender sus recursos. Por muy magníficos que sean, con el tiempo podríamos ser sus iguales. Pero si este miembro no forma parte de una súper manada... —calló un instante y sólo se oyó el sordo murmullo de los pensamientos de sus consejeros—. Si los alienígenas eran súper manadas, y si habían asesinado a su enviado, quizá no pudieran hacer nada para salvarse. Bien, ante todo debemos salvar a esta criatura, trabar amistad con ella y aprender su verdadera naturaleza.

Bajó las cabezas y pareció sumirse en sus cavilaciones. Tal vez sólo estaba cansada. De pronto, volvió varias cabezas hacia el chambelán.

—Traslada a la criatura al aposento contiguo al mío.

Vendaz la miró sorprendido.

—¡Claro que no, majestad! Hemos visto que es hostil. Y necesita atención médica.

Tallamadera sonrió y habló con voz sedosa. Errabundo recordaba haber oído antes ese tono.

—¿Olvidas que sé cirugía? ¿Olvidas que soy la Tallamadera?

Vendaz se relamió los labios y miró a los otros consejeros.

—No, majestad —dijo al cabo de un segundo—. Se hará como desees.

Errabundo sintió ganas de aplaudir. Al parecer, Tallamadera aún conservaba el poder.

Errabundo estaba sentado lomo contra lomo en la escalinata de sus aposentos cuando Tallamadera fue a verle el día siguiente. La reina fue sola, usando las sencillas casacas verdes que él recordaba de su visita anterior.

No se inclinó ni le salió al encuentro. Ella le miró fríamente un instante, se sentó a poca distancia.

—¿Cómo está Dos-Patas? —preguntó él.

—Extraje la flecha y suturé la herida. Creo que sobrevivirá. Mis consejeros quedaron complacidos: la criatura no actuó como un ser racional. Luchó a pesar de estar amarrada, como si no entendiera el concepto de cirugía. ¿Cómo está tu cabeza?

—Bien, mientras no me mueva. —El resto de él, Triz, yacía detrás de la puerta en el penumbroso interior del aposento—. El tímpano está sanando, creo. Estaré bien dentro de unos días.

—Me alegra. —Un tímpano estropeado podía significar problemas mentales continuos, o la necesidad de hallar un nuevo miembro y el dolor de encontrar una función para el singular a quien se sometía al silencio—. Te recuerdo, peregrino. Todos tus miembros han cambiado, pero sin duda eres el Errabundo que conocí. Contabas grandes historias. Disfruté de tu visita.

—Y yo disfruté de mi encuentro con el gran Tallamadera. Por eso regresé.

Ella ladeó la cabeza.

—El gran Tallamadera de antaño, no la decrepita reina de hoy.

Errabundo se encogió de hombros.

—¿Qué sucedió?

Ella no respondió de inmediato. Por un instante, se quedaron mirando la ciudad. Era una tarde nubosa que presagiaba lluvia. La brisa que soplaba desde el canal quemaba los labios y los ojos con su frescura.

—Conservé mi alma seiscientos años... contando por las zarpas delanteras. Lo que me ha sucedido es obvio.

—La perversión jamás te afectó antes —dijo Errabundo con inusitada franqueza. Algo en ella le hacía reaccionar así.

—Sí, el incestuoso común degenera de este modo en pocos siglos, y se idiotiza mucho antes. Mis métodos fueron mucho más sagaces. Sabía a quién aparear con quién, qué cachorros conservar y cuáles entregar a otros. Así siempre llevaba mis recuerdos en mi propia carne y mi alma permanecía pura. Pero no comprendía lo suficiente, o tal vez intenté lo imposible. Las opciones se volvieron cada vez más difíciles, hasta que al fin debí escoger entre la lucidez y la deformidad física. —Se enjugó la baba y todos, menos el miembro ciego, miraron la ciudad—. Éstos son los mejores días del verano. La vida es un verdor exuberante que procura aprovechar el

último calor de la temporada. —Y el verdor se extendía por doquier: hojaplumas en la ladera y la ciudad, helechos en las colinas, brezo en las laderas de las montañas que había allende el canal—. Amo este lugar.

Errabundo nunca había pensado que confortaría al Tallamadera de Tallamaderas.

—Obraste un milagro aquí. No oí hablar de otra cosa en el otro lado del mundo... Y apuesto a que la mitad de las manadas de aquí están emparentadas contigo.

—Sí, he tenido un éxito que supera los sueños más extravagantes. No me han faltado amantes, aunque yo misma no pudiera usar los cachorros. A veces creo que mi progenie ha sido mi mayor experimento. Escrúpilo y Vendaz son en gran medida mi prole... y también Reductor.

Errabundo ignoraba esto último.

—En las últimas décadas, yo me había resignado a mi destino. No podía burlar la eternidad, así que alguna vez liberaría mi alma. Dejaría que el consejo obtuviera cada vez más poder, ¿cómo podía reclamar el dominio cuando ya no era yo? Volví al arte. Has visto esos mosaicos monocromos...

—Sí. Son preciosos.

—Alguna vez te mostraré mi telar de imágenes. El procedimiento es tedioso pero casi automático. Era un bonito proyecto para los últimos días de mi alma. Pero ahora, tú y tu criatura lo han cambiado todo. ¡Maldición! Ojalá esto hubiera sucedido hace cien años. ¡Lo que habría hecho con ello! Hemos estado jugando con tu «caja de imágenes», sabes. Las imágenes son más perfectas que cualquiera de nuestro mundo. Se parecen un poco a mis mosaicos... tal como el sol se parece a una luciérnaga. Millones de puntos de color para formar cada figura, con tejas tan pequeñas que no puedes verlas sin la herramienta óptica de Gramil. He trabajado durante años para hacer algunos mosaicos. Tu caja de imágenes puede hacer miles, tan rápidas que parecen moverse. Tu alienígena ha reducido mi vida en algo inferior a un cachorro rascándose en la cuna.

La reina de Tallamaderas sollozaba suavemente, pero hablaba con voz airada.

—¡Y ahora todo el mundo cambiará!, ¡pero demasiado tarde para una ruina como yo!

Casi sin pensarlo, Errabundo envió uno de sus miembros hacia la Tallamadera. Se le acercó más de lo prudente: ocho metros, cinco. La interferencia le deshilachó los pensamientos, pero Errabundo notó que la calmaba.

Ella rió amargamente.

—Gracias... me asombra tu compasión. El mayor problema de mi vida no significa nada para un peregrino.

—Sentías dolor —dijo Errabundo. No se le ocurría otra cosa.

—Pero los peregrinos no cesáis de cambiar... —Un miembro de la reina se acercó a Errabundo. Casi se tocaban y el pensamiento se dificultó aún más.

Errabundo habló despacio, concentrándose en cada palabra, procurando no distraerse.

—Pero conservo parte de mi alma. Las partes que aún constituyen al peregrino deben tener cierta perspectiva. —A veces se obtenía una profunda intuición en medio del bullicio de la batalla o de la intimidad. Ésta era una de esas veces—. Y creo que el mundo mismo debe prepararse para cambiar de alma ahora que Dos-Patas ha caído del cielo. ¿Qué mejor momento para que Tallamadera abandone su vieja alma?

Ella sonrió y la interferencia se volvió más estridente, pero también más agradable.

—Yo... no lo había pensado así. Ahora es tiempo de cambiar...

Errabundo caminó entre los miembros de la reina. Las dos manadas permanecieron quietas un instante, acariciándose, fusionando sus pensamientos en un dulce caos. El último recuerdo claro que tuvieron fue el de bajar la escalinata para entrar en el aposento del peregrino.

Aquella tarde llevó la caja de imágenes al laboratorio de Escrúpilo. Cuando llegó, Escrúpilo y Vendaz ya estaba presentes. Gramil Jaqueramaphan también estaba allí, pero a mayor distancia de la que imponía la cortesía. La reina había interrumpido una riña. Días antes, esa riña la habría deprimido. Ahora arrastró al ciego dentro de la habitación y miró a los demás con los ojos del que babeaba. Hacía años que no se sentía tan bien. Había tomado una decisión y había actuado, y ahora le aguardaban nuevas aventuras. Gramil sonrió al verla.

—¿Has examinado a Errabundo? ¿Cómo se encuentra?

—Está bien, bien. —*¡Pero no es necesario mostrarles cuánto!*—. Se recobrá plenamente.

—Majestad, siento mucha gratitud hacia ti y tus médicos. Wickwracktriz es una buena manada y... bien, ni siquiera un peregrino puede cambiar sus miembros todos los días como si fueran trajes.

Tallamadera aceptó el cumplido con displicencia. Caminó hacia el centro de la habitación y apoyó la caja de imágenes en la mesa. Parecía un gran cojín rosado, con orejas blandas y el dibujo de un animal exótico cosido en la cubierta. Tras jugar con ese objeto un día y medio, la reina era una experta... en abrirlo. Como de costumbre, aparecía el rostro de Dos-Patas, haciendo ruidos con la boca. Como de costumbre, Tallamadera sintió un instante de pasmo al ver el mosaico móvil. Un millón de «mosaicos» coloreados tenían que desplazarse en absoluta sincronía para crear esa ilusión. Sin embargo, cada vez sucedía lo mismo. Giró la pantalla para que Escrúpilo y Vendaz pudieran ver también.

Jaqueramaphan se acercó a los otros y asomó un par de cabezas para mirar.

—¿Aún crees que la caja es un animal? —le dijo a Vendaz—. Tal vez puedas

darle golosinas para que nos revele secretos, ¿eh? —Tallamadera sonrió para sus adentros. Gramil no era un peregrino, los peregrinos dependen demasiado de la buena voluntad ajena para andar irritando a los poderosos.

Vendaz aún lo ignoraba. Fijaba todos los ojos en ella.

—Majestad, por favor no te ofendas. Yo... los del consejo... debemos pedirte una vez más. Esta caja de imágenes es demasiado importante para que quede en las bocas de una sola manada, incluso una tan importante como tú. Por favor. Encomiéndala al resto de nosotros, al menos mientras duermes.

—No me ofendo. Si insistís, podéis participar en mis investigaciones. Pero no haré más concesiones. —Le miró con aire inocente. Vendaz era un magnífico intrigante, un administrador mediocre y científico incompetente. Un siglo atrás habría enviado a un personaje así a cuidar la cosecha si hubiera optado por quedarse. Un siglo atrás no necesitaba intrigantes y le bastaba con un administrador. Cómo habían cambiado las cosas. Tocó distraídamente la caja de imágenes con el hocico. Quizá las cosas cambiaran de nuevo. Escrúpilo tomó la pregunta de Gramil en serio—. Veo tres posibilidades. Primero, que sea mágica. —Vendaz hizo una mueca de desagrado—. En verdad, la caja supera nuestra comprensión en tal medida que, de hecho, es mágica. Pero la Tallamadera jamás ha aceptado esa herejía, así que tendré la cortesía de omitirla —miró con sorna a Tallamadera—. Segundo, que sea un animal. Algunos integrantes del consejo lo creyeron así cuando Gramil le hizo hablar por primera vez. Pero parece un cojín relleno, e incluso tiene esa graciosa figura cosida en el costado. Ante todo, responde a los estímulos repitiéndose a la perfección. Eso es algo que reconozco y es la conducta de una máquina.

—¿Cuál es la tercera posibilidad? —dijo Gramil—. Ser una máquina significa tener piezas móviles, y salvo por...

Tallamadera encogió una cola. Escrúpilo podía continuar así durante horas y veía que Gramil era igualmente charlatán.

—Mi propuesta es que aprendamos más antes de especular. Tocó la esquina de la caja, tal como había hecho Gramil en su demostración original. El rostro alienígena se desvaneció y fue reemplazado por un vertiginoso diseño cromático. Hubo algunos sonidos, luego el zumbido tenue que la caja emitía cuando la tapa estaba abierta. Sabían que la caja podía oír sonidos graves y que podía sentir a través de la almohadilla cuadrangular de la base. Pero esa almohadilla era también una especie de pantalla de imágenes: ciertos mandos alteraban la forma de las teclas. La primera vez que lo hicieron, la caja se negó a aceptar más órdenes. Vendaz estaba seguro de que habían «matado al pequeño alienígena», pero cerraron la caja, la abrieron de nuevo y retomó su conducta original. Tallamadera estaba casi segura de que no podían lastimar esa cosa tocándola ni hablándole.

Tallamadera volvió a probar con las señales conocidas en el orden habitual. Los

resultados fueron espectaculares e idénticos a los anteriores. Pero si cambiaba el orden, los efectos eran distintos. No sabía si no estaba de acuerdo con Escrúpilo: la caja presentaba la conducta reiterativa de una máquina, pero con una variedad de reacciones que evocaba un animal.

Detrás de ella, Gramil y Escrúpilo juntaban sus miembros, erguían las cabezas procurando echar un vistazo. El zumbido de sus pensamientos era cada vez más fuerte. Tallamadera trató de recordar lo que había planeado, pero la interferencia era excesiva.

—¡Retroceded, por favor! No puedo oír mis propios pensamientos. —*Esto no es un coro, qué diablos.*

—Perdón... ¿así está bien? —Retrocedieron cinco metros. Tallamadera asintió. Los dos miembros estaban a menos de seis metros uno del otro. Escrúpilo y Gramil debían de estar realmente ansiosos por ver la pantalla. Vendaz había conservado una prudente distancia y un aire de entusiasmo alerta.

—Tengo una sugerencia —dijo Gramil. Arrastraba la voz, porque debía concentrarse para sortear los pensamientos de Escrúpilo—. Cuando tocas el cuadrado de cuatro/tres y dices... —repitió los sonidos alienígenas, que eran muy fáciles de reproducir—, la pantalla muestra un grupo de imágenes. Parecen concordar con los cuadrados. Yo creo que... se nos presentan opciones.

—La caja podría terminar por entrenarnos. —*Si esto es una máquina, necesitamos nuevas definiciones*—. Muy bien, juguemos con ella.

Pasaron tres horas. Al final, incluso Vendaz se había aproximado a la pantalla; el ruido de la habitación rayaba en el caos y todos tenían sugerencias: «digamos esto», «apretemos aquello», «la última vez que dijo eso, actuamos de tal forma». Había intrincados diseños de color, con signos que debían representar un lenguaje escrito. Diminutas figuras de dos patas correteaban por la pantalla, cambiando los símbolos, abriendo pequeñas ventanas. La idea de Gramil Jaqueramaphan era bastante atinada. Las primeras imágenes eran opciones, pero algunas llevaban a nuevas opciones. Las opciones se extendían como las ramas de un árbol, decía Gramil. Pero no era así: a veces regresaban a un punto anterior; era una metafórica red de calles. Cuatro veces terminaron en callejones sin salida y tuvieron que cerrar la caja y empezar de nuevo. Vendaz no se cansaba de dibujar mapas de los caminos. Eso ayudaría: había sitios que querían ver de nuevo. Pero incluso él comprendía que había otras sendas sin numerar, lugares que jamás hallarían explorando a ciegas. Y Tallamadera habría cedido buena parte de su alma por las imágenes que ya había visto. Había paisajes estelares. Había lunas de fulgor azul y verde, o con estrías anaranjadas. Había figuras móviles de ciudades extrañas, con miles de alienígenas tan apiñados que se tocaban. Si se desplazaban en manadas, esas manadas eran más numerosas que las de este

mundo, aun en los trópicos. Y tal vez esa cuestión fuera intrascendente, porque las mismas ciudades superaban cualquier cosa que ella hubiera imaginado.

Al fin Jaqueramaphan retrocedió. Sus miembros se reunieron.

—Allí hay todo un universo —dijo con voz trémula—. Podríamos seguir para siempre sin saber jamás...

Tallamadera miró a los otros dos. Por una vez, Vendaz había perdido su petulancia. Tenía manchas de tinta en todos sus labios. Los bancos de escribir que le rodeaban estaban atiborrados de bocetos, algunos más claros que otros. Soltó la pluma y jadeó:

—Yo opino que estudiemos lo que tenemos. —Comenzó a juntar los bocetos para apilarlos—. Mañana, después de un buen descanso, tendremos las cabezas despejadas y...

Eserúpilo se echó hacia atrás y garabateó algo. Tenía los ojos inflamados.

—Bien. Pero deja aquí los bocetos, amigo Vendaz —cogió los dibujos—. ¿Ves esto y aquello? Es evidente que nuestra torpeza nos brinda muchos resultados absurdos. A veces la caja de imágenes nos cierra el paso, pero con mayor frecuencia obtenemos esta imagen. Sin opciones, sólo un par de alienígenas bailando en un bosque y emitiendo sonidos rítmicos. Luego, si decimos... —y repitió parte de la secuencia—, obtenemos esa imagen de la pila de varillas. La primera con uno, la segunda con dos y así sucesivamente.

Tallamadera también lo veía así.

—Sí. Y una figura sale y señala cada una de las pilas y emite un breve ruido. —Ella y Eserúpilo se miraron, viendo el mismo destello en los ojos del otro. La excitación de aprender, de hallar orden donde antes sólo parecía haber caos. Hacía cien años que ella no se sentía así—. Sea lo que fuere esta cosa, trata de enseñarnos el idioma de Dos-Patas.

En los siguientes días, Johanna Olsndot tuvo mucho tiempo para pensar. El dolor del pecho y del hombro se aplacó gradualmente. Si se movía con cuidado, era sólo un malestar palpitante. Le habían extraído la flecha y le habían suturado la herida. Había temido lo peor cuando la amarraron, cuando les vio los cuchillos en las bocas y el acero en las zarpas. Luego empezaron a cortar; Johanna ignoraba que podía existir tanto dolor.

Aún tiritaba al recordarlo. Pero no tenía pesadillas, como cuando mamá y papá habían muerto; los había visto morir con sus propios ojos. ¿Y Jefri? Quizá Jefri viviera aún. A veces Johanna rebosaba de esperanza. Había visto las cajas de hibernación ardiendo en el suelo, al pie de la nave, pero los que estaban dentro podían haber sobrevivido. Luego recordaba la saña con que los atacantes habían quemado y herido, matando todo lo que rodeaba la nave.

Era una prisionera. Pero por ahora los asesinos querían cuidarla.

Los guardias no estaban armados, salvo por los dientes y las púas.

Se mantenían lejos de ella en lo posible. Sabían que ella podía herirles.

La alojaban en una gran cabaña oscura. Cuando estaba a solas, caminaba de aquí para allá. Esas criaturas caninas eran bárbaras. La cirugía sin anestesia tal vez ni siquiera estaba pensada como tortura. Ella no había visto ninguna aeronave, ningún artefacto eléctrico. El excusado era una ranura tallada en una losa de mármol. El agujero era tan hondo que apenas se oía el ruido de la caída en el fondo. Pero aun así apestaba. Estas criaturas estaban tan atrasadas como la gente de las edades más oscuras de Nyjora. Nunca habían tenido tecnología o la habían olvidado. Johanna casi sonrió. A mamá le gustaban las novelas sobre naufragios y heroínas abandonadas en colonias perdidas. La clave era reinventar la tecnología y reparar la nave espacial. Mamá era —*había sido*— una erudita en historia de las ciencias y amaba los detalles de esas historias.

Bien, ahora Johanna *vivía* una de esas historias, aunque con diferencias importantes. Quería el rescate, pero también la venganza. Esas criaturas no eran humanas. No recordaba haber leído nada sobre seres semejantes. Hubiera buscado en el dataset, pero se lo habían quitado. *Ja*. Que jugaran con él. Pronto se toparán con sus trampas cazabobos y tendrían que desistir.

Al principio sólo tuvo mantas para abrigarse. Luego le dieron ropas del mismo corte que su mono, pero hechas de tela acolchada. Eran cálidas y resistentes, con costuras más prolijas de las que esperaba en gente que no tenía máquinas. Ahora podía salir a caminar. El jardín de la cabaña era lo mejor de ese lugar. Tenía cien metros cuadrados, y seguía el declive de una ladera. Había muchas flores, y árboles con hojas largas y plumosas. Veredas de piedra zigzagueaban en un césped musgoso. Era un lugar apacible, parecido al jardín que tenían en Straum.

Había murallas, pero desde la parte alta del jardín podía ver por encima de ellas. Las paredes formaban ángulos y en ciertos lugares podía ver el otro lado. Las angostas ventanas parecían salidas de sus lecciones de historia y permitían disparar flechas o balas sin exponerse al fuego enemigo.

Cuando salía el sol, Johanna se sentaba donde el olor de las hojas plumosas era más fuerte y miraba la bahía por encima de las murallas. Aún no estaba segura de lo que veía. Había un puerto: el bosque de mástiles le recordaba los embarcaderos de Straum. La ciudad tenía calles anchas, pero zigzagueaban sin cesar y los edificios parecían crecer al sesgo. En algunos sitios había laberintos de piedra de techo abierto; desde aquí ella podía ver la configuración. Y había otra muralla extensa que se prolongaba hasta el horizonte. Más allá, las colinas estaban coronadas de piedras grises y franjas de nieve.

Veía a las criaturas caninas trajinando por la ciudad. Individualmente se podían confundir con perros (perros con cuello de culebra y cabeza de rata). Pero desde lejos se veía su verdadera naturaleza. Siempre se desplazaban en grupos pequeños, nunca más de seis. Dentro de la manada se tocaban y cooperaban con gracia e inteligencia. Pero un grupo nunca se aproximaba a otro más de diez metros. Desde la lejanía, los integrantes de una manada parecían fusionarse. Era como ver una bestia de extremidades múltiples avanzando con cautela, procurando no acercarse demasiado a un monstruo similar. La conclusión era ineludible: una manada, una mente. *Mentes tan malignas que no soportaban la mutua cercanía.*

Era la quinta vez que estaba en el jardín y sentía una especie de euforia. Las flores habían impregnado el aire de semillas plumosas. La luz del sol centelleaba en las semillas, que flotaban por millares en la brisa, como grumos en un jarabe invisible. Se imaginó lo que Jefri haría aquí: primero fingir la seriedad de un adulto, luego mover los pies y al fin correr ladera abajo, tratando de capturar esos penachos volantes. Riendo y riendo...

—Uno, dos, ¿cómo te va? —dijo una voz de niño a sus espaldas.

Johanna brincó tan bruscamente que casi se rompió los puntos. Había una manada detrás. Era la criatura que le había extraído la flecha. Un grupo sarnoso. Los cinco estaban agazapados, dispuestos a escapar. Parecían tan sorprendidos como Johanna.

—Uno, dos, ¿cómo te va? —repitió la voz, igual que antes. Parecía una grabación, sólo que uno de los animales sintetizaba el sonido con esas franjas de piel zumbona que tenía en los hombros, las ancas y la cabeza. Esa conducta de cotorra no era nueva para Johanna. Pero esta vez las palabras no parecían adecuadas. La voz no era de ella, aunque ella había oído esa entonación. Se apoyó las manos en las caderas y miró a la manada. Dos de los animales la miraron pero los otros parecían estar admirando el paisaje. Uno se lamía la pata nerviosamente.

Los dos de atrás traían su dataset. Johanna comprendió de dónde habían sacado esa pregunta rítmica, y supo qué respuesta esperaban.

—Yo estoy bien, ¿cómo estás tú? —respondió.

La manada ensanchó los ojos, casi cómicamente.

—¡Yo estoy bien y así estamos todos! —dijo, completando el juego y luego lanzó un borbotón de cloqueos. Alguien replicó colina abajo. Otra manada acechaba en los arbustos. Johanna sabía que, si se quedaba cerca de ésta, la otra no se aproximaría.

Conque los púas (los llamaba así por esas púas o zarpas que tenían en las patas delanteras, nunca se olvidaría de ellas) habían jugado con el Elefante Rosa y las trampas no les habían detenido. Se las habían arreglado aún mejor que Jefri. Era evidente que habían entrado en los programas idiomáticos infantiles. Tendría que haber pensado en ello. Cuando el dataset percibía muchas respuestas tontas, adaptaba su conducta, primero a los niños pequeños y, si eso no daba resultado, a jóvenes que

no hablaban samnorsk. Con un poco de colaboración de Johanna, podrían aprender su idioma. ¿Le convenía?

La manada se acercó un poco y dos de sus miembros la observaban sin cesar. Parecían más prudentes que antes. El más próximo se recostó sobre el vientre y alzó la cabeza para mirarla. Muy simpático e indefenso, si no veías las zarpas.

—Mi nombre es... —un torrente de cloqueos con un zumbido que perforaba la cabeza—, ¿cuál es tu nombre?

Johanna sabía que todo formaba parte de las instrucciones del programa idiomático. Era imposible que la criatura entendiera palabra por palabra lo que decía. La combinación «mi nombre, tu nombre» se repetía una y otra vez entre los niños del programa. Hasta un vegetal terminaba por entenderlo. Aun así, la pronunciación de Púas era tan perfecta...

—Ni nombre es Johanna —dijo.

—*Zjohana* —dijo Púas con voz de Johanna, separando mal las sílabas.

—Johanna —corrigió Johanna. Ni siquiera intentó pronunciar el nombre de Púas.

—¡Hola, Johanna! ¡Juguemos al juego de los nombres! —eso también estaba en el programa, incluido ese tonto entusiasmo. Johanna se sentó. Por cierto, aprender samnorsk daría a los púas poder sobre ella... pero era el único modo de conocerles, el único modo de tener noticias de Jefri. ¿Y si también habían asesinado a Jefri? Pues bien, entonces aprendería a lastimarlos tanto como merecían.

En Tallamaderas y, pocos días más tarde, en la Isla Oculta de Reductor, el largo día del verano ártico terminó. Al principio hubo un tenue crepúsculo hacia medianoche, durante el cual incluso la colina más alta permanecía en la sombra. Luego las horas de oscuridad avanzaron deprisa. El día combatía con la noche y la noche vencía. El brezal de los valles bajos se tiñó con los colores del otoño. Mirar un fiordo a la luz del día era ver un rojo anaranjado en las colinas bajas, luego el verdor del brezo fusionándose gradualmente con los grises del liquen y los grises más oscuros de la roca desnuda. La nieve aguardaba su momento, que llegaría pronto.

En cada ocaso, cada día unos minutos antes, Tyratlect recorría las almenas de la muralla externa de Reductor. Era una caminata de cinco kilómetros. Los niveles inferiores estaban custodiados por manadas lineales, pero hasta aquí sólo había algunos vigías. Cuando ella se aproximaba, se apartaban con precisión militar. Más que precisión militar, había temor en sus miradas. Era difícil habituarse a eso. Hasta donde llegaban sus recuerdos más nítidos, veinte años, Tyratlect había vivido temiendo a los demás, con vergüenza y culpa, en busca de alguien a quien seguir. Ahora todo se había trastocado. No era una mejora. Ahora conocía por dentro el mal al cual se había entregado. Sabía por qué los centinelas la temían. Para ellos, ella era Reductor.

Por cierto, jamás reveló estos pensamientos. Su vida sólo era segura mientras su farsa tuviera éxito. Tyratlect se había esforzado para reprimir la timidez de sus afectaciones naturales. Desde que había llegado a Isla Oculta, nunca había recaído en el viejo hábito de bajar las cabezas y cerrar los ojos.

En cambio, tenía la mirada enérgica de Reductor, y la usaba. Su paso por las murallas era tan severo y ominoso como había sido el de Reductor. Contemplaba sus dominios con la misma altivez de antes, las cabezas al frente, como si vislumbrara visiones que superaban la mente limitada de sus discípulos. Nunca debían adivinar el verdadero motivo de estos paseos crepusculares. Por un tiempo, los días y noches se parecieron a los de la República. Imaginaba que estaba de vuelta allá, antes del Movimiento y la matanza del Cuenco Parlamentario, antes de que le cortaran las gargantas y unieran trozos de Reductor a los muñones de su alma.

En los áureos y rojizos campos que se extendían más allá de las murallas de piedra, veía jornaleros cuidando parcelas y rebaños. Reductor dominaba tierras que se extendían más allá del horizonte, pero nunca había importado alimentos. El grano y la carne que llenaban los depósitos se producían a dos días de marcha del estrecho. El propósito estratégico era evidente, pero proporcionaba una apacible vista nocturna y le evocaba recuerdos de su hogar y su escuela.

El sol se deslizó hacia las montañas y largas sombras barrieron los campos de

labranza. El castillo de Reductor era una isla en un mar de sombras. Tyratheck olió el frío. Esa noche habría escarcha. Mañana los campos estarían cubiertos por una falsa nieve que duraría una hora después del amanecer. Se ciñó las largas casacas y caminó hacia el puesto oriental. Allende el estrecho, una colina aún brillaba al sol. La nave alienígena había aterrizado allí. Y aún estaba allí, aunque ahora cercada por madera y piedra. El señor Acero había comenzado a construir allí después del aterrizaje. Las canteras del extremo norte de Isla Oculta estaban más atareadas que nunca. Las barcasas que trasladaban piedra a tierra firme, surcaban continuamente el estrecho. Ahora que la luz no duraba todo el día, la construcción de Acero continuaba sin interrupciones. Sus intrallamadas y sus inspecciones eran más rigurosas que las de Reductor. El señor Acero era un desalmado; peor aún, un manipulador. Pero desde el descenso de la nave, Tyratheck había notado algo más: el señor Acero sentía miedo. Y con buenas razones. Y aunque las gentes que él temía quizá terminaran por matarles a todos, en lo más recóndito de su alma Tyratheck les deseaba buena suerte. Acero y sus reductoristas habían atacado a la gente de las estrellas de improviso, más por codicia que por miedo. Habían matado a muchos seres. En cierto modo, esos asesinatos eran una ruindad mayor que los sufrimientos que el Movimiento le había infligido a ella. Tyratheck había seguido al Reductor por propia voluntad. Sus amigos la habían prevenido sobre el Movimiento. Se contaban historias siniestras sobre el Reductor y no todas eran propaganda del gobierno. Pero ella ansiaba seguirle, entregarse a algo más grande... La habían usado, literalmente, como una herramienta. Pero ella pudo haberlo evitado. La gente de las estrellas no había tenido esa opción. Acero la había liquidado sin piedad.

Así que ahora Acero trajinaba impulsado por el miedo. En los tres primeros días había cubierto la nave volante con una techumbre; de pronto, una granja había aparecido en la colina. En poco tiempo la nave quedaría oculta tras las paredes de piedra. Al fin, la nueva fortaleza quizá fuera más extensa que el castillo de isla Oculta. Acero sabía que su maldad, si no le destruía, le convertiría en la manada más poderosa del mundo.

Y por eso Tyratheck se quedaba y continuaba con su farsa. No podía seguir para siempre. Tarde o temprano los demás fragmentos llegarían a Isla Oculta; Tyratheck sería destruida y todo Reductor viviría de nuevo. Tal vez ella ni siquiera sobreviviera tanto tiempo. Dos de los miembros de Tyratheck eran de Reductor. El Maestro había calculado mal al pensar que podrían dominar a los otros tres. En cambio, la conciencia de los tres había llegado a poseer la brillantez de los otros dos. Ella recordaba casi todo lo que el gran Reductor había conocido, todos los ardides y las traiciones. Esos dos le habían infundido una intensidad que antes desconocía. Tyratheck rió para sus adentros. En cierto sentido, había obtenido lo que ingenuamente había buscado en el Movimiento y el gran Reductor había cometido

precisamente el error que en su arrogancia consideraba imposible. Mientras pudiera controlar a esos dos, Tyratheck tenía una oportunidad.

Cuando estaba despierta del todo, no había mayor problema; aún se sentía «ella», aún recordaba su vida en la República con mayor claridad que la vida de Reductor. En cambio, cuando dormía, tenía pesadillas. Los recuerdos del dolor infligido a otros de pronto le agradaban. El sexo en sueños debía calmar, pero para ella era una batalla. Despertaba magullada y lastimada, como si hubiera luchado contra un violador. Si esos dos lograban liberarse, si ella despertaba siendo un «él»... bastarían un par de segundos para que ellos denunciaran la farsa, y en poco tiempo matarían a los tres y unirían a los miembros de Reductor con una manada más manejable.

Aun así se quedaba. Acero se proponía usar a los alienígenas y su nave para propagar la pesadilla de Reductor por todo el mundo pero el plan de Reductor era precario y estaba erizado de riesgos. Si había algo que ella pudiera hacer para destruir ese plan y el movimiento reductorista, lo haría.

En el otro lado del castillo, sólo la torre occidental relumbraba a la luz del sol. No asomaban rostros por las ventanas, aunque había ojos que miraban hacia fuera: Acero observaba las murallas donde estaba el fragmento de Reductor... el Reductor-en-Ciernes, como había decidido llamarse. Todos los comandantes aceptaban al fragmento. De hecho, lo trataban con la misma reverencia con que habían tratado al Reductor pleno. En cierto sentido, Reductor los había gestado, así que era natural que se sintieran abrumados por la presencia del Maestro. Incluso Acero se sentía abrumado. Al modelarle, Reductor había obligado al Acero naciente a tratar de matarle; en cada ocasión había frustrado el intento y había torturado a los miembros más débiles de Acero. El señor Acero conocía la existencia de ese condicionamiento y ello le ayudaba a combatirlo. En todo caso, pensaba, el fragmento de Reductor corría mayor peligro por esa causa: en su intento de combatir el miedo, Acero podía calcular mal y actuar con mayor violencia de la adecuada.

Tarde o temprano, Acero tendría que decidirse. Si no le mataba antes de que los demás fragmentos llegaran a Isla Oculta, todo Reductor regresaría. Si dos miembros podían dominar el régimen de Acero, seis lo borrarían por completo. ¿Quería la muerte del Maestro? En tal caso, ¿existía un modo seguro de conseguirlo? Acero estudiaba el asunto mientras observaba a la manada de casacas negras.

Acero estaba habituado a apostar fuerte. Había nacido haciendo apuestas altas. El miedo, la muerte y el triunfo constituían su vida. Pero las apuestas nunca habían sido tan fuertes como ahora. Reductor había estado a punto de subvertir la mayor nación del continente y había soñado con dominar el mundo. El señor Acero miró la colina que se erguía allende el estrecho, el nuevo castillo que estaba construyendo. En la partida que se jugaba ahora, la conquista del mundo sería la fácil consecuencia de la victoria; y la destrucción del mundo una probable consecuencia del fracaso.

Acero había visitado la nave volante poco después de la emboscada. El suelo aún humeaba. Parecía cada vez más caliente. Los labriegos de tierra firme hablaban de demonios que habían despertado; los consejeros de Acero decían las mismas patrañas. Los casacas blancas necesitaban botas acolchadas para acercarse. Acero había ignorado el vapor, se había puesto las botas y había caminado bajo el casco curvo. La parte inferior se parecía al casco de una embarcación, al margen de los soportes. Cerca del centro había una proyección que parecía un pezón y debajo el suelo burbujeaba con roca derretida. Los ataúdes incendiados estaban ladera arriba. Habían sacado varios cadáveres para diseccionarlos. Al principio, sus asesores habían presentado un sinfín de teorías antojadizas; esas gentes con forma de mantis eran guerreros que huían de una batalla y habían ido a sepultar a sus muertos.

Hasta entonces nadie había podido examinar el interior de la nave.

La gris escalera estaba hecha de un material fuerte como el acero, aunque ligero como una pluma. Pero era reconocible como escalera, aunque los peldaños fueran altos para un miembro común. Acero subió la escalera, dejando a Shreck y sus demás asesores afuera.

Asomó una cabeza por la escotilla y retrocedió alarmado. La acústica era mortal. Comprendió de qué se quejaban los casacas blancas. ¿Cómo podían soportarla los alienígenas? Uno por uno obligó a sus miembros a entrar por la abertura.

Los ecos lanzaban alaridos más estridentes que el cuarzo al desnudo. Se tranquilizó, como hacía a menudo en presencia del Maestro. Los ecos disminuyeron, pero aún eran una horda rugiente. Ni siquiera sus mejores casacas blancas aguantarían allí más de cinco minutos. Al pensar en ello, Acero se armó de coraje. Disciplina. Serenidad no siempre significa sumisión; a veces significa cacería. Miró en torno, ignorando los murmullos aullantes.

Unas franjas azuladas del cielo raso irradiaban luz. Mientras se le acostumbraban los ojos, vio lo que su gente había descrito: el interior consistía sólo en dos aposentos. Se encontraba en el más amplio... ¿un compartimento de carga? En una pared había una escotilla que conducía al segundo aposento. Las paredes eran totalmente lisas. Confluían en ángulos que no coincidían con los del casco externo: tenía que haber espacios huecos. Una brisa recorría la sala pero el aire era mucho más cálido que en el exterior. Nunca había estado en un lugar que evocara tanto el poder y el mal. Sin duda era sólo un truco de la acústica. Debían traer mantas absorbentes, reflectores laterales, y esa sensación se disiparía. Aun así...

La estancia estaba llena de ataúdes, pero éstos no estaban quemados. El lugar apestaba al olor del cuerpo de esas criaturas. Había moho en los rincones más oscuros. En cierto modo eso era alentador. Los alienígenas respiraban y sudaban como otras criaturas vivientes y, a pesar de sus maravillosos inventos, no podían mantener limpio su cubil. Acero caminó entre los ataúdes. Las cajas estaban

montadas sobre raíles. La sala debía de estar atestada cuando también se encontraban allí los ataúdes que ahora estaban afuera. Los ataúdes intactos eran un prodigio artesanal. Salía aire caliente por ranuras de los costados. Acero olisqueó: complejo, nauseabundo, pero no el olor de la muerte. Y no era el origen de ese aplastante hedor a sudor de mantis que flotaba por doquier.

Cada ataúd tenía una ventana en el lado superior. ¡Cuánto esfuerzo para honrar los restos de sus singulares! Acero trepó a uno y miró hacia abajo. El cadáver estaba perfectamente preservado; la luz azul hacía que todo pareciera congelado. Ladeó una segunda cabeza sobre el borde de la caja, obtuvo una doble visión de la criatura que yacía en su interior. Era mucho más pequeña que los dos que habían matado bajo la nave. Era aún más pequeña que la que habían capturado. Algunos consejeros de Acero pensaban que los pequeños eran cachorros, quizá sin destetar. Tenía sentido; el prisionero nunca emitía sonidos de pensamiento.

En parte como un acto de disciplina, miró largo rato la extraña cara chata del alienígena. El eco de su mente era un dolor continuo que le consumía la atención, exigiéndole que se marchara. Que el dolor continúe. Había soportado dolores más fuertes y las manadas de afuera debía saber que Acero era más fuerte que ellas. Podía dominar el dolor y ahondar su visión. Y luego les obligaría a deslomarse, a cubrir esas salas con mantas para estudiar el contenido.

Acero escrutó ese rostro, casi sin poder pensar. El aullido de las paredes se desvaneció levemente. Era un rostro horrible. Había mirado los cadáveres carbonizados de afuera, había visto sus mandíbulas pequeñas y sus dientes deformes. ¿Cómo comían esas criaturas? Había visto las disecciones.

Al pasar los minutos, el ruido y la fealdad se mezclaron como en un sueño. Y luego, en su trance, Acero conoció un horror de pesadilla: *el rostro se movía*. El cambio era pequeño; muy, muy lento. Pero, al cabo de unos minutos, el rostro había cambiado.

Acero se cayó del ataúd y le respondió un eco ensordecedor. Por unos segundos pensó que el ruido le mataría. Luego recobró la compostura. Regresó a la caja. Miró con todos sus ojos a través del cristal, aguardando como una manada en una cacería. El cambio era regular. El alienígena encerrado en la caja respiraba, aunque cincuenta veces más despacio que un miembro normal. Fue a otra caja, observó a la criatura que había en ella. Todas estaban vivas. Dentro de esas cajas, sus vidas transcurrían más despacio.

Apartó la vista de las cajas, aturdido. Ese lugar apestaba a maldad: era una ilusión del sonido, sí... pero también la absoluta verdad. El alienígena mantis había aterrizado lejos de los trópicos, lejos de los colectivos; tal vez pensaba que el noroeste ártico era un páramo retrasado. Había llegado en una nave atestada con

cientos de cachorros mantis. Estas cajas eran como vainas larvales: la manada aterrizaría, criaría a los pequeños, lejos de la vista de la civilización. Acero sintió que el pelaje se le erizaba. Si no hubieran sorprendido a la manada de mantis, si las tropas de Acero hubieran sido menos agresivas, habría sido el fin del mundo.

Acero caminó tambaleándose hacia la escotilla externa y sus temores rebotaban en las paredes con creciente estridencia. Se detuvo un instante en las sombras, entre los ecos. Cuando sus miembros bajaron la escalera, se movía con calma, con cada casaca bien ceñida. Pronto sus asesores conocerían el peligro, pero jamás verían su temor. Caminó con aplomo por el suelo humeante, alejándose del casco. Pero ni siquiera entonces pudo contener una rápida mirada al cielo. Ésta era una nave, una manada de alienígenas. Había tenido la desgracia de toparse con el Movimiento. Su derrota había sido parcialmente afortunada. ¿Cuántas otras naves aterrizarían, o ya habían aterrizado? ¿Tendría tiempo para aprender de su victoria?

La mente de Acero regresó al presente, a su puesto en las alturas del castillo. Ese primer encuentro con la nave había ocurrido muchos decadas atrás. Aún había una amenaza, pero ahora la comprendía mejor y, como ocurría con todas las amenazas, estaba preñada de promesas.

En la muralla, Reductor-en-Ciernes se paseaba en el crepúsculo. Los ojos de Acero siguieron a la manada que caminaba bajo las antorchas y desaparecía, miembro por miembro, escaleras abajo. El Maestro estaba muy presente en ese fragmento, había comprendido muchas cosas sobre el aterrizaje de los alienígenas antes que cualquier otro.

Acero echó una última ojeada a las colinas mientras se volvía para bajar por la escalera de caracol. Era un pasaje largo y angosto; el puesto de observación se erguía sobre una torre de quince metros. La escalera tenía apenas cuarenta centímetros de anchura, y el cielo raso se elevaba a menos de treinta pulgadas sobre los escalones. La fría piedra le rodeaba por doquier, tan estrecha que no emitía ecos que confundieran el pensamiento, pero tan sofocante que la mente se sentía apretujada. El ascenso exigía una postura sinuosa y extendida que hacía a cualquier atacante fácil presa de un defensor del puesto de observación. Así era la arquitectura militar. Para Acero, recorrer esa angosta oscuridad era un grato ejercicio.

La escalera bajaba a un pasaje público de tres metros de anchura con recovecos cada quince metros. Shreck y una hilera de guardias le esperaban.

—Tengo las últimas noticias de Tallamaderas —dijo Shreck. Sostenía unas hojas de papel-seda.

Había sido desalentador que la otra criatura alienígena lograra huir a Tallamaderas pero, poco a poco, Acero había comprendido que podía tener sus ventajas. Tenía espías en Tallamaderas. Al principio se proponía mandar matar a la criatura, lo cual habría sido fácil pero la información que llegaba al norte era

interesante. Había gente brillante en Tallamaderas. Estaban obteniendo datos que Acero y el Maestro, el fragmento del Maestro, habían pasado por alto. En la práctica, Tallamaderas se había convertido en el segundo laboratorio de Acero, y los enemigos del Movimiento le servían como una herramienta más. La ironía tenía una gracia irresistible.

—Muy bien, Shreck. Llévalo a mi cubil. Iré enseguida. —Acero apartó al casacas blancas con un gesto y siguió su camino. Leer el informe mientras bebía un brandy sería una grata recompensa por el trajín del día. En el ínterin, le aguardaban otros deberes y otros placeres.

El Maestro había comenzado a construir el Castillo de Isla Oculta más de un siglo atrás y todavía seguía creciendo. En los cimientos más viejos, donde un gobernante cualquiera habría puesto las mazmorras, se hallaban los primeros laboratorios del Reductor. Muchos se podían confundir con mazmorras y así lo veían sus moradores.

Acero inspeccionaba todos los laboratorios al menos una vez por decada. Ahora recorría los niveles inferiores. Los insectos huían ante la luz de las antorchas de sus guardias. Había olor a carne podrida. Las patas de Acero resbalaron sobre una superficie viscosa. Había agujeros a intervalos regulares en el piso. Cada cual podía albergar a un miembro singular, las patas apretadas contra el cuerpo. Cada cual tenía una tapa con orificios diminutos para que entrara el aire. Un miembro común tardaba tres días en enloquecer en ese aislamiento. La «materia prima» resultante se podía utilizar para construir manadas en blanco. En general eran meros vegetales, pero eso era lo único que el Movimiento pedía a algunos. Y a veces surgían cosas notables de esas fosas: Shreck, por ejemplo. Shreck el incoloro, le llamaban algunos. Shreck el estólido. Una manada que desconocía el dolor y el deseo. Shreck tenía una lealtad mecánica, pero labrada en carne y hueso. No era un genio, pero Acero habría dado una provincia oriental por tener cinco más como él. Y la promesa de nuevos éxitos instaba a Acero a usar las fosas de aislamiento cada vez más. De ese modo había reciclado a casi todos los heridos de la emboscada.

Descendió a los niveles más bajos, donde se realizaban los experimentos de mayor interés. El mundo profesaba un fascinado horror por Isla Oculta. Todos habían oído hablar de esos niveles inferiores, aunque pocos comprendían que esos espacios oscuros desempeñaban un papel ínfimo en la ciencia del Movimiento. Para diseccionar apropiadamente un alma, se necesitaba algo más que bancos con desagües para la sangre. Los resultados de los niveles inferiores eran los primeros pasos en la búsqueda intelectual de Reductor. Había grandes interrogantes en el mundo, cosas que habían intrigado a las manadas durante milenios: ¿cómo pensamos?, ¿por qué creemos?, ¿por qué una manada es un genio y otra es un patán? Antes de Reductor, los filósofos debatían hasta la saciedad sin acercarse a la verdad. El mismo Tallamadera había llegado a esos interrogantes, pero sin animarse a

renunciar a la ética tradicional. Reductor estaba dispuesto a obtener las respuestas. En esos laboratorios, sometía a la naturaleza misma a un interrogatorio Acero atravesó una cámara de cien metros de anchura, con un techo sostenido por docenas de columnas de piedra. En cada flanco había tabiques oscuros, murallas de pizarra montadas en ruedecillas. La caverna podía adoptar cualquier configuración, como un laberinto. Reductor había experimentado con todas las posturas del pensamiento. En los siglos que le precedían, sólo habían existido algunas posturas efectivas: la instintiva posición de las cabezas unidas, el centinela circular, diversas posturas laborales. Reductor había probado muchas más: estrellas, anillos dobles, cuadrículas. La mayoría eran inútiles y desconcertantes. En la estrella, sólo un miembro podía oír a los demás y éstos sólo podían oírle a él. Todo pensamiento debía pasar por el miembro-eje. El eje no aportaba nada racional, pero todos sus errores se transmitían al resto sin correcciones. El resultado era una idiotez desbordante. Desde luego, ese experimento se comunicó al mundo exterior.

Pero al menos uno de los otros, todavía secreto, funcionaba extrañamente bien. Reductor apostó ocho manadas en torno del piso y en plataformas provisionales, aisladas una de otra por los tabiques de pizarra; y luego puso a miembros de cada manada en contacto con sus pares de otras tres. En cierto sentido, creó una manada de ocho manadas. Acero aún estaba experimentando con eso. Si los conectores eran compatibles (allí residía la dificultad), la criatura resultante era mucho más lista que un centinela circular. En muchos sentidos era menos brillante que una manada única con las cabezas juntas, pero a veces tenía intuiciones sorprendentes. Antes de partir para Lagos Largos, el Maestro había trazado un plan para reconstruir la sala principal del castillo de tal modo que las sesiones del consejo pudieran celebrarse en aquella postura. Acero no había continuado con esa idea, porque podía ser peligrosa. Acero no dominaba a los demás con tanta firmeza como Reductor.

Había proyectos de mayor envergadura. Esas salas eran el verdadero núcleo del Movimiento. El alma de Acero había nacido en ellas; Reductor había logrado allí sus mayores creaciones. En los últimos cinco años, Acero había continuado la tradición y la había perfeccionado.

Recorrió el pasillo que comunicaba las diversas estancias. Cada cual ostentaba su número en una incrustación de oro. En cada una abrió una parte y avanzó unos pasos. Su personal dejaba allí su informe sobre el decadía anterior. Acero leyó cada informe y asomó el hocico por el balcón para mirar el experimento. Los balcones estaban acolchados y protegidos, era fácil observar sin ser visto.

La única debilidad de Reductor (a juicio de Acero), era su deseo de crear un ser superior. La confianza del Maestro era tan inmensa que creía que cualquier éxito en ese sentido podría aplicarse a su propia alma. Acero no abrigaba tales ilusiones. Era una creencia común que las creaciones superaban a sus creadores: discípulos, hijos de

la fusión, adopciones, lo que fuera. Acero era un perfecto ejemplo de ello, aunque el Maestro aún lo ignorara.

Acero había resuelto crear seres que fueran superiores en un solo aspecto, pero fiables y maleables en otros. En ausencia del Maestro había iniciado varios experimentos. Acero trabajaba desde cero, identificando líneas de herencia independientes de la pertenencia a una manada. Sus agentes compraban o robaban cachorros que tuvieran potencial. Al contrario de Reductor, que habitualmente unía cachorros a manadas existentes a imitación de la naturaleza, Acero creaba manadas totalmente nuevas. Sus manadas de cachorros no tenían recuerdos ni fragmentos de alma; Acero ejercía un control total desde el comienzo.

Desde luego, la mayoría de esos engendros morían pronto. Era preciso separar los cachorros de sus nodrizas antes de que comenzaran a participar en la conciencia de los adultos. La manada resultante aprendía a hablar y escribir desde cero. Todo lo que aprendían se controlaba.

Acero se detuvo ante la puerta número treinta y tres: el Experimento Amdiranifani, Excelencia Matemática. No era el único experimento en esta dirección, pero era sin duda el más logrado. Los agentes de Acero habían investigado el Movimiento buscando manadas que tuvieran capacidad para la abstracción. Habían ido más lejos: el matemático más famoso del mundo vivía en la República de Lagos Largos. La manada se estaba preparando para la fusión; tuvo varios cachorros con un amante que era un matemático muy dotado. Acero hizo secuestrar los cachorros. Congeniaban tan bien con sus otras adquisiciones que decidió crear un octeto. Si las cosas funcionaban, alcanzaría una inteligencia superior a cualquier criatura natural.

Acero indicó al guardia que tapara las antorchas. Abrió la puerta treinta y tres y uno de sus miembros caminó sigilosamente hasta el borde del balcón. Miró hacia abajo, silenciando el tímpano frontal de ese miembro. La luz era borrosa, pero pudo ver a los cachorros apiñados con su nuevo amigo. El mantis. Un regalo inesperado, la recompensa que obtiene el investigador que no cesa en sus esfuerzos. Había tenido dos problemas. El primero ya databa de un año atrás: Amdiranifani se estaba desvaneciendo y sus miembros caían en el autismo habitual de las manadas totalmente neonatas. El segundo era el alienígena capturado; representaba una gran amenaza, un gran misterio, una gran oportunidad. ¿Cómo comunicarse con él? Sin comunicación, las posibilidades de manipulación eran muy limitadas.

Pero por una feliz casualidad, un Servidor incompetente había mostrado el modo de solucionar ambos problemas. Ahora que los ojos se le habituaban a la penumbra, Acero vio al alienígena bajo la pila de cachorros. Al enterarse de que habían encerrado a la criatura con un experimento, Acero montó en cólera y ordenó reciclar al Servidor que había cometido el error. Pero pasaron los días, el Experimento Amdiranifani comenzó a revelar más vivacidad que nunca desde que habían

destetado a los cachorros. Pronto resultó evidente (al diseccionar a los demás alienígenas, y al observar a éste) que las criaturas mantis no vivían en manadas. Acero tenía un alienígena completo.

El alienígena se movió en sueños y emitió un sonido agudo. Era totalmente incapaz de emitir otros sonidos. Los cachorros se movieron para adecuarse a la nueva posición. También dormían, pensando borrosamente. La gama baja de los sonidos era una imitación perfecta del alienígena. Ese era el mayor éxito. *El experimento Amdiranifani estaba aprendiendo el idioma del alienígena.* Para la manada de neonatos se trataba simplemente de una charla intermanada y, al parecer, su amigo mantis era más interesante que los tutores que habían tenido en estos balcones. El fragmento de Reductor sostenía que era el contacto físico, que los cachorros estaban reaccionando ante el alienígena como un padre subrogante aunque la criatura no pudiera pensar.

No importaba. Acero acercó otra cabeza al borde del balcón. Guardó silencio, acalló todo pensamiento entre sus miembros. El aire olía a sudor de cachorros y mantis. Estos dos constituían el mayor tesoro del Movimiento, la clave de la supervivencia y algo más. Acero ya sabía que la nave volante no formaba parte de una flota invasora. Los visitantes eran sólo fugitivos mal preparados. No había noticias sobre nuevos aterrizajes y el Movimiento tenía espías por doquier.

La victoria sobre esas criaturas no había sido fácil. Una sola arma había liquidado un regimiento. En las fauces indicadas, esas armas podían derrotar ejércitos, sin duda la nave debía contener más máquinas de matar igualmente poderosas, máquinas que aún funcionaran. *Aguarda y observa*, se dijo Acero. *Que Amdiranifani nos muestre las palancas que nos permitirán controlar a la criatura.* El premio sería el mundo entero.

A veces mamá decía que algo era «más divertido que un tonel lleno de cachorros». Jefri Olsndot nunca había tenido más de un animalito por vez, y sólo una vez había tenido un perro, pero ahora entendía la frase. Desde el primer día, a pesar de su miedo y su cansancio, los ocho cachorros le habían cautivado. Y eso había sido mutuo. Ellos le rodeaban por doquier, le tiraban de la ropa, le desataban los zapatos, se le sentaban en el regazo o correteaban en torno. Tres o cuatro le miraban siempre. Sus ojos eran totalmente pardos o rosados, y parecían grandes en proporción con la cabeza. Desde el principio le habían imitado. Eran mejores que las aves canoras de Straumli; repetían todo lo que él decía, o lo repetían más tarde. Y cuando él lloraba, los cachorros lloraban también y se le acurrucaban.

Había otros perros, perros grandes que vestían ropa y entraban en la habitación por puertas que se encontraban en lo alto de las paredes. Bajaban comida a la habitación y a veces emitían ruidos extraños. Pero la comida sabía mal, y cuando Jefri gritaba ni siquiera le respondían con repeticiones.

Habían pasado dos días, una semana, y Jefri había investigado todo en la habitación. No era una mazmorra, era demasiado grande. Y además, los prisioneros no tienen mascotas. Comprendía que este mundo era incivilizado y no formaba parte del reino. Quizá ni siquiera estuviera en la Red. Si papá, mamá y Johanna no estaban cerca, quizá no hubiera nadie que enseñara a los perros a hablar samnorsk. Jefri Olsndot debía enseñar a los perros y hallar a su familia... Cuando los perros de casaca blanca entraban en los balcones, Jefri les gritaba preguntas. No servía de mucho. Ni siquiera el de las franjas rojas respondía. Pero los cachorros sí. Gritaban con Jefri, a veces repitiendo sus palabras, a veces emitiendo ruidos.

Jefri no tardó en comprender que una sola mente impulsaba a los cachorros. Cuando corrían alrededor, algunos siempre se sentaban a cierta distancia, arqueando los gráciles cuellos aquí y allá; y los que corrían parecían saber lo que veían los demás. No podía esconder nada a sus espaldas si uno de ellos alertaba a los demás. Por un tiempo creyó que hablaban entre sí. Pero era algo más que eso; cuando le desataban los zapatos o trazaban un dibujo, sus cabezas bocas y patas colaboraban a la perfección, como los dedos en las manos de una persona. Jefri no llegó a sacar esas conclusiones por mero razonamiento, pero al cabo de varios días llegó a pensar en todos los cachorros como un solo amigo. Al mismo tiempo, notaba que los cachorros combinaban sus palabras y a veces les daban nuevos sentidos.

—Tú mí jugar. —Estas palabras sonaban como un injerto de voz barato, pero generalmente precedían a un alocado juego al escondite en torno de los muebles—. Tú mí figura.

La pizarra cubría el metro más bajo de la pared, alrededor de la habitación. Era un

dispositivo que Jefri jamás había visto en su vida; sucio, impreciso, difícil de borrar, sin capacidad de memoria. A Jefri le encantaba. Su cara y sus manos (y la mayoría de los labios de los cachorros), se cubrían de manchas de tinta. Se dibujaban el uno al otro y a sí mismos. Cachorros no dibujaba figuras claras como las de Jefri. Las figuras caninas de Cachorros tenían enormes cabezas y patas, con todos los cuerpos amontonados. Cuando dibujaba a Jefri, las manos siempre eran grandes, con cada dedo cuidadosamente trazado.

Jefri dibujó a su familia y trató de que Cachorros entendiera. Día tras día, la luz del sol se elevaba más en las paredes. A veces la habitación quedaba a oscuras. Al menos una vez por día, las manadas venían a hablar con Cachorros. Ésta era una de las pocas cosas que apartaba a los pequeños de Jefri. Cachorros se sentaba bajo los balcones, gimiendo y graznando con los adultos. ¡Era una clase escolar! Le bajaban rollos para que los mirase y recobraban los que él había marcado.

Jefri miraba las lecciones en silencio. Se ponía inquieto, pero ya no les gritaba a los maestros. Él y Cachorros hablarían en poco tiempo, y Cachorros podría averiguar dónde estaban mamá, papá y Johanna.

A veces el terror y el dolor no son las mejores palancas; el engaño, cuando funciona, es la manipulación más elegante y menos costosa. Una vez que Amdiranifani dominó el idioma del mantis, Acero le hizo explicar la «trágica muerte» de los padres y la compañera de cría de Jefri. El Fragmento de Reductor se había opuesto, pero Acero quería obtener un control rápido e incuestionable.

Ahora parecía que el Fragmento había tenido razón, al menos debería haber alentado la esperanza de que la compañera de cría estuviera con vida. Acero miró solemnemente al Experimento Amdiranifani.

—¿Cómo podemos ayudar?

La joven manada le miró confiadamente.

—Jefri está muy dolorido por lo de sus progenitores y su hermana.

Amdiranifani estaba usando muchas palabras mantis, a veces sin necesidad, «hermana» en vez de compañera de cría.

—Come poco, no tiene ganas de jugar. Me pone muy triste.

Acero echó una ojeada al balcón. El Fragmento de Reductor estaba allí. No se ocultaba, aunque la mayoría de sus rostros estaban fuera de la luz de la vela. Hasta ahora su intuición había sido extraordinaria, pero la mirada del Fragmento era como antaño, cuando un error podía significar la mutilación o algo peor. *Así sea*. Ahora las apuestas eran más altas que nunca; si el miedo que le cerraba las gargantas le impulsaba al éxito, enhorabuena. Apartó los ojos del balcón y puso en todos sus rostros una expresión de tierna compasión por la situación del pobre Jefri.

—Debes hacerle entender. Nadie puede devolver la vida a sus padres ni a su *hermana*. Pero sabemos quiénes son los asesinos. Estamos haciendo todo lo posible

para defendernos de ellos. Dile que es difícil. Tallamaderas es un imperio que ha durado cientos de años. En una lucha nos derrotarían fácilmente. Por eso necesitamos toda la ayuda que él pueda brindarnos. Necesitamos que nos enseñe a usar la nave de sus padres.

La manada de cachorros bajó una cabeza.

—Sí. Lo intentaré, pero... Los tres miembros que estaban junto a Jefri emitieron gruñidos suaves. El humano estaba sentado con la cabeza gacha y mantenía las zarpas de sus tentáculos sobre los ojos. Había estado así varios días y el ensimismamiento era cada vez peor. Sacudió la cabeza con violencia, emitió ruidos más agudos de lo normal.

—Jefri dice que no entiende cómo funciona la nave. Él es sólo un pequeño... — La manada buscó una traducción—. Es muy joven como yo.

Acero asintió comprensivamente. Era una consecuencia obvia de la naturaleza singular de los alienígenas, pero todo y así era extraña. Cada uno de ellos comenzaba como cachorro. Cada uno de ellos era como esos experimentos con manadas de cachorros. Los conocimientos de los padres se transmitían mediante el equivalente del lenguaje intermanada. Así, la criatura era fácil de engañar, pero en este momento representaba un contratiempo.

—Aun así, si hay algo que él pueda ayudar a explicar...

La criatura gruñó nuevamente. Acero tendría que aprender ese idioma. Esos sonidos eran fáciles, esos seres lamentables usaban la boca para hablar, como un pájaro o un insecto del bosque. Por el momento, dependía de Amdiranifani y, por el momento, estaba bien porque la manada de cachorros confiaba en él. Otro regalo inesperado. Con algunos experimentos recientes, Acero había recurrido al amor en vez de las combinaciones de terror y amor del Reductor, sospechando que sería más efectivo. Por mera suerte, Amdiranifani quedó en el grupo del amor. Sus instructores habían evitado el refuerzo negativo. La manada creería cualquier cosa que le dijera... y también, esperaba Acero, la criatura mantis.

—Hay algo más —tradujo Amdiranifani—. Ya me lo ha pedido antes. Jefri sabe despertar a los otros niños —esta palabra significaba «manada de cachorros»— de la nave. Pareces sorprendido, señor Acero.

Aunque ya no soñaba aterrorizado con mentes monstruosas, Acero hubiera preferido no tener cientos de alienígenas en derredor.

—No sabía que fuera fácil despertarles... Pero no conviene hacerlo ahora. Nos cuesta encontrar alimentos que Jefri pueda comer. —Eso era verdad. Esa criatura era tremendamente quisquillosa—. No creo que podamos alimentar más por ahora.

Más gruñidos. Más gritos agudos de Jefri. Al fin:

—Hay algo más, señor. Jefri piensa que es posible usar la ultrasonda de la nave para pedir ayuda a otros seres similares a sus padres.

El Fragmento de Reductor salió de las sombras. Un par de cabezazas miraron a la criatura mantis, mientras otra miraba significativamente a Acero. Acero no reaccionó; sabía conservar la calma.

—Es algo en lo que debemos pensar. Tú y Jefri deberíais hablar más sobre ello. No quiero intentarlo sin tener la certeza de que no dañaremos la nave —ese argumento era endeble. Notó que el Fragmento torcía socarronamente un hocico.

Mientras hablaba, Amdiraniifani traducía. Jefri respondió al instante.

—Oh, está bien. Él se refería a una llamada especial. Jefri dice que la nave ha estado enviando señales por su cuenta, desde que aterrizó.

Acero jamás había oído una amenaza tan mortal pronunciada con tal dulce inocencia.

Empezaron a dejar que Amdi y Jefri salieran a jugar. Al principio, Amdi tenía miedo de salir. No estaba habituado a usar ropa. Había pasado sus cuatro años de vida en esa gran habitación. Leía sobre el exterior y sentía curiosidad, pero también aprensión. Pero el niño humano quería salir. Cada día estaba más encerrado en sí mismo y lloraba suavemente. En general lloraba por sus padres o su hermana, pero a veces lloraba porque le habían encerrado a tal profundidad. Así que Amdi habló con Acero y ahora salían casi todos los días a un patio interior. Al principio Jefri se quedaba sentado, sin mirar en derredor, pero Amdi descubrió que le encantaba estar afuera, y cada vez lograba que su amigo jugara un poco más.

Manadas de maestros y guardias observaban desde los rincones. Amdi, y al fin Jefri, se divertían acosándoles. No lo habían notado en la habitación, cuando los visitantes entraban en los balcones, pero la mayoría de los adultos se ponían nerviosos frente a Jefri. Cuando se erguía, el niño tenía el doble de la altura del miembro normal de una manada. Cuando se acercaba, las manadas se juntaban y se alejaban. No les gustaba tener que alzar la cabeza para mirarle. Amdi pensaba que era una tontería. Jefri era tan alto y flaco que daba la impresión de que se caería en cualquier momento. Y cuando corría era como si procurase recobrarse de una caída, sin lograrlo nunca. Así que el escondite era el juego favorito de Amdi en esos primeros días. Cuando él era el perseguidor, se las apañaba para perseguir a Jefri a través de los casacas blancas más aterrorizados. Si lo hacían bien, se transformaba en un juego de tres. Amdi perseguía a Jefri y un casacas blancas corría para alejarse de ambos.

A veces sentía pena por los guardias y los casacas blancas. Eran tan envarados, tan adultos. No entendían que era divertido tener un amigo a quien podías acercarte, a quien podías tocar.

Ahora era casi siempre de noche. La luz diurna duraba pocas horas, hacia el mediodía. El crepúsculo de antes y después era tan brillante que oscurecía a las estrellas y la aurora, pero demasiado tenue para mostrar colores. A pesar de que Amdi

había pasado la vida dentro, comprendía la geometría de la situación y le agradaba observar el cambio de la luz. A Jefri no le agradaba mucho la oscuridad del invierno, hasta que cayeron las primeras nieves.

Amdi obtuvo su primer conjunto de casacas y Acero hizo confeccionar ropas especiales para el niño humano; prendas amplias que le cubrían el cuerpo entero y le abrigaban mejor que un buen pelaje.

A un lado del patio, la nieve tenía quince centímetros de profundidad, pero en otras partes se apilaba en ventisqueros más altos que la cabeza de Amdi. Se montaron antorchas en los escudos rompe-vientos de las paredes, su luz dorada se reflejaba en la nieve. Amdi sabía de la existencia de la nieve aunque nunca la había visto. Le gustaba echársela sobre una de sus casacas. No cesaba de mirarla, tratando de ver los copos sin que su aliento los derritiera. El diseño hexagonal era fascinante y estaba en el límite de su visión.

Pero el juego del escondite ya no le divertía: el humano podía correr por ventisqueros que dejaban a Amdi nadando en esa sustancia blanca. El humano también podía hacer otras cosas, cosas maravillosas. Podía hacer bolas de nieve y arrojarlas. Esto contrariaba a los guardias, especialmente cuando Jefri acertó a varios miembros. Fue la primera vez que Amdi les vio enfadados.

Amdi correteaba por el patio, esquivando bolas de nieve y combatiendo la frustración. Las manos humanas eran realmente admirables. Le encantaría tener un par. ¡Cuatro pares! Rodeó al humano por tres lados y se le abalanzó. Jefri retrocedió hacia la nieve más profunda, pero demasiado tarde. Amdi le pegó en todas partes, tumbando al Dos-Patas en la nieve. Lucharon jugando, labios y zarpas contra manos y pies. Pero ahora Amdi estaba encima del humano, quien pagó por sus bolas de nieve con mucha nieve en la espalda.

A veces se quedaban mirando el cielo tanto tiempo que las ancas y las zarpas se le entumecían. Sentados detrás del mayor ventisquero, estaban lejos de la luz de las antorchas y tenían una visión despejada de las luces del cielo.

Al principio la aurora había cautivado a Amdi y también a algunos de sus maestros. Decían que esta parte del mundo era una de las mejores para ver el fulgor del cielo. A veces era tan tenue que el reflejo de las antorchas en la nieve era suficiente para bloquearlo. Otras veces se extendía por todo el horizonte una luz verde mechada de pinceladas rosadas, ondeando como si la agitara una brisa.

Amdi y Jefri hablaban ya sin dificultad, aunque siempre en el idioma de Jefri. El humano no podía articular muchos de los sonidos del lenguaje intermanada, y apenas podía pronunciar el nombre de Amdi. Pero Amdi entendía el samnorsk bastante bien; era divertido, un idioma secreto.

Jefri no estaba muy impresionado por la aurora. —Tenemos muchísimo de eso en casa. Es sólo luz de... —dijo una palabra nueva y miró a Amdi de soslayo. Era raro

que el humano no pudiera mirar más de un sitio a la vez. Siempre movía la cabeza y los ojos—. Son lugares donde la gente hace cosas. Creo que el gas y los desechos se filtran y entonces el sol los ilumina o se vuelve... ininteligible.

—¿Lugares donde la gente hace cosas? —¿*En el cielo*? Amdi tenía un globo planetario y conocía el tamaño del mundo y su orientación. Si la aurora reflejaba la luz del sol, debía de estar a cientos de kilómetros del suelo. Amdi apoyó un lomo en la casaca de Jefri y emitió un silbido muy humano. Sus conocimientos de geografía no eran tan buenos como sus conocimientos de geometría—. Las manadas no trabajan en el cielo, Jefri. Ni siquiera tenemos naves voladoras.

—Oh, está bien... Entonces no sé qué es eso. Pero no me gusta.

Impide ver las estrellas.

Amdi sabía mucho sobre las estrellas pues Jefri se lo había contado. Entre esas estrellas estaban los amigos de los padres de Jefri.

Jefri calló unos minutos. Ya no miraba el cielo. Amdi se le acercó más, mirando la cambiante luz. Detrás de ellos, la cresta del ventisquero estaba aureolada con la luz amarilla de las antorchas. Amdi imaginaba lo que pensaba el otro.

—¿Los equipos de comunicaciones de la nave no sirven para pedir ayuda?

Jefri dio una palmada en el suelo.

—¡No! Ya te lo he dicho. Son sólo radio. Creo que los puedo hacer funcionar, pero ¿de qué serviría? El ultraonda todavía está en la nave y es demasiado grande para moverlo. No entiendo por qué Acero no me deja subir a bordo... Ya tengo ocho años, podría deducirlo. Mamá lo tenía todo instalado antes... antes... —Sus palabras se perdieron en un angustiado silencio.

Amdi frotó una cabeza contra el hombro de Jefri. Tenía una teoría acerca de la renuencia de Acero. Nunca se la había explicado a Jefri.

—Tal vez tenga miedo de que la hagas volar y nos abandones.

—¡Eso es estúpido! Nunca te abandonaría. Además, es difícil pilotar esa nave. No estaba diseñada para descender en un mundo.

Jefri decía cosas muy extrañas; a veces Amdi las interpretaba mal, pero a veces eran la verdad literal. ¿De veras los humanos tenían naves que nunca descendían? ¿Adónde iban entonces? Amdi se sentía deslumbrado por nuevas escalas de referencia. El globo geográfico de Acero no representaba el mundo sino una ínfima parte.

—Sé que no nos abandonarías. Pero puedes comprender el temor de Acero. Ni siquiera puede hablarte, salvo por medio de mí. Tenemos que mostrarle que somos de fiar.

—Supongo.

—Si tú y yo ponemos las radios en funcionamiento, eso ayudará. Sé que mis maestros no han logrado averiguar cómo operan. Acero tiene una, pero creo que

tampoco la entiende.

—Sí, si podemos hacer que una funcione.

Esa tarde los guardias tuvieron un descanso, los dos pequeños regresaron temprano del frío. Los guardias no cuestionaron su buena suerte.

El cubil de Acero había pertenecido al Maestro. Era muy diferente de las salas de reunión del castillo. Salvo por los coros, sólo una manada cabía en la habitación. No se trataba de que fuera pequeña, había cinco aposentos, sin contar el baño. Pero, excepto por la biblioteca, ninguna tenía más de cinco metros de anchura. Los techos eran bajos a menos de un metro y medio; no había espacios para balcones de visitantes. Los criados siempre estaban en dos pasillos que compartían una pared con los aposentos. El comedor, el dormitorio y el cuarto de baño, tenían aberturas que simplemente servían para impartir órdenes y recibir comida y bebida, o ungüentos para el pelaje.

La entrada principal estaba custodiada por tres manadas de guerreros. Desde luego, el Maestro nunca viviría en un cubil provisto con una sola salida. Acero había hallado ocho puertas secretas (tres en los dormitorios). Éstas sólo se podían abrir desde dentro; conducían al laberinto que Reductor había construido dentro de la sólida roca de los muros del castillo. Nadie conocía la extensión de ese laberinto, ni siquiera el Maestro. Acero había rehecho algunas partes —sobre todo los pasajes que salían de su cubil— en los años de ausencia de Reductor.

Los aposentos eran casi inexpugnables. Incluso si caía el castillo, la despensa contaba con provisiones para medio año. Una red de canales casi tan extensa como los pasajes secretos del Maestro ofrecía ventilación. Acero se sentía a salvo aquí. Siempre estaba la posibilidad de que hubiera más de ocho entradas secretas, tal vez una que se pudiera abrir desde el otro lado.

Y desde luego los coros quedaban totalmente excluidos, aquí o en cualquier parte. Acero sólo se permitía tener relaciones sexuales fuera de la manada con singulares, y sólo como parte de sus experimentos. Era demasiado peligroso mezclar la personalidad propia con la ajena.

Después de la cena, Acero fue a la biblioteca. Se relajó en torno de la mesa de lectura. Dos de sus miembros bebieron brandy mientras otro fumaba hierbas del sur. Esto era un placer, pero también un cálculo: Acero sabía qué vicios, aplicados a cuáles miembros, le aguzarían la imaginación.

Y en este juego la imaginación era por lo menos tan importante como la inteligencia. La mesa estaba cubierta de mapas, informes del sur, memos de seguridad interna. Pero sobre el papel-seda estaban la radio alienígena. Habían recobrado dos de la nave. Acero la recogió, rozó con el hocico los laterales, lisos y curvos. Sólo la madera más fina podía compararse con su gracia, y en los instrumentos musicales o las estatuas. Pero el niño mantis afirmaba que esto se podía

usar para hablar a través de muchos kilómetros, con la rapidez de un rayo de sol. Si era verdad... Acero se preguntó cuántas batallas perdidas se habrían ganado con estos aparatos, cuántas conquistas nuevas se podrían realizar. Y si aprendían a hacer esas máquinas, los subordinados del Movimiento, desperdigados por todo el continente, estarían tan cerca como los guardias que custodiaban su cubil. Ninguna fuerza del mundo se les podría oponer.

Acero recogió el último informe de Tallamaderas. En muchos sentidos tenían más éxito con su mantis que Acero con la suya. Al parecer la de ellos era casi adulta. Además tenía una biblioteca milagrosa que se podía interrogar como un ser viviente. Había habido otros tres datasets. Los casacas blancas de Acero habían hallado sus restos en las ruinas quemadas que rodeaban la nave. Jefri pensaba que los procesadores de la nave se parecían a un dataset, «sólo que eran más estúpidos» (la mejor traducción de Amdi), pero hasta ahora los procesadores no habían servido.

Pero con su dataset, varios subalternos de Tallamadera habían aprendido el idioma de las criaturas mantis. Cada día descubrían más cosas sobre la civilización alienígena que la gente de Acero en diez. Sonrió. No sabían que todos los datos importantes llegaban a Isla Oculta. Por ahora les permitiría conservar su juguete y su mantis, habían notado varias cosas que él había pasado por alto... Aun así Acero maldecía su suerte.

Hojeó el informe... Bien. La alienígena de Tallamadera aún se negaba a colaborar. Sintió ganas de reír. La criatura usaba una palabra corta para designar las manadas. El informe procuraba describirla, pero no le importaba. La traducción era «zarpas» o «púas». La mantis sentía un horror especial por los instrumentos afilados que los soldados usaban en las patas delanteras. Acero se lamió pensativamente el esmalte negro de sus zarpas manicuradas. Interesante. Las zarpas podían ser amenazadoras, pero también formaban parte de una persona. Las púas eran una extensión mecánica y potencialmente más amenazadora. Era la clase de nombre que se podía imaginar para una fuerza de guerreros selectos, pero nunca para todas las manadas. A fin de cuentas, la especie de las manadas incluía a los débiles, los pobres, los benévolo y los ingenuos, además de a personas como Acero y Reductor. Decía algo muy interesante sobre la psicología de esas criaturas el hecho de que escogieran las púas como rasgo definidor de las manadas.

Acero se apartó del escritorio y miró el paisaje pintado en las paredes de la biblioteca. Era una vista de las torres del castillo. Detrás de la pintura, las paredes estaban bordeadas por dibujos de mica, cuarzo y fibra; los ecos daban una vaga sensación de lo que se podía oír mirando la piedra y el vacío. Los audiovisuales combinados eran raros en el castillo y éste era de magistral ejecución. Acero se distendía al mirarlo. Dejó que su imaginación divagara por un momento. *Púas. Me gusta*. Si ésa era la imagen de la criatura alienígena, era el nombre adecuado para su

especie. Sus lamentables consejeros, a veces hasta el Fragmento del Reductor, aún se intimidaban ante la nave de las estrellas. Sin duda, en esa nave había un poder que superaba todo lo conocido. Pero Acero, después del pánico inicial, comprendió que los alienígenas no tenían dotes sobrenaturales. Simplemente habían progresado, en el sentido en que Tallamadera usaba la palabra, más allá del estado actual de la ciencia de su mundo. Por cierto, la civilización alienígena era una incógnita ahora. Quizá fuera capaz de incinerar su mundo. Pero cuanto más veía Acero, más comprendía la inferioridad intrínseca de los alienígenas. Qué aborto extravagante eran, una especie de singulares inteligentes. Cada uno de ellos debía criarse a partir de la nada, como una manada de neonatos. Los recuerdos sólo se podían transmitir por la voz y la escritura. Cada criatura crecía, envejecía y moría como una totalidad. Acero tembló.

Había avanzado mucho desde sus primeros errores y temores. Durante más de treinta días había planeado usar la nave de las estrellas para gobernar el mundo. La mantis decía que la nave llamaba a otras. Eso había reducido a algunos de sus Servidores a la incontinencia. Pues bien, tarde o temprano llegarían más naves. Dominar el mundo ya no era un objetivo práctico. Era hora de apuntar más alto, hacia objetivos que ni siquiera el Maestro había imaginado jamás. Si les quitaban sus ventajas técnicas, las mantis eran criaturas finitas y frágiles. Serían fáciles de conquistar. También ellas parecían comprenderlo así. *Púas, nos llama esa criatura. Pues así será. Algún día los púas navegarán entre los astros y prevalecerán.*

Pero en el ínterin, la vida sería muy peligrosa. Como un cachorro recién nacido, podían exterminar todo su potencial de un solo golpe. La supervivencia del Movimiento, la supervivencia del mundo, dependería de una superioridad en inteligencia, imaginación, disciplina y astucia. Afortunadamente, eran las mayores fuerzas de Acero.

Acero soñaba a la luz brumosa de la vela. Inteligencia, imaginación, disciplina, astucia. ¿Podría persuadir a los alienígenas para que eliminaran a todos los enemigos de Acero, y luego liquidarles? Era una idea temeraria, casi irracional, pero tal vez existiera un modo. Jefri afirmaba que él podía operar la máquina de señales de la nave. ¿Por su cuenta? Acero aún lo dudaba. El alienígena era fácil de engañar, pero incompetente. Amdiranifani era distinto. Estaba demostrando todo el genio de sus progenitores. Y los principios de lealtad y sacrificio que le habían inculcado sus maestros estaban echando raíces, aunque era un poco... juguetón. Su obediencia no tenía el temple que inspiraba el miedo, pero era una herramienta muy útil. Amdiranifani comprendía a Jefri y parecía entender los artefactos alienígenas aun mejor que la mantis.

Era preciso correr el riesgo. Dejaría que los dos abordaran la nave. Enviarían un mensaje en vez de la señal automática de socorro. ¿Y cuál sería ese primer mensaje? Palabra por palabra, sería la cosa más importante y peligrosa que cualquier manada

hubiera dicho jamás.

A trescientos metros, en el ala experimental, un niño y una manada de cachorros tuvieron la suerte de encontrar una puerta abierta y la oportunidad de jugar con el comset de Jefri.

Ese fono era más complejo que otros. Estaba diseñado para trabajo hospitalario y de campo, para el control remoto de los aparatos así como para hablar con la voz. Por ensayo y error, ambos redujeron gradualmente las opciones.

Jefri Olsndot señaló los números que habían aparecido en el lateral del comset.

—Creo que eso significa que estamos conectados con algún receptor —miró nerviosamente la puerta. Algo le decía que no debían estar allí.

—Es el mismo patrón que en la radio que cogió Acero —dijo Amdi. Ni una de sus cabezas vigilaba la puerta.

—Apuesto a que si apretamos aquí, lo que digamos saldrá en su radio. Ahora sabrá que podemos ayudar... ¿Qué debemos hacer? Tres miembros de Amdi corrieron por la habitación, como perros que no pudieran concentrarse en la conversación. Jefri ya sabía que éste era el equivalente de un ser humano que mirase hacia otro lado y canturreara mientras pensaba. El ángulo de su mirada era otro gesto, en este caso una sonrisa picara.

—Creo que debemos sorprenderle. Es siempre tan serio.

—Sí —en efecto, Acero era bastante solemne. Pero todos los adultos eran así. Le recordaban a los científicos más viejos de Laboratorio Alto.

Amdi cogió la radio y la miró traviesamente. Apoyó el hocico en el interruptor y entonó una larga ululación ante el micrófono. Evocaba vagamente el idioma de las manadas. Un miembro de Amdi tradujo al oído de Jefri. El niño humano sintió ganas de reír.

Acero estaba sumido en sus reflexiones. Su imaginación —activada por las hierbas y el brandy— flotaba libremente, jugando con diferentes posibilidades. Estaba echado sobre cojines de terciopelo, cómodo en la seguridad de su cubil. Las velas restantes arrojaban una suave luz sobre el mural, arrancando destellos a los bruñidos muebles. Casi había dado con la historia que contaría a los alienígenas...

El ruido de su escritorio empezó como un murmullo, por debajo de sus ensoñaciones. Era de baja modulación pero contenía algunos tonos en la gama del pensamiento, como tajadas de otra mente. Era una presencia creciente. *¡Alguien está en mi cubil!* Ese pensamiento era desgarrador como la espada mortal de Reductor. Los miembros de Acero sufrieron un espasmo de pánico, desorientados por el humo y la bebida.

Había una voz en medio de esa locura. Era gangosa y saltarina.

Aullaba y temblaba.

—¡Señor Acero! ¡Saludos de la Manada de Manadas, del Señor Dios

Todopoderoso!

Una parte de Acero ya estaba en la puerta principal, mirando a sus guardias con ojos desorbitados. La presencia de los guerreros le aplacó un poco, y también le avergonzó. *Esto es descabellado*. Volvió una cabeza hacia el artefacto alienígena que tenía en la mesa. Los ecos estaban por doquier, pero los sonidos se originaban en el aparato... Ahora no había lenguaje de manada, sólo esas agudas tajadas de sonido, cotorreos sin sentido en la gama media del pensamiento. *Aguarda*. Detrás de todo eso, sordos gruñidos que reconoció como risa mantis.

Acero rara vez cedía a la cólera. Ésta debía ser su herramienta, no su amo, pero al escuchar la risa y recordar las palabras, sintió una negra ira crecer en cada uno de sus miembros. Irreflexivamente, tendió una pata y destruyó el comset, que al instante se silenció. Acero fulminó con la mirada a los guardias que estaban apostados en el pasillo. El miedo ahogaba todos los ruidos mentales.

Alguien moriría por esto.

Acero se encontró con Amdi y Jefri al día siguiente de que activaran la radio. Le habían convencido. Se mudarían a la tierra firme. ¡Jefri tendría la oportunidad de llamar para pedir que le rescataran!

Acero estuvo aún más solemne que de costumbre; enfatizó la importancia de solicitar ayuda, de defenderse contra un nuevo ataque de Tallamaderas, pero no parecía enfadado por la travesura de Amdi. Jefri lanzó un gran suspiro de alivio. En casa, papá le habría dado una zorra por semejante ocurrencia. *Creo que Amdi tiene razón*. Acero era serio a causa de todas sus responsabilidades y los peligros que enfrentaban pero, por debajo, era una persona muy agradable.

Cripto: 0

Recepción: Transceptor Relé03 en Relé

Senda lingüística: Lenguaínea ->marcanubosa ->triskweline.

Unidades SJK [lenguaínea y marcanubosa son idiomas mercantiles del Allá Alto; esta traducción sólo vierte los sentidos centrales]

De: Corporación de Artes de Arbitraje en Nebulosa Nube ígnea [Una organización militar del Allá Alto. Edad conocida 100 años]

Asunto: Motivo de preocupación. Resumen: Al parecer se han destruido tres civilizaciones monosistémicas

Frases clave: Desastres de escala interestelar, ¿guerra interestelar?, Perversión Reino Straumli

Distribución: Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses Amenazas. Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 53.57 días desde la caída del reino de Straumli

Texto del mensaje: Recientemente una oscura civilización anunció que había

creado un nuevo Poder en el Trascenso. Luego bajó «provisionalmente» de la Red Conocida. Desde entonces hubo un millón de mensajes en Amenazas acerca del incidente y muchos sugirieron que había nacido una Perversión Clase Dos, pero no existen pruebas de los efectos allende los límites del ex «reino de Straumli».

Artes de Arbitraje se especializa en zanjar disputas y tiene algunos intereses comerciales comunes con las especies naturales y el Grupo Amenazas. Tal vez eso deba cambiar, ya que hace sesenta y cinco horas notamos la aparente extinción de tres civilizaciones aisladas en el Allá Alto, cerca del reino de Straumli. Dos de ellas eran sondas religiosas Ojo-en-el-U, y la tercera era una fábrica pentragiana. Previamente, su principal enlace de Red había sido el reino de Straumli. Dada esa condición, habían estado fuera de la Red desde que Straumli bajó, excepto por nuestras emisiones ping. Desviamos tres misiones para realizar vuelos de reconocimiento. El reconocimiento de señales reveló una comunicación de banda ancha que era más control neural que tráfico de la red local. Se vieron nuevas estructuras grandes. Todas nuestras naves fueron destruidas antes de poder enviar información detallada. Dados los antecedentes de estas colonias, nuestra conclusión es que no se trata de la consecuencia normal de una Trascendencia.

Estas observaciones guardan coherencia con una ofensiva Clase Dos desde el Trascenso (un ataque furtivo). La fuente más obvia sería el nuevo Poder construido por el reino de Straumli. Exhortamos a todas las civilizaciones del Allá Alto a vigilar esa parte del Allá. Las más grandes tenemos poco que temer, pero la amenaza es muy evidente.

Cripto: 0

Recepción: Transceptor Relé03 en Relé

Senda lingüística: Lenguaígneá ->marcanubosa ->triskweline. Unidades SJK [lenguaígneá y marcanubosa son idiomas mercantiles del Allá Alto; esta traducción sólo vierte los sentidos centrales]

De: Corporación de Artes de Arbitraje en Nebulosa Nube ígnea [Una organización militar del Allá Alto. Edad conocida: 100 años]

Asunto: Nuevo servicio disponible

Resumen: Artes de Arbitraje prestará nuevos servicios de relé para la Red

Frases clave: Tarifas especiales, programas sentientes de traducción, ideal para civilizaciones del Allá Alto

Distribución: Grupo de Intereses de Costes de Comunicación. Grupo Administrativo Carnada Múltiple

Fecha: 61,00 días desde la caída del reino de Straumli

Texto del mensaje: Artes de Arbitraje se enorgullece de anunciar un servicio transceptor-relé especialmente diseñado para ámbitos del Allá Alto [lista de tarifas después del texto del mensaje]. Programas actualizados ofrecerán traducción y canalización de óptima calidad. Hace casi cien años que una civilización del Allá Alto no muestra interés en prestar dicho servicio de comunicaciones en esta parte de la galaxia.

Comprendemos que la tarea es tediosa y el armíflago no está en consonancia con el esfuerzo, pero todos nos beneficiaremos con protocolos que sean coherentes con la Zona donde vivimos. Siguen detalles bajo sintaxis 8139... [El programa de traducción marcanubosa/triskweline tiene dificultades para manipular sintaxis 8139.]

Cripto: 0

Recepción: Transceptor Relé03 en Relé

Senda lingüística: Lenguaígnea ->marcanubosa ->triskweline.

Unidades SJK [marcanubosa es un idioma comercial del Allá Alto; a pesar de la versión coloquial, sólo se garantiza significado central]

De: Sindicato Comercial Sorpresas Trascendentes en Centro Nube

Asunto: Cuestión de vida o muerte

Resumen: Artes de Arbitraje ha caído en Perversión Straumli vía un ataque por Red. ¡Usar relés del Allá Medio hasta que pase la emergencia!

Frases clave: Ataque por Red, guerra en escala interestelar, Perversión del reino de Straumli

Distribución: Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses Amenazas. Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 61,12 días desde la caída del reino de Straumli

Texto del mensaje: ¡Advertencia! El ámbito que se identifica como Artes de Arbitraje está ahora controlado por la Perversión de Straumli. El reciente anuncio acerca del servicio de comunicaciones de Artes es una trampa mortal. Tenemos pruebas fehacientes de que la Perversión utilizó paquetes de la red sapiens para invadir y neutralizar las defensas de Artes. Grandes partes de Artes parecen estar ahora bajo control directo del Poder de Straumli. Las partes de Artes que no fueron contagiadas en la invasión inicial han sido destruidas por las porciones convertidas. Los sobrevuelos revelan varias estelificaciones.

Qué hacer: Si durante los últimos mil segundos habéis recibido paquetes de protocolo de «Artes de Arbitraje», *desechadlos de inmediato*. Si los habéis procesado, en tal caso es preciso destruir físicamente, y de inmediato, la instalación de proceso y todos los emplazamientos conectados por redes locales. Comprendemos que ello significa la destrucción de sistemas solares, pero no hay

alternativa. Estáis bajo un ataque Trascendente.

Para quienes sobrevivan al peligro inicial (en las próximas treinta horas), hay procedimientos obvios que pueden brindar relativa seguridad: No aceptéis paquetes de protocolo del Allá Alto. Cuando menos, encauzad todas las comunicaciones a través de emplazamientos del Allá Medio, con traducción a todos los lenguajes comerciales locales.

A largo plazo: Es evidente que una Perversión Clase Dos extraordinariamente poderosa ha florecido en nuestra región de la galaxia. Durante los próximos trece años más o menos, todas las civilizaciones avanzadas de las inmediaciones correrán gran peligro.

Si podemos identificar los antecedentes de la actual perversión, quizá descubramos sus debilidades y una defensa posible. Las Persiones Clase Dos suponen un Poder deformado que crea estructuras simbióticas en el Allá Alto, pero hay una enorme variedad de orígenes. Algunas son bromas deformes legadas por Poderes que ya no están en escena. Otras son armas que fueron construidas por los nuevos Trascendentes y no fueron bien dismanteladas.

La fuente inmediata de este peligro está bien documentada: una especie que surgió recientemente del Allá Medio, homo sapiens, fundó el reino de Straumli. Nos inclinamos a creer la teoría propuesta en los mensajes [...], a saber, que los investigadores de Straumli realizaron un experimento, y que la fórmula era un mal autoactivante de épocas anteriores. Una posibilidad: algún perdedor de hace mucho tiempo implantó instrucciones en la Red (o en un archivo perdido) para que las utilizaran sus propios descendientes. Así, nos interesa cualquier información relacionada con el homo sapiens.

Al día siguiente Amdi emprendió la excursión más larga de su corta vida. Arrebuados en rompevientos, recorrieron anchas calles adoquinadas hasta llegar al estrecho que se hallaba al pie del castillo. Acero precedía la marcha en un carruaje tirado por tres cerdos-kher. Estaba maravilloso en sus casacas de rayas rojas. Guardias vestidos de piel blanca marchaban a ambos lados y el adusto Tyratheck iba detrás. La aurora era rutilante, más brillante que la luna llena sobre el horizonte septentrional. Colgaban carámbanos de los aleros de los edificios, a veces hasta el piso; columnas relucientes y plateadas en la luz.

Luego abordaron naves para cruzar el estrecho. El agua lamía los cascos como una piedra helada y negra.

Cuando llegaron a la otra orilla, la Colina de la Astronave se irguió ante ellos más alta que un castillo. Cada minuto traía nuevas visiones, nuevos mundos.

Tardaron media hora en llegar a la cima de esa colina, aunque sus carros iban tirados por cerdos-kher y nadie caminaba. Amdi miraba por doquier, fascinado por el

paisaje iluminado por la aurora. Al principio, Jefri parecía igualmente entusiasmado, pero cuando llegaron a la cima, dejó de mirar en torno y abrazó con fuerza a su amigo.

Acero había construido un refugio alrededor de la nave estelar. Dentro el aire estaba quieto y un poco más tibio. Jefri se detuvo en la base de las angostas escaleras, mirando la luz que se derramaba desde la compuerta abierta de la nave. Amdi le sintió tiritar.

—¿Está asustado de su propia nave? —preguntó Tyratheck.

Ahora Amdi conocía los temores de Jefri y también su angustia. *¿Cómo me sentiría yo si mataran a Acero?*

—No, asustado no. Son los recuerdos de lo que sucedió aquí.

—Dile que podemos regresar otra vez —le dijo amablemente Acero—. No es preciso que entre hoy.

Jefri negó con la cabeza ante la sugerencia, pero no pudo responder enseguida.

—Debo entrar. Debo ser valiente —inició el ascenso despacio, deteniéndose en cada peldaño para asegurarse de que Amdi le acompañara. Los cachorros sentían preocupación por Jefri, pero también ansiaban entrar deprisa en ese maravilloso misterio.

Atravesaron la compuerta y afrontaron la extrañeza del mundo de los Dos-Patas. Una luz brillante y azulada, el aire tan tibio como en el castillo y muchas formas misteriosas. Caminaron hasta el otro extremo de la gran estancia y Acero asomó algunas cabezas en la entrada. Los sonidos de su mente rebotaban ruidosamente en derredor.

—He acolchado las paredes, Amdi, pero aun así aquí sólo hay espacio para uno de nosotros.

—Sí. —Había ecos y la mente de Acero resonaba con extraña intensidad.

—Debes encargarte de proteger a tu amigo y comunicarme todo lo que veas. —Retrocedió de modo que ahora sólo les miraba con una cabeza.

—Sí, sí. Lo haré.

Era la primera vez que alguien, salvo Jefri, le necesitaba de veras.

Jefri recorrió en silencio la estancia donde dormían sus amigos. Ya no lloraba, y no estaba enfurruñado y silencioso como le sucedía a menudo. Le costaba creer que estuviera allí. Acarició las cajas, mirando los rostros. Tantos amigos, pensó Amdi, esperando el despertar. *¿Cómo serán?*

—¿Las paredes? No recuerdo esto —dijo Jefri. Tocó el acolchado que había puesto Acero.

—Es para que el lugar suene mejor —dijo Amdi. Tiró de las colgaduras, preguntándose qué había detrás. Una pared verde, como piedra y acero al mismo tiempo, cubierta de hinchazones diminutas y estrías grises.

—¿Qué es esto?

Jefri miró por encima del hombro.

—Puah. Moho. Se ha difundido. Me alegra que Acero lo haya tapado.

El niño humano se alejó. Amdi se quedó un segundo más, acercó varias cabezas al moho. El moho y los hongos eran un problema constante en el castillo y la gente siempre los estaba limpiando. Un desatino, a juicio de Amdi. Le gustaban los hongos, porque podían crecer sobre la roca más dura, y éstos eran muy extraños. Algunas protuberancias tenían casi un centímetro y medio de altura, pero eran brumosas como humo sólido.

El miembro que miraba hacia atrás vio que Jefri se metía en la cabina interior. Amdi le siguió de mala gana.

Permanecieron en la nave sólo una hora esa primera vez. En la cabina interior Jefri encendió ventanas mágicas que miraban hacia todas partes. Amdi estaba deslumbrado, aquello era un viaje al paraíso.

Para Jefri no era así. Se tendió en una hamaca y miró los controles. Poco a poco se sintió menos tenso.

—Me gusta aquí —dijo Amdi tentativamente.

Jefri se meció en la hamaca.

—Sí —suspiró—. Tenía tanto miedo... pero estar aquí me hace sentir más cerca de... —Acarició el panel que colgaba cerca de la hamaca—. Mi padre guió esta cosa durante el descenso. Estaba sentado aquí. —Dio media vuelta, miró un panel que titilaba sobre él—. Y mamá instaló, el ultraonda... *Ellos lo hicieron todo. Y ahora sólo estamos tú y yo, Amdi. Hasta Johanna se ha ido... Todo depende de nosotros.*

Clasificación Frinimi: SECRETO de la organización. No distribuir más allá del Anillo 1 de la red local.

Transceptor Relé00 registro de búsqueda: A partir de las 19:40:40 Hora de Dársenas, 17/01 de año Org 52090 [128,13 días desde la caída del reino de Straumli]

Circuito de mensajes sintaxis 14 detectado en función de vigilancia. Fuerza de la señal Y S/N compatibles con señal detectada anteriormente.

Senda lingüística: Samnorsk, SJK; unidades Relé.

De: Jefri Olsndot en no-sé-dónde-queda-esto

Asunto: Hola. Soy Jefri Olsndot. Nuestra nave dañada y necesitamos *ayuda*. Por favor respondan.

Síntesis: Lamento cometer *alguns erros*. ¡¡¡Este teclado es ESTÚPIDO!!!

Frases clave: no sé

A: Retransmitir a cualquiera

Texto del mensaje: [vacío]

Dos escroditas jugaban en el oleaje.

—¿Crees que su vida corre peligro? —preguntó el que tenía el tallo verde y esbelto.

—¿La vida de quién? —dijo el otro, un escrodita grande con una vaina basal azulada.

—Jefri Olsndot, el niño humano.

Vaina Azul suspiró y consultó su escrodo. Iba a la playa para olvidar las preocupaciones cotidianas, pero Tallo Verde se resistía a olvidar. Evaluó la situación.

—¡Claro que corre peligro, tonta! Mira sus últimos mensajes.

—Oh —dijo Tallo Verde con voz avergonzada—. Lamento la memoria parcial. —Había recordado lo suficiente para preocuparse y nada más. Calló y al cabo de un momento Vaina Azul oyó sus tarareos felices. El oleaje no cesaba de estrellarse a su lado.

Vaina Azul se abrió al agua, saboreando la vida que burbujeaba en el poder de las olas. Era una hermosa playa. Tal vez fuera única y éste era un comentario extremo para algo del Allá. Cuando la espuma se alejaba de sus cuerpos, veían el cielo índigo extenderse de un lado al otro de las Dársenas y un atisbo de las naves estelares. Cuando el oleaje avanzaba, los dos escroditas quedaban sumergidos en el agua tibia, rodeados por las criaturas coralinas que construían aquí sus pequeños hogares. Y en la «marea» alta la flexión del suelo marino se mantenía durante una hora. Luego el agua se retiraba y, si era de día, se veían retazos de un vidrioso fondo marino y, a través de ellos, mil kilómetros más abajo, la superficie del Nivel Suelo.

Vaina Azul trató de olvidar sus preocupaciones. Por cada hora de contemplación apacible, se acumularían algunos recuerdos naturales más. No era bueno. Ahora no podía ahuyentar las inquietudes.

—A veces desearía ser un escrodita menor —dijo al cabo de un instante—. Pasar la vida en un solo lugar, con un escrodo mínimo.

—Sí —dijo Tallo Verde—. Pero decidimos deambular. Eso significa renunciar a ciertas cosas. A veces debemos recordar cosas que sólo suceden un par de veces. A veces tenemos grandes aventuras. Me alegra que aceptáramos el contrato de rescate, Vaina Azul.

Ninguno de los dos estaba con ánimos para el mar. Vaina Azul bajó las ruedas del escrodo y se acercó a Tallo Verde. Indagó en la memoria mecánica del escrodo, escrutando las bases de datos generales. Allí había mucho sobre catástrofes. Quien había creado las bases de datos originales del escrodo había considerado que las guerras, pestes y perversiones eran muy importantes. Eran cosas excitantes y podían matar.

Pero Vaina Azul también veía que dichos desastres constituían una parte relativamente pequeña de la experiencia civilizada. Una catástrofe masiva sólo acontecía una vez por milenio. Habían tenido la mala suerte de verse involucrados en una. En las diez últimas semanas una docena de civilizaciones del Allá Alto habían bajado de la Red, absorbidas por la amalgama simbiótica que ahora se llamaba la Plaga de Straumli. El comercio estaba paralizado. Como su nave estaba refinanciada, él y Tallo Verde habían realizado varias misiones, pero todas en el Allá Medio.

Los dos habían sido muy cautos, pero ahora —como decía Tallo Verde— parecía que las circunstancias les obligaban a ser heroicos. Org Vrinimi quería encargar un vuelo secreto al Fondo del Allá. Como él y Tallo Verde ya estaban al corriente del secreto, eran la opción natural. En ese momento la *Fuera de Banda II* estaba en los astilleros de Vrinimi, donde le daban la capacidad de los lugres que operaban en el Fondo y le instalaban gran cantidad de antenas remotas. De golpe su valor se había multiplicado por diez mil. Ni siquiera había sido necesario regatear y eso era lo más temible. Cada añadido era esencial para el viaje. Descenderían hasta el linde de la Lentitud. En las mejores circunstancias, sería un ejercicio lento y tedioso, pero las últimas indagaciones informaban que había perturbaciones en los límites zonales. Con mala suerte terminarían donde no debían, donde la luz constituía el límite de velocidad. Si eso sucedía, el nuevo estatocolector sería su única escapatoria.

Todo eso estaba dentro de los riesgos aceptables. Antes de conocer a Tallo Verde, Vaina Azul había viajado en lugres, e incluso se había quedado varado un par de veces.

—Me gusta la aventura tanto como a ti —dijo Vaina Azul con cierta preocupación—. Viajar al Fondo, rescatar sofones de las garras de criaturas salvajes. Con el dinero suficiente, quizá sea razonable. Pero... ¿qué hay si esa nave straumiana es tan importante como cree Ravna? Parece absurdo después de tanto tiempo, pero ella ha convencido a la Org Vrinimi de esa posibilidad. Si allí hay algo que pueda dañar a la Plaga de Straumli...

Si la Plaga sospechaba lo mismo, quizás enviara una flota de diez mil naves para atacar ese objetivo. En el Fondo no serían mucho mejores que las naves convencionales, pero no por ello Tallo Verde y él estarían menos muertos.

Salvo por un tarareo soñador, Tallo Verde callaba. ¿Había perdido el rumbo de la conversación? Luego su voz le llegó a través del agua, una caricia tranquilizadora.

—Lo sé, Vaina Azul; podría ser nuestro fin. Pero deseo arriesgarme. Si es seguro, obtendremos enormes ganancias. Si nuestro viaje puede dañar a la Plaga... bien, es de tremenda importancia. Nuestra ayuda podría salvar a muchas civilizaciones... un millón de playas de escroditas, sólo al pasar.

—Hmm. Te dejas guiar por tu tallo, no por tu escrodo.

—Tal vez.

—Habían observado el avance de la Plaga desde sus comienzos. Los sentimientos de horror y compasión se habían ido reforzando con el paso de los días hasta que impregnaron sus mentes naturales. Así que Tallo Verde (y también Vaina Azul, no podía negarlo) se interesaba más por la Plaga que por el peligro de ese nuevo contrato.

—Probablemente. Mis temores de efectuar el rescate todavía son analíticos. —Es decir, todavía se limitaban a su escrodo—. Sin embargo, creo que si pudiéramos quedarnos aquí un año, si pudiéramos esperar hasta percibir todos los aspectos... creo que aún optaríamos por ir.

Vaina Azul rodó irritado de un lado al otro. La arena arremolinada se le metía en las frondas. Ella tenía razón, pero él no podía decirlo en voz alta: la misión aún le aterraba.

—Y piensa, compañero. Si esto es importante, quizá podamos ayudar. Sabes que la Org está negociando con el Dispositivo Emisario. Con suerte, terminaremos con un escolta diseñado por un Poder Trascendental.

La imagen casi hizo reír a Vaina Azul: dos pequeños escroditas viajando al Fondo del Allá con ayuda del Trascenso.

—Ojalá sea así.

Los escroditas no eran los únicos que sentían ese deseo. Playa arriba, Ravna Bergsndot recorría su oficina. Qué tremenda ironía era que incluso los mayores desastres crearan oportunidades para la gente decente. Su transferencia a Marketing se había hecho permanente con la caída de Artes de Arbitraje. Mientras se propagaba la Plaga y los mercados del Allá Alto se desmoronaban, la Org tenía cada vez mayor interés en prestar servicios de información sobre la Perversión de Straumli. La pericia «especial» de Ravna en asuntos humanos adquiriría de pronto un valor extraordinario, sin importar que el reino de Straumli fuera sólo una pequeña parte de lo que ahora era la Plaga. Lo poco que la Plaga decía de sí misma lo decía a menudo en samnorsk. Grondr y compañía continuaban muy interesados en los análisis de Ravna.

Bien, ella había aportado algo. Habían recogido el mensaje de la nave fugitiva y, noventa días después, un mensaje de un superviviente humano, Jefri Olsndot. Apenas habían cambiado cuarenta mensajes, pero eran suficientes para saber acerca de los púas, el señor Acero y los malignos tallamaderas. Suficiente para saber que una pequeña vida humana terminaría si ella no podía ayudar. Irónico pero natural: esa sola vida le pesaba más que todo el horror de la Perversión, más que la caída del reino de Straumli. Gracias a los Poderes, Grondr había apoyado la misión de rescate; era una oportunidad de aprender algo importante acerca de la Perversión de Straumli. Y las manadas de púas también parecían interesarle; las mentes grupales eran un fenómeno fugaz en el Allá. Grondr había mantenido en secreto todo el asunto y persuadió a sus jefes para que respaldaran la misión. Pero quizá su ayuda no bastara.

Si la nave fugitiva era tan importante como Ravna creía, grandes peligros aguardaban a los rescatadores.

Ravna escrutó el oleaje. Cuando las olas retrocedían por la arena, las frondas de los escroditas asomaban en la espuma. Cómo les envidiaba; si las tensiones les molestaban, podían desconectarlas. Los escroditas se contaban entre los sofotes más comunes del Allá. Había muchas variedades, pero el análisis concordaba con la leyenda: mucho tiempo atrás habían sido una sola especie. En el pasado ajeno a la Red, habían sido habitantes sésiles de las costas marinas. Abandonados a su suerte, habían desarrollado una forma de inteligencia casi despojada de memoria efímera. Permanecían en el oleaje, formando pensamientos que no dejaban impronta en la mente. Sólo la repetición de un estímulo, con el correr del tiempo, podía hacerlo. Pero la inteligencia y la memoria que poseían tenía valor para la supervivencia: les permitía escoger el mejor sitio para arrojar sus semillas, lugares que significarían resguardo y alimento para la siguiente generación.

Luego, una especie desconocida se había topado con los soñadores y había decidido «ayudarles». Alguien les había puesto sobre plataformas móviles, los escroditos. Con ruedas podían desplazarse a lo largo de las costas, extender sus frondas y zarcillos para manipular cosas. Con la memoria efímera y mecánica del escrodo, pronto aprendieron que su recién adquirida movilidad no les mataría.

Ravna desvió su mirada y vio que alguien flotaba sobre los árboles. El Dispositivo Emisario. Tal vez debería llamar a Tallo Verde y Vaina Azul para que salieran del agua. No. Que disfrutaran un poco más. Si Ravna no conseguía el equipo especial, ya tendrían bastantes problemas después.

Además, prefiero no tener testigos. Se cruzó los brazos sobre el pecho y miró el cielo. La Org Vrinimi había intentado hablar con Antiguo acerca de ello, pero ahora el Poder sólo operaba a través de su Dispositivo Emisario... y él había insistido en un encuentro personal.

El Emisario descendió a pocos metros y se inclinó respetuosamente. Su sonrisa socarrona arruinó el efecto.

—Pham Nuwen, a tu servicio.

Ravna respondió con otra inclinación y le dejó entrar en la oficina. Si él pensaba que un encuentro personal la sacaría de quicio, tenía razón.

—Gracias por venir. La Organización Vrinimi desea efectuar una importante solicitud a tu director. —¿Dueño? ¿Amo? ¿Operador?

Pham Nuwen se sentó y se desperezó con indolencia. No la había visto desde aquella noche en La Compañía Errante. Grondr decía que Antiguo le había mantenido en Relé, hurgando en los archivos, buscando información sobre la humanidad y sus orígenes. Tenía sentido ahora que habían persuadido a Antiguo para restringir el uso de la Red; el Emisario podía encargarse del proceso local, es decir, utilizar la

inteligencia humana para investigar y resumir y luego cargar únicamente el material que Antiguo necesitaba.

Ravna le miró por el rabillo del ojo mientras fingía estudiar su dataset. Pham tenía su sonrisa indolente. Ravna se preguntó si alguna vez tendría el valor de preguntarle en qué medida su... romance... había sido algo humano. ¿Pham Nuwen había sentido algo por ella? Demonios, ¿lo había pasado bien, al menos?

Desde el punto de vista de un Trascendente, él quizá fuera un mero trasto abarrotado de datos, pero desde el punto de vista de Ravna aún era demasiado humano.

—Sí, bien... La Org ha seguido controlando la nave fugitiva de Straumli, aunque tu director ha perdido todo interés. Pham enarcó las cejas con amable interés.

—¿Ah así?

—Hace diez días, la señal «estoy aquí» fue interrumpida por un nuevo mensaje, al parecer de un tripulante superviviente.

—Felicitaciones. Lograsteis mantenerlo en secreto, incluso para mí.

Ravna no mordió el anzuelo.

—Hacemos lo posible para guardar este secreto. Por razones que tú debes conocer —proyectó en el aire los mensajes actualizados. Un puñado de llamadas y respuestas, desperdigadas a lo largo de diez días. Traducidos al triskweline para Pham, habían perdido los errores originales de ortografía y gramática, pero el tono permanecía. Ravna era la representante de la Org en esa conversación. Era como hablar con alguien en una habitación oscura, alguien a quien jamás había visto. Había cosas fáciles de imaginar: una voz aguda y estridente detrás de las palabras en mayúsculas y los signos de exclamación. No tenía un vídeo del niño, pero Marketing había exhumado fotos de los padres en los archivos humanos de Sjandra Kei. Parecían straumianos típicos, pero con los ojos castaños de los clanes Oinden. El pequeño Jefri sería delgado y moreno.

La mirada de Pham Nuwen recorrió el texto, se entretuvo en las últimas líneas

Org [17] Interlocutor [18]: ¿Qué edad tienes, Jefri?: Tengo ocho años. SOY GRANDE PERO NECESITO AYUDA.

Org [18] Interlocutor [19]: Te ayudaremos. Iremos tan pronto como podamos, Jefri: Lamento que ayer no pudiera hablar. La gente mala estuvo de nuevo en la colina ayer. Era peligroso ir a la nave.

Org [19] Interlocutor [20]: ¿Tan cerca están los malos?: Sí, sí. Pude verles desde la isla. Ahora estoy con Amdi a bordo de la nave, pero al venir vimos soldados muertos por todas partes. Las incursiones de Tallamadera son frecuentes. Mi madre ha muerto, mi padre ha muerto, Johanna ha muerto. Acero me protegerá mientras pueda. Dice que debo ser valiente.

Por un momento Pham dejó de sonreír.

—Pobre niño —murmuró. Se encogió de hombros y señaló uno de los mensajes—. Bien, me alegra que Vrinimi envíe una misión de rescate. Es muy generoso de vuestra parte.

—No creas. Mira los puntos 6 a 14. El niño se queja de la automatización de la nave.

—Sí, da la impresión de algo muy primitivo; teclados y vídeo, sin reconocimiento de voz. Un interfaz totalmente incómodo. Parece que el impacto lo estropeó casi todo, ¿eh?

Se hacía el tonto a propósito, pero Ravna resolvió ser infinitamente paciente.

—Tal vez no, considerando el origen de la nave. —Pham sonrió estúpidamente y Ravna decidió continuar con sus explicaciones—. Es probable que los procesadores sean del Allá Alto o del Trascenso y que el entorno actual los haya vuelto obtusos.

Pham Nuwen suspiró.

—Todo guarda coherencia con la teoría de los escroditas, ¿eh? Aún pensáis que ese cascajo oculta un secreto tremendo que hará trizas a la Plaga.

—¡Sí! Mira, hubo un tiempo en que Antiguo sentía mucha curiosidad por todo esto. ¿Por qué tanta indiferencia ahora? ¿Hay alguna razón por la cual la nave no pueda ser la clave para combatir la Perversión?

Así explicaba Grondr la reciente falta de interés de Antiguo. Toda su vida Ravna Bergsndot había oído historias sobre los Poderes y siempre a gran distancia. Ahora estaba muy cerca de interrogar a un Poder directamente. Era una sensación muy extraña.

—No —dijo Pham al cabo de un momento—. Es improbable, pero podrías tener razón.

Ravna suspiró aliviada.

—Bien. Entonces lo que pedimos es razonable. Supongamos que la nave accidentada contenga algo que la Perversión necesite, o algo que tema. Entonces es probable que la Perversión sepa de su existencia y quizás esté controlando el tráfico de ultraimpulso en esa región del Fondo. Una expedición de rescate podría guiar a la Perversión hacia allá. En ese caso la misión sería suicida para sus tripulantes... y podría aumentar el poder de la Plaga.

—¿Y?

Ravna asestó una palmada al dataset, perdiendo la paciencia.

—¡Y la Org Vrinimi está pidiendo la ayuda de Antiguo para construir una expedición que la Plaga no pueda interceptar!

Pham Nuwen meneó la cabeza.

—Ravna, Ravna. Estás hablando de una expedición al Fondo del Allá. Un Poder no puede guiarte en esa región. Incluso un Dispositivo Emisario quedaría librado a su

suerte.

—No aparentes ser más tonto de lo que eres, Pham Nuwen. Allá abajo, la Perversión sufrirá las mismas desventajas. Estamos pidiendo un equipo de origen Trascendente, diseñado para esas profundidades y bien aprovisionado.

—¿Tonto? —Pham Nuwen se irguió, pero la sonrisa aún le flotaba en la cara—. ¿Así es como interpelas a un Poder?

Hacía un año, habría muerto antes que interpelar a un Poder de esa o de cualquier manera. Ravna se reclinó, ofreciendo su propia versión de una sonrisa indolente.

—Tienes línea directa con Dios, amigo; pero yo te contaré un pequeño secreto: sé distinguir cuándo está abierta o cerrada.

—¿Ah sí? ¿Y cómo?

—Pham Nuwen, por su cuenta, es un tipo brillante y ególatra, tan sutil como una patada en la cabeza. —Evocó los momentos que habían pasado juntos—. Sólo empiezo a preocuparme cuando desaparecen la arrogancia y las réplicas ingeniosas.

—Vaya. Tu lógica es un poco endeble. Si el Antiguo me controlara directamente, podría hacer el tonto tanto como —ladeó la cabeza— el hombre de tus sueños. Ravna apretó los dientes.

—Es verdad, pero tengo una ayudita de mi jefe. Me ha autorizado para controlar el uso de transceptores. —Echó un vistazo al dataset—. En este momento, tu Antiguo recibe menos de diez kilobits por segundo de todo Relé... lo cual significa, amigo mío, que no te está teleoperando. El grosero comportamiento que veo hoy revela al auténtico Pham Nuwen.

El pelirrojo rió entre dientes, con cierto embarazo.

—Me has pillado. Cumpló deberes por mi cuenta desde que la Org persuadió a Antiguo para que se retirara. Pero debes saber que esos diez kilobits están totalmente dedicados a esta encantadora conversación.

Hizo una pausa como si escuchara, agitó la mano.

—Antiguo manda saludos.

Ravna rió contra su voluntad. Había algo absurdo en ese gesto, en la idea de que un Poder se rindiera a un humor tan frívolo.

—Bien, me alegra que él pueda participar. Mira, Pham, no pedimos mucho por tratarse de un Trascendente y podría salvar civilizaciones enteras. Danos unas miles de naves; con naves robot estaría bien.

—Antiguo podría fabricar esa cantidad, pero no serían mucho mejores que las que se construyen aquí. Engañar... —hizo una pausa, como sorprendido de las palabras que él mismo había escogido—. Engañar a la Zona es una tarea sutil.

—De acuerdo. Calidad o cantidad. Nos conformaremos con lo que Antiguo considere...

—No.

—¡Pham! Estamos hablando de unos pocos días de trabajo para Antiguo. Ya ha pagado más que eso para estudiar la Plaga. —*La apasionada noche que habían compartido habría costado lo mismo*, pensó Ravna, pero no lo mencionó.

—Sí, y Vrinimi ha gastado la mayor parte.

—¡Para compensar a los clientes que excluiste! Pham, ¿no puedes al menos decirnos por qué?

La sonrisa indolente se le borró del rostro. Ravna echó un vistazo al dataset. No, Pham Nuwen no estaba poseído. Recordó la cara que él había puesto al leer los mensajes de Jefri Olsndot. Debajo de esa arrogancia acechaba un ser humano decente.

—Lo intentaré. Ten en cuenta que, aunque he formado parte de Antiguo, estoy recordando y explicando con mis limitaciones humanas.

—Tienes razón, la Perversión está engullendo el Tope del Allá. Quizá perezcan cincuenta civilizaciones antes que este Poder se canse de sus estropicios... y los «ecos» del desastre durarán un par de milenios: sistemas estelares contaminados, especies artificiales con ideas sanguinarias. Odio decirlo así, pero..., ¿y qué? Antiguo ha pensado en este problema durante más de cien días. Es mucho tiempo para un Poder, especialmente para Antiguo. Tiene más de diez años de existencia. Su mente está sufriendo cambios que le pondrán más allá de toda comunicación. En definitiva, todo esto le importa un bledo.

Era un tema estándar en la escuela, pero Ravna no pudo contenerse. Esto era real.

—Nuestra historia está llena de episodios en los que los Poderes ayudaron a las especies del Allá, a veces hasta a individuos. —Ya había buscado a la especie del Allá que había creado a Antiguo. Eran criaturas que parecían sacos de gas. Sus mensajes eran pura jerigonza incluso después de la mejor interpretación de Relé. Al parecer no tenían mayor influencia sobre Antiguo. Sólo contaba con una apelación directa—. Mira, invirtamos el argumento. Ni siquiera los humanos comunes necesitan explicaciones para ayudar a un animal herido.

Pham volvió a sonreír.

—Siempre con tus analogías. Recuerda que ninguna analogía es perfecta, y cuanto más compleja es la automatización, más complejas son las posibles motivaciones. ¿Qué me dices de esta analogía? Antiguo es básicamente un buen tipo, con un cómodo hogar en un buen barrio de la ciudad. Un día nota que tiene un nuevo vecino, un tipo sucio cuya casa está inundada de tóxicos viscosos. Si tú fueras Antiguo, te preocuparías, ¿verdad? Echarías una ojeada debajo de tus propiedades. También conversarías con el nuevo vecino para averiguar de dónde vino, qué está pasando. La Org Vrinimi vio parte de esa investigación. Así descubres que el nuevo vecino es insalubre. Su estilo de vida consiste en envenenar tierras pantanosas y en comer la viscosidad que produce. Es un fastidio; apesta y lastima a muchos animales

inofensivos. Pero, después de investigar, confirmas que el daño no afectará tu propiedad y logras que el vecino tome medidas para reducir la pestilencia. En todo caso, comer desechos tóxicos sólo puede acortarle la vida. —Hizo una pausa—. Como analogía, creo que ésta es bastante acertada. Después del misterio inicial, Antiguo ha determinado que esta Perversión presenta un diseño común, tan insignificante y trivial que incluso criaturas como tú y yo vemos que es maligna. Hace cien millones de años que en una forma u otra aflora de los archivos del Allá.

—¡Demonios! Yo reuniría a mis vecinos y echaría a ese degenerado de la ciudad.

—Se ha hablado de ello, pero sería caro... y mucha gente podría resultar herida. —Pham Nuwen se levantó ágilmente y sonrió con displicencia—. Bien, era todo lo que teníamos que decirte. —Se alejó de la arboleda. Ravna se dispuso a perseguirle.

—Mi consejo personal es que no te lo tomes tan a pecho, Ravna. Lo he visto todo. Desde el Fondo de la Lentitud hasta las entrañas de un Poder Trascendente, cada Zona tiene sus aspectos desagradables. El fundamento de la Perversión, termodinámico, económico, como quieras representarlo, es la alta calidad de pensamiento y comunicación en el Tope del Allá. La Perversión no ha tocado una sola civilización del Allá Medio. Aquí, las demoras y gastos en comunicaciones son demasiado grandes, y aun el mejor equipo es obtuso. Para dirigir las cosas necesitarías flotas en pie de guerra, policía secreta, transceptores torpes... sería casi tan chapucero como cualquier otro imperio del Allá, y nada rentable para un Poder. —Se dio la vuelta y vio su expresión sombría—. Oye, te estoy diciendo que tus bonitas posaderas están a salvo. —Bajó la mano para palmearle el trasero.

Ravna le apartó la mano y retrocedió. Había tratado de elaborar un argumento ingenioso que le indujera a pensar. Había casos en los que los Dispositivos Emisarios habían alterado la decisión del director. Pero esas ideas a medio formar se disiparon y sólo dijo:

—¿Y cuán a salvo está tu propio trasero, eh? Dices que Antiguo está dispuesto a hacer la maleta y marcharse adondequiera que vayan los Poderes vetustos. ¿Piensa llevarte; o simplemente te echará a un lado, como una mascota que ahora le incomoda?

Fue un intento tonto y Pham Nuwen sólo rió.

—¿Más analogías? No, lo más probable es que me abandone. Ya sabes, como una sonda robot volando en libertad después de su misión. —Otra analogía, pero de su agrado—. De hecho, si ocurre pronto, yo podría interesarme en esta expedición de rescate. Parece que Jefri Olsndot está en una civilización medieval. Apuesto a que nadie de la Org entiende ese lugar mejor que yo; y, en el Fondo, tu tripulación no podría pedir mejor camarada que un viejo capitán Qeng Ho. —Hablaban airosamente, como si el coraje y la experiencia fueran cosa cotidiana para él, aunque otros fueran animalillos cobardes.

—¿De veras? —Ravna puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza. Era demasiado cuando toda la existencia de ese hombre era un fraude—. Eres el principito que se crió en medio de la intriga y el asesinato, y luego voló a las estrellas con el Qeng Ho... ¿Alguna vez piensas en ese pasado, Pham Nuwen? ¿O es algo que Antiguo tiene la discreción de impedirte? Después de nuestra encantadora velada en La Compañía Errante, yo pensé en ello. Y, ¿sabes qué? Hay muy pocas cosas que sepas con certeza. Sí, eras un viajero de la Zona Lenta... tal vez dos o tres viajeros, porque ninguno de los cadáveres estaba completo. Tú y tus amigotes os matasteis en la zona más profunda de la Lentitud. ¿Qué más? Bien, tu nave no tenía memoria recuperable. La única copia impresa que hallamos parecía escrita en un idioma asiático de la Tierra. Eso es todo, lo único con que contaba Antiguo cuando montó su fraude.

Pham mostró cierta desazón. Ravna continuó antes que él pudiera hablar.

—Pero no culpes a Antiguo. Él llevaba cierta prisa, ¿verdad? Tenía que convencernos a Vrinimi y a mí de que eras real. Hurgó en los archivos, armó para ti una realidad hecha de fragmentos. Tal vez le llevó una tarde. ¿Le agradeces el esfuerzo? Una pizca de aquí y otra de allá. En efecto, existió un Qeng Ho. En la Tierra, mil años antes del vuelo espacial. Y deben haber existido colonias de ascendencia asiática, aunque se trata de una obvia extrapolación por parte de Antiguo. En realidad tiene un gran sentido del humor. Transformó tu vida en una aventura romántica, incluida la expedición con final trágico. Eso debió haberme puesto sobre aviso, dicho sea de paso. Es una combinación de varias leyendas prenyjoranas.

Recobró el aliento y continuó.

—Lo lamento por ti, Pham Nuwen. Mientras no pienses demasiado en ti mismo, puedes ser el tío más aplomado del espacio pero ¿alguna vez has examinado de cerca tu destreza, tus logros? Apuesto a que no. Ser un gran guerrero o un piloto experto requiere un millón de subtalentos, lo cual incluye elementos anestésicos por debajo del nivel del pensamiento consciente. El fraude de Antiguo sólo necesitaba los recuerdos de los niveles superiores y una personalidad arrolladora. Mira bajo la superficie, Pham. Creo que hallarás un gran vacío. —*Un frágil sueño de heroísmo.*

El pelirrojo se cruzó de brazos y se tamborileó la manga con un dedo. Cuando Ravna dejó de hablar, la miró con una sonrisa paternalista.

—Ah, tonta Ravna. Ni siquiera ahora comprendes cuán superiores son los Poderes. Antiguo no es una tiranía del Allá Medio, que lava el cerebro de sus víctimas con recuerdos superficiales. Incluso un fraude Trascendente es más profundo que la imagen de la realidad en una mente humana. ¿Y cómo puedes saber que esto es un fraude? Conque examinaste los archivos de Relé, y no hallaste mi Qeng Ho. —*Mi Qeng Ho.* Hizo una pausa. ¿*Recordando?* ¿*Tratando de recordar?* Por un instante Ravna le vio un destello de pánico en el rostro. Luego se esfumó y

sólo quedó su sonrisa—. ¿Quién puede imaginar los archivos del Trascenso?, ¿todas las cosas que Antiguo debe saber sobre la humanidad? La Org Vrinimi debería agradecerle a Antiguo que explicara mis orígenes, porque nunca lo habría averiguado por su cuenta. Mira, lamento no poder ayudar. Aunque en otros sentidos sea una necesidad, me gustaría que rescataran a esos chicos. Pero no te preocupes por la Plaga. Ahora está cerca de su expansión máxima. Aunque pudieras destruirla, no mejorarías la situación de los pobres desgraciados que ya ha absorbido. —Rió, quizá con demasiada estridencia—. Bien, debo irme. Antiguo me ha encargado algunas tareas para esta tarde. No le convencía esta entrevista personal, pero no insistió. Las ventajas del trabajo autónomo. Tú y yo pasamos buenos momentos juntos y pensé que sería agradable hablar contigo. No quería que te enfadaras.

Pham activó su agrávido y se elevó de la arena. Saludó lacónicamente. Ravna alzó la mano para devolver el saludo. La figura se encogió, rodeándose de una tenue aureola cuando abandonó la atmósfera respirable de las Dársenas y se activó el traje espacial.

Ravna se quedó mirando hasta que la figura se transformó en un viajero más en el cielo índigo. *Maldición. Maldición. Maldición.*

A sus espaldas oyó ruedas crujendo en la arena. Vaina Azul y Tallo Verde habían salido del agua. La humedad relucía a los lados de sus escrodos, transformaba sus franjas cosméticas en estrías irisadas. Ravna les salió al encuentro. *¿Cómo les digo que no habrá ayuda?*

Con un representante como Pham Nuwen, Antiguo le había parecido muy diferente de lo que imaginaba por sus clases en Sjandra Kei. Casi había pensado que podría cambiar las cosas con sólo hablar. Vaya broma. Ahora había vislumbrado algo más: un ser que podía jugar con las almas tal como un programador juega con un gráfico; un ser tan alejado de ella que sólo su indiferencia podía protegerla. *Alégrate, Ravna, pequeño insecto. La llama te deslumbró sin quemarte.*

En las semanas siguientes todo anduvo asombrosamente bien. A pesar de la negativa de Pham Nuwen, Vaina Azul y Tallo Verde aún estaban dispuestos a efectuar el rescate. La Org Vrinimi incluso aportó nuevos recursos. Cada día, Ravna realizaba una tele-excursión a los astilleros. El *Fuera de Banda II* no obtendría mejoras Trascendentes, pero cuando se concluyera su reacondicionamiento, la nave sería algo extraordinario. Ahora flotaba en una dorada bruma de estructuradores, millones de robots diminutos que remodelaban sectores del casco dándole forma de lugre. A veces la nave parecía frágil como una polilla, a veces un pez abisal. La nave reconstruida podría sobrevivir en diversos entornos. Tenía los impulsores principales de una nave de ultraimpulso, pero el casco era estilizado y esbelto, con la clásica forma de una nave estatocolectora. Los lugres operaban peligrosamente cerca de la Zona Lenta. La superficie de la zona era difícil de detectar a distancia y aún más difícil de cartografiar; y había perturbaciones. Un lugre podía quedar atrapado a un par de años-luz de la Lentitud. Entonces, uno agradecía el estatocolector y las instalaciones de sueñofrío. Desde luego, los viajeros eran antiguallas cuando regresaban a la civilización, pero al menos estaban vivos.

Ravna examinó las espinas que erizaban el casco. Eran más anchas que en la mayoría de las naves que iban a Relé. No eran óptimas para el Allá Medio o Alto, pero con ordenadores adecuados (es decir, del Allá Bajo) la nave podría volar con gran celeridad cuando llegara al Fondo.

Grondr le permitió dedicar gran parte de su tiempo al proyecto y, al cabo de unos días, Ravna comprendió que no era un mero favor. Ella era la persona más capacitada para esa tarea. Conocía a los humanos y era experta en gestión de archivos. Jefri Olsndot necesitaba aliento todos los días y las cosas que contaba Jefri tenían una importancia inmediata. Aunque todo saliera de acuerdo con los planes, aunque la Perversión no se entrometiera, el rescate sería complicado. El niño y su nave parecían estar en medio de una guerra. El rescate exigiría gran rapidez en las decisiones. Necesitarían una base de datos efectiva a bordo y un programa estratégico. Pero muchos elementos no funcionarían en el Fondo, y la capacidad de memoria sería limitada. Ravna debería decidir qué materiales de la biblioteca trasladar a la nave, equilibrar la disponibilidad local con los recursos que serían accesibles con la ultraonda de Relé.

Grondr estaba disponible en la red local y a menudo en tiempo real. Quería que el proyecto funcionara.

—No se preocupe, Ravna. Dedicaremos parte de R00 a esta misión. Si su antena funciona bien, los escroditas tendrán un enlace de treinta kilobits con Relé. Usted será su principal contacto aquí, y tendrá acceso a nuestros mejores estrategias. Si nada

interfiere, no tendrá problemas para dirigir este rescate.

Cuatro semanas atrás, Ravna no se habría atrevido a pedir más, pero ahora:

—Señor, tengo una idea mejor. Mándeme con los escroditas.

Los órganos bucales de Grondr chasquearon con fuerza. Ravna había visto esa expresión de sorpresa en gente como Egravan, pero nunca en el envarado Grondr. Su jefe calló un instante.

—No. La necesitamos aquí. Usted es nuestra mayor garantía de cordura cuando se trata de asuntos relacionados con la humanidad.

Los grupos de noticias interesados en la Perversión de Straumli irradiaban más de cien mil mensajes por día, y una décima parte de éstos se relacionaba con los humanos. Miles de esos mensajes eran refritos de viejas ideas, o ridiculeces patentes, o probables mentiras. Las automatizaciones de Marketing tenían capacidad suficiente para filtrar las redundancias y algunas ridiculeces; pero cuando se trataba de interrogantes sobre la naturaleza humana, Ravna no tenía parangón. Pasaba la mitad del tiempo guiando ese análisis y respondiendo a preguntas sobre la humanidad en los archivos. Esto resultaría casi imposible si se marchaba con los escroditas.

En los días siguientes, Ravna siguió insistiendo sobre esta cuestión. Quien se encargara del rescate necesitaría entenderse con los humanos. *Niños* humanos, además. Era muy probable que Jefri Olsndot jamás hubiera visto a un escrodita. Era un buen argumento, y poco a poco le iba sumiendo en la desesperación, pero no bastaba para cambiar la actitud de la vieja mente de Grondr. Se necesitarían algunos acontecimientos externos para ello. Al transcurrir las semanas, la expansión de la Plaga se volvió más lenta. Como sostenían todos, y como Antiguo había afirmado a través de Pham Nuwen, parecían existir límites naturales para la medida en que la Perversión podía extender sus intereses. El pánico abyecto desapareció gradualmente del tráfico de comunicaciones del Allá Alto. Los rumores y los refugiados procedentes de los volúmenes absorbidos se redujeron casi a cero. La gente había abandonado los espacios apestados, pero ahora se parecía más a la muerte en un cementerio que a la muerte por contagio. Los grupos de noticias relacionados con la Plaga continuaron comentando la catástrofe, pero el nivel de refritos improductivos aumentaba gradualmente. Simplemente había pocas novedades. En los próximos diez años, la muerte física se expandiría por la región apestada. La colonización se reiniciaría, tanteando cautelosamente las ruinas, las trampas informacionales y las especies residuales. Pero faltaba mucho para ello y el tema ya representaba menos ganancias para Relé.

... Y Marketing mostraba mayor interés en la nave fugitiva de Straumli. Ninguno de los programas de estrategia (y mucho menos Grondr) creían que el secreto de la nave pudiera afectar a la Plaga; pero era probable que generase ventajas comerciales cuando la Perversión se cansara de su juego Trascendente. Y las mentes colectivas de

los púas les habían interesado. Correspondía esforzarse al máximo y que Ravna abandonara su tarea en las Dársenas para participar en la misión.

Para su asombro, su fantasía infantil de rescate y aventuras se concretaría. Y, más asombroso aún, *la perspectiva me aterra menos de lo que creía*.

Interlocutor [56]: Lamento no *haver rresponddo* por un tiempo no me siento muy *vien*. Acero dice que *devo* hablar contigo. Dice que necesito más amigos para sentirme *mejhor*. Amdi también dice así y es mi mejor amigo... como muchos perros pero inteligente y divertido. Ojalá pudiera enviar fotos. Acero tratará de *responderr* tus preguntas, hace lo *posivle* por ayudar, pero las manadas malas regresarán. Amdi y yo intentamos seguir tus instrucciones con la nave. Lo lamento, no da resultado... Odio ese tonto teclado...

Org [57]: Hola, Jefri. Amdi y Acero tienen razón. Siempre me agrada hablar y te hará sentir mejor. Hay inventos que podrían ayudar a Acero. He pensado en algunas mejoras para sus arcos y lanzallamas. También enviaré información sobre diseño de fortalezas. Por favor dile que no podemos enseñarle a conducir la nave. Sería peligroso incluso para un piloto experto...

Interlocutor [57]: Sí, hasta papá tuvo dificultades para el aterrizaje, xkskw898kio45 creo que Acero no entiende, y se está desesperando. No hay otra cosa, como las de los viejos tiempos? ¿Bombas y aviones que pudiéramos fabricar?

Org [58]: Hay otros inventos, pero Acero tardaría en fabricarlos. Nuestra nave estelar partirá pronto de Relé, Jefri. Estaremos allí mucho antes de que puedan fabricarlas...

Interlocutor [58]: ¿Vendréis? ¡¡Al fin vendréis!! ¿Cuándo? ¿¿¿Cuándo llegaréis aquí???

Ravna componía sus mensajes para Jefri en un teclado, porque le permitía compenetrarse con la situación del niño. Él parecía estar aguantando, aunque aún había días en que no escribía (era extraño pensar en «depresión mental» tratándose de un niño de ocho años). Otras veces parecía tener un berrinche ante el teclado y, a través de veintiún mil años-luz, Ravna podía comprobar que el pequeño asestaba puñetazos a las teclas.

Ravna sonrió. Hoy, al fin, podía ofrecerle algo más que promesas inconcretas. Tenía una hora de partida confirmada. Jefri recibiría con gusto el mensaje [59]. Tecleó: «Debemos partir dentro de siete días, Jefri. El tiempo de viaje será de treinta días.» ¿Convenía dar más detalles? Los últimos informes de los grupos de noticias de

los límites de la Zona comentaban que el Fondo estaba inusitadamente turbulento. El mundo de los púas estaba muy cerca de la Zona Lenta. Si la «tormenta» arreciaba, el tiempo de viaje se prolongaría. Existía una probabilidad del uno por ciento de que el viaje llevara más de sesenta días. Se alejó del teclado. ¿Era necesario aclararlo? Demonios. Mejor ser franca; esas fechas podían afectar a los lugareños que ayudaban a Jefri. Explicó las probabilidades y las dificultades, luego describió la nave y las cosas maravillosas que llevarían. El niño habitualmente no escribía largas parrafadas (salvo cuando retransmitía información de Acero), pero parecía recibir con gusto las cartas largas.

El *Fuera de Banda II* era sometido a las últimas revisiones. Su ultraimpulso fue reconstruido y verificado; los escroditas viajaron un par de miles de años-luz para verificar la antena múltiple. La antena funcionaba a la perfección. Ella y Jefri podrían conversar durante casi todo el viaje. Desde el día anterior, la nave estaba abarrotada de vituallas. (Esto sonaba a una aventura medieval. Pero era preciso llevar provisiones cuando uno iba tan abajo que los gráficos de la realidad no eran de fiar). El día de mañana la gente de Grondr cargaría el compartimento de carga con instrumental que podría ser muy útil en un rescate. ¿Debería mencionarlo? Parte del mismo podría intimidar algo a los amigos de Jefri.

Aquella noche, ella y los escroditas celebraron una fiesta en la playa. Así la llamaron, aunque se parecía más a la versión humana que a la versión escroditas. Vaina Azul y Tallo Verde se habían alejado del agua para instalarse donde la arena era seca y tibia. Ravna tendió algo de comida en el pañol de carga de Vaina Azul. Se sentaron en la arena y admiraron el ocaso.

Celebraban que Ravna hubiera obtenido autorización para abordar la *FDB* y que la nave ya estuviera casi lista para partir.

—¿De veras te alegras de ir, mi dama? —le preguntó Vaina Azul—. Nosotros dos ganaremos mucho dinero, pero tú...

Ravna rió.

—Obtendré una bonificación en viajes. —Había insistido tanto en que le dieran la autorización, que no le quedaba mucho margen para negociar la paga—. Y sí. De veras quiero ir.

—Me alegra —dijo Tallo Verde.

—Es de risa —dijo Vaina Azul—. Mi compañera está complacida de que nuestra pasajera no sienta amargura. Casi perdimos nuestro afecto por los bípedos después de embarcarnos con los certificantes. Pero ahora no hay nada que temer. ¿Has leído Grupo Amenazas en las últimas quince horas? La Plaga ha cesado de crecer y sus bordes se han definido con mayor precisión. La Perversión está alcanzando la madurez. Ahora estoy dispuesto a partir.

Vaina Azul demostraba gran interés en las «manadas» de púas y los planes para

rescatar a Jefri y otros posibles supervivientes. Tallo Verde aportaba algunas ideas. Aunque era menos tímida que antes, aún parecía más discreta, más retraída que su compañero. Y también era más realista. Se alegraba de que aún faltara una semana para partir. Todavía debían realizar los últimos chequeos de la nave y Grondr había convencido a la Org para que financiara una pequeña flota de naves señuelo. Ya habían terminado cincuenta. A finales de semana habrían construido un centenar.

Las Dársenas se perdían en la noche. Con esa atmósfera ligera, el crepúsculo era breve, pero los colores eran espectaculares. La playa y los árboles relucían bajo los rayos horizontales. El aroma de las flores se mezclaba con el olor salobre del mar. Del otro lado del mar, todo era un contraste de brillo y oscuridad, siluetas que podían ser ornamentos Vrinimi o equipo funcional de las dársenas; Ravna nunca lo había sabido. El sol se hundió detrás del mar, tiñendo el horizonte de naranja y rojo, con una ancha franja verde que tal vez fuera oxígeno ionizado.

Los escroditas no hicieron girar sus escrodos para tener mejor vista, quizá ya estuvieran mirando hacia allá, pero dejaron de hablar. Cuando se puso el sol, las olas se despedazaron en mil imágenes, destellos verdes y amarillos a través de la espuma. Ravna supuso que ambos habrían preferido estar en el agua. Les había visto con frecuencia en el ocaso, sentados donde el oleaje rompía con más fuerza. Cuando el agua se retiraba, sus tallos y frondas se extendían como brazos de mendigos. En esas ocasiones, Ravna casi entendía a los escroditas menores que pasaban la vida entera memorizando esos momentos repetidos. Sonrió bajo el verdoso crepúsculo. Ya tendría tiempo de sobra para preocuparse y planificar.

Permanecieron así veinte minutos. En la línea curva de la playa, Ravna vio fuegos diminutos en la oscuridad, otras fiestas. En las cercanías se oyeron pisadas en la arena. Se volvió y vio que era Pham Nuwen.

—¡Por aquí! —llamó.

Pham caminó hacia ellos. No le había visto mucho desde su última confrontación y Ravna suponía que algunas de sus frases hirientes habían surtido efecto. *Esta vez, espero que Antiguo le haya hecho olvidar.* Pham Nuwen tenía potencial para ser una persona auténtica; no había sido correcto herirle a él porque no podía desquitarse con su director.

—Siéntate. La galaxia despuntará dentro de media hora.

Los escroditas emitieron un susurro. Estaban tan sumidos en la contemplación del ocaso que sólo entonces repararon en el visitante.

Pham Nuwen se alejó un par de pasos y se plantó frente al mar con los brazos en jarras. Miró a Ravna, y el crepúsculo verde infundió a su rostro una turbadora intensidad. Torció la boca en su sonrisa de costumbre.

—Creo que te debo una disculpa.

¿Antiguo te dejará unirse a la especie humana, a fin de cuentas? Pero Ravna se

sintió conmovida. Apartó los ojos.

—Creo que yo también. Si Antiguo no quiere ayudar, que no ayude. No debí haber perdido los estribos. Pham Nuwen rió en voz baja.

—El tuyo fue un error menor. Todavía trato de comprender en qué me equivoqué y... no creo que tenga tiempo para aprenderlo.

Volvió a mirar el mar. Al cabo de un instante, Ravna se levantó y caminó hacia él. De cerca los ojos de Pham parecían vidriosos.

—¿Qué pasa? —*Maldito seas, Antiguo. Si vas a abandonarle, no lo hagas por partes.*

—Tú eres la gran experta en Poderes Trascendentes, ¿eh? Más sarcasmo.

—Bien...

—¿Aquellos tíos tienen guerras? Ravna se encogió de hombros.

—Circulan rumores. Creo que hay conflictos, pero demasiado sutiles para llamarlos guerras.

—Pues tienes razón. Hay una lucha, pero tiene más matices que todo lo que sucede aquí abajo. Los beneficios de la colaboración suelen ser tan grandes que... En parte, fue por eso que no me tomé la Perversión en serio. Además, es una criatura lamentable, un cachorro gemebundo que ensucia su propio cubil. Aun si deseara matar a otros Poderes, no está en condiciones de hacerlo. Ni en mil millones de años...

Vaina Azul se les acercó.

—¿Quién es éste, mi dama?

Eran las típicas interrupciones escroditas a las que justo se estaba acostumbrando. *Si Vaina Azul se sincronizara con la memoria del escrodo, lo sabría.* Pero, de repente, comprendió el sentido de la pregunta. ¿Quién es él? Miró su dataset. Revelaba el estado de transceptor desde que Pham Nuwen había llegado. Y... ¡por los Poderes, un solo cliente había acaparado tres transceptores! Retrocedió un paso.

—¡Tú!

—¡Yo! Otro encuentro personal, Ravna. —La sonrisa socarrona era una parodia de la sonrisa de Pham—. Lamento no poder ser encantador esta noche. —Se palmeó el pecho torpemente—. Estoy usando los instintos de esta cosa... estoy demasiado ocupado tratando de sobrevivir.

Un hilillo de baba le humedecía la barbilla. Los ojos de Pham se fijaban en ella y luego se extraviaban.

—¿Qué le estás haciendo a Pham?

El Dispositivo Emisario avanzó hacia ella, tambaleó.

—Haciendo lugar —dijo la voz de Pham Nuwen.

Ravna pronunció el código de fono de Grondr. No hubo respuesta. El Dispositivo Emisario sacudió la cabeza.

—La Org Vrinimi está muy ocupada tratando de convencerme de que deje su equipo en paz, armándose de coraje para expulsarme. No creen en lo que digo —soltó una risa ahogada—. No importa. Ahora entiendo que este ataque es una mera distracción... ¿Qué me dices, pequeña Ravna? ¿Entiendes? La Plaga no es una Perversión Clase Dos. En el tiempo que me queda, sólo puedo tratar de adivinar qué es. Algo muy viejo, muy grande. Sea lo que fuere, me está comiendo vivo.

Vaina Azul y Tallo Verde se acercaron a Ravna haciendo crujir las frondas. A miles de años-luz, en pleno Trascenso, un Poder luchaba para sobrevivir. Y lo único que ellos veían era un hombre transformado en un lunático delirante.

—Conque he aquí mi disculpa, pequeña Ravna. Ayudarte tal vez no me habría salvado —se le estranguló la voz y respiró entrecortadamente—. Pero ayudarte ahora me brindará un grado de... bien, venganza es un motivo que comprenderías. He ordenado a vuestra nave que descienda. Si os movéis deprisa y no usáis agrávidos, podréis sobrevivir a la próxima hora.

La voz de Vaina Azul era tímida y agitada a la vez.

—¿Sobrevivir? Sólo un ataque convencional daría resultado aquí y no hay indicios de ello.

Un maniático rodeado por una noche apacible. El dataset de Ravna no mostraba nada extraño, salvo el otorgamiento de anchura de banda a Antiguo.

Pham Nuwen rió ásperamente.

—Oh, es bastante convencional, pero muy astuto. Unos pocos gramos de trastorno replicante, repartido en varias semanas. Está floreciendo ahora, sincronizado con el ataque... El engendro perecerá en cuestión de horas, después de matar las preciosas automatizaciones de Relé... ¡Ravna! Coge la nave, o muere en los próximos segundos. Coge la nave. Si sobrevives, ve al Fondo. Consigue el... —el Dispositivo Emisario se irguió, sonrió por última vez—. Y aquí está mi obsequio para ti, la mejor ayuda que puedo brindarte.

La sonrisa desapareció. La mirada vidriosa fue reemplazada por una mirada de asombro y luego de terror. Pham Nuwen inhaló profundamente y atinó a lanzar un alarido antes de desplomarse. Cayó de bruces, contorsionándose y ahogándose en la arena.

Ravna gritó de nuevo el código de Grondr y corrió hacia Pham Nuwen. Le tendió de espaldas y trató de limpiarle la boca. La convulsión duró varios segundos y Pham no dejaba de patallar. Ravna recibió golpes mientras trataba de calmarle. Luego Pham se distendió, respirando con dificultad.

—De algún modo ha capturado la *FDB* —dijo Vaina Azul—. Está a cuatro mil kilómetros y enfila hacia las Dársenas. Gimo. Estamos arruinados. —Un vuelo no autorizado cerca de las Dársenas era causa de confiscación.

Ravna sospechaba que ya no tenía importancia.

—¿Hay señales de ataque? —preguntó por encima del hombro. Acomodó la cabeza de Pham para facilitarle la respiración.

Los escroditas susurraron.

—Hay algo raro —dijo Tallo Verde—. Se ha suspendido el servicio en los transceptores principales. —*Conque Antiguo aún sigue transmitiendo*—. La red local está muy atestada. Muchas automatizaciones, muchos empleados son llamados para servicio especial.

Ravna se echó hacia atrás. El negro cielo estaba tachonado de brillantes puntos de luz, naves que se dirigían a las Dársenas. Todo muy normal. Pero su dataset estaba mostrando lo que decía Tallo Verde.

—Ravna, no puedo hablar ahora —sonó en el aire la crispada voz de Grondr. Este debía ser su programa asociado—. Antiguo se ha apoderado de la mayor parte de Relé. Cuídate del Dispositivo Emisario. —*¡Un poco tarde para eso!*—. Hemos perdido contacto con la valla de vigilancia que está más allá de los transceptores. Tenemos fallos de programa y de hardware. Antiguo afirma que nos atacan. —Una pausa de cinco segundos—. Vemos rastros de una flota maniobrando en el límite de las defensas locales. —Eso estaba a sólo medio año-luz.

—*¡Brap!* —exclamó Vaina Azul—. ¡El límite de las defensas locales! ¿Cómo es posible que no les vieran llegar? —Rodó de atrás para adelante, giró.

El asociado de Grondr ignoró la pregunta.

—Un mínimo de tres mil naves. Destrucción de transceptores inmin...

—Ravna, ¿los escroditas aún están con usted? —era la voz de Grondr, pero más tensa, más crispada. Ésta era la persona real.

—Sí.

—La red local está fallando. El soporte vital falla. Las Dársenas caerán. Seríamos más fuertes que la flota atacante, pero nos estamos pudriendo por dentro... Relé está agonizando —la voz se agudizó—, pero Vrinimi no morirá, y un contrato es un contrato. Diga a los escroditas que les pagaremos, de algún modo, algún día. Requerimos... imploramos que realicen la misión que les encomendamos, Ravna.

—Sí. Están oyendo.

—*¡Entonces márchese!* —y la voz calló—. La *FDB* llegará en doscientos segundos —dijo Vaina Azul. Pham Nuwen se había calmado y respiraba con mayor regularidad. Mientras los dos escroditas parloteaban, Ravna miró en torno y, de pronto, comprendió que la muerte y la destrucción consistían sólo en informes lejanos. La playa y el cielo estaban tan apacibles como siempre. Los últimos rayos del sol habían dejado las olas. La espuma era una franja borrosa en la luz verde. Luces amarillas fulguraban en los árboles y las lejanas torres.

Pero era evidente que había corrido la alarma. Oyó que se activaban los datasets. Algunas fogatas de la playa se apagaron y las figuras que las rodeaban corrieron

hacia la arboleda o se elevaron, enfilando hacia oficinas más alejadas. Naves estelares abandonaron sus refugios del otro lado del mar, elevándose hasta relumbrar en la agonizante luz del sol.

Era el último momento de paz de Relé. Una mancha de oscuridad fulgurante cubrió el cielo. Ravna jadeó ante esa luz, tan distorsionada que resultaba invisible. Brillaba más en su mente que en sus ojos. Costaba diferenciarla objetivamente de la negrura.

—¡Allá hay otra! —exclamó Vaina Azul. Estaba cerca del horizonte de las Dársenas, un borrón de oscuridad de un grado de diámetro. Los bordes eran como una hemorragia de negro sobre negro.

—¿Qué es eso? —Ravna no era una entusiasta de la guerra, pero había leído bastantes historias de aventuras. Conocía la existencia de las bombas de antimateria y los proyectiles relativistas KE. En la lontananza esas armas eran brillantes manchas de luz, a veces una fluctuación orquestada o un resplandor incandescente que bañaba un planeta como una parsimoniosa gota de agua. Sus lecturas la habían preparado para estas imágenes. Lo que veía ahora parecía más un defecto ocular que una visión de guerra.

Sólo los Poderes sabían qué veía un escrodata, pero Vaina Azul dijo:

—Los transceptores principales... los han vaporizado, creo.

—¡Pero están a años-luz de distancia! No hay modo de ver...

Apareció otra mancha de color, flotando por doquier. Pham Nuwen sufrió otro espasmo, pero menos violento. No le costó sostenerle, pero le goteaba sangre de la boca. Tenía la espalda de la camisa mojada con algo que apestaba a podredumbre.

—La *FDB* llegará en cien segundos. Mucho tiempo, mucho tiempo —dijo Vaina Azul, rodando de aquí para allá. En su afán de tranquilizarles, sólo demostraba su nerviosismo—. Sí, mi dama, años-luz. Y dentro de muchos años, el fogonazo iluminará el cielo para cualquiera que aún viva aquí. Pero sólo una fracción de la vaporización está emitiendo luz. El resto es un borbotón ultraonda tan inmenso que afecta la materia común... El desborde excita tanto los nervios ópticos que el sistema nervioso se convierte en un receptor. —Giró en redondo—. Pero no te preocupes. Somos resistentes y rápidos. Hemos pasado por momentos de peligro. —Era absurdo que una criatura sin memoria efímera alardeara de sus reflejos. Ravna esperó que el escrodo estuviera a la altura de las circunstancias.

—¡Mirad! —exclamó Tallo Verde con dolorosa estridencia.

El oleaje se estaba replegando a mayor distancia que nunca.

—¡El mar está cayendo! —gritó Tallo Verde. La orilla se había desplazado doscientos metros. El horizonte verdoso se estaba derrumbando.

—La nave aún está a cincuenta segundos. Volaremos a su encuentro. ¡Ven, Ravna!

El valor de Ravna murió en ese instante. ¡Grondr había dicho que las Dársenas caerían! El cielo estaba atestado de gente que volaba en busca de protección. A cien metros la arena misma se arremolinaba, un alud que se despeñaba en el abismo. Ravna recordó algo que había dicho Antiguo y de pronto supo que los fugitivos cometían un terrible error. Ese pensamiento fue más vivido que su terror.

—¡No! Busquemos un terreno más alto.

La noche ya no era silenciosa. Un campanileo gimoteante subía desde el mar. El sonido se propagó. La brisa del ocaso era un vendaval que arrastraba los árboles hacia el agua, haciendo volar ramas y arena.

Ravna aún estaba de rodillas, estrujando los lacios brazos de Pham. Ni aliento ni pulso. Los ojos la miraban sin ver. El regalo de Antiguo. *¡Al demonio con los Poderes!* Cogió a Pham Nuwen por las axilas y se lo cargó a la espalda.

Jadeó, se tambaleó. Debajo de la camisa había cavidades donde debía haber habido carne sólida. Algo húmedo y hediondo le goteaba por los costados. Se levantó penosamente, llevando el cuerpo a rastras.

—Tardaremos horas en llegar a alguna parte —gritó Vaina Azul.

Se elevó del suelo, conduciendo su agrávido contra el viento. Escrodo y escrodita bailotearon ebriamente un instante y, súbitamente, cayeron al suelo, arrastrados por el viento hacia el hoyo aullador donde había estado el mar. Tallo Verde se interpuso para impedir que cayera. Vaina Azul se enderezó y ambos regresaron hacia Ravna. La voz del escrodita se perdía en el viento

—... falla el agrávido. Y con él, la estructura misma de las Dársenas.

Se alejaron penosamente del mar que les succionaba.

—Encuentra un lugar para el descenso de la *FDB*.

La arboleda era ahora una escabrosa hilera de cerros. El paisaje cambiaba ante sus ojos y bajo sus pies. El gruñido sonaba por todas partes, a veces tan fuerte que vibraba a través de los zapatos de Ravna. Evitaron el terreno que se hundía, los orificios que se abrían por doquier. La noche ya no era oscura. Un fulgor azul bordeaba los hoyos... luces de emergencia, o un efecto lateral del fallo del agrávido. A través de esos hoyos se veía la nubosa noche de Nivel Suelo, cien kilómetros más abajo. El espacio intermedio no estaba vacío, sino poblado de fantasmas palpitantes; millones de toneladas de agua y tierra y cientos de viajeros volantes agonizando. La Org Vrinimi pagaba el precio de construir las Dársenas en agrávido en vez de en órbita inercial.

Los tres lograron avanzar. Pham Nuwen pesaba demasiado y Ravna se tambaleaba a izquierda y derecha tanto como avanzaba hacia delante. Pero sin embargo era más liviano de lo que parecía. Y eso era aún más aterrador a su manera; ¿estaría fallando también el Nivel Alto?

La mayoría de los agrávidos murieron por un fallo, pero algunos fueron presa del

caos. Fragmentos de árboles y tierra se desgajaban de la cima de los cerros y salían disparados hacia arriba. El viento cambiaba continuamente, pero ahora era menos intenso y el ruido más lejano. La atmósfera artificial que rodeaba las Dársenas se disiparía pronto. El traje de presión de bolsillo de Ravna funcionó unos minutos, pero se estaba gastando. En pocos minutos estaría tan muerto como los agrávidos, tan muerto como ella. Se preguntó cómo la Plaga había logrado hacer esto. Como el Antiguo, quizá pereciera sin saberlo nunca.

Vio llamaradas en el cielo, las toberas de las naves. La mayoría de la gente se había lanzado hacia las órbitas inerciales o había activado directamente el ultraimpulso, pero algunas pendían sobre el paisaje desintegrado. Vaina Azul y Tallo Verde precedían la marcha. Los dos usaban sus terceros ejes de un modo que Ravna jamás hubiera imaginado, elevándose y empujando para trepar por declives que ella apenas podía afrontar con el peso de Pham sobre la espalda.

Estaban en una colina, pero no por mucho tiempo. Esto había formado parte del bosque de las oficinas. Ahora los árboles estaban enmarañados como el pelo de un perro sarnoso. El suelo palpitaba. *¿Y ahora qué?* Los escroditas rodaban de un lado de la cima al otro. Evidentemente habían resuelto esperar allí. Ravna cayó de rodillas, apoyando el peso de Pham en el suelo. Contempló el panorama. Las Dársenas parecían una bandera flameante que perdiera jirones de tela a cada ondulación. Habían conservado su aspecto plano mientras aún reinaba la coordinación entre las unidades agrávidas, pero eso no duraría mucho. Había agujeros por doquier. En el horizonte, el borde de las Dársenas se desprendía y se escoraba. Con cien kilómetros de largo por diez de ancho, se desplomaba sobre las naves que acudían al rescate.

Vaina Azul se apretó contra su lado izquierdo, Tallo Verde contra el derecho. Ravna cambió de posición, apoyando parte del peso de Pham en el casco de los escrodos. Si los cuatro fusionaban sus trajes de presión, tendrían algunos instantes más de conciencia.

—La *FDB* está descendiendo —dijo Vaina Azul.

Algo estaba descendiendo. La tobera de una nave proyectó un fulgor azulado en el suelo, creando sombras movedizas. No es saludable estar cerca de un motor cohete, revoloteando en un campo de casi un g. Una hora antes, la maniobra habría sido imposible, o bien habría constituido una infracción capital. Ahora ya no importaba si la tobera perforaba las Dársenas o freían un cargamento procedente del otro confín de la galaxia.

Pero ¿dónde la harían aterrizar? Estaban rodeados por hoyos y peñascos movedizos. Ravna cerró los ojos para protegerse del resplandor. La luz ardiente descendió... y se apagó de repente. —¡Vamos juntos! —gritó Vaina Azul.

Ravna se aferró a los escroditas y descendieron de la colina. La *FDB* revoloteaba en el centro de un hoyo. La tobera no estaba a la vista, pero el resplandor de los

bordes del hoyo perfilaba abruptamente la silueta de la nave, transformaba sus espinas de ultraimpulso en plumosos arcos blancos. Una polilla gigante de alas relucientes a muy poca distancia.

Si los trajes resistían, llegarían al borde del hoyo. *¿Luego qué?* Las espinas impedían que la nave se acercara a menos de cien metros. Un humano ágil (e insensato) habría intentado coger una espina y dejarse arrastrar por ella.

Pero los escroditas tenían su propia forma de locura. Cuando la luz refleja se volvió intolerable, la tobera se apagó. La *FDB* cayó por el hoyo, lo que no detuvo el avance de los escroditas. —¡Deprisa! —gritó Vaina Azul.

Ravna entendió qué se proponían. Con toda la rapidez que les permitía su condición de bultos con ruedas, se desplazaron hacia el borde del negro agujero. El suelo cedió y pronto todos estuvieron en el aire.

Las Dársenas tenían cientos o miles de metros de espesor. Ahora caían a través de ellas, presenciando turbadores fogonazos de destrucción interna.

Al fin las atravesaron, sin dejar de caer. Por un instante, el pánico desapareció. A fin de cuentas estaban en caída libre, frente a una vista mucho más apacible que las Dársenas desintegradas. Ahora era fácil aferrar a los escroditas y a Pham Nuwen, y la atmósfera compartida de los trajes parecía más densa que antes. Había algo que decir a favor del vacío y la caída libre. Excepto por algún agrávido rebelde, todo descendía con la misma aceleración y las ruinas se acomodaban apaciblemente. Dentro de cuatro o cinco minutos tocarían la atmósfera de Nivel Suelo, cayendo en línea recta. La velocidad de entrada sería de tres o cuatro kilómetros por segundo. ¿Se incinerarían? Tal vez. Se veían chisporroteos sobre las nubes. La chatarra que les rodeaba estaba oscura, meras sombras contra el cielo resplandeciente. Pero la ruina que tenían debajo era grande y regular. ¡El *Fuera de Banda*, de proa! La nave caía con ellos. Cada pocos segundos un reactor direccional escupía un fulgor rojizo. La nave se acercaba. Si tenía una escotilla de proa, aterrizarían sobre ella.

Las luces de aterrizaje se encendieron, alumbrándoles. Diez metros de separación. Cinco. *Había* una escotilla, y estaba abierta. Dentro se veía una cámara de descompresión.

Un objeto grande les rozó. Ravna vio una sombra plastificada encima del hombro. El objeto giraba despacio y apenas les tocó, pero fue suficiente. Le arrebató a Pham Nuwen, cuyo cuerpo se perdió en la sombra y se iluminó de golpe cuando el faro de la nave le siguió. Simultáneamente, Ravna sintió un vacío en los pulmones. Ahora tenían sólo tres campos de presión y no era suficiente. Ravna sintió que perdía la conciencia, la visión. *Tan cerca.*

Los escroditas se separaron. Ella aferró los cascos de los escrodos y ellos flotaron sobre la cámara de presión de la nave. El escrodo de Vaina Azul chocó contra ella cuando el escrodita se aferró a la escotilla. La sacudida hizo girar a Ravna, enviando

a Tallo Verde hacia arriba. Todo parecía un *sueño*. *¿Dónde está el pánico cuando lo necesitas? Aférrate, aférrate, aférrate*, le cantaba una vocecita, lo único que le quedaba de conciencia. Un golpe, un bandazo. Los jinetes empujaban y tiraban de ella, o tal vez era la nave. Eran marionetas pendiendo de un solo hilo.

Borrosamente, Ravna entrevió que un escrodata asía el cuerpo de Pham Nuwen.

Ravna no notó que perdía la conciencia, pero cuando la recobró estaba respirando aire y conteniendo el vómito. Estaba en la cámara de descompresión. Sólidas paredes verdes y protectoras la rodeaban por todas partes. Pham Nuwen yacía contra la pared opuesta, amarrado a un tubo de primeros auxilios, con el rostro abotargado.

Ravna caminó tambaleándose hacia Pham Nuwen. El lugar era un caos, a diferencia de las naves de pasajeros donde había viajado antes. Además, era un diseño escrodata. Había franjas de tela adhesiva en las paredes. Tallo Verde había montado su escrodo en una de ellas.

Estaban acelerando, tal vez a un vigésimo de g.

—¿Todavía bajamos?

—Sí, si flotamos o nos elevamos, nos estrellaremos. —*¡Contra toda la chatarra que llueve desde arriba!*—. Vaina Azul está tratando de sacarnos del atolladero.

Caían con el resto, pero procurarían escabullirse antes de chocar contra el Nivel Suelo. A veces se oía un golpeteo contra el casco. A veces la aceleración cesaba, o cambiaba de dirección. Vaina Azul intentaba evitar las esquirlas más grandes.

No siempre con éxito. Un ruido rechinante concluyó en un estampido y la estancia giró despacio.

—*¡Brap!* Acabamos de perder una espina de ultraimpulso —dijo Vaina Azul—. Otras dos están dañadas. Por favor, amárrate, mi dama.

Tocaron la atmósfera cien segundos después. El sonido fue un tenue zumbido más allá del casco. Era el sonido de la muerte para una nave como ésa. No podía frenar en el aire, lo mismo que un perro no podía saltar sobre la luna. El ruido se intensificó. Vaina Azul estaba zambulléndose, tratando de evitar la chatarra que rodeaba la nave. Dos espinas más se partieron. Luego se sintió el ímpetu de la aceleración en el eje principal. La *FDB* trazó una curva eludiendo la sombra mortal de las Dársenas y se alejó rumbo a la órbita inercial.

Ravna miró las ventanas exteriores. Acababan de atravesar el terminador del Nivel Suelo y volaban en órbita inercial. Estaban de nuevo en caída libre, pero esta trayectoria se curvaba sobre sí misma sin chocar contra objetos duros, como el Nivel Suelo.

Ravna no sabía tanto sobre el viaje espacial como cabría esperar en una trotamundos que amaba los relatos de aventuras. Pero era obvio que Vaina Azul había obrado un milagro. Cuando trató de agradecerse, él sólo se movió sobre las franjas adhesivas, tarareando. ¿Timidez o mera distracción de escrodata?

Tallo Verde habló con una mezcla de timidez y orgullo.

—Viajar a tierras lejanas es nuestra vida. Si somos cautos, la vida es segura y plácida, pero hay momentos extremos. Vaina Azul practica continuamente, programando su escrodo con todas las mañas que se le ocurren. Es un maestro.

En la vida cotidiana, la indecisión parecía dominar a los escroditas pero en un aprieto no titubeaban en apostar todo. Ravna se preguntó en qué medida el escrodo dominaría al escroditas.

—Pamplinas —gruñó Vaina Azul—. Sólo he postergado el momento de peligro. Rompí varias espinas de impulso. ¿Qué haremos si no se autorreparan? ¿Qué haremos entonces? En torno del Nivel Suelo todo está destruido. Hay chatarra por doquier. No es tan densa como en torno de las Dársenas, pero se desplaza a mayor velocidad. —*No puedes poner miles de millones de toneladas de ruinas en órbitas de perdigonada, y esperar una navegación segura*—. Y en cualquier momento las criaturas de la Perversión estarán aquí, engullendo a todos los supervivientes.

Tallo Verde hizo un gesto de cómica desesperación con sus zarcillos. Parloteó unos segundos.

—Tienes razón... lo había olvidado. Pensé que habíamos hallado un espacio abierto, pero...

Sí, un espacio abierto, pero en una galería de tiro. Ravna miró las ventanas del puente de mando. Estaban en el lado diurno, quinientos kilómetros por encima del principal océano del Nivel Suelo. Sobre el brumoso horizonte azul, el espacio estaba libre de relampagueos.

—Yo no veo nada —dijo esperanzada.

—Lo lamento —Vaina Azul sintonizó las ventanas en una visión más amplia. La mayoría eran datos de navegación y ultrarrastreo, ininteligibles para Ravna. Detuvo la mirada en un gráfico médico. Pham Nuwen respiraba de nuevo. El cirujano de la nave pensaba que podía salvarle. Pero también había una ventana de estado, y allí el ataque se veía con estremecedora claridad. La red local se había despedazado en cientos de sibilantes fragmentos. De la superficie planetaria llegaban sólo voces automáticas y pedían asistencia médica. Grondr había estado allá abajo. Ravna sospechaba que ni siquiera los operadores de Marketing habían sobrevivido. Lo que cayó sobre el Nivel Suelo fue más mortal que los fallos en las Dársenas. Cerca del espacio planetario, quedaban algunos supervivientes en naves y fragmentos de hábitats, la mayoría en trayectorias fatales. Sin una ayuda masiva y coordinada, morirían en cuestión de minutos, a lo sumo horas. Los directores de la Org Vrinimi habían sido destruidos antes de enterarse de lo que sucedía.

Márchese, había dicho Grondr. *Márchese*.

Había combates fuera del sistema. Ravna vio tráfico de mensajes procedentes de las unidades defensivas de Vrinimi. Incluso sin control ni coordinación, algunos aún

se oponían a la flota de la Perversión. La luz de sus batallas llegaría mucho después de la derrota, mucho después que el enemigo llegara aquí personalmente. *¿Cuántos nos queda? ¿Minutos?*

—¡*Brap!* Mira esos rastros —dijo Vaina Azul—. La Perversión tiene casi cuatro mil naves. Están sorteando a los defensores.

—Pero ahora no queda nadie allí —dijo Tallo Verde—. Espero que no hayan muerto todos.

—No todos. Veo varios miles de naves que parten, todos los que poseen los medios y un poco de sentido común. —Vaina Azul rodó de adelante para atrás—. ¡Ay! Nosotros tenemos el sentido común... pero mirad este informe de daños. —Una ventana se cubrió de dibujos de color que no significaban nada para Ravna—. Dos espinas rotas, irreparables. Tres parcialmente reparadas. Si no se reparan, nos quedaremos varados aquí. ¡Esto es inaceptable! —El vóder zumbó ásperamente. Tallo Verde se le acercó y se tocaron con sus frondas.

Pasaron varios minutos. Cuando Vaina Azul habló nuevamente en samnorsk, estaba más tranquilo.

—Una espina reparada. Quizá, quizá, quizá... —Abrió una vista natural. La *FDB* sobrevolaba el polo sur del Nivel Suelo, internándose de nuevo en el lado nocturno. La órbita les llevaría por encima de los escombros de las Dársenas, pero continuamente debían zigzaguear para esquivar otros restos. Los horrorizados gritos de batalla procedentes del exterior del sistema menguaron. La Organización Vrinimi era un vasto cadáver en sus estertores, y pronto llegaría su asesino.

—Dos reparadas —dijo Vaina Azul con más calma—. ¡*Tres!* ¡Tres reparadas! Quince segundos para recalibrar y saltamos.

Parecieron más de quince segundos pero, de pronto, todas las ventanas proyectaron una vista natural. Nivel Suelo y su sol desaparecieron. Les rodeaban astros y oscuridad por todas partes.

Tres horas después, Relé estaba a ciento cincuenta años-luz de distancia. La *FDB* había alcanzado el cuerpo principal de naves fugitivas. Con los archivos y el turismo, había una enorme cantidad de naves estelares en Relé. Diez mil vehículos estaban desperdigados en los años-luz que les rodeaban, pero las estrellas eran raras a tanta distancia del plano galáctico y estaban por lo menos a cien horas de vuelo del refugio más próximo.

Para Ravna fue el inicio de una nueva batalla. Miró a Vaina Azul. El escroditá temblequeó, agitando las frondas de un modo que ella jamás había visto.

—Mira aquí, mi dama Bergsndot. Punto Alto es una atractiva civilización, con algunos integrantes bípedos. Es segura. Está cerca. Podrías adaptarte. —Hizo una pausa. *Conque me lee la expresión*—. Pero si eso no es aceptable, te llevaremos más lejos. Danos la oportunidad de contratar el cargamento adecuado y te llevaremos de

regreso a Sjandra Kei. ¿Qué dices?

—No, Vaina Azul. Ya tenéis un contrato. Con la Organización Vrinimi. Nosotros tres — *y lo que haya quedado de Pham Nuwen*— iremos al fondo del Allá.

—¡Sacudo la cabeza con incredulidad! Recibimos un anticipo, es verdad. Pero ahora que la Org Vrinimi ha muerto, no queda nadie para respetar el resto del convenio. En consecuencia también quedamos libres de él.

—Vrinimi no ha muerto. Ya habéis oído a Grondr Kalir. La Org tiene filiales en todo el Allá. El convenio sigue en pie.

—Por un tecnicismo. Ambos sabemos que esas filiales nunca podrán efectuar el pago final.

Ravna no tenía una buena respuesta.

—Tenéis una obligación —dijo, poco convencida. No servía para imponerse a los demás.

—Mi dama, ¿de veras hablas en nombre de la ética de la Org, o por mera humanidad?

—Yo... —A decir verdad, Ravna nunca había entendido del todo la ética de la Org. Por eso se proponía regresar a Sjandra Kei al finalizar su aprendizaje, y por eso la Org había sido cauta con la especie humana—. ¡Eso no importa! Existe un contrato. No pusisteis reparos cuando todo parecía seguro. Bien, las cosas cobraron otro cariz, pero esa posibilidad formaba parte del trato. —Ravna miró de soslayo a Tallo Verde, quien había callado y ni siquiera acariciaba a su compañero. Ceñía su tallo central con sus frondas—. Escuchad, hay otras razones además de la obligación contractual. La Perversión es más poderosa de lo que nadie sospechaba. Hoy mató a un Poder. Y está operando en el Allá Medio. Los escroditas tienen una larga historia, Vaina Azul, más larga que la existencia de la mayoría de las especies. La Perversión puede ser tan fuerte como para ponerle fin.

Tallo Verde rodó hacia ella.

—¿De veras piensas que podemos encontrar algo en esa nave del Fondo, algo que pueda dañar a un Poder entre los Poderes?

—Sí —dijo Ravna—. Y Antiguo pensaba lo mismo antes de morir.

Vaina Azul se contrajo sobre sí mismo, retorciéndose. *¿Angustia?*

—Mi dama, somos mercaderes. Hemos vivido largo tiempo y hemos viajado lejos, y siempre sobrevivimos porque nos metíamos en nuestros propios asuntos. Al margen de lo que crean los románticos, los mercaderes no adoran las aventuras. Lo que pides es imposible... meros habitantes del Allá, oponiéndose a un Poder.

Pero cuando firmaste, existía ese riesgo. Aunque Ravna no dijo estas palabras, quizá Tallo Verde lo hizo; hizo susurrar sus frondas, y Vaina Azul se retrajo aún más. Tallo Verde calló un segundo y movió los ejes, liberándose del adhesivo. Sus ruedas giraron en el vacío mientras ella flotaba en un arco lento, hasta quedar invertida, las

frondas hacia abajo, rozando las de Vaina Azul. Parlotearon así cinco minutos. Vaina Azul al fin se distendió, aflojando las frondas y acariciando a su compañera.

—Muy bien —dijo al fin—. Una aventura. ¡Pero recuerda esto! Es la última.

SEGUNDA PARTE

La primavera era fría, húmeda y penosamente lenta. Había llovido los últimos ocho días. Johanna hubiera preferido cualquier otra cosa, aun la oscuridad del invierno.

Chapoteaba en un lodo que había sido musgo. Era mediodía, la penumbrosa luz duraría otras tres horas. Cicatriz sostenía que sin las nubes verían un poco de luz solar directa. A veces Johanna se preguntaba si volvería a ver el sol.

El gran patio del castillo se hallaba en una ladera. El lodo y la nieve cubrían la colina, amontonándose contra los edificios de madera. El verano anterior había tenido una magnífica vista desde allí. Y en invierno, el resplandor verde y azul de la aurora se derramaba sobre la nieve, destellaba en la congelada bahía y perfilaba las colinas lejanas contra el cielo. Ahora la lluvia era pura bruma y ni siquiera se veía la ciudad. Las nubes formaban una techumbre baja y rugosa. Johanna sabía que había guardias en las paredes de piedra del castillo, pero hoy debían de estar acurrucados tras las ventanas. No se veía un solo animal, una sola manada. El mundo de los púas era un desierto comparado con Straum, pero tampoco era como Laboratorio Alto. Laboratorio Alto era una roca sin aire en órbita de una enana roja. El mundo de los púas era oliváceo, movedizo; a veces se veía tan bello y acogedor como un centro de vacaciones de Straum. Era mucho más acogedor que la mayoría de los mundos que había colonizado la especie humana, sin duda más agradable que Nyjora, tal vez tan bonito como Vieja Tierra.

Johanna había llegado a su cabaña. Se detuvo un instante bajo las paredes curvas y miró hacia el patio. Sí, se parecía a la Nyjora medieval. Pero las historias sobre la Era de la Princesa no comunicaban la implacable crueldad de semejante mundo. La lluvia caía por doquier. Sin una tecnología decente, incluso la fría lluvia podía ser mortal. También el viento. Y el mar no era un sitio para salir a navegar por las tardes. Johanna pensó en una sucesión incesante de encrespadas y gélidas lomas azotadas por la lluvia. Hasta los bosques que rodeaban la ciudad eran amenazadores. Era fácil internarse en ellos, pero no había rastreadores radiales ni puestos de refrescos disfrazados de troncos. Si alguien se extraviaba, perecía. Los cuentos de hadas nyjoranos cobraban ahora un sentido especial, no se necesitaba una gran imaginación para inventar las acechanzas del viento, la lluvia y el mar. Ésta era la experiencia pretecnológica: aunque no tuvieras enemigos, el mundo mismo te mataría.

Y ella tenía enemigos de sobra. Johanna abrió la portezuela y entró.

Una manada de púas estaba echada en torno del fuego. Se levantó y ayudó a Johanna a quitarse la gabardina. Los hocicos de agudos dientes ya no la intimidaban. Éste era uno de sus asistentes habituales y esas fauces ya eran manos que le quitaban diestramente la prenda de hule y la colgaban cerca del fuego.

Johanna se quitó las botas y pantalones y aceptó la manta que le alcanzó la

manada.

—La cena. Ahora —le dijo a la manada.

—Bien.

Johanna se sentó en un cojín junto al fuego. Los púas eran más primitivos que los humanos de Nyjora. El mundo de los púas no era una colonia venida a menos. Ni siquiera tenían leyendas que les guiaran. La salubridad dejaba mucho que desear. Antes de Tallamadera, los médicos de los púas sometían a sus pacientes/víctimas a sangrías... Ahora sabía que vivía en el equivalente púa de un apartamento de lujo. La bruñida madera no era algo normal. Los dibujos pintados en las columnas y paredes eran resultado de muchas horas de labor.

Johanna se apoyó la barbilla en las manos y escrutó las llamas. La manada correteaba en torno, colgando cacharros sobre el fuego. Hablaba muy poco samnorsk, pues no estaba incluida en el proyecto de Tallamadera relacionado con el dataset. Muchas semanas atrás, Cicatriz había pedido que le mudaran allí, porque era el mejor modo de acelerar el proceso de aprendizaje. Johanna tiritó al recordarlo. Sabía que el animal de las cicatrices era sólo un miembro, que la manada que había matado a papá había muerto. Johanna lo comprendía, pero cada vez que veía a Errabundo, veía al asesino de su padre, gordo y feliz, ocultándose detrás de sus tres compañeros más pequeños. Johanna sonrió, recordando el porrazo que le había asestado a Cicatriz cuando hizo la sugerencia. Había perdido la chaveta, pero había valido la pena. Nadie más se atrevió a sugerir que un «amigo» compartiera la casa con ella. La mayoría de las noches la dejaban sola. Y a veces... papá y mamá parecían estar muy cerca, tal vez afuera, esperando a que Johanna les viera. Aunque les había visto morir, algo en ella se negaba a resignarse.

El olor a comida interrumpió su ensueño. Esa noche le servirían carne con judías, con algo parecido a las cebollas. Sorpresa. Olía bien. Si hubiera habido más variedad, Johanna habría disfrutado de las comidas, pero hacía sesenta días que no veía fruta fresca. La carne salada y las verduras eran el único plato en invierno. Si Jefri hubiera estado allí, habría tenido un ataque. Hacía meses que los espías que Tallamadera tenía en el norte le habían llevado la noticia: Jefri había muerto en la emboscada. Johanna se estaba reponiendo del golpe. En algunos sentidos, estar totalmente sola facilitaba las cosas.

La manada le sirvió un plato de carne con judías y le dio cubiertos parecidos a cuchillos. Johanna cogió el mango curvo (adaptado a las fauces de los púas) y se puso a comer.

Casi había terminado cuando oyó un cortés rasguño en la puerta. Su criado cloqueó algo. El visitante respondió y añadió en aceptable samnorsk (con una voz turbadoramente parecida a la de Johanna):

—Hola, mi nombre es Gramil. Me gustaría hablar contigo.

Uno de los criados se volvió para mirarla; los demás observaban la puerta. Gramil era el que Johanna llamaba Bufón Pomposo. Había estado con Cicatriz en la emboscada, pero era tan tonto que ella no se sentía amenazada.

—Adelante —dijo Johanna, mirando la puerta. Su criado (su guardia) cogió una ballesta con las zarpas y sus cinco miembros subieron la escalera que conducía al altillo. Allí no había espacio para más de una manada.

El frío y la humedad entraron en la habitación junto con el visitante. Johanna se puso al otro lado del fuego mientras Gramil se quitaba sus gabardinas. Los miembros de la manada se sacudieron como perros. Un espectáculo gracioso y divertido, pero no convenía estar cerca.

Gramil se acercó al fuego. Bajo las gabardinas usaba las casacas de costumbre, con aberturas detrás de los hombros y en las ancas. Pero las prendas de Gramil parecían rellenas en sus hombreras, con lo cual sus miembros parecían más fornidos de lo que eran. Uno de ellos le olisqueó el plato mientras las demás cabezas miraban aquí y allá, aunque nunca hacia ella.

Johanna estudió a la manada. Aún le costaba hablar con más de un rostro; habitualmente escogía al que la estaba mirando.

—Bien, ¿de qué deseas hablar?

Una de las cabezas la miró, se relamió los labios.

—De acuerdo. Sí. Pensé en pasar a saludarte. Es decir... —un cloqueo. El criado respondió desde arriba, tal vez informándole sobre el humor de Johanna. Gramil se enderezó. Cuatro de sus seis cabezas miraron a Johanna. Los otros dos miembros se paseaban de aquí para allá, como reflexionando sobre algo importante—. Mira, eres la única humana que conozco, pero siempre he sido un gran estudioso del carácter. Sé que no eres feliz aquí...

Bufón Pomposo era un experto en obviedades.

—... y te comprendo; pero hacemos todo lo posible para ayudarte. No somos la gente mala que mató a tus padres y tu hermano.

Johanna apoyó una mano en el techo bajo y se inclinó hacia delante. *Sois todos asesinos: sólo ocurre que vosotros tenéis los mismos enemigos que yo.*

—Lo sé, y estoy colaborando. El dataset todavía estaría en modalidad infantil si no fuera por mí. Os he mostrado los cursos de lectura. Si tenéis algo de seso, tendréis la pólvora en verano. —El Elefante era un juguete que le gustaba *abrazar* cuando niña, una etapa que ya debería haber superado. Pero ese juguete contenía historia: la historia de las reinas y princesas de la Edad Oscura que habían luchado para triunfar sobre las junglas, para reconstruir las ciudades y las naves del espacio. Ocultos en oscuras sendas referenciales también había temas más difíciles, como la historia de la tecnología. La pólvora era una de las cosas más fáciles. Cuando se despejara el tiempo, se realizarían algunas expediciones exploratorias. Tallamadera sabía de la

existencia del azufre, pero no tenía grandes cantidades en la ciudad. Fabricar cañones sería más difícil. Pero luego...

—Luego vuestros enemigos perecerán. Tenéis lo que queréis de mí. ¿Cuál es vuestra queja?

—¿Queja? —Bufón Pomposo movió las cabezas alternativamente. Esos gestos distribuidos parecían equivaler a una expresión facial, pero había muchos que Johanna aún no entendía. Tal vez éste significara embarazo—. No tengo quejas. Nos estás ayudando. Lo sé. Pero, pero... —tres de sus miembros se pusieron a andar en círculos—. Es sólo que yo veo más que la mayoría de la gente, tal vez un poco como Tallamadera en los viejos tiempos. Yo soy un... vosotros tenéis una palabra... *diletante*. Sólo tengo treinta años, pero he leído casi todos los libros del mundo y... —agachó las cabezas, tal vez por timidez—. Planeo escribir uno, tal vez la historia verídica de tu aventura.

Johanna sonrió. Con frecuencia veía a los púas como bárbaros y extraños, tan inhumanos en el espíritu como en la forma. Pero si cerraba los ojos, casi podía imaginar que Gramil era un straumiano. Mamá y papá tenían algunos amigos tan cretinos como éste en su inocente convicción; hombres y mujeres con cien proyectos grandiosos que jamás llegarían a nada. En Straum eran gente latosa a quien eludía. Ahora..., bien, la tontería de Gramil casi le permitía estar de vuelta en casa.

—¿Estás aquí para estudiarme como a un libro?

Más cabeceos alternativos.

—Bien, sí. Y también quería hablarte sobre mis otros planes. Siempre he sido una especie de inventor. Sé que eso no significa mucho ahora, parece que todo lo que pueda inventarse ya está en el dataset. He visto allí muchas de mis mejores ideas. —Suspiró, o algo parecido. Ahora estaba imitando una de las voces de divulgación científica del dataset. El sonido era lo más fácil para los púas y esto se prestaba a confusión.

—En cualquier caso, me preguntaba cómo mejorar algunas de esas ideas... —Cuatro miembros de Gramil se recostaron en el banco, junto al fuego, como si se dispusiera a entablar una conversación larga. Los otros dos caminaron en torno del fuego para entregar a Johanna un montón de papeles sujeto con ganchos de bronce. Mientras uno continuaba hablando, los otros dos volvían las páginas y señalaban cosas.

Bien, en efecto tenía muchas ideas: aves que arrastraban naves volantes, lentes gigantes que concentrarían la luz del sol sobre los enemigos y los incinerarían. Por algunas de las imágenes, parecía creer que la atmósfera se extendía más allá de la luna. Gramil explicó cada idea con todo detalle, señalando los dibujos y acariciándole las manos con entusiasmo.

—¿Ves las posibilidades? Mi singular talento combinado con los inventos

probados del dataset. Quién sabe adónde pueden llevarnos.

Johanna rió entre dientes, sin poder contenerse ante la visión de Gramil: aves gigantes en la luna llevando lentes de kilómetros de anchura. El consideró que el sonido era aprobatorio.

—¡Sí! Es brillante, ¿verdad? Mi última idea nunca se me habría ocurrido sin el dataset. La «radio» proyecta el sonido a gran distancia con gran velocidad, ¿sí? ¿Por qué no combinarla con el poder de pensamiento de los púas? Una manada podría pensar como una sola en una extensión de cientos de kilómetros.

¡Eso era bastante sensato! Pero si tardaban meses en fabricar pólvora, aun contando con la fórmula exacta, ¿cuántas décadas tardarían las manadas en tener radio? Gramil era una fuente inagotable de ideas inmaduras. Le dejó parlotear más de una hora. Era descabellado, pero menos extraño que la mayoría de las cosas que había soportado el último año.

Al fin Gramil pareció cansarse. Hacía pausas más largas y le pedía su opinión con mayor frecuencia. —Bien, fue divertido, ¿sí? —dijo al fin.

—Claro, fascinante.

—Sabía que te gustaría. Eres como mi gente. Yo pienso de veras. No siempre estás enfadada...

—¿Qué quieres decir con eso? —Johanna apartó un hocico blando y se levantó. La criatura canina se apoyó sobre los cuartos traseros para mirarla.

—Bien... tienes mucho que odiar, lo sé. ¡Pero siempre pareces enfurruñada con nosotros que tratamos de ayudarte! Después del día de trabajo te quedas aquí, no quieres hablar con la gente... aunque ahora entiendo que fue culpa nuestra. Querías que viniéramos aquí pero eres demasiado orgullosa para decirlo. Yo soy un gran observador del carácter, ¿ves? Mi amigo, el que llamas Cicatriz, es un sujeto realmente agradable. Sé que te lo puedo decir con franqueza y que como amiga mía me creerás. A él también le agradecería visitarte...

Johanna caminó despacio en torno del fuego, obligando a dos miembros a alejarse. Todo Gramil la miraba ahora, arqueando los pescuezos, los ojos desorbitados.

—Yo no soy como tú. No necesito tu cháchara, ni tus tontas ideas. —Arrojó el cuaderno de notas de Gramil al fuego. Gramil dio un brinco y cogió desesperadamente las hojas que ardían. Recobró la mayoría y se las apretó contra los pechos.

Johanna se le acercó pateándole las patas. Gramil retrocedió amedrentado.

—Sucios y estúpidos carniceros. No soy como vosotros —asestó un golpe a una de las vigas del techo—. A los humanos no les gusta vivir como animales. No adoptamos asesinos. Dile a Cicatriz que si alguna vez se acerca para charlar conmigo, le partiré la cabeza. *¡Le partiré todas las cabezas!*

Gramil estaba contra la pared, mirando de aquí para allá y haciendo mucho ruido. En parte era samnorsk, pero demasiado agudo para ser comprensible. Una de sus bocas halló la pértiga de la puerta. Abrió la puerta y los seis miembros salieron a la carrera, olvidando las gabardinas.

Johanna se arrodilló y asomó la cabeza por la puerta. El aire era una bruma arremolinada. En un instante tuvo el rostro tan frío y húmedo que no pudo sentir las lágrimas. Gramil era seis sombras en la gris penumbra, sombras que corrían ladera abajo, a veces trastabillando en su precipitación. Pronto desapareció y sólo quedaron las formas borrosas de las cabañas cercanas y la luz amarilla que proyectaba el fuego.

Extraño. Después de la emboscada había sentido terror. Los púas eran asesinos implacables. Luego, en el bote, cuando le pegó a Cicatriz, se había sentido muy bien; la manada entera se había derrumbado y Johanna supo que podía luchar contra ellos, romperles los huesos. No tenía que estar a su merced... Aquella noche había aprendido algo más. Aun sin tocarlos, podía lastimarles. Al menos a algunos de ellos. Su enfado había bastado para intimidar a Bufón Pomposo. Johanna regresó a la gris tibieza y cerró la puerta, paladeando el triunfo.

Johanna regresó a la gris tibieza y cerró la puerta, paladeando el triunfo.

Gramil Jaqueramaphan no mencionó a nadie su conversación con la Dos-Patas. Desde luego, el guardia de Vendaz lo había oído todo. Aunque el sujeto no hablara mucho *samnorsk*, sin duda había entendido la esencia de la discusión. Al final, todos acabarían por enterarse.

Remoloneó en el castillo varios días, pasó varias horas encorvado sobre los restos de su libreta, tratando de recrear los diagramas. Tardaría un tiempo en asistir a nuevas sesiones con el dataset, especialmente cuando Johanna estaba presente. Gramil sabía que parecía valiente para los demás, pero había necesitado mucho coraje para entrar así en la cabaña de Johanna. Sabía que sus ideas eran brillantes, pero toda su vida la gente sin imaginación le había dicho lo contrario.

En muchos sitios, Gramil era una persona afortunada. Había nacido como manada de fisión en Rangathir, en el linde oriental de la República. Su progenitor había sido un mercader adinerado. Jaqueramaphan conservaba algunos rasgos de su progenitor, pero carecía de la paciencia necesaria para las labores cotidianas. Su manada hermana había conservado esa facultad; el negocio familiar prosperó y en los primeros años su hermano no escatimó a Gramil su parte de la fortuna. Desde sus primeros días, Gramil había sido un intelectual. Leía de todo: historia natural, biografías, técnicas de crianza... Llegó a poseer la biblioteca más grande de Rangathir, más de doscientos libros.

Ya entonces tenía ideas magníficas, intuiciones que, bien ejecutadas, les habrían convertido en los mercaderes más ricos de las provincias orientales. Pero, ay, la mala suerte y la falta de imaginación de su hermano habían condenado sus primeras ideas. Con el tiempo, su hermano compró toda la empresa y Jaqueramaphan se mudó a la capital. Era lo mejor. Para entonces Gramil contaba con seis miembros. Necesitaba conocer mundo. Además, en la biblioteca de la capital había ¡cinco mil libros! ¡La experiencia de toda la historia y de todo el mundo! Sus libretas se convirtieron en una biblioteca. Aun así, las manadas de la universidad no tenían tiempo para él. Su bosquejo para una síntesis de historia natural fue rechazada por todos los impresores, aunque pagó para que publicaran fragmentos. Era evidente que necesitaría tener éxito en el mundo de la acción antes que sus ideas obtuvieran la atención que merecían, y por ello había aceptado esa misión como espía: el Parlamento mismo le daría las gracias cuando regresara con los secretos de la Isla Oculta de Reductor.

Eso había sido un año atrás. Lo que había ocurrido desde entonces —la casa volante, Johanna, el dataset— superaba sus sueños más desbocados, y Gramil concedía que sus sueños eran bastante exagerados. La biblioteca del dataset contenía *millones* de libros. Con la ayuda de Johanna para pulir sus ideas, barrerían el reductorismo de la faz del mundo. Recobrarían la casa volante. Ni siquiera el cielo

sería un límite.

De modo que la reacción de Johanna le había hecho recapacitar. Tal vez ella se había enojado porque le había mencionado a Errabundo. Estaba seguro de que Johanna simpatizaría con Errabundo si aceptaba hablar con él, pero quizá... quizá sus ideas no fueran tan buenas, al menos comparadas con las ideas de los humanos.

Ese pensamiento le deprimió bastante, pero terminó de dibujar los diagramas e incluso tuvo nuevas ideas. Tal vez debiera conseguir más papel-seda.

Errabundo pasó y le convenció para ir a la ciudad.

Jaqueramaphan había inventado varias explicaciones de por qué no participaba en las sesiones con Johanna. Utilizó un par de ellas mientras él y Errabundo bajaban por calle del Castillo hacia el puerto.

Al cabo de un minuto, su amigo volvió una cabeza.

—Está bien, Gramil. Cuando tengas ganas, nos gustaría tenerte de vuelta.

Gramil siempre había sido un buen juez de las conductas. Ante todo, sabía oler el paternalismo. Debió fruncir el ceño, porque Errabundo continuó:

—Lo digo en serio. Incluso Tallamadera ha preguntado por ti. Le gustan tus ideas.

Aunque fuera una mentira piadosa, Gramil revivió.

—¿De veras? —La Tallamadera de hoy daba tristeza, pero el Tallamadera de los libros de historia era uno de los héroes favoritos de Jaqueramaphan—. ¿Nadie está enfadado conmigo?

—Bien, Vendaz está un poco irritado. Ser el responsable de la seguridad de la Dos-Patas le pone nervioso. Pero tú sólo intentaste algo que todos deseábamos hacer.

—Sí. —Aunque no hubiera existido el dataset, aunque Johanna Olsndot no hubiera descendido de las estrellas, aún así sería la criatura más fascinante del mundo: una mente de manada en un solo cuerpo. Uno podía acercarse a ella, uno podía *tocarla*, sin la menor confusión. Al principio era perturbador, pero pronto todos sintieron la atracción. Para las manadas, la cercanía siempre equivalía a la obtusidad mental, tratárase del sexo o de la batalla. ¡Era maravilloso sentarse junto al fuego y entablar una conversación inteligente! Tallamadera sostenía que la civilización Dos-Patas debía ser intrínsecamente más efectiva que una civilización de manadas; que la colaboración era tan fácil para los humanos, que aprendían y construían con mayor celeridad que cualquier manada. El único problema de esa teoría era Johanna Olsndot. Si Johanna era un humano normal, era sorprendente que esa especie fuera capaz de cooperar. A veces era amigable, habitualmente en las sesiones con Tallamadera. No parecía comprender que Tallamadera estaba frágil y achacosa. Con frecuencia era paternalista, sardónica, y no escatimaba insultos. Y a veces era como esa noche.

—¿Cómo anda el dataset? —preguntó al cabo de un momento.

Errabundo se encogió de hombros.

—Como antes. Tallamadera y yo leemos samnorsk bastante bien. Johanna nos ha enseñado cómo aprovechar los poderes del dataset... a mí a través de Tallamadera. Allí hay muchas cosas que cambiarán el mundo, pero por ahora debemos concentrarnos en fabricar pólvora y cañones. Y *hacer* las cosas es lo que más nos cuesta.

Gramil asintió. Ése era también el principal problema de su vida.

—De cualquier modo, si podemos hacerlo todo para verano, quizá podamos enfrentar al ejército de Reductor y recobrar la casa volante antes del próximo invierno. —Errabundo sonrió con todos sus rostros—. Y entonces, amigo mío, Johanna podrá llamar a su gente para que la rescate... y tendremos toda nuestra vida para estudiar a los forasteros. Quizá yo peregrine a mundos que giren alrededor de otras estrellas.

No era la primera vez que hablaban del tema. Errabundo había pensado en ello incluso antes que Gramil.

Salieron de la calle del Castillo y cogieron Linde. Gramil se entusiasmó con la visita a la papelería: debía haber algún modo en que él pudiera ayudar. Miró en derredor con un interés del que había carecido en los últimos días. Tallamaderas era una ciudad bastante grande, casi tanto como Rangathir. Unas veinte mil manadas vivían dentro de sus murallas y en los aledaños. Ese día hacía más frío, pero no llovía. Un viento gélido y limpio barría la calle del mercado, con un tenue olor a rocío y albañal, a especias y madera recién aserrada. Oscuros nubarrones cubrían las colinas que rodeaban el puerto. La primavera estaba en el aire. Gramil pateó traviesamente el lodo que bordeaba la acera.

Errabundo le guió hacia una calle lateral. El lugar estaba atestado y los extraños se acercaban hasta siete u ocho metros. Los puestos de la papelería estaban peor aún. Los tabiques de fieltro no eran muy gruesos y en Tallamaderas parecía haber más interés en la literatura que en cualquier lugar que Gramil hubiera visitado. Apenas se oía pensar mientras regateaba con el papelerero. El mercader ocupaba una plataforma elevada con acolchado grueso; a él no le molestaba mucho la algarabía. Gramil mantuvo sus cabezas juntas, concentrándose en los precios y el producto. Por su vida pasada, era bastante hábil en estas cosas. Al fin obtuvo su papel a un precio aceptable.

—Regresemos por Bienestar Público.

Era el camino largo, por el centro del mercado. Cuando estaba de buen humor, a Gramil le agradaban las multitudes; era un estudioso de la gente. Tallamaderas no era tan cosmopolita como algunas ciudades de los Lagos Largos, pero había mercaderes de todas partes. Vio varias manadas que usaban los sombreros de una entidad colectiva del trópico. En una intersección, un casacas rojas de Hogar Oriental hablaba relajadamente con un capataz.

Cuando las manadas se agolpaban tanto y en tal cantidad, el mundo parecía estar al borde de un coro. Cada persona mantenía sus miembros unidos, procurando proteger sus pensamientos. Era difícil caminar sin tropezar con los propios pies y, a veces, los pensamientos de fondo afloraban y varias manadas se sincronizaban. La conciencia flaqueaba y por un instante uno se integraba a muchos, una súper manada que podía ser un dios. Jaqueramaphan tiritó. Ésa era la atracción esencial de los Trópicos. Las multitudes eran cáfilas, vastas mentes grupales tan estúpidas como estáticas. Si las crónicas eran veraces, algunas ciudades meridionales eran orgías sin fin.

Hacía una hora que recorrían el mercado cuando se le ocurrió. Gramil sacudió las cabezas abruptamente. Dio media vuelta y abandonó Bienestar Público para internarse en una calle lateral. Errabundo le siguió.

—¿Te molesta la multitud?

—Sólo tuve una idea —dijo Gramil. Era algo inusitado en una muchedumbre apiñada, pero era una idea muy interesante. Calló varios minutos. La calle lateral era empinada y luego zigzagueaba en torno de Colina del Castillo. Hogares de burgueses bordeaban el declive. En el lado del puerto, asomaban sobre los abruptos tejados de las casas del siguiente sendero. Eran casas grandes y elegantes. Sólo algunas tenían tiendas sobre la calle.

Gramil aminoró la marcha y se dispersó para no pisarse a sí mismo. Ahora veía que se había equivocado al tratar de deslumbrar a Johanna con su ingenio. En el dataset había demasiados inventos. Pero aún le necesitaban, sobre todo Johanna. El problema era que los demás aún no lo sabían.

—¿No te extraña que los reductoristas aún no hayan atacado la ciudad? —le preguntó al fin a Errabundo—. Tú y yo avergonzamos muchísimo a los señores de Isla Oculta, tenemos las claves para su derrota total. *Johanna y el dataset*.

Errabundo titubeó.

—Humm. Pensé que su ejército no estaba en condiciones. Si así fuera, habría arrasado Tallamaderas tiempo atrás.

—Quizá, pero a un alto precio. Ahora el precio vale la pena —miró a Errabundo con seriedad—. No, creo que hay otra razón... Ellos tienen la casa volante, pero ignoran cómo usarla. Quieren recobrar a Johanna con vida... casi tanto como desean matarnos a todos nosotros.

Errabundo emitió un chistido de amargura.

—Si Acero no hubiera estado tan ansioso de matar todo lo que se movía sobre dos patas, ahora contaría con muchísima ayuda.

—Es verdad, y los reductoristas deben saberlo. Apuesto a que siempre han tenido espías entre las gentes de aquí, pero ahora más que nunca. ¿Viste todas las manadas de Hogar Oriental?

Hogar Oriental era un nido de simpatizantes reductoristas. Antes del Movimiento eran un pueblo desalmado que rutinariamente sacrificaba los cachorros que no satisfacían sus pautas de crianza.

—Al menos una. Hablando con un capataz.

—Correcto. Quién sabe quiénes vienen disfrazados como manadas especializadas. Apostaría mi vida a que planean secuestrar a Johanna. Si adivinan lo que planeamos con ella, quizás intenten matarla. ¿No lo comprendes? Debemos alertar a Tallamadera y Vendaz, organizar a la gente para que se guarde de los espías.

—¿Notaste todo esto en un paseo por Bienestar Público? —exclamó Errabundo con admiración o incredulidad.

—Bien, no. No fue una inspiración tan directa. Pero tiene sentido, ¿no crees?

Caminaron varios minutos en silencio. Ahí arriba el viento soplaba con más fuerza y la vista era más espectacular. Donde no había mar, el bosque se extendía sin cesar, verde y gris. Todo era muy apacible... *porque se trataba de un juego de sigilo*. Afortunadamente Gramil tenía talento para esos juegos. ¿Acaso la Policía Política de la República no le había encomendado que investigara Isla Oculta? Había tardado varios decadas de paciente persuasión, pero al fin les había entusiasmado. *Nos alegrará examinar cualquier cosa que puedas descubrir*, habían sido sus palabras literales.

Errabundo dio unas vueltas, al parecer sorprendido por la sugerencia de Gramil.

—Creo que hay algo que debes saber —dijo al fin—, algo que debes conservar en el más absoluto secreto.

—¡Por mi alma! Errabundo, yo no revelo los secretos. Gramil estaba compungido, en parte por la falta de confianza y también porque el otro había descubierto algo que él no había visto. Lo segundo no debía molestarle. Había adivinado que Errabundo y Tallamadera se apareaban. Era imposible saber todo lo que ella le habría confiado.

—De acuerdo... has dado con algo que no se debe difundir. ¿Sabes que Vendaz se encarga de la seguridad de Tallamadera?

—Pues claro. —Estaba implícito en el cargo de chambelán—. Y teniendo en cuenta la gran cantidad de forasteros que hay, no creo que esté haciendo un buen trabajo.

—En realidad, está haciendo un magnífico trabajo. Vendaz tiene agentes incluso en Isla Oculta... muy cerca del mismísimo señor Acero.

Gramil le miró sorprendido.

—Sí, comprendes lo que eso significa. A través de Vendaz, Tallamadera sabe con certeza todo lo que planea el consejo superior de los reductoristas. Con astutos errores de información, podemos engatusar a los reductoristas. Aparte de Johanna, ésta puede constituir la mayor ventaja de Tallamadera.

—Yo... no tenía idea. Conque la incompetencia en materia de seguridad es sólo una pantalla.

—No exactamente. Se supone que debe parecer sólida e inteligente, pero con suficientes flaquezas para que el Movimiento postergue un ataque frontal y prefiera el espionaje. —Errabundo sonrió—. Creo que Vendaz se quedará muy sorprendido al oír tus críticas. Gramil rió. Se sentía halagado y aturdido al mismo tiempo.

Vendaz debía contarse como el mayor experto en espionaje de la época, pero él, Gramil Jaqueramaphan, había descubierto sus planes. Gramil guardó silencio mientras regresaban al castillo, pero su mente era un torbellino. Errabundo tenía más razón de la que pensaba; el secreto era vital. Se debía evitar toda conversación innecesaria, incluso entre viejos amigos. ¡Sí! Ofrecería sus servicios a Vendaz. Su nuevo papel le mantendría en segundo plano, pero allí podría realizar su mayor aportación. Y con el tiempo, hasta Johanna vería cuán útil podía ser él.

Bajando al pozo de la noche. Cuando Ravna no miraba por las ventanas, ésa era la imagen que tenía en la mente. Relé estaba lejos del disco galáctico. La *FDB* descendía hacia ese disco, internándose en la Lentitud.

Pero habían escapado. La *FDB* estaba averiada, pero habían abandonado Relé a cincuenta años-luz por hora. Cada hora estaban más abajo en el Allá; el tiempo de computación de los micro-saltos aumentaba mientras la pseudovelocidad descendía. No obstante, avanzaban. Ahora estaban en pleno Allá Medio. Gracias al cielo, no había indicios de persecución. Si la Plaga había atacado Relé, no era porque poseyera un conocimiento específico sobre la *FDB*.

Esperanza. Ravna la sentía crecer en su interior. La automatización médica de la nave sostenía que Pham Nuwen podía salvarse, que había actividad cerebral. Las terribles heridas de la espalda habían sido los implantes de Antiguo, una maquinaria orgánica que enlazaba a Pham con la red local de Relé y con el Poder. Al morir ese Poder, la maquinaria que llevaba Pham se transformó en una ruina putrefacta. *La persona Pham aún debe existir. Ojalá exista.* El cirujano pensaba que pasarían tres días hasta que la espalda estuviera en condiciones que permitieran intentar la resurrección.

En el ínterin... Ravna averiguaba cada vez más sobre el apocalipsis que había afrontado. Cada veinte horas, Tallo Verde y Vaina Azul desviaban la nave unos años-luz, hacia una rama de la Red Conocida, para absorber las noticias. Era una práctica habitual en cualquier viaje de cierta duración, un modo en que los mercaderes y viajeros se mantenían al corriente de acontecimientos que podían afectar a su éxito al final de la travesía.

De acuerdo con las Noticias (es decir, de acuerdo con la mayoría de las noticias expresadas), la caída de Relé era total. *Oh Grondr. Oh Epravan y Sarale. ¿Ahora*

estáis muertos o poseídos?

Partes de la Red Conocida estaban, provisionalmente, fuera de contacto y tal vez se tardaran años en reemplazar algunos enlaces extragalácticos. Por lo que sabían, era la primera vez en milenios que un Poder asesinaba. Había miles de teorías sobre el motivo del ataque y miles de predicciones sobre lo que sucedería. Ravna ordenó a la nave que filtrara ese alud, tratando de destilar la esencia de las especulaciones.

La que procedía del reino de Straumli tenía tanto sentido como cualquiera: los cautivos de la Perversión se regodeaban solemnemente en la nueva era, las bodas de un ser Trascendente con las razas del Allá. Si era posible destruir Relé, si era posible asesinar a un Poder, nada detendría la propagación de la victoria.

Algunos corresponsables pensaban que Relé era el blanco ancestral del fenómeno que había pervertido el reino de Straumli. Tal vez ese ataque fue sólo la conclusión de una guerra de antaño, una desdichada tragedia que había afectado a los descendientes de especies olvidadas. En tal caso, era posible que los cautivos del reino de Straumli se marchitaran y reapareciera la cultura humana originaria.

Varios mensajes sugerían que el propósito del ataque había consistido en robar los archivos de Relé; pero un par sostenían que la Plaga procuraba recobrar un artefacto o impedir que la gente de Relé lo recobrara. Esos asertos venían de teorizadores empedernidos, la clase de civilización que se sobrecarga con las automatizaciones grupales de noticias. No obstante, Ravna estudió esos mensajes con atención. Ninguno de ellos hablaba de un artefacto en el Allá Bajo; en todo caso, sostenían que la Plaga buscaba algo en el Allá Alto o el Trascenso Bajo.

En la red había tráfico de la Plaga. Sus mensajes de alto protocolo eran rechazados por todos salvo por los suicidas y a nadie se le pagaba por anunciar nada. Aun así, el horror y la curiosidad permitieron una gran difusión de los mensajes. Estaba el «vídeo» de la Plaga: casi cuatrocientos segundos de datos pansensuales sin compresión. Ese mensaje increíblemente caro debía ser el despacho más anunciado en toda la historia de la Red. Vaina Azul mantuvo la *FDB* en la senda de aquella rama durante casi dos días, para recibirlo entero.

Todos los cautivos de la Perversión parecían ser humanos. La mitad de las emisiones informativas que salían del reino eran evocaciones en vídeo, aunque ninguna tan larga; y todas mostraban a presentadores humanos. Ravna miró el vídeo grande una y otra vez. Incluso reconoció al presentador. Qvn Nilsndot había sido campeón de tráel. Ahora no tenía título, y quizá no tuviera nombre. Nilsndot hablaba desde una oficina que parecía un jardín. Si Ravna se aproximaba a la imagen, podía ver hasta el nivel del suelo, por encima de su hombro. La ciudad lucía como la Straumli Mayor de antaño. Años atrás, Ravna y su hermana habían soñado con esa ciudad, el corazón de la aventura humana en el Trascenso. La plaza central era una réplica del Campo de las Princesas de Nyjora y la publicidad para los inmigrantes

sostenía que la fuente del campo siempre funcionaría; los straumianos, por lejos que fueran, siempre mostrarían su lealtad a los inicios de la humanidad.

Ahora no había fuente y la mirada de Nilsndot era vacía. «Hablo como el Poder Que Ayuda —decía el ex héroe—. Quiero que todos vean lo que puedo hacer por una civilización de tercera. Mirad mi Ayuda...» El punto de vista enfocaba el cielo. Atardecía y las estructuras agrávidas colgaban en hileras contra la luz, megámetro tras megámetro. Ravna jamás había visto un uso tan majestuoso del material agrávido, ni siquiera en las Dársenas. Ningún mundo del Allá Medio podía costearse la importación de semejantes cantidades de ese material. «Lo que veis encima de mí son sólo las barracas para la construcción que pronto iniciaré en el sistema Straumli. Cuando haya concluido, cinco sistemas estelares constituirán un solo habitat y sus planetas y el exceso de masa estelar, se distribuirán para soportar la vida y tecnología como jamás se vio en estas profundidades... y como rara vez se ve aun en el Trascenso.» La cámara enfocó nuevamente a Nilsndot, un simple humano, el altavoz de un dios. «Algunos de vosotros podéis rebelaros contra la idea de consagraros a mí. A la larga eso no importará. La simbiosis de mi Poder con las especies del Allá es algo que nadie puede resistir. Pero ahora hablo para reducir vuestros temores. Lo que veis en el reino de Straumli es motivo de regocijo y maravilla. Las especies del Allá ya no quedarán excluidas de la trascendencia. Quienes se unan a mí (y *todos* se unirán a mí tarde o temprano) formarán parte del Poder. Tendréis acceso a importaciones procedentes del Trascenso Alto y Bajo. Os reproduciréis allende los límites que podría soportar vuestra tecnología. Absorberéis a todos mis oponentes. Traeréis la nueva estabilidad.»

La tercera o cuarta vez que vio este vídeo, Ravna trató de ignorar las palabras para concentrarse en la expresión de Nilsndot, comparándolo con discursos que ella tenía en su dataset personal. Había una diferencia y no era su imaginación. Esa criatura no tenía alma. Por alguna razón, a la Plaga no le importaba que esto fuera obvio. Quizá sólo resultara evidente para los espectadores humanos, que constituían una parte cada vez menor del público. La cámara enfocó el rostro oscuro y vulgar de Nilsndot, sus ojos violáceos y vulgares.

«Algunos os preguntaréis cómo es posible, y por qué miles de millones de años de anarquía han pasado sin ninguna ayuda de un Poder. La respuesta es... compleja. Como muchas transformaciones sensatas, ésta tiene un umbral alto. En un lado de ese umbral, la transformación parece totalmente improbable; del otro lado, parece inevitable. La simbiosis de la ayuda depende de comunicaciones eficientes de alta anchura de banda entre los seres a quienes ayudo y yo mismo. Las criaturas como la que ahora dice mis palabras deben reaccionar tan rápida y fielmente como una mano o una boca. Sus ojos y oídos deben responder a través de años-luz. Esto ha sido difícil de conseguir, ya que el sistema necesita disponer de ciertas instalaciones básicas para

funcionar. Pero, ahora que existe la simbiosis, los progresos serán mucho más rápidos. Es posible modificar casi todas las especies para que reciban ayuda.»

Es posible modificar casi todas las especies. Un rostro conocido pronunciaba esas palabras y en la lengua natal de Ravna... pero el origen era monstruosamente remoto.

Abundaban los análisis. Se había formado un nuevo grupo de noticias: a partir de los grupos Amenazas, Homo Sapiens y Automatizaciones de Acoplamiento se generó Amenaza de la Plaga. Actualmente estaba más atareado que cualquier suma de otros cinco grupos. En esta región de la galaxia, una significativa fracción de todo el tráfico de mensajes pertenecía al nuevo grupo. Se enviaban más bits para analizar el mensaje del pobre Qvn Nilsndot de los que había en él original. A juzgar por las reacciones y contradicciones, la proporción señal-ruido era muy baja:

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Acquileron ->triskweline, unidades SJK

De: Universidad Khurvark [Definida como una universidad multirracial instalada en un habitat del Allá Medio]

Asunto: Vídeo de la Plaga

Síntesis: El mensaje muestra un fraude

Distribución:

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Grupo de Intereses Dónde Están Ahora

Amenaza de la Plaga

Fecha: 7,06 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

Es evidente que esta «Ayuda» es un fraude. Hemos investigado el asunto concienzudamente. Aunque no aparece su nombre, el presentador es un alto funcionario del anterior régimen de Straumli. Ahora bien, ¿por qué conservar la anterior estructura social si el «Ayudante» simplemente manipula a los humanos como robots teleoperados? La respuesta es clara para cualquier idiota: el Ayudante no tiene capacidad para teleoperar gran cantidad de sentientes. Evidentemente, la caída de Straumli consistió en apoderarse de elementos clave de la estructura de poder de esa civilización.

Para el resto de la especie sigue la rutina habitual. Nuestra conclusión: esta Simbiosis de Ayuda es sólo otra religión mesiánica, otro imperio chapucero que excusa sus excesos y procura engañar a quienes no puede dominar. ¡No os dejéis atrapar!

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Optima ->acquileron ->triskweline, unidades SJK

De: Sociedad Pro Investigaciones Racionales [Probablemente un sistema del Allá Medio, a 5.700 años-luz de Sjandra Kei]

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga, Universidad Khurvark 1

Frases clave: [probable obscenidad] desperdicio de nuestro valioso tiempo

Distribución: Sociedad para la Gestión Racional de la Red Amenaza de la Plaga

Fecha: 7,91 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

¿Quién es el tonto? [probable obscenidad] [probable obscenidad]. Los idiotas que no siguen todas las noticias no deberían ensuciar mis preciosos oídos con su [evidente obscenidad] bazofia. ¿Conque pensáis que la «Simbiosis de Ayuda» es un fraude del reino de Straumli? Entonces, ¿qué provocó la caída de Relé? Por si tenéis la cabeza metida en el trasero [<—probable insulto], había un Poder aliado con Relé. Ese poder ha muerto. ¿Pensáis que se suicidó? Infórmate, cabeza plana [<—probable insulto]. Ningún Poder cayó jamás ante algo procedente del Allá. La Plaga es algo nuevo e interesante. Creo que es hora de que los zoquetes [obscenidad] como Universidad Khurvark se queden con los grupos de ruido y dejen que los demás sostengamos una conversación inteligente.

Y algunos mensajes eran manifiestamente descabellados. Una observación sobre la Red: las traducciones múltiples automáticas a menudo ocultaban la extrañeza total de los participantes. Detrás de esos mensajes coloquiales había entornos remotos, tan emborronados por la distancia y la diferencia que la comunicación era imposible, aunque uno tardara un poco en advertirlo. Por ejemplo:

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Arbwyth ->mercantil 24 ->cherguelen ->triskweline, unidades SJK

De: Turbolabio de las Brumas [Tal vez una organización de criaturas nubosas volantes de un sistema joviano. Muy escasos antecedentes.]

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga

Frases clave: Importancia de los hexápodos

Distribución: Amenaza de la Plaga

Fecha: 8,68 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

No he tenido la oportunidad de ver el famoso vídeo del reino de Straumli, excepto como evocación. (Mi único acceso a la Red es muy costoso.) ¿Es verdad que los humanos tienen seis patas? La evocación no me permitía aseverarlo. Si estos humanos tienen tres pares de patas, creo que existe una fácil explicación de...

¿Hexápodos? ¿Seis patas? ¿Tres pares de patas? Tal vez ninguna de estas traducciones se aproximaba a lo que la pasmada criatura de Turbolabio tenía en mente. Ravna dejó de leer el mensaje.

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Triskweline, unidades SJK

De: Hanse

[Ninguna referencia anterior a la caída de Relé. Ninguna fuente probable. Se trata de alguien muy cauto]

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga, Universidad Khurvark 1

Síntesis: El mensaje muestra un fraude

Distribución:

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Amenaza de la Plaga

Fecha: 8,68 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

La universidad Khurvark piensa que la Plaga es un fraude porque han sobrevivido elementos del régimen anterior en Straum. Existe otra explicación. Supongamos que la Plaga es en verdad un Poder y que sus afirmaciones sobre una simbiosis efectiva son verosímiles. Ello significa que la criatura que recibe «Ayuda» es sólo un dispositivo operado por control remoto y su cerebro es simplemente un procesador local que soporta la comunicación. ¿Alguien quiere que le *ayuden* de ese modo? Mi pregunta no es del todo retórica: hay tantos lectores que es probable que algunos de vosotros respondáis que sí. Sin embargo, la vasta mayoría de los seres sentientes que han evolucionado naturalmente sentirían revulsión ante semejante idea. Sin duda la Plaga lo sabe. Mi sospecha es que la Plaga no es un fraude, pero que la idea de que la cultura del reino de Straumli haya sobrevivido, sí lo es. Sutilmente, la Plaga quería comunicar la impresión de que sólo algunos están esclavizados, que la mayoría de las culturas

sobrevivirá. Combinemos eso con la afirmación de la Plaga de que no todas las especies se pueden teleoperar. Ello sugiere que inmensas riquezas quedan al alcance de las especies que se asocien con este Poder, pero que también se satisfarán los imperativos biológicos e intelectuales de dichas especies.

La pregunta sigue en pie: ¿Hasta dónde llega el control de la Plaga sobre las especies conquistadas? No lo sé. Tal vez no queden mentes conscientes en el Allá de la Plaga, sólo millones de dispositivos teleoperados. Algo es indudable: la Plaga necesita algo de nosotros y aún no nos lo puede quitar.

Y así sucesivamente. Miles de mensajes, cientos de puntos de vista. No en vano la llamaban la Red de Un Millón de Mentiras. Ravna lo comentaba todos los días con Vaina Azul y Tallo Verde, tratando de ordenar las ideas, de decidir en qué creer.

Los escroditas conocían bien a los humanos, pero ni siquiera ellos estaban seguros de que el alma de Qvn Nilsndot estuviera muerta. Y Tallo Verde conocía a los humanos lo suficiente para saber que ninguna respuesta confortaría a Ravna. Miró con inquietud la ventana de las noticias y, al fin, extendió una fronda para tocar a la humana.

—Quizás el caballero Pham pueda decírnoslo, una vez que se reponga.

Vaina Azul respondió con brusco cinismo:

—Si tienes razón, eso significa que a la Plaga no le importa lo que sepan los humanos y quienes están cerca de ellos. En cierto modo tiene sentido, pero... —Su vóder zumbó distraídamente un instante—. Desconfío de este mensaje. Cuatrocientos segundos de banda ancha, tan rico que brinda imágenes multisensoriales para muchas especies. Eso representa una cantidad enorme de información y sin ninguna compresión. Quizá sea un anzuelo con un cebo, enviado a nosotros, pobres habitantes del Allá, a nuestro propio nido.

Esa sospecha también se insinuaba en las noticias. Pero no había patrones obvios en el mensaje, ni nada que hablara a la automatización de la red. Un veneno tan sutil podía funcionar en el Tope del Allá, pero no tan abajo. Y eso dejaba una explicación más sencilla, que tendría pleno sentido hasta en Nyjora o Vieja Tierra: *el vídeo enmascara un mensaje para agentes que ya están en su puesto.*

Vendaz era famoso entre las gentes de Tallamaderas pero, en general, por razones equivocadas. Tenía un siglo de edad y era vástago de la fusión de Tallamadera con dos de sus estrategias. En sus primeras décadas, Vendaz había administrado los aserraderos de la ciudad. En el ínterin, diseñó sagaces mejoras del molino. Vendaz había tenido sus propios amoríos, en general con políticos y redactores de discursos. Cada vez más, sus miembros de reemplazo se inclinaron por la vida pública. Durante

los últimos treinta años había sido una de las voces con más fuerza del consejo de Tallamaderas, y durante los últimos diez, chambelán. En ambos papeles había defendido a los gremios y las transacciones justas. Se rumoreaba que si Tallamadera llegaba a abdicar o sufría la muerte total, Vendaz sería el próximo señor del consejo. Muchos pensaban que sería lo mejor que podría ocurrir ante tamaña calamidad, aunque los pomposos discursos de Vendaz ya eran la ruina del consejo.

Ésa era la visión pública de Vendaz. Cualquiera que comprendiera los sistemas de seguridad podía sospechar que el chambelán dirigía a los espías de Tallamadera. Sin duda tenía muchos informadores en los molinos y las Dársenas, pero ahora Gramil sabía que todo eso era una pantalla. Vendaz tenía agentes en pleno círculo del Reductor, conocía los planes del Reductor, sus temores, sus flaquezas, y era capaz de manipularlos. Vendaz era increíble. A regañadientes, Gramil tuvo que reconocer el gran genio del otro.

Sin embargo, este conocimiento no garantizaba la victoria. No todos los planes de Reductor podían manejarse directamente desde la cinta. Algunas operaciones menores del enemigo podían llevarse a cabo con cierta autonomía... y se necesitaba una sola flecha para matar totalmente a Johanna Olsndot.

Aquí era donde Gramil Jaqueramaphan podía demostrar su valía.

Pidió mudarse dentro de la cortina del castillo, en el tercer piso. No le costó obtener la autorización; sus nuevos aposentos eran más pequeños y las mantas de las paredes eran toscas. Una sola ventana ofrecía una insulsa vista del castillo. Para los nuevos propósitos de Gramil, el lugar era perfecto. En los siguientes días, adoptó el hábito de acechar en las galerías. Las paredes principales estaban llenas de túneles, cuarenta centímetros de ancho por ochenta de altura. Gramil podía desplazarse dentro de la cortina sin que nadie le viera. Caminaba en fila de un túnel al otro, saliendo unos instantes a una muralla para deslizarse de almena en almena y de tronera en tronera, asomando una cabeza aquí y una cabeza allá.

Desde luego se topó con algunos guardias, pero Jaqueramaphan tenía autorización para estar en las murallas y había estudiado la rutina de los guardias. Ellos sabían de su presencia, pero Gramil confiaba en que no conocieran su propósito. Era un trabajo duro y frío, pero el esfuerzo valía la pena. El gran objetivo de Gramil era hacer algo espectacular y valioso en la vida. El problema era que la mayoría de sus ideas eran más profundas que las de otras manadas, aun de gentes a quienes respetaba inmensamente, y nadie las comprendía. Ese había sido el problema con Johanna. Bien, al cabo de unos días acudiría a Vendaz y luego...

Mientras fisgoneaba por rincones y ventanas, dos miembros de Gramil se sentaban a tomar notas. Al cabo de diez días tuvo suficiente información para impresionar incluso a Vendaz.

La residencia oficial de Vendaz estaba rodeada por aposentos para sus asistentes y

guardias. No era el sitio indicado para celebrar una audiencia secreta. Además, Gramil había tenido mala suerte con la aproximación directa. Uno podía esperar días por una cita; y cuanto más paciente era, cuanto más respetaba las reglas, más le olvidaban los burócratas.

Pero Vendaz a veces estaba solo. Tenía una torre en la muralla vieja, en el lado del castillo que daba al bosque. Al atardecer del undécimo día de sus investigaciones, Gramil se apostó en esa torre y esperó. Transcurrió una hora. El viento amainó. Una gruesa niebla llegó desde la bahía, trepando por la vieja muralla como una lenta espuma marina. Todo se volvió muy silencioso, como siempre ocurre con la niebla espesa. Gramil olisqueó melancólicamente la plataforma de la torre. Estaba realmente ruínosa. La argamasa se desmigajaba, y parecía fácil arrancar las piedras... *Demonios*. Tal vez Vendaz, rompiendo con su costumbre, no fuera ese día.

Pero Gramil esperó otra media hora... y su paciencia fue recompensada. Oyó el chasquido del acero en la escalera de caracol. No había sonidos mentales, demasiada bruma. El escotillón se abrió y asomó una cabeza.

Aún en la niebla, Vendaz soltó un feroz chistido de sorpresa.

—¡Calma! Soy sólo yo, el leal Jaqueramaphan.

La cabeza asomó aún más.

—¿Qué hace un ciudadano leal aquí arriba?

—Pues he venido a verte —dijo Gramil riendo—, en tu oficina secreta. Sube, señor. Con esta niebla, hay lugar suficiente para ambos.

Uno tras otro, los miembros de Vendaz atravesaron el escotillón. Algunos apenas podían pasar, pues sus cuchillos y joyas se trababan en el marco de la puerta. Vendaz no era una manada delgada. El jefe de seguridad se instaló en el otro extremo de la torre, una postura que indicaba suspicacia. No era la manada pomposa y paternalista de las reuniones públicas. Gramil sonrió. Por cierto, había logrado llamarle la atención.

—¿Y bien? —murmuró Vendaz.

—Señor, deseo ofrecerte mis servicios. Creo que mi sola presencia en este lugar indica que puedo ser valioso para la seguridad de Tallamaderas. Sólo un profesional con talento habría descubierto que usas este lugar como cubil secreto.

Vendaz pareció relajarse un poco. Sonrió con sorna.

—En efecto. Vengo aquí precisamente porque esta parte de la muralla vieja no se ve desde el castillo. Aquí puedo comulgar con las colinas y liberarme de las trivialidades burocráticas.

Jaqueramaphan asintió.

—Entiendo, señor. Pero te equivocas en un detalle. —Señaló a lo lejos—. No puedes verla a través de la niebla, pero en el lado del castillo que da sobre el puerto hay un lugar desde el cual se puede ver tu torre.

—¿De veras? ¿Y quién podría ver...? Ah, la herramienta óptica que trajiste de la República.

—¡Exacto! —Gramil metió la mano en un bolsillo y sacó el telescopio—. Incluso desde el otro lado del patio, pude reconocerte.

Las herramientas ópticas podían haber vuelto famoso a Gramil. Tallamadera y Escrúpilo estaban encantados con ellas. Lamentablemente, la honestidad le había obligado a admitir que había comprado esos aparatos a un inventor de Rangathir. No importaba que él hubiera reconocido el valor de ese invento, que lo hubiera usado para rescatar a Johanna. Cuando descubrieron que él ignoraba cómo funcionaban las lentes, aceptaron uno como obsequio... y acudieron a sus vidrieros. En fin, aún era el mejor usuario de la herramienta óptica en esa parte del mundo.

—No es sólo que te haya observado, señor. Ésa es la parte menos importante de mi investigación. En los últimos diez días he pasado muchas horas en las veredas del castillo.

Vendaz torció los labios.

—No me digas.

—Sospecho que nadie reparó en mí y tuve cuidado de que nadie me viera usar mi herramienta óptica. En todo caso —extrajo su libreta de otro bolsillo—, he compilado extensas notas. Sé quién va adonde y cuándo a casi todas las horas de la noche. ¡Imagínate el poder de mis técnicas en pleno verano!

Apoyó la libreta en el suelo y se la pasó a Vendaz. Al cabo de un momento, el otro envió un miembro a recogerla. No parecía muy entusiasta.

—Por favor, entiéndelo, señor. Sé que tú revelas a Tallamadera lo que sucede en los altos consejos de los reductoristas. Sin tus fuentes, estaríamos indefensos ante ellos, pero...

—¿Quién te ha contado esas cosas?

Gramil tragó saliva. *No te dejes amilanar*. Sonrió débilmente.

—Nadie tuvo que contármelo. Soy un profesional, como tú; y sé guardar un secreto. Pero piensa; en el castillo podría haber otros con mi habilidad y ser unos traidores. Tal vez tus importantes fuentes nunca te den noticias sobre ellos. Piensa en el daño que podrían causar. Necesitas mi ayuda. Con mis técnicas, puedes seguir los movimientos de todos. Me gustaría adiestrar a un cuerpo de investigadores. Podríamos operar en la ciudad, observando desde las torres del mercado.

El jefe de seguridad se paseó junto al parapeto, dando puntapiés a las piedras flojas.

—La idea es atractiva. Ten en cuenta esto. Creo que hemos identificado a todos los agentes reductoristas y les damos mucha información... falsa. Es interesante oír cómo nuestras fuentes repiten esas mentiras. —Rió secamente y miró por encima del parapeto, reflexionando—. Pero tienes razón. Si pasamos por alto a alguien que tenga

acceso a la Dos-Patas o al dataset, podría ser desastroso. —Volvió más cabezas hacia Gramil—. Trato hecho. Puedo conseguirte cuatro o cinco personas para que las... adiestres en tus métodos.

Gramil apenas podía contenerse. Sentía ganas de brincar de entusiasmo y fijaba todos los ojos en Vendaz.

—¡No lo lamentarás, señor!

—Tal vez no. Ahora bien, ¿a cuántos has mencionado esta investigación? Será preciso incorporarles, hacerles jurar que guardarán el secreto.

Gramil se irguió.

—¡Señor, te he dicho que soy un profesional! He guardado totalmente este secreto, a la espera de mantener esta conversación. Vendaz sonrió y se distendió, volviéndose casi cordial. —Excelente. Entonces podemos comenzar. Tal vez fue la voz de Vendaz, demasiado estridente, o tal vez fue otro ruido. Fuera como fuese, Gramil volvió una cabeza y vio rápidas sombras que venían desde el bosque. Demasiado tarde, oyó el ruido mental del atacante.

Silbaron flechas y un fuego ardió en la garganta de su Pham. Gorgoteó, pero logró mantenerse unido y correr hacia Vendaz.

—¡Ayúdame! —gritó en vano. Gramil lo comprendió aun antes de que el otro extrajera sus cuchillos y retrocediera.

Vendaz se apartó mientras su esbirro saltaba hacia Gramil. El pensamiento racional se disolvió en un frenesí de ruidos y dolor. *¡Avisa a Errabundo! ¡Avisa a Johanna!* La carnicería continuó durante largos instantes...

Una parte de él se ahogaba en una viscosidad roja. Una parte de él estaba ciega. Los pensamientos de Jaqueramaphan eran jirones. Al menos uno de sus miembros había muerto. Pham yacía decapitado en un charco de sangre que humeaba en el aire frío. Frío y dolor y ahogos... *Avisa a Johanna.*

El esbirro y su jefe se habían alejado. Vendaz. Jefe de seguridad. *Jefe de traición. Avisa a Johanna.* Le observaban en silencio mientras él se desangraba. Demasiado quisquillosos para mezclar sus pensamientos con los de él. Aguardarían. Aguardarían a que el ruido de su mente se silenciara y luego le rematarían.

Silencio. Absoluto silencio. Los pensamientos remotos de sus asesinos. Gorgoteos y gemidos. Nadie sabría jamás...

El aturdido Ja miró turbiamente a las dos extrañas manadas. Una se le acercó con garfios de acero en las patas, hojas en la boca. *¡No!* Ja brincó, patinando en la humedad. La manada embistió, pero Ja ya estaba en el parapeto. Saltó hacia atrás y cayó...

Se estrelló contra las rocas. Se alejó de la pared, con el lomo dolorido. Luego sintió aturdimiento. *¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?* Niebla por doquier. Desde arriba llegaban murmullos. El recuerdo de los cuchillos y las púas flotaba en su mente

desquiciada. *¡Avisa a Johanna!* Recordaba... algo... un sendero oculto entre las malezas. Si seguía ese camino, hallaría a Johanna.

Ja se arrastró lentamente por el sendero. Algo andaba mal con sus patas traseras. No las sentía. *Avisa a Johanna.*

Johanna tosió. Las cosas parecían andar de mal en peor. Los últimos tres días había tenido dolor de garganta y ahogos. No sabía si asustarse o no. Las enfermedades eran algo cotidiano en los tiempos medievales. *¡Sí, y además mataban a mucha gente!* Se sonó la nariz y procuró concentrarse en las palabras de Tallamadera.

—Escrúpilo ya ha fabricado algo de pólvora. Funciona tal como predijo el dataset. Lamentablemente, casi perdió un miembro tratando de usarla con un cañón de madera. Si no podemos fabricar cañones, me temo...

Una semana atrás, no habría recibido a Tallamadera allí. Siempre se encontraban en el castillo. Pero Johanna enfermó, estaba segura de que era un «resfriado», y no tuvo ganas de salir. Además, la visita de Gramil la había... avergonzado. Algunas manadas eran buena gente. Decidió tratar de entenderse con Tallamadera y también con el Bufón Pomposo, si alguna vez regresaba. Mientras las criaturas como Cicatriz se mantuvieran alejadas... Johanna se inclinó sobre el fuego y desechó las objeciones de Tallamadera. A veces esta manada se parecía a su vieja abuela.

—Supongamos que podemos fabricarlos. Tenemos muchísimo tiempo hasta el verano. Dile a Escrúpilo que estudie el dataset con mayor atención y no intentéis más atajos. La cuestión es usarlos para rescatar mi nave estelar.

Tallamadera sonrió. El miembro que babeaba dejó de enjugarse el hocico para unirse a los demás en su asentimiento.

—He hablado de esto con Errabun... con varias personas, especialmente Vendaz. Habitualmente, desplazar un ejército hasta Isla Oculta representaría un problema insuperable. El viaje marítimo es rápido, pero hay muchos puntos peligrosos en el camino. El viaje por tierra es lento, y el otro lado quedaría prevenido con mucha antelación. Pero por suerte, Vendaz ha hallado algunas rutas seguras. Quizá podamos introducirnos...

Alguien raspó la puerta. Tallamadera ladeó un par de cabezas. —Qué raro —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Johanna distraídamente. Se cubrió los hombros con la manta y se levantó. Dos miembros de Tallamadera la acompañaron.

Johanna abrió la puerta y escrutó la niebla. De pronto Tallamadera se puso a cloquear. El visitante había retrocedido. Había algo raro, en efecto, y Johanna tardó un instante en comprender qué era. Era la primera vez que veía a una de esas criaturas caninas sola. Tallamadera pasó a su lado, salió. El criado de Johanna, que estaba en el atillo, se puso a gritar. El sonido lastimó los oídos de Johanna.

El púa solitario giró sobre las ancas y trató de alejarse a rastras, pero Tallamadera le tenía rodeado. Exclamó algo y el guardia dejó de gritar. Se oyeron pisadas en la escalera de madera y el criado salió con su ballesta. Colina abajo se oyó ruido de armas mientras los guardias subían deprisa.

Johanna corrió hacia Tallamadera, dispuesta a defenderse a puñetazos si era necesario. Pero la manada estaba acariciando al forastero con el hocico, lamiéndole el pescuezo. Al cabo de un instante, Tallamadera cogió al púa por la casaca.

—Ayúdame a llevarlo adentro, Johanna, por favor.

La niña cogió los flancos del púa, cuyo pelaje estaba húmedo por la niebla... e impregnado de sangre.

Atravesaron la puerta y apoyaron al miembro en un cojín, junto al fuego. La criatura emitía silbidos entrecortados, el ruido de un dolor extremo. La miró con ojos tan grandes que ella pudo verle el blanco de los ojos. Por un instante, Johanna pensó que la criatura le tenía miedo, pero cuando Johanna retrocedió la criatura estiró el cuello hacia ella. Johanna se arrodilló junto al cojín y la criatura le apoyó el hocico en la mano.

—¿Qué ocurre? —Miró aquel cuerpo, la casaca acolchada. Las ancas del púa estaban torcidas en un ángulo extraño, y una pata colgaba cerca del fuego.

—¿No le reconoces...? —dijo Tallamadera—. Es una parte de Jaqueramaphan. —Apoyó un hocico en la pata floja y la alzó hacia el cojín.

Los guardias y el criado de Johanna hablaban en voz alta. A través de la puerta vio miembros que sostenían antorchas; apoyaban las patas delanteras en los hombros de sus compañeros, arrojando lumbre. Nadie trató de entrar, porque no había espacio.

Johanna miró al púa herido. ¿Gramil? Al fin reconoció la casaca. La criatura aún la miraba, jadeando de dolor.

—¿No podéis conseguir un médico?

Tallamadera la rodeaba por todas partes.

—Yo soy médico, Johanna —respondió. Señaló el dataset y continuó en voz baja —: Al menos, lo que llamamos así por estos lares.

Johanna secó el pescuezo de la criatura, pero la sangre seguía manando.

—Bien, ¿puedes salvarlo?

—A este fragmento tal vez, pero... —Un miembro de Tallamadera fue hasta la puerta y habló con las manadas que estaban afuera—. Mi gente está buscando al resto... Creo que le han asesinado casi por completo, Johanna. Si hubiera otros... bien, los fragmentos suelen quedarse juntos.

—¿Ha dicho algo? —era otra voz, hablando en samnorsk. Cicatriz. Su enorme y feo hocico asomaba por la puerta.

—No —dijo Tallamadera—. Y su ruido mental es un caos.

—Déjame escucharle —dijo Cicatriz.

—¡Tú aléjate! —chilló Johanna. La criatura que tenía en los brazos se retorció.

—¡Johanna! El es amigo de Gramil. Déjale ayudar. Cuando la manada de Cicatriz entró en la habitación, Tallamadera subió al desván, dejándole espacio. Johanna sacó el brazo de abajo del púa herido y retrocedió hasta la puerta. Afuera había más

manadas de las que había imaginado, y nunca las había visto tan cerca. Las antorchas fulguraban como tubos fluorescentes en la brumosa penumbra.

Volvió los ojos hacia el fuego.

—¡Te estoy observando!

Los miembros de Cicatriz se apiñaron en torno del cojín. El grandote acercó la cabeza a la del púa herido. Por un momento, el púa continuó con sus jadeantes silbidos. Cicatriz cloqueó. La respuesta fue un charloteo uniforme, casi agradable. Desde el desván, Tallamadera dijo algo. Ella y Cicatriz conversaron. —¿Y bien? —dijo Johanna.

—Ja... el fragmento... no es un «hablante» —dijo Tallamadera.

—Para peor —dijo Cicatriz—, no logro descifrar sus ruidos mentales. No recibo sensaciones ni imágenes. No puedo averiguar quién asesinó a Gramil.

Johanna entró en la habitación y se acercó al cojín. Cicatriz le dejó lugar, pero no abandonó al herido. Ella se arrodilló entre dos miembros de Cicatriz y acarició el pescuezo largo y ensangrentado.

—¿Ja logrará sobrevivir?

Cicatriz recorrió el cuerpo con tres narices, palpando suavemente las heridas. Ja se retorció y silbó, excepto cuando Cicatriz le tocó las ancas.

—No sé. Casi todas las manchas de sangre son salpicaduras, quizá de los demás miembros. Pero se le ha partido el espinazo. Aunque el fragmento viva, sólo tendrá dos patas utilizables.

Johanna reflexionó un instante, tratando de ver las cosas desde la perspectiva púa. No le agradó su deducción. No tenía sentido, pero para ella el tal «Ja» aún era Gramil. Para Cicatriz la criatura era un fragmento, un órgano de un cadáver reciente. Y para colmo, dañado. Miró a Cicatriz.

—¿Y qué hacéis con estos... desechos?

Tres de sus cabezas se volvieron hacia ella erizando el pelaje. Su voz sintética se volvió aguda y frenética.

—Gramil era un buen amigo. Podríamos construirle un carro de dos ruedas para la parte trasera, así podría desplazarse. La parte de la cabeza le hallará una manada. Ya sabes que estamos buscando a los demás fragmentos; quizá podamos reparar algo. De lo contrario... bien, yo sólo tengo cuatro miembros. Trataré de adoptarlo —mientras hablaba, un miembro acariciaba al fragmento herido—. No sé si funcionará. Gramil no era una persona de alma flexible, como un peregrino. Y en este momento no congenio con él.

Johanna se sosegó. Cicatriz no era responsable de todo lo que salía mal en el universo.

—Tallamadera tiene excelentes criadores. Tal vez encuentren a alguien que concuerde. Pero compréndelo..., para los miembros adultos es difícil reintegrarse,

sobre todo para los no-hablantes. Los fragmentos como Ja a menudo mueren por propia voluntad, simplemente dejan de comer. O a veces... Alguna vez visita el puerto y mira a los peones. Verás grandes manadas, pero con mentes de idiotas. No pueden mantenerse unidas, ante el menor problema echan a correr hacia todas partes. Así es como terminan muchas manadas reintegradas... —Cicatriz hablaba con dos de sus miembros, y al fin calló. Volvió todas las cabezas a Ja, que había cerrado los ojos. ¿Dormía? Aún respiraba, pero el sonido era áspero.

Johanna miró hacia el escotillón del desván. Tallamadera había asomado una *cabeza* por el orificio. La cabeza, que estaba invertida, miró a Johanna. En otra situación, su apariencia habría resultado cómica.

—A menos que ocurra un milagro, Gramil murió hoy. Compréndelo, Johanna. Pero si el fragmento vive, aunque sea por poco tiempo, quizás encontremos al asesino.

—¿Cómo, si no puede comunicarse?

—Sí, pero todavía puede señalarle. He ordenado a los hombres de Vendaz que mantengan al personal acuartelado. Cuando Ja esté más tranquilo, haremos desfilar frente a él a todas las manadas del castillo. El fragmento sin duda recuerda lo que le sucedió a Gramil y quiere contárnoslo. Si los asesinos están entre los nuestros, los verá.

—Y armará un alboroto. —*Igual que un perro.*

—En efecto. Así que lo importante es brindarle seguridad..., y esperar que nuestros médicos puedan salvarle.

Encontraron al resto de Gramil un par de horas más tarde, en una torre de la muralla vieja. Vendaz dijo que aparentemente dos manadas habían salido del bosque y trepado a la torre, tal vez en un intento de estudiar el terreno. Tenía todo el aspecto de una inepta incursión de novatos; nada valioso podía verse desde esa torre, ni siquiera en un día despejado. Pero para Gramil, había sido una desgracia fatal. Al parecer había sorprendido a los intrusos. Cinco de sus miembros habían sido atravesados por flechas, por hachas, decapitados. El sexto, Ja, se había roto el espinazo en el terraplén de piedra, al pie de la muralla. Johanna fue hasta la torre al día siguiente. Incluso desde abajo se veían manchas parduscas en el parapeto. Se alegró de no poder subir a la parte superior.

Ja murió durante la noche, pero no por nuevos actos del enemigo, ya que estuvo continuamente bajo la protección de Vendaz.

Johanna pasó en silencio los siguientes días. De noche lloriqueaba. *Al cuerno con su «medicina»*. Podían diagnosticar un espinazo roto, pero ignoraban por completo las lesiones ocultas, las hemorragias internas. Al parecer Tallamadera era famosa por su teoría de que el corazón bombeaba la sangre en todo el cuerpo. *¡Con mil años más tal vez llegue a ser algo más que un carnicero!*

Durante un tiempo les odió a todos; a Cicatriz por las razones de costumbre, a Tallamadera por su ignorancia, a Vendaz por permitir que los reductoristas se aproximaran tanto al castillo... y a Johanna Olsndot por haber rechazado a Gramil cuando intentaba ser su amigo.

¿Qué diría Gramil ahora? Él había intentado que Johanna confiara en ellos. Decía que Cicatriz y los demás eran buena gente. Una noche, una semana después, Johanna logró hacer las paces consigo misma. Estaba tendida en su camastro, arrebujaada bajo la manta. Los dibujos de las paredes titilaban en la luz ambarina. *De acuerdo, Gramil. Por ti... confiaré en ellos.*

Pham Nuwen no recordaba casi nada de los días que sucedieron a su muerte, del dolor que le causó el final de Antiguo. Figuras fantasmales, palabras anónimas. Alguien dijo que el cirujano de a bordo le había mantenido con vida. No lo recordaba. Era un misterio y una afrenta que mantuvieran su cuerpo respirando. Al cabo, sus reflejos animales habían revivido. El cuerpo empezó a respirar por sí mismo. Abrió los ojos. Ninguna lesión cerebral, dijo Tallo Verde, una recuperación completa. El pedazo de carne que había sido un ser viviente no puso objeciones.

Lo que quedaba de Pham Nuwen pasó largo tiempo en el puente de la *FDB*. Desde antes, la nave le recordaba una cochinilla gorda. Aquellos insectos eran comunes en la paja que tendían en el piso del gran salón del castillo de su padre, en Canberra. Los chiquillos jugaban con ellos. Las cochinillas no tenían patas, sólo espinas plumosas que sobresalían de un tórax quitinoso. Sin importar la posición en que lo dejaran, el insecto movía las espinas o antenas y seguía su camino, aunque estuviera al revés. Las espinas de ultraimpulso de la *FDB* se parecían mucho a las extremidades de una cochinilla, aunque no eran tan articuladas. Y el cuerpo era gordo y lustroso, más delgado en el medio.

Conque Pham Nuwen había terminado en el interior de una cochinilla. Muy apropiado para un muerto. Y ahora estaba sentado en el puente. La mujer le llevaba allí a menudo, como si el lugar debiera fascinarle. Las paredes eran pantallas, mejores que las que había visto en sus tiempos de mercader. Cuando las ventanas miraban por las cámaras exteriores de la nave, la vista era tan buena como en las burbujas de cristal de la flota de Qeng Ho.

Parecía una tosca escena de fantasía o una simulación gráfica. Si se quedaba sentado un largo rato, veía que las estrellas se movían en el cielo. La nave se desplazaba diez hipersaltos por segundo: un salto, nuevos cálculos, nuevo salto. En esta parte del Allá podían viajar a un milésimo por salto, o quizá más, pero entonces los cálculos llevarían mucho más tiempo. A diez por segundo, sumaban más de treinta años-luz por hora. Los saltos eran imperceptibles para los sentidos humanos y entre los saltos estaban en caída libre, llevando la misma velocidad intrínseca que al partir de Relé. Así que no se acusaban los efectos Doppler del vuelo relativista; las estrellas eran tan puras como vistas desde el cielo del desierto, o en tránsito de baja velocidad. Simplemente se desplazaban por el cielo; las más próximas con mayor rapidez. En media hora viajó más distancia de la que había recorrido en medio siglo con el Qeng Ho. Tallo Verde bajó un día al puente y se puso a cambiar ventanas. Como de costumbre hablo con Pham, parloteando como si una persona real la escuchara.

—Como ves, la ventana central es un mapa ultraonda de la región que tenemos

detrás. —Tallo Verde pasó un zarcillo ondulante sobre los controles. Las imágenes multicolores aparecieron en las demás paredes—. Lo mismo ocurre con los otros cinco puntos direccionales.

Las palabras eran un ruido en los oídos de Pham. Las comprendía, pero sin prestar atención. La escrodit hizo una pausa, luego continuó con una perseverancia que evocaba a esa mujer, Ravna.

—Cuando las naves efectúan un salto, cuando reingresan, dejan una especie de salpicadura de ultraonda, y yo compruebo si nos siguen.

Colores en todas las ventanas, hasta frente a los ojos de Pham. Había gradaciones suaves, sin manchas brillantes ni rasgos lineales.

—Lo sé, lo sé —dijo ella, hablando por ambos—. Los analizadores de a bordo todavía están evaluando los datos. Pero si alguien nos sigue a menos de cien años-luz, le detectaremos. Y si está a mayor distancia... bien, tal vez no pueda detectarnos a nosotros.

No importa. Pham casi desechó la cuestión. Pero no había estrellas que mirar. Miró los colores refulgentes y pensó en el problema. *Pensó.* Una broma. Tan Abajo nadie pensaba nada. Diez mil naves estelares habían escapado de la caída de Relé. Era probable que el enemigo no hubiera catalogado esas partidas. El ataque contra Relé había sido un pequeño efecto secundario del asesinato de Antiguo. Era probable que la *FDB* hubiera escapado sin que nadie lo notara. ¿Por qué al enemigo le importaría dónde se ocultaban los últimos recuerdos de Antiguo? ¿Por qué a alguien le importaría hacia dónde se dirigía su pequeña nave?

Sintió un espasmo. Un reflejo animal, sin duda.

El pánico dominaba lentamente a Ravna Bergsndot, cada día un poco más. No se trataba de un desastre específico, sino de la muerte lenta de la esperanza. Trataba de acompañar a Pham Nuwen parte del día, de hablarle, de cogerle la mano. Él nunca reaccionaba, ni siquiera la miraba. Tallo Verde también lo intentaba. A pesar de su extrañeza, el Pham de antes se llevaba bien con los escroditas. Ahora no tenía soporte médico, pero actuaba como un vegetal.

Y en el ínterin el descenso se volvía más lento, quizá más de lo que Vaina Azul había predicho.

Y cuando Ravna conectaba las noticias, cada día parecían más aterradoras. La teoría de la «especie de la muerte» estaba cobrando popularidad. Cada vez más gente creía que la especie humana estaba propagando la Plaga.

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Baeloresk ->triskweline, unidades SJK

De: Alianza para la Defensa [Presunta cooperativa de cinco imperios poliespecíficos del Allá, debajo del reino de Straumli. Su existencia no estaba documentada antes de la caída del reino]

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 17,95 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

Hasta ahora hemos procesado medio millón de mensajes sobre el vídeo de esta criatura, y leído una buena parte de ellos. La mayoría de los lectores pasan por alto el meollo de la cuestión. El principio de la operación del «Ayudante» es evidente. Se trata de un Poder Trascendente que utiliza comunicación ultraluz para operar por medio de una especie del Allá. Sería bastante fácil hacerlo en el Trascenso (se cuentan muchas historias sobre los cautivos de los Poderes en esa región). Pero dicha comunicación, para resultar efectiva en el Allá, requiere grandes modificaciones en el diseño mental de la especie controlada. No pudo haber ocurrido naturalmente y no se puede hacer rápidamente con especies nuevas, diga lo que diga la Plaga.

Hemos observado al grupo de intereses Homo Sapiens desde la primera aparición de la Plaga en el Allá, forman parte de las limitaciones que impiden a los Poderes vivir aquí abajo.

¿Dónde está esa «Tierra» de donde los humanos dicen proceder? «En el otro confín de la Galaxia», dicen ellos, en las honduras de la Zona Lenta. Aun su origen aproximado, Nyjora, está cómodamente situado en la Lentitud. Vemos una teoría alternativa: alguna vez, quizás antes de la existencia de los últimos archivos coherentes, hubo una batalla entre Poderes. Se confeccionó el plano de esta «especie humana», el cual incluía interfases de comunicación. Mucho después de la desaparición de los contendientes originales y sus historias, esta especie llegó a una posición donde podía Trascender. Y esa Trascendencia también estaba planificada, para restablecer al Poder que había preparado la trampa.

No estamos seguros de los detalles, pero esta posibilidad es inevitable. También es evidente lo que debemos hacer. El reino de Straumli está en el corazón de la Plaga, a resguardo de cualquier ataque. Pero existen otras colonias humanas. Debemos pedir a la Red que ayude a identificarlas. Nosotros no somos una gran civilización, pero nos agradecería coordinar la compilación de datos y la

acción militar que se requiere para impedir la propagación de la Plaga en el Allá Medio.

Durante casi diecisiete semanas hemos exhortado a la acción. Si hubierais escuchado desde el principio, un ataque concertado habría servido para destruir el reino de Straumli. ¿La caída de Relé no basta para despabilaros? Amigos, si actuamos conjuntamente aún tenemos una oportunidad.

Muerte a las alimañas.

Esos bastardos incluso enfatizaban el origen desconocido de los humanos. Las especies de origen desconocido eran raras, pero no inauditas. Ahora esas criaturas que proclamaban la «muerte a las alimañas» transformaban el Milagro de Nyjora en algo fatalmente maligno.

«Muerte a las alimañas» eran los únicos que pregonaban un pogrom, pero incluso ciertos corresponsales respetables decían cosas que indirectamente respaldaban dicha medida:

Cripto: 0

Recepción: Nave FDB ad hoc

Senda lingüística: Triskweline, unidades SJK

De: Inteligencia de Arbitraje Sandor en el Zoo [Conocida empresa militar del Allá Alto. Si esto es una farsa, alguien está viviendo peligrosamente]

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga, subserie Hanse

Frases clave: Límites de la Plaga; la Plaga está buscando algo

Distribución: Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Automaciones de Acoplamiento

Grupo de Intereses Analistas de Guerras.

Fecha: 11,94 días desde la caída de Relé.

Texto del mensaje:

La Plaga admite que es un Poder que teleopera a sofones en el Allá. Pero recordemos lo difícil que es lograr una automatización de acoplamiento inmediato con demoras temporales superiores a varios milisegundos. La Red Conocida es un ejemplo perfecto de ello: las demoras oscilan entre cinco milisegundos para los sistemas que están a un par de años-luz de distancia y varios cientos de segundos cuando los mensajes deben atravesar nódulos de intermediación. Esto, combinado con la baja anchura de banda disponible a través de distancias interestelares, convierte a la Red Conocida en un foro informal para el intercambio de información y mentiras. Estas restricciones, inherentes a la naturaleza en el Allá, forman parte de las limitaciones que

impiden a los Poderes vivir aquí abajo.

Nuestra conclusión es que la Plaga no puede alcanzar el control inmediato excepto en el Allá Alto. En el Tope, los agentes sofotes de la Plaga son literalmente sus extremidades. En el Allá Medio, creemos que es posible la «posesión» mental, pero que se debe efectuar un considerable proceso previo en la mente controlada. Más aún, se requiere bastante equipo interno (los torpes trabajos propios de esas profundidades) para respaldar la comunicación. El control directo, milisegundo por milisegundo, es impracticable en el Allá Medio. Un combate a ese nivel significaría control jerárquico. Las operaciones de largo plazo también recurrirían a la intimidación, el fraude y la traición.

Éstas son amenazas que la gente del Allá Medio y Bajo puede reconocer.

Son las herramientas de la Plaga en el Allá Medio y Bajo, y debéis cuidaros de ellas en el futuro inmediato. No vemos apropiaciones imperiales: no hay ganancia [sustento] en ello. Incluso la destrucción de Relé fue probablemente un efecto lateral del asesinato que se cometía simultáneamente en el Trascenso. Las mayores tragedias continuarán en el Tope y en el Trascenso Bajo; pero debemos saber que la Plaga está buscando algo. Ha atacado a gran distancia, donde importantes archivos constituían el blanco. Cuidaos de los espías y traidores.

Incluso algunos de los que simpatizaban con la humanidad daban escalofríos a Ravna.

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Triskweline, unidades SJK

De: Hanse

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga, subserie Alianza para la Defensa

Frases clave: Teoría Raza de la Muerte

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 18,29 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

He obtenido especímenes de los mundos humanos que se hallan en nuestro volumen. El archivo del grupo de intereses Homo Sapiens posee análisis detallados. Mi conclusión: el análisis previo psíquico-físico (aunque menos exhaustivo) de los humanos es correcto. Esa especie *no* tiene estructuras incorporadas para soportar el control remoto. Los experimentos con sujetos

vivos no mostraban propensión a la sumisión.

No hallé pruebas de optimización artificial. (Había evidencias de cirugía ADN para mejorar la resistencia contra las enfermedades: el rastreo temporal nos indica que esta labor se realizó hace dos mil años. La sangre de los sujetos del reino de Straumli llevaba un optígeno, Thirault [una receta médica barata que se puede adaptar a gran cantidad de mamíferos]). Esta especie, según la representan nuestros especímenes, parece algo que ha llegado muy recientemente de la Zona Lenta, tal vez de un solo mundo originario.

¿Alguien ha efectuado estas verificaciones en mundos humanos más distantes?

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Baeloresk ->triskweline, unidades SJK

De: Alianza para la Defensa [Presunta cooperativa de cinco imperios poliespecíficos del Allá, debajo del reino de Straumli. Su existencia no estaba documentada antes de la caída del reino]

Asunto: Serie Vídeo de la Plaga, Hanse 1

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 19,43 días desde la caída de Relé

Texto del mensaje:

¿Quién es ese «Hanse»? Alardea de su objetividad afirmando que ha experimentado con especímenes humanos, pero oculta su propia naturaleza, ¡No os dejéis engañar por humanos que hablan de sí mismos! No hay manera de experimentar con las criaturas que viven en el reino de Straumli: su protector se encargará de ello.

Muerte a las alimañas.

Y había un chiquillo atrapado en el fondo del pozo. En ciertos días era imposible comunicarse. En otras ocasiones, cuando las antenas de la *FDB* estaban apuntadas en la dirección correcta y cuando otras variables lo permitían, Ravna oía los mensajes de la nave. Aun entonces la señal era tan débil, tan distorsionada, que la tasa efectiva de transmisión era de pocos bits por segundo.

Jefri y sus problemas parecían una intrascendente nota al pie en la historia de la Plaga (y aun menos que eso, porque nadie conocía su existencia), pero para Ravna Bergsndot estas conversaciones eran la única luz en su vida.

El chico estaba muy solo, aunque ahora un poco menos. Ravna se enteró de la existencia de su amigo Amdi, del severo Tyrathect, del heroico Acero y de los orgullosos púas. Ravna sonrió. Las paredes de su cabina exhibían el chato mural de una jungla. En las honduras de esa húmeda penumbra se erguían sombras regulares, un castillo construido en las raíces de un gigantesco mangle. El mural era famoso; el original era una obra analógica de tres mil años atrás. Mostraba la vida en una época aún más distante, la Edad Oscura de Nyora. Ella y Lynne habían pasado gran parte de su infancia soñando que se trasladaban a esos tiempos. El pequeño Jefri estaba atrapado de veras en esa época. Los carniceros de Tallamadera no eran una amenaza interestelar, pero eran un espanto mortal para quienes les rodeaban. Por suerte Jefri no había presenciado las matanzas.

Ése era un auténtico mundo medieval. Un lugar cruel e implacable, aunque Jefri hubiera caído entre gentes de bien. Y la comparación con Nyjora no era del todo apropiada. Los púas tenían mentes de manada; aun el viejo Grondr Kalir se había sorprendido de eso.

A través de los mensajes de Jefri, Ravna veía el pánico que reinaba entre la gente de Acero.

El Señor Acero me preguntó de nuevo si hay un modo en que podamos hacer volar nuestra nave. No sé. Creo que estuvimos a punto de estrellarnos. Necesitamos armas. Eso nos salvaría, al menos hasta que llegues aquí. Ellos tienen arcos y flechas como en los días de Nyjora, pero no tienen armas de fuego. Él me pregunta si puedes enseñarnos a fabricar armas.

Los invasores de Tallamadera regresarían y esta vez con fuerza suficiente para arrasar el pequeño reino de Acero. Cuando pensaban que el vuelo de la *FDB* duraría sólo cuarenta días, eso no parecía un gran riesgo, pero ahora... Tal vez al llegar sólo quedaran restos de una masacre.

Oh Pham, querido Pham. Si alguna vez exististe de veras, por favor regresa ahora. Pham Nuwen de la Canberra medieval. Pham Nuwen, mercader de la Lentitud. ¿Cómo afrontaría esta situación alguien como tú?

Ravna sabía que Vaina Azul, a pesar de su aparente apatía, se preocupaba tanto como ella. Mucho peor, era un detallista. La próxima vez que Ravna le preguntó cómo iba la travesía, la agobió con tecnicismos.

—Mira —interrumpió Ravna—, ese chico está sentado sobre algo que podría hacer trizas a la Plaga y sólo tiene arcos y flechas. ¿Cuánto tardaremos en llegar allá, Vaina Azul?

Vaina Azul rodó nerviosamente en el cielo raso. Los escroditas tenían impulsores de reacción y podían maniobrar en caída libre con mayor destreza que la mayoría de los humanos. En cambio utilizaban franjas adhesivas y rodaban por las paredes. A veces resultaba simpático, pero en este momento resultaba irritante.

Al menos podían hablar. Ravna miró a Pham Nuwen, que estaba sentado frente a la pantalla principal del puente. Como de costumbre, miraba fijamente las estrellas. Estaba sin afeitar, y la barba rojiza le brillaba sobre el cutis; su largo cabello flotaba, enmarañado y desgredado. Físicamente estaba curado de sus heridas. El cirujano de a bordo incluso había reemplazado la masa de músculos que antes ocupaba el equipo de comunicaciones de Antiguo. Pham podía vestirse y alimentarse, pero aún vivía en un mundo de ensoñación privada.

Los dos escroditas parlotearon. Fue Tallo Verde quien al fin respondió a su pregunta:

—A decir verdad, no estamos seguros. La calidad del Allá cambia a medida que descendemos. Cada salto demora una fracción de segundo más que el anterior.

—Lo sé. Nos estamos desplazando hacia la Zona Lenta. Pero la nave está diseñada para eso. Debería ser fácil extrapolar la desaceleración.

Vaina Azul extendió un zarcillo del cielo raso al suelo, tiritó un segundo y emitió un humanísimo sonido de embarazo por el vóder.

—En condiciones normales tendrías razón, mi dama Ravna. Pero éste es un caso especial... Ante todo, parece que afrontamos una modificación zonal.

—¿Qué?

—No es inaudito. Ocurren pequeños cambios continuamente.

Es uno de los propósitos de los lugres, analizar los cambios. Tenemos la mala suerte de atravesar el centro de la incertidumbre.

En realidad, Ravna sabía que la turbulencia de interfaz era elevada en el Fondo. Pero no lo pensaba en términos tan solemnes como «modificación zonal». Tampoco había comprendido que era tan grave que aún podía afectarles.

—De acuerdo. ¿Cuán serio puede ser? ¿Cuánto puede demorarnos?

—Oh cielos.

Vaina Azul rodó hacia la otra pared. Ahora estaba erguido sobre un cielo cuajado de estrellas.

—Sería agradable ser un escroditas menor. Mi elevada vocación me trae muchos problemas. Ojalá estuviera ahora en medio del oleaje, evocando viejos recuerdos. —*De otros días en el oleaje.* Tallo Verde continuó:

—La pregunta no es «cuánto puede subir esta marea» sino «cuánto puede arreciar esta tormenta». En este momento es peor que cualquier cosa que haya ocurrido en esta región durante los últimos mil años. Sin embargo, hemos seguido las noticias locales. La mayoría convienen en que la tormenta ha alcanzado su punto álgido. Si nuestro otro problema no se agrava, deberíamos llegar en ciento veinte días.

Nuestro otro problema. Ravna fue al centro del puente y se amarró a una silla.

—Habláis del daño que sufrimos al salir de Relé. Las espinas de ultraimpulso, ¿verdad? ¿En qué condiciones están?

—Bastante bien, al parecer. No hemos intentado saltar a mayor velocidad del ochenta por ciento del máximo de diseño. Por otra parte, carecemos de buenos diagnósticos. Es posible que un deterioro grave surja de pronto.

—Posible, pero improbable —añadió Tallo Verde.

Ravna asintió. Teniendo en cuenta el resto de sus problemas, no tenía caso preocuparse por posibilidades que escapaban a su control. En Relé habían pensado en un viaje de treinta o cuarenta días. Ahora parecía que el chiquillo que estaba en el fondo del pozo tendría que armarse de coraje para aguantar más tiempo, por mucho que ella deseara lo contrario. *Hmmm.* Hora del plan B, pues. Hora de recibir sugerencias de alguien como Pham Nuwen. Se levantó y se acercó a Tallo Verde.

—De acuerdo, entonces no llegaremos antes de ciento veinte días. Si la Zona empeora o si debemos conseguir repuestos... —*¿Conseguir repuestos dónde?* Eso podría representar sólo una demora, no una imposibilidad. La *FDB* reconstruida estaba diseñada para ser reparable hasta en el Allá Bajo—. Tal vez doscientos días. —Miró a Vaina Azul, pero él no la interrumpió con sus acotaciones habituales—. Ambos habéis leído los mensajes que envía el niño. Dice que los lugareños serán arrasados, tal vez dentro de menos de cien días. Tenemos que ayudarlo de algún modo antes de llegar.

Tallo Verde hizo crujir sus frondas en un modo que Ravna tomó por desconcierto.

Ravna miró a Pham y elevó la voz. *Escucha, ¡tú eres el experto en estas cosas!*

—Tal vez los escroditas no lo sepáis, pero este problema se ha presentado un millón de veces en la Zona Lenta: las civilizaciones están separadas por años o siglos de tiempo de viaje. Caen en una edad oscura, se vuelven tan primitivas como esas manadas, los púas. Luego reciben una visita exterior. En poco tiempo, recuperan la tecnología.

Pham no volvió la cabeza. Sólo miraba el paisaje estelar.

Los escroditas parlotearon, luego:

—Pero ¿cómo puede eso ayudarnos? ¿Reconstruir una civilización no lleva muchos años?

—Y además en el mundo púa no hay nada que reconstruir. De acuerdo con el niño, es una especie sin antecedentes. ¿Cuánto se tarda en fundar una civilización?

Ravna desechó las objeciones con un ademán. *No me interrumpáis, estoy acelerada.*

—No se trata de eso. Estamos comunicados con ellos. Tenemos una buena biblioteca a bordo. Los inventores originales no saben adonde se dirigen, avanzan a tientas. Los mismos arqueólogos-ingenieros de Nyjora tuvieron que reinventar muchas cosas. Pero sabemos algo sobre la construcción de aeronaves y cosas parecidas; conocemos cientos de modos de abordar el problema. —Enfrentada con la necesidad, Ravna tenía la repentina certeza de que podrían lograrlo—. Podemos estudiar las sendas de desarrollo, desechar las vías muertas. Más aún, podemos hallar el modo más rápido de pasar de lo medieval a los inventos específicos, a cosas que puedan derrotar a los bárbaros que se proponen atacar a los amigos de Jefri.

Ravna calló de golpe. Miró a Tallo Verde y a Vaina Azul con una sonrisa. Pero un escroditas silencioso es uno de los públicos más impasibles del universo. Le costaba saber si la miraban siquiera. Al cabo de un momento, Tallo Verde dijo:

—Sí, entiendo. Y siendo el redescubrimiento un fenómeno tan común en la Zona Lenta, la biblioteca de la nave ya debe tener soluciones preparadas.

Entonces sucedió: Pham se apartó de la ventana. Miró a Ravna y los escroditas. Por primera vez desde Relé, habló. Más aún, las palabras tenían sentido, aunque Ravna tardó un instante en comprender. —Armas de fuego y radios —dijo.

—Ah... sí. —Ravna le miró. *Piensa en algo que le haga seguir hablando*—. ¿Por qué esas cosas?

Pham Nuwen se encogió de hombros.

—Dio resultado en Canberra.

Entonces el maldito Vaina Azul se puso a divagar sobre una búsqueda en la biblioteca. Pham les miró un instante con rostro inexpresivo. Siguió mirando las estrellas y la oportunidad se perdió.

—¿Pham?

Oyó la voz de Ravna a sus espaldas. Ella se había quedado en el puente cuando se fueron los escroditas, disponiéndose a realizar los fútiles preparativos que hubieran resuelto después de su conversación. Él no respondió y, al cabo de un instante, ella se acercó y le bloqueó la visión de las estrellas. Casi automáticamente, fijó la mirada en el rostro de Ravna.

—Gracias por hablarnos. Te necesitamos más que nunca. Él aún veía muchas estrellas. Rodeaban a Ravna con su movimiento lento. Ravna ladeó la cabeza, entre amable y desconcertada. —Podemos ayudar...

Él no respondió. *¿Por qué cuernos habría hablado?* —No puedes ayudar a los muertos —dijo al fin, sorprendido de sus palabras. Como la mirada, el lenguaje debía de ser un reflejo.

—No estás muerto. Estás tan vivo como yo. Entonces Pham se puso a hablar a borbotones, más que en todos los días juntos desde Relé.

—Es verdad. La ilusión de la autoconciencia. Autómatas felices, funcionando con programas triviales. Apuesto a que nunca lo entenderás. Es imposible entenderlo desde dentro. Desde fuera, desde el punto de vista de Antiguo... —Apartó la mirada, mareado por una visión doble.

Ravna le acercó el rostro. Flotaba libremente, salvo por un pie trabado en el suelo.

—Querido Pham, te equivocas. Has estado en el Fondo y en el Tope, pero nunca en los puntos intermedios. ¿Ilusión de autoconciencia? Es un lugar común de cualquier filosofía práctica del Allá. Tiene algunas consecuencias hermosas, y algunas escalofrantes. Tú sólo conoces las segundas. Piensa: esa ilusión es igualmente aplicable a los Poderes.

—No. Él podía fabricar dispositivos como tú y yo.

—Estar muerto es una opción, Pham —Ravna extendió una mano para tocarle el hombro y el brazo. Él tuvo un cambio de perspectiva típico de la gravedad cero: «abajo» parecía rotar al costado, y él miraba hacia «arriba». De pronto reparó en su barba desgreñada, su cabello enmarañado. Miró a Ravna, recordando todo lo que había pensado sobre ella. En Relé le parecía brillante; quizá no más lista que él, pero tan lista como la mayoría de los competidores del Qeng Ho. Pero además recordaba cómo la había visto Antiguo. Como de costumbre, los recuerdos de Antiguo eran abrumadores; había más percepciones sobre esta mujer que sobre toda la experiencia vital de Pham. Como de costumbre, era casi ininteligible. Las emociones de Antiguo eran difíciles de interpretar. *Pero...* Él había pensado en Ravna como... un perro favorito. Antiguo podía verla sin trabas. Ravna Bergsndot era un poco manipuladora. Eso le había complacido / divertido. Pero detrás de sus charlas y argumentaciones,

Antiguo había visto mucha... quizá «bondad» fuera la palabra humana. Antiguo le había deseado bien. Al final, incluso había intentado ayudarla. Una intuición le atravesó, tan rápido que no llegó a captarla. Ravna hablaba de nuevo.

—Lo que te sucedió es terrible, Pham, pero les ha sucedido a otros. He leído sobre esos casos. Ni siquiera los Poderes son inmortales. A veces luchan entre sí, y alguien resulta muerto. A veces uno se suicida. Existe un sistema estelar llamado Condención de los Dioses; hace un millón de años estaba en el Trascenso. Fue visitado por un grupo de Poderes. Hubo una conmoción en la zona. De pronto el sistema se hundió veinte años-luz en el Allá. Es la conmoción más grande sobre la que hay documentación. Los Poderes de Condención de los Dioses no tuvieron la menor oportunidad.

Todos perecieron, algunos para pudrirse entre ruinas oxidadas... otros para llegar al nivel de meras mentes humanas.

—¿Qué fue de estos últimos? —Ravna titubeó, le cogió una mano.

—Puedes averiguarlo. Lo importante es que ocurre. Para las víctimas es el fin del mundo. Pero desde nuestra perspectiva, la perspectiva humana... Bien, el humano Pham Nuwen tuvo suerte. Tallo Verde dice que el fallo de las conexiones de Antiguo no causó grandes lesiones orgánicas. Tal vez haya unas lesiones sutiles. A veces, lo que queda se autodestruye, todo.

Pham sintió lágrimas en los ojos y supo que parte de su pesadumbre era pesar por su propia muerte.

—¡Lesiones sutiles! —Sacudió la cabeza y las lágrimas flotaron en el aire—. Tengo la cabeza llena de «él» y «sus» recuerdos. —¿«Recuerdos»? Prevalecían sobre todo lo demás, pero él no podía comprenderlos. No entendía los detalles. Ni siquiera entendía las emociones, excepto como fútiles simplificaciones: alegría, risa, asombro, temor y acerada resolución. Ahora estaba perdido en esos recuerdos, vagando como un idiota en una catedral. Sin comprender, intimidado por los iconos.

Ella giró en torno de sus manos unidas. Al cabo de un instante le golpeó suavemente la rodilla con la suya.

—Aún eres humano, aún tienes tus propios... —se le quebró la voz al ver la expresión de los ojos de Pham.

—Mis propios recuerdos. —En medio de las imágenes ininteligibles, a veces tropezaba con otras: él a los cinco años, sentado en la paja del gran salón, atento a la aparición de un adulto; la realeza no debía jugar en los escombros. Diez años después, haciendo el amor con Cindi por primera vez. Un año después, la primera visión de una máquina volante, el ferry orbital que aterrizó en el patio de armas de su padre. Las décadas en el espacio—. Sí, el Qeng Ho. Pham Nuwen, el gran mercader de la Lentitud. Todos los recuerdos siguen allí. Y por lo que sé, es un embuste de Antiguo, el fraude elaborado en una tarde para engañar a la gente de Relé.

Ravna se mordió el labio, pero no dijo nada. Era demasiado franca para mentir.

Él alzó la mano libre para apartarle el cabello de la cara.

—Sé que tú también dijiste eso, Ravna. No te sientas mal, de todos modos habría terminado por comprenderlo.

—Sí —murmuró ella, mirándole a los ojos—. Pero has de saber esto. De un humano a otro: ahora eres humano. Y pudo existir un Qeng Ho y pudiste haber sido exactamente lo que recuerdas. Y, al margen del pasado, puedes ser grande en el futuro.

Ecos fantasmales, por encima de la memoria y por debajo de la razón. Por un instante él la miró con ojos más sabios. *Ella te ama, idiota*. Casi se echó a reír.

La rodeó con los brazos, estrechándola. Ella era tan real. Sintió el roce de sus piernas. Reír. Como un masaje cardíaco, un reflejo obtuso despertando una mente a la vida. *Tan tonto, tan trivial, pero...*

—Quiero regresar —dijo con un sollozo estrangulado—. Hay tanto dentro de mí ahora, tantas cosas que no entiendo. Estoy perdido dentro de mi propia cabeza.

Ravna no dijo nada, tal vez ni siquiera comprendió esas palabras. Por un instante él sólo conoció ese contacto y ese abrazo. *Por favor, quiero regresar*.

Ravna nunca había hecho el amor en el puente de una nave estelar, pero es que nunca había poseído su propia nave. En la excitación, Pham aflojó sus amarras. Flotaron libremente, chocando contra paredes y ropas desechadas, entre lágrimas. Al cabo de muchos minutos, terminaron con la cabeza a pocos centímetros del suelo, el resto en ángulo recto con el techo. Ravna notó que sus pantalones volaban como un estandarte, atascados en su tobillo. No era una escena típica de las novelas románticas. Ante todo, al flotar libremente no podías apoyarte en ninguna parte. Por lo demás... Pham se apartó de ella, apretándole la espalda con menos fuerza. Ella le apartó el pelo rojo y le miró los ojos irritados.

—Nunca supe que podía llorar tanto que me dolería la cara —dijo él con voz trémula. Ella sonrió.

—Entonces has tenido una vida mágica. —Se recostó en las manos de él, le atrajo hacia sí. Flotaron en silencio unos minutos, reposando en las curvas de sus cuerpos, sin sentir nada más que ese blando contacto.

—Gracias, Ravna —dijo Pham.

—El gusto es mío —dijo ella con soñadora solemnidad, y le estrechó con más fuerza. Era extraño. Él le había provocado muchas reacciones, temor, afecto, irritación; y no siempre Ravna las había admitido. Por primera vez desde la caída de Relé, sintió verdadera esperanza. Tal vez fuera una tonta reacción física... tal vez no. Tenía en los brazos a un sujeto que podía compararse con cualquier aventurero de un libro de cuentos y algo más: alguien que había formado parte de un Poder.

—Pham... ¿qué crees que sucedió en Relé? ¿Por qué asesinaron a Antiguo?

Pham rió con desenfado, pero se puso rígido.

—¿A mí me preguntas? En ese momento yo me moría, ¿recuerdas? No, no es así. Antiguo se moría.—Calló durante un minuto. El puente giraba lentamente en torno a ellos, con silenciosas vistas de las estrellas—. Mi identidad divina estaba dolorida. Lo sé. Él estaba desesperado, presa del pánico... pero también intentaba hacerme algo antes de morir —bajó la voz, intrigado—. Sí, era como si yo fuera un cacharro barato y me estaba llenando con toda la basura que pudiera mover. Ya sabes, diez kilos en un saco de nueve kilos. Sabía que me causaba dolor, a fin de cuentas yo formaba parte de Él, pero eso no importaba. —Se apartó con una mueca de espanto—. No soy un sádico, y no creo que Él lo fuera. Yo...

Ravna sacudió la cabeza.

—Yo... yo creo que estaba copiando información. Pham calló un instante, tratando de acomodar la idea a su situación.

—Eso no tiene sentido. En mí no hay espacio para ser super humano —el miedo se codeaba con la esperanza.

—No, no, aguarda. Tienes razón. Aunque el Poder agonizante crea en la posibilidad de una reencarnación, en un cerebro normal no hay espacio para almacenar lo suficiente. Pero Antiguo intentaba otra cosa... ¿Recuerdas que le supliqué que nos ayudara con nuestro viaje al Fondo?

—Sí. Yo... Él... se compadeció, tal como te compadeces de un animal que se enfrenta a un nuevo depredador. Nunca consideró que la Perversión fuera una amenaza para Él, hasta que...

—Correcto. Hasta que sufrió el ataque. Fue una sorpresa total para los Poderes. De pronto la Perversión era algo más que un problema curioso para las submentes. Entonces Antiguo intentó ayudar de veras. Te introdujo planes y automatizaciones. Te atiborró tanto que casi moriste y no puedes entenderlo. He leído sobre situaciones similares en Teología Aplicada... tanto casos reales como legendarios. Lo llaman «esquirla divina»... el eco de un dios.

—¿Esquirla divina? —repitió él, desconcertado—. Qué nombre tan extraño. Recuerdo su pánico. Pero si Él hacía lo que dices, ¿por qué no me lo contó? Y si estoy lleno de buenos consejos, ¿por qué sólo veo...? —Recobró esa mirada turbia de los últimos días—. Oscuridad... estatuas oscuras de bordes agudos, una muchedumbre.

De nuevo un largo silencio. Pero Pham estaba pensando. Tensó los brazos y un escozor le estremeció el cuerpo.

—Sí... sí... Muchas cosas encajan. Hay muchas que no entenderé nunca. Antiguo descubrió algo hacia el final. —Tensó los brazos nuevamente, y sepultó el rostro en el cuello de Ravna—. Era muy... personal..., una especie de asesinato que la Perversión cometió en Él. Incluso al morir, Antiguo aprendió. —Más silencio—. La

Perversión es antiquísima, Ravna. Quizá tenga miles de millones de años. Era una amenaza sobre la que Antiguo sólo podía teorizar antes que le matara. Pero...

Un minuto. Dos. Pham no continuaba.

—No te preocupes, Pham. Dale tiempo.

—Sí —retrocedió para mirarla a la cara—. Pero algo sé: Antiguo hizo esto por una razón. No estamos a la caza de una quimera. Hay algo en el Fondo, en esa nave straumiana, y Antiguo pensaba que podía ser decisivo.

Le acarició la cara, sonrió con tristeza.

—¿Entiendes, Ravna? Si tienes razón, quizá nunca sea más humano que hoy. Estoy lleno de los datos de Antiguo, su esquirla divina. Nunca entenderé conscientemente la mayoría de ellos, pero si las cosas funcionan como deben, al fin estallará. Su Dispositivo Remoto, su robot en el Fondo del Allá. ¡No! Pero Ravna se contuvo.

—Quizá. Pero eres humano y estamos trabajando por lo mismo... y no te dejaré marchar.

Ravna sabía que la tecnología de «arranque» debía figurar como tópico en la biblioteca de la nave. Resultó ser que el tema era una importante especialidad académica. Además de diez mil ejemplos, había programas de adaptación y enjundiosos volúmenes de tediosa teoría. Aunque el «problema del redescubrimiento» era trivial en el Allá, en la Zona Lenta se habían producido todas las combinaciones concebibles. Las civilizaciones de la Lentitud no podían durar más de unos millares de años. A veces su colapso era un breve eclipse, unas décadas durante las cuales se recobraban de la guerra o de la contaminación atmosférica. En otras, regresaban al medievalismo. Y desde luego, la mayoría de las especies terminaban por exterminarse, al menos dentro de su sistema solar. Las que no se exterminaban (e incluso algunas que lo hacían) al fin regresaban a sus alturas originales.

El estudio de estas variaciones se denominaba Historia Aplicada de la Tecnología. Lamentablemente para los académicos y las civilizaciones de la Zona Lenta, las verdaderas aplicaciones eran raras. Los ejemplos habían sucedido siglos antes que la noticia se conociera en el Allá, y pocos investigadores deseaban realizar trabajo de campo en la Zona Lenta, donde la ejecución de un solo experimento les llevaría gran parte de su vida. En todo caso, no era una ocupación atractiva para millones de departamentos universitarios. Uno de los juegos favoritos consistía en diseñar sendas mínimas a partir de un nivel determinado de tecnología, para regresar al máximo nivel que era posible en la Lentitud. Los detalles dependían de muchas cosas, incluido el nivel inicial de primitivismo, el grado de conciencia (o tolerancia) científica residual y la naturaleza física de la especie. Las teorías de los historiadores se capturaban en programas que se alimentaban con datos sobre un problema cultural

específico y los resultados deseados, y que describían los pasos que producirían dichos resultados con mayor rapidez.

Dos días después los cuatro estaban de vuelta en el puente de la *FDB*. Y esta vez todos hablaron.

—Debemos decidir a qué inventos apuntar para dar con algo que defienda al reino de Isla Oculta...

—... y algo que Acero pueda fabricar en menos de cien días —dijo Vaina Azul. Había pasado los dos últimos días manipulando los programas de desarrollo de la biblioteca de la *FDB*.

—Yo insisto en armas de fuego y radios —dijo Pham. *Poder de fuego y comunicaciones*. Ravna sonrió. Los recuerdos humanos de Pham bastarían para salvar a los niños del mundo de los púas. Ya no hablaba de los planes de Antiguo. Los planes de Antiguo... Para Ravna representaban el destino, tal vez bueno, tal vez terrible; pero por ahora desconocido. *Incluso el destino puede ser taimado*.

—¿Qué dices, Vaina Azul? —preguntó Ravna—. ¿Pueden fabricar radios con rapidez, si les damos alguna idea? —En Nyjora la radio había sido casi contemporánea al vuelo orbital, un siglo después del renacimiento.

—Sí, mi dama Ravna. Hay trucos sencillos que casi nunca se notan hasta que se alcanza una tecnología muy elevada. Por ejemplo, las antenas de torsión cuántica se pueden construir con elementos de plata y acero de cobalto, si la teoría es correcta. Lamentablemente, hallar la geometría apropiada supone mucha teoría y la capacidad para resolver grandes ecuaciones diferenciales parciales. Hay muchos habitantes de la Zona Lenta que jamás descubren ese principio.

—De acuerdo —dijo Pham—. Pero todavía existe un problema de traducción. Es probable que Jefri haya oído hablar del cobalto pero ¿cómo se lo describirá a gentes que no tienen referencias? Sin conocer mucho más sobre su mundo, ni siquiera podríamos indicarles cómo hallar una mina de cobalto.

—Eso retrasará las cosas —admitió Vaina Azul—. Pero el programa lo tiene en cuenta. Parece que Acero comprende el concepto de experimentación. Para el cobalto, podemos ofrecerle un árbol de experimentos basados en descripciones de filones probables y verificaciones químicas apropiadas.

—No es tan sencillo —dijo Tallo Verde—. Algunas pruebas químicas suponen árboles de búsqueda y verificación. Y se necesitan otros experimentos para verificar el grado de toxicidad. Sabemos mucho menos sobre esas criaturas de lo que es habitual con este programa.

Pham sonrió.

—Espero que estas criaturas sean agradecidas. Yo nunca oí hablar de antenas torsionales cuánticas. Los púas recibirán un equipo de comunicaciones que el Qeng Ho no tuvo jamás.

Pero el regalo podía hacerse. La cuestión era si podía hacerse a tiempo para salvar a Jefri y su nave. Los cuatro ejecutaron el programa una y otra vez. Sabían muy poco sobre esas criaturas de manada. El reino de Isla Oculta parecía bastante flexible. Si ellos estaban dispuestos a seguir las instrucciones, y si tenían la suerte de hallar los materiales necesarios en lugares cercanos, quizá tuvieran una provisión limitada de armas de fuego y radios al cabo de cien días. Por otra parte, si las manadas de Isla Oculta terminaban por perderse en las ramas menos fructíferas de los árboles de búsqueda, las cosas podían prolongarse varios años.

A Ravna le costaba aceptar que, al margen de sus esfuerzos, la salvación de Jefri dependía en gran medida de la suerte. Al fin optó por el mejor plan que los escroditas pudieron trazar, lo tradujo al samnorsk y lo envió.

Acero siempre había admirado la arquitectura militar. Ahora escribía un nuevo capítulo de la historia, construyendo un castillo que se protegía no sólo de los terrenos circundantes sino contra el cielo. A estas alturas, esa nave cuadrangular que se apoyaba sobre sus soportes era famosa en todo el continente. Antes que pasara otro verano llegarían ejércitos enemigos, procurando tomar, o al menos destruir, el trofeo que él había obtenido. Más aún, la gente de las estrellas estaría aquí. Debía estar preparado.

Ahora inspeccionaba las obras casi todos los días. La nueva cerca de piedra ya cubría todo el perímetro sur. Del lado de los peñascos, sobre Isla Oculta, su nuevo cubil estaba casi terminado... *terminado desde tiempo atrás*, gruñó una parte de él. En realidad le convenía mudarse, la seguridad de Isla Oculta se estaba transformando rápidamente en una ilusión. La Colina de la Astronave ya era el centro del Movimiento, y eso no era mera propaganda. Aquello que las embajadas reductoristas del exterior denominaban «el oráculo de la Colina» era más de lo que podía soñar un embustero. Quien estuviera más cerca de ese oráculo tendría al fin el poder, por astuto que fuera Acero en otros sentidos. Ya había transferido o ejecutado a varios asistentes, manadas que parecían demasiado amigas de Amdijefri.

Cuando aterrizaron los alienígenas, la colina de la Astronave era brezo y piedra. A través del invierno, había habido una empalizada y un refugio de madera, pero ahora la construcción se había reanudado en el castillo, la corona cuya joya era la astronave. Pronto esa colina sería la capital del continente y del mundo. *Y después de eso...* Acero escrutó las azules honduras del cielo. La duración de su gobierno dependería de decir lo atinado, de construir este castillo de un modo muy especial. *Basta de ensueños*. Acero recobró la compostura y descendió de la nueva muralla por escaleras de piedra recién cortada. El patio interno abarcaba varias hectáreas de lodo. El suelo estaba frío, pero la nieve y el cieno ya estaban apilados lejos de las rutas de trabajo. Estaban en plena primavera, y el sol entibiaba el aire claro. Acero veía a gran distancia, hasta el Océano y por la costa, a lo largo de los fiordos. Acero caminó los últimos cien metros hasta la nave. Sus guardias le escoltaban con Schreck a la retaguardia. Había espacio suficiente para que los obreros no tuvieran que retroceder y Acero había impartido órdenes para que su presencia no detuviera a nadie. En parte era para mantener la farsa con Amdijefri, y en parte porque el Movimiento necesitaría pronto esa fortaleza. Lo más molesto era no saber el momento preciso.

Acero aún miraba hacia todas partes, pero fijaba su atención en las obras. El patio estaba atiborrado de piedras y vigas. Ahora que el suelo se estaba ablandando, se estaban construyendo los cimientos de la muralla interna. Donde el terreno aún estaba duro, los ingenieros de Acero inyectaban agua hirviendo. El vapor que brotaba de los

hoyos aureolaba a los peones y las cabrias. Había más ruido que en un campo de batalla: cabrias crujientes, palas hendiendo la tierra, capataces vociferando órdenes. Estaban tan apiñados como en un combate, aunque no reinaba tanto caos.

Acero observó a una manada de excavadores en una de las trincheras. Había treinta miembros, tan apiñados que a veces se tocaban los hombros. Era una cáfila enorme, pero la asociación no tenía nada de orgiástico. Aun antes de Tallamadera, los gremios de construcción y fabriles habían hecho estas cosas: la manada de treinta miembros era menos inteligente que un trío. La hilera frontal de diez movía las mazas al unísono, cavando uniformemente la pared de tierra. Cuando alzaban las cabezas y las mazas, los diez miembros de atrás se adelantaban para apartar la tierra y las piedras que acababan de aflojar. Detrás de ellos, una tercera hilera de miembros se llevaba los desechos. Se requería una coordinación un poco complicada, la piedra y la tierra no eran homogéneas, pero estaba dentro de la capacidad mental de la manada. Podían continuar así durante horas, alternando la primera fila con la segunda cada tantos minutos. En el pasado, los gremios guardaban celosamente el secreto de cada combinación especial. Al cabo de un duro día de trabajo, ese equipo se dividía en manadas de inteligencia normal, y cada cual regresaba a casa muy bien pagada. Acero sonrió. Tallamadera había mejorado los viejos trucos de los gremios, pero Reductor había aportado un refinamiento esencial (en realidad, inspirado en los trópicos). ¿Por qué dejar que el equipo se disolviera al final de un turno de trabajo? Los equipos de trabajo reductoristas permanecían juntos indefinidamente y se albergaban en barracas tan pequeñas que jamás recobraban su mentalidad de manada individual. Daba resultado. Al cabo de un par de años, y con una selección adecuada, las manadas originales de dichos equipos eran criaturas obtusas que no deseaban separarse.

Acero observó la piedra cortada que bajaban al nuevo hoyo y unían con argamasa. Saludó con un cabeceo a los casacas blancas y continuó la marcha. Los hoyos de los cimientos continuaban hasta las murallas del complejo de la astronave. Era la construcción más delicada, la parte que transformaría el castillo en una maravillosa celada. Con un poco más de información por parte de Amdijefri, sabría qué construir.

La puerta del complejo de la astronave estaba abierta y un casacas blancas estaba sentado en la abertura. El guardia oyó el ruido un instante antes que Acero; dos de sus miembros se separaron para echar una ojeada al costado del complejo. Se oyeron chillidos, luego gritos de combate. El casacas blancas saltó de la escalera y echó a correr en torno al edificio. Acero y sus guardias no estaban lejos.

Acero se detuvo en los cimientos, en la parte más alejada de la nave. El origen de esa algarabía era evidente. Tres manadas de casacas blancas estaban interrogando al interlocutor de un equipo. Habían separado al interlocutor y le golpeaban con porras.

A esa distancia, los ruidos mentales eran tan estentóreos como los gritos. El resto del equipo de excavadores salía de la trinchera, dividiéndose en manadas funcionales para atacar a los casacas blancas con sus mazas. ¿Cómo era posible semejante desquicio? Acero lo sospechaba. Esos cimientos contendrían los túneles más secretos de todo el castillo y los dispositivos aún más secretos que planeaba usar contra los Dos-Patas. Desde luego, todos los obreros de esas zonas especiales serían despachados una vez que concluyeran su tarea. Aunque eran estúpidos, tal vez hubieran intuido su destino.

En otras circunstancias, Acero se habría dedicado a observar. Esos fallos podían ser esclarecedores, le permitían identificar las flaquezas de sus subalternos, ver quién era demasiado inepto (o demasiado apto) para continuar en esa labor. Esta vez era distinto. Amdi y Jefri estaban a bordo de la nave estelar. Las murallas de piedra les impedían ver y sin duda había otro casacas blancas de guardia en el interior, pero... mientras se lanzaba hacia delante, gritando a sus servidores, el miembro de Acero que miraba hacia atrás vio a Jefri saliendo del complejo. Llevaba dos cachorros sobre los hombros, y el resto de Amdi le seguía correteando.

—¡Atrás! —gritó en su escaso samnorsk—. ¡Peligro! ¡Atrás! Amdi se detuvo, pero el Dos-Patas continuó la marcha. Dos manadas de soldados se apartaron de su camino. Tenían la orden de no tocar jamás al alienígena. Otro segundo y la puntillosa labor de un año quedaría destruida. Otro segundo y Acero podía perder el mundo... todo por culpa de la estupidez y la mala suerte.

Pero aun mientras sus miembros traseros le gritaban al Dos-Patas, sus miembros delanteros brincaron sobre una pila de guijarros. Señaló a los equipos que salían de las trincheras.

—¡Matad a los invasores!

Sus guardias personales se cerraron en torno de él mientras Shreck y varios guerreros pasaban de largo. La conciencia de Acero se enturbió en medio del bullicio. Éste no era el caos controlado de los experimentos de Isla Oculta. Era la muerte volando al azar por todas partes: flechas, lanzas, mazas. Los miembros del equipo de excavadores corrían de aquí para allá, gritando. No tuvieron la menor oportunidad, pero mataron a varios antes de caer.

Acero se alejó del combate, dirigiéndose hacia Jefri. El Dos-Patas aún corría hacia él, y Amdi le seguía gritando en samnorsk. Un solo excavador que le atacara, una sola flecha mal apuntada, y el Dos-Patas moriría y todo se echaría a perder. Acero nunca había temido tanto por la seguridad de otro. Corrió hacia el humano, rodeándole. El Dos-Patas cayó de rodillas y aferró a Acero de un pescuezo. Sólo una vida de disciplina impidió a Acero asestarle un zarpazo; la criatura no lo estaba atacando, sino abrazando.

Casi todos los miembros del equipo de excavadores estaban muertos y Shreck

había hecho retroceder a los supervivientes. Los guardias de Acero le rodeaban a poca distancia. Amdi estaba apiñado, amedrentado por el ruido mental, pero aún le gritaba a Jefri. Acero trató de zafarse del humano, pero Jefri aferraba un pescuezo tras otro, a veces dos a la vez. Hacía ruidos burbujeantes que no parecían samnorsk. Acero tembló de disgusto. *No muestres tu revulsión*. El humano no la reconocería, pero Amdi tal vez sí. Jefri había hecho esto antes y Acero había aprovechado las circunstancias, a pesar del coste. El niño mantis necesitaba contacto físico; constituía la base de la relación entre Amdi y Jefri. Se dejaba tocar para inspirar confianza. Acero deslizó una cabeza y un pescuezo sobre el lomo de la criatura, tal como hacían algunos progenitores con los cachorros de los laboratorios subterráneos. Jefri le abrazó con más fuerza y acarició el pelaje de Acero con sus largas patas articuladas. Aparte de la revulsión, era una experiencia rarísima. Comúnmente un contacto tan estrecho con otro ser inteligente sólo se producía en la batalla o el sexo, y en cualquiera de ambos casos no quedaba mucho margen para el pensamiento racional. Pero con este humano (bien, la criatura respondía con manifiesta inteligencia) no había el menor rastro de ruido mental. Uno podía pensar y sentir al mismo tiempo. Acero se mordió un labio, tratando de sofocar sus temblores. Era... *como tener relaciones sexuales con un cadáver*.

Al fin Jefri retrocedió, alzando la mano. Habló deprisa y Amdi dijo:

—Oh, señor Acero. Estás herido. Mira la sangre.

La zarpa del humano estaba enrojecida. Acero se miró. En efecto, una de sus ancas había recibido un impacto. En medio de su excitación, ni siquiera la había sentido. Acero se apartó del mantis y le dijo a Amdi:

—No es nada. ¿Tú y Jefri estáis bien?

Los dos niños hablaron en un parloteo casi ininteligible para Acero.

—Estamos bien. Gracias por protegernos.

Valiéndose de sus cuchillos, Reductor había enseñado a Acero a pensar deprisa.

—Sí, pero esto no debió haber ocurrido. Los tallamaderas se disfrazaron de obreros. Creo que han aguardado durante días la oportunidad de dañaros. Cuando les detectamos, era casi demasiado tarde... Debisteis quedaros dentro al oír la pelea.

Amdi agachó las cabezas avergonzado y tradujo para Jefri.

—Lo lamentamos. Nos dejamos llevar y temíamos que te hubieran lastimado.

Acero procuró animarles mientras dos de sus miembros miraban la carnicería. ¿Dónde estaba el casaca blanca que había abandonado la escalera al principio? *Esa manada lo pagaría...* Interrumpió este pensamiento al reparar en algo: Tyratlect. El Fragmento de Reductor observaba desde la sala de reuniones. Ahora que lo pensaba, observaba desde el comienzo de la batalla. Para otros su postura podría parecer impasible, pero Acero había visto su expresión burlona. Asintió brevemente, pero por dentro tiritó: había estado a punto de perderlo todo... y *Reductor lo había notado*.

—Bien, os llevaremos de regreso a Isla Oculta. Hizo una seña a los guardias que habían salido de detrás de la nave.

—¡Aún no, señor Acero! —dijo Amdi—. Acabamos de llegar. Pronto recibiremos una respuesta de Ravna. Apretó los dientes, pero sin que lo vieran los niños.

—Sí, quedaos, por favor. Pero todos tendremos más cuidado, ¿verdad?

—¡Sí, sí!

Amdi se lo explicó al humano. Un miembro de Acero se apoyó en otro para palmeear la cabeza de Jefri.

Ordenó a Shreck que llevara a los niños de vuelta al complejo. Los miró con orgullo y afecto hasta que se perdieron de vista. Luego dio media vuelta y echó a andar por el lodo rosado. ¿Dónde estaba ese estúpido casacas blancas?

La sala de reuniones de la Colina de la Astronave era una construcción provisional. Había sido suficiente para protegerse del frío durante el invierno, pero no servía para celebrar reuniones de más de tres personas. Acero pasó junto al Fragmento de Reductor y se acomodó en el desván con la mejor vista de las obras en construcción. Al cabo de un instante, Tyratheck entró y subió al desván opuesto.

Pero toda esta cortesía era una farsa para los espectadores; la suave risa de Reductor surcó el aire.

—Querido Acero, a veces me pregunto si de veras eres mi discípulo... o si te han insertado algún miembro nuevo después de mi partida. ¿Estás tratando de estropear las cosas?

Acero la miró con furia. Procuró adoptar una actitud compuesta, no delatar su inseguridad.

—Los accidentes son inevitables. Los incompetentes pagarán por ello.

—Por cierto. Pero ésa parece ser tu respuesta a todos los problemas. Si no te hubieras empeñado tanto en silenciar a los equipos de excavadores, quizá no se hubieran rebelado... y habrías tenido un «accidente» menos.

—El fallo residió en que ellos lo adivinaran. Tales ejecuciones son parte necesaria de la construcción militar.

—¿De veras? ¿Acaso crees que yo tuve que matar a todos los que construyeron las mazmorras de Isla Oculta?

—¿Qué? ¿Quieres decir que no fue así...? ¿Cómo...?

El Fragmento de Reductor sonrió mostrando sus colmillos.

—Piénsalo, Acero. Un ejercicio.

Acero ordenó sus notas en el escritorio y fingió estudiarlas. Miró a la otra manada con todos sus ojos.

—Tyratheck, te honro porque parte de Reductor está en ti, pero recuerda: sobrevives porque lo tolero. No eres el Reductor-en-Ciernes. —La noticia había llegado a fines del otoño, antes que el invierno taponara el último paso de los

Colmillos de Hielo. Las manadas que llevaban al resto del Maestro no habían logrado escapar del Cuenca Parlamentario. La plenitud de Reductor se había ido para siempre. Esto había aliviado inmensamente a Acero y, durante un tiempo, el Fragmento había sido muy dócil—. Ninguno de mis lugartenientes se inmutaría si os matara a todos... incluidos los miembros de Reductor. —*Y lo haré, si acabas con mi paciencia, juro que lo haré.*

—Desde luego, querido Acero. Tú mandas. Por un instante el otro no pudo ocultar su temor. *Recuerda, pensó Acero, recuerda siempre. Éste es sólo un fragmento del Maestro. La mayor parte es sólo una maestrilla, no el Gran Maestro del Cuchillo.* Era verdad que los dos miembros de Reductor dominaban la manada. El espíritu del Maestro estaba presente en la habitación, aunque morigerado. Era posible manejar a Tyratlect y usar el poder del Maestro para los propósitos de Acero.

—Bien —declaró Acero—. Mientras comprendas esto, puedes ser de gran utilidad para el Movimiento. Ante todo —hojeó los papeles—, quiero revisar contigo el problema de los visitantes. Quiero algunos consejos.

—Sí.

—Hemos convencido a Ravna de que su precioso Jefri corre inminente peligro. Amdijefri le ha hablado sobre las incursiones de los tallamaderas y sobre nuestro temor a un ataque demoledor. —Y eso puede ocurrir de veras.

—Sí. Tallamadera en efecto está planeando un ataque, y ella tiene su propia fuente de ayuda «mágica». Nosotros tenemos algo mucho mejor.

Señaló los papeles. Los consejos habían llegado desde principios del invierno. Recordaba cuando Amdijefri había traído las primeras páginas, páginas de tablas numéricas, de instrucciones y diagramas, todas dibujadas con estilo prolijo pero infantil. Acero y el Fragmento habían pasado días tratando de entender. Algunas referencias eran obvias. Las fórmulas de los visitantes requerían plata y oro en cantidades que habrían servido para financiar una guerra. Pero ¿qué era esa «plata líquida»? Tyratlect la había reconocido. El Maestro había usado algo parecido en sus laboratorios de la República. Al fin adquirieron la cantidad indicada. Pero en el caso de muchos componentes, sólo constaban métodos para crearlos. Acero recordaba al Fragmento cavilando sobre ellos, conspirando contra la naturaleza como si fuera una enemiga más. Las fórmulas de los místicos estaban llenas de «cuernos de calamar» y «rayos de luna congelados». Muchas instrucciones de Ravna eran aún más extrañas. Había instrucciones dentro de instrucciones, largos desvíos consagrados a verificar materiales comunes para decidir cuál encajaba mejor en el gran plan. Construir, probar, construir. Era como el método del Maestro, pero sin las vías muertas.

Parte de ello evidenció su utilidad de inmediato. Tendría los explosivos y cañones que Tallamadera consideraba sus armas secretas, pero aún había muchos elementos ininteligibles y no lograba desentrañarlos.

Acero y el Fragmento trabajaron toda la tarde, planeando la organización de las últimas pruebas, decidiendo dónde buscar los nuevos ingredientes que pedía Ravna.

Tyratheck se reclinó con un suspiro inquisitivo.

—Una etapa después de otra y pronto tendremos nuestras propias radios. Tallamadera no tendrá la menor oportunidad... Tienes razón, Acero. Con esto puedes gobernar el mundo. Imagínate, saber al instante lo que sucede en la capital de la República y poder coordinar ejércitos en torno de ese conocimiento. El Movimiento será la Mente de Dios. —Éste era un viejo eslogan, y ahora podía volverse cierto—. Te saludo, Acero. Tienes una sagacidad digna del Movimiento. —¿Asomaba el desdén del Maestro en esa sonrisa?— La radio y los cañones pueden darnos el mundo. Pero sin duda, éstas son migajas de la mesa de los visitantes. ¿Cuándo llegarán ellos?

—Dentro de cien o ciento veinte días. Ravna ha revisado nuevamente sus cálculos. Al parecer, hasta los Dos-Patas tienen problemas para volar entre las estrellas.

—Así que disponemos de ese tiempo para disfrutar del triunfo del Movimiento. Y luego no seremos nada; menos que salvajes. Habría sido más seguro prescindir de los regalos y persuadir a los visitantes de que aquí no hay nada digno de ser rescatado.

Acero miró a través de las ventanas angostas y horizontales. Veía parte del complejo de la astronave y los cimientos del castillo; y más allá las islas de la región de los fiordos. De pronto sentía más confianza, más calma que en mucho tiempo. No le molestó revelar su sueño.

—¿No lo comprendes, verdad, Tyratheck? Me pregunto si el Maestro entero comprendería, o si la he superado también. Al principio no teníamos opción. La nave estelar enviaba una señal a Ravna automáticamente. Pudimos haberla destruido y tal vez Ravna hubiera perdido el interés... O tal vez no, en cuyo caso nos hubieran pillado como peces en un arroyo. Tal vez corrí un gran nesgo pero, si triunfo, el premio será mucho mayor de lo que imaginas. —El Fragmento le observaba ladeando las cabezas—. He estudiado a estos humanos, Jefri y a la que está en Tallamadera, a través de mis espías. Su especie puede ser más antigua que la nuestra y los trucos que han aprendido les hacen parecer todopoderosos. Pero esa especie adolece de un defecto esencial. Como singulares, sufren limitaciones que apenas podemos imaginar. Si podemos utilizar esa flaqueza... Tú sabes que el púa común se interesa por sus cachorros. Hemos manipulado los sentimientos paternos con frecuencia. Imagínate cómo será para los humanos. Para ellos, un solo cachorro es también un niño entero. Piensa en la influencia que eso nos brinda.

—¿De veras apuestas todo a esto? Ravna ni siquiera es la progenitora de Jefri.

Acero gesticuló con irritación.

—Tú no has visto todas las traducciones de Amdi. —*El inocente Amdi, el espía*

perfecto—. Pero tienes razón, salvar al niño no es la razón principal de esta visita. He procurado averiguar su verdadera motivación. Hay ciento cincuenta y un niños en una especie de sopor, todos apilados en ataúdes dentro de la nave. Los visitantes están desesperados por salvar a los niños, pero buscan algo más. Nunca hablan de ello... creo que está en la maquinaria de la nave misma.

—Por lo que sabemos, los niños pueden formar parte de una invasión.

Ese era un viejo temor pero Acero, después de observar a Amdijefri, no lo creía posible. Podía haber otras trampas, pero...

—Si los visitantes nos mienten, nada podemos hacer para ganar.

Seremos animales perseguidos y quizá tardemos generaciones en aprender sus trucos, pero será el fin para nosotros. Por otra parte, tenemos buenas razones para creer que los Dos-Patas son débiles y que sus fines no se relacionan directamente con nosotros. Tú estabas allí el día del descenso, mucho más cerca que yo. Viste que fue fácil tenderles una emboscada, aunque su nave es inexpugnable y su arma podía poner en jaque a un ejército entero. Es evidente que no nos consideran una amenaza. Por muy potentes que sean sus herramientas, sus temores se relacionan con otra cosa. *Y en esa nave estelar tenemos algo que necesitan.*

—Mira los cimientos de nuestro nuevo castillo, Tyratlect. He dicho a Amdijefri que es para proteger la nave estelar contra Tallamadera. Y eso hará hacia el final del verano, cuando Tallamadera se estrelle contra sus murallas. Pero mira los cimientos de la cortina que rodea la nave estelar. Cuando llegue nuestro visitante, la nave estará protegida por una bóveda. He realizado algunas pruebas con el casco. Es posible abrir una brecha; unas cuantas toneladas de piedra podrían aplastarla. Pero Ravna no debe preocuparse; todo esto es para proteger su premio. Y habrá un patio abierto en las cercanías, rodeado por murallas extrañamente altas. He pedido a Jefri que solicite la ayuda de Ravna en ello. El patio tendrá tamaño suficiente para encerrar la nave de Ravna y protegerla también.

—Aún debemos decidir muchos detalles. Debemos fabricar las herramientas que describe Ravna. Debemos planear la muerte de Tallamadera mucho antes de la llegada de los visitantes. Necesito tu ayuda en todas estas cosas y espero recibirla. Al fin y al cabo, si los visitantes son traicioneros, tendremos la mejor defensa posible. Y si no lo son... bien, deberás admitir que mis ambiciones son tan altas como las de mi maestro.

Por una vez, el Fragmento de Reductor no supo qué decir.

La cabina de control de la nave era el sitio predilecto de Jefri y Amdi en todos los dominios del señor Acero. Jefri aún se entristecía al estar allí, pero ahora los buenos recuerdos parecían más fuertes y allí residía su mayor esperanza para el futuro. Amdi aún seguía cautivado por las pantallas de las ventanas, aunque lo único que veían eran

murallas de madera. En la segunda visita ya habían considerado ese lugar como su reino privado, como la casa del árbol que Jefri tenía en Straum. Y, de hecho, la cabina era demasiado pequeña para albergar a más de una sola manada. Habitualmente un miembro del guardia se sentaba al lado de la entrada de la cabina principal, pero aun así parecía incómodo. En este lugar ambos eran importantes.

A pesar de sus travesuras, Amdi y Jefri comprendían que el señor Acero y Ravna depositaban una gran confianza en ellos. Los dos niños distraían a los guardias con sus correteos al aire libre, pero trataban el equipo de la cabina con tanta cautela como cuando estaban mamá y papá. En ciertos sentidos, no quedaba mucho de la nave. Los datasets eran inservibles porque los padres de Jefri los tenían fuera cuando atacaron los tallamaderas. Durante el invierno, el señor Acero se había llevado muchos elementos sueltos para estudiarlos. Las cajas de sueñofrío ya estaban a buen recaudo en unas cámaras de las cercanías. Todos los días Amdijefri inspeccionaba las cajas, miraba cada rostro, revisaba los diagramas. Ningún durmiente había muerto desde la emboscada.

Lo que quedaba de la nave estaba bien sujeto al casco. Jefri había señalado los paneles de control y los medidores que manejaban el cohete de la cápsula contenedora y permanecían alejados de ellos.

Las mantas del señor Acero cubrían las paredes. Los bártulos, sacos de dormir y aparatos de ejercicios de los padres de Jefri ya no estaban, pero todavía quedaban la malla de aceleración y los aparatos que habían estado bien sujetos. Con el correr de los meses, Amdijefri había llevado papel y varias plumas; mantas y otros objetos. Los ventiladores de la cabina siempre mantenían una brisa ligera.

Era un lugar grato, extrañamente despreocupado a pesar de los recuerdos que evocaba. Era el lugar que salvaría a los púas y a los demás durmientes. Y era el único lugar del mundo donde Amdijefri podía hablar con otro ser humano. En ciertos sentidos los medios para hablar parecían tan medievales como el castillo del señor Acero. Tenían una pantalla chata, sin profundidad, sin color, sin imágenes, que sólo exhibía alfanuméricos. Pero estaba conectada con la comunicación ultraonda de la nave y todavía seguía programada para rastrear a sus salvadores. No tenía dispositivo de reconocimiento de voz, y Jefri se había desanimado al comprender que la parte inferior operaba como un teclado. Era muy trabajoso teclear cada letra de cada palabra, aunque Amdi se había vuelto muy diestro en ello, usando cuatro narices para pulsar las teclas. Y actualmente leía el samnorsk incluso mejor que Jefri.

Amdijefri pasaba muchas tardes allí. Si les esperaba un mensaje del día anterior, lo leían página por página y Amdi lo copiaba y traducía. Luego ingresaban las preguntas y respuestas sobre las cuales había hablado el señor Acero. Después había una larga espera.

Aunque Ravna estuviera al otro lado, la respuesta tardaba varias horas en llegar.

El enlace era mucho mejor que en invierno, casi sentían que Ravna se aproximaba. Las conversaciones extraoficiales con ella eran con frecuencia el momento más grato del día.

Hasta ahora, este día había sido distinto. Después del ataque de los falsos obreros, Amdijefri tembló de miedo durante media hora. El señor Acero había sido herido en su afán de protegerlos. Tal vez no existía ninguna parte segura. Jugaron con las pantallas externas, procurando atisbar a través de fisuras en las toscas planchas de las veredas del complejo.

—Si hubiéramos podido mirar afuera, habríamos podido advertir al señor Acero —dijo Jefri.

—Deberíamos pedirle que abra orificios en las paredes. Seríamos como centinelas.

Comentaron un poco esa idea. Luego llegó el último mensaje de la nave de rescate. Jefri se instaló en la malla de aceleración junto a la pantalla. Éste era el lugar de su padre y había mucho espacio. Dos miembros de Amdi se le acomodaron al lado. Otro miembro saltó al apoyabrazos y apoyó las patas en los hombros de Jefri, tendiendo el esbelto pescuezo hacia la pantalla para ver bien. El resto se dispersó para ordenar el papel y las plumas. Era fácil reproducir los mensajes, pero Amdijefri se excitaba al verlos llegar «en directo».

Apareció el encabezamiento de costumbre (no era muy interesante después de verlo por milésima vez) y al fin llegaron las palabras de Ravna, sólo que esta vez eran datos tabulares, algo para respaldar el diseño de la radio.

—Rayos. Son sólo números —dijo Jefri.

—¡Números! —exclamó Amdi. Uno de sus miembros libres trepó al regazo del niño. Acercó el hocico a la pantalla, verificando lo que veía el que estaba sobre el hombro de Jefri. Los cuatro en el suelo estaban ocupados con sus anotaciones, traduciendo los dígitos decimales de la pantalla a las X, 0, 1 y deltas de la notación de base cuatro de los púas. Jefri había notado desde el principio que Amdi era realmente bueno en matemáticas, algo que no le envidiaba. Amdi decía que pocos púas eran tan buenos. Amdi era una manada muy especial y Jefri estaba orgulloso de tener a un amigo tan inteligente. A mamá y papá les habría gustado Amdi. *Aun así...* Jefri suspiró, se relajó en la malla. Aquellos mensajes numéricos eran cada vez más frecuentes. Mamá le había leído un cuento una vez, «Perdidos en la Zona Lenta», acerca de unos exploradores que llevaban la civilización a una colonia perdida. En esa historia, los héroes juntaban los materiales y construían lo que necesitaban. No se ponían a hablar de medidas, proporciones o diseños.

Apartó los ojos de la pantalla y acarició a los dos miembros de Amdi que tenía sentados al lado. Uno de ellos se movió bajo su mano. Sus cuerpos zumbaban. Tenían los ojos cerrados, pero Jefri sabía que no dormían. Éstas eran las partes de Amdi

especializadas en hablar.

—¿Algo interesante? —preguntó Jefri al cabo de un rato. El de la izquierda abrió los ojos y le miró.

—Es esa idea que mencionó Ravna sobre la anchura de banda. Si no hacemos las cosas bien, sólo saldrán chasquidos.

—Oh, está bien. —Jefri sabía que la reinención inicial de la radio rara vez superaba el código Morse. Ravna parecía pensar que ellos podrían saltarse esa etapa—. ¿Cómo crees que será Ravna?

—¿Qué? —Las plumas dejaron de raspar el papel por un instante. Había logrado la atención de Amdi, aunque no era la primera vez que hablaban de ello—. Bien, como tú... sólo que más grande y más vieja.

—Sí, pero... —Jefri sabía que Ravna era de Sjandra Kei. Era una adulta, más grande que Johanna y menor que mamá. *Pero ¿qué aspecto tenía?*—. Es decir, viene de tan lejos para rescatarnos y terminar lo que papá y mamá trataban de hacer, debe ser una gran persona.

De nuevo Amdi dejó de escribir, mientras la pantalla continuaba presentando números. Tendrían que reproducir el mensaje más tarde.

—Sí —dijo Amdi al cabo de un momento—. Debe ser muy parecida al señor Acero. Será agradable conocer a alguien a quien pueda abrazar, tal como haces con el señor Acero.

Jefri quedó desconcertado.

—¡Oye, siempre puedes abrazarme a mí!

Las partes de Amdi que estaban junto a él ronronearon.

—Lo sé. Me refiero a alguien que sea un adulto... como un padre.

—Ya.

Tradujeron y revisaron las tablas durante una hora. Luego llegó el momento de enviar las últimas preguntas del señor Acero. Abarcaban cuatro páginas, todas escritas pulcramente en samnorsk por Amdi. Habitualmente le gustaba teclear los mensajes encorvado sobre la pantalla. Hoy no tenía interés. Se apoyó en Jefri, pero no prestó atención a lo que escribía. En ocasiones Jefri sentía un zumbido en el pecho, o el soporte de la pantalla emitía un sonido extraño, en consonancia con los insoportables sonidos que emitían los miembros de Amdi. Jefri reconoció los signos del pensamiento profundo.

Terminó de teclear el último mensaje, añadiendo algunas preguntas propias, como «¿Qué edad tenéis Pham y tú? ¿Estáis casados? ¿Cómo son los escroditas?».

La luz diurna había desaparecido de las grietas de las paredes. Pronto los equipos de excavadores entregarían sus azadones y marcharían a las barracas del otro lado de la colina. En la otra costa del estrecho, las torres de Isla Oculta serían doradas en la niebla, como una imagen de cuento de hadas. Los casacas blancas pronto les

llamarían para cenar.

Dos miembros de Amdi saltaron del asiento y comenzaron a perseguirse.

—¡Estuve pensando! ¡Estuve pensando! ¿Por qué la radio de Ravna es sólo para hablar? Ella dice que el sonido sólo consiste en diversas frecuencias de la misma cosa. Pero el pensamiento es sonido. Si pudiéramos cambiar algunas tablas y lograr que los receptores y transmisores cubriesen mis tímpanos, ¿por qué yo no podría pensar por radio?

—No sé. —La anchura de banda era una limitación familiar en muchas actividades cotidianas, aunque Jefri tenía una idea muy vaga de lo que era. Miró las últimas tablas, todavía expuestas en pantalla. De repente comprendió algo que muchos adultos jamás comprenden en las culturas técnicas—. Uso todas estas cosas al mismo tiempo, pero no sé cómo funcionan. Podemos seguir estas instrucciones, pero ¿cómo sabríamos qué cambiar?

Amdi estaba muy entusiasmado, tal como cuando inventaba una gran travesura.

—No, no, no. No tenemos que comprender todo. —Tres miembros más saltaron al suelo. Amdi agitó algunos papeles—. Ravna no sabe con certeza cómo emitimos sonido. Las instrucciones incluyen opciones para introducir pequeñas modificaciones. Estuve pensando. Podemos ver cómo se relacionan los cambios. —Hizo una pausa y emitió un chillido agudo—. Demonios, no sé explicarlo con exactitud, pero creo que podemos expandir las tablas y eso cambiará la máquina de manera evidente. Y luego... —Quedó sin habla un instante—. ¡Oh, Jefri! ¡Ojalá tú también fueras una manada! Imagínate, colocar uno de tus miembros en una cumbre distinta y luego usar la radio para pensar, ¡seríamos tan grandes como el mundo!

Entonces se oyó un cloqueo intermanada fuera de la cabina y luego el samnorsk:

—Hora de cenar. Nos vamos, Amdijefri. ¿Sí?

Era Shreck. Hablaba bastante samnorsk, aunque no tan bien como Acero. Amdijefri recogió las hojas desperdigadas y las guardó en los bolsillos de las casacas de Amdi. Apagaron el equipo de las pantallas y entraron en la cabina principal.

—¿Crees que Acero nos permitirá realizar los cambios?

—Tal vez deberíamos enviárselos también a Ravna.

El miembro del casacas blancas se retiró de la escotilla y Amdijefri descendió. Poco después estaban bajo la oblicua luz del sol. Los dos niños apenas lo notaron, pues ambos estaban subyugados por la visión de Amdi.

Para Johanna, muchas cosas cambiaron en las semanas que siguieron a la muerte de Gramil Jaqueramaphan. La mayoría fueron para bien, cosas que quizá nunca hubieran cambiado de no ser por el asesinato, lo cual la entristecía.

Permitió que Tallamadera viviera en la cabaña y reemplazara al criado. Al parecer Tallamadera lo había deseado desde el principio, pero había temido la furia de la criatura humana. Ahora mantenían el dataset en la cabaña. Siempre había por lo menos cuatro manadas de seguridad de Vendaz rodeando el lugar y se hablaba de construir barracas en torno.

Johanna veía a los demás durante el día en las reuniones, e individualmente cuando necesitaban ayuda con el dataset. Esdrúpilo, Vendaz y Cicatriz —el «peregrino»— hablaban ahora samnorsk con fluidez, lo suficiente para que ella pudiera tener atisbos de su carácter a pesar de su forma inhumana. Esdrúpilo, quisquilloso y brillante; Vendaz, tan pomposo como Gramil, pero sin su aire juguetón ni su imaginación. En cuanto a Errabundo Wickwracktriz, aún sentía un escalofrío cada vez que veía al miembro corpulento, el de la cicatriz. Siempre se sentaba en el fondo, acuclillándose para no tener un aspecto amenazador. Errabundo notaba que esto la afectaba y procuraba no ofenderla, pero incluso después de la muerte de Gramil a ella le costaba tolerar a esa manada. Y, a fin de cuentas, podía haber traidores en el castillo de Tallamadera. La idea de que el asesinato fuera obra de intrusos era sólo una teoría de Vendaz. Johanna mantenía vigilado a Errabundo.

De noche, Tallamadera despedía a las otras manadas. Se acurrucaba en torno del fuego y hacía al dataset preguntas que no guardaban ninguna relación con la lucha contra los reductoristas. Johanna procuraba explicarle las cosas que Tallamadera no entendía. Era extraño. Tallamadera era como la reina de esa gente. Tenía ese castillo enorme (primitivo, incómodo, feo, pero enorme). Tenía gran cantidad de criados. Pero pasaba la mayor parte de cada noche en esa pequeña cabaña de madera con Johanna y ayudaba con el fuego y la comida como la manada que antes hacía las veces de criado.

Así fue como Tallamadera se convirtió en la segunda amiga de Johanna entre los púas (Gramil fue el primero, aunque ella sólo lo supo después de su muerte). Tallamadera era muy lista y muy extraña. En ciertos sentidos era la persona más sagaz que Johanna había conocido, aunque tardó en llegar a esa conclusión. No le había sorprendido que los púas dominaran el samnorsk deprisa. Así ocurría en la mayoría de las aventuras, y además tenían los programas de aprendizaje idiomático del dataset. Pero noche tras noche Johanna observó cómo Tallamadera jugaba con el dataset. La manada no manifestaba interés en las tácticas militares y la química que tanto preocupaban a todos durante el día. En cambio leía acerca de la Zona Lenta, el

Allá y la historia del reino de Straumli. Había dominado la lectura no lineal más rápidamente que los demás. A veces Johanna se sentaba a mirar por encima de sus hombros. La pantalla estaba dividida en ventanas y la principal rodaba a una velocidad que Johanna no podía seguir. Varias veces por minuto Tallamadera se topaba con palabras que desconocía. La mayoría eran vocablos infrecuentes en samnorsk; apoyaba un hocico en la palabra problemática y la definición parpadeaba brevemente en la ventana del diccionario. Otros problemas eran conceptuales y las nuevas ventanas conducían a la manada hacia otros campos, a veces por unos pocos segundos, a veces por muchos minutos, y a veces el desvío se transformaba en el nuevo sendero. En cierto modo, era todo lo que Gramil había aspirado a ser.

Muchas veces planteaba preguntas que el dataset no podía responder. Ella y Johanna hablaban hasta horas tardías. ¿Cómo era una familia humana? ¿Qué se proponía hacer el reino de Straumli en el Laboratorio Alto? Johanna ya no pensaba en las manadas como grupos de ratas con cuello de culebra. Después de medianoche, la pantalla del dataset brillaba más que la luz gris de la fogata. Teñía los lomos de Tallamadera de alegres colores. La manada se reunía en torno a ella, mirándola con el interés de un niño que escucha a su maestro.

Pero Tallamadera no era un niño. Desde el principio le había parecido vieja. En esas charlas nocturnas Johanna también aprendía detalles sobre los púas. La manada decía cosas que jamás decía durante el día. En general eran cosas que debían de ser obvias para los demás púas, aunque nunca hablaban de ellas. La niña humana se preguntaba si la reina Tallamadera tendría alguien a quien pudiera tomar como confidente.

Sólo uno de los miembros de Tallamadera era físicamente viejo; dos eran meros cachorros. La configuración de la manada, en cambio, tenía quinientos años. Y se notaba. El alma de Tallamadera se mantenía unida sólo gracias a su fuerza de voluntad. El precio de la inmortalidad había sido la endogamia. La cepa original había sido saludable, pero al cabo de seiscientos años... Uno de los miembros más jóvenes no dejaba de babear y continuamente hundía el hocico en un pañuelo. Otro tenía ojos lechosos en vez de pardos. Tallamadera decía que era totalmente ciego, pero saludable, y el que mejor hablaba. Su miembro más anciano era visiblemente débil, y jadeaba sin cesar. Lamentablemente, decía Tallamadera, era el más alerta y creativo. Cuando muriese...

Una vez que empezó a buscarlas, Johanna vio flaquezas en toda Tallamadera. Hasta sus dos miembros más saludables, fuertes y con pelaje sedoso, se bamboleaban al caminar. ¿Deformidades en la columna vertebral? Además ambos estaban aumentando de peso, lo cual no contribuía a solucionar el problema.

Johanna no se enteró de todo esto de inmediato. Tallamadera le había comentado diversos asuntos de los púas y, poco a poco, reveló su historia. Parecía feliz de poder

confiarla a alguien, aunque no caía en la autocompasión. Tallamadera había escogido este camino (al parecer algunos lo consideraban una perversión) y había durado más que cualquier manada de la historia documentada. Lamentaba, ante todo, que se le hubiera agotado la suerte.

La arquitectura púa tendía hacia los extremos, grotescamente descomunal o demasiado estrecha para el uso humano. La cámara del consejo de Tallamadera tendía hacia lo grandioso y no era un sitio acogedor. En esa cavidad en forma de cuenco podían entrar hasta trescientos humanos, con lugar de sobra. Los balcones que bordeaban la circunferencia superior podrían albergar a otros cien.

Johanna había estado allí con frecuencia, porque era donde se realizaban la mayoría de las pruebas con el dataset. Habitualmente estaban ella, Tallamadera y quien necesitara información. Hoy era diferente, ya que no se trataba de consultar el dataset. Era la primera reunión de consejo de Johanna. Había doce manadas en el consejo superior y todas estaban presentes. Cada balcón contenía una manada, y había tres en el centro. Johanna sabía ahora lo bastante sobre los púas para comprender que el lugar, a pesar de los espacios vacíos, estaba atestado. Con el ruido mental de quince manadas, incluso con los tapices acolchados, ella sentía un zumbido en la cabeza, o en las manos a través de la baranda.

Johanna estaba con Tallamadera en el balcón más grande. Cuando ambas llegaron, Vendaz ya estaba en el centro, disponiendo unos diagramas. Cuando las manadas del consejo se pusieron en pie, Vendaz miró hacia arriba y le dijo algo a Tallamadera.

—Sé que demorará un poco las cosas —respondió la reina en samnorsk—, pero tal vez nos beneficie.

Y rió con un sonido humano. Errabundo Wickwracktriz estaba de pie en el balcón contiguo, como otra manada del consejo. Johanna aún no había comprendido por qué, pero Cicatriz parecía ser uno de los favoritos de la reina.

—Errabundo, ¿traducirás para Johanna?

Errabundo movió varias cabezas.

—¿Estás de acuerdo, Johanna?

La niña titubeó un instante, luego asintió. Tenía sentido. Después de Tallamadera, Errabundo hablaba samnorsk mejor que cualquiera de ellos. Tallamadera se sentó y abrió el dataset. Johanna miró las cifras que había en la pantalla. La reina había tomado notas. Aún no se reponía de la sorpresa cuando la reina comenzó a hablar de nuevo, esta vez con los cloqueos del lenguaje intermanada. Al cabo de un segundo, Errabundo comenzó a traducir:

—Sentaos todos, por favor. Poneos cómodos, ya estamos bastante apiñados.

Johanna casi sonrió. Errabundo Wickwracktriz era bastante hábil. Imitaba a la perfección la voz humana de Tallamadera. Su traducción incluso capturaba la adusta

autoridad de su discurso.

Las manadas se reacomodaron y después sólo un par de cabezas asomaban de cada balcón. Ahora la mayor parte del ruido mental se amortiguaba con el acolchado que revestía el balcón o sería absorbido por el dosel que colgaba sobre la sala.

—Vendaz, puedes proceder.

En el piso principal, Vendaz se irguió y miró hacia todas partes. Empezó a hablar.

—Gracias —tradujo Errabundo, imitando la voz del jefe de seguridad—. La Tallamadera me pidió que convocara esta reunión porque ha habido cambios en el norte. Nuestras fuentes nos informan que Acero está fortificando la región que rodea la nave estelar de Johanna.

Cloqueos e interrupciones. ¿Escrúpilo?

—Eso no es noticia. Para eso tenemos nuestros cañones y la pólvora.

—Sí —respondió Vendaz—. Hace tiempo que conocemos esos planes. No obstante, la fecha de finalización se ha adelantado y la versión final tendrá murallas mucho más gruesas de lo que habíamos previsto. Al parecer, una vez que termine ese recinto, Acero se propone dismantelar la nave estelar para distribuir su cargamento entre los diversos laboratorios.

Para Johanna esas palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Antes existía una oportunidad. Si luchaban con empeño, quizá recobrarán la nave. Ella podría redondear la misión de sus padres, e incluso ser rescatada.

Errabundo hizo una pregunta y tradujo:

—¿Y cuál es el nuevo plazo?

—Confían en terminar las murallas principales en menos de diez decadas.

Tallamadera acercó un par de hocicos al teclado, tecleó una nota. Al mismo tiempo asomó una cabeza sobre la baranda y miró al jefe de seguridad.

—He observado que Acero suele ser más optimista de lo conveniente. ¿Tienes una estimación objetiva?

—Sí. Las murallas estarán finalizadas dentro de ocho a once decadas.

—Calculábamos por lo menos quince —dijo Tallamadera—. ¿Esto es en respuesta a nuestros planes?

Vendaz reunió sus miembros.

—Ésa fue nuestra primera sospecha, majestad. Pero, como sabes, tenemos muy especiales fuentes de información... fuentes que no debemos comentar ni siquiera aquí.

—Qué petulante. A veces me pregunto si sabe algo. Nunca le he visto arriesgar sus traseros en el campo. —¿Qué? Johanna tardó un segundo en comprender que este comentario era un aparte de Errabundo. Miró de soslayo. Dos cabezas de Errabundo eran visibles y dos miraban hacia ella. Reconoció su expresión de sonrisa tonta. Nadie respondió a este comentario; al parecer Errabundo podía dirigir su traducción

hacia Johanna únicamente. Ella le miró con severidad y él reanudó su traducción neutra.

—Acero sabe que planeamos atacar, pero no sabe nada sobre nuestras armas especiales. Este cambio de planes parece surgir de sus sospechas. Lamentablemente, eso nos complica las cosas. Tres o cuatro consejeros comenzaron a hablar simultáneamente.

—Todos expresan su descontento —sintetizó Errabundo—. Todos «sabían que este plan nunca funcionaría» y que «nunca debimos convenir en atacar a los reductoristas».

Tallamadera emitió un silbido estridente. Los reproches cesaron. —Algunos de vosotros olvidáis vuestro coraje. Convinimos en atacar Isla Oculta porque representa una amenaza mortal y pensamos que podíamos destruirla con los cañones de Johanna... para impedir que Acero nos destruya en caso de que aprenda a utilizar la nave estelar—. Un miembro de Tallamadera, agazapándose, rozó la rodilla de Johanna.

La voz focalizada de Errabundo rió entre dientes.

—Y también está el pequeño problema de llevarte a casa y establecer contacto con las estrellas, pero ella no puede decir eso en voz alta a los «pragmáticos». Por si no lo has adivinado, es una de las razones por las cuales estás aquí..., para recordarles a los necios que el cielo nos depara más cosas de las que hayan imaginado. Continuó traduciendo a Tallamadera.

—No se cometió un error al montar esta campaña. Eludirla habría sido tan mortal como combatir y perder. En definitiva..., ¿tenemos alguna posibilidad de desplazar un ejército efectivo costa arriba a tiempo? —Apuntó un hocico hacia el balcón de enfrente—. Escrúpilo, por favor, sé breve.

—Escrúpilo jamás podrá ser breve... epa, lo lamento. —Nuevos comentarios de Errabundo.

Escrúpilo asomó un par de cabezas más.

—Ya he comentado el asunto con Vendaz, majestad. Reunir un ejército, viajar costa arriba... todo puede hacerse en menos de diez decadías. El problema reside en el cañón y en entrenar manadas para utilizarlo. Esa responsabilidad es de mi incumbencia.

Tallamadera dijo una frase abrupta.

—Sí, majestad. Tenemos la pólvora. Es tan poderosa como dice el dataset. Los cañones han presentado un problema mucho mayor. Hasta hace poco, la parte trasera se abría al enfriarse el metal. Creo que he solucionado ese inconveniente. Al menos tengo dos cañones intactos. Esperaba contar con varios decadías más para probarlos.

—Ahora no podemos darnos ese lujo —interrumpió Tallamadera. Se puso totalmente en pie y miró a la sala del consejo—. Quiero pruebas de inmediato. Si

tienen éxito, comenzaremos a fabricar cañones a toda prisa.

De lo contrario...

Dos días después...

Lo más curioso era que Esdrúpilo esperaba que ella inspeccionara el cañón antes de dispararlo. La manada caminaba excitada en torno de la instalación, dando explicaciones en torpe samnorsk. Johanna la seguía con semblante serio. A cierta distancia, ocultos detrás de una berma, Tallamadera y el consejo superior presenciaban el ejercicio. Bien, todo tenía buen aspecto. Lo habían montado en un carro que podía rodar hacia un montón de tierra con la fuerza del retroceso. El cañón en sí era una pieza de metal forjado de un metro de largo con un ánima de dos centímetros. La pólvora y el proyectil se cargaban por el orificio delantero. La pólvora se encendía por un pequeño orificio de atrás.

Johanna acarició el cañón. La superficie de plomo era rugosa y parecía haber corpúsculos de tierra en el metal. Ni siquiera las paredes del ánima parecían totalmente lisas. ¿Eso influiría? Esdrúpilo explicaba que había usado paja en los moldes para impedir que el metal se rajara al enfriarse. *Vaya.*

—Primero deberías probarlo con una cantidad pequeña de pólvora —dijo Johanna.

Esdrúpilo le habló en un tono de complicidad.

—Entre nosotros; eso hice y funcionó muy bien. Ahora haremos la gran prueba.

Hmm. Conque no eres tan obtuso. Johanna le sonrió al miembro más cercano, cuya cabeza era totalmente blanca. A su manera, Esdrúpilo le recordaba a algunos científicos de Laboratorio Alto.

Esdrúpilo se alejó del cañón y dijo en voz alta:

—¿Podemos empezar?

Dos de sus miembros miraron nerviosamente a los consejeros.

—Sí, para mí está bien —dijo Johanna. Naturalmente. El diseño estaba copiado de los modelos nyjoranos de los archivos históricos de Johanna—. Pero ten cuidado... si no funciona bien, puede matar a alguien.

—Sí, sí. —Contando con su aprobación oficial, Esdrúpilo rodeó la pieza y apartó a la niña a un costado. Mientras ella regresaba hacia Tallamadera, él continuó en idioma púa, sin duda explicando la prueba.

—¿Crees que funcionará? —le preguntó Tallamadera en voz baja. Parecía más débil que de costumbre. Habían tendido una estera trenzada para ella en el brezo musgoso, detrás de la berma. La mayoría de sus miembros estaban tendidos con la cabeza entre las patas. El miembro ciego parecía dormido y el pequeño que babeaba se acurrucaba contra él, moviéndose con nerviosismo. Como de costumbre, Errabundo Wickwracktriz estaba cerca, pero ahora no traducía. Concentraba su

atención en Esdrúpilo.

Johanna pensó en la paja que Esdrúpilo había utilizado en los moldes. La gente de Tallamadera intentaba ayudar pero... Sacudió la cabeza...

—Quién sabe —respondió.

Se arrodilló y se asomó sobre la berma. Todo parecía un acto circense copiado de un archivo histórico. Estaban los animales, el cañón. Incluso estaba la tienda, ya que Vendaz había insistido en ocultar la operación a posibles espías de las colinas. El enemigo podría ver algo, pero cuantos menos detalles tuviera Acero, mejor.

La manada de Esdrúpilo caminaba en torno del cañón, hablando continuamente. Dos miembros alzaron un barril de negra pólvora y echaron la sustancia en el interior del cañón. Un fajo de papel-seda siguió a la pólvora. Esdrúpilo lo empujó, metió el proyectil mientras el resto empujaba el carro para apuntar fuera de la tienda.

Estaban en el patio del castillo, en el lado que daba al bosque, entre las murallas vieja y nueva. Johanna veía un fragmento de ladera verde, nubes bajas. A cien metros estaba la muralla vieja. Era el mismo tramo de piedra donde habían matado a Gramil. Aunque el maldito cañón no estallara, nadie sabría hasta dónde llegaría el disparo. Johanna temía que ni siquiera llegara a la muralla.

Ahora Esdrúpilo estaba de este lado del cañón, tratando de encender una larga varilla de madera. Con un nudo en el estómago, Johanna comprendió que no funcionaría. Eran todos unos meros aficionados, igual que ella. *Y ese pobre tipo morirá por nada.*

Johanna se puso en pie. *Tengo que detenerle.* Algo la cogió por el cinturón y la obligó a sentarse. Era un miembro de Tallamadera, uno de los gordos que no podían caminar bien.

—Tenemos que intentarlo —murmuró la manada.

Esdrúpilo había encendido la varilla. De pronto dejó de hablar. Todos sus miembros, salvo el de *cabeza* blanca, buscaron la protección de la berma. Por un instante pareció una extraña cobardía, luego Johanna lo comprendió: un humano jugando con explosivos también intentaría protegerse el cuerpo, salvo la mano que empuñaba la cerilla. Esdrúpilo se arriesgaba a una mutilación, no a la muerte.

El de cabeza blanca miró al resto de Esdrúpilo. No parecía atemorizado, sino alerta. A esa distancia no podía formar parte de la mente de Esdrúpilo, pero la criatura debía de ser más lista que un perro y, al parecer, recibía instrucciones del resto.

El de la cabeza blanca giró y caminó hacia el cañón. Se arrastró el último metro, cubriéndose tras el montón de tierra que había detrás del carro. Sostuvo la varilla para que la llama de la punta penetrara lentamente por el orificio. Johanna se agachó detrás de la berma...

La explosión fue un estampido seco. Tallamadera tembló junto a ella y se oyeron silbidos de dolor en toda la tienda. ¡Pobre Esdrúpilo! Johanna lagrimeó. *Tengo que*

mirar. En parte soy responsable. Lentamente se levantó y se obligó a mirar hacia el campo donde minutos antes estaba el cañón. ¡Aún estaba! Un humo denso brotaba de ambos extremos, pero el tubo estaba intacto. El de cabeza blanca se tambaleaba aturdido en torno del carro, el pelaje blanco cubierto de hollín.

El resto de Escrúpilo se le acercó a la carrera. Los cinco corrían en torno del cañón, haciendo cabriolas de triunfo. El resto del público miraba en silencio. El cañón estaba entero. El artillero había sobrevivido. Y, casi automáticamente... Johanna miró hacia la ladera. Había un agujero de un metro en el tope de la vieja muralla. ¡A Vendaz le costaría ocultar ese boquete de los espías enemigos!

El sorprendido silencio fue reemplazado por una tremenda algarabía. Además de los cloqueos habituales había chistidos que bordeaban el linde de la sensibilidad. Del otro lado de la tienda, dos púas que ella desconocía corrieron el uno hacia el otro. Por un instante de júbilo irreflexivo, constituyeron una enorme manada de nueve o diez miembros.

¡Tal vez recobremos la nave! Johanna se volvió para abrazar a Tallamadera. Pero la reina no gritaba con los demás. Unía las cabezas, tiritando.

—¿Tallamadera? —Johanna acarició el pescuezo de uno de los miembros gordos, que se apartó con un espasmo.

¿Apoplejía? ¿Infarto? Los nombres de viejas enfermedades le saltaron a la mente. ¿Cómo afectarían a una manada? Algo andaba muy mal y nadie lo había notado. Johanna se levantó.

—¡Errabundo! —gritó.

Cinco minutos después sacaron a Tallamadera de la tienda. El lugar aún era un manicomio, pero Johanna ya no captaba sonidos. Ayudó a la reina a subir a su carruaje, pero después nadie le permitió acercarse. Incluso Errabundo, tan ansioso de traducir todo el día anterior, la apartó a un lado.

—Estará bien —fue todo lo que dijo mientras corría al frente del carruaje y cogía las riendas. El carruaje se puso en marcha rodeado por varias manadas de guardias. Por un instante, Johanna sintió nuevamente el impacto de la extrañeza del mundo de los púas. Evidentemente era una gran emergencia. Una persona en peligro de muerte. La gente corría de aquí para allá. Y sin embargo... Las manadas se reunían. Nadie se acercaba a los demás. Nadie podía tocar a otro.

Johanna echó a correr detrás del carruaje. Trató de seguirlo a lo largo del lodoso sendero y casi logró alcanzarlo. Todo estaba húmedo y frío, gris como metal. Todos estaban tan atentos a la prueba... ¿Podría tratarse de otro golpe de los reductoristas? Johanna tropezó, cayó de rodillas en el lodo. El carruaje dobló un recodo, se internó en los adoquines. Johanna lo perdió de vista. Se levantó y chapoteó en el fango, pero con más lentitud. No podía hacer nada, nada. Había trabado amistad con Gramil, y le habían matado. Había trabado amistad con Tallamadera, y ahora...

Caminó por la calleja de adoquines entre los depósitos del castillo. El carruaje no estaba a la vista, pero se oía su repiqueteo más adelante. Las manadas de seguridad de Vendaz pasaban en ambas direcciones, deteniéndose brevemente en los nichos laterales para evitar el paso del tráfico que iba en sentido contrario. Nadie respondió a sus preguntas. Tal vez ninguno de ellos hablara samnorsk siquiera.

Johanna casi se extravió. Oía el carruaje, pero había doblado en alguna parte. Lo oyó de nuevo a sus espaldas. ¡Llevaban a Tallamadera a la casa de Johanna! Regresó y, minutos más tarde, subía hacia la cabaña de dos pisos que había compartido con Tallamadera en las últimas semanas. Estaba demasiado agotada para correr. Subió despacio la ladera, vagamente consciente de que estaba cubierta de fango. El carruaje se había detenido a cinco metros de la puerta. Había manadas de guardias apostadas a lo largo de la colina, pero no apuntaban con los arcos.

El sol de la tarde se filtró entre las nubes del oeste y brilló un instante sobre el brezo húmedo y las maderas relucientes, perfilándolas contra el oscuro cielo. Era una combinación de luz y sombra que siempre había deslumbrado a Johanna. *Por favor, que esté bien.*

Los guardias la dejaron pasar. Errabundo Wickwracktriz estaba cerca de la entrada, mirándola con tres de sus cabezas. El cuarto, Cicatriz, tenía el largo pescuezo asomado por la puerta, mirando hacia dentro.

—Quiso regresar aquí cuando sucedió —dijo.

—¿Qué sucedió? —tartamudeó Johanna.

Errabundo hizo un gesto de indiferencia.

—Fue el susto del estampido del cañón. Pero cualquier otra cosa pudo provocarlo.

Meneaba la cabeza de modo extraño. Con asombro, Johanna notó que la manada sonreía, llena de satisfacción.

—¡Quiero verla! —Cicatriz se apartó de prisa cuando ella se dirigió a la puerta.

El interior sólo recibía la luz que entraba por la puerta y las altas ventanas. Los ojos de Johanna tardaron un segundo en acostumbrarse. Algo olía a... húmedo. Tallamadera estaba tendida en círculo sobre la estera que utilizaba todas las noches. Johanna se acercó a la manada y se puso de rodillas. La manada se alejó nerviosamente. Había sangre, y algo que parecía un montón de tripas en medio de la estera. Johanna sintió ganas de vomitar. —¿Tallamadera? —murmuró.

Un miembro de la reina apoyó el hocico en la mano de la niña.

—Hola, Johanna. Es muy extraño tener a alguien al lado en un momento como éste.

—Estás sangrando. ¿Por qué?

Una risa suave, humana.

—Duele, pero es bueno... Mira. —El ciego sostenía algo pequeño y húmedo

entre las fauces. Uno de los otros lo lamía. Fuera lo que fuese, se retorció, estaba vivo. Y Johanna recordó que algunas partes de Tallamadera se habían puesto extrañamente gruesas y torpes.

—¿Un bebé?

—Sí. Y tendré otro dentro de un par de días.

Johanna se sentó en el piso, cubriéndose la cara con las manos. Iba a romper a llorar de nuevo.

—¿Por qué no me lo contaste?

Tallamadera calló un instante. Lamió al cachorro y lo apoyó contra el vientre del miembro madre. El recién nacido se acurrucó contra la madre, hundiéndole el hocico en el vientre. No hacía ningún ruido audible. Al fin, la reina dijo:

—No sé si puedo hacértelo comprender. Esto ha sido muy difícil para mí.

—¿Tener bebés? —Johanna tenía las manos pegajosas con la sangre que empapaba la manta. Obviamente había sido difícil, pero así comenzaban todas las vidas en semejante mundo. Era un dolor que necesitaba el apoyo de los amigos, un dolor que conducía a la alegría.

—No, tener bebés no es el problema. He parido más de cien desde que tengo memoria. Pero estos dos... son el final de mí. ¿Cómo podría explicártelo? Los humanos no tenéis la opción de seguir viviendo: vuestra prole nunca puede ser vosotros. Pero para mí es el final de un alma de seiscientos años. Verás, conservaré estos dos para que sean parte de mí... y, por primera vez en tantos siglos, no soy padre y madre. Me transformaré en renacida.

Johanna miró al ciego y al baboso. Seiscientos años de incesto. ¿Cuánto tiempo habría podido continuar Tallamadera hasta que su mente se deteriorase? No era padre y madre.

—Pero entonces, ¿quién es el padre? —exclamó Johanna.

—¿Quién crees? —dijo una voz desde afuera. Una de las cabezas de Errabundo Wickwracktriz asomó por la puerta—. Cuando Tallamadera toma una decisión, es extremista. Ha sido el alma más pura de todos los tiempos. Pero ahora tiene la sangre (los genes, diría el dataset) de manadas de todo el mundo, de uno de los peregrinos más inconstantes que alguna vez arrojaron su alma al viento.

—También uno de los más listos —dijo Tallamadera con voz adusta y melancólica al mismo tiempo—. La nueva alma será por lo menos tan inteligente como antes, y quizá mucho más flexible.

—Yo mismo estoy un poco preñado —dijo Errabundo—. Pero no me entristezco. He sido un cuarteto por mucho tiempo. ¡Imagínate, tener cachorros de Tallamadera! Tal vez me vuelva conservador y decida sentar cabeza.

—¡Ja! Ni siquiera dos de mí bastan para aplacar tu alma peregrina. Johanna escuchó la conversación. Las ideas eran extrañas, pero los tonos de afecto y humor

eran familiares. En alguna parte... Entonces lo recordó. Cuando Johanna tenía cinco años, y mamá y papá llevaron a casa al pequeño Jefri. Johanna no recordaba las palabras, ni siquiera el sentido de lo que se había dicho, pero el tono era el mismo del diálogo entre Tallamadera y Errabundo.

Johanna se sentó, dejando evaporar la tensión del día. La artillería de Escrúpilo funcionaba y había una oportunidad de recobrar la nave. Y aunque fracasaran... ahora se sentía más parte de un hogar.

—¿Puedo acariciar a tu cachorro?

La travesía de la *Fuera de Banda II* había comenzado en una catástrofe donde la vida y la muerte estaban separadas por escasas horas o minutos. En las primeras semanas habían enfrentado el terror y la soledad, además de la resurrección de Pham. La *FDB* había caído rápidamente hacia el plano galáctico, alejándose de Relé. Día tras día la espiral de estrellas se ladeaba, cada vez más cerca, hasta que conformó esa franja de luz, la Vía Láctea, tal como se veía desde Nyjora y Vieja Tierra y desde la mayoría de los planetas habitables de la galaxia.

Veinte mil años-luz en tres semanas. Pero eso había sido en una senda que atravesaba el Allá Medio. Ahora, en el plano galáctico, aún estaban a seis mil años-luz de su destino en el Fondo del Allá.

Las interfaces de la zona seguían superficies de densidad media constante; a una escala galáctica, el Fondo era una superficie convexa que rodeaba gran parte del disco galáctico. La *FDB* se desplazaba ahora en el plano de ese disco, hacia el centro de la galaxia. Cada semana se adentraban más en la Lentitud. Para peor, su ruta, y todas las variantes que significaban algún avance, se extendían por una región de gran modificación zonal. Las noticias de la Red la llamaban la Gran Tormenta Zonal, aunque desde luego no había la menor sensación de turbulencia dentro de ese volumen. Pero en ciertos días avanzaban menos del ochenta por ciento de lo previsto.

Al principio habían sabido que la demora no obedecía sólo a la tormenta. Vaina azul había ido al exterior para examinar los daños que habían sufrido al escapar.

—¿Conque es la nave misma? —había tronado Ravna desde el puente, mirando el imperceptible desplazamiento de los astros en el firmamento. La confirmación no era una revelación. Pero ¿qué hacer?

Vaina Azul se paseaba por el techo. Cada vez que llegaba a la otra pared, preguntaba a la nave acerca del sello de presión de la cámara de proa. Ravna le miró con cara de pocos amigos.

—Oye, es la enésima vez que pides un informe de estado en tres minutos. Si crees que algo anda mal, repáralo ¡y ya!

El escrodit se detuvo de golpe. Agitó las frondas con incertidumbre.

—Pero acabo de salir, quería asegurarme de que cerré la puerta correctamente... Ah, ¿quieres decir que ya lo he preguntado?

Ravna trató de responder sin sarcasmo. Vaina Azul no merecía ser el blanco de sus frustraciones.

—Sí. Por lo menos cinco veces.

—Lo lamento. —Vaina Azul calló, pasando al silencio de la concentración total —. He ocupado la memoria.

A veces ese hábito era simpático, a veces irritante. Cuando los escroditas querían

pensar en más de una sola cosa al mismo tiempo, sus escrodos no siempre podían mantener la memoria efímera. Vaina Azul era muy propenso a quedar atrapado en ciclos de conducta, repitiendo un acto y olvidándolo.

Pham sonrió, mucho más calmado que Ravna.

—Pero no entiendo por qué lo soportáis.

—¿Qué?

—Bien, según la biblioteca de la nave, habéis tenido estos escrodos desde antes que existiera la Red. ¿Por qué no habéis mejorado el diseño, os habéis liberado de esas tontas ruedas, no habéis refinado el rastreo de memoria? Apuesto que hasta un programador de combate de la Zona Lenta como yo podría pensar en un diseño mejor que ése.

—Es una cuestión de tradición —le dijo pomposamente Vaina Azul—. Estamos agradecidos al Algo que nos dio ruedas y memoria.

—Hmmm.

Ravna casi sonrió. A estas alturas ya conocía a Pham lo suficiente para adivinarle el pensamiento: a saber, que muchos escroditas habrían cambiado por cosas mejores en el Trascenso. Los que se quedaban eran proclives a sufrir limitaciones que ellos mismos se imponían.

—Sí. La tradición. Muchos ex escroditas han cambiado... incluso Trascendido. Pero nosotros perduramos —dijo Tallo Verde. Hizo una pausa, y continuó con mayor timidez que de costumbre—. ¿Habéis oído hablar del mito escroditas?

—No —dijo Ravna, distraída a pesar de sí misma. Con el correr del tiempo sabría sobre los escroditas tanto como sobre sus amigos humanos pero, por ahora, aún le deparaban sorpresas.

—No muchos lo conocen. No porque sea un secreto, sino porque no le damos mucha importancia. Tiene tintes religiosos, pero no hacemos proselitismo con él. Cuatro o cinco mil millones de años atrás, alguien construyó los primeros escrodos y transformó a los primeros escroditas en criaturas sentientes. Hasta aquí se trata de hechos comprobados. El Mito se refiere a algo que destruyó a nuestro Creador y a todas sus obras; una catástrofe tan grande que resulta incomprensible a esta distancia.

Abundaban las teorías sobre el aspecto que tenía la galaxia en el pasado remoto, en tiempos de la protopartición. Pero la Red no era eterna. Tenía que existir un comienzo. Ravna nunca había creído mucho en antiguas guerras y catástrofes.

—Así que, en cierto sentido —dijo Tallo Verde—, los escroditas somos los fieles, los que aguardan el retorno de aquello que nos creó. El escrodo tradicional y la interfaz tradicional son una pauta. Conservarlos nos ha vuelto pacientes.

—En efecto —dijo Vaina Azul—. Y el diseño mismo es muy sutil, mi dama, aunque la función sea simple. —Rodó hacia el centro del techo—. El escrodo tradicional impone una buena disciplina, concentración en lo que importa de veras.

En este momento yo me preocupaba por muchas cosas... —Regresó abruptamente al tema que les ocupaba—. Dos espinas de impulso no se recobraron de los daños sufridos en Relé. Otras tres se están deteriorando. Pensábamos que esta lentitud se debía sólo a la tormenta, pero ahora he estudiado las espinas de cerca. Las advertencias de diagnóstico no constituían una falsa alarma.

—¿Y sigue empeorando?

—Lamentablemente, sí.

—¿Cuánto más puede agravarse?

Vaina Azul unió sus zarcillos.

—Mi dama Ravna, aún no podemos estar seguros de las extrapolaciones. Puede agravarse mucho más o... Tú sabes que la *FDB* no estaba totalmente preparada para partir. Aún faltaban los chequeos finales de coherencia. En cierto modo, eso es lo que más me preocupa. Ignoramos qué errores pueden acecharnos, especialmente cuando lleguemos al Fondo y debamos retirar nuestra automatización normal. Debemos observar los impulsos con suma atención... y tener esperanza.

Era la pesadilla que acuciaba a los viajeros, especialmente en el Fondo del Allá; sin ultraimpulso, un año-luz no llevaba minutos sino años. Aunque activaran el estatocolector e hibernaran en sueñofrío, Jefri Olsndot habría muerto milenios atrás cuando llegaran, y el secreto de la nave de sus padres estaría sepultado en un estercolero medieval.

Pham Nuwen señaló los lentos campos estelares.

—Aun así, esto es el Allá. Cada hora avanzamos más de lo que la flota de Qeng Ho avanzaba en una década. —Se encogió de hombros—. Sin duda habrá un sitio donde podamos efectuar reparaciones.

—Varios.

Adiós a nuestra travesía rápida y sigilosa. Ravna suspiró. Los aprestos finales en Relé debían incluir repuestos y un software compatible con el Fondo. Todo esto pertenecía al pasado. Miró a Tallo Verde.

—¿Tienes alguna idea?

—¿Sobre qué? —preguntó Tallo Verde.

Ravna se mordió el labio. Algunos decían que los escroditas eran una raza de comediantes. Lo eran, en efecto, aunque a menudo involuntariamente.

Vaina Azul riñó a su compañera.

—¡Ah! —reaccionó ella—. Preguntas dónde podemos obtener ayuda. Sí hay varias posibilidades. Sjandra Kei esta a tres mil novecientos años-luz de aquí, en el sentido de la rotación galáctica, pero fuera de la tormenta...

—Demasiado lejos —replicaron Ravna y Vaina Azul al unísono—. Sí sí, pero recuerda, mi dama Ravna, los mundos de Sjandra Kei son principalmente humanos, tu hogar. Y Vaina Azul y yo los conocemos bien. A fin de cuentas, fueron el origen

del embarque cripto que llevamos a Relé. Allí tenemos amigos y tú tienes una familia. Incluso Vaina Azul está de acuerdo en que allí podremos realizar la tarea pasando inadvertidos.

—Sí, siempre que lleguemos —dijo Vaina Azul con petulancia—. Bien, ¿qué otras opciones hay?

—Son menos conocidas. Confeccionaré una lista. —Las frondas de Tallo Verde se deslizaron por la consola—. Nuestra última opción está cerca del derrotero que hemos planeado. Es una civilización de sistema único. El nombre en la Red es... se traduce como Reposo Armónico.

—Descansa En Paz, ¿eh? —comentó Pham. Convinieron en continuar el viaje, observando las espinas de impulso averiadas, pero postergando la decisión de detenerse a pedir ayuda.

Los días se volvieron semanas y las semanas meses. Cuatro viajeros en una travesía hacia el Fondo. Lentamente, las proyecciones de diagnóstico de la *FDB* dictaminaron que el impulso empeoraba.

La Plaga continuaba propagándose por el Tope del Allá, y sus ataques contra los archivos de la Red llegaban mucho más allá de su alcance directo.

La comunicación con Jefri mejoraba. Los mensajes llegaban a razón de uno o dos por día. A veces, cuando las antenas de la *FDB* estaban bien orientadas, él y Ravna podían conversar casi en tiempo real. En el mundo de los púas los progresos eran más rápidos de lo que ella había esperado y quizá permitieran que el niño se salvara.

Pasaba por momentos difíciles, encerrada en esa nave con sólo tres personas más, con apenas un hilillo de comunicación con el exterior y, para colmo, con un niño perdido.

En todo caso, nunca resultaba aburrido. Todos tenían mucho que hacer. Ravna debía consultar la biblioteca de la nave, extrayendo los planes que ayudarían a Acero y Jefri. La biblioteca de la *FDB* no era nada comparada con el archivo de Relé, o incluso con las bibliotecas universitarias de Sjandra Kei, pero sin una automatización de búsqueda adecuada podía ser igualmente insondable. A medida que avanzaban, esa automatización necesitaba más cuidados especiales.

Y las cosas nunca podían ser aburridas con Pham. Tenía muchos proyectos, y curiosidad acerca de todo.

—La demora puede ser un regalo —solía decir—. Ahora tenemos tiempo para ponernos al corriente, para prepararnos para lo que nos pueda deparar el futuro.

Estaba aprendiendo samnorsk. Era más lento que su falso aprendizaje de Relé, pero Pham tenía un don natural para las lenguas y Ravna le hacía practicar bastante.

Pasaba varias horas por día en el taller de la *FDB*, a menudo con Tallo Verde. Los gráficos virtuales eran nuevos para él, pero al cabo de unas semanas dejó atrás los prototipos. Los trajes de presión que diseñó tenían unidades energéticas y depósitos

de armas.

—No sabemos con qué situación nos encontraremos al llegar. Una armadura energética puede resultar muy útil.

Al final de cada día de labor se reunían en el puente de mando para cotejar notas, para examinar los últimos mensajes de Jefri y Acero, para analizar el estado de los impulsores. Para Ravna era el momento más grato del día, a veces el más difícil. Pham había arreglado la automatización de proyección para que mostrara paredes de un castillo en torno. Un enorme hogar reemplazaba la ventana normal del estado de las comunicaciones. El sonido era casi perfecto, incluso había logrado que esa pared irradiara el calor del «fuego». Era la sala de un castillo, tomada de sus recuerdos de Canberra. Pero no era muy diferente de la Era de las Princesas de Nyjora (aunque la mayoría de estos castillos se hallaban en pantanos tropicales donde rara vez se usaban grandes hogares). Por alguna extraña razón, incluso los escroditas se hallaban a gusto en ella. Tallo Verde decía que le evocaba una escala comercial de sus primeros años con Vaina Azul. Como viajeros que han trajinado durante una larga jornada, los cuatro descansaban en un ámbito acogedor e ilusorio. Y cuando habían resuelto los problemas del día, Pham y los escroditas intercambiaban anécdotas, a veces hasta muy tarde por la «noche».

Ravna, la menos locuaz, se quedaba sentada junto a él. Compartía las risas y, a veces, la conversación. Una vez, Vaina Azul tuvo ataque de risa por la fe de Pham en los códigos públicos de cifrado, y Ravna apoyó la opinión del escroditas con anécdotas propias. Pero también era el momento más difícil para ella. Sí, las historias eran maravillosas. Vaina Azul y Tallo Verde habían viajado por muchos lugares, y eran mercaderes de corazón. La estafa, el regateo y las ganancias formaban parte de su vida. Pham escuchaba a sus amigos con embeleso y luego contaba su propia historia: un príncipe de Canberra, un mercader y explorador de la Zona Lenta. Y pese a todas las limitaciones de la Lentitud, las aventuras de su vida superaban incluso a las de los escroditas. Ravna sonreía y fingía entusiasmo.

Las anécdotas de Pham eran muy exageradas. Él creía francamente en ellas, pero Ravna no podía creer que un ser humano hubiera visto y hecho tantas cosas. En Relé, ella había afirmado que eran recuerdos sintéticos, una broma de Antiguo. Lo había dicho en un momento de cólera, y se arrepentía de haberlo dicho... porque obviamente era la verdad. Tallo Verde y Vaina Azul no lo notaban pero, en medio de una anécdota, a veces Pham trastabillaba con sus recuerdos y el pánico le nublaba los ojos. En el fondo de sí mismo él también sabía la verdad y, de pronto, ella ansiaba abrazarle y confortarle. Era como tener un amigo gravemente herido, con quien era posible hablar, pero sin confesarle nunca la gravedad de las heridas. En cambio, Ravna fingía que esas lagunas no existían y escuchaba afablemente el resto de la historia.

Y la ocurrencia de Antiguo era innecesaria. No era necesario que Pham fuera un gran héroe. Era una persona decente, aunque un poco desaforada. Era tan tenaz como Ravna y más valiente.

Cuánta habilidad debía tener Antiguo para crear a semejante persona, cuánto... Poder. Y ella le odiaba por haber hecho de esa persona una broma.

Por suerte Pham no mostraba indicios de la esquirra divina. Un par de veces por mes caía en trance y se entusiasmaba con un proyecto nuevo, a menudo sin poder explicarlo con claridad. Pero no estaba empeorando, ni se alejaba de ella. —Y la esquirra divina quizá nos salve al final —decía Pham cuando ella se armaba de coraje para preguntarle—. Aunque no sé cómo.

Se tocaba la frente.

—Aquí está el abarrotado altillo del dios. Es algo más que memoria. A veces necesito toda mi mente para pensar y no queda espacio para la autoconciencia, y después no lo puedo explicar pero... a veces vislumbro algo. Aquello que los padres de Jefri llevaron al mundo de los púas puede lastimar a la Plaga. Digamos que es un antídoto... «el Antídoto». Algo extraído de la Perversión cuando nacía en el laboratorio straumiano. Algo cuya desaparición la Perversión sólo notó demasiado tarde.

Ravna suspiró. Era difícil imaginar buenas noticias que fueran tan escalofrantes.

—¿Los straumianos pudieron arrancar semejante cosa del corazón mismo de la Perversión?

—Tal vez. O tal vez el Antídoto utilizó a los straumianos para escapar de la Perversión. Para ocultarse en una hondura inaccesible y esperar el momento oportuno. Y creo que el plan puede funcionar, Ravna, siempre que yo (que la esquirra divina de Antiguo) pueda bajar allí para ayudar. Mira las noticias. La Plaga está trastocando el Tope del Allá... busca algo. El ataque contra Relé fue lo menos importante, un pequeño subproducto del asesinato de Antiguo. Pero está buscando en todos los sitios equivocados. Tendremos nuestra oportunidad con el Antídoto.

Ravna pensó en los mensajes de Jefri.

—La podredumbre en las paredes de la nave de Jefri... ¿crees que es eso?

Los ojos de Pham se enturbiaron.

—Sí. Parece totalmente pasiva, pero dice que estuvo allí desde el comienzo, que sus padres le mantenían apartado de ella. Le causa cierta repulsión... Eso es bueno, tal vez aparte a sus amigos púas de ella.

Surgían mil preguntas que, sin duda, también acuciaban a Pham. Por ahora ignoraban todas las respuestas, pero tal vez un día se enfrentaran con esa incógnita y la mano muerta de Antiguo actuara... por intermedio de Pham. Ravna tiritaba y decidió callar por un tiempo.

Mes a mes, el proyecto de fabricación de pólvora siguió el ritmo establecido en el programa de desarrollo de la biblioteca. Los púas habían podido fabricar la sustancia con facilidad, sin extraviarse por las ramas del árbol del desarrollo. La verificación de aleaciones había constituido el principal obstáculo, pero ya lo habían franqueado. Las manadas de Isla Oculta habían fabricado los tres prototipos (cañones de retrocarga), tan pequeños que una manada podía transportarlos. Jefri calculaba que dentro de diez días podrían comenzar la construcción en masa. El proyecto de la radio era el más extraño. En cierto sentido llevaba retraso; en otro, superaba lo que Ravna había imaginado. Al cabo de un largo período de progreso normal, Jefri había propuesto un nuevo plan que consistía en una reelaboración total de las tablas de interfaz acústica.

—Creí que estos tíos eran medievales —dijo Pham Nuwen cuando vio el mensaje de Jefri.

—Así es. Y en principio sólo dedujeron las consecuencias de lo que les enviamos. La necesidad de respaldar el pensamiento de manada a través de la radio.

—Hmm. Sí, nosotros describimos las especificaciones del transductor según las tablas... sin usar un lenguaje técnico. Ello incluía la indicación de que pequeños cambios en el esquema podían modificar el transductor. Pero mira... nuestro diseño les daría una banda de tres kilohertzios... una buena conexión de voz. Me estás diciendo que la implementación de esta nueva tabla les daría doscientos kilohertzios.

—Sí. Eso dice mi dataset. Él puso su sonrisa socarrona.

—¡A eso me refiero! Claro, *«en principio»* les dimos información suficiente para fabricar el módulo. A mi entender, la confección de esta nueva tabla de especificaciones equivale a resolver una ecuación de... —contó filas y columnas— ¡quinientos nódulos! Y el pequeño Jefri afirma que sus datasets están destruidos y que el ordenador de la nave está bastante estropeado. Ravna reflexionó.

—Entiendo a qué te refieres. —*Te acostumbras tanto a las herramientas cotidianas que a veces olvidas cómo es la vida sin ellas*—. ¿Crees que esto puede ser obra... del Antídoto?

Pham Nuwen titubeó, como si ni siquiera hubiese pensado en ello.

—No... no es eso. Creo que el tal señor Acero está jugando con nosotros. Todo lo que tenemos es un chorro de bytes que envía Jefri. ¿Cómo podemos saber qué está sucediendo?

—Bien, te diré algunas cosas que sé. Estamos hablando con un niño humano que se crió en el reino de Straumli. Tú has leído la mayoría de sus mensajes en traducción al trisk. Así se pierden muchos coloquialismos y los pequeños errores de un niño que es hablante nativo de samnorsk. El único modo de falsearlos es por medio de un grupo de humanos adultos..., y después de tratar con Jefri durante más de veinte semanas, te aseguro que eso es improbable.

—Vale, supongamos que Jefri es sincero. Tenemos un niño de ocho años en el

mundo de los púas. Él nos cuenta lo que considera la verdad. Digo que tengo la impresión de que alguien le miente. Tal vez podamos confiar en lo que él ve con sus propios ojos. Él dice que estas criaturas no son sapientes, excepto en grupos de cinco o algo así. Creeremos eso. —Pham torció la mirada. Al parecer sus lecturas le habían indicado que las inteligencias grupales eran muy raras tan lejos del Trascenso—. El niño dice que desde el espacio sólo vieron ciudades pequeñas y que todo tiene aspecto medieval. También lo creeremos. Pero ¿qué probabilidades hay de que esta especie tenga la inteligencia suficiente para resolver mentalmente ecuaciones diferenciales parciales y sólo a partir de las implicaciones de tu mensaje?

—Bien, hubo algunos humanos con ese don. —Ravna recordaba un caso de la historia nyjorana, otros dos de Vieja Tierra. Si ese talento era algo común entre las manadas, eran más listos que cualquier especie natural de que tuviera noticias—. ¿Conque esto no es medievalismo primario?

—Correcto. Apuesto a que se trata de una colonia que sufrió una decadencia... como tu Nyjora y mi Canberra, excepto que tienen la buena suerte de estar en el Allá. Estas manadas de perros tienen un ordenador en alguna parte. Tal vez lo controla la clase sacerdotal, tal vez no tengan mucho más. Pero nos están ocultando algo.

—Pero ¿por qué? De cualquier modo les ayudaríamos. Y Jefri nos ha contado que este grupo le salvó.

Pham iba a sonreír con el aire arrogante de costumbre, pero se contuvo. Estaba procurando romper con ese hábito.

—Tú has estado en varios mundos, Ravna, y sé que has leído sobre miles más. Tal vez conozcas variedades de medievalismo que yo ni siquiera sospecho. Pero recuerda que yo estuve allí... eso creo —añadió con un farfuleo nervioso.

—He leído sobre la Era de las Princesas —observó Ravna.

—Sí... y lamento subestimarlos. En toda política medieval, la espada y el pensamiento están íntimamente relacionados. Pero el lazo es aún más estrecho cuando lo has vivido. Mira, aunque creamos en todo lo que Jefri dice haber visto, ese reino de la Isla Oculta tiene un aire siniestro.

—¿Te refieres a los nombres?

—¿Como Reductor, Acero, Púas? Los nombres recios no significan necesariamente lo que dicen —rió Pham—. Cuando yo tenía ocho años, uno de mis títulos ya era «Maestro Destripador». —Vio la expresión de Ravna y se apresuró a añadir—: y a esa edad, apenas había presenciado un par de ejecuciones. No, los nombres no importan tanto. Estoy pensando en la descripción que hace Jefri del castillo, el cual parece estar cerca de la nave, y esta emboscada de la cual cree que fue rescatado. Algo no concuerda. Tú preguntas qué ganarían con traicionarnos. Yo veo esa pregunta desde el punto de vista de ellos. Si son una colonia en horas bajas, saben muy bien lo que han perdido. Tal vez conserven algunos vestigios de tecnología y

sean increíblemente paranoicos. Si yo estuviera en su lugar pensaría seriamente en emboscar a los visitantes, si éstos parecen débiles o incautos. Y aunque aparentemos fuerza... mira las preguntas que Jefri hace en nombre de Acero. Ese tipo está tanteándonos, tratando de averiguar qué valoramos más: la nave de los fugitivos, Jefri y los durmientes, o algún elemento de la nave. Cuando lleguemos, quizás Acero haya acabado con la oposición local... gracias a nosotros. Sospecho que nos aguarda una extorsión similar cuando lleguemos al mundo de los púas.

Pensé que hablábamos de las buenas noticias. Ravna hojeó los mensajes recientes. Pham tenía razón. El niño decía la verdad tal como la conocía, pero...

—No sé de qué otro modo podemos actuar. Si no ayudamos a Acero contra los tallamaderas...

—Ya, no tenemos información para hacer otra cosa. Sea cual fuere la verdad, los tallamaderas deben constituir una amenaza real para Jefri y la nave. Sólo digo que conviene evaluar todas las posibilidades. Pero no debemos demostrar nuestro interés en el Antídoto; si los lugareños saben que estamos desesperados por eso, no tendremos oportunidad. Y quizá convenga empezar a insertar nuestras propias mentiras. Acero ha hablado de construir una pista de aterrizaje para nosotros... dentro de su castillo. No creo que la *FDB* entre, pero conviene seguirle el juego, decirle a Jefri que podemos separarnos de nuestro ultraimpulso, algo parecido a su cápsula de carga. Que Acero se concentre en preparar trampas inofensivas... Tarareó una de sus extrañas melodías «marciales».

—En cuanto a la radio... ¿por qué no felicitamos a los púas, como quien no quiere la cosa, por mejorar nuestro diseño? Me pregunto qué responderán.

Pham Nuwen tuvo su respuesta menos de tres días más tarde. Jefri Olsndot respondió que él había diseñado las mejoras. Si uno le creía, no había pruebas de que existieran ordenadores ocultos. Pham no estaba convencido.

—¿Conque por mera coincidencia tenemos a Isaac Newton al otro lado de la línea?

Ravna no discutió. Era una suerte increíble, pero... Repasó los mensajes anteriores. En conocimientos lingüísticos y generales, el niño parecía muy común para su edad. Pero había situaciones donde manifestaba una asombrosa intuición matemática... sin conocimientos de matemática formal. Algunas de esas conversaciones se habían realizado en buenas condiciones, con tiempos de demora de menos de un minuto. Todo guardaba demasiada coherencia para ser una mentira.

Jefri Olsndot, me muero por conocerte.

Siempre había algo: problemas con las obras de los púas, temor de que los peligrosos tallamaderas atacaran a Acero, preocupación por el deterioro de las espinas de ultraimpulso y la turbulencia zonal que reducía aún más la velocidad de la *FDB*. La vida era frustrante, tediosa, inquietante y, sin embargo...

Una noche, a los cuatro meses de vuelo, Ravna despertó en la cabina que ahora compartía con Pham. Tal vez había estado soñando, pero no podía recordar nada excepto que no era una pesadilla. No oía ningún ruido capaz de despertarla. Junto a ella, Pham dormía profundamente en su hamaca. Ella le pasó el brazo por la espalda, estrechándole suavemente. Pham respiró de otro modo, murmuró una frase plácida e ininteligible. En opinión de Ravna, el sexo en gravedad cero no era la experiencia de que muchos alardeaban, pero dormir con alguien —dormir de veras—, sí era más grato en caída libre. Un *abrazo* podía ser leve, duradero y cómodo.

Ravna echó una ojeada a la cabina en penumbra, tratando de imaginar qué la había despertado. Quizá fueran sólo los problemas del día, que no habían sido pocos. Apoyó la cara en el hombro de Pham. Sí, siempre problemas, pero... en cierto modo se sentía más dichosa que en muchos años. Claro que había problemas. La situación del pobre Jefri. Toda la gente perdida en Straum y Relé. Pero tenía tres amigos, y un amante. A solas en una pequeña nave que se dirigía al Fondo, estaba menos sola de lo que había estado desde que había partido de Sjandra Kei. Más que nunca, podía hacer algo para ayudar. Con una mezcla de tristeza y alegría, temía evocar años después esos meses como el colmo de la felicidad.

A los cinco meses de viaje resultó evidente que no había esperanzas de continuar sin reparar las espinas de impulso. La *FDB* andaba de pronto a sólo un cuarto de año-luz por hora en un volumen que permitía recorrer dos. Y la situación empeoraba. No les costaría llegar a Reposo Armónico, pero después de eso...

Reposo Armónico. Un feo nombre, pensó Ravna. La «frívola» traducción de Pham era peor: Descansa En Paz, *Requiescat in Pace*, RIP. En el Allá, casi todo lo habitable estaba en uso. Las civilizaciones eran transitorias y las especies se extinguían, pero siempre había gente nueva ascendiendo desde Abajo. El resultado consistía a menudo en sistemas improvisados, poliespecíficos. Las especies jóvenes que acababan de surgir de la Lentitud tenían dificultades para convivir con los restos de pueblos más antiguos. De acuerdo con la biblioteca de la nave, RIP había estado un largo tiempo en el Allá. Hacía por lo menos doscientos millones de años que estaba continuamente habitado, tiempo suficiente para que diez mil especies lo llamaran hogar. Las notas más recientes mostraban la existencia de más de cien terranos étnicos. Aun los más nuevos eran residuo de varias emigraciones. El lugar sería apacible al extremo de parecer moribundo.

Que así fuera. Dirigieron la *FDB* tres años-luz en el sentido de la rotación. Ahora se desplazaban por el tronco principal de la Red, hacía RIP, y podrían escuchar las noticias durante todo el trayecto.

Reposo Armónico transmitía publicidad. Por lo menos una de las especies valoraba los bienes externos y se especializaba en reparación y preparación de naves. Una especie industriosa, de pies duros, decía el anuncio. Finalmente, Ravna vio tramos de vídeo: las criaturas caminaban sobre colmillos de marfil y tenían unos brazos ínfimos que les nacían debajo del cuello. Los anuncios incluían las direcciones de Red de los usuarios satisfechos. *Lástima que no podamos corroborarlos*. En cambio, Ravna envió un breve mensaje en triskweline, requiriendo reemplazo genérico de impulsores y enumerando posibles métodos de pago.

Entretanto, seguían llegando malas noticias:

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Baeloresk ->triskweline, unidades SJK

De: Alianza para la Defensa [Presunta cooperativa de cinco imperios poliespecíficos del Allá, debajo del reino de Straumli. Su existencia no estaba documentada antes de la caída del reino]

Tema: Llamada a la acción

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 158,00 días desde la caída de Relé

Frases clave: Actos, no palabras

Texto del mensaje:

Las fuerzas de la Alianza se preparan para actuar contra las herramientas de la Perversión. Es hora de que nuestros amigos se pronuncien. Por el momento no necesitamos un compromiso militar, pero en el futuro próximo necesitaremos servicios de apoyo, incluido tiempo de Red gratuito. En los próximos segundos observaremos atentamente para ver quién respalda nuestra acción y quién puede ser esclavo de la Perversión. Si convivís con la infección humana, tenéis una opción: actuad ahora con una buena posibilidad de vencer... o esperad y sed destruidos.

Muerte a las alimañas.

Abundaban los mensajes secundarios, los cuales incluían especulaciones sobre los propósitos de Muerte a las Alimañas (alias «Alianza para la Defensa»). Esto no causaba el revuelo que había causado la caída de Relé, pero llamaba la atención de varios grupos de noticias.

Ravna tragó saliva y apartó los ojos de la pantalla.

—Bien, todavía siguen metiendo ruido —comentó. Quiso ser socarrona, pero lo dijo con seriedad.

Pham Nuwen le tocó el hombro.

—En efecto. Y los verdaderos asesinos no se anuncian de antemano —dijo sin convicción—. Aún no sabemos si es simplemente algún bocazas. No hay mensajes sobre desplazamiento de naves. A fin de cuentas, ¿qué pueden hacer?— Ravna se levantó de la mesa.

—No mucho, espero. Hay cientos de civilizaciones con pequeñas colonias humanas. Sin duda han tomado precauciones desde que comenzó este mensaje de «muerte a las alimañas»... Por los Poderes, ojalá tuviera la certeza de que Sjandra Kei está a salvo.

Hacía más de dos años que no veía a Lynne y a sus padres. A veces Sjandra Kei parecía un recuerdo de otra vida, pero sólo saber que existía era un consuelo. Ahora...

Del otro lado del puente de mando, los escroditas preparaban la lista de reparaciones.

Vaina Azul rodó hacia ellos.

—Temo por las colonias pequeñas, pero los humanos de Sjandra Kei son la fuerza impulsora de esa civilización. Hasta el nombre es humano. Cualquier ataque contra ellos constituiría un ataque contra toda la civilización. Tallo Verde y yo hemos comerciado allí con frecuencia y con sus fuerzas de Seguridad Comercial. Sólo un tonto o un bravucón anunciaría una invasión de antemano.

Ravna reflexionó, se reanimó. Los dirokimes y los lophers se opondrían a toda amenaza contra la humanidad en Sjandra Kei.

—Sí, allí no somos un gueto. —Las cosas serían malas para los humanos aislados, pero Sjandra Kei estaría bien—. Bravucones. Bien, no por nada la llaman la Red de un Millón de Mentiras. —Decidió olvidar los problemas que escapaban a su control—. Pero una cosa es evidente. Al parar en Reposo Armónico, debemos cerciorarnos de no parecer humanos.

Y, por cierto, para no parecer humanos no debía haber indicios de Ravna y Pham. Los escroditas se encargarían de todos los trámites. Ravna y los escroditas revisaron todos los programas externos de la nave, eliminando los matices humanos que se habían infiltrado desde que habían partido de Relé. ¿Y si les abordaban? Bien jamás sobrevivirían a una búsqueda exhaustiva, pero aislaron las cosas humanas en un falso compartimento. Los dos humanos se meterían allí si era necesario.

Pham Nuwen supervisó todas las tareas y descubrió más de un desliz. Para tratarse de un bárbaro programador, no era malo. Pero además se estaban aproximando a profundidades donde el mejor equipo informático no era mucho más complejo que los que él había conocido. Irónicamente, había algo que no podían ocultar: la *FDB* era del Tope del Allá. Sí, la nave era un lugre basado en un diseño del Allá Medio, pero poseía cierta elegancia que hablaba a gritos de una competencia casi sobrehumana.

—Esta maldita cosa parece un hacha construida en una fábrica —comentó Pham Nuwen.

Las medidas de seguridad de RIP fueron alentadoras: un chequeo superficial, sin abordaje. La *FDB* entró en el sistema y utilizó los cohetes para que su vector de posición/velocidad concordara con el corazón de Reposo Armónico y el «Puerto de Reparaciones San Rhindell». (Comentario de Pham: «Si eres un santo, tienes que ser honesto, ¿verdad?»)

La *Fuera de Banda* estaba por encima de la eclíptica, a ochenta millones de kilómetros de la única estrella de RIP. Aun sabiendo qué esperar, la vista era cautivante. El sistema interior era tan polvoriento y gaseoso como si se estuviera generando una estrella, aunque la primaria era una estrella G de tres mil millones de años. Ese sol estaba rodeado por millones de anillos, más espectaculares que si rodearan un planeta. Los mayores y más brillantes se descomponían en muchos más. Hasta la visión natural presentaba colores brillantes, estrías verdes, rojas y violáceas.

La torsión del plano anular arrojaba lagos de sombra entre laderas de color, laderas de millones de kilómetros. Había algunos objetos —¿estructuras?— que sobresalían del plano anular para arrojar sombras finas como agujas fuera del sistema. Las ventanas infrarroja y de movimiento mostraban más rasgos convencionales; más allá de los anillos se extendía un denso cinturón de asteroides, y más allá un planeta joviano con un sistema de anillos de un millón de kilómetros que parecía ínfimo en comparación con el otro. No había más planetas, ni a la vista ni en el archivo. Los objetos más grandes del principal sistema de anillos tenían trescientos kilómetros de diámetro, pero parecía haber miles.

Siguiendo instrucciones de «San Rinhdell», llevaron la nave hasta el plano anular y adoptaron la misma velocidad que la chatarra local. El último fue un gran desplazamiento impulsivo: tres G durante casi cinco minutos.

—Como en los viejos, viejísimos tiempos —comentó Pham Nuwen.

Nuevamente en caída libre, contemplaron su puerto. De cerca se parecía a los sistemas de anillos planetarios que Ravna había conocido toda su vida. Había objetos de todos los tamaños, hasta un sinfín de fragmentos de espuma escarchada del tamaño de un puño, que se rozaban, se pegaban, se separaban. Esos escombros colgaban en torno casi inmóviles; era un caos que se había aplacado mucho tiempo atrás. En el plano de los anillos, la visibilidad alcanzaba a pocos centenares de metros. Los restos impedían ver más lejos. Y no todos estaban sueltos. Tallo Verde señaló una línea blanca que parecía curvarse desde la infinitud, pasar junto a ellos y luego perderse sin cesar en dirección contraria. —Parece una sola estructura —señaló.

Ravna aumentó la magnificación. En los sistemas planetarios anulares, las «bolas de nieve espumosas» a veces formaban, por acreción, hileras de miles de kilómetros de longitud. Este arco no estaba constituido por bolas de nieve, se veían cámaras de presión y nódulos de comunicaciones. Cotejando las imágenes, Ravna calculó que el objeto abarcaba más de cuarenta millones de kilómetros de longitud. Había una serie de brechas a lo largo del arco, Tenía sentido: la fuerza ténsil de semejante estructura podía aproximarse a cero. Según las distorsiones locales, podía separarse un tiempo para articularse de nuevo sin esfuerzo. Evocaba a esos vagones de tren que se acoplaban y desacoplaban en el antiguo ferrocarril nyjorano.

En la próxima hora se desplazaron cuidadosamente para atracar en el arco anular. Lo único regular de esa estructura era su linealidad. Algunos nódulos estaban diseñados para conectarse de proa o de popa. Otros eran caóticos montones de equipo cubiertos de hielo sucio. En los últimos kilómetros vagaron a la deriva a través de un bosque de espinas de ultraimpulso. Dos tercios de los amarraderos estaban ocupados.

Vaina Azul abrió una ventana que detallaba las actividades de San Rihndell.

—Humm, el caballero Rinhdell parece estar ocupadísimo.

Señaló con las frondas algunas naves que se veían afuera.

—Tal vez sea el propietario de un cementerio de chatarra —comentó Pham.

Vaina Azul y Tallo Verde bajaron a la cámara de carga para prepararse para el viaje a la costa. Los escroditas habían estado juntos doscientos años, Vaina Azul venía de una tradición de mercaderes estelares y, sin embargo, ambos discutían sobre el mejor modo de habérselas con «San Rihndell».

—Desde luego, Reposo Armónico es típico, querido Vaina Azul. Yo recordaría esta clase de lugares aunque nunca hubiera montado en un escrodo. Pero nuestro cometido aquí no se parece a nada que hayamos hecho antes.

Vaina Azul murmuró algo y metió otro paquete bajo su pañol de carga. El pañol no sólo era bonito, era de un material resistente y elástico que protegía aquello que cubría.

Era el mismo procedimiento que habían seguido siempre en los nuevos sistemas anulares, y antes había funcionado.

—Claro que hay diferencias —dijo él—, principalmente que tenemos muy poco que canjear por los repuestos y no tuvimos contactos comerciales previos. Si no usamos toda nuestra astucia, nada obtendremos aquí. —Revisó los sensores de su escrodo, luego habló con los humanos—. ¿Queréis que mueva alguna de las cámaras? ¿Todas tienen una visión clara?

San Rihndell era un tacaño en el suministro de anchura de banda, o tal vez sólo era cauteloso.

—No —replicó Pham Nuwen—. Todo está bien. ¿Podéis oírme? —hablaba por un micrófono incorporado en los escrodos. El enlace mismo estaba encriptado.

—Sí.

Los escroditas salieron de las cámaras de la *FDB* al habitat curvo de San Rihndell.

Desde dentro, una transparencia se arqueaba en torno de hileras de ventanas naturales que se perdían a lo lejos. Echaron un vistazo a los actuales clientes de San Rihndell y a los anillos. El anillo oscurecía el sol, pero había una aureola de resplandor, una supercorona. Sin duda se trataba de un enjambre de satélites energéticos. Los sistemas anulares no aprovechaban bien el fuego central. Los escroditas se detuvieron un instante, subyugados por la imagen de un mar más vasto que cualquier mar. La luz parecía la del ocaso a través de una rompiente de poca profundidad y, para ellos, el desplazamiento de las partículas cercanas parecía comida en una marea lenta.

La galería estaba atestada. Las criaturas tenían una configuración corporal bastante común, aunque ninguna pertenecía a especies que Tallo Verde reconociera con certeza. Los seres con piernas semejantes a colmillos que comandaba San Rihndell eran los más numerosos. Al cabo de un momento, uno de ellos se alejó de la

pared cercana a la cámara de la *FDB*, zumbando algo que salió en triskweline:

—Para comerciar, vamos por aquí.

Sus piernas de marfil se movieron ágilmente por unas redes de malla hasta un vehículo abierto. Los escroditas se acomodaron detrás y aceleraron a lo largo del arco.

—La vieja historia, ¿eh? —le dijo Vaina Azul a Tallo Verde—. ¿De qué les sirven ahora sus piernas? —Era una típica humorada escroditas, pero siempre les hacía gracia: dos piernas o cuatro que habían evolucionado a partir de aletas o mandíbulas o lo que fuera, todas servían para moverse en tierra, pero no importaban en el espacio.

El vehículo se desplazaba a cien metros por segundo, meciéndose ligeramente cuando pasaban de un segmento de anillos al siguiente. Vaina Azul charlaba con el guía, la clase de conversación que constituía una de las alegrías de su vida. «¿Adónde vamos? ¿Qué son aquellas criaturas? ¿Qué buscan en San Rihndell?» Un chismorreo jovial, casi humano. Cuando le fallaba la memoria efímera, acudía a su escrodo.

El piernas-de-marfil hablaba sólo un triskweline muy pobre gramaticalmente, y ni siquiera parecía entender algunas preguntas:

«Vamos a ver al amo vendedor... criaturas ayudantes son aquellas... aliados de gran cliente nuevo...» Las limitaciones expresivas del guía molestaban a Vaina Azul. Le interesaban las reacciones más que las respuestas. La mayoría de las especies tenían intereses que resultaban incomprensibles para gente como Vaina Azul y Tallo Verde. Sin duda había en Reposo Armónico millones de criaturas que eran totalmente incomprensibles para los escroditas, los humanos y los dirokimes; pero el simple diálogo a menudo permitía esclarecer dos cuestiones importantes: *¿Qué tienes que me pueda ser útil?* y *¿cómo te convengo para que te desprendas de ello?* Las preguntas de Vaina Azul sondeaban al otro tratando de hallar los parámetros de personalidad, interés y habilidad.

Los dos escroditas actuaban en equipo. Mientras Vaina Azul parloteaba, Tallo Verde observaba en torno, activando los grabadores del escrodo en todas las bandas, tratando de situar ese ámbito en el contexto de otros que ya conocían. Tecnología: ¿qué necesitaba esa gente?, ¿qué podía funcionar? En un espacio tan chato, habría pocos usos para la tela agrávida. Y tan abajo en el Allá, muchas importaciones refinadas de arriba se estropearían de inmediato. Los obreros utilizaban trajes de presión articulados. Los trajes de campo de fuerza del Allá Alto aquí durarían sólo unas semanas.

Pasaron frente a árboles que se retorcían sin cesar. Algunos troncos giraban en torno de la pared del arco, otros se arrastraban cientos de metros. Por doquier flotaban jardineros con piernas de marfil cuidando las plantas, pero no había indicios de agricultura. Todo esto era ornamental. En el plano anular, más allá de las ventanas,

había torres, estructuras que se erguían mil kilómetros sobre el plano y arrojaban las sombras puntiagudas que habían visto al aproximarse al sistema. Las voces de Ravna y Pham vibraban en el tallo de Tallo Verde, haciendo preguntas sobre las torres y su propósito. Ella almacenaba sus teorías para examinarlas después, pero las ponía en duda; algunas sólo funcionarían en el Allá Alto, y otras eran limitadas, dados los demás logros de esa cultura.

Tallo Verde había visitado ocho civilizaciones de sistema anular en su vida. Eran una consecuencia común de los accidentes y las guerras (y, en ocasiones, de un diseño deliberado). Según la biblioteca de la *FDB*, Reposo Armónico había sido un sistema planetario normal hasta hacía diez millones de años. Luego se había producido una disputa por la propiedad: una joven especie de Abajo había pensado colonizar y exterminar a los moribundos habitantes. El ataque había sido un error de cálculo, ya que los moribundos aún podían matar y el sistema quedó reducido a escombros. Tal vez la especie joven sobrevivió, pero después de diez millones de años sería la especie más frágil entre las más viejas del sistema. Un millar de especies nuevas habrían atravesado la región en ese período y casi todas habían hecho algo para modificar los anillos y la nube gaseosa que había dejado el conflicto. Lo que quedaba no era una ruina, pero era muy viejo. La biblioteca de la nave sostenía que ninguna especie de Reposo Armónico había Trascendido en mil años. Este dato era más importante que todos los demás. Las civilizaciones actuales vivían en una mediocridad crepuscular y refinada. El sistema parecía un viejo y hermoso estanque junto al mar, cuidado y acicalado, protegido de olas violentas que pudieran atentar contra sus exquisitos bonsái. Tal vez los piernas-de-marfil fueran la especie más vivaz, tal vez la única interesada en comerciar con el exterior.

El vehículo desaceleró y entró en una pequeña torre.

—¡Por la Flota! ¡Qué no daría por estar con ellos! —exclamó Pham Nuwen, señalando las vistas que proyectaban las cámaras de los escrodo. Desde que se habían marchado los escroditas, había estado frente a las ventanas, mirando boquiabierto los anillos y brincando distraídamente entre el suelo y el techo del puente de mando. Ravna nunca le había visto tan absorto, tan alerta. Por muy fraudulentos que fueran sus recuerdos de mercader, creía de veras que podía hacer algo. *Y quizá tenga razón.*

Pham descendió del techo, y se aproximó a la pantalla. Parecía que el regateo estaba a punto de comenzar. Los escroditas habían llegado a una sala esférica de cincuenta metros de diámetro. Al parecer flotaban cerca del centro. Un bosque crecía hacia dentro desde todas partes y los escroditas parecían flotar a pocos metros de las copas de los árboles. A través de algunos huecos en las ramas se veía el suelo, un mosaico de flores.

Los encargados de ventas de San Rihndell estaban desperdigados en los árboles

más altos, sus extremidades de marfil anudadas en torno de las copas. Esas especies eran comunes en la galaxia, pero eran las primeras que conocía Ravna. La configuración corpo-U era totalmente disímil de lo familiar, y ni siquiera ahora tenía una idea clara de su apariencia. Esas piernas parecían dedos esqueléticos que aferraran el tronco. Su principal representante, que alegaba ser San Rihndell en persona, ostentaba una intrincada talla en las piernas de marfil. Dos de las ventanas mostraban la talla de cerca; aparentemente Pham creía que comprender ese arte podía ser útil.

Las deliberaciones eran lentas. La lengua común era el triskwe-Une, pero los buenos aparatos de traducción no funcionaban en las honduras del Allá y la gente de San Rihndell tenía pocos conocimientos de la jerga comercial. Ravna estaba habituada a traducciones limpias. Incluso los mensajes de la Red solían ser inteligibles (aunque a veces engañosos).

Habían hablado veinte minutos y sólo habían convenido en que San Rihndell contaba con la capacidad para reparar la *FDB*. Se trataba de la habitual distracción de los escroditas y de algo más. La morosidad parecía complacer a Pham Nuwen.

—Ravna, esto es similar a una operación del Qeng Ho, cara a cara con criaturas extrañas y casi sin lengua común.

—Hace horas que enviamos una descripción de nuestros problemas técnicos. ¿Por qué se demoran tanto para un simple sí o no?

—Porque están negociando —dijo Pham con una amplia sonrisa—. El «honesto» San Rihndell —señaló al lugareño de la talla intrincada—, quiere convencernos de que la tarea es muy difícil... Cielos, ojalá me encontrara allí.

Hasta Vaina Azul y Tallo Verde parecían un poco extraños. Hablaban en un triskweline más que pobre, apenas más complejo que el de San Rihndell, y su conversación parecía plagada de digresiones. Al trabajar para Vrinimi, Ravna había tenido cierta experiencia en ventas y comercio. *Pero ¿regatear?* Uno tenía las bases de datos con precios y una estrategia, y las directivas de la gente de Grondr. Se llegaba a un trato o no se llegaba. La negociación entre los escroditas y San Rihndell era uno de los fenómenos más extraños que Ravna había visto jamás.

—En realidad, creo que todo anda bien. Cuando llegamos, el piernas-de-marfil se llevó las muestras de Vaina Azul. A estas alturas saben precisamente lo que tenemos y en esas muestras hay algo que les interesa.

—¿Sí?

—Claro. No en vano San Rihndell critica nuestra mercancía.

—Demonios, quizá no tengamos nada que les interese. Esta expedición no estaba destinada al comercio. —Vaina Azul y Tallo Verde habían tomado «muestras de productos» de las provisiones de a bordo, cosas de las cuales la *FDB* podía prescindir. Ello incluía aparatos sensoriales y equipo informático del Allá Bajo. Algunos

constituirían una grave pérdida. *Pero necesitamos esas reparaciones.*

Pham rió entre dientes.

No, San Rihndell quiere algo. De lo contrario no seguiría hablando... ¿Y ves cómo insiste en las necesidades de sus «otros clientes»? San Rihndell es un tipo bastante humano. Algo parecido a un cantar humano llegó por el enlace de los escroditas. Ravna orientó las cámaras de Tallo Verde hacia el sonido. Desde el «suelo» del bosque, tres nuevas criaturas habían aparecido.

—Vaya..., son bellísimas. Mariposas —dijo Ravna.

—¿Eh?

—Digo que parecen mariposas. Ya sabes, insectos con grandes alas de color.

Mariposas gigantes, en realidad. Los recién llegados tenían una configuración corporal humanoide. Tenían ciento cincuenta centímetros de altura y estaban cubiertos por un vello suave y pardo. Las alas nacían en la espalda y tenían una envergadura de casi dos metros; de tonos azules y amarillos, algunas con diseños muy intrincados. Sin duda eran artificiales, o una afectación de la ingeniería genética: habrían sido inútiles para volar en cualquier gravedad razonable. Pero en gravedad cero los tres flotaron en la entrada un instante, volviendo sus enormes y blandos ojos hacia los escroditas. Aletearon grácilmente y sobrevolaron el bosque. El efecto parecía salido de un vídeo para niños. Tenían nariz chata y llamativa, ojos grandes y tímidos que parecían obra de un dibujante humano, voz aguda y cantarina.

San Rihndell y sus amigos se apiñaron en torno de sus copas arbóreas. El visitante más alto siguió canturreando, flexionando blandamente las alas. Al cabo de un instante, Ravna comprendió que hablaba fluidamente el trisk, con un extremo frontal adaptado al lenguaje natural de la criatura.

—¡Saludos, San Rihndell! Nuestras naves están listas para tus reparaciones. Hemos entregado una paga justa y llevamos mucha prisa. Tu labor debe comenzar al instante.

El especialista en trisk de San Rihndell tradujo esta alocución para su jefe.

Ravna se inclinó sobre Pham.

—Conque tal vez nuestro amigo tenga realmente exceso de trabajo.

—Sí.

San Rihndell dio la vuelta en torno de su árbol. Sus bracitos cogieron las verdes agujas mientras respondía:

—Honorables clientes. Hicisteis oferta de pago, pero no del todo aceptada. Vuestro pedido en escasa provisión, difícil de hacer.

La grácil mariposa emitió un chillido que en un niño humano habría pasado por una risa jovial, pero cuyo sentido era bien sombrío.

—¡Los tiempos están cambiando, criatura Rihndell! Tu pueblo debe aprender. No nos dejaremos embaucar. Conoces la sagrada misión de mi flota. Te reprocharemos

cada hora de demora. Piensa en la flota que enfrentarás si tu falta de cooperación llega a conocerse... si llega siquiera a sospecharse. —Agitando sus alas azules y amarillas, la mariposa dio media vuelta, posando sus tímidos ojos oscuros en los escroditas—. ¿Y estas plantas en maceta son clientes? Despídelos. No tendrás más clientes hasta que nos hayamos ido.

Ravna contuvo el aliento. Esos tres no tenían armas visibles, pero de pronto temió por Vaina Azul y Tallo Verde.

—Vaya, qué te parece —dijo Pham—. Mariposas con botas.

Según el reloj, los escroditas tardaron menos de media hora en regresar. Le pareció mucho más tiempo a Pham Nuwen, aunque intentó disimular su intranquilidad frente a Ravna. Tal vez ambos intentaban disimular; él sabía que ella aún lo consideraba vulnerable.

Pero las cámaras de los escroditas no mostraron más indicios de las mariposas. Al fin se abrió el compartimento de carga y Vaina Azul y Tallo Verde regresaron.

—Estaba seguro de que ese terco piernas-de-marfil sólo fingía que había gran demanda —dijo Vaina Azul. Parecía tan ansioso de volver sobre el asunto como Pham.

—Sí, yo también lo pensé. Más aún, todavía creo que esas mariposas pueden formar parte de una farsa. Hay demasiado melodrama.

Vaina Azul agitó las frondas de un modo que Pham reconoció como una especie de temblor.

—Yo no lo apostaría, caballero Pham. Ésos eran aprahanti. De sólo mirarlos uno siente espanto, ¿verdad? Son raros hoy en día, pero un mercader de las estrellas conoce muchas historias. Incluso excesivo, hasta para los aprahanti. Su Hegemonía está en decadencia desde hace varios siglos. —Comunicó una orden a la nave y las ventanas se llenaron de vistas de atracaderos del puerto de reparaciones. Ambos escroditas se pusieron a parlotear—. Esas otras naves son de un tipo uniforme. Un diseño del Allá Alto, como la nuestra, pero más... eh... agresivo.

Tallo Verde se acercó a una ventana.

—Hay una veintena. ¿Por qué tantas necesitan reparar sus impulsores al mismo tiempo?

¿Agresivo? Pham miró las naves con ojo crítico. A estas alturas ya conocía los rasgos distintivos de las naves del Allá. Éstas parecían tener gran capacidad de carga y sensores complejos.

—De acuerdo, conque las mariposas son rudas. ¿Cuán asustados están San Rihndell y compañía?

Los escroditas callaron un largo instante. Pham no distinguía si estaban reflexionando sobre su pregunta o si ambos habían perdido el hilo de la conversación. Miró a Ravna.

—¿Qué hay de la red local? Me gustaría obtener un poco de información.

Ravna ya estaba ejecutando las rutinas de comunicaciones.

—Antes no eran accesibles. Ni siquiera podíamos entrar en las noticias.

Eso era algo que Pham podía entender, por irritante que fuese. La «red local» era una red telemática de ultraonda que abarcaba RIP; quizás un millón de veces más compleja que cualquier cosa que Pham hubiera conocido, pero conceptualmente

similar a las organizaciones de la Zona Lenta. Y Pham Nuwen había visto lo que los vándalos podían hacer con dichas estructuras. Qeng Ho se las había visto con más de una civilización renuente pervirtiendo su red de ordenadores. No era sorprendente que San Rihndell no les hubiera provisto enlaces con la red RIP. Y mientras estuvieran en el puerto, las antenas de la *FDB* estaban por fuerza bajas, así que también quedaban aislados de la Red Conocida y los grupos de noticias.

Una sonrisa iluminó el semblante de Ravna.

—¡Oíd! Ahora tenemos acceso de lectura, tal vez más. Tallo Verde, Vaina Azul, ¡despertad!

Un crujido.

—No estaba dormido —declaró Vaina Azul—. Sólo pensaba en la pregunta del caballero Pham. Es evidente que San Rihndell tiene miedo.

Como de costumbre, Tallo Verde no presentó excusas. Rodó en torno de su compañero para echar un vistazo a la ventana de comunicaciones que Ravna acababa de abrir. Había un diseño triangular iterativo con notaciones en trisk. No significaba nada para Pham.

—Qué interesante —dijo Tallo Verde.

—Río entre dientes —declaró Vaina Azul—. Es más que interesante. San Rihndell es un mercader curtido. Pero mirad, no cobra nada por este servicio, ni siquiera un porcentaje del trueque. Tiene miedo, pero aun así quiere comerciar con nosotros.

Hmm. Conque había algo entre sus muestras del Allá Alto que bastaba para arriesgarse a las medidas violentas de los aprahanti. Sólo esperemos que no sea algo que nosotros también necesitamos.

—Bien, Ravna, mira si...

—Un segundo. Quiero comprobar las noticias. —Ravna abrió un programa de búsqueda. Echó una rápida ojeada a la ventana de su consola y, al cabo de un segundo, palideció—. ¡Por los Poderes, no!

—¿Qué sucede?

Ravna no respondió ni puso las noticias en una ventana principal. Pham se agarró a la baranda que estaba frente a la consola y se aproximó para ver lo que ella leía.

Cripto: 0

Recepción: Sínodo de Comunicaciones Reposo

Armónico Senda lingüística: Baeloresk ->triskweline, unidades SJK

De: Alianza para la Defensa [Presunta cooperativa de cinco imperios poliespecíficos del Allá, debajo del reino de Straumli. Su existencia no estaba documentada antes de la caída del reino]

Asunto: Aplastante victoria sobre la Perversión

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 159,06 días desde la caída de Relé

Frases clave: Actos, no palabras: un comienzo prometedor

Texto del mensaje:

Hace cien segundos, las Fuerzas de la alianza iniciaron sus acciones contra los instrumentos de la Plaga. Cuando leáis esto, los mundos homo sapiens conocidos como Sjandra Kei estarán destruidos.

Tenedlo presente: pese a toda la cháchara y las teorías que han circulado sobre la Plaga, ésta es la primera vez que alguien actúa con éxito. Sjandra Kei era uno de los tres únicos sistemas que, fuera del reino de Straumli, albergaban una cantidad importante de humanos. De un plumazo hemos destruido un tercio del potencial expansivo de la Perversión.

Seguirán informes actualizados.

Muerte a las Alimañas.

Había otro mensaje en la ventana, una suerte de actualización, pero no era de Muerte a las Alimañas:

Cripto: 0

Facturación: beneficencia/interés general

Recepción: Sínodo de Comunicaciones Reposo Armónico

Senda lingüística: samnorsk ->triskweline, unidades SJK

De: Seguridad Comercial, Sjandra Kei

[Nota de protocolo inferior: Este mensaje se recibió en Sneerot Menor, en la zona de influencia de Sjandra Kei. La emisión era muy débil y tal vez procedía del transmisor de una nave]

Asunto: Auxilio por favor

Distribución:

Grupo de Intereses Amenaza

Fecha: 5,33 horas desde desastre de Sjandra Kei

Texto del mensaje:

En el día de hoy unos proyectiles relativistas han estallado en nuestros habitáculos principales. Las bajas suman por lo menos veinticinco mil millones. Es posible que tres mil millones vivan aún en tránsito y en hábitats más pequeños.

El ataque continúa.

Hay naves enemigas en el sistema interior. Avistamos bombas de fulgor. Nos están matando a todos.

Por favor. Necesitamos ayuda.

—*¡Nei nei nei!* —Ravna se levantó, *abrazó* a Pham, le apoyó la cara en el hombro. Sollozó incoherencias en samnorsk. Todo su cuerpo temblaba. Pham sintió lágrimas en sus propios ojos. Era extraño. Ravna era la más fuerte, y Pham el loco vulnerable. Ahora los papeles se invertían, ¿y qué podía hacer?—. Mi padre, mi madre, mi hermana... todos muertos...

Era el desastre que consideraban imposible, y había ocurrido. En un minuto Ravna había perdido a todos sus seres queridos, y de repente estaba sola en el universo. *Para mí, eso sucedió tiempo atrás*, pensó Pham con extraño desapasionamiento. Enganchó un pie en la cubierta y acunó suavemente a Ravna, tratando de consolarla.

Los sollozos se calmaron gradualmente, aunque aún la sentía temblar contra su pecho. Ravna no levantó el rostro. Pham miró a Tallo Verde y Vaina Azul, sus frondas se veían extrañas, casi marchitas.

—Mirad, quiero llevarme a Ravna un rato. Averiguad todo lo posible. Regresaré pronto.

—Sí, caballero Pham —respondieron, aún más marchitos.

Pham tardó una hora en regresar al puente de mando. Los escroditas estaban inmersos en una zumbona conferencia con la *FDB*. Todas las ventanas estaban llenas de imágenes fluctuantes. Aquí y allá Pham reconocía un diseño o una leyenda impresa, lo suficiente para comprender que estaban viendo proyecciones comunes, pero adaptadas a los sentidos escroditas.

Vaina Azul fue el primero en reparar en su presencia. Rodó abruptamente hacia él y su vóder habló con voz chillona:

—¿Ravna está bien?

Pham asintió.

Está durmiendo. —*Con sedantes, y bajo la vigilancia de la nave, por si he juzgado mal su estado*—. Mirad, estará bien. Ha sufrido un duro golpe..., pero es la más dura de todos nosotros.

Las frondas de Tallo Verde crujieron en una sonrisa.

—A menudo he pensado así.

Vaina Azul permaneció inmóvil un instante.

—Bien, a lo nuestro —le dijo algo a la nave y las ventanas adoptaron un formato utilizable por humanos y escroditas—. Hemos averiguado muchísimo mientras no estabas. San Rihndell tiene mucho que temer. Las naves aprahanti son un pequeño fragmento de las flotas de exterminio de Muerte a las Alimañas. Estos son rezagados

que se dirigen a Sjandra Kei.

Acicalados para una fiesta de muerte que ya ha terminado.

—Así que ahora quieren actuar por su cuenta.

—Sí. Parece que Sjandra Kei presentó resistencia y algunos escaparon. El comandante de esta pequeña flota piensa que puede interceptar a parte de los fugitivos... si logra obtener reparaciones inmediatas.

—¿Es posible algún tipo de extorsión? ¿Pueden estas veinte naves destruir RIP?

—No. Lo que pesa es la reputación de la fuerza de la cual estas naves forman parte... y la gran matanza de Sjandra Kei. Así que San Rihndell actúa con suma prudencia y las reparaciones que ellos precisan requieren el mismo agente regenerativo que necesitamos nosotros. Ambos competimos por los servicios de Rihndell. —Vaina Azul unió las frondas con ese entusiasmo que exhibía cuando recordaba una transacción ventajosa—. Pero resulta ser que tenemos algo que San Rihndell aprecia muchísimo, algo por lo cual se arriesgará a las represalias de los aprahanti.

Hizo una pausa. Pham recordó las cosas que habían ofrecido a los RIPianos.
Cielos, que no sea el equipo zonal de ultraonda.

—Bien, me rindo. ¿Qué les damos?

—¡Un cargamento de espalderas de ceniza!

Rió en voz alta.

—¿Eh? —Pham recordaba haber visto ese nombre en la lista de artículos que habían confeccionado los escroditas—. ¿Qué son las «espalderas de ceniza»?

Vaina azul metió una fronda en su morral y entregó a Pham algo rechoncho y negro; un objeto sólido, liso e irregular, de cuarenta centímetros por quince. A pesar de su tamaño, su masa no superaba el par de gramos. Una ceniza habilidosamente alisada. La curiosidad de Pham triunfó sobre sus preocupaciones.

—Pero ¿para qué sirve?

Vaina Azul se agitó. Al cabo de un momento, Tallo Verde dijo con timidez:

—Hay varias teorías. Es carbono puro, un polímero fractal. Sabemos que es muy común en los cargamentos Trascendentes. Creemos que se usa como material de embalaje para algunas clases de propiedades sentientes.

—O quizá sea el excremento de dicha propiedad —murmuró Vaina Azul—. Ah, pero eso no es importante. Lo importante es que algunas especies del Allá Medio lo valoran. ¿Por qué? Lo ignoramos. Es indudable que la gente de San Rihndell no es el consumidor final. Los piernas-de-marfil son demasiado sensatos para ser usuarios comunes de espalderas de ceniza. Lo cierto es que tenemos trescientos de estos maravillosos objetos... más que suficiente para que San Rihndell supere su temor a los aprahanti.

Mientras Pham estaba con Ravna, San Rihndell había presentado un plan. La

aplicación del agente regenerativo sería demasiado evidente en el mismo atracadero que las naves aprahanti. Además, el jefe de las mariposas había exigido que la FDB se marchara. San Rihndell tenía un pequeño puerto a dieciséis millones de kilómetros del sistema RIP. La maniobra era plausible; existía un terrano escroditas en el sistema Reposo Armónico y actualmente estaba a pocos cientos de kilómetros del segundo puerto de Rihndell. Se encontrarían con el piernas-de-marfil, intercambiando reparaciones por doscientas diecisiete espalderas. Y si las espalderas congeniaban bien, Rihndell prometía añadir un reacondicionamiento agrávido. Después de la caída de Relé, eso les vendría muy bien... Vaya, el viejo Vaina Azul nunca se cansaba de negociar.

La FDB se liberó de sus amarras y se alejó del plano anular. Escapando de puntillas. Pham mantenía una vigilancia atenta en las ventanas electromagnética y ultraonda. Pero las emisiones de las naves aprahanti no revelaban que los tuvieran en la mira. Sólo había contactos normales de radar. Nadie les siguió. La pequeña FDB y sus «plantas en maceta» no eran dignas de la atención de los grandes guerreros.

Mil metros del plano anular. Tres mil. El parloteo de los escroditas con Pham y entre sí se silenció. Sus tallos y frondas se inclinaron de tal modo que las superficies sensoras miraran hacia todas partes. El sol y su nube energética bañaban de luz un lado del puente. Estaban por encima de los anillos, pero aún demasiado cerca. Era como presenciar el ocaso desde una playa de arena multicolor que se extendiera hasta el infinito. Los escroditas lo admiraban agitando suavemente las frondas.

Veinte kilómetros encima de los anillos. Mil. Encendieron la tobera principal de la FDB y aceleraron. Los escroditas despertaron lentamente del trance. Una vez que llegaran al segundo puerto, la regeneración llevaría cinco horas, suponiendo que el agente de Rihndell no se hubiera deteriorado. El Santo afirmaba que estaba importado del Tope poco tiempo atrás, y sin diluir.

—De acuerdo. ¿Cuándo le entregamos las espalderas?

—Al finalizar las reparaciones. No podemos partir hasta que San Rihndell y sus clientes se hayan cerciorado de que todas las piezas son genuinas.

Pham tamborileó con los dedos sobre la consola de comunicaciones. Esta operación le despertaba muchos recuerdos, algunos de ellos escalofrantes.

—Así que recibirán la mercancía cuando aún estemos en medio de RIP. No me gusta.

—Mira, caballero Pham, tu experiencia con el comercio estelar fue en la Zona Lenta, donde los intercambios estaban separados por décadas o centurias de tiempo de viaje. Te admiro por ello, más de lo que puedo expresar, pero te da una visión distorsionada de las cosas. Aquí en el Allá, la continuidad en los negocios es importante. Sabemos muy poco sobre la motivación interna de San Rihndell, pero sí sabemos que su compañía de reparaciones tiene por lo menos cuarenta años de

existencia. Podemos esperar que regatee con empeño, pero si asaltara o asesinara a sus clientes, muchos grupos comerciales se enterarían, y su pequeña empresa quebraría.

—Mmm.

No tenía sentido discutir, pero Pham intuía que esta situación era muy especial. Rihndell, y los RIPianos en general, tenían a Muerte a las Alimañas en el umbral y noticias sobre grandes calamidades en Sjandra Kei. Dadas las circunstancias, quizá perdieran el coraje una vez que tuvieran las espaldas. Era preciso tomar algunas precauciones. Se dirigió hacia el taller de la nave.

Ravna entró en el puente de carga cuando Vaina Azul y Tallo Verde preparaban la entrega de las espalderas. Se movía desmañadamente, empujándose de un punto al otro. Tenía ojeras que parecían magulladuras. Cuando Pham la *abrazó*, se negó a soltarle.

—Quiero ayudar. ¿Puedo ayudar en algo?

Los escroditas se le acercaron. Vaina Azul acarició el brazo de Ravna con una fronda.

—Nada hagas por ahora, mi dama Ravna. Tenemos todo preparado. Regresaremos dentro de una hora y luego podremos largarnos de aquí.

Pero dejaron que inspeccionara las cámaras y las correas del cargamento. Pham se le acercó mientras ella inspeccionaba las espalderas. Los nudosos bloques de carbono parecían más extraños juntos. Bien apilados, encajaban a la perfección. Con más de un metro de altura, la pila parecía un rompecabezas tridimensional tallado en carbón. Contando un saco de repuestos sueltos, totalizaban menos de medio kilogramo. *Vaya. Esas malditas cosas eran inflamables como el infierno.* Pham resolvió hacer algo con las cien espalderas restantes cuando estuvieran de vuelta en el espacio profundo.

Los escroditas atravesaron la compuerta de carga con su mercancía, y Pham y Ravna sólo pudieron seguirles con las cámaras. Este puerto secundario no formaba parte del terrano de la especie de los piernas-de-marfil. El interior del arco era muy diferente de lo que había visto en el primer viaje de los escroditas. No había vistas externas. Estrechos pasadizos zigzagueaban entre paredes irregulares acribilladas de agujeros oscuros. Volaban insectos por doquier, a menudo cubriendo las esferas de las cámaras. Parecía un lugar mugriento. No había rastros de los propietarios del terrano, a menos que fueran esos pálidos gusanos que a veces asomaban su lisa cabeza desde un agujero. Por su enlace vocal, Vaina Azul comentó que éstos eran los antiquísimos habitantes del sistema RIP. Al cabo de un millón de años y cien migraciones trascendentes, los vestigios podían ser sentientes, pero eran más extraños que cualquier criatura que hubiera evolucionado en la Zona Lenta. Antiguas automatizaciones protegerían de la extinción física a esos seres introspectivos y cautos, sumidos en preocupaciones que serían fútiles para otros. Eran las especies que más codiciaban las espalderas.

Pham trataba de observarlo todo. Los escroditas tuvieron que viajar cuatro kilómetros desde la compuerta para llegar al lugar donde se «validarían» las espalderas. Pham contó dos compuertas externas a lo largo del camino y no vio nada que pareciera amenazador. Pero ¿cómo saber qué aspecto tenía allí lo amenazador? Ordenó a la *FDB* que montara una vigilancia externa. Un gran satélite pastor flotaba en el lado externo del anillo, pero no había más naves en este puerto. El entorno EM

y ultraonda parecía en paz, y lo que se veía en la red local no despertaba sospechas en las defensas de la nave.

Pham miró a Ravna, quien se había acercado a la vista externa.

Las tareas de reparación eran visibles, aunque no espectaculares. Un nimbo verdoso aureolaba las espinas dañadas. Era apenas más brillante que el fulgor que suele verse en los cascos de las naves que se hallan en órbita planetaria. Ravna se volvió y preguntó:

—¿De veras se está reparando?

—En lo posible... sí.

Las automatizaciones de la nave supervisaban la regeneración, pero sólo estarían seguros cuando intentaran volar con ella.

Pham ignoraba por qué Rihndell había hecho pasar a los escroditas por el terrano de los gusanos. Si aquellas criaturas eran los consumidores finales de las espalderas, tal vez desearan echar un vistazo a los vendedores. O tal vez se relacionaba con la traición que les aguardaba. En todo caso los escroditas pronto salieron de allí a una galería poliespecífica tan atestada como un bazar de baja tecnología.

Pham se quedó boquiabierto. Por todas partes había diferentes clases de sofones. La vida inteligente es una rareza en el universo; en toda su vida en la Zona Lenta, Pham había conocido a sólo tres especies no humanas. Pero el universo es vasto y con ultraimpulso era fácil hallar otras formas de vida. El Allá reunía los resabios de un sinfín de migraciones, una acumulación que al fin volvía ubicua la civilización. Por un instante olvidó los programas de vigilancia y sus malos presentimientos, embargado por la admiración. *¿Diez especies? ¿Doce?* Unos pasaban junto a otros sin inmutarse. Ni siquiera Relé había sido así. Pero Reposo Armónico era una civilización varada en el estancamiento. Estas especies habían formado parte del complejo RIP durante miles de años. Las que podían interactuar habían aprendido a hacerlo tiempo atrás.

Y por ninguna parte se veían alas de mariposa ni criaturas de grandes ojos tímidos.

Oyó un jadeo de sorpresa al otro lado del puente. Ravna estaba junto a una ventana que proyectaba lo que captaba una cámara lateral de Tallo Verde.

—¿Qué ocurre, Ravna?

—Escroditas, ¿ves? —Ravna señaló la muchedumbre y amplió la vista. Por un instante las imágenes se irguieron sobre ella. A través del caos Pham entrevió formas cuadrangulares y gráciles frondas. Salvo por las estrías cosméticas y las borlas, resultaban muy familiares.

—Sí, hay una pequeña colonia en las inmediaciones. —Abrió un canal para hablar con Tallo Verde y comunicarle el hallazgo.

—Lo sé —respondió Tallo Verde—. Les hemos oído. Lanzó un suspiro. Ojalá

tuviéramos tiempo para visitarles después de esto. Encontrar amigos en lugares remotos... siempre grato.

Tallo Verde ayudó a Vaina Azul a empujar las espalderas en torno de un acuario esférico. Adelante estaba la gente de Rihndell. Seis piernas-de-marfil estaban sentados en la pared, alrededor de lo que parecía un equipo de laboratorio.

Vaina Azul y Tallo Verde se aproximaron con sus pelotas de carbono espumoso. El personaje de las piernas talladas se acercó a la pila y acarició las piezas con sus brazos diminutos. Colocó las espalderas en la máquina. Vaina Azul se acercó a observar y Pham sintonizó las ventanas principales para mirar a través de sus cámaras. Al cabo de veinte segundos, el intérprete trisk de Rihndell dijo:

—Las siete primeras quedan aprobadas. Forman un septeto entrelazado.

Sólo entonces Pham notó que estaba conteniendo el aliento. Los tres «septetos» siguientes también fueron aprobados. Otros sesenta segundos. Miró el estado de reparación de la nave. La *FDB* consideraba que la tarea estaba concluida y sólo faltaba el visto bueno de la red local. *¡Unos minutos más y nos despediremos de este lugar!*

Pero siempre hay problemas. San Rihndell se quejó de la calidad de los conjuntos doce y quince. Vaina Azul discutió, pero al fin extrajo componentes de reemplazo de su caja de repuestos. Pham no sabía si el escrodita regateaba por puro placer o si de veras le faltaban buenos reemplazos.

Veinticinco conjuntos aprobados.

—¿Adonde va Tallo Verde? —preguntó Ravna.

—¿Qué? —Pham amplió la vista de las cámaras de Tallo Verde.

Estaba a cinco metros de Vaina Azul y se alejaba. Pham realizó un planeo. Un escrodita local estaba a la izquierda de Tallo Verde y flotaba invertido sobre ella. Sus frondas tocaron las de ella en una charla aparentemente cordial.

—¡Tallo Verde!

No hubo respuesta.

—¡Vaina Azul! ¿Qué está ocurriendo? —Pero el escrodita gesticulaba discutiendo con los piernas-de-marfil. Acababan de aprobar otro conjunto de espalderas.

—¡Vaina Azul! —Poco después la voz del escrodita se oyó por el canal privado. Era borrosa, como a menudo ocurría cuando estaba atascado o sobrecargado—. No molestes ahora, caballero Pham. Me quedan tres repuestos perfectos. Debo persuadir a estos sujetos de conformarse con lo que ya tienen.

—Pero ¿qué hay de Tallo Verde? ¿Qué pasa con ella? —intervino Ravna.

Las cámaras se habían alejado. Tallo Verde y sus compañeros emergieron de una densa multitud y flotaron en medio de la galería. Utilizaban chorros de gas en vez de ruedas. Alguien llevaba prisa.

Vaina Azul comprendió al fin la gravedad de la situación. Las cámaras de su escrodo giraron bruscamente. Se oyó el chachareo del idioma escrodita y al fin su voz reapareció en el canal interno, plañidera y confusa.

—Se ha ido. Se ha ido. Debo... Tengo que... —Abruptamente regresó hacia los piernas-de-marfil y reanudó la discusión que había interrumpido. Al cabo de unos segundos su voz regresó por el canal interno—. ¿Qué haré, caballero Pham? Aún tengo una venta incompleta, pero mi Tallo Verde se ha ido.

O la han secuestrado.

—Termina la venta, Vaina Azul. Tallo Verde estará bien... *FDB*, plan B.

Pham cogió un auricular y se alejó de la consola. Ravna se levantó con él.

—¿Adónde vas?

—Afuera —dijo Pham sonriendo—. Sospeché que San Rihndell podía perder la aureola cuando se complicaran las cosas... e hice planes.

Ella le siguió hasta la escotilla.

—Oye, quiero que te quedes en el puente. Mi equipo de observación es limitado y necesitaré que tú lo coordines. Pero...

Él se zambulló en la escotilla, perdiéndose el resto de la objeción. Ella no le siguió, pero al cabo de un segundo habló por el auricular. Ya no temblaba; Ravna había recobrado su aplomo de luchadora, olvidando sus demás problemas.

—De acuerdo, estoy contigo. Pero ¿qué podemos hacer? Pham descendió por el pasadizo, alcanzando una aceleración que habría dejado a un novato botando de un lado a otro. Adelante se erguía la imponente pared de la cámara de presión. Apoyó una mano en la pared y giró. Arrastró las manos por los rebordes, desacelerando para que el impacto contra la escotilla no le rompiera los tobillos. Dentro de la cámara, el traje de presión ya estaba activado.

—¡Pham, no puedes salir! —Evidentemente Ravna observaba por las cámaras interiores—. Sabrán que somos una expedición humana. Pham ya había metido la cabeza y los hombros en la parte superior del traje. La parte inferior se le ciñó al cuerpo, cerrando las juntas.

—No necesariamente. —*Y de todos modos, quizá ya no importe*—. Por aquí abundan las criaturas de dos brazos y dos piernas, y he añadido un poco de camuflaje a este traje.

Acomodó la barbilla en los controles del casco y activó las proyecciones. El traje de presión blindado era un implemento primitivo en comparación con los trajes de campo de Relé. Pero el Qeng Ho habría dado una nave estelar por ese trasto. Originalmente había diseñado este equipo para impresionar a los púas, *pero tendré que probarlo prematuramente*.

Activó la visión externa, la imagen que veía Ravna: su figura era totalmente negra, de más de dos metros de altura. Las manos exhibían garras con caparazón de

bordes afilados, erizados de púas. Estos añadidos recientes rompían los contornos de la forma humana y tal vez fueran bastante intimidatorios.

Pham activó la cámara y enfiló hacia el terrano de los gusanos. Le rodeaban paredes de lodo, brumosas en medio del aire húmedo y los enjambres de insectos.

—Recibo una pregunta de bajo nivel, tal vez automática —dijo Ravna por el auricular—. *¿Por qué enviáis tercer negociador?*

—Ignórala.

—Pham, ten cuidado. Las culturas más antiguas del Allá Medio tienen trucos sucios que desconocemos. De lo contrario no habrían sobrevivido.

—Seré un buen ciudadano. —*Mientras me traten bien.* Ya estaba a medio camino de la puerta de la galería. Activó una pequeña ventana recibía las imágenes de la cámara de Vaina Azul. Todas estas comunicaciones de alta anchura de banda eran gentileza de la red local. Era extraño que Rihndell aún les prestara ese servicio. Al parecer Vaina Azul aún estaba negociando. Quizá no hubiera ninguna conspiración, o al menos quizá San Rihndell no formara parte de ella.

—Pham, perdí el vídeo de Tallo Verde cuando entró en una especie de túnel, pero su señal todavía está clara.

La puerta de la galería se abrió y Pham se internó en la apiñada muchedumbre. Oía los rancos pregones aún a través del blindaje. Se movía despacio, cogiendo los caminos menos atestados, guiándose con los cordeles destinados a esa función. La multitud no era un problema. Todos le cedían el paso, algunos con apresurado pánico. Pham no sabía si eran sus afiladas púas o el olor a cloro que despedía su traje. *Tal vez ese último retoque fue un poco excesivo.* Pero lo importante era no tener aspecto de humano. Aminoró la marcha, procurando no lastimar a nadie. Algo temiblemente parecido a un láser para marcar blancos titiló en su ventana trasera. Se ocultó rápidamente detrás de un acuario.

—Acaban de quejarse de tu traje —le informó Ravna—. La traducción dice: «Está usted violando el código de indumentaria.» *¿Es el tufo del cloro, o han detectado las armas?*

—¿Qué pasa afuera? ¿Hay mariposas a la vista?

—No. La actividad de las naves no ha cambiado mucho en las últimas cinco horas. No hay movimiento de los aprahanti ni cambio en el estado de comunicaciones. —Una larga pausa. Indirectamente, desde el puente de la *FDB*, oía la conversación de Vaina Azul con Ravna, con palabras confusas pero excitadas. Trataba de hallar una conexión directa cuando Ravna volvió a comunicarse con él—. Oye, Vaina Azul dice que Rihndell acepta el embarque. En este momento está cargando la tela agrávida en nuestra nave. Y la *FDB* acaba de recibir el visto bueno para las reparaciones.

Conque estaban preparados para volar... excepto que tres de ellos aún estaban en

tierra y uno de ellos había desaparecido, Pham flotó encima del acuario y al fin vio a Vaina Azul. Manióbró cuidadosamente con los chorros de gas del traje y se posó junto al escrodit.

Su llegada fue tan apreciada como la de insectos en un picnic. El de la pierna tallada estaba parloteando, tamborileando en la pared con su obra de arte articulada mientras su ayudante traducía al trisk. La criatura retrajo los colmillos y cruzó los brazos. Los demás le imitaron. Todos se alinearon contra la pared, alejándose de Vaina Azul y Pham.

—Nuestra transacción ha concluido. No sabemos adónde ha ido tu amiga —tradujo el intérprete.

Vaina Azul extendió las frondas.

—Pero sólo necesitamos ciertas indicaciones. ¿Quién...? —fue inútil. San Rihndell y sus acompañantes siguieron su camino. Vaina Azul emitió crujidos de frustración. Arqueó las frondas volviéndose hacia Pham Nuwen—: Caballero Pham, ahora dudo de tu pericia como mercader. San Rihndell pudo haber ayudado.

—Tal vez. —Los piernas-de-marfil desaparecieron en medio de la muchedumbre, arrastrando las espalderas como si fueran un gran globo negro. *Vaya, tal vez Rihndell sólo sea un mercader honesto*—. ¿Cuáles son las probabilidades de que Tallo Verde te abandonara en estas circunstancias?

Vaina Azul temblequeó un instante.

—En una escala comercial normal, ella podría haber aprovechado una extraordinaria oportunidad de obtener ganancias. Pero aquí...

—¿Es posible que ella se haya olvidado del contexto? —interrumpió Ravna con voz comprensiva.

—No —respondió Vaina Azul con voz tajante—. El escrodo nunca permitiría semejante fallo, y menos en medio de una operación difícil.

Pham activó ventanas dentro del casco, mirando hacia todas partes. La muchedumbre aún mantenía un claro en torno de ambos. No se veían policías. *¿Los reconocería si los viera?*

—De acuerdo —dijo Pham—. Tenemos un problema, al margen de que yo haya salido o no. Sugiero que demos un paseo, veamos si podemos averiguar adonde fue Tallo Verde.

—Ahora no queda otra alternativa —zumbó Vaina Azul—. Mi dama Ravna, trata de hallar al intérprete piernas-de-marfil. Tal vez pueda conectarnos con los escroditas locales. —Se alejó de la pared, rotó sobre sus chorros de gas—. Acompáñame, caballero Pham.

Vaina Azul le guió por la galería, siguiendo el rumbo que había tomado Tallo Verde. No era un rumbo recto, sino que se parecía más a un andar ebrio, que una vez los llevó casi de regreso al punto de partida.

—Calma, calma —respondió el escroditas cuando Pham se quejó de su lentitud. El escroditas nunca insistía en pasar a través de grupos de criaturas. Si no se apartaban cuando él agitaba las frondas, prefería sortearlas. Y mantenía a Pham detrás, de modo que su intimidatoria armadura no servía de nada—. Estas gentes pueden parecerte apacibles y mansas, caballero Pham, pero no te lames a engaño. Estas especies han tenido miles de años para adaptarse recíprocamente, para lograr la plena convivencia. Por fuerza serán menos tolerantes con los forasteros, de lo contrario las habrían liquidado tiempo atrás.

Pham recordó la advertencia sobre el «código de indumentaria» y prefirió no discutir.

Los próximos veinte minutos habrían sido una experiencia apasionante para un mercader del Qeng Ho, estar en contacto con tantas especies inteligentes. Pero cuando llegaron a la otra pared, Pham apretaba los dientes. Recibió dos veces más la advertencia sobre su indumentaria. El único punto favorable: San Rihndell aún les daba acceso a la red local y Ravna disponía de más información.

—La colonia local de escroditas está a cien kilómetros de la galería. Hay una estación de transporte más allá de la pared donde estáis ahora.

El túnel por donde había entrado Tallo Verde estaba delante de ellos. Desde ese ángulo veían la oscuridad del espacio en el otro extremo. Por primera vez no hubo problemas con la muchedumbre, pues nadie se desplazaba por ese agujero.

Una luz láser titiló en las ventanas traseras.

—Violación del código de indumentaria. Cuarta advertencia. Dice: «Por favor abandone el volumen sin demora.»

—Ya nos vamos, ya nos vamos.

Oscuridad, y Pham aumentó el alcance de las ventanas del casco. Al principio pensó que la estación de transporte estaba abierta al espacio, que los lugareños poseían campos de restricción como en el Allá Alto. Luego notó que las columnas se fusionaban con paredes transparentes. Aún estaban dentro, como antes, *pero la vista...*

Estaban en el lado del arco que daba hacia las estrellas. Las partículas de los anillos parecían peces oscuros flotando en silencio a pocos metros. Más allá, había estructuras que sobresalían del plano anular reflejando la luz del sol. Pero el objeto más brillante estaba arriba: el azul del mar, la blancura de las nubes. Su tenue luz bañaba el suelo. Por lejos que viajara el Qeng Ho, esa vista siempre era bienvenida. Pero ese objeto era sólo aproximadamente esférico, y su faz estaba cortada en dos por la sombra del anillo. Era un cuerpo pequeño a pocos cientos de kilómetros de altura, uno de los satélites pastores que habían visto al ingresar en el sistema. La brumosa atmósfera del pastor estaba delimitada por los bordes de un vasto dosel.

Le costó apartar los ojos.

—Diez a uno a que ése es el terrano escrodit.

—Por cierto —respondió Vaina Azul—. Es típico. Las rompientes nunca son tan atractivas en esa minigravedad, pero...

—¡Querido Vaina Azul! ¡Caballero Pham! Por aquí. —Era la voz de Tallo Verde. Según el traje de Pham, era una conexión local, no una retransmisión por intermedio de la *FDB*.

Vaina Azul curvó las frondas.

—¿Estás bien, Tallo Verde?

Ambos parlotearon unos segundos. Luego Tallo Verde continuó en trisk:

—Caballero Pham, sí, estoy bien. Lamento haberos preocupado. Pero noté que el trato con Rihndell saldría bien, y entonces pasaron estos escroditas locales. Son gente maravillosa, caballero Pham. Nos han invitado a su terrano. Sólo por un par de días. Será un maravilloso descanso antes de continuar viaje y creo que pueden ayudarnos.

Como en los cuentos de aventuras que había hallado en la biblioteca de Ravna: los cansados viajeros, en medio de su travesía, encuentran un reducto acogedor y un regalo especial. Pham se comunicó con Vaina Azul por una línea privada:

—¿Esa es Tallo Verde? ¿No la están obligando?

—Es ella y está libre, caballero Pham. Nos oíste hablar. He estado con ella doscientos años. Nadie le está torciendo las frondas.

—Entonces ¿por qué rayos se nos escabulló? —exclamó Pham, sorprendido de su irritación.

Una larga pausa.

—Eso sí es extraño. Sospecho que estos escroditas locales están al corriente de algo muy importante para nosotros. Ven, caballero Pham, pero con cautela.

Echó a rodar.

—Ravna, ¿qué piensas...?

Pham notó un parpadeo rojo en el panel de estado de comunicaciones y su irritación se aplacó mientras se preguntaba cuanto hacia que no activaban el enlace con Ravna.

Siguió a Vaina Azul, flotando y maniobrando con sus impulsores. Toda la zona estaba cubierta con el adhesivo que los escroditas utilizaban para rodar en gravedad cero. Sin embargo el lugar parecía desierto. Nadie a la vista, aunque cien metros atrás había luces y multitudes. Todo apestaba a una emboscada y sin embargo no tenía sentido. Si Muerte a las Alimañas, o sus esbirros, les habían localizado habría bastado con que dieran la alarma. ¿Alguna jugarreta de Rihndell...? Pham activó las armas del traje e implementó las contramedidas: las minicámaras enfocaron hacia todas las direcciones. *Al cuerno con el código de indumentaria.*

Un azulado claro de luna bañaba la planicie, mostrando suaves montículos y angulosos aparatos. La superficie estaba llena de agujeros (¿entradas de túneles?).

Vaina Azul farfulló algo sobre la «bella noche» y el gusto que le daría sentarse en la orilla del mar que estaba cien metros sobre ellos. Pham miraba hacia todas partes, tratando de identificar líneas de fuego y zonas vulnerables.

La vista de una de sus cámaras mostró un bosque de frondas sin hojas; escroditas en silencio bajo el claro de luna. Estaban a dos lomas de distancia. Callados, inmóviles, casi sin luces, tal vez sólo disfrutando de la luz de la luna. En la visión amplificada de la cámara, Pham no tuvo inconvenientes en identificar a Tallo Verde. Se encontraba en un extremo de una hilera de cinco escroditas y las estrías de su casco eran claramente visibles. Frente a su escrodo había un bulto y una proyección en forma de varilla. ¿Una especie de restricción? Aproximó un par de minicámaras. *Un arma*. Todos aquellos escroditas estaban armados.

—Ya estamos a bordo del transporte, Vaina Azul —dijo la voz de Tallo Verde—. Lo verás a pocos metros, al otro lado del montículo de ventilación. —Aparentemente se refería al montículo al que se aproximaban Pham y Vaina Azul. Pero Pham sabía que allí no había ningún vehículo: Tallo Verde y sus armas apuntaban hacia ellos. Una treta muy hábil, pero de muy baja tecnología. Entonces detectó el chato rectángulo de cerámica montado en la loma, pocos metros detrás del escroditas. La cámara más próxima informó que era un explosivo, tal vez una mina direccional. Había una cámara de baja resolución, poco más que un sensor de movimientos, instalada al lado de la mina. Vaina Azul había pasado descuidadamente junto a la cosa, mientras charlaba con Tallo Verde. *Le dejaron pasar*. Nuevas y sombrías sospechas. Pham se paró en seco, retrocediendo deprisa, sin tocar el suelo, sin emitir más sonido que el siseo de los impulsores de gas. Desprendió uno de sus garfios y ordenó a una minicámara que volara junto al sensor de la mina...

Hubo un relampagueo tenue y un ruido atronador. Incluso a cinco metros, la onda de choque le tumbó. Vaina Azul estaba tumbado frondas abajo, del otro lado de la explosión. Jirones de metal revoloteaban alrededor, pero no hubo más ataques. La detonación destruyó varias minicámaras.

Pham aprovechó la confusión para acelerar, trepar a una loma cercana e internarse en un valle o callejón desde donde veía a los escroditas. Los atacantes rodaban en torno de la colina, parloteando satisfechos. Pham contuvo el fuego, sintiendo curiosidad. Al cabo de un instante, Vaina Azul se elevó en el aire a cien metros.

—¿Pham? —preguntó plañideramente—. ¿Pham?

Los atacantes ignoraron a Vaina Azul. Tres de ellos desaparecieron tras la loma. Las minicámaras de Pham vieron que se detenían consternados, las frondas erguidas. Acababan de comprender que él se había escabullido. Los cinco se dispersaron, peinando la zona para buscarle. Ya no se oían las palabras persuasivas de Tallo Verde.

Se oyó un crepitar y el fuego de las armas fulguró detrás de una loma. Había alguien con muchas ganas de disparar.

Vaina Azul flotaba encima de todo, un blanco perfecto, pero aún intacto. Ahora hablaba en una mezcla de trisk con parloteo escrodita, y Pham comprendió que tenía miedo.

—¿Por qué disparáis? ¿Cuál es el problema? ¡Tallo Verde, por favor!

Pham Nuwen era demasiado paranoico para dejarse engañar. *No quiero que me mires desde allá arriba*. Encañonó al escrodita, afinó la puntería y disparó. La explosión no fue visible en longitud de onda, pero había gigajulios en las pulsaciones. El plasma se coaguló en torno del haz, errándole a Vaina Azul por menos de cinco metros. Muy arriba del escrodita, el haz chocó contra el cristal del casco. La explosión fue espectacular, un resplandor actínico que se despedazó en esquirlas llameantes.

Pham voló hacia el flanco mientras el techo resplandecía. Vaina Azul giró, recobró el control y buscó refugio. En el sitio donde había acertado el rayo de Pham, una corona incandescente pasaba del azul al naranja y al rojo, más brillante que el satélite pastor de arriba. Ese disparo de advertencia había sido como un gran dedo que denunciara su posición. En los quince segundos siguientes, cuatro atacantes dispararon contra el sitio donde antes se hallaba Pham Nuwen. Hubo un silencio, luego un susurro tenue. En un juego de sigilo, los cinco podrían considerar que sería una victoria fácil. Aún no habían comprendido que él iba tan bien equipado. Pham sonrió ante las imágenes que proyectaban sus minicámaras. Los tenía a todos en la mira, Vaina Azul incluido.

Si hubieran sido esos cuatro (¿o cinco?) no habría problema. Pero sin duda se aproximaban refuerzos, o al menos complicaciones. La fisura del techo se había oscurecido, pero ahora era un agujero susurrante de medio metro de anchura. A pesar de su armadura, Pham sintió un temor reflejo. Tal vez la filtración tardara un poco en afectar a los escroditas, pero aun así era una emergencia. Llamaría la atención. Miró el orificio. Abajo estaba provocando una brisa, pero debajo del agujero se extendía un minitornado de polvo y escombros.

Y más allá del casco transparente, en el espacio: una grieta de oscuridad y un penacho reluciente, donde los desechos afloraban de la sombra del arco a la luz del sol. Se le ocurrió una idea.

Epa. Los cinco escroditas le habían rodeado. Uno de ellos se asomó, le vio, disparó. Pham devolvió el fuego y el otro estalló en una nube de agua supercalentada y carne chamuscada. Su escrodo intacto echó a volar entre las colinas, sembrando el pánico entre los demás, que le dispararon. Pham volvió a cambiar de posición, alejándose de sus enemigos.

Unos minutos de tregua. Miró el penacho cristalino. Había *algo*... sí, si debían acudir refuerzos, ¿por qué no para él? Encañonó el penacho y desvió la línea de la voz por el circuito de disparo de su arma. Casi iba a hablar, luego pensó... *Mejor*

baja la potencia en ésta.

Detalles. Apuntó de nuevo, disparó.

—Ravna —dijo—, espero que tengas los ojos abiertos. Necesito ayuda...

Describió brevemente los frenéticos acontecimientos de los últimos diez minutos. Esta vez su haz emitía menos de diez mil julios por segundo, lo cual no era suficiente para refulgir en el aire. Pero la modulación reflejándose en el penacho que había más allá del casco, resultaría visible a miles de kilómetros, sobre todo para la *FDB*, que estaba del otro lado del habitat.

Los escroditas se aproximaban de nuevo. *Demonios*. No podía mantener este mensaje en envío automático. Necesitaba el «transmisor» para cosas más importantes. Pham voló de valle en valle maniobrando detrás del escrodita que estaba más alejado de los demás. Uno contra tres (¿cuatro?). Tenía mayor potencia de fuego e información, pero un golpe de mala suerte y le liquidarían. Se acercó flotando a su próximo blanco. *En silencio, con cautela...*

Una estría de luz le rozó el brazo, poniendo incandescente el blindaje. Blancas gotas de metal caliente rociaron el aire mientras Pham esquivaba el disparo. Se elevó como un bólido entre tres lomas, disparando contra el escrodita agazapado. Le rodeó un zigzag de luces y luego estuvo nuevamente a cubierto. Eran rápidos, como si tuvieran un equipo automático para apuntarle. Tal vez lo tenían: sus escrodo.

Entonces sintió el dolor. Pham se arqueó con un jadeo. Si esto se parecía a las heridas que recordaba, le habían quemado hasta el hueso. Flotaron lágrimas ante sus ojos. Sintió náuseas, se desmayó, recobró el conocimiento un par de segundos después. Los demás aún se acercaban, pero aquel contra el que había disparado era sólo un cráter reluciente entre fragmentos de escrodo. La automatización de su traje se plegó sobre el flanco, inyectándole anestesia local y calmando el dolor. Pham giró en torno de la loma, tratando de mantenerse fuera de la vista de sus enemigos. Habían detectado sus minicámaras: cada pocos segundos estallaban fulgores o explosiones. Disparaban a discreción, pero las cámaras estaban apagándose... y él estaba perdiendo su mayor ventaja.

¿Dónde está Vaina Azul? Pham examinó las proyecciones de las cámaras restantes, la suya. El bastardo se había elevado de nuevo, por encima del combate, sin que nadie le disparase. *Delatando todos mis movimientos*. Pham rodó, apuntó el arma contra la diminuta figura. Titubeó. *Te estás ablandando, Nuwen*. Vaina Azul descendió de golpe, haciendo ondear su pañol de carga. Evidentemente utilizaba sus impulsores a plena potencia. En medio del estruendo del metal burbujeante y los disparos, su caída era silenciosa. Enfilaba hacia el más próximo de los atacantes.

A treinta metros, el escrodita lanzó un objeto grande y anguloso. Vaina Azul frenó, giró hacia un costado y desapareció tras las lomas. Al mismo tiempo, mucho más cerca, se oyó un crujido.

Pham envió su penúltima cámara a echar un vistazo. Entrevió un escrodo y frondas esparcidas en torno de un tallo triturado: hubo un relampagueo, y la cámara desapareció.

Sólo quedaban dos atacantes. Uno era Tallo Verde. Durante diez segundos no hubo más disparos. Pero tampoco reinaba el silencio. El metal reluciente y desgarrado del brazo de su armadura chisporroteaba al enfriarse. En lo alto susurraba el aire que se escapaba del casco. Brisas espasmódicas barrían el suelo, así que era imposible mantener una posición sin maniobrar continuamente. Se detuvo, dejando que la corriente le arrastrara en silencio fuera del valle. *Allá*. Un siseo fantasmal. *Otro*. Los dos se acercaban desde distintas direcciones. Tal vez ignorasen su posición exacta, pero obviamente podían coordinar las propias.

El dolor le llegaba en ráfagas, como la conciencia. Espasmos de agonía y oscuridad. No se atrevía a usar más anestesia. Vio unas frondas que asomaban en una loma cercana. Se detuvo, observó. Era muy probable que en las puntas de esas frondas hubiera visión suficiente para detectar movimiento. Pasaron dos segundos. La última cámara de Pham mostró al otro atacante, que se acercaba en silencio por el otro lado. En cualquier momento los dos se elevarían. Pham habría dado cualquier cosa por tener una cámara provista de armas. En todas sus estúpidas improvisaciones, jamás había pensado en ello. Ya no había remedio. Aguardó por un instante de lucidez, lo suficiente para elevarse sobre el enemigo y disparar.

Un parloteo de frondas, un claro anuncio. La cámara de Pham detectó a Vaina Azul rodando a cien metros, detrás de las paredes de listones. El escrodo saltaba de protección en protección, pero cada vez más cerca de Tallo Verde. ¿Y ese parloteo? ¿Una súplica? Aun después de pasar cinco meses con los escroditas, Pham apenas comprendía ese chachareo. Tallo Verde —la Tallo Verde que siempre había sido tímida, compulsivamente honesta— no respondía. Giró su arma, barriendo listones con sus disparos. El tercer escrodo ascendió a una posición adecuada para disparar contra los listones. Era un ángulo perfecto para freír a Vaina Azul.

La maniobra era un fácil giro que le habría dejado cabeza abajo sobre Tallo Verde. Pero ahora nada era fácil para él y el giro fue excesivamente rápido. El paisaje se empequeñecía debajo. Pero allí estaba Tallo Verde, volviendo su arma hacia él.

Y allá estaba Vaina Azul, avanzando entre columnas blancas que refulgían al calor de los disparos de Tallo Verde.

—Te lo suplico, no la mates, no la mates... —rugió al oído de Pham.

Tallo Verde titubeó, volvió las armas hacia Vaina Azul. Pham disparó, barriendo el suelo con el haz a medida que giraba en el aire. Perdió el conocimiento un instante. *¡Apunta bien!* Abrió un surco en el suelo, una flecha reluciente que terminaba en algo oscuro y blando. La diminuta figura de Vaina Azul aún rodaba entre las ruinas, tratando de alcanzar a Tallo Verde. Pham se había alejado demasiado y no pudo

recordar cómo cambiar la vista. El cielo giraba lentamente ante sus ojos.

Una luna azulada con una sombra aguda en el medio... Una nave que se acercaba, con espinas plumosas, como un insecto gigante. *¿Qué cuernos...? ¿Dónde estoy?* Perdió la conciencia.

Sueños. Una vez más había perdido una capitanía. Le habían degradado y debía cuidar plantas en el invernáculo de la nave. La función de Pham era regarlas y hacerlas florecer. Pero luego notaba que las macetas tenían ruedas y se movían a su espalda, acechando, parloteando suavemente. Lo que había sido bello ahora era siniestro. Pham estaba dispuesto a regar y podar a las criaturas porque siempre las había admirado...

Ahora era el único que sabía que eran los enemigos de la vida.

No era la primera vez de su vida que Pham Nuwen despertaba dentro de una automatización médica. Estaba habituado a esos tanques que parecían ataúdes, con sus paredes lisas y verdes, los cables y los tubos. Esto era diferente, y tardó un rato en comprender dónde estaba. Árboles frondosos se arqueaban sobre él, meciéndose en la cálida brisa. Parecía estar tendido en el mullido musgo de un pequeño claro, junto a un arroyo. El resplandor del verano flotaba encima del agua. Todo era muy bonito, excepto que las hojas eran velludas y el verde era muy extraño. No era su idea de algo acogedor. Extendió su mano hacia la rama más próxima y tocó algo duro a cincuenta centímetros de su cara. Una pared curva. A pesar de las imágenes, el cirujano tenía el mismo tamaño que aquellos que recordaba.

Oyó un chasquido. El paisaje bucólico se esfumó, llevándose su brisa cálida. Alguien, Ravna, flotaba encima del cilindro.

—Hola, Pham.

Le estrujó la mano y le besó trémulamente. Se veía demacrada, como si hubiera llorado mucho.

—Hola —respondió. Tuvo recuerdos fragmentados. Trató de levantarse y descubrió otra similitud entre este cirujano y el del Qeng Ho: estaba enchufado.

Ravna rió suavemente.

—Cirujano, desconéctate.

Al cabo de un instante, Pham echó a volar libremente.

—Todavía me sujeta el brazo.

—No. Ése es el cabestrillo. Tu brazo izquierdo tardará un tiempo en regenerarse. Casi te lo volaron, Pham.

Pham miró al capullo blanco que le adhería el brazo al costado. Ahora recordaba el combate, comprendiendo que partes del sueño eran estremecedoramente reales.

—¿Cuánto hace que perdí el conocimiento? —preguntó con angustia.

—Treinta horas. Estamos a más de sesenta años-luz de Reposo Armónico. Todo anda bien, salvo que parece que todas las criaturas de la creación nos están persiguiendo.

El sueño. Cogió el brazo de Ravna con la mano libre.

—¿Dónde están los escroditas? —*Que no estén a bordo, por favor.*

—Lo que ha quedado de Tallo Verde se encuentra en el otro cirujano. Vaina Azul está...

¿Por qué me dejó vivir? Pham echó un vistazo a la cabina. Estaban en una cabina de servicios. Las armas quedaban por lo menos a veinte metros. Algo más importante: los privilegios de mando de la FDB, si ya no era demasiado tarde. Salió del cirujano y se alejó flotando. Ravna le siguió.

—Calma, Pham. Acabas de salir del cirujano.

—¿Qué han dicho sobre el tiroteo?

—La pobre Tallo Verde no está en condiciones de decir nada, Pham. Vaina Azul dice lo mismo que tú: Tallo Verde fue secuestrada por escroditas traidores, que la obligaron a atraeros hacia una trampa.

Pham no estaba muy convencido. Quizás existiera una posibilidad de que Vaina Azul no estuviera corrompido. Continuó avanzando por el corredor central de la nave, valiéndose de una sola mano. Poco después llegó al puente, con Ravna a la zaga.

—Pham, ¿qué sucede? Tenemos que tomar muchas decisiones, pero...

Cuánta razón tienes. Pham se zambulló en el puente de mando y se dirigió a la consola de control.

—Nave, ¿reconoces mi voz?

—Pham —insistió Ravna—, ¿de qué...?

—Sí, señor.

—¿... se trata?

—Privilegios de mando —dijo Pham. Las aptitudes otorgadas mientras los escroditas estaban en tierra, ¿tendrían aún vigencia?

—Otorgados.

Los escroditas habían tenido treinta horas para planear su defensa. Esto era demasiado fácil.

—Suspende los privilegios de mando para los escroditas. Aíslales.

—Sí, señor —respondió la nave. *¡Embustera!* Pero ¿qué más podía hacer? Sentía cada vez más pánico, cada vez más frío. Era un Qeng Ho... y también era una esquirra divina.

Ambos escroditas estaban en la misma cabina, Tallo Verde en el otro cirujano. Pham abrió una ventana que le mostró la cabina. Vaina Azul estaba al lado del cirujano. Parecía marchito, como cuando se habían enterado de la destrucción de Sjandra Kei. Arqueó las frondas al detectar la señal de vídeo.

—Caballero Pham, la nave me dice que has suspendido nuestros privilegios.

—¿Qué sucede, Pham? —Ravna había trabado un pie en el suelo y le miraba con severidad.

Pham ignoró ambas preguntas.

—¿Cómo está Tallo Verde? —preguntó.

Vaina Azul aflojó las frondas.

—Ella vive... Te lo agradezco, caballero Pham. Se requería una gran destreza para hacer lo que hiciste. Considerando las circunstancias, no podría haber pedido más.

¿*Qué hice?* Recordó que había disparado contra Tallo Verde. ¿Había desviado el disparo? Miró dentro del cirujano. Esta configuración era muy diferente de la humana: el aparato estaba llenando con una aireación turbulenta a lo largo de las frondas de la paciente. Dormida parecía más frágil y sus frondas ondeaban en el agua. Algunas estaban tronchadas, pero el cuerpo parecía entero. Pham echó una ojeada a la base de su tallo, donde los escroditas se unían a su escrodo. El muñón terminaba en una maraña de tubos quirúrgicos, y Pham recordó el último instante del combate, cuando había despedazado el escrodo de Tallo Verde. ¿Cómo era un escroditita sin escrodo?

Apartó los ojos de esa ruina.

—He anulado vuestros privilegios de mando porque no me fío de vosotros. —*Mi ex amigo, instrumento de mi enemigo.* Vaina Azul no respondió.

—Pham —dijo Ravna al cabo de un momento—, sin Vaina Azul jamás habría podido rescatarte del habitat. Hasta entonces... estábamos varados en medio del sistema RIP. El satélite pastor pedía nuestra sangre a gritos. Habían deducido que éramos humanos. Los aprahanti intentaron invadir el puerto para atacarnos. Sin Vaina Azul no habríamos convencido a la seguridad local para permitirnos activar el ultraimpulso... tal vez nos hubieran hecho trizas en cuanto abandonáramos los anillos. Todos estaríamos muertos, Pham.

—¿Es que no sabes lo que sucedió allí abajo? Ravna se calmó un poco.

—Sí, pero debes entender cómo funciona un escrodo. Es un ingenio mecánico. Es bastante fácil desconectar la parte cíber de los enlaces mecánicos. Aquellos tipos controlaban las ruedas y apuntaban el arma.

Pham miró la ventana donde Vaina Azul aguardaba con las ondas inmóviles, sin apresurarse a manifestar su acuerdo. ¿*Con aire triunfal?*

—Eso no explica que Tallo Verde nos arrastrara a esa trampa.

Pham alzó una mano.

—Sí, ya sé, la obligaron a hacerlo. El único problema, Ravna, es que actuó sin el menor titubeo. Con entusiasmo. No actuó obligada por nadie. ¿No me dijiste eso, Vaina Azul?

Una larga pausa.

—Sí, caballero Pham —fue al fin la respuesta.

Ravna se dio la vuelta para poder verles a ambos.

—Pero, pero... incluso así es absurdo. Tallo Verde nos ha acompañado desde el principio. Pudo haber destruido la nave mil veces o haberse comunicado con el exterior. ¿Por qué arriesgarse a esta estúpida emboscada?

—Sí. ¿Por qué no nos traicionaron antes...? —Antes de que Ravna planteara la pregunta, Pham no lo sabía. Conocía los hechos, pero no tenía una teoría coherente para integrarlos. Ahora todo se relacionaba: la emboscada, sus sueños en el cirujano, incluso las paradojas—. Tal vez ella no fuera una traidora antes. Escapamos de Relé sin que nos persiguieran, sin que nadie tuviera noticias de nosotros ni de nuestro destino. Nadie esperaba que aparecieran humanos en Reposo Armónico. —Hizo una pausa, ordenándose los pensamientos. *La emboscada*—. La emboscada... no fue estúpida... pero fue totalmente improvisada. El enemigo no tenía apoyo. Sus armas eran sencillas... Apuesto a que si examinas los restos del escrodo de Tallo Verde hallarás que su pistola de rayos era una especie de herramienta cortante. Y el único sensor de esa mina era un detector de movimientos. Tenía ciertos usos civiles. Alguien juntó esos armamentos precipitadamente, sin esperar una pelea. No, nuestro enemigo se sorprendió mucho de nuestra aparición.

—¿Crees que los aprahanti...?

—No, los aprahanti no. Por lo que dijiste, ellos no rompieron amarras hasta después del enfrentamiento, cuando la luna de los escroditas comenzó a informar sobre nuestra presencia. Quien está detrás de esto es independiente de las mariposas y debe estar desperdigado en pequeño número en muchos sistemas estelares... un vasto conjunto de conexiones, atento a las cosas de interés. Nos detectó y, a pesar de que su avanzada era muy débil, intentó capturar nuestra nave. Sólo nos denunció cuando estábamos a punto de escapar. No quería que escapáramos. —Señaló la ventana de ultrarrastreo—. Si leo correctamente, tenemos más de quinientas naves a la zaga.

Ravna miró la pantalla y respondió con voz distraída:

—Sí. Eso forma parte de la flota aprahanti y...

—Habrá muchos más, pero no todos serán mariposas.

—No te entiendo. ¿Por qué los escroditas querrían hacernos daño? Una conspiración no tiene sentido. Nunca han tenido un estado y mucho menos un imperio interestelar.

Pham asintió.

—Sólo apacibles colonias como ese satélite pastor, en civilizaciones poliespecíficas de todo el Allá. No, Ravna, los escroditas no son el verdadero enemigo... sino aquello que los dirige. La Perversión de Straumli.

El silencio era de incredulidad, pero Pham notó que Vaina Azul tensaba las frondas. *Él lo sabía*.

—Es la única explicación, Ravna. Tallo Verde era nuestra leal amiga. Sospecho que sólo una pequeña minoría de escroditas está bajo el control de la Perversión.

Cuando Tallo Verde tuvo contacto con ellos, también fue convertida.

—¡Imposible! Estamos en el Allá Medio, Pham. Tallo Verde tenía coraje, decisión. No podían cambiarla tan pronto con un lavado de cerebro.

Ravna hablaba con temerosa desesperación. Fuera cual fuese la explicación, la verdad era terrible. *Y yo todavía estoy aquí, vivo y hablando.* Un dato para la esquirra divina: quizá todavía hubiera una probabilidad.

—Tallo Verde era leal —continuó Pham—, pero fue convertida en segundos. No fue sólo una perversión del escrodo, ni una droga. Era como si el escrodo y el escrodo estuvieran diseñados desde un principio para responder. —Miró a Vaina Azul, tratando de evaluar su reacción ante lo que diría después—: Los escroditas han esperado largo tiempo a su creador. Su especie es muy antigua, más antigua que todos excepto los senescentes. Están por doquier, pero en cantidades pequeñas, y siempre son prácticos y apacibles. Y en algún momento del comienzo, hace *miles de millones* de años, quedaron atascados en una vía muerta evolutiva. Su creador construyó los primeros escrodos y creó a los primeros escroditas. Sospecho que ahora sabemos quién y por qué.

—Sí, sí. Sé que hubo otras versiones más perfectas, pero ésta se caracteriza por su estabilidad. Los escrodos más grandes son «tradicionales», según dice Vaina Azul, pero uno aplicaría esa palabra a culturas, a escalas temporales mucho más breves. Los escrodos más grandes de hoy son idénticos a los de hace mil millones de años. Y artefactos que se pueden fabricar en cualquier parte del Allá...

Pero el diseño se originó, evidentemente, en el Allá Alto o el Trascenso. —Ésa había sido una de las primeras frustraciones de Pham en el Allá. Había mirado diagramas de diseño (disecciones, en realidad) del escrodo. Por fuera era un aparato mecánico con partes móviles, y la teoría sostenía que era posible fabricarlo en las instalaciones más sencillas, semejantes a las que existían en algunos lugares de la Zona Lenta. Sin embargo, la parte electrónica era una masa caótica de componentes, sin ningún rastro de diseño jerárquico ni modularidad. Funcionaba, y con mayor eficiencia que algo fabricado por mentes humanoides, pero era imposible reparar el componente ciber—. Nadie del Allá comprende todo el potencial de los escrodos y mucho menos las adaptaciones que se han impuesto a los escroditas. ¿No es así, Vaina Azul?

El escrodo se palmeó el tallo central con las frondas. Un parloteo furibundo. Pham jamás había visto esa reacción. ¿Rabia? ¿Terror? Un carraspeo distorsionaba la voz del vóder de Vaina Azul.

—¿Tú preguntas? ¿Tú preguntas? Es monstruoso pedirme que te ayude en esto... —la voz se perdió en frecuencias altas y el trémulo Vaina Azul se sumió en el mutismo.

Pham del Qeng Ho sintió una punzada de vergüenza. El otro sabía y comprendía,

y merecía algo mejor. Los escroditas debían ser destruidos, pero no tenían por qué soportar su enjuiciamiento. Pham iba a cortar la comunicación, pero vaciló. *No. Es tu última oportunidad de observar la obra de la Perversión.*

Ravna miraba sucesivamente a ambos, y Pham notó que comprendía. Estaba tan demudada como al recibir la noticia de la destrucción de Sjandra Kei.

—Estás diciendo que la Perversión fabricó los escrodos originales. —Y modificó a los escroditas. Fue hace mucho tiempo, y no se trata de la misma variedad de Perversión que crearon los straumianos, pero... La «plaga», ése era el otro nombre vulgar de la Perversión, y más próximo a la visión de Antiguo. A pesar de su carácter trascendente, la Perversión se comportaba como una enfermedad. Tal vez eso le había ayudado a engañar a Antiguo. Pero ahora Pham comprendía: La Plaga vivía en fragmentos, a través de increíbles abismos de tiempo. Se ocultaba en archivos, aguardando condiciones ideales. Y había creado ayudantes para su florecimiento. Miró a Ravna y comprendió algo más.

—Tú has tenido treinta horas para pensar en ello, Ravna. Viste las grabaciones de mi traje. Sin duda has adivinado algo de todo esto.

Ella desvió los ojos.

—Un poco —dijo al fin. Al menos ya no lo negaba.

—Y sabes lo que debemos hacer —murmuró Pham. Ahora que él comprendía lo que había que hacer, la esquirra divina le dejó en libertad. Su voluntad se cumpliría.

—¿De qué hablas? —preguntó Ravna, como si lo ignorase.

—Dos cosas. Comunica esto a la Red.

—¿Quién lo creería? La Red de un Millón de Mentiras.

—Algunos creerán. Una vez que miren, la mayoría podrá ver la verdad... y actuar en consecuencia. Ravna sacudió la cabeza.

—No —murmuró.

—Es preciso informar a la Red, Ravna. Hemos descubierto algo que podría salvar un millar de mundos. Es el arma secreta de la Plaga. —*Al menos en el Allá Medio y Bajo.* Ravna sacudió la cabeza una vez más.

—Pero revelar esta verdad matará a miles de millones.

—¡En defensa propia! Pham brincó hacia el techo, empujándose hacia el puente. Ravna lloraba.

—Estos mismos argumentos se usaron para matar a mi familia, mis mundos... No seré cómplice de ello.

—¡Pero esta vez los argumentos son ciertos!

—Ya estoy harta de persecuciones, Pham. Una firmeza amable, casi increíble.

—¿Tomarías esta decisión por tu cuenta, Ravna? Sabemos algo que otros dirigentes más sabios que nosotros, deberían tener en cuenta para tomar sus decisiones. ¿Les negarías esa opción?

Ella titubeó y, por un instante, Pham pensó que la mujer civilizada que había en ella se dejaría convencer. Pero Ravna irguió la barbilla.

—Sí, Pham. Les negaría la opción.

Pham rezongó y regresó a la consola de mando. No tenía caso hablarle sobre la otra decisión.

—Además, Pham, no mataremos a Vaina Azul y Tallo Verde.

—No hay opción, Ravna. —Pham tocó los controles—. Tallo Verde estaba pervertida. Ignoramos cuánto de eso sobrevivió a la destrucción del escrodo, o cuánto pasará para que Vaina Azul se pueria. No podemos llevarles con nosotros, ni dejarles en libertad. Ravna flotó hacia el costado, mirándole las manos.

—Cuidado con lo que haces, Pham —murmuró—. Como dices, he tenido treinta horas para pensar en mi decisión, treinta horas para pensar en la tuya.

—¿Y bien? —Pham apartó las manos de los controles. Sintió un arranque de furia (¿esquirla divina?). *Ravna, Ravna, Ravna*, una voz diciendo adiós dentro de su cabeza. Luego todo se volvió muy frío. Había temido que los escroditas hubieran pervertido la nave. En cambio, esa tonta había actuado en nombre de ellos, voluntariamente. Se volvió hacia Ravna. Casi por reflejo, extendió el brazo y la mano en posición de combate.

—¿Cómo pretendes disuadirme de hacer lo que se debe hacer?

Pero ya lo había adivinado. Ella no retrocedió ante su mano amenazadora. Había valor y dolor en su rostro.

—¿Qué crees, Pham? Mientras estabas en el cirujano, reacomodé las cosas. Lastímame y te lastimarás a ti mismo. Mata a los escroditas y morirás.

Se miraron un largo rato, midiéndose. Tal vez no hubiera armas sepultadas en las paredes. Tal vez la matara antes que ella pudiera defenderse. Pero era posible programar la nave de mil maneras para que le matara. Y sólo quedarían los escroditas, volando hacia el Fondo, hacia su premio.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó al fin.

—Como antes, iremos a rescatar a Jefri. Recobramos el Antídoto. Estoy dispuesta a imponer ciertas restricciones sobre los escroditas.

Una tregua con los monstruos, por intermedio de un imbécil.

Pham dio un empujón para alejarse por el corredor. Oyó un sollozo a sus espaldas.

En los próximos días apenas se hablaron. Pham tenía acceso mínimo a los controles de la nave. Halló programas de suicidio desperdigados en todos los niveles de las aplicaciones. Pero había algo extraño, y lo habría lamentado si hubiera tenido fuerzas: los cambios databan de horas después de su enfrentamiento con Ravna. Ella no tenía nada cuando le había enfrentado. *Gracias a los Poderes, yo lo ignoraba.* Olvidó ese pensamiento en cuanto lo concibió.

Bien, la farsa continuaría hasta el final, un juego continuo de mentiras y subterfugios. Adustamente, se dispuso a ganar la partida. Le perseguían flotas, le rodeaban traidores. Pero —por el Qeng Ho, por la esquirla divina— la Perversión perdería. Los escroditas perderían. Y, a pesar de su bondad y su coraje, Ravna Bergsndot perdería.

Tyratheck estaba perdiendo la batalla consigo misma. Claro que estaba lejos de haber terminado, pero bien podía decirse que la situación se había trastocado. Al principio había pequeños triunfos, como cuando dejaba que Amdijefri jugara a solas con el comset sin que ni siquiera los niños intuyeran que ella era la responsable. Pero habían transcurrido muchos decadas, y ahora... A veces se dominaba por completo, pero en ocasiones, que a menudo parecían las más dichosas, ese control era sólo aparente.

Aún ignoraba qué clase de día le esperaba hoy. Tyratheck se paseaba a lo largo de las cercas provisionales que coronaban las murallas del nuevo castillo. El lugar sin duda era nuevo, aunque aún distaba de ser un castillo. Acero lo había construido con temerosa precipitación. Las murallas del sur y el oeste eran muy gruesas y estaban atravesadas por túneles; pero ciertos sitios del lado norte eran meras empalizadas apuntaladas con escombros. Nada más podría hacerse en el tiempo que le restaba a Acero. Tyratheck se detuvo un instante, oliendo la madera recién aserrada. La vista desde la Colina de la Astronave era más bella que nunca. Los días se iban alargando. Ahora sólo reinaba el crepúsculo entre el amanecer y el ocaso. La nieve se había replegado a sus escondrijos estivales, dejando que el brezo reverdeciera con el calor. Desde allí podía ver a gran distancia, hasta donde la azulada bruma marina flotaba sobre las lejanas islas.

Según los preceptos tradicionales, sería suicida atacar el nuevo castillo, a pesar de su precario estado, con menos de una horda.

Tyratheck sonrió amargamente. Desde luego, Tallamadera lo ignoraría. El viejo Tallamadera creía tener un arma secreta que destrozaría esas murallas desde lejos. Los espías de Acero informaban que los tallamaderas se habían tragado el anzuelo, que su pequeño ejército y su tosco cañón habían iniciado la travesía terrestre costa arriba.

Bajó al patio por las escaleras de la muralla. Oyó truenos. Hacia el norte, los artilleros de Acero iniciaban sus prácticas matinales. Cuando el tiempo era propicio, se oía con claridad. No se realizaban pruebas cerca de los labrantíos, y sólo los Servidores más altos y algunos obreros conocían la existencia de esas armas. Pero Acero ya contaba con treinta piezas, y la cantidad de pólvora necesaria. No contaban con artilleros suficientes. El estruendo de los disparos era infernal y el fuego sostenido era ensordecedor. Ah, pero las armas eran maravillosas: tenían un alcance de cien kilómetros, tres veces más que las de Tallamadera. Podían lanzar bombas de pólvora que estallaban al hacer impacto. Allende las colinas del norte había parajes donde mermaba la arboleda y la tierra desgajada mostraba la roca desnuda, producto de sucesivas andanadas.

Y pronto, tal vez hoy, los reductoristas también tendrían radio.

¡Maldita seas, Tallamadera! Tyratheck no conocía personalmente a Tallamadera, pero Reductor había conocido bien a esa manada; Reductor era en gran medida un vástago de Tallamadera. La «dulce Tallamadera» le había parido y le había llevado al poder. Tallamadera le había inculcado el hábito de pensar y experimentar libremente. Tallamadera tendría que haber conocido el orgullo que alentaba en Reductor, tendría que haber sabido que llegaría a los extremos a que jamás se había atrevido su progenitor. Y cuando la naturaleza monstruosa de su progenie fue evidente, cuando descubrió los primeros «experimentos», Tallamadera tendría que haberle matado, o al menos fragmentado. En cambio, había permitido que Reductor se exiliara... que creara criaturas como Acero y que éstas crearan sus propios monstruos para construir su jerarquía de locura.

Y ahora, con un siglo de demora, Tallamadera acudía a enmendar su error. Acudía con sus armas de juguete, tan confiada e idealista como de costumbre. Caería en una trampa de acero y fuego a la cual no sobreviviría ninguno de los suyos. *Si tan sólo hubiera un modo de prevenirla...* Tyratheck sólo permanecía allí porque se había jurado abatir el Movimiento del Reductor. Si Tallamadera supiera qué le esperaba allí, si supiera que tenía traidores en su propio campamento, habría una oportunidad. El otoño pasado, Tyratheck casi había logrado enviar un mensaje anónimo al sur. Había mercaderes que visitaban ambos reinos. Sus recuerdos de Reductor le indicaban quiénes eran independientes. Casi le había entregado a uno una nota, un trozo de papel-seda, donde hablaba del aterrizaje de la nave estelar y la supervivencia de Jefri. *Le había faltado poco para morir.* Acero le había mostrado un informe del Sur, sobre el otro humano y los progresos de Tallamadera con el dataset. En el informe constaban detalles que sólo podía saber alguien de la corte de Tallamadera. ¿Quién? No preguntó, pero sospechó que era Vendaz. El Reductor que residía en Tyratheck recordaba bien a esa manada hermana. Habían tenido... relaciones. Vendaz no tenía el genio puro de su progenitor común, pero había en él un gran oportunista.

Acero le había mostrado el informe sólo para pavonearse, para demostrarle que había logrado algo que Reductor jamás había intentado. Y era todo un logro. Tyratheck felicitó a Acero con toda sinceridad... y decidió abandonar sus planes de enviar una advertencia. Con un espía en la corte de Tallamadera, un mensaje sería un suicidio inútil.

Ahora Tyratheck se paseaba por el patio exterior del castillo. Las obras seguían en marcha, pero los equipos eran más pequeños. Acero estaba construyendo albergues de madera en todo el patio. Muchos eran cáscaras vacías. Acero esperaba persuadir a Ravna para aterrizar en un sitio especial cerca de la fortaleza interior.

La fortaleza interior. Era el único lugar del castillo que respetaba las pautas de construcción de Isla Oculta. Era una bella estructura. Quizá fuera lo que Acero le había dicho a Amdijefri: un altar para honrar la nave de Jefri y protegerla del ataque

de Tallamadera. El domo central era una elegante estructura de vigas y bloques de piedra, ancha como la principal sala de reuniones de Isla Oculta. Tyratheck la miró con un par de ojos mientras la rodeaba al trote. Acero se proponía cubrir el domo con un delicado mármol rosado. Sería visible desde gran altura. Los huecos de la estructura constituían el eje del plan de Acero, aunque los visitantes no aterrizaran en su otra trampa.

Shreck y otros dos altos Servidores se hallaban en la escalinata de la sala de reuniones del castillo. Se cuadraron cuando ella se acercó. Los tres retrocedieron deprisa, arrastrando el vientre sobre la piedra... pero no tan deprisa como el otoño anterior. Sabían que los demás Fragmentos de Reductor habían sido destruidos. Tyratheck casi sonrió al pasar frente a ellos. A pesar de su debilidad y sus problemas, sabía que podía superarles.

Acero ya estaba dentro. Las reuniones más importantes eran siempre así, sólo Acero y ella. Tyratheck comprendía la relación. Al principio Acero estaba aterrado al pensar que ella era la única persona que él nunca podría matar. Durante diez días, había vacilado entre la paciencia y el deseo de desmembrarla. Era interesante ver los vínculos que Reductor había creado años antes de cobrar fuerza. Luego habían llegado noticias de la muerte de los demás fragmentos. Tyratheck dejó de ser Reductor-en-Ciernes y había temido la muerte. En cierto modo esto le había brindado mayor seguridad. Ahora Acero sentía menos temor y podía pedirle consejo sin sentirse tan amenazado. Éste era su demonio embotellado: la sabiduría de Reductor sin la amenaza de Reductor.

Aquella tarde Acero parecía relajado y saludó a Tyratheck con displicencia. Ella le devolvió el saludo. En muchos sentidos Acero era su mejor creación, la mejor creación de Reductor. Había consagrado muchos esfuerzos a refinar a Acero. Había sacrificado a muchos miembros para lograr esa combinación. Ella —Reductor— había necesitado ser brillante e implacable. Pero, como Tyratheck, veía la verdad. A pesar de todas las reducciones, Reductor había creado una criatura triste y lamentable. Era extraño, pero a veces Acero parecía la víctima más lamentable del Maestro.

—¿Preparado para la gran prueba? —preguntó Tyratheck. Al fin las radios parecían terminadas.

—Dentro de un momento. Quería hablarte sobre nuestros planes. Mis fuentes me han comunicado que el ejército de Tallamadera está en marcha. Si avanzan a buen paso, estarán aquí dentro de cinco decadas.

—Eso significa tres decadas antes de la llegada de Ravna.

—En efecto. Habremos eliminado a tu viejo enemigo mucho antes de jugar por la gran apuesta. Pero hay algo extraño en los mensajes recientes de los Dos-Patas. ¿Crees que sospechan algo? ¿Es posible que Amdijefri les esté diciendo más de lo

que creemos?

Era una incertidumbre que Acero habría ocultado cuando ella era Reductor-en-Ciernes. Tyratheck se sentó antes de responder.

—Conocerías la respuesta si te hubieras dignado aprender mejor el idioma de los Dos-Patas, querido Acero, o me lo hubieras permitido a mí. —Durante el invierno, Tyratheck se había desvivido por hablar a solas con los niños, para enviar una advertencia a la nave. Ahora no sabía qué pensar. Amdijefri era tan transparente, tan cándido. Si llegaba a sospechar de la traición de Acero, no podría ocultarla. ¿Y qué harían los visitantes si conocían la villanía de Acero? Tyratheck había visto una nave estelar en vuelo. Su mero aterrizaje podía constituir un arma devastadora. Además... *Si el plan de Acero tiene éxito, no necesitaré el apoyo de los alienígenas.* En voz alta, Tyratheck continuó—: Mientras puedas continuar con tu magnífica actuación, no debes temer nada del niño. ¿No ves que te ama?

Por un instante Acero pareció complacido, pero luego recobró su suspicacia.

—No sé. Amdi siempre parece burlarse de mí, como si supiera que es una farsa.

Pobre Acero. Amdiranifani era su mayor éxito, pero jamás lo comprendería. En este aspecto Acero sin duda superaba a su Maestro. Había descubierto y refinado una técnica que una vez había pertenecido a Tallamadera.

El Fragmento miró con avidez a su ex discípulo. Si tan sólo pudiera rehacerle por completo; tenía que haber un modo de combinar el temor y la reducción con el amor y el afecto. El instrumento resultante merecería de veras el nombre de Acero.

Tyratheck se encogió de hombros.

—Créeme, si puedes seguir aparentando bondad, ambos niños te serán fieles. En cuanto al resto de tu pregunta: he notado un cambio en los mensajes de Ravna. Parece mucho más confiada acerca del momento de su llegada, pero parecen haber sufrido algún revés. No creo que sospechen más que antes. Parecen aceptar que Jefri fue responsable de la idea de Amdi sobre las radios. Esa mentira fue muy astuta, dicho sea de paso. Contribuyó a convencerles de su superioridad. En un campo de batalla imparcial, tal vez podamos superarles... y ellos no deben sospecharlo.

—Pero ¿por qué están repentinamente tan tensos?

El Fragmento le restó importancia.

—Paciencia, querido Acero. Paciencia y observación. Tal vez Amdijefri también lo haya notado. Podrías inducirle sutilmente a hacer preguntas. Sospecho que los Dos-Patas están preocupados por sus propios problemas políticos —volvió todas las cabezas hacia Acero—. ¿Podrías hacer que tu «fuente» de Tallamaderas indague esa pregunta?

—Tal vez lo haga. Ese dataset es la gran ventaja de Tallamadera —Acero guardó silencio un instante, mordiéndose nerviosamente los labios. Abruptamente se sacudió, como para deshacerse de las múltiples amenazas que veía por doquier—. ¡Shreck!

Se oyeron pisadas. La puerta se abrió con un crujido y Shreck asomó una cabeza. —¿Señor? —Trae las radios y dile a Amdijefri que venga a hablar con nosotros.

Las radios eran bonitas. Ravna sostenía que el dispositivo básico podía ser inventado por civilizaciones poco más avanzadas que la reductorista. Era difícil de creer. Había tantos pasos en la manufacturación, tantos desvíos desconcertantes. El resultado final: ocho cubos oscuros de un metro de lado. Destellos de oro y plata relucían sobre el extraño material. Eso, al menos, no era un misterio; parte del oro y la plata de Reductor se habían dedicado a esa construcción.

Amdijefri llegó. Corrió por el piso central, tocó las radios, lanzó gritos. A veces costaba creer que no fueran una verdadera manada, que el Dos-Patas no fuera un miembro más. Se mantenían unidos como una manada común. Con frecuencia Amdi respondía preguntas sobre el Dos-Patas antes que Jefri pudiera contestar, usando el pronombre «yo-manada» para identificar a ambos.

Hoy, sin embargo, había una desavenencia.

—¡Por favor, señor! Deja que sea yo quien lo pruebe.

Jefri protestó en samnorsk. Amdi no tradujo, así que Jefri le repitió las palabras a Acero, con más lentitud:

—No. Es [algo algo] peligroso. Amdi es [algo] pequeño. Y además, el tiempo [algo] escaso.

El Fragmento se esforzó por entender. *Maldición*. Tarde o temprano, su ignorancia del idioma Dos-Patas les costaría caro.

Acero escuchó al humano, suspiró con paciencia.

—Favor, Amdi, Jefri. ¿Cuál problema? —tartamudeó en samnorsk.

Amdi vaciló.

—Jefri piensa que las túnicas radiales son demasiado grandes para mí. Pero mira. ¡No me sientan tan mal!

Amdi saltó en torno de uno de los cubos oscuros, arrastrando al piso la manta de terciopelo. Se echó la tela sobre el lomo y los hombros de su miembro más grande.

Ahora la radio tenía forma de túnica. Los sastres de Acero habían añadido broches en los hombros y el vientre. Pero era demasiado grande para el pequeño Amdi. Le rodeaba como una tienda.

—¿Veis? ¿Veis? —La diminuta cabeza asomó, mirando a Acero y Tyratheck, urgiéndolos a creerle.

Jefri dijo algo. La manada Amdi respondió coléricamente.

—Jefri se preocupa por todo, pero alguien tiene que probar las radios. Hay un pequeño problema con la velocidad. La radio es mucho más rápida que el sonido. Jefri tiene miedo de que confunda a la manada que la use. Es una tontería. No puede ser más rápido que pensar con las cabezas unidas.

Dijo la última frase con tono interrogativo. Tyratheck sonrió. La manada de

cachorros no sabía mentir. Amdi conocía la respuesta a su pregunta y sabía que no respaldaba su argumentación. Acero escuchaba ladeando las cabezas, la viva imagen de la tolerancia.

—Lo lamento, Amdi. Es demasiado peligroso que tú seas el primero.

—¡Pero yo soy valiente! Y quiero ayudar.

—Lo lamento. En cuanto sepamos que es seguro... Amdi soltó un chillido de protesta, más agudo que el lenguaje intermanada normal, casi en el espectro del pensamiento. Rodeó a Jefri, golpeando las patas del humano con los traseros.

—¡Maldito traidor! —gritó, y continuó insultando en samnorsk. Tardaron diez minutos en aplacarle. Él y Jefri se sentaron en el suelo, gruñendo en samnorsk. Tyratheck observó a ambos y a Acero, que estaba del otro lado de la sala. Si la ironía emitiera sonidos ya estarían todos sordos. Toda su vida, Reductor y Acero habían experimentado con los demás, habitualmente provocando la muerte. Ahora tenían una víctima que imploraba literalmente que la sometieran al peligro y debían rechazarla. El rechazo era inevitable. Aunque Jefri no hubiera presentado objeciones, la manada Amdi era demasiado valiosa para correr riesgos. Más aún, Amdi era un octeto. Era un milagro que una manada tan numerosa siquiera funcionase. Los peligros que presentara la radio serían mucho mayores para él.

Así que hallarían una víctima adecuada. Algún desgraciado. Sin duda abundaban en las mazmorras de Isla Oculta. Tyratheck recordó todas las manadas que Reductor había matado. Odiaba a Reductor, su calculadora crueldad. *Soy mucho peor que Acero, porque yo creé a Acero.* Recordó sus pensamientos de la última hora. Éste era uno de esos días malos, uno de esos días en que Reductor afloraba desde los recovecos de su mente, cuando el poder de su razón se transformaba en racionalización y ella se transformaba en él. Aun así, quizá conservara el control por unos segundos más. ¿Qué haría con él? Un alma fuerte podría negarse a sí misma, transformarse en otra persona... al menos podría terminar siendo ella misma.

—Yo probaré la radio —dijo irreflexivamente. *Débil, tonta timorata.*

—¿Qué? —dijo Acero.

Pero las palabras habían sido claras y Acero había oído bien. El Fragmento de Reductor sonrió secamente.

—Quiero ver qué puede hacer la radio. Déjame probarla, querido Acero.

Llevaron las radios al patio, del lado donde se hallaba la nave estelar, oculta a la vista general. Aquí sólo serían Amdijefri, Acero y *quien yo sea en el momento*. El Fragmento de Reductor se rió del creciente temor. *Disciplina*, pensó. Tal vez eso fuera lo mejor. Se plantó en el medio del patio y dejó que el humano le ayudara con el equipo de radio. Era extraño ver a otro ser inteligente tan cerca, irguiéndose sobre ella.

Las zarpas increíblemente articuladas de Jefri le pusieron las túnicas sobre los

lomos. El material interno era blando, abrigaba; y, al contrario de las prendas normales, las radios cubrían los tímpanos de quien las usaba. El niño trató de explicarle lo que estaba haciendo.

—¿Ves? Esta cosa —tiró de una punta de la túnica— va sobre tu cabeza. El interior tiene [algo] que produce sonido dentro de la radio.

El Fragmento se apartó cuando el niño trató de echarle la prenda hacia delante.

—No, así no puedo pensar.

Sólo así, con todos los miembros mirando hacia dentro, el Fragmento podía conservar la plena conciencia. Sus partes más débiles ya afrontaban el pánico del aislamiento. La conciencia que era Tyratheck hoy aprendería algo.

—Oh, lo lamento —dijo Jefri. Se volvió hacia Amdi y comentó que quizá debieran usar el viejo diseño.

A diez metros, Amdi juntó las cabezas. Había estado huraño, enfadado por la negativa, nervioso por estar alejado del Dos-Patas. Pero al continuar los preparativos, se calmó. Los ojos de los cachorros revelaron una alegre fascinación. El Fragmento sintió afecto por aquellos inquietos cachorros.

Amdi se acercó, aprovechando el hecho de que las túnicas sofocaban los sonidos mentales del Fragmento.

—Jefri dice que no deberíamos haber hecho la radio mental. Pero yo sé que será mucho mejor. Y —añadió con transparente picardía— aún podéis dejarme probar a mí.

—No, Amdi. Así debe ser —dijo Acero con aire comprensivo. Sólo el Fragmento de Reductor pudo ver la mueca burlona de un par de los miembros de Acero.

—Bien, de acuerdo. —Los cachorros se acercaron—. No temas, Tyratheck. Hemos dejado las radios al sol durante un tiempo, así que deben tener suficiente energía. Para que funcionen, debes ceñirte los cinturones, incluso los del pescuezo.

—¿Todos al mismo tiempo? Amdi vaciló.

—Quizá sea lo mejor. De lo contrario, las velocidades no concordarán y... —le dijo algo al Dos-Patas. Jefri se aproximó.

—Este cinturón va aquí y éste aquí. —Señaló las correas de huesos trenzados que ceñían la capucha de la cabeza—. Luego tira de ésta con la boca.

—Cuanto más fuerte tires, más fuerte será la radio —añadió Amdi.

—De acuerdo. —El Fragmento acercó sus miembros. Se acomodó las túnicas, ciñéndose los cinturones de los hombros y los vientres. Era sofocante. Las túnicas parecían adherirse a sus tímpanos. Se miró, se aferró desesperadamente a sus vestigios de conciencia. Las túnicas eran hermosas, una oscuridad mágica, aunque con el destello áureo y plateado de un señor reductorista. Hermosos instrumentos de tortura. Ni siquiera Acero había imaginado una venganza tan perversa. ¿O sí?

El Fragmento cogió las correas y tiró.

Veinte años atrás, cuando Tyratheck era nueva, amaba pasear con su progenitor de fisión en las dunas cubiertas de hierba a orillas del lago Kitcherri. Eso fue antes de la separación, antes que la soledad llevara a Tyratheck a la capital de la República en busca de «sentido». No toda la costa del lago Kitcherri era playas y dunas. Más al sur estaba la Rocosidad, donde los arroyos se abrían paso en la piedra. A veces, especialmente después de reñir con su progenitor, Tyratheck caminaba desde la costa entre arroyos bordeados por peñascos lisos y abruptos. Era una especie de castigo; había lugares donde la piedra tenía un resplandor vidrioso y no absorbía el sonido. Todo tenía ecos, hasta el tope del pensamiento. Era como si estuviera rodeada por copias de sí misma y todas las copias pensarán los mismos sonidos pero desfasados.

Los ecos suelen ser problemáticos cuando hay paredes de piedra sin revestimiento, especialmente cuando el tamaño y la geometría son desfavorables. Pero los peñascos eran unos reflectores perfectos, la pesadilla de un picapedrero; y había lugares donde la forma de la Rocosidad se confabulaba con los sonidos. Cuando Tyratheck caminaba por allí, no podía distinguir sus pensamientos de los ecos. Todo estaba distorsionado por la resonancia. Al principio le había producido un gran dolor y había echado a correr. Pero se obligó a regresar una y otra vez, y al fin aprendió a pensar incluso en los lugares más angostos.

El radio de Amdijefri se parecía a los peñascos de Kitcherri. *Suficiente para salvarme, quizá.* Tyratheck recobró la conciencia hecha un ovillo. A lo sumo habían transcurrido segundos desde que la radio había empezado a funcionar. Amdi y Acero la miraban. El humano acunaba uno de los cuerpos de Tyratheck, hablándole. Tyratheck lamió la pata del niño, se incorporó. Sólo oía sus propios pensamientos, pero tenían ese reborde afilado de los ecos en la piedra.

Se apoyó de nuevo sobre los vientres. Algunos de sus miembros vomitaban en el suelo. El mundo vibraba con discordancia. *El pensamiento está allí. ¡Cógelo, cógelo!* Todo era cuestión de coordinación, de sincronización. Recordó que Amdijefri había comentado que la radio era muy rápida. En cierto sentido, esto era la inversión del problema de los peñascos.

Sacudió las cabezas, dominándose.

—Dadme un momento —dijo con voz calmada. Miró en torno. *Despacio.* Si se concentraba, si no se apresuraba, podría pensar. De pronto sintió la presión de las túnicas sobre los tímpanos. Debería estar ensordecida, aislada, pero sus pensamientos no eran más turbios que después de un mal sueño.

Se incorporó de nuevo y caminó despacio. —¿Podéis oírme? —preguntó.

—Sí —dijo Acero, quien se alejó con nerviosismo. Desde luego. Las túnicas sofocaban el sonido como un revestimiento grueso, absorbiendo todo lo que estuviera en el espectro del pensamiento. Pero el lenguaje intermanada y el samnorsk eran sonidos de baja modulación, así que no quedaban afectados. Se detuvo, conteniendo

el aliento. Oyó trinos de pájaros y sonidos de sierras al otro lado del patio. Pero Acero estaba a sólo diez metros. Su ruido mental debía haber sido una intrusión estentórea, desorientadora. Se esforzó por oír... Sólo captaba sus propios pensamientos y un carraspeo zumbón que parecía venir de todas partes.

—Y pensábamos que esto podría darnos el control en la batalla —comentó desconcertada. Volvió todos sus miembros hacia Amdi. Se le acercaron. Aún no oía ruido mental. Amdi tenía los ojos desorbitados. Los cachorros no se movieron, aunque los ocho parecían inclinarse hacia ella—. Sabías que sería así, ¿verdad?

—Eso esperaba, eso esperaba. —Amdi se le acercó más. Los ocho cachorros miraron a los cinco miembros de Tyratheck a poca distancia. Extendieron los hocicos, rozando los de Tyratheck. Sus ruidos mentales apenas atravesaban la túnica, como si estuvieran muy lejos. Ambos se miraron atónitos. *¡Hocico contra hocico, y ambos podían pensar!* Amdi soltó un hurra de alegría y se puso a brincar, frotándose contra las patas de Tyratheck—. ¿Ves, Jefri? —gritó en samnorsk—. ¡Funciona! ¡Funciona!

Tyratheck se tambaleó ante esa embestida, casi perdió sus pensamientos. Lo que acababa de ocurrir... no había sucedido en toda la historia del mundo. *Si las manadas pensantes podían trabajar cabeza con cabeza...* Las consecuencias serían tales que sentía un mareo de sólo pensarlo.

Acero se acercó un poco y soportó un fuerte abrazo de Jefri Olsndot. Acero procuraba sumarse a la celebración, pero no estaba seguro de lo que había ocurrido. No había vivido las consecuencias como Tyratheck.

—Un maravilloso progreso por tratarse del primer intento —dijo—. Pero aun así debe ser doloroso. —Dos de sus miembros miraron atentamente a Tyratheck—. Debemos quitarte ese equipo y darte un poco de descanso.

—¡No! —exclamaron Tyratheck y Amdi, casi al unísono. Ella le sonrió a Acero—. Aún no lo hemos probado de veras, ¿verdad? Nuestro propósito es obtener comunicaciones a larga distancia. —*Al menos, pensábamos que ése era el propósito.* De hecho, aunque no tuviera más alcance que los sonidos del habla, ya era un éxito sensacional.

—Oh —Acero sonrió tímidamente y miró con disimulada severidad a Tyratheck. Jefri aún le abrazaba dos pescuezos. Acero era la imagen de la angustia apenas contenida—. Bien, continuad despacio pues. No sabemos qué sucedería si estuvieras fuera de alcance.

Dos miembros de Tyratheck se separaron de Amdi y se alejaron unos metros. El pensamiento era tan nítido, y tan potencialmente desorientador, como antes, pero ya empezaba a dominarse y no le costaba mantener el equilibrio. Caminó diez metros más, el máximo alcance para que una manada pudiera coordinarse en las condiciones más favorables.

—Es como si aún tuviera las cabezas unidas —dijo maravillada—. Comúnmente,

a diez metros, los pensamientos eran tenues y la demora tan grande que la coordinación resultaba difícil.

—¿Hasta dónde puede llegar? —le preguntó a Amdi. Él rió con un sonido humano y le acercó una cabeza.

—No estoy seguro. Debería llegar al menos hasta las murallas externas.

—Bien —dijo Tyratheck con voz normal para Acero—, veamos si puedo apartarme un poco más. —Los dos miembros caminaron diez metros más. ¡Estaban a más de veinte metros de distancia!

Acero tenía los ojos desorbitados.

—¿Y ahora?

Tyratheck rió.

—Mi pensamiento es tan nítido como antes.

Sus dos miembros continuaron alejándose.

—¡Aguarda! —rugió Acero, dando un brinco—. Esa distancia... —Luego recordó a los presentes y su furor se transformó en temerosa preocupación por su bienestar—. Esa distancia es demasiado peligrosa para el primer experimento. ¡Regresa!

Los miembros que estaban junto a Amdi sonrieron despreocupadamente.

—Pero Acero, nunca me fui —dijo en samnorsk.

Amdijefri rió a carcajadas.

Estaba a cincuenta metros de distancia. Los dos miembros echaron a trotar, viendo cómo Acero tragaba espuma. Sus pensamientos aún eran tan nítidos y precisos como si tuviera las cabezas unidas. *¿Qué rapidez tiene esta cosa?*

Pasó junto a Shreck y los guardias apostados en el linde del campo.

—¿Qué cuentas, Shreck? —dijo uno de sus miembros a los estupefactos guardias. Acero le gritaba a Shreck, ordenándole que la siguiera.

Pasó del trote a la carrera. Se dividió y uno de ellos fue al norte, y el otro al sur. Shreck y los suyos la siguieron, entorpecidos por la sorpresa. El domo de la fortaleza interna estaba entre ambos miembros, una mole de piedra. Los pensamientos radiales se desvanecieron en ese carraspeo zumbón.

—No puedo pensar —le murmuró a Amdi.

—Tira de las correas de la boca. Sube el volumen de tus pensamientos.

Tyratheck tiró y el zumbido se disipó. Recobró el equilibrio y corrió en torno de la nave estelar. Uno de sus miembros estaba ahora en una zona de construcción. Los artesanos la miraron alarmados. Un miembro suelto habitualmente significaba un accidente fatal o una manada que se había desbocado. En cualquiera de ambos casos era preciso sujetar al singular. Pero el miembro de Tyratheck usaba una túnica con destellos de oro. Y Shreck y sus guardias gritaban a todos que se apartaran.

Tyratheck volvió una cabeza hacia Acero y exclamó con alegría:

—¡Es increíble!

Corrió entre los amedrentados obreros, hacia las murallas del sur y del oeste. Estaba por todos lados, apartándose cada vez más. Estos segundos constituirían recuerdos que sobrevivirían a su alma, que serían leyenda en la mente de sus descendientes, dentro de mil años.

Acero se tendió en el suelo. La situación estaba fuera de su control: toda la gente de Shreck estaba del otro lado de la fortaleza interna. Él y Amdijefri sólo podían guiarse por lo que decía Tyratheck y por los gritos de alarma.

Amdi brincaba en torno de ella.

—¿Dónde estás ahora? ¿Dónde?

—Casi en la muralla externa.

—No te alejes más —dijo Acero con severidad.

Tyratheck apenas le oyó. Bebería durante unos segundos más ese glorioso poder. Subió la escalinata a la carrera. Los guardias retrocedieron y algunos miembros saltaron al patio. Shreck aún la seguía, gritando a los demás que se apartaran.

Un miembro llegó al parapeto, luego el otro.

Tyratheck jadeó.

—¿Estás bien? —preguntó Amdi.

—Yo... —Tyratheck miró en torno. Desde sus posiciones en la muralla sur podía verse en el patio del castillo: un pequeño apiñamiento de oro y negro, sus tres miembros y Amdi. Más allá de las murallas del noreste se extendían el bosque y los valles, los senderos que se internaban en las montañas de los Colmillos de Hielo. Al oeste estaba Isla Oculta y las brumosas aguas interiores. Eran cosas que había visto un millar de veces como Reductor. ¡Cómo había amado ese dominio! Pero ahora lo veía todo como en un sueño, tan apartados estaban sus ojos. Su manada era casi tan ancha como el castillo mismo. La visión de paralaje hacía que Isla Oculta pareciera muy cercana. Castillo Nuevo era como una maqueta extendida a su alrededor. *Todopoderosa Manada de las Manadas... ésta era la visión de Dios.*

Los guerreros de Shreck se acercaban. Había enviado un par de manadas en busca de instrucciones.

—Un par de minutos. Bajaré dentro de un par de minutos —dijo Tyratheck a los guerreros de la empalizada y luego a Acero. Se volvió para contemplar sus dominios.

Sólo había extendido dos miembros en medio kilómetro, pero no había demora perceptible; su coordinación le producía la misma sensación de inmediatez que cuando todos estaban juntos. Y aún quedaba margen en las correas. ¿Y si extendía sus cinco miembros a kilómetros de distancia? Toda la comarca del norte sería su habitación privada.

¿Y Reductor? Ah, Reductor. ¿Dónde se hallaba? Los recuerdos aún estaban allí, pero... Tyratheck recordó la pérdida de conciencia que había sufrido cuando

comenzaron a funcionar las radios. Se requería una destreza especial para pensar coordinadamente con tal celeridad. Tal vez el señor Reductor nunca había caminado entre peñascos estrechos cuando era nuevo. Tyrathect sonrió. Tal vez sólo su configuración mental era apta para utilizar las radios. *En ese caso...* Tyrathect contempló nuevamente el paisaje. Reductor había forjado un gran imperio. Si estos nuevos desarrollos se manejaban con tino, las victorias venideras lo volverían infinitamente más grandioso.

Se volvió hacia los guerreros de Shreck.

—Muy bien, ya es hora de regresar.

Era pleno verano cuando el ejército de Tallamadera marchó hacia el norte. Los preparativos habían sido frenéticos y Vendaz había agotado a todos con sus exigencias. Habían tenido que fabricar treinta cañones. Escripilo había forjado setenta tubos hasta dar con uno que disparase con precisión. Habían tenido que entrenar artilleros y descubrir métodos seguros para disparar. Habían tenido que comprar carretas y cerdos-kher.

Sin duda la noticia de los preparativos ya había llegado al norte. Tallamaderas era una ciudad portuaria y no podía impedir el movimiento comercial. Vendaz les advirtió sobre ello en más de una reunión del consejo. Acero sabía que estaban en camino. Lo importante era lograr que los reductoristas ignorasen el número exacto, el momento y el propósito.

—Tenemos una gran ventaja sobre el enemigo —declaró—. Tenemos agentes en sus consejos superiores. Sabemos lo que ellos saben sobre nosotros.

No podían impedir que los espías se enterasen de lo obvio, pero con los detalles era distinto.

El ejército avanzó por varias rutas terrestres, algunas carretas por aquí, algunas escuadras por allá. La expedición estaba integrada por mil manadas, pero sólo se reunirían cuando llegaran al corazón del bosque. Habría sido más fácil realizar el primer tramo de la travesía por mar, pero los reductoristas tenían vigías apostados en los fiordos. Cualquier desplazamiento marítimo, hasta en pleno territorio de Tallamaderas, se conocería en el norte. Así que trajinaron por las sendas del bosque, atravesando zonas que Vendaz había limpiado de agentes enemigos.

Al principio la marcha fue muy fácil, al menos para quienes viajaban en las carretas. Johanna iba en una de las carretas de retaguardia, con Tallamadera y el dataset. *Hasta yo empiezo a tratar esta cosa como un oráculo*, pensó Johanna. Lástima que no pudiera predecir el futuro.

El tiempo era hermoso, un atardecer precioso. Era extraño que tanta belleza inquietara a Johanna, pero no podía evitarlo. Esto se parecía mucho a su llegada a ese mundo, cuando todo... se había desquiciado.

Durante las primeras jornadas, mientras aún estaban en territorio amigo, Tallamadera señalaba todos los picos que avistaban y trataba de traducir su nombre al samnorsk. Al cabo de seiscientos años la reina conocía al dedillo su territorio, incluidas las extensiones de nieve que duraban todo el verano. Le mostró a Johanna una libreta que llevaba consigo. Cada página databa de un año distinto y mostraba las nieves perennes tal como habían aparecido el mismo día de otro verano. Al volver las páginas, la libreta parecía un toco ejemplo de animación. Johanna veía que las nieves se movían, creciendo a través de las décadas, y luego retrocedían.

—La mayoría de las manadas no viven el tiempo suficiente para sentirlo —dijo Tallamadera—, pero para mí esas nieves que duran todo el verano son como criaturas vivientes. ¿Ves cómo se mueven? Son como lobos y nuestro fuego, que es el sol, les mantiene lejos de nuestro terruño. Andan en círculos, crecen. A veces se unen y un nuevo glaciar inicia su marcha hacia el mar. Johanna rió con cierto nerviosismo.

—¿Están ganando?

—En los últimos cuatro siglos, no. Los veranos han sido tórridos y ventosos. ¿A la larga?, lo ignoro. Y ya no me importa demasiado. —Aunó a sus dos cachorros y rió suavemente—. Los pequeños de Errabundo aún no pueden pensar, pero yo ya estoy perdiendo mi amplitud de miras.

Johanna le acarició el pescuezo.

—Pero los cachorros también son tuyos.

—Lo sé. La mayoría de mis cachorros han estado con otras manadas, pero éstos son los primeros que he conservado para que sean yo. —Su miembro ciego acarició con el hocico a uno de los cachorros. Este se retorció y emitió un sonido vibrante que estaba en el linde de la audición de Johanna. La muchacha sostenía a otro en su regazo. Los cachorros púa se parecían más a las focas que a los perros. Los pescuezos eran largos en comparación con los cuerpos. Y parecían desarrollarse con mayor lentitud que el perrito que ella y Jefri habían criado. Todavía ahora parecían tener problemas de concentración. Acarició con los dedos la cabeza del cachorro, que hacía cómicos esfuerzos para seguirla con los ojos.

Al cabo de sesenta días, los cachorros aún no caminaban. La reina usaba dos casacas especiales con bolsillos en los flancos. Casi toda la vigilia, los pequeños se quedaban allí, mamando a través del pelaje del vientre. En algunos sentidos, Tallamadera trataba a su prole como lo haría un humano. Se ponía nerviosa cuando no los tenía a la vista. Le agradaba mimarlos y jugar juegos de coordinación. A menudo se los ponía en los lomos y les palmeaba las zarpas en una secuencia de ocho, luego mordisqueaba a uno de los dos en el vientre. Los dos se contorsionaban ferozmente ante el ataque, agitando las patitas.

—Mordisqueo a aquel cuya pata toqué la última. Errabundo es digno de mí. Estos dos ya están pensando un poco, ¿ves?

Señaló al cachorro que se había hecho un ovillo, evitando casi todos sus cosquilleos sorprendidos.

En otros sentidos, la crianza de los cachorros púa era tan extraña que resultaba inquietante. Ni Tallamadera ni Errabundo les hablaban en tonos audibles, pero sus «pensamientos» ultrasónicos siempre sondeaban a los pequeños, con una regularidad que hacía vibrar las paredes de la carreta. La madera zumbaba bajo las manos de Johanna. Era como una madre entonando una canción de cuna, pero ella notaba que tenía otro propósito. Las criaturillas respondían a los sonidos, retorciéndose en ritmos

complicados. Errabundo decía que pasarían treinta días para que los cachorros pudieran aportar pensamiento consciente a la manada, pero que ya les estaban adiestrando para esa función.

Acampaban una parte de cada día, y las tropas se turnaban como líneas de centinelas. Durante el viaje se detenían a menudo para despejar el sendero, para aguardar informes o para descansar. En uno de esos descansos, Johanna se sentó con Errabundo a la sombra de un árbol que parecía un pino pero olía a miel. Errabundo jugaba con sus cachorros, ayudándoles a incorporarse y a caminar. El zumbido que emitía Errabundo indicaba que estaba irradiando sus pensamientos a los cachorros. Y, de pronto, le parecieron más marionetas que pequeños.

—¿Por qué no les dejas jugar solos, o con sus...? —¿*Hermanos*? ¿Cómo se llamaban los cachorros nacidos en la otra manada?—. ¿Con los cachorros de Tallamadera?

El peregrino, aún más que Tallamadera, había procurado aprender las costumbres humanas. Era la manada más flexible que ella conocía. A fin de cuentas, si podías aceptar a un asesino en tu mente, tenías que ser flexible. Pero Errabundo se sobresaltó ante la pregunta. Los zumbidos cesaron de pronto y se echó a reír. Era una risa muy humana, aunque un poco teatral. Errabundo había pasado horas con las comedias interactivas del dataset, tanto para entretenerse como para aprender.

—¿Jugar? ¿Solos? Sí, entiendo que te parezca natural. Para nosotros sería una especie de perversión... No, algo peor, pues las perversiones al menos son momentáneamente divertidas para algunos. Pero criar a un cachorro como singular, o aun como dúo, sería transformar a un miembro cabal en un animal.

—¿Quieres decir que los cachorros nunca tienen vida propia?

Errabundo ladeó las cabezas y se tendió en el suelo. Uno de sus miembros continuó olisqueando a los cachorros, pero Johanna contaba con su atención. Le interesaban muchísimo las exóticas costumbres humanas.

—Bien, a veces se produce una tragedia... un cachorro huérfano que queda solo. A menudo no hay cura para ello. La criatura se vuelve demasiado independiente para fusionarse con una manada. En cualquier caso, es una vida muy solitaria y vacía. Tengo recuerdos personales de cuan desagradable puede ser.

—Te pierdes muchas cosas. Sé que has mirado cuentos infantiles en el dataset. Es triste que nunca podáis ser jóvenes y tontos.

—¡Oye! No dije eso. Yo he sido bastante joven y tonto. Es mi forma de vida. Y la mayoría de las manadas son así cuando tienen varios miembros jóvenes de diferentes progenitores. —Mientras hablaban, uno de los cachorros de Errabundo se había acercado al extremo de la manta donde estaban sentados. Extendió el pescuezo torpemente para olfatear las flores que crecían en las raíces de un árbol cercano. Mientras el cachorro hurgaba en el verde y el rojo, la vibración se reinició. Los

movimientos del cachorro se volvieron un poco más coordinados—. ¡Vaya! Puedo oler las flores con él. Apuesto a que ambos veremos por los ojos del otro antes de llegar a Isla Oculta. —El cachorro retrocedió y los dos ejecutaron una pequeña danza sobre la manta. Las cabezas de Errabundo se mecieron al son de ese movimiento—. ¡Son unos pequeñines muy brillantes! —sonrió—. Oh, no somos tan distintos, Johanna. Sé que los humanos se enorgullecen de sus pequeños. Tanto Tallamadera como yo nos preguntamos qué será de los nuestros. Ella es tan brillante y yo... bien, tan alocado. ¿Estos dos me transformarán en un genio científico? ¿Los de Tallamadera la transformarán en una aventurera? Tallamadera es una gran criadora, pero ni siquiera ella sabe cómo serán nuestras nuevas almas. ¡Oh, no veo el momento de ser seis nuevamente!

Gramil, Errabundo y Johanna habían tardado sólo tres días en llegar desde Dominio de Reductor hasta la bahía de Tallamadera. Este ejército tardaría casi treinta días en regresar adonde había comenzado la aventura de Johanna. En el mapa aparecía como un sendero tortuoso que zigzagueaba a través de la comarca de los fiordos. Aun así, los primeros diez días fueron increíblemente fáciles. El tiempo permaneció seco y cálido. Era como si el día de la emboscada se prolongara para siempre. Un verano de vientos secos, decía Tallamadera. Normalmente había tormentas, al menos nubes; en cambio, ahora el sol giraba sin cesar sobre la techumbre del bosque, y cuando irrumpían en un claro (nunca por mucho tiempo, y sólo cuando Vendaz estaba seguro de que no corrían peligro), el cielo estaba despejado.

De hecho, ya había inquietud por el tiempo. Al mediodía era tremendamente tórrido. El viento era constante y seco. El bosque mismo se estaba secando y era preciso ser prudente con las fogatas. Y con el sol siempre arriba y sin nubes, los vigías podrán avistarles a kilómetros de distancia. Esdrúpilo estaba de mal humor. No había esperado disparar sus cañones durante la marcha, pero al menos quería entrenar a sus tropas en campo abierto.

Oficialmente, Esdrúpilo era miembro del consejo y el primer ingeniero de la reina. Desde su experimento con el cañón, había insistido en el título de «comandante de artilleros». A Johanna el ingeniero siempre le había parecido lacónico e impaciente. Sus miembros no cesaban de moverse. Pasaba con el dataset tanto tiempo como la reina o Errabundo, pero tenía muy poco interés en temas relacionados con la gente.

—Es ciego para todo excepto para las máquinas —comentó una vez Tallamadera—, pero así fue como le hice. Inventó muchas cosas, aun antes que tú llegaras.

Esdrúpilo se había enamorado de los cañones. Para la mayoría de las manadas, disparar esas armas era una experiencia dolorosa. Desde esa prueba inicial, Esdrúpilo los había disparado una y otra vez, tratando de mejorar los tubos, la pólvora y los

proyectiles explosivos. Tenía varias quemaduras de pólvora en el pelaje. Aseguraba que el estruendo de las explosiones despejaba la mente, pero casi todos los demás decían que causaba aturdimiento.

Durante las paradas, Escrúpilo recorría las filas arengando a sus artilleros. Aprovechaba hasta la parada más breve como una oportunidad para el adiestramiento ya que en el combate la celeridad sería esencial. Había diseñado hombreras especiales, basadas en las orejeras de los artilleros nyjoranos. No cubrían las orejas de sonidos graves, sino los tímpanos de la frente y el hombro del miembro artillero. Al ceñirlas, esas hombreras obnubilaban la mente, pero durante los momentos en que se disparaba valía la pena. Escrúpilo utilizaba las hombreras continuamente, pero sin ceñir. Parecían aletas que le salían de la cabeza y los hombros. Obviamente pensaba que el efecto era llamativo y sus artilleros ahora procuraban usarlas en todo momento. Al cabo de un tiempo, fue evidente que el entrenamiento daba sus frutos; al menos, podían apuntar los cañones con gran rapidez, meter la pólvora y el proyectil y gritar el equivalente púa de un ¡BANG!

El ejército llevaba mucha más pólvora que comida. Las manadas debían alimentarse de lo que hallaran en el bosque. Johanna tenía poca experiencia con campamentos en una atmósfera. ¿Los bosques siempre eran tan generosos? Por cierto no se parecían a los bosques urbanos de Straum, donde se requería licencia especial para apartarse de las sendas marcadas y la mayor parte de la fauna silvestre estaba formada por imitaciones mecánicas de los originales nyjoranos. Este lugar era aún más agreste que lo que describían las crónicas de Nyjora. A fin de cuentas, ese mundo estaba colonizado antes de caer en el medievalismo. Los púas nunca habían sido civilizados y sus ciudades nunca se habían extendido por todos los continentes. Errabundo sospechaba que había menos de treinta millones de manadas en todo el mundo. El noroeste apenas comenzaba a poblarse. Había animales por doquier. Cuando cazaban, los púas eran como animales. Los guerreros corrían por el sotobosque. El sistema favorito era la cacería de resistencia, donde perseguían a la presa hasta que caía exhausta. Eso no resultaba práctico aquí, pero les complacía acorralar a las presas incautas en emboscadas.

A Johanna no le agradaba. ¿Era una perversión medieval o una característica de los púas? Si disponían de tiempo, los guerreros no empleaban sus arcos y cuchillos. El placer de la cacería incluía desgarrar pescuezos y vientres con dientes y zarpas. Claro que las criaturas del bosque tenían sus defensas; el peligro había acechado allí durante millones de años, con ciertas consecuencias evolutivas. Casi todos los animales generaban un chirrido ultrasónico que sofocaba totalmente el pensamiento de las manadas cercanas. Había partes del bosque que a Johanna le parecían silenciosas pero que el ejército atravesaba con un cauto galope, mientras guerreros y conductores se contorsionaban de dolor ante ese ataque invisible. Algunos animales

del bosque eran más sofisticados. A los veinticinco días, el ejército se atascó cuando intentaba atravesar el valle más grande que había encontrado. En el medio, tácticamente oculto por la arboleda, corría un río que desembocaba en el mar occidental. Las paredes de aquellos valles no se parecían a nada que Johanna hubiera visto en los parques de Straum, y tenían forma de U; eran abruptas en los bordes, luego se transformaban en declives y al fin en una suave planicie por donde circulaba el río.

—Es la forma que les imprime el hielo —explicó Tallamadera—. Hay lugares camino arriba donde lo he visto ocurrir.

Le mostró a Johanna las explicaciones del dataset. Esto sucedía cada vez más. Errabundo, Tallamadera y aun Escrúpilo parecían conocer la educación moderna mejor que Johanna.

Ya habían atravesado varios valles. Descender por las partes empinadas siempre era tedioso, pero hasta ahora los senderos eran buenos. Vendaz les llevó hasta el linde de este último valle.

Tallamadera y su séquito se encontraban al amparo de los árboles, a poca distancia del declive. A pocos metros, Johanna estaba rodeada por Errabundo Wickwracktriz. Los árboles de esta elevación le recordaban pinos. Las hojas eran angostas y ahusadas y duraban todo el año. Pero la corteza tenía ampollas blancas y la madera era rubia. Lo más raro eran las flores. Rojas y violáceas, nacían de las raíces expuestas de los árboles. En el mundo de los púas no existía el equivalente de las abejas, pero había un movimiento constante en torno de las flores, y mamíferos del tamaño de un pulgar trepaban de planta en planta. Había miles de ellos, pero no parecían tener interés en nada, excepto las flores y la dulzura que éstas rezumaban. Johanna se acostó entre las flores admirando el paisaje mientras la reina parloteaba con Vendaz. ¿A cuántos kilómetros se veía desde aquí? El aire estaba muy limpio. Al este y al oeste, el valle se prolongaba sin cesar. El río era un hilillo plateado que asomaba de vez en cuando a través de la arboleda.

Errabundo la tocó con un hocico y señaló a la reina con una cabeza. Tallamadera señalaba aquí y allá.

—Están discutiendo. ¿Quieres una traducción?

—Sí.

—A Tallamadera no le gusta este camino —Errabundo alteró la voz, imitando el tono que usaba la reina cuando hablaba en samnorsk—. El camino está totalmente expuesto. Desde el otro lado, cualquiera puede contar cada una de nuestras carretas a gran distancia.

Vendaz agitó las cabezas con indignación, lanzó un cloqueo de furia. Errabundo rió entre dientes y modificó la voz para imitar al jefe de seguridad:

—Majestad, mis exploradores han recorrido el valle hasta la otra pared. No hay

peligro.

—Sé que has obrado milagros, pero ¿me puedes asegurar que has explorado toda la cara norte? Está a más de cinco kilómetros y desde mi juventud sé que hay muchas grutas... tú también tienes esos recuerdos.

—¡Eso le hizo callar! —rió Errabundo.

—Vamos, sólo traduce. —Johanna ya era capaz de interpretar los gestos y los tonos. A veces incluso los acordes de los púas tenían sentido para ella.

—De acuerdo.

La reina reunió a sus cachorros y se sentó.

—Si el cielo no estuviera tan despejado —dijo en un tono conciliatorio—, o si fuera de noche, podríamos intentarlo, pero... ¿Recuerdas el sendero viejo? ¿Treinta kilómetros tierra adentro? Ahora debe estar cubierto de maleza. Y la carretera de regreso es...

Vendaz soltó un chistido de irritación.

—¡Te digo que es seguro! Perderemos días en el otro sendero. Si llegamos tarde a territorio reductorista, todo mi trabajo habrá sido en vano. Debemos continuar por aquí.

—Epa —susurró Errabundo, sin poder contener sus comentarios—. Creo que el viejo Vendaz ha ido demasiado lejos. —La reina irguió las cabezas. Errabundo dijo, imitando su voz humana—: Entiendo tu angustia, manada de mi sangre. Pero seguiremos por donde ordeno. Si no te apetece, aceptaré con tristeza tu renuncia.

—Pero me necesitas.

—No tanto.

Johanna comprendió que toda la misión podía fracasar aquí, sin que se hubiera disparado un tiro. *¿Dónde estaríamos sin Vendaz?* Contuvo el aliento y observó a las dos manadas. Partes de Vendaz caminaban en círculos, deteniéndose para mirar a Tallamadera con cara de pocos amigos. Al fin bajó todos los pescuezos.

—Mis disculpas, majestad. Mientras me consideres útil, continuaré a tu servicio.

Tallamadera también se distendió. Estiró las patas para acariciar a sus cachorros. Habían reaccionado según su estado de ánimo, pataleando y chistando.

—Estás perdonado. Quiero que tus opiniones sean independientes Vendaz. Han sido milagrosamente útiles.

Vendaz sonrió tímidamente.

—No creí que ese mequetrefe tuviera tanto carácter —dijo Errabundo al oído de Johanna.

Tardaron dos días en llegar al viejo sendero. Como Tallamadera había anunciado, estaba cubierto de maleza. Más aún, en ciertos sitios no había rastros del sendero, sólo árboles jóvenes que crecían en la tierra removida. Tardarían días en bajar por el valle de este modo. Si Tallamadera se arrepintió de su decisión, no lo mencionó. La

reina tenía seiscientos años y hablaba a menudo sobre la rigidez de la ancianidad. Ahora Johanna veía un claro ejemplo de lo que eso significaba.

Cuando se toparon con un barranco, talaron árboles y construyeron un puente. Tardaron un día en cruzar el lugar. Pero el avance era penosamente lento incluso donde el sendero aún se conservaba. Nadie viajaba en las carretas. El linde del sendero estaba carcomido y, a veces, las ruedas giraban sobre el vacío. A la derecha, Johanna veía copas de árboles que estaban a pocos metros de sus pies.

Se toparon con los lobos seis días antes del desvío, cuando estaban a punto de llegar al fondo del valle. *Lobos*. Así les llamaba Errabundo. Para Johanna parecían gerbos.

Acababan de completar un kilómetro de marcha fácil. Hasta bajo los árboles sentían el seco y cálido viento que soplaba sin cesar a través del valle. Las últimas franjas de nieve se derretían entre los árboles, y un humo espeso flotaba más allá de la pared norte.

Johanna caminaba junto a la carreta de Tallamadera. Errabundo iba diez metros atrás, conversando con ellos. La reina había estado muy callada los últimos días. De pronto se oyó un chirrido de alarma.

Un segundo después, Vendaz gritó cien metros adelante. A través de las brechas del bosque, Johanna vio que los guerreros empuñaban las ballestas para disparar contra la ladera. La luz del sol atravesaba los árboles arrojando manchas de luz entre los soldados que se movían caóticamente de aquí para allá. Pero había criaturas que no eran púas. Pequeñas, pardas o grises, correteaban entre las sombras y las manchas de luz. Treparon por la ladera embistiendo a los soldados desde el lado contrario al que disparaban.

—¡Girad! ¡Girad! —gritó Johanna, pero su voz se perdió en la turbamulta. Además, ¿quién podía entenderle? Tallamadera miraba la batalla con todos sus ojos. Cogió la manga de Johanna—. ¿Ves algo allá? ¿Dónde?

Johanna tartamudeó una explicación, pero ahora Errabundo había visto algo también. Su cloqueo se elevó sobre la batalla. Desandó el sendero para acercarse a Esdrúpilo, que intentaba preparar un cañón.

—¡Johanna! ¡Ayúdame!

Estaban a sólo cincuenta metros del carro del cañón, pero era cuesta arriba. Johanna corrió. Algo pesado se estrelló contra el sendero a sus espaldas. ¡Parte de un soldado! Se contorsionaba y chillaba. Media docena de gerbos se le adherían al cuerpo y su pelaje estaba estriado de sangre. Otro miembro cayó a su lado. Otro. Johanna trastabilló pero siguió corriendo.

Errabundo estaba de pie con las cabezas juntas, a pocos metros de Esdrúpilo. Todos sus miembros adultos estaban armados con cuchillos y púas de acero. Le indicó a Johanna que se acercara.

—Nos topamos con un nido de lobos —farfulló—. Debe estar entre este lugar y aquel sendero. Un bulto, como la torre de un castillo. Tenemos que destruir el nido. ¿Puedes verlo? —Evidentemente él no podía, aunque miraba hacia todas partes. Johanna miró hacia la ladera. El estrépito del combate había disminuido y sólo se oía el gemido de los púas agonizantes.

Johanna señaló.

—¿Te refieres a eso?, ¿esa cosa oscura?

Errabundo no respondió. Todos sus miembros temblaban, agitando las púas con las bocas. Johanna se apartó del cortante metal. Errabundo ya se había cortado. *Ataque sónico*. Miró camino arriba. Había tenido más de un año para conocer las manadas, y lo que veía ahora era... locura. Algunas manadas se desintegraban, corriendo por doquier a distancias donde era imposible conservar el pensamiento. Otras —como Tallamadera en su carreta— se amontonaban en pilas, sin mostrar una sola cabeza.

Más allá de una arboleda entrevió una marea gris. Los lobos.

Cada mole velluda parecía bastante inocente, pero el conjunto... Johanna quedó petrificada al ver cómo desgarraban la garganta del miembro de un guerrero.

Johanna era la única persona cuerda que quedaba y eso significaba que *sabría* que se moría. *Destruye el nido*.

En el carro del cañón sólo quedaba un miembro de Escrúpilo, el viejo Cabeza Blanca. Gallardo como siempre, se había calzado sus hombreras de artillero y olisqueaba debajo del tubo. *Destruye el nido*. ¡Tal vez no tan gallardo, después de todo!

Johanna saltó al carro. Rodó hacia el barranco, chocando contra un árbol, pero apenas se dio cuenta. Cabeza Blanca tiró del saco de pólvora, pero no podía manipularlo con un solo par de mandíbulas. Sin el resto de su manada, no tenía manos ni cerebro. Miró a Johanna con ojos desesperados.

Ella cogió el otro extremo del saco y entre ambos vertieron la pólvora en el cañón. Cabeza Blanca se zambulló en el equipo, buscando una bala. Más listo que un perro, y adiestrado. ¡Entre ambos, tenían una oportunidad!

Medio metro más abajo corrían los lobos. Podría haber luchado contra uno o dos, pero eran muchísimos, todos atacando a los miembros sueltos. Tres miembros de Errabundo rodeaban a Cicatriz y los cachorros, pero su defensa sólo consistía en agitar las patas sin ton ni son. La manada había soltado los cuchillos y las púas. Johanna y Cabeza Blanca metieron el proyectil en el cañón. Cabeza Blanca fue a la parte trasera, comenzó a manejar el pequeño encendedor de mecha que usaban los artilleros. Era algo que se podía sostener con una sola boca, pues sólo un miembro disparaba el arma.

—¡Espera, idiota! —protestó Johanna—. ¡Tenemos que apuntar esta cosa!

Cabeza Blanca pareció entristecerse, como si no entendiera la queja. Soltó la varilla, pero aún sostenía el encendedor. Encendió la llama, retrocedió con resolución, intentó eludir a Johanna. Ella le empujó, miró colina arriba. *Esa cosa oscura debe ser el nido*. Inclínó el tubo del cañón y apuntó, acercando el rostro al insistente Cabeza Blanca y su llama. Cabeza Blanca aproximó la llama al orificio.

La detonación sacudió a Johanna. Por un instante sólo pudo pensar en el dolor que le taladraba los oídos. Rodó, quedó sentada, tosiendo en el humo. No oía nada salvo una vibración aguda y persistente. El carro se tambaleaba, con una rueda colgando sobre la barranca; Cabeza Blanca pataleaba bajo el extremo trasero del cañón. Johanna le liberó y le palmeó la cabeza. Uno de los dos estaba sangrando. Aturdida, se sentó unos segundos, desconcertada por la sangre, tratando de imaginarse cómo había terminado en ese lugar.

Una voz gritaba en su cabeza: *No hay tiempo, no hay tiempo*. Se obligó a incorporarse y miró en torno, recobrando penosamente los recuerdos.

Había árboles astillados colina arriba. La madera clara destellaba entre los árboles. Más allá, donde antes estaba el nido, vio una extensión de tierra removida. Habían destruido el nido, pero la lucha continuaba.

Aún había lobos en el sendero, pero ahora eran ellos los que corrían hacia todas partes. Muchos saltaron del borde del sendero a los árboles y las rocas de abajo y los púas peleaban ahora de veras. Errabundo había recogido sus cuchillos, que estaban tan rojos como sus hocicos. Una cosa gris y sangrante voló por el aire y aterrizó a los pies de Johanna. El «lobo» no tenía más de veinte centímetros de longitud, y su pelambre sucia era grisácea. Parecía una mascota, pero sus diminutas fauces intentaban morderle los tobillos. Johanna lo aplastó con una bala de cañón.

En los tres días siguientes, mientras la gente de Tallamadera trajinaba para reorganizar sus tropas y el equipo, Johanna aprendió mucho sobre los lobos. Lo que ella y Cabeza Blanca habían hecho con el cañón había detenido el ataque. La destrucción del nido había salvado muchas vidas y también a la expedición. Los «lobos» eran criaturas de colmena, parecidas a las manadas. La especie de los púas utilizaba el pensamiento grupal para alcanzar una elevada inteligencia; Johanna jamás había visto una manada racional de más de seis miembros. Los nidos de lobos no buscaban una inteligencia elevada. Tallamadera sostenía que un nido podía tener millares de miembros y, por cierto, se habían topado con uno muy numeroso. Semejante cáfila no podía ser tan inteligente como un humano. Su capacidad de raciocinio era similar a la del miembro aislado de una manada. Al mismo tiempo, era mucho más flexible. Los lobos podían operar solos a grandes distancias. Cuando estaban a cien metros del nido, eran apéndices de su «reina», y su habilidad era indudable. Errabundo contó leyendas sobre nidos que tenían casi una inteligencia de manada; de habitantes del bosque que realizaban atados con los nidos cercanos,

dando alimento a cambio de protección. Mientras el nido emitiera sus ruidos de alta potencia, los lobos obreros se coordinaban casi como los miembros de un púa. Pero una vez muerto el nido, la criatura se desintegraba como una red barata de topología en estrella.

Por cierto, este nido había sorprendido al ejército de Tallamadera. Había aguardado en silencio hasta que los guerreros estuvieran cerca del centro de emisión. Luego, los lobos más alejados habían utilizado un mimetismo sincronizado para crear «fantasmas» sónicos, engañando a las manadas para que no apuntaran contra el nido sino contra los árboles. Y cuando se inició la emboscada, el nido había lanzado chillidos concentrados para confundir a los púas. Ese ataque había sido mucho más devastador que el ruido que habían encontrado en otras partes del bosque. Para los púas, ese ruido podía ser espantosamente estridente, pero nunca causaba el caos mental que provocaban los lobos.

La emboscada había eliminado más de cien manadas. Algunas de ellas se habían refugiado con sus cachorros. Otras, como Escrúpilo, se habían desintegrado. En las horas siguientes, muchos de estos fragmentos regresaron para reorganizarse. Los púas resultantes estaban conmocionados, pero ilesos. Los guerreros intactos registraron los boscosos peñascos en busca de los miembros heridos de sus camaradas. A lo largo de la barranca había sitios con más de veinte metros de profundidad. Cuando las ramas de los árboles no habían detenido su caída, los miembros habían aterrizado en la roca pelada. Al fin, encontraron cinco miembros muertos y unos veinte gravemente heridos. Habían caído dos carretas. Estaban destrozadas y sus cerdos-kher demasiado malheridos para sobrevivir. Por pura suerte, los disparos no habían desencadenado un incendio en el bosque.

Tres veces el sol surcó el cielo en su curva trayectoria. El ejército de Tallamadera se recobró en un campamento, en las honduras del bosque del valle, junto al río. Vendaz apostó vigías con espejos de señales en la pared norte del valle. Este lugar era relativamente seguro y muy bello. No tenía la vista del bosque alto, pero se oía el Murmullo del río, tan fuerte que ahogaba el suspiro del viento seco. Los árboles de las tierras bajas no tenían flores en las raíces, pero aun así eran diferentes de los que Johanna conocía. No había sotobosque, sólo un musgo mullido y azulado que según Errabundo formaba parte de los árboles. Se extendía a orillas del río como un parque podado.

En el último día de descanso, la reina convocó una reunión de todas las manadas que no estuvieran de guardia. Era el mayor grupo de púas que Johanna hubiera visto en un solo lugar desde que habían matado a su familia. Cubrían todo el musgo azulado, cada manada a ocho metros de su vecina más próxima. Por un instante, recordó el Parque de los Colonos de Overby: familias merendando en la hierba, cada cual con su manta y sus cestas. Pero estas «familias» formaban una manada cada una,

y ésta era una formación militar. Todas las filas formaban arcos que miraban hacia la reina. Errabundo estaba diez metros atrás, a la sombra. Ser el consorte de la reina no tenía ningún valor oficial. A la izquierda de Tallamadera se hallaban las víctimas que habían sobrevivido a la emboscada, miembros con vendajes y entablillados. En algunos sentidos, ese daño visible no era el más aterrador; también estaban los que Errabundo llamaba los «heridos andantes». Había singulares, dúos y tríos que eran los únicos restos de manadas enteras. Algunos intentaban prestar atención, pero otros se distraían y en ocasiones interrumpían el discurso de la reina con palabras sin sentido. Estaban en la misma situación que Gramil Jaqueramaphan, pero la mayoría vivirían. Ya se estaban fusionando, procurando formar nuevos individuos. Algunos incluso funcionarían, como había sucedido con Errabundo Wickwracktriz, pero pasaría un largo tiempo antes que volvieran a ser personas.

Johanna se sentó junto a Escrúpilo en la primera fila de guerreros. El comandante de artilleros estaba en posición militar de descanso: las ancas en el suelo, el pecho erguido, la mayoría de las cabezas mirando al frente. Escrúpilo había sobrevivido sin heridas graves. Su cabeza blanca tenía algunas quemaduras más, y otro miembro se había lastimado un hombro al caer del camino. Usaba sus hombreras de artillero con el orgullo de siempre, pero estaba un poco más parco. Tal vez era por la formación militar y porque le darían una medalla por su heroísmo.

La reina usaba sus casacas especiales. Cada cabeza miraba hacia un sector distinto del público. Johanna aún no comprendía el idioma de los púas y nunca lo hablaría sin asistencia mecánica, pero la mayoría de los sonidos estaban al alcance de su oído. Las frecuencias bajas se transmitían mucho mejor que las altas. Aun sin ayudas mnemotécnicas ni generadores gramaticales, estaba aprendiendo un poco. Reconocía fácilmente los tonos emocionales y el bullicioso *ark ark ark* que aquí reemplazaba el aplauso. En cuanto a las palabras aisladas... bien, parecían acordes, sílabas con significado. Si escuchaba con atención (y si Errabundo no estaba en las cercanías para traducir) incluso reconocía algunas.

Ahora, por ejemplo, Tallamadera alababa a su gente. Estallaron *ark ark ark* de aprobación por todas partes. Parecía una manada de focas. La reina hundió una cabeza en un cuenco, sacando un objeto de madera tallada con la boca. Dijo el nombre de una manada, un repiqueteo melodioso.

Desde la fila delantera, un miembro trotó hacia la reina. Se detuvo a poca distancia del miembro más próximo de la reina. Tallamadera dijo algo sobre el coraje y dos de sus miembros sujetaron un broche de madera a la casaca del héroe, que regresó con aplomo a su manada.

Tallamadera cogió otra condecoración y llamó a otra manada. Johanna se inclinó hacia Escrúpilo.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué reciben medallas miembros singulares?

—¿Y cómo pueden aproximarse tanto a otra manada?

Escrúpilo estaba más rígido que la mayoría de las manadas y no le prestaba mayor atención. Se volvió para chistar, pero ella insistió.

—Tonta —respondió al fin—. El galardón es para toda la manada. Un solo miembro se acerca para aceptarla. Si fueran más, sembraría el caos.

Una tras otra, otras tres manadas «extendieron un miembro» para recibir sus condecoraciones. Algunos marchaban con precisión, como los soldados humanos de los cuentos. Otros partían con aplomo, pero eran presa de la confusión cuando se aproximaban a Tallamadera.

—Oye, Escrúpilo —preguntó Johanna—. ¿Cuándo recibimos las nuestras?

Esta vez Escrúpilo ni siquiera la miró. Fijaba todos sus ojos en la reina.

—Al final, seguro. Tú y yo matamos el nido, y salvamos a la Tallamadera.

Los cuerpos de Escrúpilo temblaban de tensión. *Está muerto de miedo*. Y de pronto Johanna lo comprendió. Tallamadera no tenía problemas en mantener su mente frente a la cercanía de un miembro solo. Pero para los demás, enviar un miembro hacia otra manada significaba perder parte de la conciencia y confiar en esa manada. Visto de esa manera, le recordaba las novelas históricas que solía ver. En Nyjora, en la Edad Oscura, las damas tradicionalmente entregaban su espada a la reina cuando se les acordaba una audiencia y luego se arrodillaban. Era un modo de jurar lealtad. Lo mismo aquí, sólo que al mirar a Escrúpilo, Johanna comprendió que aun en lo formal la ceremonia podía ser estremecedora.

Se otorgaron tres medallas más y luego Tallamadera graznó los acordes que representaban el nombre de Escrúpilo. El comandante de artilleros se puso tieso, emitió sonidos sibilantes con las bocas.

—Johanna Olsndot —dijo Tallamadera, y ordenó que se acercaran.

Johanna se levantó, pero ni un miembro de Escrúpilo se movió.

La reina soltó una risa humana. Sostenía dos broches bruñidos.

—Luego te lo explicaré en samnorsk, Johanna. Sólo acércate con un miembro de Escrúpilo. ¿Escrúpilo?

De pronto eran el centro de atención, con miles de ojos observando. Ya no había *arks* ni parloteos. Johanna nunca había sentido tanta timidez desde que había desempeñado el papel de colono en una obra escolar.

—Vamos, somos los grandes héroes —le dijo a Escrúpilo.

Él la miró con ojos desencajados.

—No puedo —dijo con un hilo de voz. A pesar de sus gallardas hombreras de cañonero y sus modales desdeñosos, Escrúpilo estaba aterrado. Pero no era sólo temor al público—. No puedo separarme tan pronto. No puedo.

Se oyeron murmullos en las filas de atrás, los artilleros de Escrúpilo. Por todos los Poderes, ¿acaso le culparían por ello? *Bienvenida a la Edad Media. Gente*

estúpida. Hasta hecho pedazos Esscrúpilo les había salvado el pellejo, y ahora...

Le apoyó la mano en dos hombros.

—Ya lo hicimos antes, tú y yo. ¿Lo recuerdas?

Las cabezas asintieron.

—Esa parte de mí nunca lo habría logrado sola.

—Correcto. Y lo mismo vale para mí. Pero juntos destruimos un nido de lobos.

Esscrúpilo la miró con ojos turbios.

—Sí claro que sí. —Se incorporó, agitó las cabezas haciendo ondear las hombreras—. Sí. —Y Cabeza Blanca se acercó a Johanna.

Johanna se enderezó. Ella y Cabeza Blanca enfilaron hacia el espacio abierto. Cuatro metros. Seis. Ella le acariciaba el pescuezo con los dedos. Cuando estaban a doce metros del resto de Esscrúpilo Cabeza Blanca titubeó. Miró de soslayo a Johanna, continuó más despacio.

Johanna no recordaría mucho la ceremonia, pues fijaba su atención en Cabeza Blanca. Tallamadera pronunció frases largas e ininteligibles y ambos recibieron condecoraciones con tallas intrincadas y, al fin, enfilaron hacia el resto de Esscrúpilo. Entonces Johanna reparó una vez más en la multitud. Se extendía por doquier bajo la techumbre del bosque y todos parecían estar ovacionando, los artilleros de Esscrúpilo con más entusiasmo que nadie.

Medianoche. En el fondo del valle había tres o cuatro horas de penumbra cuando el sol se sumergía detrás de la alta pared norte. No era de noche, ni siquiera un crepúsculo. El humo de los fuegos del norte parecía empeorar. Ahora podía olerlo.

Johanna caminó desde la sección de los artilleros hacia el centro del campamento y la tienda de Tallamadera. Reinaba el silencio; se oía el hormigueo de pequeñas criaturas entre las raíces. La celebración podría haberse prolongado, pero todos sabían que dentro de pocas horas deberían aprestarse para escalar la pared norte del valle, así que las risas se habían apaciguado y pocas manadas se movían. A pesar del tiempo seco, el musgo era agradablemente mullido. En medio del ramaje asomaban retazos de cielo brumoso. Casi era posible olvidar lo que había sucedido, y lo que sucedería.

Los guardias que rodeaban la tienda de Tallamadera no la detuvieron, sólo anunciaron su presencia. A fin de cuentas, era la única humana. La reina asomó una cabeza.

—Entra, Johanna.

Dentro estaba sentada en círculo y, como de costumbre, los cachorros en el medio. Estaba muy oscuro, ya que la única luz venía de la entrada. Johanna se acomodó en los cojines donde dormía habitualmente. Desde la ceremonia de esa tarde había pensado en decirle a Tallamadera lo que pensaba. Ahora... bien, la celebración

de los artilleros la había puesto de buen humor, y no quería estropearlo.

Tallamadera ladeó una cabeza para mirarla. Dos cachorros imitaron el gesto.

—Te vi en la fiesta. Eres bastante sobria. Ahora comes casi todas nuestras comidas, pero no pruebas la cerveza. Johanna se encogió de hombros. *Sí, ¿y qué?* — Los niños no deben beber antes de los dieciocho años. Era la costumbre y sus padres la habían aceptado. Johanna había cumplido los catorce un par de meses atrás. El dataset le había recordado la hora exacta. Si nada de esto hubiera sucedido, si aún estuviera en Laboratorio Alto o en el reino de Straumli, ¿se escaparía con sus amigos para probar esas cosas prohibidas? Tal vez. Pero aquí, donde estaba librada a su suerte, donde ahora era una gran heroína, no había probado una gota. Tal vez fuera porque mamá y papá no estaban y respetar sus deseos era un modo de tenerlos cerca. Se le humedecieron los ojos.

—Hum. —Tallamadera no pareció reparar en ello—. Eso fue lo que me explicó Errabundo. —Tocó a sus cachorros y sonrió—. Tiene sentido. Estos dos no beberán cerveza hasta que sean mayores... aunque por cierto lo festejaron por mi intermedio esta noche. —Había olor a cerveza en la tienda.

Johanna se enjugó la cara. No tenía ganas de hablar de sus problemas de adolescencia.

—Sabes, la jugarreta que le hiciste esta tarde a Escrúpilo fue un truco sucio.

—Sí... Lo hablé con él de antemano. Él no quería, pero pensé que sólo eran remilgos. Si hubiera sabido cuán alterado estaba...

—Por poco se derrumbó ante todo el mundo. Si no comprendo mal, eso habría sido una humillación, ¿verdad?

—Sí. Cambiar honor por lealtad frente a los pares es importante. Al menos en mi gobierno. Sin duda Errabundo o el dataset pueden sugerir muchos otros modos de gobernar. Mira, Johanna, necesitaba ese intercambio, y necesitaba que tú y Escrúpilo estuvierais allí.

—Sí, lo sé. Ambos salvamos el día.

—¡Silencio! —ordenó Tallamadera con repentina severidad y Johanna recordó que era una reina medieval—. Estamos trescientos kilómetros al norte de mis fronteras, casi en el corazón del Dominio de Reductor. Dentro de pocos días nos enfrentaremos con el enemigo y muchos más perecerán sin saber bien por qué.

Johanna sintió un nudo en el estómago. Si no podía regresar a la nave, si no podía terminar lo que mamá y papá habían comenzado...

—¡Por favor, Tallamadera! ¡Vale la pena!

—Yo lo sé, Errabundo lo sabe. La mayor parte de mi consejo está de acuerdo, aunque a regañadientes. Pero los del consejo hemos hablado con el dataset. Hemos visto vuestros mundos y lo que puede lograr vuestra ciencia. En cambio, la mayoría de mi gente ha venido guiada por su fe y su lealtad. Para ellos la situación es mortal y

el objetivo es impreciso. —Hizo una pausa, aunque los dos cachorros continuaron imitando sus gestos un segundo—. No sé cómo convencerías a los tuyos de que corrieran semejante riesgo. El dataset habla de la conscripción militar.

—Eso fue en Nyjora, hace mucho tiempo.

—No importa. Lo cierto es que mis tropas están aquí por lealtad personal hacia mí. Durante seiscientos años he protegido a mi gente, y sus recuerdos y leyendas lo evidencian con claridad. Más de una vez, yo fui la única que entrevió el peligro y mis consejos salvaron a casi todos quienes los siguieron. Eso es lo que mantiene en marcha a la mayoría de estos soldados. Cada uno de ellos es libre de regresar. Pues bien, ¿qué deberían pensar cuando nuestro primer «combate» consiste en caer en un nido de lobos, como unos turistas ignorantes? De no haber tenido la gran suerte de que tú y parte de Esscrúpilo estuvieran en el lugar indicado y alerta, me habrían matado. Errabundo habría muerto. Tal vez un tercio de mis soldados habría muerto.

—De no ser nosotros, alguien más lo habría hecho —murmuró Johanna.

—Tal vez. No sé de nadie que haya pensado siquiera en disparar contra el nido. ¿Ves cómo afecta esto a mi gente? «Si la mala suerte en el bosque puede matar a nuestra reina y destruir nuestras maravillosas armas, ¿qué sucederá cuando nos enfrentemos a un enemigo pensante?» Muchos se hacen esa pregunta. Si yo no pudiera responderla, nunca saldríamos de este valle..., al menos, no para ir hacia el norte.

—Entonces entregaste las medallas. Honor a cambio de lealtad.

—Sí. Tú no comprendiste el sentido al no entender nuestro idioma. Ponderé el valeroso comportamiento de las manadas. Otorgué medallas de madera a los que supieron cómo comportarse durante la emboscada. Eso ayudó un poco. Repetí los motivos de esta expedición... las maravillas que describe el dataset, y cuánto perderemos si Acero se sale con la suya. Pero ya han oído esa argumentación, y se refiere a cosas remotas que apenas pueden imaginar. Entonces les mostré algo nuevo: Esscrúpilo y tú.

—¿Nosotros?

—Os alabé sin reservas. Los singulares a menudo realizan actos valerosos. A veces actúan o hablan con cierta inteligencia. Pero a solas, el fragmento de Esscrúpilo sólo serviría para luchar con cuchillos. Sabía usar el cañón, pero no tenía zarpas ni bocas para usar ese conocimiento. Y por su cuenta jamás habría sabido cómo dispararlo. Tú, en cambio, eres una Dos-Patas. En muchos sentidos estás indefensa. Sólo puedes pensar por ti misma, pero puedes hacerlo sin la interferencia de quienes te rodean. Juntos lograsteis lo que ninguna manada podría hacer en medio del ataque de un nido de lobos. Así que conté a mi ejército qué gran equipo formarían nuestras dos especies, que cada cual compensa los fallos de la otra. Juntos, estamos más cerca de ser la Manada de Manadas. ¿Cómo está Esscrúpilo? Johanna sonrió tímidamente.

—Las cosas salieron bien. Una vez que pudo levantarse para aceptar su medalla... —Johanna acarició el broche que llevaba sujeto al cuello. Era una preciosidad, un paisaje de la ciudad de Tallamadera—. Una vez que lo consiguió, cambió por completo. Tendrías que haberle visto después, con los artilleros. Festejaron su propia ceremonia de la lealtad y el honor y bebieron muchísima cerveza. Escripilo les contó cómo habíamos actuado y me pidió que le ayudara a representarlo... ¿Piensas que el ejército creyó en lo que dijiste sobre los humanos y los púas?

—Creo que sí. En mi propio idioma puedo ser muy elocuente. Me he educado para ello. —Tallamadera calló un instante. Sus cachorros se deslizaron por la alfombra y olieron las manos de Johanna—. Además... quizá sea cierto. Errabundo está seguro de ello. Puedes dormir en la misma tienda que yo y seguir pensando. Es algo que él y yo no podemos hacer; a nuestro modo, ambos hemos vivido mucho tiempo y creo que somos tan listos como los humanos y otras criaturas de las que habla el dataset. Pero las criaturas singularistas pueden estar unas cerca de otras, y pueden pensar y construir. En comparación con nosotros, sospecho que las especies singularistas desarrollaron las ciencias con gran rapidez. Pero ahora, con tu ayuda, quizá las cosas cambien rápidamente para nosotros. —Los dos cachorros retrocedieron y Tallamadera se tocó las zarpas con las cabezas—. Eso he dicho a mi gente. De todos modos... Ahora debes tratar de dormir.

Frente a la entrada de la tienda ya se veían los primeros rayos de sol.

—De acuerdo. —Johanna se desvistió, se acostó y se cubrió con una manta ligera. La mayoría de los miembros de Tallamadera ya parecían dormidos. Como de costumbre, un par de ojos permanecían abiertos, pero su inteligencia sería limitada, y además se veían muy fatigados. Era extraño. Tallamadera había trabajado tanto con el dataset que su voz humana no sólo dominaba la pronunciación sino los matices emocionales. Y esas últimas frases habían sonado tristes y cansadas.

Johanna extendió la mano para acariciar el pescuezo del miembro más próximo, el ciego.

—¿Y tú crees en lo que les dijiste? —murmuró.

Una de las cabezas despiertas la miró, y todas parecieron emitir un suspiro muy humano. Tallamadera habló en voz muy queda.

—Sí... pero mucho me temo que ya no importe. Durante seiscientos años he confiado en mí misma. Pero lo que sucedió en la pared sur no debió haber sucedido. No habría sucedido si hubiera seguido el consejo de Vendaz y hubiera cogido la Carretera Nueva.

—Pero nos podrían haber visto...

—Sí. Un fallo por parte de ambos. Vendaz cuenta con información precisa de los consejos superiores del Reductor. Pero es torpe en cuestiones prácticas. Yo lo sabía,

pensé que podía compensarlo. Pero la Carretera Vieja estaba en peores condiciones de las que recordaba. El nido de lobos no habría existido si hubiera circulado tráfico en los últimos años. Si Vendaz hubiera sabido dirigir sus patrullas, o si yo hubiera sabido dirigirle a él, nunca nos habrían sorprendido. En cambio, faltó poco para que nos despedazaran... y al parecer, sólo me queda talento para convencer a quienes confían en mí de que aún sé lo que me hago. —Abrió otro par de ojos y sonrió—. Qué raro. Ni siquiera a Errabundo le he dicho estas cosas, ¿es ésta otra ventaja de las relaciones humanas?

Johanna acarició el cuello del ciego.

—Quizá.

—De cualquier modo, creo en lo que dije sobre las cosas que pueden suceder, pero me temo que mi alma no tenga la entereza suficiente para lograrlas. Tal vez deba delegar las cosas en Errabundo o en Vendaz. Debo pensar en ello. —Tallamadera acalló las objeciones de Johanna—. Ahora duerme, por favor.

Por un momento Ravna había creído que su pequeña nave podría volar inadvertida hasta el Fondo. Eso había cambiado, como todo lo demás. En ese momento, la *Fuera de Banda II* debía ser la nave estelar más famosa de la Red. Un millón de especies presenciaban la persecución. En el Allá Medio, vastas antenas apuntaban hacia ellos para escuchar las noticias, en general mentiras, que enviaban las naves perseguidoras. Desde luego, Ravna no podía oír esas mentiras directamente, pero las transmisiones eran tan nítidas como si estuvieran en una rama principal.

Pasaba parte del día leyendo las noticias, tratando de hallar esperanzas, tratando de demostrarse que hacía lo correcto. A esas alturas, estaba bastante segura de quién era el perseguidor. Hasta Pham y Vaina Azul habrían convenido en ello. El porqué de la persecución y lo que podrían hallar al final, era objeto de incesantes especulaciones en la Red. Como de costumbre, la verdad aparecía oculta entre las mentiras.

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: triskweline, unidades SJK

De: Hanse

[Ninguna referencia anterior a la caída de Relé. Ninguna fuente probable. Se trata de alguien muy cauto]

Asunto: ¿La Alianza para la Defensa es un fraude?

Distribución: Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 5,80 días desde la caída de Sjandra Kei

Frases clave: Misión insensata, genocidio innecesario

Texto del mensaje:

Anteriormente sugerí que no se había causado ninguna destrucción en Sjandra Kei. Mis disculpas. Eso se basaba en un error de identificación de catálogo. Convengo con los mensajes (13123 de hace pocos segundos) que aseguran que los habitáculos de Sjandra Kei sufrieron daños devastadores en los últimos seis días.

Parece pues que la Alianza para la Defensa ha emprendido la acción militar que propugnaba antes, y parece que posee poder suficiente para destruir pequeñas civilizaciones del Allá Medio. La pregunta aún sigue en pie. ¿Por qué? Ya he expuesto argumentaciones que indican que es improbable que el homo sapiens se preste a un control especial por parte de la Plaga (aunque haya sido tan estúpido como para crear dicha entidad). Hasta los informes de la Alianza

admiten que menos de la mitad de los sofones de Sjandra Kei pertenecían a esa especie.

Ahora, gran parte de la flota de la Alianza se lanza al Fondo del Allá en pos de una sola nave. ¿Qué daño puede causar la Alianza a la Plaga allá abajo? La Plaga es una gran amenaza, tal vez la amenaza más poderosa e inédita de la historia documentada. No obstante, la conducta de la Alianza parece destructiva e insensata. Ahora que la Alianza ha revelado algunas de las organizaciones que la patrocinan (véase mensajes [números de identificación]), creo que conocemos sus verdaderos motivos. Veo conexiones entre la Alianza y la vieja Hegemonía Aprahanti. Hace mil años, ese grupo emprendió una cruzada similar, adueñándose de propiedades que quedaron desocupadas a raíz de recientes Trascendencias. Se requirió un gran esfuerzo para detener a la Hegemonía en esa parte de la galaxia. Creo que esta gente ha regresado sacando partido del pánico que ha provocado la Plaga (que por cierto constituye una amenaza mucho mayor).

Mi consejo: cuidaos de la Alianza y sus esfuerzos «heroicos».

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Schirachene ->rondralip ->triskweline, unidades SJK

De: Sínodo de Comunicaciones Reposo Armónico

Asunto: Encuentro con agentes de la Perversión

Síntesis: El mensaje muestra un fraude

Distribución: Amenaza de la Plaga

Fecha: 6,37 días desde la caída de Sjandra Kei

Frases clave: ¿Hanse es un fraude?

Texto del mensaje:

No sentimos una simpatía especial por ninguno de los corresponsales que han tratado este tema. Empero, llama la atención que una entidad que no ha revelado su posición ni sus intereses específicos —«Hanse»— difame los esfuerzos de la Alianza para la Defensa. La Alianza mantuvo en secreto a sus simpatizantes durante el período en que reunía sus fuerzas, cuando un solo golpe de la Perversión podía destruirla por completo. Desde entonces, ha actuado con plena transparencia.

Hanse se pregunta por qué una sola nave estelar puede merecer la atención de la Alianza. Como Reposo Armónico fue el escenario de los últimos acontecimientos, estamos en posición de dar explicaciones. La nave en cuestión, la *Fuera de Banda II*, está claramente diseñada para operar en el Fondo del Allá e incluso es capaz de operar limitadamente en la Zona Lenta. La nave se

presentó como un vuelo zonográfico especial destinado a estudiar las recientes turbulencias del Fondo. De hecho, esta nave cumple una misión muy diferente. Después de su violenta partida, hemos recopilado algunos datos extraordinarios.

Por lo menos uno de los tripulantes era humano. Aunque procuraron mantenerse ocultos y utilizaron la mediación de mercaderes escroditas, tenemos grabaciones. Se obtuvo una biosecuencia de un individuo y concuerda con los patrones que figuran en dos de cada tres de los archivos Homo Sapiens (es bien sabido que el tercer archivo, en Sneerot Menor, está bajo el control de gente que simpatiza con los humanos). Algunos dirían que este engaño se fundamentó en el miedo. A fin de cuentas, estos hechos ocurrieron después de la destrucción de Sjandra Kei. Creemos lo contrario: el contacto inicial de la nave con nosotros se produjo antes del episodio de Sjandra Kei.

Hemos realizado un atento análisis de las tareas de reparaciones que nuestros astilleros realizaron sobre esta nave, cuya automatización de ultraimpulso es tan compleja y profunda que ni siquiera el camuflaje más astuto puede ocultar todos sus refinamientos. Sabemos ahora que la *Fuera de Banda II* procedía del sistema de Relé y que partió de allí después del ataque de la Perversión. Pensad en lo que esto significa.

La tripulación de la *Fuera de Banda II* llevaba armas estando en un hábitat, mató a varios sofontes locales y escapó antes de que nuestros músicos [¿armonizadores?, ¿policías?] recibieran la denuncia. Tenemos buenas razones para desearles mala suerte.

Pero nuestra desgracia es una nimiedad comparada con el desenmascaramiento de esta misión secreta. Agradecemos muchísimo que la Alianza esté dispuesta a arriesgar tanto para seguir esta pista.

Esta crónica informativa consiste en algo más que las afirmaciones infundadas de costumbre. Esperamos que nuestra revelación despabile a cierta gente. Ante todo, pensad quién puede ser «Hanse». La Perversión es muy visible en el Allá Alto, donde ejerce gran poder y puede hablar con voz propia. Aquí abajo, es más probable que se valga del engaño y la propaganda encubierta. ¡Pensad en ello antes de leer mensajes de entidades no identificadas como «Hanse»!

Ravna apretó los dientes. Lo peor era que los datos de los mensajes eran correctos, aunque las interferencias fueran falsas y maliciosas, y ella no atinaba a adivinar si era una propaganda mal intencionada o simplemente San Rihndell expresando conclusiones sinceras (aunque Rihndell nunca había aparentado confiar tanto en las mariposas).

Todas las noticias parecían convenir en un detalle: muchas más naves de la flota

perseguían a la *FDB*. Cualquiera podía ver el enjambre de rastros en un radio de mil años-luz. Se calculaba que más de tres flotas perseguían a la *FDB*. ¡Tres! La verborreica y jactanciosa Alianza para la Defensa, que según algunos estaba constituida por genocidas oportunistas. Detrás de ellos, Sjandra Kei... y lo que quedaba de la patria de Ravna, tal vez la única gente en quien pudiera confiar en todo el silencioso universo. Según varios corresponsales de noticias, era del Allá Alto. Esa flota podría tener problemas en el Fondo, pero por ahora ganaba terreno. Pocos dudaban que era hija de la Perversión. Ante todo, convencía al universo de que la *FDB* o su destino tenían una importancia cósmica. La gran pregunta era el porqué de esa importancia. Las especulaciones arreciaban a razón de cinco mil mensajes por hora. Un millón de puntos de vista estudiaban el misterio. Algunos de esos puntos de vista eran tan exóticos que, por comparación, los escroditas y los humanos podían parecer miembros de la misma especie. Al menos cinco participantes de esa serie de noticias eran habitantes gaseosos de coronas estelares. Ravna sospechaba que había un par de especies no catalogadas, seres tan tímidos que quizás ésta fuera la primera vez que utilizaban activamente la Red.

El ordenador de la *FDB* era mucho más lento que en el Allá Medio. Ravna no podía pedirle que examinara los mensajes buscando matices y connotaciones. Peor aún, si un mensaje no llegaba con un texto en triskweline, a menudo era ilegible. Los programas de traducción de la nave aún funcionaban bastante bien con la mayoría de los idiomas comerciales, pero incluso en esos casos la traducción era lenta y estaba plagada de sugerencias semánticas y galimatías.

Era sólo otro signo de que se aproximaban al Fondo del Allá. La traducción efectiva de las lenguas naturales requería algo muy parecido a un programa de traducción sentiente.

No obstante, con el diseño adecuado, las cosas podrían haber andado mejor. La automatización se podría haber degradado poco a poco ante las restricciones impuestas por esa profundidad. En cambio, dejaba de funcionar de repente y sus resabios eran lerdos y falibles. Si hubieran completado las refacciones antes de la caída de Relé... *¿Y cuántas veces he pedido eso?* Esperaba que las naves perseguidoras se toparan con las mismas dificultades.

Así que Ravna utilizó la nave para detectar las noticias del grupo Amenaza. Muchas emisiones eran fútiles mensajes de gente deslumbrada por los «portentos».

Cripto: 0

Sintaxis: 43

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Arbwyth ->mercantil 24 ->cherguelen ->triskweline, unidades SJK

De: Turbolabio de las Brumas [Tal vez una organización de criaturas nubosas volantes de un sistema joviano. Muy escasos antecedentes. Parece estar totalmente fuera de contacto. Recomendación del programa: borrar este corresponsal de la presentación]

Asunto: Objetivos de la Plaga en el Fondo

Distribución: Amenaza de la Plaga

Grandes Secretos de la Creación

Fecha: 4,54 días desde la caída de Sjandra Kei

Frases clave: La inestabilidad zonal y la Plaga, importancia de los hexápodos

Texto del mensaje:

Mis disculpas si estoy repitiendo conclusiones obvias. Mi único acceso a la Red es muy caro y me pierdo muchos mensajes importantes. Creo que cualquiera que haya seguido a Grandes Secretos de la Creación y Amenaza de la Plaga puede llegar a ciertas deducciones. Desde el episodio sobre el cual informé Reposo Armónico, la mayoría concuerdan en que la Perversión busca algo en el Fondo del Allá, en la región [...]. Veo una posible conexión con Grandes Secretos. Durante los últimos doscientos veinte días se multiplicaron los informes sobre inestabilidad de interfaz zonal en la región que está debajo de Reposo Armónico. A medida que crecía la amenaza de la Plaga y continuaban sus ataques contra especies avanzadas y otros Poderes, esta inestabilidad ha aumentado. ¿No podría existir alguna correlación? Exhorto a todos a consultar su información sobre Grandes Secretos (o el archivo más próximo de ese grupo). Estos acontecimientos demuestran una vez más que todo el universo está entrelazado.

Algunos mensajes eran fascinantes:

Cripto: 0

Sintaxis: 43

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Wobblings ->baeloresk ->triskweline, unidades SJK

De: Canto del Grillo bajo Sauce Alto [Canto del Grillo es una especie sintética creada como broma/experimento/instrumento por el Sauce Alto durante su Trascendencia. Canto del Grillo está en la Red desde hace más de diez mil años y estudia aplicadamente las sendas que conducen a la Trascendencia. Durante ocho mil años ha sido el corresponsal más intenso de «Dónde Están Ahora» y grupos emparentados. No existen pruebas de que una colonia de Canto del Grillo haya Trascendido. Canto del Grillo es tan especial que existe un amplio grupo de noticias consagrado a especular sobre esta

especie. Existe el consenso de que Canto del Grillo fue diseñada por Sauce Alto como una sonda en el Allá, y que la especie es incapaz de intentar su propia Trascendencia]

Asunto: Objetivo de la Plaga en el Fondo

Síntesis: El mensaje muestra un fraude

Distribución: Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses «Dónde Están Ahora»

Fecha: 5,12 días desde la caída de Sjandra Kei

Frases clave: Sobre el devenir Trascendente

Texto del mensaje:

Al contrario de lo que dicen otros mensajes, existen varias razones para que un Poder instale artefactos en el Fondo del Allá. El mensaje de Abselor sobre esta serie cita algunos: está comprobado que ciertos Poderes sienten curiosidad por la Zona Lenta e incluso por las Honduras Sin Pensamiento. En casos excepcionales se han enviado expediciones (aunque el retorno desde las Honduras se produciría mucho después que el Poder en cuestión perdiera interés en todas las cuestiones locales).

Sin embargo, ninguno de estos motivos es probable aquí. Para quienes están familiarizados con la Trascendencia de Combustión Rápida, es evidente que la Plaga es una criatura que busca la estasis. Su interés en el Fondo es muy repentino y creemos que nace de ciertas revelaciones obtenidas en Reposo Armónico. En el Fondo hay algo que es vital para el bienestar de la Perversión.

Analicemos el concepto de disonancia ablativa (véase el archivo grupal «Dónde Están Ahora»): nadie conoce los procedimientos de configuración que usaban los humanos del reino de Straumli. Es posible que la Combustión Rápida haya tenido inteligencia Trascendente. ¿Y si quedó insatisfecha con el rumbo del *channedring*? En tal caso quizás intente ocultar el *birthinghel* de despegue. El Fondo no sería un sitio donde el algoritmo se ejecutaría normalmente, pero a partir de él podrían crearse avatares de funcionamiento normal.

Hasta cierto punto, Ravna podía desentrañar esa jerigonza. Disonancia ablativa era un término común en Teología Aplicada. Pero luego, como uno de esos sueños donde está por revelarse el secreto de la vida, el mensaje se volvía totalmente descabellado.

Había mensajes que no eran obtusos ni crípticos. Como de costumbre, Sandor del Zoo decía muchas verdades:

Cripto: 0

Recepción: nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Triskweline, unidades SJK

De: Inteligencia de Arbitraje Sandor, en el Zoo [Conocida empresa militar del Allá Alto. Si esto es una farsa, alguien está viviendo peligrosamente]

Asunto: Objetivo de la Plaga en el Fondo

Frases clave: Cambio repentino en la táctica de la Plaga

Distribución: Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras. Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 8,15 días desde la caída de Sjandra Kei

Texto del mensaje:

Por si no lo sabéis, Inteligencia Sandor tiene varios contactos en la Red. Podemos recibir mensajes por sendas que no tienen nódulos intermedios en común. Así, podemos confiar en que las noticias recibidas no han sido alteradas durante su trayecto. (Quedan las mentiras y malentendidos que estaban presentes desde el principio, pero eso es lo que hace interesantes las operaciones de inteligencia.) La Plaga ha constituido nuestra máxima prioridad desde su aparición un año atrás. No es sólo por la evidente fuerza de la Plaga, por la destrucción y los deicidios que ha cometido. Tememos que esto sea lo menos temible de la Amenaza. En el pasado documentado han existido perversiones casi igualmente poderosas. Lo que distingue a ésta es su estabilidad. No vemos indicios de evolución interna; en ciertos sentidos es menos que un Poder. Quizá nunca pierda interés en controlar el Allá Alto. Tal vez estemos presenciando un cambio general y permanente en la naturaleza de las cosas. Imaginadlo: una necrosis estable, donde la única sentiencia del Allá Alto sea la Plaga.

En consecuencia, el estudio de la Plaga es para nosotros una cuestión de vida o muerte (aunque somos poderosos y contamos con una amplia distribución). Hemos llegado a varias conclusiones. Algunas pueden ser obvias para los lectores, otras pueden ser flagrantes especulaciones. Todas cobran un nuevo matiz con los acontecimientos que ha comunicado Reposo Armónico.

Casi desde el principio, la Plaga ha buscado algo. Esta búsqueda se ha extendido mucho más allá de su agresiva expansión física. Sus agentes automáticos han intentado penetrar virtualmente en cada nódulo del Tope del Allá; la Red Alta está desquiciada, reducida a protocolos tan ineficientes como los de abajo. Al mismo tiempo, la Plaga ha robado varios archivos. Tenemos pruebas de que numerosas flotas están buscando archivos ajenos a la Red en el Tope y en el Trascenso Bajo. Al menos tres Poderes han perecido en esta devastación.

Y ahora, de repente, el ataque finaliza. La Plaga continúa su implacable expansión física, pero ya no hurga en el Allá Alto. Por lo que sabemos, el cambio se produjo dos mil segundos antes de que la nave humana escapara del Allá Alto. Menos de seis horas después, vimos los comienzos de esa flota silenciosa sobre la que tanto se especula. Esa flota es una criatura de la Plaga.

En otros tiempos, la destrucción de Sjandra Kei y los motivos de la Alianza para la Defensa serían asuntos importantes (y nuestra organización se interesaría en operar con los afectados). Pero todo esto pierde preeminencia ante esta flota y la nave que persigue. Y disentimos con el análisis [¿implicación?] de Reposo Armónico: nos resulta evidente que la Plaga no sabía nada sobre la *Fuera de Banda II* hasta que dicha nave fue descubierta en Reposo Armónico.

Esa nave no es un instrumento de la Plaga, pero contiene o busca algo de gran importancia para la Perversión. ¿De qué se trata? Aquí comenzamos con francas especulaciones. Y ya que estamos especulando, utilizaremos esas poderosas pseudoleyes, los Principios de la Mediocridad y del Supuesto Mínimo. Si la Plaga tiene el potencial para adueñarse de todo el Tope en una estabilidad permanente, ¿por qué esto no ha sucedido antes? Conjeturamos que la Plaga se ha manifestado anteriormente (con consecuencias tan aciagas que el acontecimiento marca el comienzo del tiempo documentado), pero tiene su propio enemigo natural.

El orden de los acontecimientos sugiere una posibilidad específica, familiar en la seguridad de la Red. Hubo una vez (hace mucho tiempo) otra manifestación de la Plaga. Se montó una victoriosa defensa y todas las copias conocidas de la fórmula de la Plaga fueron destruidas. En una red vasta, nunca tenemos la certeza de haber eliminado *todas* las copias de algo nocivo. Sin duda, la defensa estaba distribuida en grandes cantidades. Pero aunque dicha distribución incluya archivos que contienen la Perversión, quizá la defensa no surta efecto si la Plaga no está activa allí.

Los infortunados humanos del reino de Straumli se toparon con uno de esos archivos, sin duda una ruina a gran distancia de la Red. Hicieron que la Plaga se manifestara y luego activaron el programa defensivo. El enemigo de la Plaga logró escapar de la destrucción, y la Plaga le busca desde entonces, pero a tontas y a locas. En su debilidad, la nueva manifestación de la defensa se replegó a honduras donde ningún Poder pensaría en penetrar. Honduras de las cuales jamás podría regresar sin ayuda externa. Una especulación sobre otra: no podemos adivinar la naturaleza de esta defensa, excepto que su repliegue es un signo desalentador. Y hasta ahora ese sacrificio ha sido en vano, ya que la Plaga ha detectado el engaño.

La flota de la Plaga es evidentemente una fuerza improvisada, armada

precipitadamente con los efectivos que estaban más cerca del descubrimiento. Sin dicha premura, su presa no se les habría escabullido. Es probable, pues, que el equipo de los perseguidores sea inapropiado para las honduras y que su misión se degrade con el descenso. Sin embargo, estimamos que conservará mayor potencia que cualquier fuerza que pueda llegar a ese ámbito en el futuro próximo.

Podremos saber más cuando la Plaga llegue al destino de la *Fuera de Banda II*. Si destruye ese destino de inmediato, sabremos que allí existía algo realmente peligroso para la Plaga (y tal vez en otra parte, al menos como fórmula). De lo contrario, tal vez la Plaga esté buscando algo que la tornará aún más peligrosa.

Ravna se reclinó, miró la pantalla. Inteligencia de Arbitraje Sandor era uno de los corresponsales más lúcidos de ese grupo de noticias, pero incluso sus predicciones presentaban distintas formas del desastre, y las exponía con frialdad, analíticamente. Ravna sabía que Sandor era poliespecífica, con filiales por todo el allá Alto. Pero no era un Poder. Si la Perversión podía arrasar Relé y matar a Antiguo, ni siquiera todos los recursos de Sandor bastarían si el enemigo decidía engullirles. El análisis tenía el tono de un piloto que afronta una emergencia y procura descifrar el peligro sin perder tiempo en asustarse.

¡Oh Pham, ojalá pudiera hablar contigo como antes! Arqueó el cuerpo en la gravedad cero. Sollozó despacio, sin esperanza. En los últimos cinco días apenas se habían hablado. Vivían como encañonándose con armas. Y esto era literal: ella lo había hecho así. Cuando Ravna, los escroditas y Pham estaban juntos, al menos el peligro era un peso compartido. Ahora estaban divididos y sus enemigos se aproximaban poco a poco. ¿De qué serviría la esquirra divina de Pham contra mil naves enemigas y la Plaga?

Flotó un rato y sus sollozos se apagaron en un silencio angustiado. De nuevo se preguntó si había actuado correctamente. Había amenazado la vida de Pham para proteger a Vaina Azul, Tallo Verde y su especie. Con ello había ocultado la mayor traición en la historia de la Red Conocida. *¿Puede una sola persona tomar semejante decisión?* Pham le había hecho esa pregunta y ella había respondido que sí, pero...

La pregunta la inquietaba todos los días. Y todos los días procuraba hallar una salida. Se enjugó el rostro en silencio. No ponía en duda el descubrimiento de Pham.

En la Red había corresponsales ingeniosos que argumentaban que algo tan vasto como la Plaga era un desastre trágico, no un mal. El mal, razonaban, sólo podía tener sentido en escalas más pequeñas, en el dolor que un sofote le inflige a otro. Antes de RIP, el razonamiento había parecido un frívolo juego de palabras. Ahora Ravna veía que tenía sentido, pero era erróneo. La Plaga había creado a los escroditas, una especie maravillosa y pacífica. Su presencia en mil millones de mundos había sido

benéfica y ello ocultaba el potencial para convertir a los amigos en monstruos. Al pensar en Vaina Azul y Tallo Verle, temiendo los estragos que podían causar esas buenas criaturas, Ravna comprendía que afrontaba el mal en escala Trascendente.

Ella había contratado a Vaina Azul y Tallo Verde para esa misión; ellos no se lo habían pedido. Eran amigos y aliados, y no estaba dispuesta a causarles daño por temor a aquello en que pudieran convertirse.

Tal vez fue por las últimas noticias, tal vez fue porque afrontaba las mismas imposibilidades por enésima vez que Ravna se enderezó, mirando esos últimos mensajes. Bien. Creía en las palabras de Pham sobre la amenaza escroditas. Creía que aquellos dos eran enemigos sólo en potencia. Lo había arriesgado todo para salvar a esa especie. Quizá fuera un error, *pero aprovecha las ventajas que hay en ello. Si has de salvarles porque les consideras aliados, trátales como a tales. Trátales como los amigos que son. Todos somos peones en esta partida.*

Ravna enfiló hacia la puerta de su cabina.

La cabina de los escroditas estaba detrás del puente de mando. Ninguno de los dos había salido desde el episodio de RIP. Mientras se dirigía a la puerta, Ravna esperaba ver algún instrumento de Pham acechando en las sombras. Sabía que él hacía lo posible para «protegerse». Sin embargo no había nada inusitado. *¿Qué pensará él de esta visita?*

Se anunció. Apareció Vaina Azul. Su escrodo no tenía estrías cosméticas y la cabina era un caos. La hizo entrar agitando las frondas.

—Mi dama.

—Vaina Azul —saludó Ravna. A veces se maldecía por confiar en los escroditas, pero a veces sentía vergüenza por haberles abandonado—. ¿Cómo está Tallo Verde?

Asombrosamente, Vaina Azul unió las frondas en una sonrisa.

—¿Lo adivinaste? Es el tercer día que usa su nuevo escrodo. Te lo mostraré, si quieres.

Ella avanzó en medio del equipo que estaba desperdigado por la habitación. Era similar al equipo que Pham había usado para construir su armadura energética, y si Pham lo había visto, tal vez estuviera fuera de quicio.

—He trabajado con él desde que... Pham nos encerró aquí. Tallo Verde estaba en la otra habitación. Su tallo y sus frondas surgían de una maceta plateada. No había ruedas, parecía un escrodo tradicional. Vaina Azul rodó por el cielo raso y extendió una fronda hacia su compañera. Le susurró algo y ella respondió.

—Este pequeño escrodo es muy limitado. No tiene movilidad ni provisión redundante de energía. Lo copié de un diseño menor, un instrumento sencillo concebido por los dirokimes. Sólo sirve para permanecer en un sitio, mirando en una dirección, pero ofrece soporte de memoria efímera y concentradores de atención... Ella está de vuelta conmigo. —La acarició con algunas frondas y con otras señaló el

ingenio que había construido—. No está malherida. A veces tengo dudas... A pesar de lo que dice Pham, tal vez en el último momento no pudo matarla.

Hablaba nerviosamente, como temiendo la respuesta de Ravna.

—Los primeros días estuve muy preocupado, pero el cirujano es muy eficiente. Le dio tiempo suficiente para erguirse en una fuerte rompiente, para pensar despacio. Desde que le di este escrodo, ella ha practicado la calistenia de la memoria, repitiendo lo que decimos yo y el cirujano. Con el escrodo, ella puede retener un nuevo recuerdo cada casi quinientos segundos. Ese tiempo suele bastar para que su mente natural aloje un pensamiento en la memoria duradera.

Ravna se aproximó. Había nuevas arrugas en las frondas de Tallo Verde, cicatrices que sanaban. Sus superficies visuales siguieron a Ravna. La escroditá sabía que ella estaba allí y la recibía cordialmente.

—¿Puede hablar trisk, Vaina Azul? ¿Tienes un vóder conectado?

—¿Qué? —Vaina Azul emitió un zumbido. Estaba distraído o nervioso—. Sí, sí. Sólo dame un minuto... antes no había necesidad. Nadie quería hablarnos. —Hizo una conexión en el escrodo.

—Hola, Ravna —dijo Tallo Verde—. Te reconozco. —Sus frondas susurraron al son de las palabras.

—Yo también te reconozco. Me alegra que estés de vuelta.

La voz del vóder era débil, nostálgica.

—Sí. Me cuesta expresarme. Quiero hablar, pero no estoy segura. ¿Tienen sentido mis palabras?

Sin que lo viera Tallo Verde, Vaina Azul hizo una seña a Ravna con un zarcillo: *Dile que sí.*

—Sí, te entiendo, Tallo Verde. —Y Ravna decidió que nunca más se enfadaría con Tallo Verde cuando no recordara algo.

—Bien. —Tallo Verde endureció las frondas y no habló más.

—¿Ves? —dijo Vaina Azul—. Río de felicidad. En este momento, Tallo Verde está alojando esta conversación en su memoria duradera. Por ahora es lenta, pero estoy mejorando el instrumental. Creo que su lentitud obedece ante todo al *shock* emocional.

Siguió acariciando las frondas de Tallo Verde, pero ella no dijo nada más. Ravna se preguntó si realmente Vaina Azul podía reír de felicidad.

Detrás de los escroditas había una serie de ventanas, ahora adaptadas a la visión escroditá.

—¿Has seguido las noticias? —preguntó Ravna.

—Sí, en efecto.

—Me siento tan impotente. —*Me siento tan tonta diciéndote esto.*

Pero Vaina Azul no se ofendió. Pareció agradecer el cambio de tema, prefiriendo

preocupaciones menos inmediatas.

—Sí. Vaya si somos famosos. Tres flotas nos persiguen, mi dama. Qué divertido.

—Parece que tardarán en alcanzarnos. Vaina Azul encogió las frondas.

—El caballero Pham ha resultado ser un piloto muy competente. Me temo que las cosas cambiarán a medida que descendamos. Las automatizaciones superiores de la nave fallarán poco a poco. Lo que llamáis «control manual» se volverá muy importante. La *FDB* fue diseñada para mi especie, mi dama. Al margen de lo que el caballero Pham opine de nosotros, en el Fondo somos los más aptos para pilotarla. Así que, poco a poco, los demás nos alcanzarán, o al menos los que sepan conducir sus propias naves.

Ravna no había pensado en ello, y seguro que nunca lo hubiera averiguado leyendo la Red. *Qué lástima que también sean malas noticias.*

—Pero Pham debe saberlo.

—Supongo que sí, pero es presa de sus temores. ¿Qué puede hacer? De no ser por ti, mi dama Ravna, ya nos habría matado. Tal vez, cuando deba escoger entre la muerte inmediata y confiar en nosotros, tal vez entonces exista una oportunidad.

—Para entonces será demasiado tarde. Mira, aunque él no confíe, aunque piense lo peor de los escroditas, tiene que haber un modo —y se le ocurrió que a veces no es preciso cambiar los pensamientos ni el odio de la gente—. Pham quiere llegar al Fondo para recobrar el antídoto. Piensa que vosotros sois aliados de la Plaga y buscáis lo mismo. Pero hasta cierto punto... —*Hasta cierto punto se puede colaborar, postergar el enfrentamiento.*

Vaina Azul reaccionó airadamente.

—No soy un aliado de la Plaga, Tallo Verde tampoco, la especie escroditas tampoco. —Giró en torno de su compañera, rodó por el techo hasta que sus frondas quedaron suspendidas ante el rostro de Ravna.

—Lo lamento. Es sólo el potencial...

—¡Pamplinas! —chirrió el vóder—. Nos topamos con mala gente. Cada especie tiene gente que mata por lucro. Utilizaron la fuerza con Tallo Verde, sustituyeron datos en su vóder. Pham Nuwen mataría miles de millones de los nuestros por creer en sus fantasías. —Hizo un gesto de impaciencia. Ravna vio algo que nunca había visto en un escroditas: sus frondas cambiaron de color, se oscurecieron.

El movimiento cesó y Vaina Azul no habló más. Entonces Ravna oyó un chillido que parecía proceder de un vóder. El sonido crecía, un aullido furibundo. Era Tallo Verde.

El chillido alcanzó gran estridencia y se descompuso en un triskweline quebrado.

—*¡Es verdad! Por todas nuestras transacciones, Vaina Azul, es verdad...*

El vóder escupió ruido de estática. Tallo Verde agitó las frondas en un gesto equivalente a los ojos desorbitados de un humano, un farfuleo de histeria.

Vaina Azul ya estaba junto a la pared, procurando sintonizar el nuevo escrodo. Las frondas de Tallo Verde la apartaron y el vóder continuó:

—Yo estaba horrorizada, Vaina Azul. Estaba horrorizada, pero no podía detenerlo... —la voz quedó en silencio un instante y, esta vez, Vaina Azul no intervino—. Recuerdo todo hasta los últimos cinco minutos. Y lo que dice Pham es cierto, querido. Leal como eres, y he presenciado esa lealtad durante doscientos años, en un instante podrías transformarte... tal como yo. —Ahora hablaba a borbotones, sin poder contenerse. Recordaba horrores que estaban tallados profundamente y al fin se reponía de un *shock* espantoso—. Yo estaba detrás de ti, ¿recuerdas, Vaina Azul? Tú estabas negociando con los piernas-de-marfil, así que no lo viste. Yo vi a los otros escroditas que se acercaban. No le di importancia: una reunión de amigos, tan lejos de casa. Entonces uno me tocó el escrodo. Yo... —Tallo Verde titubeó, agitó las frondas—. Terrorífico, terrorífico...

Y al cabo de un instante:

—De pronto hubo nuevos recuerdos en el escrodo, Vaina Azul. Nuevos recuerdos, nuevas actitudes. Pero de miles de años de profundidad. Y no me pertenecían. *Al instante*. Ni siquiera perdí la conciencia. Pensaba con igual claridad, conservaba los mismos recuerdos.

—¿Y qué pasó cuando te resististe? —preguntó Ravna.

—¿Resistirme? Mi dama Ravna, no me resistí, les pertenecía. No, no a ellos, porque ellos también pertenecían a alguien. Éramos cosas, con nuestra inteligencia al servicio de otro. Muertos, y vivos para ver nuestra muerte. Te hubiera matado a ti, a Pham, a Vaina Azul. No puedes imaginarlo, Ravna. Los humanos habláis de violación. Nunca podéis saber... —una larga pausa—. Eso no está bien. En el Tope del Allá, dentro de la Plaga misma... quizás allí todos vivan como yo viví.

Sus temblores no se calmaban, pero los gestos ya no eran histéricos. Las frondas decían algo en su idioma, rozando suavemente las de Vaina Azul.

—Toda nuestra especie, amor. Tal como lo dice Pham.

Vaina Azul se marchitó, con un desgarrón similar al que Ravna había sufrido al enterarse de la destrucción de Sjandra Kei. Ésos habían sido sus mundos, su familia, su vida. Vaina Azul estaba enterándose de algo peor.

Ravna se acercó, acarició las frondas de Tallo Verde.

—Pham dice que la causa está en los escrodos grandes. —*Un sabotaje realizado miles de millones de años atrás.*

—Sí, está principalmente en los escrodos. El «gran regalo» que tanto amamos los escroditas está destinado a controlarnos, pero me temo que también nosotros sufrimos modificaciones. Cuando me tocaron el escrodo, fui convertida al instante. Inmediatamente, todo lo que me importaba perdió sentido. Somos como bombas inteligentes, esparcidas por billones en el espacio, donde todos creen que es seguro.

Nos usarán con cuidado. Somos el arma secreta de la Plaga, especialmente en el Allá Bajo.

Vaina Azul tembló y dijo con voz trémula:

—Y todo lo que afirma Pham es correcto.

—No, Vaina Azul, no todo. —Ravna recordó su estremecedor enfrentamiento con Pham Nuwen—. Él tiene los datos, pero los evalúa mal. Mientras vuestros escrodo no sean pervertidos, sois la misma gente a quienes confié este vuelo al Fondo.

Vaina Azul apartó la mirada con cierta ofuscación.

—Mientras los escrodo no sean pervertidos —dijo Tallo Verde—. Pero mira qué fácil fue, con cuánta prontitud fui aliada de la Plaga.

—Sí, pero ¿podía ocurrir sin un contacto directo? ¿Podrías «modificarte» al leer las noticias de la Red? —La pregunta era irónica, pero Tallo Verde la tomó literalmente.

—No si sólo leo las noticias, ni con mensajes de protocolo estándar. Pero aceptar una transmisión dirigida a utilitarios del escrodo podría lograrlo.

—Entonces estamos a salvo. Tú, porque ya no usas un escrodo grande. Vaina Azul, porque...

—Porque nunca me tocaron... pero ¿cómo puedes saberlo? —Aún seguía ofuscado, en medio de su bochorno, pero era una ofuscación desesperanzada, dirigida contra algo muy lejano.

—No, querido. No te han tocado. Yo lo sabría.

—Sí, pero ¿por qué Ravna habría de creerte?

Todo podría ser una mentira, pensó Ravna, pero creo en Tallo Verde. Creo que nosotros cuatro somos los únicos de todo el Allá que pueden dañar a la Plaga. Si tan sólo Pham lo comprendiera.

—¿Dices que pronto perderemos nuestra ventaja?

Vaina Azul hizo un gesto afirmativo.

—En cuanto estemos más abajo. Nos alcanzarán en cuestión de semanas.

Y entonces no importará quién está pervertido y quién no.

—Creo que debemos hablar con Pham Nuwen. —*Y al cuerno con la esquirra divina.*

Antes Ravna no podía imaginar cómo resultaría la confrontación. Posiblemente, si había perdido todo contacto con la realidad, Pham intentaría matarles cuando aparecieran en el puente de mando. Lo más probable era que llovieran insultos y amenazas, y que estuvieran de nuevo como al principio.

En cambio, Pham actuó casi como antes de Reposo Armónico. Les dejó entrar en el puente de mando y no hizo comentarios cuando Ravna se interpuso entre él y los escroditas. Escuchó sin interrumpir mientras Ravna explicaba lo que había dicho Tallo Verde.

—Ellos dos son leales, Pham, y sin su ayuda no llegaremos al Fondo.

Pham asintió, miró las ventanas. Algunas mostraban un paisaje estelar natural, pero la mayoría eran imágenes de ultrarrastreo, lo más parecido a una imagen de los enemigos que se aproximaban a la *FDB*. Su expresión calma se alteró un instante y el Pham que ella amaba pareció aflorar, desesperado.

—¿Y de veras crees todo esto, Ravna? ¿Cómo? —Luego recobró su expresión distante y neutra—. No importa. Es verdad que si no colaboramos nunca llegaremos al mundo de los púas. Vaina Azul, acepto tu ofrecimiento. Con ciertas reservas, pero trabajaremos juntos.

Hasta que pueda liquidarte, parecía decir en silencio. El enfrentamiento quedaba postergado.

Les faltaban menos de ocho semanas para llegar al mundo de los púas, según los cálculos de Pham y Vaina Azul. *Siempre que la Zona permaneciera estable. Siempre que sus perseguidores no les alcanzaran.*

Menos de dos meses, después de haber viajado seis. Pero los días ya no eran como antes. Cada jornada era un desafío, un conflicto a veces solapado, a veces áspero; como cuando Pham privó a Vaina Azul de su equipo de taller.

Pham vivía ahora en el puente de mando: cuando se marchaba, cerraba la compuerta utilizando su código de identidad. Había destruido, o creía haber destruido, todos los demás enlaces privilegiados con la automatización de la nave. Él y Vaina Azul colaboraban continuamente, pero no como antes. Cada paso era lento. Vaina Azul lo explicaba todo, pero no podía realizar ninguna demostración. En esas ocasiones las discusiones se volvían más acaloradas y Pham debía escoger, entre un peligro y otro, ya que cada día las flotas perseguidoras se aproximaban más: dos bandas de asesinos, y lo que quedaba de Sjandra Kei. Evidentemente, parte de la flota de Seguridad Comercial de SJK podía combatir y quería vengarse de la Alianza. Una vez, Ravna sugirió a Pham que se comunicara con Seguridad Comercial e intentara persuadirles de atacar a la flota de la Plaga. Pham la miró con frialdad.

—Aún no, tal vez nunca —dijo lacónicamente. En cierto modo esa respuesta fue un alivio, porque la batalla habría sido un riesgo suicida. Ravna no quería que los supervivientes de su pueblo muriesen por ella.

Tal vez la *FDB* llegara al mundo de los púas antes que el enemigo, pero con muy poco tiempo de diferencia. A veces Ravna lloraba desesperada. Recobraba el ánimo al pensar en Jefri y Tallo Verde. Ambos la necesitaban, y después de algunas semanas más ella podría ayudar.

Los planes defensivos de Acero continuaban. Los púas tenían cierto éxito con su radio de banda ancha. Acero informaba que las fuerzas de Tallamadera iban camino hacia el norte: había más de una carrera contra el tiempo. Ravna pasaba muchas horas en la biblioteca de la nave, diseñando más regalos para el amigo de Jefri. Algunas cosas, como los telescopios, eran fáciles; pero otras... No era un esfuerzo inútil. Aunque la Plaga triunfara, su flota tal vez ignorase a los nativos, tal vez se conformase con destruir la *FDB* y recobrar el Antídoto.

Tallo Verde mejoraba lentamente. Al principio Ravna temía que la mejora estuviera sólo en su imaginación. Pasaba buena parte del día con la escrodit, procurando ver nuevos progresos en sus reacciones. Tallo Verde estaba muy distante, como un humano con apoplejía, pero parecía haber superado el espanto de sus primeras conversaciones. Tal vez sus progresos recientes sólo reflejaran la sensibilidad de Ravna, la presencia de Ravna; pero Vaina Azul insistía en que los

progresos eran reales y lo cierto era que algo estaba sanando en el límite entre la escroditas y su pequeño escrodo. Tallo Verde hablaba con mayor coherencia, integraba más recuerdos. Con frecuencia ayudaba a Ravna, veía cosas que ella había pasado por alto.

—El caballero Pham no es el único que teme a los escroditas. Vaina Azul también está asustado y se está desgarrando. No lo admite ni siquiera ante mí, pero cree posible que estemos infectados al margen de nuestros escrodos. Ansia convencer a Pham de que no es verdad... y convencerse a sí mismo —calló un largo instante, rozando el brazo de Ravna con una fronda. Las rodeaban sonidos acuáticos, pero la automatización de la nave ya no podía producir agua—. Suspiro melancólicamente. Debemos fingir que hay oleaje, querida Ravna. En alguna parte siempre lo hay, al margen de lo que haya ocurrido en Sjandra Kei, al margen de lo que ocurra aquí.

Vaina Azul era muy cariñoso con su compañera, pero cuando estaba a solas con Ravna demostraba su cólera.

—No, no, no tengo objeciones con la actuación del caballero Pham. Tal vez podríamos adelantarnos un poco más si yo condujera pero aun así las naves más próximas ganarían distancia. Se trata de otras cosas, mi dama. Tú sabes que nuestras automatizaciones no son eficientes aquí abajo, y Pham las está dañando más. Ha escrito sus propias órdenes de seguridad. Está transformando el entorno automatizado de la nave en un sistema de trampas.

Ravna había visto indicios de ello. Las zonas que rodeaban el puente de mando de la *FDB* y el taller parecían puestos de inspección militar.

—Tú conoces sus temores. Si esto le hace sentir más seguro...

—Ésa no es la cuestión, mi dama. Yo haría cualquier cosa para persuadirle de que acepte mi ayuda, pero lo que está haciendo es peligroso. Nuestras automatizaciones ya no son fiables, y él las está empeorando. Si nos topamos con una emergencia, los programas ambientales sufrirán un colapso... descenso de atmósfera, fuga térmica, cualquier cosa.

—Yo...

—¿Acaso él no lo entiende? Pham no controla nada. —Su vóder emitió un chillido—. Tiene capacidad para destruir, pero eso es todo. Necesita mi ayuda. Él fue mi amigo. ¿Acaso no lo entiende?

Pham lo entendía, claro que lo entendía. Él y Ravna aún hablaban. Esas conversaciones eran difíciles para Ravna, pero a veces lograban razonar en vez de enzarzarse en una discusión.

—No me he adueñado de la nave, Ravna. No como la Plaga se adueña de los escroditas, al menos. Todavía domino mi alma.

Se apartó de la consola y sonrió irónicamente, reconociendo el fallo de esa convicción. Y esa sonrisa convencía a Ravna de que Pham Nuwen aún vivía y, a

veces, hablaba.

—¿Y qué hay de la esquirla divina? Te veo durante horas frente a la pantalla, o hurgando en la biblioteca y las noticias. —*Leyendo con mayor rapidez que cualquier humano.*

Pham se encogió de hombros.

—Está estudiando las naves que nos persiguen, tratando de deducir cuál pertenece a quién, qué aptitudes poseen. No conozco los detalles. En esos momentos, mi autoconciencia se toma unas vacaciones. —En esos momentos, la mente de Pham se transformaba en un procesador de los programas que le había copiado Antiguo. Unas horas de fuga podían redundar en un instante de pensamiento al nivel de un Poder, y ni siquiera eso atinaba a recordar—. Pero sé una cosa. Sea lo que fuere la esquirla divina, es algo muy pequeño. No está viva, y en ciertos sentidos ni siquiera es muy lista. Para los asuntos cotidianos como pilotar la nave, sólo está el viejo Pham Nuwen.

—También estamos nosotros, Pham. Vaina Azul quisiera ayudar —murmuró Ravna. Ante esta sugerencia, Pham se encerraba en un gélido silencio, o estallaba de furia. Esta vez ladeó la cabeza.

—Ravna, Ravna, sé que le necesito..., y me alegra necesitarlo y no tener que matarle. —*Todavía.* Los labios de Pham temblaron un segundo y Ravna pensó que rompería a llorar.

—La esquirla divina no puede conocer a Vaina Azul...

—No, la esquirla divina no me hace actuar así... Sólo hago lo que haría cualquier persona cuando hay tantas cosas en juego —dijo sin cólera. Tal vez hubiera una oportunidad. Tal vez se pudiera razonar—. Vaina Azul y Tallo Verde nos son leales, Pham. Salvo en Reposo Armónico... Pham suspiró.

—Sí, he pensado mucho en ello. Ellos fueron a Relé desde el reino de Straumli. Lograron que Vrinimi buscara la nave fugitiva. Eso huele a una trampa, pero tal vez fue inadvertida... o tal vez fue tendida por algo que se opone a la Plaga. En todo caso, entonces eran inocentes, porque de lo contrario la Plaga habría sabido desde el principio lo del mundo de los púas. La Plaga no supo nada hasta RIP, hasta que Tallo Verde fue pervertida. Y sé que Vaina Azul fue leal incluso entonces. Sabía ciertas cosas sobre mi armadura, los remotos, por ejemplo, sobre las que pudo prevenir a los demás.

La esperanza sorprendió a Ravna. Pham había reflexionado y...

—Son sólo los escrodos, Pham. Son trampas que aguardan para activarse. Pero aquí estamos aislados y tú destruiste el de TalloVerde...

Pham sacudió la cabeza.

—Es algo más que los escrodos. La Plaga también se encargó del diseño de los escroditas, al menos hasta cierto punto. De lo contrario no habría dominado a Tallo

Verde con tal facilidad.

—Sí. Un riesgo muy pequeño en comparación con...

Pham no se movió, pero fue como si se alejara de ella, negando el apoyo que ella pudiera ofrecerle.

—¿Un riesgo pequeño? Lo ignoramos. Hay tantas cosas en juego... Camino sobre la cuerda floja. Si no utilizo ahora a Vaina Azul, la flota de la Plaga nos hará trizas. Si le permito hacer demasiado, si me fío de él, puede traicionarnos. Sólo tengo la esquirra divina y un puñado de recuerdos que quizá sean totalmente falsos. —Estas últimas palabras fueron casi inaudibles. Pham le clavó una mirada fría y extraviada—. Pero usaré lo que tengo, Ravna, y me valdré de lo que soy. De algún modo llegaré al mundo de los púas. De algún modo llevaré la esquirra de Antiguo hasta allá.

Las predicciones de Vaina Azul tardaron tres semanas más en cumplirse.

La *FDB* parecía una criatura robusta en el Allá Medio, y hasta su ultraimpulso averiado había fallado grácilmente. Ahora la nave estaba plagada de errores informáticos. No todo se debía a las manipulaciones de Pham. Como no habían podido realizar los últimos chequeos de coherencia, ninguna automatización destinada a funcionar en el Fondo era fiable. Pero sus fallos se complicaban por las desesperadas medidas de seguridad de Pham.

La biblioteca de la nave tenía un código fuente para las automatizaciones genéricas del Fondo. Pham pasó varios días revisándolo. Los cuatro estaban en el puente de mando durante la instalación, Vaina Azul tratando de ayudar, Pham examinando cada sugerencia con suspicacia. A los treinta minutos de la instalación, hubo unos estampidos sordos en el corredor principal. Ravna los habría ignorado, pero nunca había oído nada semejante a bordo de la *FDB*.

Pham y los escroditas fueron presa del pánico, a los viajeros del espacio no les agradan los ruidos inexplicables en la noche. Vaina Azul se dirigió a la escotilla, atravesó la abertura.

—No veo nada, caballero Pham.

Pham examinó de prisa las pantallas de diagnóstico, formatos mixtos en parte originados por la nueva configuración.

—Aquí tengo algunas luces de advertencia, pero...

Tallo Verde iba a decir algo, pero Vaina Azul regresó y habló de prisa:

—No puedo creerlo. Una cosa como ésta tendría que presentar imágenes, un informe detallado. Algo anda muy mal.

Pham lo miró un segundo, volvió a sus diagnósticos. Pasaron cinco segundos.

—Tienes razón. El diagnóstico de estado sólo repite informes anteriores.

Comenzó a obtener vistas de las cámaras de todo el interior de la *FDB*. Muy pocas suministraban informes, pero lo que mostraban...

El depósito de agua era una caverna brumosa y helada. De ahí procedían los

estampidos: toneladas de agua lanzadas al espacio. Varios servicios de soporte habían enloquecido y...

... el puesto de inspección armada que estaba fuera del taller se había vuelto loco. Las armas disparaban continuamente en baja potencia. Y a pesar de la destrucción, los diagnósticos seguían siendo verdes, amarillos o sin informes. Pham tenía una cámara en el taller mismo. El taller estaba en llamas. Pham saltó de su silla y brincó hacia el techo. Por un instante pareció que echaría a volar del puente, pero se sujetó e intentó apagar el incendio.

Durante los siguientes minutos hubo silencio en el puente, salvo por los juramentos de Pham.

—Fallos encadenados —masculló varias veces—. La automatización de apagado de incendios no funciona... No puedo eliminar la atmósfera del taller. Mis armas lo han cerrado todo.

Incendio a bordo. Ravna había visto imágenes de esas catástrofes, pero siempre parecían improbables. En medio del vacío universal, ¿cómo podía sobrevivir un incendio? Y en gravedad cero, el fuego se sofocaría a sí mismo aunque la tripulación no pudiera eliminar la atmósfera. La cámara del taller ofrecía una visión brumosa de la realidad. Claro que las llamas devoraban el oxígeno. Había mamparos de espuma de construcción que apenas llameaban, protegidos momentáneamente por el aire muerto. Pero el fuego se propagaba, desplazándose hacia el aire fresco. En ciertos lugares, la turbulencia térmica enriquecía la mezcla y daba nueva vida a las llamas.

—Todavía tiene ventilación, caballero Pham.

—Lo sé. No puedo cerrar los conductos. Se deben haber fundido.

—Puede ser un problema de software. Prueba con esto...

Le impartió unas instrucciones que Ravna no entendió. Pham asintió y pulsó unas teclas.

En el taller, las llamas trepaban por la espuma de construcción. Ahora lamían las entrañas de la armadura a la cual Pham había dedicado tanto tiempo. Esta última revisión aún no estaba concluida. Ravna recordó que ahora trabajaba en un blindaje reactivo... *Allí habría oxidizante...*

—Pham, ¿está sellada la armadura?

El incendio estaba sesenta metros a popa, detrás de varias compuertas. La explosión llegó como una detonación sorda. Pero en la visión de la cámara, la armadura se despedazó y el fuego se irguió triunfante.

Segundos después, Pham siguió la sugerencia de Vaina Azul y los conductos del taller se cerraron. El incendio de la estropeada armadura continuó otra media hora, pero no se extendió más allá del taller.

Tardaron dos días en ordenarlo todo, hacer una estimación de los daños y asegurarse de que no se producirían nuevos desastres. La mayor parte del taller estaba

destruido. No habría armadura en el mundo de los púas. Pham rescató algunas de las armas que antes custodiaban el taller. El desastre se había propagado por toda la nave en los clásicos estragos múltiples de los fallos encadenados. Habían perdido el cincuenta por ciento del agua. La lanzadera había perdido su automatización superior.

Los impulsores cohete estaban bastante estropeados. En el espacio interestelar no tenía mayor importancia, pero la concordancia final de velocidad se efectuaría a sólo 0,4 de gravedad. Gracias al cielo, el agrávido funcionaba y no tendrían dificultades para maniobrar en pozos gravitatorios abruptos; es decir, para aterrizar en el mundo de los púas.

Ravna sabía que habían estado a punto de perder la nave, pero vigilaba a Pham con mayor aprensión. Temía que tomara esto como una prueba definitiva de la traición de los escroditas y que perdiera la chaveta. Extrañamente, sucedió todo lo contrario. Su dolor y su angustia eran evidentes, pero no se desquitó con los demás, sino que trabajó con empeño para reparar los daños. Ahora hablaba más con Vaina Azul y, aunque no le permitía modificar las automatizaciones, aceptaba cautamente sus consejos. Juntos lograron que la nave regresara al estado previo al incendio.

Ravna habló con Pham al respecto.

—No he cambiado de opinión —dijo él—. Tenía que equilibrar los riesgos y lo eché a perder... Y tal vez no haya equilibrio. Tal vez la Plaga gane.

La esquirla divina se había empeñado en que Pham lo hiciera todo por su cuenta. Ahora actuaba de forma menos paranoica.

A siete semanas de Reposo Armónico, y a menos de una semana del mundo de los púas, Pham cayó varios días en trance. Antes estaba atareado en un fútil intento de realizar controles manuales de todas las automatizaciones que necesitarían en el mundo de los púas; ahora Ravna ni siquiera lograba hacerle comer.

La pantalla de navegación mostraba las tres flotas que habían identificado las noticias y la intuición de Pham: los agentes de la Plaga, la Alianza para la Defensa y lo que quedaba de Seguridad Comercial SJK. Monstruos despiadados y los restos de una víctima. La Alianza aún publicaba boletines regulares en las noticias. Seguridad Comercial SJK había despachado algunas refutaciones, pero en general callaba. No estaban habituados a la propaganda, o tal vez no les interesaba. A Seguridad Comercial sólo le restaba buscar su venganza. ¿Y la flota de la Plaga? Las noticias no habían oído nada de ella. Haciendo cálculos sobre partidas y naves perdidas, el grupo Analistas de Guerras llegó a la conclusión de que era un conjunto improvisado, todo lo que la Plaga controlaba allí abajo, en el momento del enfrentamiento de RIP. Ravna sabía que el análisis de Analistas de Guerras estaba errado en un detalle: la flota de la Plaga no callaba. En las últimas semanas había enviado treinta mensajes a la *FDB*, en formato de mantenimiento de escrodos. Pham había ordenado que la nave rechazara los mensajes sin leerlos y luego temió que no hubiera obedecido la orden.

A fin de cuentas, la *FDB* era de diseño escrodit.

Ahora el tormento de Pham había aminorado. Permanecía sentado durante horas ante la pantalla. Pronto los de Sjandra Kei alcanzarían la flota de la Alianza. Al menos algunos villanos iban a pagarlo, aunque la flota de la Plaga y una parte de la Alianza sobrevivirían... Tal vez ese ensimismamiento sólo reflejaba la desesperación de la esquirra divina.

Pasaron tres días y Pham salió de su trance. Salvo por su rostro más enjuto, se le veía más normal de lo que había parecido en semanas. Pidió a Ravna que llevara a los escroditas al puente.

Pham señaló los rastros de ultraimpulso que surcaban la ventana. Las tres flotas estaban desperdigadas a través de un tosco cilindro de cinco años-luz de profundidad y tres años-luz de diámetro. La pantalla sólo mostraba el corazón de ese volumen, allí donde estaban apiñadas las naves más veloces de sus perseguidores. La posición de cada nave era un punto de luz que trazaba una estela de luces más tenues: el rastro que dejaba el ultraimpulso de ese vehículo.

—He usado el rojo, azul y verde para marcar mis conjeturas en cuanto al origen de cada rastro.

Las naves más veloces estaban amontonadas en una mancha tan densa que a esa escala parecía blanca, pero con banderines de color ondeando detrás. Había otras etiquetas, anotaciones que él había puesto pero que confesaba no entender.

—Al frente de este grupo, las más veloces entre las veloces todavía ganan terreno.

—Podríamos obtener más velocidad si me dieras control directo —dijo Vaina Azul con vacilación—. No mucho, pero...

La respuesta de Pham al menos fue cortés.

—No, estoy pensando en otra cosa, algo que Ravna sugirió hace un tiempo. Siempre ha sido una posibilidad y... creo que ha llegado el momento.

Ravna se acercó a la pantalla, miró los rastros verdes. Su distribución concordaba con lo que decían las noticias sobre los restos de Seguridad Comercial SjK. *Todo lo que queda de mi gente.*

—Hace unas cien horas que intentan trabarse en combate con la Alianza.

Pham la miró de soslayo.

—Sí —murmuró—. Pobres diablos. Es una flota de desesperados. Si yo estuviera en su lugar... —Recobró la calma—. ¿Alguna idea sobre su armamento?

Era una pregunta retórica, pero sacó el tema a relucir.

—Analistas de Guerras dice que Sjandra Kei esperaba alguna sorpresa desagradable desde que la Alianza se puso a hablar de «muerte a las alimañas». Seguridad Comercial se encargaba de la defensa en el espacio profundo. Su flota consiste en cargueros convertidos, provistos con armas de diseño local. Analistas de Guerras sostiene que no podrían competir con el otro bando, si la Alianza estuviera

dispuesta a sufrir muchas bajas. El problema es que Sjandra Kei no esperaba un ataque contra los planetas. Así que cuando apareció la nota de la Alianza, la nuestra le salió al encuentro...

—... y en el ínterin, las bombas KE caían en pleno corazón de Sjandra Kei.

En mi corazón.

—Sí, la Alianza debía haber lanzado esas bombas semanas atrás.

Pham Nuwen rió secamente.

—Si yo estuviera en la flota de la Alianza, ahora estaría un poco nervioso. Son inferiores en número y esas naves reformadas parecen muy veloces... Apuesto a que cada piloto de Sjandra Kei se muere por vengarse. Humm. Pero no hay modo de que puedan liquidar todas las naves de la Alianza o todas las naves de la Plaga. No tendría objeto... —Miró a Ravna—. Si dejamos las cosas como están, la flota de Sjandra Kei acabará por alcanzar a la Alianza y tratará de destrozarla.

Ravna asintió.

—Dentro de unas doce horas, según dicen.

—Y entonces sólo nos seguirá la flota de la Plaga. Pero si podemos convencer a tu gente para que luchen contra los enemigos adecuados...

Era el plan que era la pesadilla de Ravna. Todo lo que restaba de Sjandra Kei muriendo para salvar a la *FDB*. Era muy improbable que la flota de Sjandra Kei pudiera destruir todas las naves de la Plaga. *Pero están aquí para luchar. ¿Por qué no una venganza que sirva de algo?* Ése era el mensaje de la pesadilla y ahora concordaba con los planes de la esquirra divina.

—Hay problemas. Ellos no saben qué estamos haciendo, ni el propósito de la tercera flota. Si les decimos algo, los demás lo interceptarán. —La ultraonda era direccional, pero la mayoría de sus perseguidores estaban demasiado mezclados.

Pham asintió.

—Tenemos que hallar un modo de hablar sólo con ellos. Tenemos que persuadirles para luchar. —Una débil sonrisa—. Y creo que tenemos el equipo indicado para ello. Vaina Azul, ¿recuerdas esa noche en las Dársenas? Nos hablaste del cargamento putrefacto de Sjandra Kei.

—Por cierto, caballero Pham. Llevábamos un tercio de un código generado por Seguridad Comercial SJK para sus comunicaciones de largo alcance. Todavía está en el depósito de la nave, aunque es inservible sin los otros dos tercios. —Los materiales criptográficos se contaban entre los embarques de mayor valor... y entre los más inútiles cuando perdían ese valor. En alguna parte de los archivos de carga de la *FDB* había un bloque de comunicaciones. Parte de un bloque.

—¿Inservible? Tal vez no. Un tercio nos proporcionaría comunicaciones seguras.

Vaina Azul agitó las frondas.

—No deseo engañarte. Ningún cliente competente lo aceptaría.

Claro que brinda comunicaciones seguras, pero el otro lado no puede verificar si el emisor es quien dice ser.

Pham miró a Ravna, de nuevo con la misma sonrisa.

—Si escuchan, creo que podemos convencerles... La dificultad reside en lograr que sólo oiga uno de ellos.

Pham explicó lo que tenía en mente. Los escroditas susurraron. Después de pasar tanto tiempo juntos, Ravna casi podía entender esos susurros, o quizá sólo comprendía sus personalidades. Como de costumbre, Vaina Azul planteaba que la idea era imposible y Tallo Verde le urgía a escuchar.

Pero cuando Pham concluyó, el escroditas no presentó ninguna objeción.

—En un radio de setenta años-luz, la comunicación ultraonda entre naves es posible, hasta sin nuestras antenas; incluso podríamos tener vídeo en vivo. Pero tienes razón, el alcance del rayo abarcaría a todas las naves del grupo central de las flotas. Si podemos identificar una nave como perteneciente a Sjandra Kei, entonces podría hacerse lo que dices; esa nave podría utilizar códigos internos de la flota para retransmitirlo a los demás. Pero, honestamente, debo advertirte —continuó Vaina Azul, desechando el suave reproche de Tallo Verde—, que los profesionales de las comunicaciones no aceptarían tu solicitud de hablar, probablemente ni la reconozcan como tal.

—Qué tontería —dijo al fin Tallo Verde con voz clara—. Siempre dices cosas así... excepto cuando hablas con tus clientes.

—*Brap*. Sí, tiempos desesperados, medidas desesperadas. Quiero intentarlo, pero tengo miedo... no quiero que se hable de traición escroditas. Caballero Pham, quiero que tú manejes esto.

Pham Nuwen sonrió.

—Precisamente lo que pensaba.

La Flota Aniara. Así se hacían llamar algunas de las tripulaciones de Seguridad Comercial. *Aniara* era la nave de un antiguo mito humano, más antiguo que Nyjora, que quizá se remontaba a las cooperativas tuvo-norsk de los asteroides del sistema solar de la tierra. *La Aniara* histórica era una gran nave lanzada hacia las honduras del espacio interestelar ante la muerte de su civilización madre. La tripulación presenciaba los estertores del sistema y, luego, con el correr de los años, mientras la nave se despeñaba en la oscuridad sin fin, también parecía al fallar sus sistemas de soporte vital. La imagen era cautivadora, y tal vez por eso había perdurado a través de los milenios. Con la destrucción de Sjandra Kei y la fuga de Seguridad Comercial, la historia parecía haberse convertido en realidad.

Pero no la representaremos hasta el fin. El capitán de grupo Kjet Svensndot fijaba los ojos en la pantalla. Esta vez la muerte de la civilización había sido un

asesinato y los asesinos estaban a su alcance. Durante días, el cuartel general de la flota les había guiado hacia la Alianza. La pantalla mostraba que el éxito estaba muy cerca. La mayoría de las naves de la Alianza y Sjandra Kei estaban envueltas en una fulgurante esfera de rastros de impulso, lo cual también incluía a esa silenciosa tercera flota. La imagen inducía a creer que la batalla ya era posible. De hecho, las naves enemigas surcaban casi el mismo espacio —a veces a menos de mil millones de kilómetros de distancia— pero todavía separadas por milisegundos de tiempo. Todas las naves estaban en ultraimpulso, saltando a razón de doce veces por segundo, y hasta en el Fondo del Allá, eso significaba una importante fracción de año-luz por cada salto. Luchar contra un enemigo evasivo significaba seguir el ritmo de sus saltos e inundar el espacio común con armas guiadas.

El capitán de grupo Svensndot cambió la pantalla para mostrar las naves que habían logrado seguir precisamente el ritmo de la flota de la Alianza. Casi un tercio de la flota ya estaba sincronizado. *Dentro de pocas horas...*

—¡Maldición!

Golpeó su tablilla, que giró flotando a través del puente. Su primer oficial atrapó la tablilla, se la devolvió. —¿Una nueva maldición?, ¿o es la habitual? —preguntó Tirolle—. Es la habitual. Lo lamento. —Y lo lamentaba de veras. Tirolle y Glimfrelle tenían sus propios problemas. Sin duda aún quedaban reductos humanos en el Allá, a salvo de la Alianza, pero los únicos dirokimes supervivientes parecían ser los que estaban en la flota de Seguridad Comercial. Salvo por las almas aventureras como Tirolle y Glimfrelle, todo lo que quedaba de su especie había estado en los terranos de sueño de Sjandra Kei.

Kvet Svensndot había estado en Seguridad Comercial veinticinco años, cuando la compañía era sólo una pequeña empresa policíaca. Había pasado miles de horas aprendiendo a ser el mejor piloto de combate de la organización. Sólo dos veces había participado en un enfrentamiento. Algunos lo habrían lamentado. Svensndot y sus superiores lo tomaban como la recompensa por ser los mejores. Su competencia les había permitido obtener el mejor equipo de combate de la flota de Seguridad Comercial, culminando con la nave que comandaba ahora. La *Ølvira* se había comprado con parte de la enorme bonificación que pagó Sjandra Kei cuando la Alianza comenzó con sus amenazas. La *Ølvira* no era un carguero convertido, sino una máquina de combate de cabo a rabo. Estaba equipada con los mejores procesadores y el mejor ultraimpulso que podía operar a la altitud de Sjandra Kei en el Allá. No necesitaba más que tres tripulantes y el piloto sólo podía afrontar el combate con sus asociados IA. Los compartimentos contenían más de diez mil bombas dirigidas, cada una de ellas más inteligente que toda la unidad de impulso de un carguero normal. Toda una recompensa por veinticinco años de increíble dedicación. Incluso permitieron que Svensndot bautizara la nueva nave.

Y ahora... Bien, la verdadera *Ølvira* sin duda había muerto. Junto con millones de otros a quienes debían proteger, había estado en Herte, en el sistema interior. Las bombas de fulgor no dejan supervivientes.

Y su bella nave del mismo nombre había estado a medio año-luz del sistema, buscando enemigos que no estaban allí. En cualquier batalla decente, Kjet Svensndot y su tripulación se habrían desenvuelto muy bien. En cambio, estaban bajando al Fondo del Allá. Cada año-luz les llevaba más lejos de las regiones para las cuales estaba diseñada la *Ølvira*. Cada año-luz los procesadores trabajaban más despacio, o no funcionaban. Aquí abajo los cargueros convertidos eran casi el diseño óptimo. Torpes y estúpidos, con docenas de tripulantes, seguían funcionando. *Ølvira* ya iba cinco años-luz a la zaga. Los cargueros realizarían el ataque contra la flota de la Alianza y, una vez más, Kjet observaría impotente mientras sus amigos morían.

Por centésima vez, Svensndot miró la pantalla y pensó en amotinarse. También la Alianza tenía rezagados, vehículos de «alto rendimiento» que las demás naves dejaban atrás. Pero le habían ordenado mantener su posición, ser el coordinador táctico para los combatientes más veloces de la flota. Bien, haría lo que le ordenaban..., por última vez. Pero cuando hubiera terminado la batalla, cuando la flota estuviera eliminada, tras llevarse consigo la mayor cantidad posible de naves de la Alianza, entonces pensaría en su propia venganza. Parte de ello dependía de Tirolle y Glimfrelle. ¿Podría persuadirles para abandonar al resto de la flota de la Alianza y ascender al Allá Medio, donde la *Ølvira* era la mejor de su especie? Sabían con certeza que algunos sistemas estelares respaldaban a la «Alianza para la Defensa». Los asesinos se jactaban en las noticias, pensando que así recibirían más adhesiones. De acuerdo: también recibirían visitantes como la *Ølvira*. Las bombas que llevaba podían destruir mundos, aunque no con la celeridad con que habían arrasado Sjandra Kei. Incluso Svensndot vacilaba ante semejante venganza. No. Escogería los blancos con cuidado: naves que acudieran a formar nuevas flotas para la Alianza, convoyes mal protegidos. La *Ølvira* aguantaría mucho tiempo si tendían emboscadas sin dejar supervivientes. Miraba la pantalla sin cesar, ignorando las lágrimas que le humedecían las comisuras de los ojos. Había respetado la ley toda su vida. A menudo su tarea había consistido en detener actos de venganza... Y ahora, la venganza era lo único que le quedaba.

—Estoy recibiendo algo raro, Kjet —dijo Glimfrelle, quien se encargaba de monitorear las señales. Era un tipo de actividad que habría sido totalmente automática en el entorno natural de la *Ølvira*, pero que ahora constituía una tarea tediosa y agotadora.

—¿Qué? ¿Más mentiras de la Red? —preguntó Tirolle.

—No. Ésta procede del lugre que todos están persiguiendo. No puede ser nadie más.

Svensndot enarcó las cejas. Abordó el misterio con un placer casi inadvertido.

—¿Características?

—El procesador de señales indica que quizá sea un haz angosto. Nosotros somos el único destinatario. La señal es fuerte y la anchura de banda es suficiente para soportar vídeo plano. Si el maldito procesador funcionara bien, lo sabría... — Glimfrelle entonó una pequeña canción que era un tarareo impaciente entre los de su especie—. *¡Liaej!* Está codificado, pero a un nivel superior. Esto es vídeo de sintaxis 45. De hecho, declara estar usando un tercio de un código que la compañía elaboró hace un año. —Por un instante Svensndot pensó que Glimfrelle afirmaba que el mensaje mismo era inteligente, lo cual era absolutamente imposible en el Fondo. El segundo oficial debió comprender su gesto.

—Es sólo un lenguaje chapucero, jefe. Acabo de extraer esto del formato del bloque... —Algo centelleó en su pantalla—. Bien, aquí está la historia sobre el código: la Compañía elaboró este código y sus pares para utilizarlos en embarques de seguridad. —Antes del ataque de la Alianza, ése era el nivel criptográfico más alto de la organización—. Éste es el tercio que nunca se recibió. Se suponía que la totalidad estaba pervertida pero, milagro de milagros, todavía tenemos una copia.

Glimfrelle y Tirolle miraban a Svensndot expectantes, con ojos grandes y oscuros. La política normal, las órdenes normales, estipulaban que las transmisiones en claves pervertidas debían ignorarse. Si el personal de señales de la compañía hubiera trabajado como debía, el código corrupto ni siquiera habría estado a bordo y esa decisión se hubiera cumplido sola.

—Descifra el mensaje —dijo Svensndot. Las últimas semanas le habían demostrado que su compañía era un fracaso en lo concerniente a inteligencia militar y señales. Tal vez esa incompetencia les proporcionara algún beneficio.

—¡Sí, señor! —Glimfrelle pulsó una tecla. En el interior del procesador de señales de la *Ølvira*, un largo segmento de ruido «aleatorio» se descompuso en bloques y se acomodó con precisión sobre el ruido «aleatorio» de los bloques de datos entrantes. Hubo una larga pausa (*maldito sea el Fondo*) y luego la ventana de comunicaciones se iluminó con una imagen plana de vídeo.

«... cuarta repetición de este mensaje». Las palabras estaban en samnorsk y un dialecto de puro Herte y Sjandra. El hablante era... ¡por un momento estremecedor el capitán vio de nuevo a *Ølvira* viva! Exhaló lentamente, tratando de relajarse. Cabello negro, delgada, ojos violáceos. Igual que *Ølvira*, igual que un millón de mujeres de Sjandra Kei. La semejanza existía, pero era tan vaga que antes nunca la habría tomado por tal. Por un instante imaginó un universo más allá de la flota perdida, y objetivos más allá de la venganza. Pero se obligó a prestar atención, a ver todo lo que podía en las imágenes de la ventana.

La mujer decía: «Lo repetiremos tres veces más. Si para entonces ustedes no han

respondido, buscaremos otro destinatario.» Se alejó de la cámara, dándoles una vista de la habitación. Era profunda, de techo bajo. Una pantalla de rastros de ultraimpulso dominaba el fondo, pero Svensndot le prestó poca atención. Detrás había dos escroditas. En el escrodo uno llevaba estrías que aludían a antecedentes comerciales con Sjandra Kei. El otro debía de ser un escroditita menor, pues su escrodo era pequeño y no tenía ruedas. La cámara se volvió hacia la cuarta figura. ¿Humano? Tal vez, pero no de ascendencia nyjorana. En otro momento su aparición habría sido una gran noticia para todas las civilizaciones humanas del Allá. En estas circunstancias, Svensndot sólo sintió suspicacia.

La mujer continuó: «Pueden ver que somos humanos y escroditas. Somos toda la tripulación del *Fuera de Banda II*. No somos parte de la Alianza para la Defensa ni agentes de la Plaga, pero somos el motivo por el cual sus flotas están aquí. Si reciben ustedes este mensaje, apostamos a que son de Sjandra Kei. Debemos hablar. Por favor respondan con el mismo patrón que está descifrando este mensaje.» La imagen fluctuó y el rostro de la mujer volvió a ocupar el primer plano. «Ésta es la quinta repetición de este mensaje. Lo repetiremos dos veces más.»

Glimfrelle apagó el aparato.

—Si habla en serio, tenemos cien segundos. ¿Qué hacemos, capitán?

De pronto la *Ølvira* era algo más que una nave rezagada.

—Hablamos —dijo Svensndot.

El intercambio de respuestas llevó varios segundos. Después de eso, cinco minutos de conversación con Ravna Bergsndot bastaron para convencer a Kjet de que la Central de la Flota debía conocer ese mensaje. Su nave sería una mera retransmisora, pero al menos tenía algo importante que comunicar.

La Central rehusó el enlace de vídeo con la *Fuera de Banda*. En la nave insignia alguien estaba empeñado en respetar los procedimientos convencionales y el uso de claves corruptas le tenía a mal traer. Incluso Kjet tuvo que conformarse con un enlace de combate. La pantalla mostraba una imagen de color de alta resolución. Mirándola con atención, uno comprendía que era una evocación de mala calidad. Kjet reconoció a la propietaria Limmende y a Jan Skrits, su jefe de personal, pero ambos parecían versiones anticuadas de sí mismos: el viejo vídeo se acoplaba con las claves transmitidas de animación. El canal de comunicación era de menos de cuatro mil bits por segundo, la Central no corría riesgos.

Sólo Dios sabía qué verían como evocación de Pham Nuwen. Ese humano de tez cenicienta ya había explicado varias veces su situación. Tenía tan poco éxito como Ravna Bergsndot antes que él. Gradualmente había perdido el aplomo y empezaba a revelar su desesperación.

—... les digo que ambos son enemigos de ustedes. La Alianza para la Defensa destruyó Sjandra Kei, pero la Plaga posibilitó esa destrucción.

La caricaturesca imagen de Jan Skrits miró a la propietaria, Limmende. *Cielos, las evocaciones son pésimas en el Fondo*, pensó Svensndot. Cuando Skrits hablaba, la voz ni siquiera concordaba con el movimiento de los labios.

—Leemos Amenazas, señor Nuwen. La amenaza de la Plaga se utilizó como excusa para destruir nuestros mundos. No iniciaremos una carnicería indiscriminada, y menos contra una organización que obviamente es enemiga de nuestros enemigos... ¿O afirma usted que la Plaga está secretamente asociada con Alianza para la Defensa?

Pham hizo un ademán de furia.

—No tengo la menor idea de lo que piensa la Plaga acerca de la Alianza. Pero usted debe tener noticias de los males que ha causado esta Plaga, desastres mucho mayores que esta Alianza.

—Ah, sí. Eso dicen en la Red, señor Nuwen, pero esos acontecimientos están a miles de años-luz. Han atravesado saltos múltiples e interpretaciones desconocidas antes de llegar al Allá Medio... aunque las historias fueran verosímiles. No por nada la llaman la Red de un Millón de Mentiras.

El rostro del extraño se oscureció. Soltó una frase colérica en un idioma que no se parecía en nada al de Nyjora. Los tonos subían y bajaban como un gorjeo dirokime. Se calmó con visible esfuerzo y luego continuó en samnorsk, con más acento que antes.

—Sí, pero le estoy diciendo que yo estuve en la caída de Relé. La Plaga es peor que los peores horrores que usted haya leído. El exterminio de Sjandra Kei fue sólo un efecto secundario menor. ¿Nos ayudará contra la flota de la Plaga?

La propietaria, Limmende, se acomodó en la malla de su silla. Miró a su jefe de personal y ambos hablaron inaudiblemente. Detrás, el puente de mando de la nave insignia se extendía más de diez metros. Los suboficiales se desplazaban en silencio, algunos observaban la conversación. La imagen era nítida y clara, pero los movimientos eran caricaturescos. Algunos rostros pertenecían a personas que habían sido transferidas antes de la caída de Sjandra Kei. Los procesadores de la *Ølvira* captaban la señal de banda estrecha de Central, relleniéndola con un trasfondo detallado (pero obsoleto) y evocando la imagen mostrada. *No más evocaciones después de esto*, se prometió Svensndot, *al menos mientras estemos aquí abajo*.

La propietaria miró nuevamente la cámara.

—Perdone a una vieja policía paranoica, pero creo posible que usted sea aliado de la Plaga. —Limmende alzó la mano como para impedir una interrupción, pero el pelirrojo sólo la miró boquiabierto—. Si le creemos, debemos aceptar que hay algo útil y peligroso en el sistema estelar hacia el cual todos nos dirigimos. Además, debemos aceptar que tanto ustedes como la «flota de la Plaga» cuentan con aptitudes especiales para aprovechar ese trofeo. Si luchamos contra esa flota, como usted pide,

es probable que pocos de los nuestros sobrevivan. Sólo usted conseguirá el trofeo. Y no sabemos quién pueda ser usted.

Pham Nuwen calló un largo momento. Poco a poco se apaciguó.

—Tiene usted razón, propietaria Limmende. Y se enfrenta a un dilema, ¿existe alguna solución?

—Skrits y yo hemos hablado sobre ello. Hagamos lo que hagamos, tanto nosotros como usted debemos correr grandes riesgos, y las alternativas son aún más terribles. Estamos dispuestos a aceptar que nos guíe en la batalla, siempre que primero regrese hacia aquí y nos permita abordarles.

—¿Abandonar nuestra ventaja en esta persecución? Limmende asintió.

Pham abrió y cerró la boca, pero no dijo nada. Al parecer le costaba respirar.

—Pero si ustedes no triunfan —intervino Ravna—, todo se perderá. Al menos ahora tenemos treinta y seis horas de ventaja. Eso podría ser suficiente para radiar la noticia de que existe ese artefacto aunque la flota de la Plaga sobreviva.

Skrits torció la cara en una sonrisa caricaturesca. —Es imposible tenerlo todo. Ustedes desean que nosotros nos arriesguemos basándonos en su presunta competencia. Estamos dispuestos a morir, pero no a ser peones en una partida entre monstruos—. Estas últimas palabras tenían un tono extraño que ya no era el de la furia. La imagen de Central no se había movido, excepto por el mal sincronizado movimiento de los labios. Glimfrelle miró a Svensndot y señaló las luces de fallo del panel de comunicaciones.

—Capitán de grupo Svensndot —continuó Skrits—, es imperativo que toda nueva comunicación con esa nave desconocida sea encauzada...

La imagen se congeló y no hubo más palabras. —¿Qué sucedió? —preguntó Ravna.

Glimfrelle resopló.

—Estamos perdiendo contacto con Central. Nuestra anchura de banda efectiva se ha reducido a veinte bits por segundo y desciende. La última transmisión de Skrits apenas llegaba a cien bits. —Ajustada para ser legible por el software de la *Ølvira*. Kjet agitó el brazo con furia—. Corta esa transmisión. Al menos ya no tendría que aguantar esa evocación. No quería oír la última orden de Jan Skrits.

—¿Por qué no dejarla encendida? —preguntó Tirolle—. Tal vez no notemos demasiada diferencia.

Glimfrelle rió de la broma de su hermano, pero sus dedos-largos bailaron sobre el panel de comunicaciones y la pantalla mostró las estrellas. Esos dos dirokimes no sentían gran simpatía por los burócratas.

Svensndot les ignoró y miró la otra ventana de comunicaciones. El canal con Pham y Ravna era vídeo de banda ancha con muy poca interpretación; no habría sutilezas perversas si lo desconectaba.

—Lo lamento. Durante los últimos días hemos tenido muchos problemas de comunicaciones. Parece que esta tormenta zonal ha sido la peor en siglos.

De hecho, estaba empeorando aún más. Las pantallas de ultraimpulso de estribor mostraban ruido aleatorio.

—¿Ha perdido contacto con su comandante? —le preguntó Ravna.

—Por el momento... —Kjet miró a Pham. El pelirrojo aún tenía los ojos vidriosos—. Mire, lamento que haya resultado así, pero Limmende y Skrits son gente brillante. Ustedes entenderán su punto de vista.

—Extrañas —interrumpió Pham con voz ensimismada—. Las imágenes eran extrañas.

—¿Se refiere a la retransmisión de Central? —Svensndot dio explicaciones acerca de la estrecha anchura de banda y el pésimo rendimiento de los procesadores de la nave en el fondo.

—De modo que la imagen que recibieron de nosotros debía de ser igualmente mala... Me pregunto qué habrán pensado de mí.

—Eh... —Buena pregunta. Miró a Pham Nuwen: pelo rojo e hirsuto, tez cenicienta, voz cantarina. Si se enviaban esas señales, era probable que la pantalla de Central mostrara algo muy diferente del humano que veía Kjet...—. Un momento. Las evocaciones no funcionan así. Sin duda tuvieron una clara imagen de usted. Se envían unas pocas imágenes de alta resolución al comienzo de la sesión. Luego éstas se utilizan como base para la animación.

Pham le miró con aire desafiante, como si no le creyera y le exhortara a reflexionar. Qué diablos, la explicación era correcta. Era indudable que Limmende y Skrits habían visto al pelirrojo como humano. Sin embargo, había algo que molestaba a Kjet... Tanto Limmende como Skrits le parecían anticuados.

—¡Glimfrelle! Comprueba la señal que recibimos de Central. ¿Nos enviaron imágenes sincronizadas?

Glimfrelle tardó sólo unos segundos. Silbó sorprendido.

—No, jefe... Y como todo estaba adecuadamente codificado, nuestra nave se las arregló con viejas animaciones publicitarias. —Le dijo algo a Tirolle y los dos gorjearon rápidamente—. Nada parece funcionar aquí. Tal vez sea otro error informático.

Pero Glimfrelle no parecía muy convencido de lo que decía. Svensndot se volvió hacia la imagen de la *Fuera de Banda*.

—Miren. El canal de Central estaba totalmente codificado, con esquemas en los cuales confío más que en el que estamos utilizando ahora. No puedo creer que fuera una farsa. —Pero a Kjet se le revolvía el estómago. Era como en los primeros minutos de la batalla de Sjandra Kei, cuando adivinó que les habían burlado, cuando comprendió que todas las personas a quienes intentaba proteger serían exterminadas

—. Comuniquémonos con otras naves. Verificaremos la posición Central...

Pham Nuwen enarcó las cejas.

—Tal vez no era una farsa.

Antes de que pudiera decir más, el escrodata del escrodo grande les gritó algo. Rodó por el techo de la habitación, apartando a los humanos para aproximarse a la cámara.

—Tengo una pregunta, capitán de grupo —farfulló la voz del vóder. La criatura se frotaba secamente los zarcillos, con aire de preocupación—. Mi pregunta: ¿hay escroditas a bordo de la nave insignia?

—¿Por qué...?

—¡Responda esa pregunta!

—¿Cómo he de saberlo? —Kjet trató de pensar—. Tirolle, tú tienes amigos en el personal de Skrits. ¿Hay escroditas a bordo?

Tirolle tartamudeó unas notas.

—A'a a a. Sí. Gente a la que rescataron después de la batalla.

—Es todo lo que sabemos, amigo.

El escrodata tembló en silencio. Sus zarcillos parecieron marchitarse.

—Gracias, capitán —murmuró, y se alejó de la cámara.

Pham Nuwen desapareció de la vista. Ravna miró en torno.

—¡Espere, por favor! —dijo a la cámara, y Kjet se quedó mirando el puente de mando abandonado de la *Fuera de Banda*. Se oían murmullos de conversación, vóder y humanos. Ravna regresó.

—¿Qué sucede? —preguntó Svensndot.

—Nada que podamos evitar. Capitán Svensndot, me parece que su flota ya no está a cargo de quienes ustedes creen.

—Tal vez. —*Probablemente*—. Tengo que pensar en ello.

Ravna asintió. Se miraron un instante en silencio. Tan extraño, tan lejos de casa y, después de tantas angustias, ver a alguien que parecía tan familiar.

—¿De veras han estado en Relé? —La pregunta parecía estúpida, pero en cierto modo Ravna era un puente entre lo que él conocía y la absoluta extrañeza de esta situación.

Ravna Bergsndot asintió.

—Sí... y fue tal como usted lo ha leído. Incluso tuvimos contacto directo con un Poder... Sin embargo no fue suficiente, capitán. La Plaga lo destruyó todo. Esa parte de las noticias no es mentira.

Tirolle se apartó de su puesto de navegante.

—Entonces ¿cómo pueden dañar a la Plaga? —preguntó sin rodeos, mirándola con gravedad. En realidad, estaba rogando que hubiera algún sentido detrás de tanta devastación. Los dirokimes no constituían mayoría en la civilización de Sjandra Kei,

pero sin duda eran la especie más antigua. Un millón de años atrás habían emergido de la Zona Lenta, colonizando los tres sistemas que un día los humanos llamarían Sjandra Kei. Mucho antes que llegaran los humanos, eran una especie de soñadores introspectivos. Protegían sus sistemas estelares con automatizaciones antiguas y especies jóvenes amigables. Medio millón de años más y su especie se habría ido del Allá tras extinguirse o evolucionar para transformarse. Era un patrón común, algo parecido a la muerte y la vejez, pero más dulce.

Existe un malentendido común respecto de estas especies viejas: creer que sus miembros también han envejecido. En toda gran población existe variación. Siempre habrá quienes deseen ver el mundo exterior y jugar allí por un rato. La humanidad se había llevado muy bien con individuos como Glimfrelle y Tirolle.

Y Bergsndot parecía entenderlo así.

—¿Alguno de ustedes sabe qué es una esquirla divina?

—No —dijo Kjet, y notó que ambos dirokimes se habían sobresaltado. Se silbaron uno al otro varios segundos, con gestos de sorpresa.

—Sí —dijo al fin Tirolle en samnorsk, con voz reverencial—. Los dirokimes hemos estado mucho tiempo en el Allá. Hemos enviado muchas colonias al Trascenso; algunas devinieron Poderes... Y una vez Algo regresó. No era un Poder, por cierto. Parecía un dirokime con el cerebro calcinado, pero sabía y hacía cosas que significaron grandes cambios para nosotros.

—¿Frentrollar? —preguntó Kjet, reconociendo la historia. Había sucedido cien mil años antes de que la humanidad llegara a Sjandra Kei, pero era una contradicción central de los terranos dirokime.

—Sí —dijo Tirolle—. Ni siquiera hoy la gente sabe si Frentrollar fue un don o una maldición, pero él fundó los hábitats de sueño y la Vieja Religión. Ravna asintió.

—Es el caso que más conocemos los de Sjandra Kei. Tal vez no sea un buen ejemplo, considerando todos sus efectos...

Les habló de la caída de Relé, de lo que había sucedido con Antiguo y con Pham Nuwen. Los dirokimes dejaron de parlotear. Kjet habló al fin.

—¿Y qué sabe Nu... Nuwen —*el nombre de ese sujeto es tan extraño como su apariencia*— sobre esa cosa que busca en el Fondo? ¿Qué puede hacer con ella?

—No lo sé, capitán. Ni siquiera Pham Nuwen lo sabe. La visión se afina poco a poco. Yo me lo creo porque fui testigo de ello... pero no sé cómo comunicar esta creencia.

Ravna suspiró y Kjet comprendió que la *Fuera de Banda* debía de ser un lugar extraño y atormentado. De algún modo, la historia se volvía más creíble. Cualquier cosa que pudiera destruir la Plaga sería pasmosamente extraña. Kjet se preguntó cómo se las apañaría si tuviera que convivir con semejante cosa.

—Mi dama Ravna —dijo al fin en tono formal. *A fin de cuentas, estoy sugiriendo*

traición—. Yo tengo algunos amigos en la flota de Seguridad Comercial. Puedo confirmar algunas de las sospechas que me han planteado y... Quizá pueda prestar apoyo, a pesar de las órdenes de Central.

—Gracias, capitán de grupo. Gracias.

Glimfrelle rompió el silencio.

—Recibimos una señal débil en el canal de la *Fuera de Banda*.

Kjet ojeó las ventanas. Todas las imágenes de ultrarrastreo parecían ruido aleatorio. Una tormenta en ciernes.

—Parece que no podremos hablar por mucho tiempo, Ravna Bergsndot.

—Sí, estamos perdiendo la señal..., Capitán, si nada de esto da resultado, si usted no puede luchar por nosotros... Su gente es todo lo que queda de Sjandra Kei. Ha sido grato verle a usted y a los dirokimes, ver rostros familiares después de tanto tiempo. Yo... —Mientras hablaba, la imagen se descompuso en componentes de baja frecuencia.

—¡Huiii! —gorjeó Glimfrelle—. La anchura de banda se ha vuelto ínfima.

El enlace con la *Fuera de Banda* era muy sencillo. Al afrontar problemas de comunicaciones, los procesadores de la nave pasaban a un código de baja frecuencia.

—Hola, *Fuera de Banda*. Tenemos problemas con este canal. Sugerimos interrumpir.

La ventana se puso gris y apareció una frase en samnorsk:

Sí. Es algo más que un problema de comu...

Glimfrelle tecleó en su panel.

—Nada. Cero. No hay señal detectable. Tirolle le miró desde su consola de navegante.

—Esto no es sólo un problema de comunicaciones. Hace más de veinte segundos que nuestros ordenadores no pueden confirmar un salto de ultraimpulso.

Antes efectuaban cinco saltos por segundo y avanzaban a un año-luz por hora, ahora...

—Bienvenidos a la Zona Lenta —dijo Glimfrelle, alejándose del panel.

La *Zona Lenta*. Ravna Bergsndot miró desde el puente de la nave. Siempre había imaginado la Lentitud como una oscuridad sofocante iluminada por antorchas, el dominio de los cretinos y las calculadoras mecánicas, pero el paisaje no había cambiado mucho. Los techos y paredes resplandecían como antes. Los astros aún brillaban a través de las ventanas (aunque ahora tardarían mucho tiempo en moverse).

El cambio era más evidente en las otras pantallas de la *FDB*. El tanque de ultrarrastreo parpadeaba monótonamente y una leyenda en rojo exhibía el tiempo transcurrido desde la última actualización. Las ventanas de navegación exponían datos sobre diagnósticos relativos a los procesadores de impulso. Se repetía un mensaje audible en triskweline, una y otra vez. «Advertencia. Se ha detectado

transición a la Lentitud. ¡Ejecutar salto de retroceso de inmediato! Advertencia. Se ha detectado transición a la Lentitud. ¡Ejecutar...!»

—¡Apagad eso! —Ravna cogió una silla y se apoyó en ella. Se sentía mareada, aunque quizá fuera el efecto de un pánico muy natural—. Vaya lugre es éste... Nos sumergimos en la Zona Lenta y lo único que hace es lanzar advertencias.

Tallo Verde se le acercó, avanzando «de puntillas» con sus zarcillos.

—Ni siquiera los lugres pueden evitar este tipo de cosas, mi dama Ravna.

Pham le dijo algo a la nave y la mayoría de las pantallas se despejaron.

—Ni siquiera una enorme tormenta zonal suele extenderse más de pocos años-luz —comentó Vaina Azul—. Estamos doscientos años-luz por encima del límite de la Zona. Debe tratarse de una turbulencia descomunal, esas cosas sobre las cuales uno sólo lee en los archivos.

—Sabíamos que esto podía ocurrir —observó Pham. *Un magro consuelo*—. La situación está muy agitada desde hace unas semanas. —Para variar, él no parecía demasiado alterado.

—Sí —dijo Ravna—. Esperábamos cierta lentitud, pero no *la* Lentitud. —*Estamos atrapados*—. ¿Dónde se encuentra el sistema habitable más próximo? ¿A diez años-luz? ¿Cincuenta? —Su visión de la oscuridad cobraba una nueva realidad y el paisaje estelar que se extendía más allá de las paredes de la nave ya no era amigable ni reconfortante. Estaban rodeados por una nada sin fin, desplazándose a una ínfima fracción de la velocidad de la luz, en una tumba. Todo el coraje de Kjet Svensndot y su flota, en vano. Jefri Olsndot jamás sería rescatado.

Pham le tocó el hombro, por primera vez en... ¿días?

—Aún podemos llegar al mundo de los púas. Esto es un lugre, ¿recuerdas? No estamos atrapados. Demonios, el estatocolector es mejor que el que teníamos en el Qeng Ho. Y entonces yo me consideraba el hombre más libre del universo.

Décadas de viaje, casi siempre en sueñofrío. Así había sido el mundo del Qeng Ho, el mundo de los recuerdos de Pham. Ravna soltó un suspiro trémulo que culminó en una risa débil. Para Pham la terrible presión había cesado, al menos por el momento. Podía ser humano.

—¿De qué te ríes? —preguntó Pham. Ravna sacudió la cabeza.

—De todos nosotros. No tiene importancia. —Inhaló despacio—. Bien, creo que puedo hablar racionalmente. Conque la Zona ha ascendido. Algo que normalmente tarda mil años, incluso en una tormenta, en desplazarse un año-luz, de pronto se ha desplazado doscientos. ¡Vaya! Dentro de un millón de años habrá gente que lea sobre esto. No sé si me interesa este honor... Sabíamos que había una tormenta, pero nunca esperé ahogarme. —*Sepultada bajo el mar, a años luz de profundidad.*

—La analogía de la tormenta marina no es perfecta —dijo Vaina Azul. El escroditá aún estaba del otro lado del puente, adonde se había retirado después de

interrogar al capitán de Sjandra Kei. Aún se le veía contrariado, aunque poco a poco recobraba la compostura. Vaina Azul estudiaba una pantalla de navegación, una grabación anterior a la turbulencia. Copió la imagen en un disco plano y rodó hacia ellos por el techo. Tallo Verde le acarició con las frondas. Vaina Azul puso el disco en las manos de Ravna y continuó en tono doctoral:

—Hasta en una tormenta marina, la superficie del agua nunca está tan encrespada como en una gran perturbación de interfaz. Los informes más recientes de las noticias lo mostraron como «una superficie fractal con una dimensión cercana a tres... como la espuma». —Ni siquiera él podía eludir la analogía de la tormenta. El paisaje estelar colgaba serenamente detrás de las paredes de cristal y el sonido más fuerte era la tenue brisa de los ventiladores de la nave. Sin embargo, les había engullido un maëlstrom. Vaina Azul señaló la Proyección con una fronda—. Podríamos estar de regreso en el Allá en pocas horas.

—¿Qué?

—El plano de la imagen está determinado por tres posiciones: la de la presunta nave insignia de Sjandra Kei, la de la nave con la cual nos comunicamos directamente y la de nuestra propia nave. —Las tres formaban un triángulo angosto, con los vértices de Limmende y Svensndot muy juntos—. He marcado los tiempos en que se perdió contacto con los demás. Notad que el enlace con Seguridad Comercial se perdió 150 segundos antes que nos alcanzara la turbulencia. Por la señal entrante y sus requerimientos de cambio de protocolo, creo que tanto nosotros como esa nave fuimos alcanzados al mismo tiempo.

Pham asintió.

—Sí, los lugares más alejados fueron los últimos en perder contacto. Eso debe significar que la turbulencia avanzó desde el flanco.

—¡Exacto! —Vaina Azul tocó la pantalla—. Las tres naves eran como sondas en la técnica de cartografía zonal estándar. Si reproducimos la grabación de los rastros, sin duda llegaremos a la misma conclusión.

Ravna miró la imagen. La larga punta del triángulo, cuyo vértice era la *FDB*, señalaba el corazón de la galaxia.

—Debe haber sido una turbulencia enorme, perpendicular al resto de la superficie.

—Una ola gigante desplazándose lateralmente —exclamó Tallo Verde—. Por eso no durará demasiado.

—Sí. Los cambios radiales son los más duraderos. Esta cosa debe tener un linde que se arrastra. Podemos atravesarlo en pocas horas... y retornar al Allá.

Conque todavía había una carrera que ganar... *o perder*.

Las primeras horas fueron extrañas. Vaina Azul había estimado que la operación de retorno les llevaría «pocas horas». Flotaban en el puente, observando el reloj y

estudiando las extrañas conversaciones que acaban de entablar. Pham se estaba poniendo tenso una vez más. En cualquier momento regresarían al Allá. ¿Qué hacer entonces? Si sólo unas pocas naves estaban pervertidas, quizá Svensndot pudiera coordinar un ataque. ¿Serviría de algo? Pham proyectó una y otra vez las grabaciones de ultrarrastreo, estudiando cada nave detectable de las flotas.

—Pero cuando salgamos, cuando salgamos... ya sé qué haremos. No sólo por qué debo hacerlo, sino *qué* debo hacer.

Y no dio más explicaciones.

En cualquier momento... No tenía mayor sentido reconfigurar el equipo que de todos modos necesitaría ser inicializado nuevamente. Pero al cabo de ocho horas, Vaina Azul llegó a la conclusión de que quizá demorasen más. Habían revisado algunos textos de la literatura histórica.

—Tal vez convendría poner la casa en orden. —La *Fuera de Banda II* estaba diseñada para el Allá y la Lentitud, pero este segundo entorno se consideraba una emergencia improbable. Había procesadores específicos para la Zona Lenta, pero no se habían activado automáticamente. Con el asesoramiento de Vaina Azul, Pham desconectó las automatizaciones de alto rendimiento, lo cual no fue difícil, excepto por un par de dispositivos activados por la voz que ya ni siquiera comprendían los mandos de salida.

El uso de las nuevas automatizaciones inquietó a Ravna casi tanto como la pérdida del ultraimpulso. Su imagen de la lentitud como una oscuridad donde ardían antorchas era una fantasía de pesadilla. Por otra parte, la noción de que la Lentitud era el dominio de los cretinos y las calculadoras mecánicas tenía algo de cierto. El rendimiento de la *FDB* se había degradado poco a poco durante su descenso al Fondo, pero ahora... Ya no contaban con los generadores gráficos activados por la voz que resultaban demasiado complejos para la nueva *FDB*, al menos en modo interpretativo pleno. Tampoco contaban con los analizadores de contexto que volvían la biblioteca de la nave casi tan accesible como los propios recuerdos. Al fin Ravna también apagó las unidades artísticas y musicales; insensibles al ánimo y al contexto, les recordaban con su rigidez que no contaban con ningún cerebro para respaldarles. Incluso las cosas más sencillas se corrompían. Los controles de voz y gesticulación ya no respondían a los sarcasmos ni a las frases coloquiales. Se requería cierta disciplina para usarlos con eficiencia. (A Pham esto parecía agradarle, porque le recordaba al Qeng Ho.)

Veinte horas. Cincuenta. Todos insistían en que no había motivos para preocuparse, pero ahora Vaina Azul decía que no había sido realista hablar de horas. Considerando la altura del tsunami u ola gigante (por lo menos doscientos años-luz), debía de tener una extensión de varios centenares de años-luz en consonancia con las leyes de escala de los antecedentes históricos. El único problema de este

razonamiento era que esto superaba todos los antecedentes. En general, los límites zonales seguían la densidad media de la galaxia. Prácticamente no había cambios de año en año, sólo el prolongado encogimiento milenario que tal vez un día —cuando hubieran muerto todas las estrellas salvo las más pequeñas— expusiera el núcleo de la galaxia al Allá. En cualquier momento, tal vez un mil millonésimo de ese límite pudiera definirse como «tormentoso». En cualquier tormenta común, la superficie podía desplazarse un año-luz en una década. Esas tormentas eran tan comunes que afectaban la suerte de muchos mundos todos los años.

Mucho más raras, tal vez una vez cada cien mil años en toda la galaxia, eran las tormentas donde el límite se distorsionaba gravemente y donde las turbulencias se desplazaban a un múltiplo elevado de la velocidad de la luz. Eran las turbulencias transversales en las cuales Pham y Vaina Azul basaban sus cálculos de escala. Las más rápidas se desplazaban a un año-luz por segundo, en una distancia de menos de tres años-luz; las más grandes eran de treinta años-luz de altura y se desplazaban a sólo un año-luz por día.

¿Qué se sabía pues de monstruos como esa cosa que les había engullido? No demasiado. Las historias de tercera que figuraban en la biblioteca aludían a turbulencias de gran magnitud, pero las dimensiones y tasas de propagación no estaban claras. Las historias que tenían más de cien millones de años de antigüedad no eran de fiar; apenas existían idiomas mediadores. Y aunque los hubiera, no habría ayudado. La nueva y obtusa versión de la *FDB* no podía realizar una traducción mecánica de las lenguas naturales. Hurgar en la biblioteca no tenía sentido.

Cuando Ravna se lo comentó a Pham, éste dijo:

—Las cosas podrían ser peores. ¿Qué fue la Protopartición?

Cinco mil millones de años atrás.

—Nadie está seguro.

Pham señaló una pantalla con el pulgar.

—Algunos creen que fue una superturbulencia, algo tan enorme que devoró a las especies que pudieron haberla documentado. A veces los mayores desastres pasan inadvertidos... no hay testigos para registrarlos.

Sensacional.

—Lo lamento, Ravna. Con franqueza, si esto es parecido a la mayoría de los desastres del pasado, saldremos dentro de un par de días. Lo mejor es planear las cosas como si así fuera. Esto es como una tregua en la batalla. Conviene aprovecharla para tener un poco de paz. Pensemos en cómo lograr que las partes no pervertidas de Seguridad Comercial accedan a ayudarnos.

—Sí. —Según la forma del borde de la turbulencia, la *FDB* podía haber perdido gran parte de su ventaja. *Pero apostado a que la flota de la Alianza está totalmente asustada por esto. Esos oportunistas pondrán los pies en polvorosa en cuanto*

regresen al Allá.

Ese consejo la mantuvo atareada otras veinticuatro horas, luchando con esos tontos dispositivos que en la nueva *FDB* pasaban por planificadores estratégicos. Aunque la turbulencia cesara en ese instante, quizá fuera demasiado tarde. En esa partida había jugadores para quienes la turbulencia no era una tregua: Jefri Olsndot y sus aliados. Habían pasado setenta horas desde su último contacto. Ravna se había perdido tres sesiones de comunicaciones con ellos. Si ella sentía pánico, ¿qué sentiría el pobre Jefri? Aunque Acero pudiera contener a sus enemigos, el tiempo, y la confianza, se estarían agotando en el mundo de los púas.

A las cien horas de navegar en la turbulencia, Ravna notó que Vaina Azul y Pham realizaban pruebas de energía con el estatocolector de la *FDB*. Algunas treguas son eternas.

Una pausa de frescura interrumpió la calidez estival. Todavía había humo y el aire estaba seco, pero los vientos parecían más suaves. Dentro del cubículo de la nave, Amdijefri no prestaba mayor atención al buen tiempo.

—Antes también habían tardado en responder —dijo Amdi—. Ravna ha explicado que la ultraonda...

—¡Ravna nunca tardó tanto! —*Nunca desde el invierno, al menos.* El tono de Jefri oscilaba entre el temor y la petulancia. Esperaban una transmisión en medio de la noche, datos técnicos que debían comunicar a Acero. No había llegado por la mañana y Ravna también se había perdido la sesión vespertina, el momento en que normalmente podían conversar un rato.

Los dos niños revisaron todas las sintonías. El otoño anterior habían copiado laboriosamente esas sintonías y los diagnósticos de Primer nivel. Ahora todo parecía igual... excepto por algo llamado «detección de portadora». Si tan sólo hubieran tenido un dataset, habrían podido buscar qué significaba. Incluso modificaron algunos parámetros de comunicaciones, pero los devolvieron a sus indicaciones habituales cuando no hubo resultados. Tal vez no habían dado tiempo a que los cambios surtieran efecto. Tal vez habían estropeado algo.

Permanecieron en el cubículo toda la tarde, pasando del miedo y el aburrimiento a la frustración. Poco a poco triunfaba el aburrimiento. Jefri dormía una inquieta siesta en la hamaca de su padre, con dos miembros de Amdi acurrucados en sus brazos.

Amdi se paseaba por el cubículo, inspeccionando los controles de los cohetes. No... ni siquiera él era tan confiado como para jugar con ellos. Otro de sus miembros tiró del revestimiento de la pared. Siempre podía observar el crecimiento de los hongos, tan lentos como iban las cosas.

La fungosidad gris se había difundido bastante desde la última vez que había mirado. Estaba mucho más espesa detrás del revestimiento. Introdujo algunos miembros entre la pared y la tela. Estaba oscuro, pero una luz se derramaba por la rendija del techo. En la mayoría de los lugares, el moho tenía apenas una pulgada de espesor, pero aquí tenía cinco o seis... Vaya. Por encima de la nariz con que olisqueaba, había un enorme terrón. Era tan grande como los terrones de moho ornamental que decoraban las salas de reunión del castillo. Filamentos grises brotaban de los hongos. Casi llamó a Jefri, pero los dos miembros que estaban con él en la hamaca se hallaban demasiado cómodos.

Acercó un par de cabezas a esa cosa extraña. La pared también se veía un poco rara, como si el moho la hubiera absorbido en parte. Y esa sustancia gris era como humo. Tocó los filamentos con la nariz. Eran sólidos, secos. Sintió un cosquilleo en el hocico. Amdi quedó petrificado de sorpresa. Observándose a sí mismo desde atrás,

vio que dos filamentos habían atravesado la *cabeza* de ese miembro. Sin embargo no había dolor, sólo un cosquilleo.

—¿Qué...? —Jefri despertó al sentir la tensión de los miembros de Amdi.

—Encontré algo muy raro detrás del revestimiento. Toqué esos hongos y...

Mientras hablaba, Amdi se alejó de la cosa que cubría la pared. El contacto no le dolía, pero le causaba más nerviosismo que curiosidad. Sintió que los filamentos se deslizaban lentamente hacia fuera.

—Te dije que no debemos jugar con eso. Es sucio. Lo único bueno que tiene es que no apesta. —Jefri se levantó de la hamaca.

Caminó hacia el revestimiento y lo levantó. El miembro de Amdi perdió el equilibrio y trastabilló, alejándose de la pared. Se oyó un chasquido y sintió un dolor agudo en el labio.

—¡Caracoles, esa cosa es enorme! —Y, al oír el silbido de dolor de Amdi—: ¿Te encuentras bien?

Amdi se alejó de la pared.

—Eso creo.

Aún tenía la punta de un filamento pegada en el labio. No le dolía tanto como las ortigas que había tanteado unos días antes. Amdijefri examinó la herida. Lo que quedaba de esa espiga gris parecía duro y quebradizo. Los dedos de Jefri la arrancaron suavemente. Luego ambos examinaron maravillados la mancha de la pared.

—Se ha extendido de veras. Parece que también ha dañado la pared.

Amdi se tocó el hocico ensangrentado.

—Sí. Entiendo por qué tus padres te dijeron que te alejaras de él.

—Tal vez debamos pedir a Acero que lo haga fregar.

Los dos pasaron media hora explorando detrás del revestimiento. La mancha gris se había extendido, pero ésa era la única floración de tan gran tamaño. Regresaron para examinarla y le aproximaron trozos de tela. Ninguno de los dos volvió a arriesgar los dedos ni las narices.

Mirar los hongos de la pared fue lo más excitante que sucedió aquella tarde, al no haber ningún mensaje de la *FDB*.

Al día siguiente regresó el calor.

Transcurrieron así dos días más y siguieron sin noticias de Ravna.

Acero recorría las murallas de la Colina de la Astronave. Era cerca de medianoche y el sol pendía quince grados sobre el horizonte septentrional. El sudor le perlaba la piel; era el verano más tórrido en diez años. Hacía varios días que soplaba ese viento seco, que ya no era una tregua agradable en el frescor del norte. Las cosechas morían en los campos. El humo de los incendios de los fiordos era una bruma parda al norte y al sur del castillo. Al principio, ese color rojizo había sido una

novedad, un cambio que rompía la monotonía del azul incesante y la blancura borrosa de las nieblas marinas. Cuando el fuego llegó al Valle Este todo el cielo se tiñó de rojo. Había llovido ceniza todo el día y el único olor era el de las llamas. Algunos decían que era peor que el aire pestilente de las ciudades del sur.

Las tropas de las murallas retrocedieron para cederle el paso. Era algo más que cortesía, algo más que el miedo al acero. Los guerreros aún no estaban acostumbrados a los guerreros con túnica, y la historia que había propagado Shreck no contribuía a tranquilizarlos. Acero iba acompañado por un singular que ostentaba los colores de un señor. La criatura no emitía ruidos mentales. Caminaba increíblemente cerca de su amo.

Acero le dijo al singular:

—El éxito depende de atenerse a un plan. Recuerdo que tú me lo enseñaste. —*Me lo inculcaste con tus cortes, en verdad.*

El miembro le miró, ladeó la cabeza.

—Por lo que recuerdo, lo que dije fue que el éxito dependía de adaptarse a los cambios en los planes.

Articulaba esas palabras a la perfección. Había singulares que podían hablar con esa soltura, pero ni siquiera los más locuaces eran capaces de entablar una conversación inteligente. Shreck no tuvo inconvenientes en convencer a las tropas de que la ciencia reductorista había creado una raza de super manadas, que los miembros con túnica eran tan listos como una manada común. Era una buena pantalla para no delatar el verdadero propósito de las túnicas. Inspiraba temor y ocultaba la verdad.

El miembro se aproximó a Acero, más de lo que nadie se le había acercado, excepto durante los asesinatos, violaciones y castigos del pasado. Pero, en cierto sentido, el de túnica oscura era como un cadáver, sin rastros de ruido mental. Acero apretó las mandíbulas.

—Sí. El genio está en ganar incluso cuando los planes se hayan ido al traste. —Escrutó el rojizo horizonte, apartando los ojos del miembro de Reductor—. ¿Cuál es la última estimación de los avances de Tallamadera?

—Todavía sigue acampada cinco días al sureste de aquí.

—Vaya incompetente. ¡Cuesta creer que haya sido tu progenitor! Vendaz le facilitó tanto las cosas que sus soldados y sus cañones de juguete ya deberían haber llegado hace un decadaía...

—Para ser puntualmente exterminados.

—¡Sí! Mucho antes de que llegaran nuestros amigos del cielo. En cambio, se desvía tierra adentro y luego se tiende a descansar. El miembro de Reductor se encogió de hombros. Acero sabía que la radio era tan pesada como parecía. Le consolaba saber que el otro pagaba un precio por su omnisciencia. *Imagínate, con este calor tener cada miembro conectado a los tímpanos.* Aquí afuera imaginaba la

incomodidad. Puertas adentro, podía olerla.

Pasaron frente a uno de los cañones. El metal del tubo relucía. Ese arma tenía el triple de alcance que el lamentable invento de Tallamadera. Mientras Tallamadera trabajaba con el dataset y la intuición de una niña humana, él había tenido los consejos directos de Ravna y compañía. Al principio había recelado de esa generosidad, temiendo que los visitantes fueran tan superiores que no les importara. En cambio, cuanto más noticias tenía de Ravna y los demás, más claramente comprendía sus flaquezas. No podían experimentar consigo mismos, mejorarse. Eran lentos y rígidos. A veces revelaban cierta astucia, como la reticencia de Ravna para revelar qué quería de la primera nave estelar pero en todos sus mensajes era evidente la desesperación, así como su afecto por el niño humano.

Todo había ido muy bien hasta unos días atrás. Mientras se alejaban de la manada artillera, Acero dijo al miembro de Reductor:

—Aún no tenemos noticias de nuestros salvadores.

—En efecto. —Ése era el otro plan frustrado, el importante, el que no podían controlar—. Ravna ha faltado a cuatro sesiones. Dos miembros míos se encuentran ahora con Amdijefri. —El singular señaló el domo de la fortaleza interior con el hocico. El gesto resultó torpe. Sin otros hocicos ni otros ojos, el lenguaje gestual era limitado. *No estamos hechos para andar así, una parte aquí, otra allá*—. Dentro de pocos minutos la gente del espacio habrá faltado a una quinta sesión. Los niños se están desesperando.

La voz del miembro sonaba compasiva. Casi inconscientemente, el señor Acero se alejó unos pasos. Acero aún recordaba ese tono del principio de su existencia. También recordaba los cortes y la muerte que siempre le seguían.

—Quiero mantenerles felices, Tyrathect. Damos por sentado que la comunicación se reanudará. Cuando así sea, les necesitaremos. —Acero desnudó seis pares de fauces ante el singular rodeado

—No quiero tus viejos trucos.

El miembro tiritó levemente, un gesto casi imperceptible que deleitó a Acero más que la obsecuencia de diez mil.

—Claro que no. Sólo digo que deberías visitarles, tratar de ayudarles con su temor.

—Hazlo tú.

—Ah, no confían plenamente en mí. Te lo he dicho, Acero: ellos te quieren.

—¡Ah! Han entrevisto tu maldad, ¿eh? —La situación enorgullecía a Acero, había triunfado donde los métodos de Reductor habrían fracasado. Les había manipulado sin amenazas ni dolor. Había sido su experimento más temerario y ciertamente el más rentable—. Mira, no tengo tiempo para andar consolando chiquillos. Es muy cansado hablar con esos dos. —Y era fatigoso conservar la

paciencia, aguantar las «caricias» de Jefri y las travesuras de Amdi. Al principio, Acero había insistido en que nadie tuviera un contacto íntimo con los niños. Eran demasiado importantes para exponerles a ese peligro. Cualquier desliz podía revelarles la verdad y estropearlo todo. Hasta ahora, Tyratheck era la única otra manada que los veía regularmente. Pero para Acero, cada encuentro era peor, una prueba tremenda para su disciplina. Le costaba pensar lógicamente cuando se encolerizaba y casi siempre se encolerizaba al hablar con ellos. Sería maravilloso cuando la gente del espacio aterrizara. Entonces podría utilizar la otra punta de la herramienta que era Amdijefri. Entonces no sería necesario contar con su confianza y su amistad. Entonces tendría una palanca que le permitiría torturar y matar para imponer sus exigencias.

Desde luego, si los alienígenas no aterrizaban, o si...

—¡Debemos hacer algo! No seré un madero flotante en la ola del futuro. —Acero lanzó un corte al andamiaje que bordeaba el lado interior del parapeto, raspando la madera con sus lustrosas púas—. No podemos hacer nada con los alienígenas, pero podemos liquidar a Tallamadera. ¡Sí! —le sonrió al miembro de Reductor—. ¿Irónico, verdad? Durante cien años, procuraste destruirla. Ahora yo puedo lograrlo. Lo que para ti habría sido la victoria suprema, para mí es sólo un molesto aparte, al cual consagro mi atención sólo porque momentáneamente debo postergar proyectos de mayor envergadura.

La otra no se inmutó.

—Existe el detalle de ciertos regalos que han caído del cielo.

—Sí, en mis fauces abiertas. Y ahí está mi buena suerte, ¿verdad? —Avanzó varios pasos, riendo entre dientes—. Sí, es hora de que Vendaz lleve a su confiada reina al matadero. Tal vez eso interfiera con otros acontecimientos, pero... Ya sé, libraremos la batalla al este de aquí.

—¿El Declive de Margrum?

—Correcto. Las fuerzas de Tallamadera estarán muy concentradas al ascender por el desfiladero. Desplazaremos hasta allá nuestros cañones y los apostaremos detrás de los peñascos, en la cima del Declive. Será fácil barrer con todos ellos. Y está bastante lejos de la Colina de la Astronave. Aunque la gente del espacio llegue al mismo tiempo, podemos mantener separados los dos proyectos. —El singular calló y, al cabo de un instante, Acero le miró de hito en hito—. Sí, querido maestro. Sé que existe un riesgo. Sé que divide nuestras fuerzas. Pero tenemos un ejército sentado en nuestro umbral. Ha llegado a destiempo, pero ni siquiera Vendaz puede lograr que dé media vuelta y regrese a casa. Y si él intenta demorar las cosas, la reina podría... ¿Puedes predecir qué haría ella?

—No. Siempre ha sido bastante imprevisible.

—Incluso podría descubrir el fraude de Vendaz. Correremos un pequeño riesgo y

la destruiremos ahora. ¿Estás con el Inspector Rangolith?

—Sí, dos de mis miembros.

—Dile que le lleve el mensaje a Vendaz. Debe conducir al ejército de la reina hacia el declive de Margrum, dentro de dos días a lo sumo. Tómate la libertad de decidir sobre los pormenores. Tú conoces la región mejor que yo. Redondearemos los detalles cuando ambos bandos estén en posición. —Era maravilloso ser el comandante de ambos bandos en una batalla—. Algo más, y es importante que Vendaz se encargue de ello antes del fin del día. Quiero que la humana de Tallamadera muera.

—¿Qué daño puede causar?

—Qué pregunta estúpida. —*Sobre todo viniendo de ti*—. No sabemos cuándo llegarán Ravna y Pham. Mientras no les tengamos en nuestras fauces, esa criatura Johanna es peligrosa. Dile a Vendaz que haga que parezca un accidente, pero que liquide a esa dos-patas.

Reductor estaba por todas partes. Era una forma de divinidad con la cual había soñado desde que había sido el novicio de Tallamadera. Mientras uno de sus miembros hablaba con Acero, otros dos deambulaban por la nave estelar con Amdijefri, y otros dos recorrían el bosque que estaba al norte del campamento de Tallamadera.

El paraíso también puede ser un tormento, y cada día el suplicio era un poco más difícil de sobrellevar. En primer lugar, ese verano era excesivamente tórrido y las túnicas radiales no sólo eran pesadas y calurosas, sino que por fuerza cubrían los tímpanos de sus miembros. Al contrario de otras prendas incómodas, el precio de quitarse éstas por un solo instante era la incompreensión. Sus primeras pruebas sólo habían durado un par de horas. Luego había emprendido una expedición de cinco días con el Inspector Rangolith, brindando a Acero información continua y dominio instantáneo de la campiña que rodeaba la Colina de la Astronave. Había tardado un par de días en recobrarse de las magulladuras y dolores que le habían causado las túnicas.

Su último ejercicio en omnisciencia había durado doce días. Era imposible usar las túnicas continuamente. En una rotación de uno por día, uno de sus miembros se desprendía del radio, se bañaba, y hacía cambiar el forro de la túnica. Era una hora de locura para Reductor, ya que la débil Tyratnect afloraba en su mente tratando en vano de recobrar su dominio. No importaba. Con uno de sus miembros desconectados, la manada restante sólo era de cuatro. Hay cuartetos de inteligencia normal, pero no ocurría así en el caso de Reductor/Tyratnect. El baño y el cambio de ropa se realizaban en medio de una obnubilada confusión.

Y aunque Reductor estaba en todas partes a la vez, no era más listo que antes. Después de los primeros y desgarradores experimentos, se habituó a ver/oír escenas

radicalmente diferentes, pero aún le costaba entablar conversaciones múltiples. Cuando charlaba con Acero, sus otros miembros tenían poco que decir a Amdijefri o al Inspector Rangolith.

El señor Acero había terminado su charla. Reductor caminaba por los parapetos con su exdiscípulo, pero si Acero le hubiera dicho algo le hubiera distraído de su actual conversación. Reductor sonrió (con cuidado, para que no se le notara al miembro que estaba con Acero). Acero pensaba que ahora hablaba con el Inspector Rangolith. Oh, lo haría... dentro de pocos minutos. Una ventaja de su situación era que nadie sabía con certeza todo lo que hacía Reductor. Si era cauteloso, quizá terminara por recobrar el poder. Era un juego peligroso y las túnicas eran dispositivos arriesgados. Si la túnica no recibía sol durante varias horas perdía potencia y el miembro que la usaba quedaba aislado de la manada. Lo peor era el problema de la «estática»... una palabra mantis. El segundo conjunto de túnicas había matado a su usuario, y la gente del espacio no sabía bien la causa, excepto que era un «problema de interferencias».

Reductor nunca había experimentado algo tan extremo. Pero a veces, en sus travesías más distantes con Rangolith, o cuando se extinguía la carga de una túnica, sentía un aullido en la mente, como si varias manadas le acorralaran, sonidos que oscilaban entre la locura sexual y el frenesí del combate. A Tyratlect parecían agraderle esos momentos; afloraba de la confusión, inundándole con su blando odio. Normalmente acechaba en los bordes de la conciencia, insertando una palabra aquí, un motivo allá. Después de la estática, eso empeoraba; en una ocasión obtuvo el control casi un día. De haber contado con un año sin crisis, Reductor habría podido estudiar a Ty, Ra y Thect para realizar los cortes apropiados. Quizá conviniera matar a Thect, el de las orejas de punta blanca. No era una lumbrera, pero era el eje del trío. Con un reemplazo bien planeado, Reductor podría alcanzar aún más grandeza que antes de la matanza del Cuenco Parlamentario. Pero por ahora Reductor estaba atascado; practicar autocirugía en el alma era un tremendo desafío, incluso para el Maestro.

Cuidado pues, cuidado. Mantén las túnicas bien cargadas, no emprendas viajes largos, y no permitas que nadie vea la urdimbre de tus planes. Mientras Acero pensaba que él buscaba a Rangolith, Reductor hablaba con Amdi y Jefri.

El rostro del humano estaba humedecido por las lágrimas.

—Hemos perdido a Ravna cuatro veces. ¿Qué le ha sucedido? —chilló. Reductor no había notado que hubiera tanta flexibilidad en el ruidoso mecanismo con que los humanos emitían sonido.

La mayor parte de Amdi estaba apiñada en torno del niño. Lamió las mejillas de Jefri.

—Podría ser nuestra ultraonda. Tal vez esté rota. —Miró a Reductor con aire

implorante. También él lagrimeaba—. Tyratheck, por favor, pídeselo de nuevo a Acero. Que nos deje permanecer todo el día en la nave. Tal vez han llegado mensajes que no quedaron grabados.

El Reductor que acompañaba a Acero bajó las escaleras del norte, cruzó la plaza de armas. Dedicó una pizca de atención a las quejas del otro sobre las deficiencias de mantenimiento. Al menos, Acero tenía la sagacidad de mantener los instrumentos de castigo en Isla Oculta.

El Reductor que acompañaba a la gente de Rangolith vadeó un arroyo de montaña. Aun en pleno verano, en medio de un viento seco, quedaban retazos de nieve y los arroyos estaban helados.

El Reductor que acompañaba a Amdijefri avanzó, dejó que dos miembros de Amdi se le apoyaran en los flancos. Ambos niños gustaban del contacto físico y él era el único con quien contaban, aparte de ellos mismos. Era una perversión, por cierto, pero Reductor había basado su vida en la manipulación de las debilidades ajenas y hasta en el dolor había cierto agrado. Reductor emitió un ronroneo profundo a través de los hombros, acariciando al cachorro que tenía cerca.

—Se lo pediré a nuestro señor Acero la próxima vez que le vea.

—Gracias. —Un cachorro le olisqueó la túnica y se apartó; por suerte, pues Reductor era una masa de magulladuras debajo de ese ropaje. *Tal vez Amdi lo comprendió o tal vez...* Reductor veía una creciente reticencia en ambos. El comentario que le había hecho a Acero se basaba en una verdad: esos dos no confiaban en él. Era culpa de Tyratheck. Por sí solo, Reductor no habría tenido inconveniente en conquistar el amor de Amdijefri. Reductor no tenía el temperamento cruel ni la frágil dignidad de Acero. Reductor podía charlar informalmente, mezclando la verdad con la mentira. Uno de sus mayores talentos era la empatía; ningún sádico puede aspirar a la perfección sin esa capacidad para el diagnóstico. Pero justo cuando todo andaba bien, cuando parecían dispuestos a abrirse, Ty o Ra o Thect afloraban, alterándole el semblante o impidiéndole escoger la frase adecuada. Tal vez debería contentarse con socavar el respeto de los niños por Acero (aunque sin atacarle en forma directa). Reductor suspiró y palmeó el brazo de Jefri.

—Ravna volverá, estoy seguro.

El humano lloriqueó, extendió el brazo para acariciar la parte de la cabeza de Reductor que no estaba cubierta por la túnica. Permanecieron un instante en amigable silencio y su atención regresó a...

...los exploradores de Rangolith y el bosque. Hacía diez minutos que el grupo marchaba cuesta arriba. Los demás llevaban una carga ligera y estaban habituados a ese ejercicio. Los dos miembros de Reductor se rezagaban. Le chistó al líder del grupo.

El líder se apartó a un costado para cederle el paso. Se detuvo cuando su miembro más próximo estuvo a cinco metros del de Reductor. Las cabezas del soldado se ladearon.

—¿Qué deseas, señor?

Éste era nuevo. Le habían instruido sobre las túnicas, pero Reductor sabía que el sujeto no comprendía las nuevas reglas. El oro y la plata que centelleaban en las oscuras túnicas estaban reservados para los señores del Dominio, pero aquí sólo había dos miembros de Reductor y habitualmente un fragmento no podía entablar una conversación, y mucho menos impartir órdenes razonables. También era desconcertante su falta de ruido mental. «Zombi» era la palabra que usaban algunos guerreros cuando se creían a solas.

Reductor señaló colina arriba: el bosque estaba a pocos metros.

—El Inspector Rangolith está del otro lado. Tomaremos un atajo —murmuró.

Una parte del otro ya miraba colina arriba.

—Eso no es bueno, mi señor —dijo el guerrero. *Estúpido dúo*, decía su postura —. El enemigo nos verá.

Reductor le miró con cara de pocos amigos, algo difícil de hacer cuando sólo se tienen dos miembros.

—Soldado, ¿ves el oro de mis hombros? Uno solo de mí vale por todos los tuyos. Si ordeno que tomemos un atajo, lo hacemos... aunque signifique arrastrar el vientre por azufre.

En realidad, Reductor sabía dónde estaban apostados los vigías de Vendaz. No era arriesgado atravesar ese claro, y estaba muy cansado.

El líder no sabía qué era Reductor, pero notó que el túnicas oscuras era tan peligroso como cualquier señor con su manada completa. Retrocedió humildemente, arrastrando los vientres. El grupo echó a andar cuesta arriba y poco después atravesaba un brezal abierto.

El puesto de mando de Rangolith estaba a un kilómetro...

El Reductor que acompañaba a Acero entró en la fortaleza. La piedra estaba recién cortada y habían levantado las murallas con la febril velocidad de toda aquella construcción. A diez metros de altura, donde confluían la bóveda y los arbotantes, había pequeños orificios. Pronto los llenarían de pólvora, al igual que las ranuras de la muralla que rodeaba el campo de aterrizaje. Acero los llamaba las Fauces de la Bienvenida. Volvió una cabeza hacia Reductor.

—¿Qué dice Rangolith?

—Lo lamento. Ha salido a patrullar. Debería estar aquí... es decir, en el campamento... en cualquier momento.

Reductor hacía lo posible para ocultar sus propias salidas con los exploradores. Esas operaciones de reconocimiento no estaban prohibidas, pero Acero habría

exigido explicaciones.

El Reductor que acompañaba a los exploradores de Rangolith chapoteaba en un brezal anegado. El aire era deliciosamente fresco sobre la nieve derretida y la brisa acariciaba sus calurosas túnicas con lenguas refrescantes.

Rangolith había escogido bien el lugar para su puesto de mando. Sus tiendas se hallaban en una ligera depresión en el linde de una laguna. A cien metros, una vasta extensión de nieve cubría la colina, alimentaba la laguna y refrescaba el aire. Las tiendas no se veían desde abajo, pero el lugar estaba a tal altura que desde el borde de la depresión se tenía una visión despejada de tres puntos cardinales, centrados en el sur. El reaprovisionamiento se podía efectuar desde el norte sin que nadie lo detectara y el puesto estaría a salvo si un incendio se propagaba por el bosque.

El Inspector Rangolith revisaba sus espejos de señales, engrasando las mirillas. Uno de sus subalternos yacía con los hocicos asomados sobre la colina, escrutando el paisaje con sus telescopios. Se cuadró al ver a Reductor, pero su mirada no trasuntaba temor. Como la mayoría de los exploradores, no se dejaba intimidar por las intrigas palaciegas. Además, Reductor había cultivado una relación de «nosotros contra los burócratas». Rangolith le gruñó al líder del grupo:

—La próxima vez que lleguéis correteando a campo abierto, lo denunciaré en un informe.

—Fue culpa mía, oficial —intervino Reductor—. Tengo noticias importantes.

Se alejaron de los demás, caminando hacia la tienda de Rangolith.

—¿Viste algo interesante? —preguntó Rangolith, con una extraña sonrisa. Había comprendido tiempo atrás que Reductor no era un dúo brillante, sino parte de una manada cuyos otros miembros estaban en el castillo.

—¿Cuándo será tu próximo encuentro con Cuentacabezas? —Éste era el nombre en clave de Vendaz.

—Después del mediodía. No ha faltado en cuatro días. Los sureños parecen estar atascados.

—Eso cambiará. —Reductor repitió las órdenes de Acero para Vendaz. Le costó decirlas. El traidor que había en su interior se sentía inquieto, presentía los comienzos de un gran ataque.

—¡Vaya! Conque moveréis todo al Declive de Margrum en menos de dos... No importa, mejor que ni lo sepa.

Reductor ocultó su ofuscamiento. La camaradería tenía sus límites. Rangolith tenía sus virtudes, pero tal vez conviniera domesticarle un poco cuando todo esto hubiera terminado.

—¿Eso es todo, mi señor?

—Sí... No. —Reductor tembló con desconcierto. El problema de esas túnicas era que a veces le dificultaban recordar las cosas. *¡Por la Gran Manada, no!* Era de

nuevo Tyratheck. Acero había ordenado matar al humano de Tallamadera, una decisión sensata, pero...

El Reductor que acompañaba a Acero sacudió la cabeza con furia, haciendo chasquear los dientes.

—¿Pasa algo? —preguntó Acero. Parecía encantado con el dolor que las túnicas radiales infligían a Reductor.

—Nada, señor. Sólo una descarga de estática.

No había estática, pero Reductor sentía que se desintegraba. ¿Qué había dado a Tyratheck un poder tan repentino?

El Reductor que acompañaba a Amdijefri abrió y cerró las mandíbulas. Los niños retrocedieron sobresaltados.

—Está bien —murmuró, mientras sus dos cuerpos entrechocaban. Había excelentes razones para mantener con vida a Johanna Olsndot. A la larga, aseguraría la buena voluntad de Jefri, y podría ser la criatura humana secreta de Reductor. Tal vez pudiera hacer creer a Acero que la dos-patas había muerto... ¡No, no, no! Reductor recobró el control, desechando aquellos razonamientos. Tyratheck procuraba valerse de los mismos trucos que él había usado contra ella. *No funcionará conmigo. Soy el maestro de las mentiras.*

Y el ataque se redobló de nuevo, se transformó en una embestida que destruyó toda reflexión.

Con Acero, con Rangolith, con Amdijefri... todo el Reductor emitía sonidos desconcertantes. El señor Acero bailaba a su alrededor, sin saber si reírse o preocuparse. Rangolith lanzó un cloqueo de asombro.

Los dos niños se acercaron para tocarle.

—¿Te has hecho daño? ¿Te has hecho daño?

El humano metió esas notables «manos» bajo la túnica y acarició la piel sangrante de Reductor. El mundo se fundió en un chirrido de estática.

—No, no hagas eso. Podrías lastimarle más —dijo Amdi. Los hocicos de los cachorros se acercaron, procurando ayudar con las túnicas.

Reductor se desgarraba, perdiendo la identidad. El ataque final de Tyratheck fue un asalto frontal, sin razonamientos, ni infiltraciones indirectas, y...

...y ella se miró de nuevo con asombro. *Después de muchos días, soy yo. Y predomino. Basta de asesinar inocentes.* Si alguien ha de morir, serán Acero y Reductor. Siguió con la mirada a los miembros saltarines de Acero, escogió al miembro más lúcido. Tensó las patas, se dispuso a brincar. *Acércate un poco más... y muere.*

El último momento de conciencia de Tyratheck no duró más de cinco segundos. Su ataque contra el Reductor que llevaba en su interior fue un esfuerzo desesperado que la dejó sin reservas ni fuerzas internas. Incluso mientras se disponía a saltar sobre

Acero, sintió que su alma se hundía y Reductor emergía de la oscuridad. Sintió que las patas de ese miembro se aflojaban, que el suelo le golpeaba la cara...

...Y Reductor recobró el control. El ataque de esa debilucha había sido asombroso. Se preocupaba tanto por las víctimas que estaba dispuesta a sacrificarse con tal de matar a Reductor. Y eso había sido su perdición. El suicidio no sirve para conservar el dominio de una manada. Su misma resolución había debilitado su predominio mental y había dado una oportunidad al Maestro. Ahora volvía a dominar, y con una gran oportunidad. Tyratheck había quedado indefensa después del ataque. Las barreras mentales que protegían a sus tres miembros de pronto eran tan delgadas como la cáscara de una fruta madura. Reductor cortó esa membrana, lanzó un zarpazo a las carnes de esa mente, fusionándolas con la suya. Los tres que habían constituido el núcleo de Tyratheck aún vivirían, pero nunca más poseerían un alma aparte.

El Reductor que acompañaba a Acero se quedó tendido como si estuviera inconsciente, mientras sus espasmos se aplacaban. Que Acero le creyera incapacitado. Le daría tiempo para pensar en la explicación más ventajosa.

El Reductor que acompañaba a Rangolith se incorporó despacio, aunque ambos miembros aún demostraban confusión. Reductor recobró la compostura. Aquí no debía explicaciones, pero sería mejor que el inspector no reparase en ese conflicto entre almas.

—Las túnicas son instrumentos poderosos, querido Rangolith, a veces demasiado.

—Sí, mi señor.

Reductor sonrió. Calló un instante, saboreando sus próximas palabras. No, no había indicios de la debilucha. Había sido su último intento de dominar, su último y mayor error. Reductor extendió su sonrisa a los dos miembros que estaban con Amdijefri. Cayó en la cuenta de que Johanna Olsndot sería la primera persona a quien ordenaba matar desde su regreso a Isla Oculta. Johanna Olsndot sería pues la primera sangre en tres de sus hocicos.

—Hay otro mensaje para Cuentacabezas, Inspector. Se trata de una ejecución...

Y describió los detalles, sintiéndose satisfecho con una decisión bien tomada.

Lo único bueno de esa larga pausa fue que había permitido que los heridos se recobraran. Ahora que Vendaz había hallado un modo de sortear las defensas reductoristas, todos ansiaban ponerse en marcha.

Johanna pasó la última tarde en el hospital de campaña. El hospital era un terreno dividido en cuadrados de seis metros de lado. Algunas parcelas tenían tiendas raídas, pertenecientes a los heridos que estaban en condiciones de cuidar de sí mismos. Otras estaban rodeadas por cercas y dentro de ellas había singulares, supervivientes de lo que había sido una manada entera. Los singulares podrían haber saltado las cercas, pero la mayoría parecía reconocer su propósito y se quedaba dentro.

Johanna empujaba el carro de alimentos, deteniéndose ante los pacientes. El carro era un poco grande para ella y a veces se atascaba en las raíces que brotaban del suelo del bosque. Sin embargo, ella podía realizar esta tarea mejor que cualquier manada y le alegraba poder ayudar.

En torno del hospital se oían los chillidos de los cerdos-kher mientras los uncían a las carretas, los gritos de los soldados que amarraban cañones y acomodaban equipo. Por los mapas que Vendaz había mostrado en la reunión, era evidente que los dos días siguientes serían agotadores, pero al cabo habrían llegado a un terreno alto, a retaguardia de los incautos reductoristas.

Johanna se detuvo en la primera tienda. El trío que estaba dentro la había oído llegar y ya estaba fuera, corriendo en círculos en torno del carro.

—Johanna, Johanna —repetía, imitándole la voz. Eran los restos de un estratega de Tallamadera. En un tiempo había hablado algo de samnorsk. Era una manada de seis y los lobos habían matado a tres. Lo que quedaba era la parte «hablante», tan lista como un niño de cinco años, pero con un extraño vocabulario—. Gracias por comida, gracias. —Le acercó los hocicos. Ella palmeó sus cabezas antes de entregarle los cuencos de guisado tibio. Dos de ellos se pusieron a comer, pero el tercero se sentó a hablar—. Yo oigo que peleando pronto. *Ya no eres tú*, pensó Johanna.

—Sí, subiremos por la barranca seca, al este de aquí.

—Oh, oh. Eso es malo. Mala visión, sin control, peligro de emboscada. —El fragmento parecía conservar algunos recuerdos de su labor táctica, pero para Johanna era imposible explicar el razonamiento de Vendaz.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—¿Segura? ¿Prometes?

Johanna sonrió dulcemente a lo que quedaba de un sujeto bastante agradable.

—Sí, lo prometo.

—Ah, ah... Vale.

Los tres hundieron los hocicos en los cuencos. Éste era uno de los afortunados.

Demostraba bastante interés en lo que sucedía en derredor. Lo que era igualmente importante, tenía un entusiasmo infantil. Errabundo decía que los fragmentos como éste podían regenerarse si les cuidaban el tiempo suficiente para que parieran un par de cachorros.

Johanna llevó el carro hasta una cerca que era el corral simbólico de un singular. Olía a excrementos. Algunos singulares y dúos no estaban domesticados; de todos modos, las letrinas del campamento estaban a cien metros.

—¡Aquí! ¡Negrito, Negrito! —Johanna golpeó un cuenco vacío contra el flanco del carro. Una cabeza asomó detrás de algunas raíces. A veces ni siquiera lograba eso. Johanna se puso de rodillas para que sus ojos no estuvieran a mayor altura que los de ese miembro de cara negra—. ¿Negrito?

La criatura se alejó de los arbustos y se acercó despacio. Era todo lo que quedaba de uno de los artilleros de Escrúpilo. Johanna recordaba a la manada, un sexteto apuesto, corpulento y ágil. Arrastraba sus ancas sin patas sobre una carretilla con pequeñas ruedas, como un escroditas con patas delanteras. Le acercó un cuenco de guisado y emitió los ruidos que Errabundo le había enseñado. Negrito había rechazado la comida los últimos tres días, pero esta vez se acercó y ella pudo acariciarle la cabeza. Al cabo de un instante hundió el hocico en el guisado.

Johanna sonrió complacida. Ese hospital era un lugar extraño. Un año atrás la habría horrorizado, y aún ahora le costaba mirar a los heridos con la perspectiva de los púas. Mientras acariciaba la cabeza de Negrito, miró las toscas tiendas, los pacientes y las partes de pacientes. Era un hospital de veras. Los cirujanos procuraban salvar vidas, aunque la ciencia médica fuera un aterrador proceso de cortes y entablillados sin anestesia. Era comparable a la medicina humana medieval que Johanna había visto en el dataset. Pero con los púas había algo más. Ese lugar parecía un depósito de repuestos. Los enfermeros se interesaban en el bienestar de las manadas. Para ellos, los singulares eran piezas que podían servir para constituir fragmentos mayores, al menos temporalmente. Los singulares heridos eran la última prioridad de los médicos. «En esos casos no queda mucho que salvar —le había explicado un enfermero—. Y aunque lo hubiera, ¿tú querrías un miembro tullido en tu identidad?» Ese sujeto estaba demasiado fatigado para reparar en lo absurdo de la pregunta. Sus hocicos goteaban sangre; había trabajado durante horas para salvar a miembros heridos de manadas enteras.

Además, la mayoría de los singulares heridos dejaban de comer y morían en menos de un decavía. Aun al cabo de un año con los púas, Johanna se negaba a aceptarlo. Cada singular le recordaba al querido Gramil y ansiaba darles una oportunidad. Se había encargado del carro de comida y pasaba tanto tiempo con los singulares heridos como con los demás pacientes. Había dado buenos resultados. Podía acercarse a cada paciente sin interferencias mentales. Su ayuda brindó a los

criadores más tiempo para estudiar a los fragmentos mayores y a los singulares ilesos, y tratar de construir manadas viables.

Y tal vez éste no muriera de hambre. Se lo contaría a Errabundo. Él había hecho milagros con las otras recomposiciones y parecía ser la única manada que compartía sus sentimientos por los singulares heridos. «Si no se mueren de hambre, a menudo eso indica cierto temple. Aun tullido, puede ser una ventaja para una manada —le dijo—. Yo he sido lisiado en algunos viajes. No siempre puedes escoger cuando te reduces a tres y estás en el corazón de un territorio desconocido.»

Johanna apoyó un cuenco de agua junto al guisado. Al cabo de un momento, el miembro lisiado se volvió para beber unos sorbos.

—Resiste, Negrito. Hallaremos a alguien para que existas.

Chitiratte estaba donde debía estar, montando guardia en su puesto. No obstante, sentía un cierto nerviosismo. Siempre mantenía una cabeza dirigida hacia la criatura mantis, la dos-patas. No había nada sospechoso en esa postura. Se suponía que era un guardia de seguridad y que debía mirar hacia todas partes. Pasó su ballesta de las fauces a la mochila y de vuelta a las fauces. *Dentro de pocos minutos...*

Chitiratte recorrió nuevamente el hospital de campaña. Era una tarea fácil. Aunque el incendio no había afectado esa parte del bosque, había ahuyentado a las fieras, río abajo. Tan cerca de la orilla, el terreno estaba cubierto de arbustos, así que no había espinas. Caminar por el hospital era como recorrer Prado de Tallamadera, allá en el sur. Cien metros al este el trabajo era más pesado: preparar las carretas y las provisiones para el ascenso.

Los fragmentos sabían que algo se avecinaba. Aquí y allá asomaban las cabezas. Observaban las carretas, oían las voces de los amigos. Los más cretinos sentían la llamada del deber. Había devuelto a tres singulares en buen estado al complejo. Esos débiles no podían ayudar en nada. Cuando el ejército subiera por el Declive de Margrum, el hospital quedaría atrás. Chitiratte esperaba poder quedarse también. Había trabajado para el jefe el tiempo suficiente para saber de dónde procedían sus órdenes. Chitiratte sospechaba que pocos regresarían del Declive de Margrum.

Volvió tres pares de ojos hacia la dos-patas. Esta misión era la más arriesgada en que había participado. Si salía bien, quizá pudiera pedirle al jefe que le dejara en el hospital. *Ten cuidado, amigo. Vendaz no llegó adonde está dejando cabos sueltos.* Chitiratte había visto lo que había sucedido con ese oriental que había husmeado en los asuntos del jefe.

¡Demonios, qué tonta era esa humana! Hacía cinco minutos que le gruñía a ese singular. Cualquiera diría que tenía relaciones sexuales con esos fragmentos por el tiempo que pasaba con ellos. Bien, pronto pagaría por esa familiaridad. Amartilló la ballesta, se arrepintió. *Un accidente, un accidente. Debe parecer un accidente.*

Ajá. La dos-patas estaba juntando cuencos de comida y agua y apilándolos en el carro. Chitiratte rodeó deprisa el perímetro del hospital, apostándose a la vista del dúo Kratzi, el fragmento que se encargaría de esa muerte.

Kratzinissinan había sido un guerrero antes de perder su parte Nissinari. No tenía ninguna conexión con el jefe ni con Seguridad. Pero se le conocía como un sujeto alocado, una manada que siempre estaba al borde del frenesí de combate. La pérdida de dos miembros habitualmente tenía un efecto tranquilizador. En este caso... bien, el jefe sostenía que Kratzi estaba especialmente preparado, una trampa lista para activarse. Chitiratte sólo debía dar la señal y el dúo haría trizas a la dos-patas. Una gran tragedia. Chitiratte estaría allí, un guardián alerta. Pronto perforaría los sesos de Kratzi a flechazos... pero, ay, sin llegar a tiempo para salvar a la dos-patas.

La humana arrastraba el carro de comida hacia Kratzi, el próximo paciente. El dúo salió de su refugio, saludando con un farfuleo que ni siquiera Chitiratte pudo entender. Pero había cierto tono, una furia asesina que aureolaba su semblante cordial. La mantis, desde luego, no lo notó. Detuvo el carro, se puso a llenar los cuencos, saludando al dúo con sus gruñidos. Dentro de un instante se agacharía para dejar la comida en el suelo. Por un instante, Chitiratte pensó en matar a la mantis si Kratzik no tenía éxito. Afirmaría que había sido un trágico yerro. No le gustaba la dos-patas. Esa criatura le daba aprensión; era tan alta, y sus movimientos eran tan raros. Ahora sabía que era frágil en comparación con las manadas, pero daba miedo pensar en un animal solo que fuera tan sagaz. Renunció a la tentación en cuanto tuvo la ocurrencia. Quién sabía el precio que podía pagar por ello, aunque creyeran que el disparo había sido accidental. Hoy no habría altruismo, muchas gracias; las mandíbulas y zarpas de Kratzi tendrían que encargarse de todo.

Kratzi volvió una cabeza hacia Chitiratte. La mantis cogió los cuencos y se alejó del carro...

—¡Johanna! ¿Cómo estás?

Johanna apartó los ojos del guisado y vio que Errabundo Wickwracktriz se acercaba. Procuraba aproximarse sin invadir los sonidos mentales de los pacientes. El guardia que se había detenido allí un instante antes retrocedió ante su avance y se detuvo a pocos metros.

—Muy bien —respondió Johanna—. ¿Recuerdas al que está sobre ruedas? Hoy comió un poco de guisado.

—Bien, he pensado en él y el trío que está al otro lado del hospital.

—¿La enfermera herida?

—Sí. Lo que ha quedado de Trellelak es todo hembra. He escuchado sus sonidos mentales y... —Errabundo dio su explicación en buen samnorsk, pero para Johanna no tenía mayor sentido. El vocabulario de la crianza incluía conceptos tan ajenos a la experiencia humana que ni siquiera Errabundo podía explicarlos con claridad. Lo

único evidente era que, como Negrito era macho, era probable que él y el trío de la enfermera pudieran tener cachorros para fusionar el grupo. El resto eran alusiones a la «resonancia anímica» y la «mezcla de flaquezas con puntos fuertes». Errabundo decía que era un aficionado en crianza, pero era interesante el respeto que le profesaban los doctores, y a veces la misma Tallamadera. Sus injertos parecían «prender» mejor que los de otros.

—Está bien —dijo Johanna—. Lo intentaremos en cuanto haya alimentado a todos.

Errabundo ladeó una cabeza.

—Algo raro está ocurriendo. No sé bien de qué se trata, pero... todos los fragmentos te están mirando. Más que de costumbre, ¿lo sientes?

Johanna se encogió de hombros.

—No. —Se arrodilló para poner los cuencos delante del dúo. Ese paciente vibraba de avidez, aunque había tenido la cortesía de no interrumpir.

Por el rabillo del ojo, Johanna notó que el guardia hacía un extraño movimiento con las dos cabezas del medio y...

Los golpes fueron como dos puñetazos en el pecho y la cara. Johanna cayó al suelo y ellos se le abalanzaron. Alzó los brazos ensangrentados para protegerse de esos dientes y zarpas cortantes.

Cuando Chitiratte dio la señal, ambos miembros de Kratzi entraron en acción... y uno se estrelló contra el otro, tumbando de espaldas a la mantis, lanzando zarpazos y dentelladas a tontas y a locas, hiriéndose a sí mismos. Chitiratte quedó petrificado de sorpresa. Tal vez ella no estuviera muerta. Recobró la compostura y saltó sobre la cerca, al tiempo que amartillaba y cargaba la ballesta. Tal vez debiera errar el primer tiro. Kratzi estaba desgarrando a la mantis, pero despacio. De pronto ya no tuvo posibilidades de disparar contra el dúo. Una rugiente oleada blanquinegra se lanzó sobre Kratzi y la mantis. Cada fragmento sano del hospital corrió al ataque. Era un furor asesino espontáneo, mucho más feroz del que podían expresar manadas completas. Chitiratte retrocedió atónito ante ese espectáculo y su sonido mental. Hasta el peregrino parecía fascinado. La manada pasó frente a Chitiratte y rodeó el alboroto. El peregrino no se zambulló en la pelea, pero lanzaba dentelladas, gritando palabras que se perdían en la algarabía general.

Una salpicadura de sonido mental articulado estalló desde la cáfila, tan estentóreo que aturdió a Chitiratte, que se hallaba a veinte metros. La cáfila pareció encogerse sobre sí misma mientras la mayoría de sus miembros perdían el frenesí. Lo que había sido una sola bestia con una veintena de cuerpos era ahora una ensangrentada multitud de miembros sueltos.

El peregrino aún corría en torno del borde, esforzándose para conservar su mente y su propósito. Su miembro más corpulento, el de la cicatriz, entraba y salía de la

multitud, lanzando zarpazos a los que aún peleaban.

Los pacientes se alejaron de la escena de la lucha. Algunos que habían acudido como dúos o tríos salieron como singulares. Otros parecían ser más numerosos que antes. El terreno estaba empapado de sangre. Al menos cinco miembros habían muerto. Cerca del centro yacían un par de ruedas protésicas.

El peregrino sólo prestaba atención al sangriento guiñapo del centro.

Chitiratte sonrió. Una mantis destrozada. Vaya tragedia.

Johanna no perdió del todo el conocimiento, pero el dolor y el peso sofocante de una veintena de cuerpos le impedía pensar. Ahora la presión se aliviaba. Más allá de ciertas vibraciones oía gritos en el idioma normal de los púas. Alzó los ojos y vio a Errabundo. Cicatriz estaba a horcajadas sobre ella, el hocico a pocos centímetros. Se agachó para lamerle el rostro. Johanna sonrió y trató de hablar.

Vendaz había concertado una cita para conferenciar con Escrúpilo y Tallamadera. En ese momento, el comandante de artilleros peroraba sobre su táctica, utilizando el dataset para describir sus planes para el Declive de Margrum. Alaridos de furia resonaron río abajo. Escrúpilo irguió la cabeza con enfado. —¿Qué demonios...?

Los sonidos continuaban, algo más que una mera pendencia. Tallamadera y Vendaz intercambiaron miradas de preocupación mientras erguían los pescuezos para atisbar entre los árboles. —¡Una pelea en el hospital! —exclamó la reina. Vendaz dejó su anotador y salió de la zona de reunión, ordenando a los guardias que protegieran a la reina. Mientras corría a través del campamento, vio que sus guardias ya confluían en el hospital. Todo salía con la perfección de un programa del dataset, aunque... *¿a qué venía tanto ruido?*

En los últimos cien metros, Escrúpilo le alcanzó y le pasó. El artillero entró en el hospital a la carrera y tropezó consigo mismo, horrorizado. Vendaz irrumpió en el claro, dispuesto a exhibir el mismo horror, combinado con una alerta resolución.

Errabundo estaba de pie, junto a un carro de comida, con Chitiratte a poca distancia. El peregrino estaba al lado de la dos-patas, en un tendal de carnes desgarradas. *¡Por la Manada de Manadas! ¿Qué había sucedido?* Había más sangre de la cuenta.

—Todos atrás excepto los médicos —bramó Vendaz a los soldados que se apiñaban en el linde del complejo. Avanzó por un camino que sorteaba a los pacientes que irradiaban más ruido mental. Había muchas heridas nuevas, y charcos de sangre oscura en los pálidos troncos de los árboles. Algo había salido mal.

Entretanto Escrúpilo había rodeado el linde del hospital y estaba a pocos metros del peregrino. La mayoría de sus miembros miraban al suelo.

—¡Es Johanna! ¡Johanna!

Por un momento Vendaz temió que ese imbécil saltara la cerca.

—Creo que se encuentra bien, Escrúpilo —dijo Errabundo—. Estaba alimentando a uno de los fragmentos cuando éste enloqueció y la atacó.

Un médico echó un vistazo a la carnicería: cadáveres en el suelo, sangre por doquier.

—Me pregunto qué habrá hecho para provocarles.

—¡Nada, os digo! Pero cuando ella cayó, medio hospital la emprendió a zarpazos con él. —Señaló con el hocico los inidentificables restos.

Vendaz miró a Chitiratte, y al mismo tiempo vio que llegaba Tallamadera.

—¿Qué sucedió, soldado? —preguntó Vendaz. *No lo echas a perder, Chitiratte.*

—Es tal como dice el peregrino, mi señor. Nunca he visto nada semejante —respondió Chitiratte, con tono de apropiada sorpresa. Vendaz se acercó al peregrino—. ¿Me permites echar un vistazo, peregrino? Errabundo titubeó. Había olisqueado a la muchacha en busca de heridas que requiriesen atención inmediata. La muchacha asintió débilmente y Errabundo retrocedió.

Vendaz se acercó con aire solemne y solícito. Por dentro hervía de rabia. Nunca había oído hablar de nada semejante. Pero aunque todo el hospital hubiera acudido a ayudarle, tendría que estar muerta. El dúo Kratzi tenía que haberle desgarrado la garganta en medio segundo. Su plan parecía infalible (e incluso ahora no lo perjudicaría), pero ahora comenzaba a comprender dónde estaba el fallo. Durante días la humana había estado en contacto con esos pacientes, incluso con Kratzi. Ningún médico púa podía aproximarse y tocarles como la dos-patas. Algunas manadas sentían el efecto; para los fragmentos debía ser abrumador. En lo más hondo de su alma, la mayoría de los pacientes consideraban que la alienígena formaba parte de ellos.

Miró a la alienígena desde tres lados, teniendo en cuenta que los ojos de cincuenta manadas le seguían. Muy poca sangre pertenecía a la dos-patas. Los cortes del cuello y los brazos eran largos y superficiales, cortes lanzados sin ton ni son. En el último momento, el condicionamiento de Kratzi había fallado ante la noción de la criatura humana como miembro de la manada. Incluso ahora, un rápido zarpazo bastaría para degollarla. Pensó en ponerla bajo la protección médica de Seguridad. La estratagema había dado resultado con Gramil, pero aquí sería muy arriesgada. Errabundo había estado muy cerca de Johanna y sospecharía si alguien afirmaba que se habían presentado «complicaciones imprevistas». *No. Incluso los planes buenos pueden fracasar. Tómallo como experiencia para el futuro.* Le sonrió a la muchacha y habló en samnorsk:

—Ahora estás a salvo. —*Por el momento, y lamentablemente.* La cabeza de la humana se volvió hacia el costado, mirando hacia Chitiratte.

Escrúpilo caminaba a lo largo de la cerca, a tan poca distancia de Chitiratte y Errabundo que ambos habían retrocedido.

—¡No he de tolerarlo! —exclamó el artillero—. ¡Nuestra persona más importante atacada de este modo! ¡Esto apesta a conspiración enemiga!

—Pero ¿cómo? —cloqueó Errabundo.

—¡No lo sé! —dijo Escrúpilo con un grito ahogado—. Pero ella necesita protección además de cuidado. Vendaz debe hallar un lugar para ponerla a salvo.

El peregrino quedó impresionado por el argumento, pero no se inmutó. Incluyó una cabeza hacia Vendaz y dijo con inusitado respeto:

—¿Qué opinas, Vendaz?

Vendaz había observado a la dos-patas. Los humanos tenían una interesante capacidad para disimular su foco de atención. Antes Johanna miraba a Chitiratte, ahora a Vendaz, entornando los movedizos ojos. El año pasado Vendaz se había propuesto estudiar las expresiones humanas, valiéndose de Johanna y las historias del dataset. Ella sospechaba algo, y también debía haber comprendido parte del discurso de Escrúpilo. Arqueó la espalda y alzó un brazo débilmente. Afortunadamente para Vendaz, su grito fue un susurro que ni siquiera él oyó con claridad:

—No... no como Gramil.

Vendaz era una manada que creía en los planes cuidadosos. Además sabía que las circunstancias pueden frustrar los planes mejor trazados. Miró a Johanna y sonrió con compasiva gentileza. Sería arriesgado matarla como al fragmento de Gramil, pero ahora comprendía que las demás posibilidades eran aún más peligrosas. Gracias al cielo, Tallamadera estaba varada al otro lado del campamento con su miembro más achacoso. Vendaz hizo una seña al peregrino y reunió sus miembros.

—Me temo que Escrúpilo está en lo cierto. No sé cómo pudo lograrse, pero no podemos arriesgarnos. Llevaremos a Johanna a mi cubil. Díselo a la reina.

Se quitó las capas de los lomos y comenzó a envolver a la humana para llevarla en su último viaje. Sólo los ojos de ella protestaron.

Johanna se adormilaba a ratos, aterrada ante su incapacidad para expresar sus temores en voz alta. Sus gritos más fuertes eran meros susurros. Los brazos y las piernas le respondían con espasmos, y las capas de Vendaz los ocultaban. *Una contusión, quizás*, explicó su mente desde un recoveco racional. Todo parecía tan remoto, tan oscuro...

Johanna despertó en la cabaña de Tallamadera. ¡Qué sueño espantoso! Que estaba tan maltrecha que no podía moverse, que Vendaz era un traidor... trató de incorporarse, pero no pudo. *¡Estoy maniatada en estas malditas mantas!* Se quedó callada un segundo, aún desorientada por el sueño. trató de llamar a Tallamadera, pero sólo le salió un gemido. Un miembro caminaba en torno del fuego. La estancia estaba poco iluminada y había algo raro en ella. Johanna no estaba acostada en el lugar de costumbre. Con asombrado sopor, trató de orientarse. El techo estaba demasiado bajo. Algo olía a carne cruda. Le dolía el costado de la cara, y tenía gusto

a sangre en los labios. No estaba en la cabaña de Tallamadera y ese sueño espantoso era...

Tres cabezas se perfilaron contra la luz. Una se acercó, y en la penumbra ella reconoció las manchas blancas y negras. *Vendaz*.

—Bien —dijo *Vendaz*—. Estás despierta.

—¿Dónde estoy? —balbució Johanna, nuevamente presa del terror.

—La choza abandonada al este del campamento. La he confiscado como cubil de seguridad —murmuró él en un fluido *samnorsk* que imitaba una de las voces genéricas del dataset. Tenía una daga en una de las mandíbulas y la hoja destellaba en la penumbra.

Johanna se retorció dentro de las mantas y trató de gritar. Algo le pasaba, era como gritar sin aliento.

Un miembro de *Vendaz* se paseaba por el nivel superior de la choza. La luz del día le salpicó el hocico cuando se asomó por cada una de las angostas ventanas.

—Ah, me alegra que no intentes disimular. Noté que de algún modo habías adivinado mi... segunda carrera. Mi *hobby*. Pero aunque pudieras gritar, no te ayudaría. Tenemos poco tiempo para charlar. Sin duda la reina pronto vendrá a visitarte... y yo te mataré antes que llegue. Qué pena. Tus heridas internas eran fatales...

Johanna no entendía todas las palabras. Cada vez que movía la cabeza, su visión se volvía borrosa. Ni siquiera recordaba los detalles de lo que había sucedido en el hospital. *Vendaz* era un traidor, *pero cómo...*

El dolor ahogó los recuerdos.

—Asesinaste a Gramil, ¿verdad? ¿Por qué? —dijo, con voz más fuerte que antes, y se sofocó con la sangre que le resbalaba por la garganta.

La rodeó una risa serena, humana.

—Él averiguó la verdad acerca de mí. Es irónico que semejante incompetente fuera el único que me descubriera... ¿o tu pregunta tiene un sentido más amplio? —Los tres hocicos se le acercaron aún más, y la daga rozó la mejilla de Johanna—. Pobre dos-patas, no creo que puedas entenderlo. Tal vez una parte, la voluntad de poder. He leído lo que dice el dataset sobre las motivaciones humanas, el material freudiano. Los púas somos mucho más complejos. Yo soy macho en mi mayor parte, ¿lo sabías? Y es peligroso ser de un solo sexo. La locura acecha. Sin embargo, fue decisión mía. Estaba harto de ser sólo un buen inventor, de vivir a la sombra de Tallamadera. Muchos de nosotros somos sus descendientes, y nos domina a todos. Se alegró mucho de que yo ingresara en Seguridad porque no tenía la combinación de miembros apropiada para ello. Pensó que al ser todos mis miembros masculinos menos uno, sería un perverso controlable.

El miembro que hacía las veces de centinela hizo otro recorrido frente a las

ventanas. Se oyó otra risotada humana.

—Lo planeo desde hace tiempo. No estoy solo contra Tallamadera. El aspecto de su alma que se relaciona con el poder está esparcido en toda la costa ártica: Reductor pudo comenzar con un siglo de ventaja sobre mí. Acero es nuevo, pero tiene a su disposición el imperio de los reductoristas. Yo me hice indispensable para todos ellos. Soy el jefe de seguridad de Tallamadera... y el espía más valioso de Acero. Si juego bien mis cartas, me apropiaré del dataset y todos los demás morirán.

La daga volvió a acariciar la mejilla de Johanna.

—¿Crees que puedes ayudarme? —preguntó Vendaz, escrutando los aterrados ojos de Johanna—. Lo dudo muchísimo. Si mi plan hubiera triunfado, ahora estarías muerta. —Un suspiro resonó en toda la estancia—. Pero eso fracasó y ahora debo trincharte personalmente. Aun así, quizá todo sea para bien. El dataset es un filón de información sobre casi todo, pero apenas tiene en cuenta la existencia de la tortura. En ciertos sentidos, tu especie se ve muy frágil, muy fácil de matar. La muerte llega antes que la mente pueda desmembrarse. Pero sé que podéis sentir dolor y terror. El truco consiste en aplicar la fuerza sin matar.

Los tres miembros cercanos adoptaron una posición más cómoda, como un humano disponiéndose a una conversación seria.

—Y hay algunas preguntas que quizá puedas responder, cosas que antes yo no podía preguntar. Acero está muy confiado, y no sólo porque cuente con mis servicios. Esa manada cuenta con alguna otra ventaja. ¿Es posible que tenga su propio dataset?

Vendaz hizo una pausa. Johanna enmudeció, no sólo por miedo sino por terquedad. Éste era el monstruo que había asesinado a Gramil.

El hocico que sostenía la daga se deslizó entre las mantas y la piel de Johanna y la muchacha sintió un dolor en el brazo.

Gritó.

—Ah, el dataset me informó que ese lugar era doloroso para un humano. No es preciso que me respondas, Johanna. ¿Sabes cuál es el secreto de Acero, según sospecho? Creo que alguien de tu familia sobrevivió... quizá tu hermanito, considerando lo que nos has contado sobre la matanza.

¿Jefri? ¿Vivo? Por un instante Johanna olvidó el dolor y el temor.

—¿Cómo...?

Vendaz hizo un gesto de indiferencia.

—Nunca le viste muerto. Puedes tener la certeza de que Acero quería un dospatas vivo, y después de leer acerca del sueñofrío en el dataset dudo que él pueda haber revivido a cualquiera de los demás. Y oculta algo. Ansía la información del dataset, pero nunca me pidió que robara el aparato.

Johanna cerró los ojos, como negando la existencia del traidor. *¡Jefri está vivo!* Recuerdos: la alegría juguetona de Jefri, sus lágrimas infantiles, su confiado valor a

bordo de la nave fugitiva... cosas que había creído perdidas para siempre. Por un instante le parecieron más reales que la violencia de los últimos minutos. Pero ¿qué podía hacer Jefri para ayudar a los reductoristas? Sin duda los otros datasets se habían incendiado. *Aquí hay algo más, algo que Vendaz no ha comprendido.*

Vendaz le cogió la barbilla, le sacudió la cabeza.

—Abre los ojos. He aprendido a leerlos y quiero ver... Mm, no sé si me crees o no. No importa. Si tenemos tiempo, averiguaré qué pudo hacer él por Acero. Hay preguntas más urgentes. Evidentemente el dataset es la clave de todo. En menos de medio año, yo, Tallamadera y Errabundo hemos aprendido muchísimo sobre vuestra especie y civilización. Me atrevo a decir que conozco a tu gente mejor que tú... a veces creo que conozco a tu gente más que nuestro propio mundo. Cuando haya concluido la violencia, el triunfador será aquella manada que aún controle el dataset. Me propongo ser esa manada y a menudo me he preguntado si existen otras claves o programas que puedan velar por mi seguridad... *El código protector.* Las cabezas sonrieron.

—¡Aja! ¡Conque eso existe! Tal vez la mala suerte de esta mañana haya sido afortunada. Nunca habría aprendido... —la voz se quebró en cloqueos discordantes. Dos miembros de Vendaz se unieron al que estaba ante las ventanas. La voz le murmuró al oído—. Es el peregrino. Está lejos, pero se aproxima... Sería más seguro que murieras. Una herida profunda, invisible. —La daga se deslizó hacia abajo. Johanna se arqueó en vano para alejarse de la punta, pero la hoja no le hizo daño—. Oigamos qué dice el peregrino. No tiene caso matarte de inmediato si él no insiste en verte. —Vendaz le metió un trapo en la boca y lo sujetó con fuerza.

Al cabo de un instante de silencio se oyeron pisadas en los arbustos que rodeaban la choza y el parloteo de una manada más allá de las paredes de madera. Johanna dudaba que alguna vez pudiera reconocer a las manadas por la voz pero... su mente tropezó con algo entre los sonidos, trató de decodificar ese canturreo, que consistía en palabras amontonadas:

Johanna

algo interrogativo

chirrido segura

Vendaz respondió:

Salud Errabundo Wickwracktriz

Johanna *gorjeo*

sin heridas visibles

triste incertidumbre *chillido*

Y el traidor le murmuró al oído:

—Ahora preguntará si necesito ayuda médica, y si insiste... nuestra charla tendrá un final prematuro.

Pero Errabundo sólo respondió con un canturreo de preocupación.

—El maldito imbécil sólo está sentado ahí afuera —susurró Vendaz con irritación.

El silencio se prolongó un momento y al fin la voz humana de Errabundo, el Guasón del dataset, dijo en nítido samnorsk:

—No cometas ninguna tontería, amigo Vendaz.

Vendaz emitió un sonido de cortés sorpresa y se tensó en torno de Johanna. Le apretó la daga contra las costillas, arrancándole una chispa de dolor. Ella sentía el temblor de la hoja, el hálito de ese miembro sobre su piel ensangrentada.

—Sabemos qué te propones —continuó Errabundo con voz confiada—. La manada que habían apostado en el hospital no resistió y le confesó a Tallamadera lo poco que sabía. ¿Crees que puedes burlar a la reina con tus mentiras? Si Johanna muere, te haremos pedazos. —Tarareó una ominosa melodía del dataset—. Conozco bien a la reina. Ella parece una manada muy grácil... pero ¿de dónde crees que Reductor heredó su siniestra creatividad? Si matas a Johanna, pronto averiguarás en qué medida el genio de Tallamadera supera el de Reductor.

Vendaz retiró la daga. Otro de sus miembros se aproximó a la ventana, y los dos que estaban con Johanna dejaron de apretarla. La acarició suavemente con la daga. ¿Pensando? ¿*De veras Tallamadera es tan temible?* Los cuatro miembros que había en las ventanas miraban hacia todas partes. Sin duda Vendaz contaba las manadas de guardia y planificaba frenéticamente. Al fin respondió en samnorsk:

—La amenaza sería más creíble si no fuera de segunda mano.

Errabundo rió entre dientes.

—Es verdad. Pero sospechamos lo que sucedería si venía la reina, Eres un sujeto precavido, habrías matado a Johanna al instante y ahora darías explicaciones falsas antes de enterarte de lo que sabe Tallamadera. Pero al ver que se aproximaba un pobre peregrino... Sé que me tomas por un mentecato sin muchas más luces que Gramil Jaqueramaphan. —Errabundo titubeó al pronunciar el nombre y, por un momento, perdió su tono jactancioso—. De cualquier modo, ahora conoces la situación. Si lo dudas, envía a tus guardias para que verifiquen con cuánta gente te ha rodeado la reina. Si Johanna muere, date por muerto. De paso, ¿tiene sentido esta negociación?

—Sí, ella está viva. —Vendaz sacó la mordaza de la boca de Johanna. Ella volvió la cabeza, sofocándose. Las lágrimas le surcaban ambas mejillas.

—¡Errabundo, oh, Errabundo! —atinó a susurrar. Inhaló dolorosamente, procurando hacer ruido. Manchas brillantes bailaron ante sus ojos—. ¡Hola, Errabundo!

—¡Hola, Johanna! ¿Te ha hecho daño?

—Un poco. Yo...

—Suficiente. Está viva, Errabundo, pero eso es fácil de corregir.

Vendaz no volvió a amordazarla. Johanna notó que se frotaba las cabezas nerviosamente mientras se paseaba frente a las ventanas. Dijo que la partida estaba en tablas, o algo parecido.

—Habla en samnorsk, Vendaz. Quiero que Johanna comprenda... y no podrás mentir tan arteramente como en tu idioma.

—Como quieras —le dijo el traidor con displicencia, pero sus miembros seguían paseándose con nerviosismo—. La reina debe comprender que estamos empatados. Mataré a Johanna si no recibo el trato adecuado. Pero aun así, Tallamadera no puede darse el lujo de herirme. ¿Comprendes que Acero os ha tendido una trampa en el Declive de Margrum? Yo soy el único que sabe cómo eludirla.

—Vaya noticia. De todos modos yo no quería ir a Margrum.

—Sí, pero tú no cuentas, Errabundo. Eres una manada plebeya. Tallamadera comprenderá cuán peligrosa es la situación. Las fuerzas de Acero cuentan con recursos que jamás he comentado y les he enviado todos los secretos que pude sonsacar de mis investigaciones con el dataset.

—Mi hermano está vivo, Errabundo —jadeó Johanna.

—Vaya, Vendaz, has roto nuevos récords en traición. Todo lo que nos dijiste era mentira, mientras que Acero supo toda la verdad sobre nosotros. ¿Crees que eso significa que no nos atreveremos a matarte?

Johanna vio que Vendaz reía y dejaba de pasearse. *Comprende que ha recobrado el control.*

—Más aún, necesitas mi plena cooperación. Verás, exageré la cantidad de agentes enemigos que había entre las tropas de Tallamadera, pero sí tengo algunos... y tal vez Acero haya introducido otros que no conozco. Y aunque me arrestes, los ejércitos reductoristas se enterarán. Gran parte de lo que sé resultará inútil... y afrontaréis un ataque inmediato y arrasador. ¿Te enteras? La reina me necesita.

—¿Y cómo sé que no estás mintiendo de nuevo?

—Es un problema, ¿verdad? Tan difícil de resolver como el de mi seguridad, una vez que haya salvado la expedición. Sin duda está más allá de tu mente plebeya. Tallamadera y yo tenemos que hablar, en algún lugar que resulte seguro para ambos. Llévale ese mensaje. No podrá disponer del pellejo del traidor, pero si colabora quizá pueda salvar el propio.

Siguió un silencio puntuado por los ruidos de los animales del bosque. Al fin, asombrosamente, Errabundo se echó a reír.

—Conque mente plebeya, ¿eh? Bien, en algo te admiro, Vendaz. He recorrido el mundo entero y mi memoria se remonta a quinientos años atrás... pero de todos los villanos, traidores y genios, tú eres el mayor por tu desfachatez.

Vendaz emitió un acorde que sólo podía traducirse como una señal de complacida

satisfacción.

—Me siento honrado.

—Muy bien, comunicaré tus condiciones a la reina. Espero que ambos tengáis luces suficientes para hallar una solución. Algo más: la reina exige que Johanna venga conmigo.

—¿*La reina exige*? Eso me huele a sensiblería plebeya.

—Quizá. Pero demostrará que tu propuesta es seria. Considéralo como mi precio por cooperar.

Vendaz volvió todas las cabezas hacia Johanna, mirándola en silencio. Echó un último vistazo a las ventanas.

—Muy bien, puedes llevártela. —Dos miembros saltaron a la puerta de la choza mientras otro par empujaba a la muchacha, diciéndole al oído—: Maldito Errabundo. Estando viva, sólo me causarás problemas con la reina. —Le mostró la daga—. No siembres cizaña entre ella y yo. Sobreviviré a todo esto y seré poderoso.

Se apartó de la puerta y la luz del día cegó a Johanna. Entornó los ojos: vio un ramaje y el costado de la choza. Vendaz arrastró la camilla hacia el suelo del bosque, ordenando a sus guardias que se mantuvieran en sus puestos. Él y Errabundo hablaron cortésmente acordando el momento en que el peregrino regresaría.

Vendaz regresó a la choza. Errabundo avanzó hacia la camilla. Uno de sus cachorros asomó de la casaca para acariciar el rostro de Johanna con el hocico.

—¿Estás bien?

—No lo sé. Recibí un golpe en la cabeza... y me cuesta respirar.

Errabundo le aflojó las mantas mientras alejaba la camilla de la choza. La sombra del bosque era apacible y profunda. Había guardias de Vendaz apostados en toda la zona. ¿Cuántos conspiradores habría? Dos horas atrás, Johanna había acudido a ellos en busca de protección. Ahora sus miradas la hacían tiritar. Tendiéndose en la camilla, mareada, miró las ramas, las hojas, los retazos de cielo gris. Criaturillas semejantes a los chillones arbóreos de Straumli se perseguían parloteando.

Qué raro: hace un año Errabundo y Gramil me arrastraban y yo estaba más grave, y aterrada de todo, incluso de ellos. Y ahora... nunca se había alegrado tanto de ver a otra persona. Hasta la presencia de Cicatriz era tranquilizadora.

Las olas de espasmo se aquietaron gradualmente. Sólo quedó un furor tan intenso como el del año anterior, aunque más razonable. Sabía lo que había sucedido aquí: los protagonistas no eran extraños, la traición no era un asesinato casual. Después de las artimañas de Vendaz, después de sus asesinatos, de sus planes para matarles a todos... ¡saldría en libertad! Errabundo y Tallamadera se olvidarían de todo.

—Él mató a Gramil, Errabundo. Le mató... —*Le cortó en pedazos, luego persiguió lo que quedaba y le mató frente a nuestras narices*—. ¿Y Tallamadera le dejará en libertad? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes tolerarlo? —Las lágrimas

afloraban de nuevo.

—*Shh, Shh.* —Dos cabezas de Errabundo se inclinaron sobre ella. La miraron, giraron nerviosamente. Ella extendió la mano para acariciar el suave pelaje. ¡Errabundo temblaba! Uno de sus miembros se acercó y murmuró—: No sé qué hará la reina, Johanna. Ella no sabe nada de esto.

—¿Qué...?

—*Shh.* —La voz de Errabundo se transformó en un zumbido—. Su gente aún puede vernos. Todavía es posible que deduzca lo que sucedió... Sólo tú y yo lo sabemos, Johanna. No creo que nadie más lo sospeche.

—Pero la manada que confesó...

—Una bravuconada. Cometí muchas locuras en mi vida, pero a ésta sólo supera la decisión de seguir a Gramil hasta tu nave estelar... Cuando Vendaz decidió llevarte con él, me puse a pensar. No estabas tan malherida. Me recordaba demasiado a lo que sucedió con Jaqueramaphan, pero no tenía pruebas.

—¿Y no se lo has dicho a nadie?

—No. Soy tan tonto como el pobre Gramil, ¿verdad? —Sus cabezas miraron hacia todas partes—. Si yo tenía razón, sería imprudente no matarte de inmediato y temí que ya fuera demasiado tarde...

Hubiera sido tarde, si Vendaz no hubiera sido un monstruo tan despiadado.

—De cualquier modo, supe la verdad tal como el pobre Gramil... casi por accidente. Pero si podemos alejarnos otros setenta metros, no moriremos como él. Y todo lo que le dije a Vendaz será verdad.

Ella le palmeó un hombro y miró hacia atrás. La choza y el círculo de guardias desaparecieron detrás de las matas.

¡Y Jefri está vivo!

Cripto: 0 [Se han descontado 95 paquetes codificados]

Recepción: Nave *Ølvira* ad hoc

Senda lingüística: Tredeschk ->triskweline, unidades SJK

De: Zonógrafo Eidolon [Cooperativa (u orden religiosa) del Allá Medio, que se mantiene gracias a la suscripción de varios miles de civilizaciones del Allá Bajo, sobre todo las amenazadas por la inmersión]

Asunto: Actualización y emisión ping del Boletín sobre Turbulencias

Síntesis: El mensaje muestra un fraude

Distribución:

Suscriptores Zonógrafo Eidolon

Grupo de Intereses Zonometría

Grupo de Intereses Amenazas, Subgrupo Navegación Participantes Ping

Fecha: 1087892301 segundos desde Evento de Calibración 239011, Entorno

Eidolon

[66,91 días desde la caída de Sjandra Kei]

Frases clave: Episodio de escala galáctica, anuncio de caridad de emergencia

Texto del mensaje:

(Favor incluir hora local exacta en respuestas ping)

Si estáis recibiendo este mensaje, sabréis que la ola gigante ha retrocedido. La nueva superficie zonal parece ser una espuma estable de baja dimensionalidad (entre 2,1 y 2,3). Por lo menos cinco civilizaciones están atrapadas en la nueva configuración. Treinta sistemas solares vírgenes han ascendido al Allá. (Los suscriptores hallarán detalles específicos en los datos encriptados que siguen a este boletín.)

El cambio es similar al que se aprecia en un período normal de dos años en toda la superficie de la Zona Lenta de la galaxia. Sin embargo, esta convulsión se produjo en menos de doscientas horas y en menos de un milésimo de esa superficie.

Y ni siquiera estas cifras bastan para indicar la magnitud del episodio. (Las siguientes son meras estimaciones, ya que muchos puestos fueron destruidos y no había instrumentos calibrados para un episodio de esta magnitud.) En su punto máximo, la convulsión alcanzó mil años-luz por encima de la Superficie Zonal Estándar. Se sostuvieron tasas de elevación de más de treinta millones de veces la velocidad de la luz (un año-luz por segundo) durante períodos de más de 100 segundos. Los informes de los suscriptores indican más de diez mil millones de muertes de sofones normalizados atribuibles a la ola (fallos en redes locales, colapsos ambientales, colapsos médicos, accidentes de transporte, fallos de seguridad). Los daños económicos son aún mayores.

Ahora la pregunta importante es qué secuelas tendrá este fenómeno. Nuestras predicciones se basan en datos obtenidos de nuestro instrumental y por prospecciones zonométricas, combinadas con datos históricos procedentes de nuestros archivos. Salvo para las tendencias de largo plazo, la predicción de cambios zonales nunca ha sido una ciencia, pero hemos prestado buenos servicios a nuestros suscriptores al asesorarles sobre las secuelas y la disponibilidad de nuevos mundos. La situación actual vuelve inservibles casi todas las tareas previas. Disponemos de documentación precisa que se remonta a diez millones de años atrás. Las olas más rápidas que la luz se producen una vez cada veinte mil años (habitualmente con una velocidad inferior a 7,0 c). En nuestros archivos no figura ninguna monstruosidad como ésta. La convulsión que acabamos de presenciar pertenece a la especie que se describe en bases de datos de tercera mano, viejas y taponadas; Sculptor tuvo una semejante hace cincuenta millones de años. El [Brazo de Perseo] de nuestra galaxia tal vez sufrió

una conmoción semejante hace quinientos millones de años.

Esta incertidumbre vuelve casi imposible nuestra misión, y por ello enviamos este mensaje público al grupo Zonometría y otros. Todos los interesados en la zonometría y la navegación deben aunar sus recursos para afrontar este problema. Todo puede ayudar: ideas, acceso a archivos, algoritmos. Prometemos aportaciones significativas para los no suscriptores y canjes equitativos para quienes posean información importante.

Nota:

También enviamos este mensaje al oráculo Swndwp, y lo radiamos directamente a puntos del Trascenso que creemos habitados. Sin duda un episodio de esta naturaleza debe resultar interesante incluso allí. Apelamos a los Poderes de Arriba: permitidnos enviaros lo que sabemos. Si tenéis alguna idea, dadnos un indicio.

Para demostrar nuestra buena fe, he aquí las estimaciones que poseemos actualmente. Se basan en una amplificación ingenua de convulsiones bien documentadas de esta región. Los detalles constan en el apéndice no encriptado de este mensaje. En el próximo año habrá cinco o seis oleadas de velocidad y alcance decrecientes. Durante este lapso es probable que dos civilizaciones más (véase lista de riesgos) queden sumergidas para siempre. Las tormentas zonales prevalecerán hasta en momentos en que no haya posconvulsiones. Durante este período será muy peligroso navegar en este volumen [especificación de coordenadas]; recomendamos la suspensión de todo embarque. La línea temporal quizá sea demasiado breve para admitir planes de rescate viables para las civilizaciones en peligro. Nuestra predicción a largo plazo (quizá la menos incierta): el encogimiento secular en la escala de un millón de años no resultará afectado. Los próximos cien mil años, sin embargo, revelarán un retardo en el encogimiento del límite de la Zona Lenta en esta porción de la galaxia.

Por último, una nota filosófica. En Zonografía Eidolon observamos el límite zonal y la órbita de las estrellas limítrofes. En general, los cambios zonales son muy lentos: 700 metros por segundo en el caso del encogimiento secular a largo plazo. Sin embargo, estos cambios, junto con los movimientos orbitales, afectan a miles de millones de vidas cada año. Debemos aceptar estos cambios a largo plazo tal como aceptamos que los glaciares y las sequías afectan a un pueblo en un mundo pretécnico. Las tormentas y convulsiones son tragedias innegables que representan la muerte inmediata para algunas civilizaciones aunque escapen a nuestro control tanto como los movimientos más lentos. En las últimas semanas, algunos grupos de noticias han transmitido muchas historias sobre guerras y flotas de combate, sobre millones pereciendo en el choque de las especies. A todos ellos, y a sus congéneres más pacíficos, les decimos: Mirad el

universo. Es indiferente, y a pesar de nuestra ciencia hay calamidades que no podemos evitar. El bien y el mal son una nimiedad frente a la Naturaleza. Personalmente, nos consuela saber que existe un universo que podemos admirar, un universo que no sucumbe ante la maldad ni la bondad, que simplemente es.

Cripto: 0

Recepción: nave *Ølvira* ad hoc

Senda lingüística: Arbwyth ->mercantil 24 ->cherguelen ->triskweline, unidades SJK

De: Turbolabio de las Brumas [Se ignora qué es, aunque tal vez no sea un asunto propagandístico. Muy pocos antecedentes]

Asunto: La causa de la reciente Gran Ola

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grandes Secretos de la Creación

Grupo de Intereses Zonometría

Fecha: 66,47 días desde la caída de Sjandra Kei

Frases clave: La inestabilidad zonal y la Plaga, importancia de los hexápodos

Texto del mensaje:

Perdón si repito conclusiones obvias. Mi único acceso a la Red es muy caro y me pierdo muchos mensajes importantes. La gran ola que ahora presenciamos parece ser un episodio de alcance y singularidad cósmicas. Más aún, los demás corresponsales estiman que el epicentro está a menos de 6.000 años-luz del reciente conflicto bélico relacionado con la Plaga. ¿Puede ser mera coincidencia? Según las diversas teorías que datan de antiguo [citas de varias fuentes, tres de ellas desconocidas para *Ølvira*; las teorías citadas son tradicionales y acreditadas]; las Zonas mismas pueden ser un artefacto, quizá creado por algo que está allende la Trascendencia para la protección de las formas menores, o [hipotéticas] nubes gaseosas sentientes de los núcleos galácticos.

Por primera vez en la historia de la Red tenemos una forma Trascendente, la Plaga, que puede dominar el Allá. Muchos integrantes de la Red [ciudades Hanse y Sandor en el Zoo] creen que está buscando un artefacto cerca del Fondo. ¿Es de extrañar que esto pudiera alterar el equilibrio natural y provocar la reciente convulsión? Por favor escribidme para decirme qué pensáis. No recibo mucha correspondencia.

Cripto: 0

Recepción: nave *Ølvira* ad hoc

Senda lingüística: Baeloresk ->triskweline, unidades SJK

De: Alianza para la Defensa

[Presunta unión de cinco imperios debajo del reino de Straumli, sin referencias previas a la caída del reino de Straumli. Muchas objeciones (incluidas las de la *Fuera de Banda II*) sostienen que esta Alianza es una pantalla de la vieja Hegemonía Aprahanti. Véase Terror de las Mariposas]

Asunto: Valerosa misión cumplida

Distribución:

Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Grupo de Intereses Homo Sapiens

Fecha: 67,07 días desde la caída de Sjandra Kei

Frases clave: Actos, no palabras

Texto del mensaje:

Después de nuestra acción contra el nido humano de [Sjandra Kei] una parte de nuestra flota persiguió a efectivos humanos y otros instrumentos de la Plaga hacia el Fondo del Allá. Es evidente que la Perversión esperaba proteger a dichos efectivos colocándolos en un ámbito peligroso. Esa iniciativa no tuvo en cuenta el valor de los comandantes y tripulantes de la Alianza. Ahora podemos comunicar que hemos arrasado a esas fuerzas fugitivas.

La primera operación en gran escala de la Alianza ha redundado de un triunfo aplastante. Con el exterminio de sus secuaces más importantes, la Plaga dejará de amenazar el Allá Medio. Aun así, queda mucho por hacer.

La Flota de la Alianza regresa al Allá Medio. Hemos sufrido algunas bajas y necesitamos reaprovisionarnos. Sabemos que aún existen reductos humanos dispersos en el Allá y hemos identificado a ciertas especies secundarias que están ayudando a la humanidad. La defensa del Allá Medio debe constituir la meta de cada sofonte de buena voluntad. Los elementos de la Alianza pronto visitarán ciertos sistemas del volumen [especificaciones paramétricas]. Pedimos vuestra ayuda y apoyo contra lo que queda de este terrible enemigo. Muerte a las Alimañas.

Kjet Svensndot estaba a solas en el puente de la *Ølvira* cuando pasó la ola. Ya habían realizado todos los preparativos necesarios, y la nave no tenía medios de propulsión adecuados para la Lentitud que la rodeaba. Sin embargo, el capitán de grupo pasaba mucho tiempo allí, tratando de programar algún tipo de respuesta en las automatizaciones que aún funcionaban. Esa tediosa tarea de programación era un pasatiempo que, como el tejido, debía de remontarse al comienzo de la experiencia humana.

No habrían notado que emergían de la Lentitud si él y los dirokimes no hubieran instalado tantas alarmas. Al efectuarse la transición, el ruido y las luces le arrancaron violentamente de su sopor. Kjet tecleó el interfono.

—¡Glimfrelle! ¡Tirolle! Venid aquí.

Cuando los hermanos llegaron al puente de mando, las imágenes preliminares de navegación ya estaban computadas y la secuencia de salto aguardaba una confirmación. Sonriendo de oreja a oreja, los dos dirokimes ocuparon sus puestos y se sujetaron. Ambos trabajaron en un silencio sólo interrumpido por algún gorjeo de satisfacción. Habían ensayado esta operación una y otra vez en las últimas cien horas, y con automatizaciones tan limitadas había mucho que hacer. Poco a poco las ventanas del puente presentaron imágenes más nítidas. Los sensores de ultraimpulso convirtieron las manchas borrosas en rastros específicos con datos cada vez más precisos sobre alcances y velocidades. La ventana de comunicaciones mostró una lista cada vez más larga de mensajes de la flota.

Tirolle alzó los ojos.

—Jefe, estas cifras de salto parecen buenas a primera vista.

—Bien. Activar y admitir autoactivación.

Después de la ola habían decidido que su prioridad máxima consistiría en continuar con la persecución. Habían hablado mucho sobre ello y el capitán de grupo Svensndot había pensado más. Ya nada sería rutinario.

—¡Sí, señor! —Los dedos-largos del dirokime danzaron sobre los controles.

—¡Bingo! —exclamó Tirolle, añadiendo un control verbal.

La pantalla de estado indicó que habían efectuado cinco, diez saltos. Kjet miró unos segundos la pantalla de visión real. *Ningún cambio, ningún cambio...* hasta que notó que una de las estrellas más brillantes se había desplazado, deslizándose imperceptiblemente por el cielo. Como un malabarista que va cobrando ritmo, la *Ølvira* aumentaba su velocidad.

—¡Vaya! —exclamó Glimfrelle, inclinándose sobre su hermano—. Estamos haciendo 1,2 años-luz por hora. Es mejor que antes de la ola.

—Bien. ¿Comunicaciones y vigilancia? —*¿Dónde estaban las demás naves, y*

qué se proponían?

—Ya, ya, estoy en ello —Glimfrelle arqueó el delgado cuerpo sobre la consola. Calló varios segundos. Svensndot empezó a examinar el correo electrónico. Aún no había nada de la propietaria Limmende. Kjet había trabajado veinticinco años para Limmende y Seguridad Comercial SJK. ¿Podía amotinarse? Y si lo hacía, ¿le seguiría alguien?

—De acuerdo. He aquí la situación, jefe. —Glimfrelle usó la ventana principal para mostrar su interpretación de los informes de la nave—. Es tal como pensábamos, tal vez un poco peor. —Habían comprendido desde el principio que la convulsión superaba todos los antecedentes de la historia documentada, pero el dirokime no se refería a eso. Bajó los dedos-cortos, trazando una brumosa línea azul en la ventana—. Estimamos que el borde de la ola se movería normalmente hasta esta línea. Ello explicaría que haya silenciado a la jefa Limmende cuatrocientos segundos antes de alcanzar a la *Fuera de Banda* y que nos alcanzara diez segundos después... Ahora bien, si el borde fuera similar al de las olas comunes —*umentadas un millón de veces*— entonces nosotros y el resto de los perseguidores deberíamos emerger antes que la *Fuera de Banda*. —Señaló un punto resplandeciente que representaba a la *Ølvira*. En torno a ella afloraban muchos otros puntos de luz, como si los detectores de la nave avistaran la activación de saltos de ultraimpulso. Era como si trazaran una estela de fuego frío en la oscuridad. Pronto Limmende y el núcleo de la flota anónima estarían de vuelta en actividad—. Nuestro cuaderno de bitácora indica que eso fue lo que sucedió. La mayoría de los perseguidores saldrán de la ola antes que la *Fuera de Banda*.

—Aja. Conque perderá parte de su ventaja.

—Sí. Pero si va hacia donde creemos... —*una estrella tipo G a ochenta años-luz de distancia*— llegará allí antes que la eliminen. —Hizo una pausa, señaló una bruma que se extendía de costado desde el creciente nudo de luz—. Algunos han abandonado la cacería.

—Sí. —Svensndot había leído las noticias mientras escuchaba el resumen de Glimfrelle—. Según la Red, la Alianza para la Defensa abandona victoriosa el campo de batalla.

—¿Qué? —Tirolle giró bruscamente en su arnés. Sus grandes ojos oscuros no sonreían como de costumbre.

—Ya me has oído —Kjet puso el mensaje a disposición de ambos hermanos. Los dos leyeron deprisa. Glimfrelle murmuraba frases en voz alta—: ...*valor* de los comandantes de la Alianza... hemos *arrasado* con esas fuerzas fugitivas...

Glimfrelle tembló, ya sin socarronería.

—Ni siquiera mencionan la ola. ¡Todo lo que dicen es una cobarde mentira! —Elevó la voz a su modulación normal y continuó en su propio idioma. Kjet entendía

algunas partes. Los dirokimes que habían abandonado sus hábitats de sueño eran gentes bienhumoradas, jocosas e irónicas, pero los silbidos de Glimfrelle revelaban más tensión de la habitual y algunos insultos eran más pintorescos que de costumbre —. Eso obtienes de un repulsivo excremento... asesinos de sueños inocentes... —Las palabras eran fuertes incluso en samnorsk, pero en dirokime «repulsivo excremento» tenía connotaciones tan explícitas que comunicaban el olor de lo que describía. Glimfrelle agudizó aún más la voz, superando el registro humano. De pronto se desplomó con un gemido sordo. Los dirokimes podían llorar, aunque Svensndot nunca había visto semejante cosa. Glimfrelle se acurrucó en brazos de su hermano.

Tirolle miró a Kjet.

—¿Adonde nos lleva ahora la venganza, capitán?

Kjet calló un instante.

—Pronto lo sabremos, teniente —respondió, mirando las pantallas. *Escucha y observa un poco más, y quizá lo averigüemos*—. Entretanto, nos aproximaremos al centro de la persecución.

—A la orden.

Tirolle palmeó suavemente la espalda de su hermano y dio órdenes por la consola.

Durante las cinco horas siguientes, la tripulación de la *Ølvira* observó cómo la flota de la Alianza se lanzaba caóticamente hacia los espacios más altos. No era una retirada, sino una estampida. Aquellos oportunistas no habían vacilado en matar a mansalva y en perseguir con saña cuando creían que les esperaba un premio. Ahora que afrontaban la posibilidad de quedar atrapados en la Lentitud, de morir entre las estrellas, se desbandaban buscando un refugio. Sus boletines para los grupos de noticias estaban llenos de bravuconadas, pero sus maniobras eran inequívocas. Los grupos neutrales señalaron esa discrepancia: se aceptaba cada vez más que la Alianza estaba asociada con la Hegemonía Aprahanti y que tenía otras motivaciones aparte de una altruista oposición a la Plaga. Se especulaba con temor sobre el próximo objetivo de la Alianza.

Los transceptores principales apuntaban todavía hacia las flotas, que bien podrían haber estado en un tronco de la red. El tráfico de noticias era una cascada torrencial que superaba la capacidad de recepción con que ahora contaba la *Ølvira*. No obstante, Svensndot seguía alerta a los mensajes, buscando alguna pista, alguna sugerencia. La mayoría de los abonados de Analistas de Guerras y Amenazas demostraban poco interés en la Alianza o el exterminio de Sjandra Kei. La mayoría sentían pavor de la Plaga que aún se propagaba por el Tope del Allá. Nadie había podido resistir en lo más alto y se rumoreaba que dos Poderes más habían perecido cuando intentaron intervenir. Había algunos (¿propagandistas secretos de la Plaga?) que alababan la nueva estabilidad que reinaba en el Tope, aunque se basara en una actividad parasitaria permanente.

De hecho, el único fracaso parcial de la Plaga parecía relacionado con esta persecución en el Fondo, la fuga de la *Fuera de Banda* y sus perseguidores. Con razón constituían el tema de diez mil mensajes por hora.

La geometría de emergencia resultó muy favorable para la *Ølvira*. Antes se encontraban en los aledaños de la acción, pero ahora tenían horas de ventaja sobre las flotas principales. Glimfrelle y Tirolle estaban más atareados que nunca, controlando la emergencia de las flotas y confirmando la identidad de la *Ølvira* ante otras naves de Seguridad Comercial. Mientras Scrits y Limmende no emergieran de la Lentitud, Kjet Svensndot era el oficial de mayor rango en la organización. Además, casi todos los comandantes le conocían personalmente. Kjet nunca había demostrado pasta de almirante: su capitanía de grupo era una recompensa por su destreza de piloto, en una Sjandra Kei en paz. Siempre había sido respetuoso con sus jefes, pero ahora...

El capitán de grupo decidió valerse de su rango. Ordenó no perseguir a las naves de la Alianza («Aguardaremos hasta que todos podamos actuar en conjunto»). Diversas propuestas se sucedían en los mensajes de la flota, incluyendo planes que daban por sentada la destrucción de Central. Kjet sugirió a varios comandantes que tal vez así hubiera ocurrido, que la nave insignia de Limmende podía estar en manos enemigas y que la Alianza era un efecto secundario del verdadero enemigo. Muy pronto Kjet ejecutaría la «traición» que había planeado.

La nave insignia de Limmende y el núcleo de la flota de la Plaga emergieron de la Lentitud casi simultáneamente. Las alarmas sonaron en el puente de la *Ølvira* cuando llegaron mensajes prioritarios y atravesaron el sistema decodificador de la nave. «Fuente: Limmende en Central. Máxima prioridad», dijo la voz de la nave.

Glimfrelle pasó el mensaje a la ventana principal y Svensndot sintió un repentino frío en la nuca.

...Todas las unidades deben perseguir a las naves fugitivas. Ellas son el enemigo, los asesinos de nuestro pueblo, advertencia: se sospecha traición. Destruyanse todas las naves que contravengan estas órdenes. Siguen orden de batalla y códigos de validación...

El orden de batalla era sencillo, hasta para las pautas de Seguridad Comercial. Limmende quería que se dividieran e iniciaran la marcha, demorándose sólo el tiempo necesario para destruir a los «traidores».

—¿Qué hay de los códigos de validación? —preguntó Kjet a Glimfrelle.

El dirokime había recobrado su humor de costumbre.

—Están limpios. No hubiéramos recibido el mensaje si el emisor no tuviera los códigos del día de hoy... Comenzamos a recibir preguntas de los otros, jefe. Canales de audio y vídeo. Quieren saber qué hacer.

Si no hubiera preparado el terreno en las últimas horas, Kjet no habría tenido la menor oportunidad con su motín. Si Seguridad Comercial hubiera sido una auténtica

organización comercial, la orden de Limmende se habría obedecido sin cuestionarse. Dadas las circunstancias, los otros comandantes evaluaron las preguntas que Svensndot había planteado: a aquella distancia, la comunicación vídeo era sencilla y la flota disponía de códigos que permitían recibirla en grandes cantidades. Sin embargo «Limmende» había escogido textos escritos para enviar su mensaje prioritario. Tenía sentido en lo militar, la codificación era la correcta, pero también era lo que Svensndot había predicho. El presunto cuartel general no deseaba mostrar la cara aquí abajo, donde las farsas visuales perfectas no eran posibles. Enviaría sus órdenes por correo y no evocaciones que despertarían sospechas en un observador atento.

Kjet y sus amigos pendían de ese hilillo de razonamiento.

Kjet echó una ojeada al nudo de luz que representaba la flota de la Plaga. Esa flota no padecía ninguna indecisión. Ninguna de sus naves retrocedía hacia alturas más seguras. Su comandante, fuera lo que fuese, demostraba más disciplina que la mayoría de los militares humanos. Estaba dispuesto a sacrificarlo todo en su empecinada persecución de una pequeña nave estelar. *¿Y ahora qué, capitán?*

Delante de ese frío borrón de luz, apareció un destello diminuto.

—¡La *Fuera de Banda!* —exclamó Glimfrelle—. A sesenta y cinco años-luz de distancia.

—Recibo un vídeo codificado de ellos, jefe. El mismo patrón confuso de antes.

—Puso la señal en la ventana principal sin aguardar la orden de Kjet.

Era Ravna Bergsndot. Detrás había movimientos y gritos, el extraño humano y un escroditado discutiendo. Bergsndot no miraba la cámara y también gritaba. Las cosas parecían aún peor que en los primeros momentos de la emergencia de la *Ølvira*.

—¡Ahora no importa, te digo! Déjale en paz. Debemos comunicarnos... —Ravna debió ver la señal que le enviaba Glimfrelle—. ¡Están aquí! Por los Poderes, Pham, por favor... —Agitó la mano airadamente y se volvió hacia la cámara—. Capitán de grupo, somos...

—Ya sé. Hace horas que emergimos de la turbulencia. Ahora estamos cerca del centro de la persecución.

Ella contuvo el aliento. A pesar de cien horas de planificación, los acontecimientos la superaban. *Y también a mí.*

—Milagro —dijo Ravna—. Todo lo que dijimos antes se sostiene, capitán. Necesitamos ayuda. La Plaga nos persigue con su flota. Por favor.

Svensndot vio una señal junto a la ventana. El espabilado Glimfrelle estaba retransmitiendo esta comunicación a todas las naves de la flota de las que podían fiarse. Bien. Había conversado sobre la situación con los demás en las últimas horas, pero era más convincente ver a Ravna Bergsndot, ver a una superviviente de Sjandra Kei que necesitaba ayuda. *Podéis pasar el resto de vuestra vida buscando venganza*

en el Allá Medio, pero sólo mataréis a los buitres. Los perseguidores de Ravna Bergsndot quizá sean nuestro principal objetivo.

Hacía tiempo que las mariposas se habían ido, jactándose de su valor en la Red. Menos del uno por ciento de Seguridad Comercial había obedecido la orden de perseguirlas. No era problema; lo que molestaba a Kjet Svensndot era el diez por ciento que se había quedado y se había alineado con las fuerzas de la Plaga. Tal vez no todas esas naves estuvieran subvertidas, quizá sólo obedecieran órdenes en las cuales creían. Sería muy difícil disparar contra ellas.

Y la batalla se avecinaba. Las maniobras de combate en ultraimpulso eran difíciles y el otro bando procuraba evadirse. La flota de la Plaga continuaba sin tregua su persecución de la *Fuera de Banda*. Lentamente ambas flotas confluían en el mismo volumen. Ahora estaban desperdigadas por años-luz cúbicos pero, con cada salto, la flota Aniara se aproximaba al tartamudeo de los motores de su presa. Algunas naves estaban a pocos cientos de millones de kilómetros del enemigo. Se fijaron tácticas para obtener blancos. Faltaban pocos cientos de segundos para el primer disparo.

—Con la huida de los aprahanti, tenemos superioridad numérica. Un enemigo normal retrocedería en este momento...

—Pero la flota de la Plaga es cualquier cosa menos un enemigo normal —comentó el pelirrojo. Era una suerte que Glimfrelle no hubiera retransmitido ese rostro al resto de la flota de Svensndot. Ese tipo parecía un alienígena y siempre estaba crispado. En aquel momento parecía empeñado en pulverizar cada sugerencia de Svensndot—. A la Plaga no le importa tener bajas mientras logre salirse con la suya.

Svensndot se encogió de hombros.

—Bien, haremos todo lo posible. Faltan setenta segundos para el primer disparo. Si no tienen ninguna ventaja imprevista quizá ganemos esta mano. —Miró severamente al otro—. ¿O se refiere a...? ¿Podría la Plaga...? —Aún llegaban mensajes sobre el avance de la Plaga por el Tope del Allá. Sin duda era una inteligencia transhumana. Un hombre desarmado podía estar en inferioridad numérica frente a una jauría de perros, y sin embargo derrotarlos. *¿Podría la Plaga...?*

Pham Nuwen sacudió la cabeza.

—No, no, no. Es probable que aquí abajo las tácticas de la Plaga sean inferiores a las de ustedes. Su gran ventaja se encuentra en el Tope, donde pueda controlar a sus esclavos como a los dedos de una mano. Sus criaturas de aquí son prolongaciones mal sincronizadas. —Nuwen frunció el ceño, mirando algo que estaba fuera de la cámara—. No, lo que debemos temer es su astucia estratégica. —De pronto su voz cobró un tono distante que resultaba más perturbador que su impaciencia anterior. No

era la calma de alguien que afrontaba una amenaza, sino la calma de un demente—. Cien segundos para el contacto... Capitán de grupo, tenemos una oportunidad si usted concentra sus fuerzas en los puntos adecuados.

Ravna descendió desde la parte superior de la imagen, apoyó una mano en el hombro del pelirrojo. *Esquirla divina*, le llamaba ella, una ventaja secreta contra el enemigo. *Esquirla divina*, el mensaje de un Poder moribundo. ¿Quién podía saber si era pura bazofia o un tesoro?

Demonios, si esos tipos son prolongaciones mal sincronizadas, ¿en qué nos transforma seguir la indicaciones de Pham Nuwen? Pero ordenó a Tirolle que marcara los blancos que Nuwen sugería. Noventa segundos. Momento de decisiones. Kjet señaló las marcas rojas que Tirolle había diseminado a través de la flota enemiga.

—¿Esos blancos tienen alguna característica especial, Tirolle?

El dirokime silbó unos instantes. Las correlaciones asomaban con desalentadora lentitud en las ventanas.

—Las naves que está señalando no son las más grandes ni las más rápidas. Nos llevará tiempo adicional situarlas. —*¿Naves de mando?*—. Otra cosa. Algunas revelan velocidades altísimas, sin residuos naturales. —*¿Naves con estatocoletores? ¿Destruyores de planetas?*

—Ajá —Svensndot miró la pantalla un segundo más. Dentro de treinta segundos la nave *Lynsnar* de Johanna Haugen haría contacto, pero no con los blancos de Nuwen—. Comunícate, Glimfrelle. Pide a la *Lynsnar* que retroceda, que cambie los blancos. —*Cambiar todos los blancos.*

Las luces que representaban a la flota Aniara se deslizaban despacio en torno del núcleo de la flota de la Plaga, buscando sus nuevos blancos. Transcurrieron veinte minutos, con muchas discusiones con los otros capitanes. Seguridad Comercial no estaba construida para combates militares. Las mismas circunstancias que habían permitido que Kjet Svensndot impusiera su voluntad provocaban constantes cuestionamientos. Y además, estaban las amenazas que venían por el canal de la propietaria Limmende: muerte a los amotinados, muerte a quienes son desleales a la compañía. El encriptado era válido pero el tono era totalmente ajeno a la medida Giske Limmende, quien pensaba ante todo en los beneficios. Al menos, ahora todos comprobaban que habían tomado una decisión correcta al no creer en Limmende.

Johanna Haugen fue la primera en alinearse con los nuevos blancos. Glimfrelle abrió la ventana principal sobre el flujo de datos de la *Lynsnar*. la vista era casi natural, un cielo nocturno donde se desplazaban lentas estrellas. El blanco estaba a menos de treinta millones de kilómetros de la *Lynsnar*, pero con un desfase de un milisegundo. Haugen llegaba un segundo antes o después del salto del otro.

—Fuera proyectiles automáticos —ordenó Haugen. Ahora tenían una vista real de

la *Lynsnar* desde pocos metros de distancia, desde la cámara de uno de los proyectiles. La nave era apenas visible, una sombra que oscurecía las estrellas, un gran pez en las honduras de un mar sin fin. Un pez que ahora desovaba. La imagen tembló. La *Lynsnar* desapareció y reapareció cuando el proyectil se desfasó momentáneamente. El compartimento de la nave derramó un enjambre de luces azules, proyectiles con armas. El enjambre flotaba junto a la *Lynsnar*, calibrándose, buscando al enemigo.

La luz que aureolaba la *Lynsnar* se apagó cuando los proyectiles se desfasaron, en tiempo y espacio, por una fracción de segundo. Tirolle abrió una ventana que abarcaba una esfera de cien millones de kilómetros, centrada en la *Lynsnar*. La nave enemiga era un punto rojo que revoloteaba por la esfera como un insecto enloquecido. La *Lynsnar* acechaba a su presa a ochenta mil veces la velocidad de la luz. A veces el blanco desaparecía un segundo y casi se perdía la sincronización; otras veces la *Lynsnar* y el blanco se fusionaban un instante cuando ambas naves pasaban a menos de un millón de kilómetros de distancia con una diferencia de una décima de segundo. Lo que no se podía proyectar con precisión era la posición de los proyectiles. Los huevecillos del pez se desplegaron en diversas trayectorias, buscando la nave enemiga con sus sensores.

—¿Qué hay del blanco? ¿Ha respondido al fuego? ¿Necesitan apoyo? —preguntó Svensndot.

Tirolle se encogió de hombros. Lo que estaban observando se hallaba a tres años-luz. No había modo de saberlo.

Pero Johanna Haugen respondió:

—No creo que mi blanco haya respondido al fuego. Sólo he perdido cinco proyectiles, la cantidad previsible para un fratricidio.

Veremos...

Hizo una pausa, pero las señales de la *Lynsnar* permanecían fuertes. Kjet miró por las demás ventanas. Cinco naves de Aniara ya entraban en combate y tres habían desplegado sus enjambres. Nuwen miraba en silencio desde la *Fuera de Banda*. La esquirla divina se había salido con la suya, y Kjet y su gente estaban perdidos. Llegaron buenas y malas noticias al mismo tiempo. —¡Le dimos! —exclamó Johanna Haugen. El punto rojo había desaparecido de la esfera. El enemigo había pasado a mil kilómetros de un proyectil. En los milisegundos que se requerían para computar un nuevo salto, el proyectil había detectado su presencia y había detonado. Ni siquiera eso habría resultado fatal si el blanco hubiera saltado antes que lo alcanzara la explosión, ya se habían producido varios yerros en los segundos anteriores. Esta vez el salto no se efectuó a tiempo. Nació una miniestrella cuya luz tardaría años en llegar al resto del volumen de batalla.

Glimfrelle soltó un silbido jadeante, una maldición intraducible.

—Acabamos de perder la *Ablsndot* y la *Holder*, jefe. Sus blancos deben haber respondido al fuego.

—Envía la *Gliwing* y la *Trance*.

Kjet sintió un retortijón de espanto. Las víctimas eran amigos suyos. Había visto la muerte antes, pero nunca de este modo. En la acción policíaca nadie corría riesgos fatales excepto en un rescate. Y, sin embargo... apartó los ojos del resumen de campo para despachar más naves contra un blanco que había adquirido naves defensoras. Tirolle despachó otras. Destruir algunos blancos no esenciales podía ser contraproducente a la larga, pero a corto plazo dañaría al enemigo. Por primera vez desde la caída de Sjandra Kei, Seguridad Comercial tomaba una represalia.

—¡Por los Poderes! ¡Qué deprisa se movía el tío! Un proyectil secundario obtuvo un espectro EM de la víctima. El blanco se desplazaba a 15.000 kps de velocidad real. —¿Una bomba cohete a saltos? Demonios. Hubieran debido postergar éstas hasta tener controlado el campo de batalla.

—Más bajas enemigas del otro lado del volumen de batalla —anunció Tirolle—. El enemigo cambia de posición. Ha descubierto que estamos detrás de... Glimfrelle lanzó un silbido de triunfo.

—Eso es, eso es... vamos, jefe. Creo que Limmende ha comprobado que nosotros coordinamos la operación.

Tirolle había abierto una nueva ventana. Mostraba los cinco millones de kilómetros que rodeaban la *Ølvira*. Ahora había dos naves más: la ventana las identificaba como la nave insignia de Limmende y una de las naves que no había respondido a las exhortaciones de Svensndot.

Hubo un instante de silencio en el puente de mando de la *Ølvira*. Las voces de triunfo y pánico que llegaban desde el resto de la flota parecieron de pronto remotas. Svensndot y su tripulación miraban la muerte cara a cara.

—¡Tirolle! ¿Cuánto falta para que disparen su enjambre...?

—Ya nos persiguen... acabamos de esquivar un proyectil por diez milisegundos.

—¡Tirolle! Termina de dirigir los actuales combates. Glimfrelle, ordena a *Lynsnar* y *Trance* que coordinen el mando si perdemos contacto.

Esas naves ya habían lanzado todos sus proyectiles y Johanna Haugen era conocida por todos los demás capitanes.

Kjet se concentró en coordinar el enjambre de batalla de la *Ølvira*. La ventana táctica local mostró la nube que se disipaba, cobrando colores que indicaban si sufrían demoras o adelantos en el tiempo respecto de la *Ølvira*.

Sus dos atacantes habían coordinado su pseudovelocidad a la perfección. Diez veces por segundo, las tres naves saltaban una diminuta fracción de año-luz. Como guijarros saltando en la superficie de un estanque, aparecían en el espacio real en saltos perfectamente mensurados. Con cada emergencia la distancia se acortaba en

cinco millones de kilómetros. Ahora sólo estaban separados por diferencias de milisegundos en tiempo de salto y el hecho de que la luz misma no pudiera pasar entre ellos en el breve tiempo que se demoraban en cada punto de salto.

Tres relampagueos convulsos iluminaron el puente, proyectando sombras de Svensndot y los dirokimes. Era una luz secundaria, la señal de emergencia que indicaba una detonación cercana. *Lárgate de aquí* era el mensaje que esa luz espantosa hubiera comunicado a cualquier persona racional. Sería fácil romper la sincronización... y perder el control táctico de la flota Aniara. Tirolle y Glimfrelle agacharon la cabeza, intimidados por el resplandor de la muerte cercana. Sus voces sibilantes apenas rompieron su cadencia y las órdenes de la *Ølvira* a las demás naves continuaron. Muchas otras batallas se libraban allá afuera. En ese instante la *Ølvira* era el único centro de precisión y control con que contaban. Cada segundo que permanecían en su puesto significaba una protección y una ventaja para Aniara. Escabullirse significaría minutos de caos hasta que *Lynsnar* o *Trance* pudieran tomar el mando.

Casi dos tercios de los blancos de Pham Nuwen estaban destruidos. El precio había sido alto, la mitad de los amigos de Svensndot. El enemigo había sufrido muchas bajas para proteger esos blancos, pero gran parte de su flota sobrevivía.

Una mano invisible estrujó la *Ølvira*, aplastando a Svensndot contra su arnés de combate. Las luces se apagaron, incluido el fulgor de las ventanas. Una opaca luz roja brotó del suelo. Los dirokimes se perfilaban contra un pequeño monitor. Tirolle silbó suavemente.

—Estamos fuera del juego, jefe, al menos mientras cuente. No sabía que podía haber yerros a tan poca distancia.

Tal vez no era un yerro. Kjet se zafó del arnés y se impulsó para flotar cabeza abajo sobre el pequeño monitor. *Tal vez ya estamos muertos*. En las inmediaciones había detonado un proyectil y la ola frontal había alcanzado a la *Ølvira* antes del salto. La conmoción había sido el estallido del casco externo cuando absorbía rayos X blandos del fuego enemigo. Miró las letras rojas que desfilaban lentamente por la proyección de averías. Lo más probable era que los circuitos electrónicos hubieran muerto y quizás hubieran recibido una dosis letal de rayos gamma. El olor de un aislante quemado impregnó la estancia.

—¡Iiya! Vaya, cinco nanosegundos más y no contábamos el cuento. ¡Efectuamos el salto después del impacto frontal!

Los circuitos electrónicos habían sobrevivido el tiempo suficiente para completar el salto. El flujo de rayos gamma a través del puente de mando había sido de 300 rem, nada que les demorase en las próximas horas y fácil de resolver para el cirujano de la nave. En cuanto al cirujano y el resto de las automatizaciones de la *Ølvira*...

Tirolle tecleó varias preguntas, el reconocimiento por voz ya no funcionaba.

Transcurrieron varios segundos y una respuesta desfiló por la pantalla.

—Automatización central suspendida. Gestión de proyecciones suspendida. Cómputo de impulso suspendido.

Tirolle dio un codazo a su hermano.

—Oye, Glimfrelle, parece que la *Ølvira* tuvo una desconexión limpia. ¡Podemos solucionar casi todos estos embrollos!

Los dirokimes eran famosos por su excesivo optimismo, pero en este caso Tirolle no estaba lejos de la verdad. Su encuentro con el proyectil había durado una fracción ínfima. Durante una hora y media los dirokimes ejecutaron nuevamente el arranque del procesador, activando un utilitario tras otro. Algunas cosas eran irrecuperables. La inteligencia analítica se había borrado de la automatización de comunicaciones y las espinas de ultraimpulso de un flanco de la nave estaban parcialmente fundidas. (Absurdamente, el olor a quemado era un diagnóstico flotante que se tendría que haber cancelado junto con las demás automatizaciones.) Estaban muy a la zaga de la flota de la Plaga.

Y esa flota aún existía. El nudo de luces enemigas era más pequeño que antes, pero continuaba implacablemente su trayectoria. La batalla había concluido. Los restos de Seguridad Comercial estaban desperdigados en los cuatro años-luz de un campo de batalla abandonado. Habían iniciado la batalla con superioridad numérica. Si hubieran combatido con sensatez, habrían podido vencer. En cambio, habían destruido las naves de mayor velocidad real y sólo la mitad de las demás. Algunas de las naves enemigas más grandes habían sobrevivido. Éstas superaban en número a sus pares de Aniara por más de cuatro a uno. La Plaga podría haber destruido fácilmente lo que quedaba de Seguridad Comercial, pero eso habría significado abandonar la persecución, y esa persecución era la única constante en la conducta del enemigo.

Tirolle y Glimfrelle pasaron horas restableciendo las comunicaciones y procurando descubrir quién había muerto y quién podía ser rescatado. Cinco naves habían perdido toda capacidad de impulso, pero aún tenían supervivientes. Algunas habían recibido el impacto en posiciones conocidas y Svensndot despachó naves robot para hallar los restos. La guerra entre naves era un ejercicio aséptico e intelectual, pero la ruina y la destrucción eran tan reales como en cualquier guerra terrestre, sólo que esparcidas por un espacio un billón de veces mayor.

Al fin pasó el momento de los rescates milagrosos y los descubrimientos desalentadores.

Los comandantes SJK se reunieron en un canal común para decidir un futuro común. Parecía un velatorio por Sjandra Kei y la flota Aniara. Durante la conferencia apareció una nueva ventana, con una vista del *Fuera de Banda*.

Ravna Bergsndot presenció la reunión en silencio. La esquirla divina no estaba a la vista.

—¿Qué más se puede hacer? —preguntó Johanna Haugen—. Las malditas mariposas se han ido hace tiempo.

—¿Estamos seguros de haberles rescatado a todos? —preguntó Jan Trenglets. Svensndot contuvo una réplica airada. El comandante del *Trance* se había puesto pesado en cuanto a ese tema. Había perdido muchos amigos en la batalla; pasaría el resto de su vida sufriendo pesadillas con naves que agonizaban lentamente en la noche profunda.

—Hemos dado cuenta de todo, incluso del vapor —murmuró Haugen—. La pregunta es adónde ir ahora.

—Caballeros y damas, si... —Ravna carraspeó.

Trenglets miró su imagen proyectada y su dolor se transformó en un arrebato de furia.

—¡No somos sus caballeros, mujerzuela! No es usted una princesa por la cual morir felizmente. Ahora merecería que la borráramos del mapa, nada más.

—Yo... —dijo la mujer intimidada.

—Ustedes nos condujeron a esta batalla suicida —gritó Trenglets—. Ustedes nos hicieron atacar blancos secundarios. Y luego no hicieron nada para ayudarnos. La Plaga les persigue como un tiburón a un calamar. Si hubieran alterado mínimamente su curso, habrían desviado a la Plaga de nuestra trayectoria.

—Dudo que eso hubiera ayudado —dijo Ravna—. La Plaga parece más interesada en nuestro destino. —El sistema solar que se hallaba a sólo cincuenta y cinco años luz del *Fuera de Banda*. Los fugitivos llegarían allá menos de dos días antes que sus perseguidores.

Johanna Haugen se encogió de hombros.

—Debe usted comprender lo que ha conseguido el descabellado plan de batalla de su amigo. Si hubiéramos atacado racionalmente, el enemigo estaría reducido a una fracción de su tamaño actual. Si hubiera escogido continuar, nosotros habríamos podido protegerles en ese mundo de los púas. —Pareció paladear ese nombre extraño, preguntándose qué significaba—. Ahora... de ningún modo les perseguiré hasta allá. Lo que ha quedado del enemigo podría destruirnos. —Se volvió hacia la proyección de Svensndot, quien se obligó a afrontar esa mirada. Por mucho que culparan al *Fuera de Banda*, el capitán de grupo Kjet Svensndot había persuadido al resto de la flota para luchar de ese modo. El sacrificio de Aniara había sido en vano y le extrañaba que Haugen, Trenglets y los demás le dirigieran la palabra—. Sugiero que continuemos con esta conferencia más tarde. Cita dentro de mil segundos, Kjet.

—Estaré preparado.

—Bien.

Haugen cortó el enlace sin hablar más con Ravna Bergsndot. Segundos después, Trenglets y los demás comandantes se habían ido. Sólo quedaban Svensndot y los dos

dirokimes, y Ravna Bergsndot mirando desde su ventana.

—Cuando yo era una chiquilla en Herte —dijo al fin Ravna—, a veces jugábamos a los secuestradores y Seguridad Comercial. Siempre soñaba que la compañía nos rescataba de destinos peores que la muerte.

Kjet sonrió sombríamente.

—Bien, ha tenido su intento de rescate. —*Sin serlo siquiera, ya eres una cliente abonada*—. Ésta fue la mayor batalla en que hemos participado.

—Lo lamento, capitán.

Él escrutó los oscuros rasgos de Ravna. Una muchacha de Sjandra Kei, con sus ojos violáceos. Era imposible que fuera una simulación.

Él lo había apostado todo a que no lo fuera y aún creía que no lo era. Aun así...

—¿Qué dice su amigo de todo esto?

No había visto a Pham Nuwen desde su convincente actuación como esquirra divina al comienzo de la batalla.

Ravna miró a un lado.

—No dice mucho, capitán. Camina de aquí para allá, aún más alterado que el capitán Trenglets. Pham recuerda estar absolutamente convencido de pedir lo correcto, pero ahora no sabe por qué era lo correcto.

—Hmm. —*Demasiado tarde para arrepentimientos*—. ¿Qué harán ahora? Haugen tiene razón. Para nosotros sería un suicidio inútil perseguir a la flota de la Peste. Más aún, creo que también es un suicidio inútil para ustedes. Llegarán unas cincuenta y cinco horas antes. ¿Qué podrán hacer en ese tiempo?

Ravna Bergsndot le miró compungida.

—No lo sé... no lo sé.

Ravna sacudió la cabeza, ocultó la cara entre las manos y bajo un mechón de pelo negro.

Al fin le miró, apartó el mechón.

—No sé —murmuró, recobrando la calma—; pero seguiremos adelante. A eso vinimos. Tal vez todo salga bien... Hay algo allá abajo, algo que la Plaga busca con desesperación. Quizá cincuenta y cinco horas sean suficientes para averiguar qué es e informar a la Red. Y... aún tenemos la esquirra divina de Pham.

¡Vuestro peor enemigo! Era muy posible que el tal Pham Nuwen fuera un engendro de los Poderes. Sin duda tenía apariencia de algo construido a partir de una descripción de segunda mano de la humanidad. Pero ¿cómo diferenciar una esquirra divina de un mero devaneo?

Ravna se encogió de hombros, como si reconociera esas dudas y las aceptara.

—¿Qué hará la gente de Seguridad Comercial?

—Seguridad Comercial ya no existe. Casi todos nuestros clientes fueron eliminados. Ahora hemos matado a la propietaria de nuestra compañía... o al menos

destruimos su nave con sus simpatizantes. Ahora somos la Flota Aniara. —Era el nombre oficial que se había escogido al concluir la conferencia. Había un placer sombrío en adoptar ese nombre, el fantasma anterior a Sjandra Kei y anterior a Nyjora, de los primeros tiempos de la especie humana, ya que ahora eran parias, sin sus mundos, sin sus clientes y sin sus dirigentes anteriores. Cien naves enfilando hacia...—. Hemos hablado sobre ello. Algunos aún querían seguir hasta el mundo de los púas. Algunas tripulaciones desean regresar al Allá Medio, pasar el resto de sus vidas matando a las Mariposas. La mayoría quiere reiniciar la civilización de Sjandra Kei en algún lugar donde pasemos inadvertidos, donde a nadie le importe nuestra existencia.

Y lo único que todos estaban de acuerdo era en que Aniara no debía dividirse más, ni realizar más sacrificios. Una vez que eso quedó claro, la decisión fue fácil.

Después de la gran ola, esta parte del Fondo era una increíble mezcla de Lentitud y Allá. Pasarían siglos hasta que las naves zonográficas de arriba tuvieran mapas aceptables de la nueva interfaz.

Ocultos en los pliegues e intersticios había mundos recién emergidos de la Lentitud, mundos donde Sjandra Kei podría renacer. *¿Ny Sjandra Kei?*

Kjet miró a Tirolle y Glimfrelle. Procuraban reactivar los principales procesadores de navegación. Eso no era absolutamente necesario para el encuentro con la *Lynsnar*, pero todo resultaría más cómodo si ambas naves podían maniobrar. Los hermanos parecían indiferentes a la conversación de Kjet con Ravna. Y quizá no prestaran atención.

En cierto modo, la decisión de Aniara significaba más para ellos que para los humanos de la flota. Nadie dudaba que millones de humanos sobrevivían en el Allá (y nadie sabía cuántos mundos humanos podían existir aún en la Lentitud, primos distantes de Nyjora, hijos lejanos de Vieja Tierra), pero los dirokimes de Aniara eran los únicos que existían fuera del Trascenso. Los hábitats de sueño de Sjandra Kei habían desaparecido, y con ellos la especie. Había por lo menos mil dirokimes en Aniara, pares de hermanas y hermanos desperdigados en cien naves.

Eran los individuos más aventureros de los días postreros de su especie y ahora enfrentaban su mayor desafío. Los dos de la *Ølvira* ya habían investigado entre los supervivientes, buscando amigos y soñando con una nueva realidad.

Ravna escuchó seriamente sus explicaciones.

—Capitán de grupo, la zonografía es una actividad tediosa... y sus naves están cerca de sus límites. En este espumarajo pueden buscar durante años sin hallar un nuevo hogar.

—Tomaremos precauciones. Abandonaremos todas nuestras naves excepto aquellas que cuenten con estatocoletores y cajas de sueñofrío. Operaremos en redes coordinadas, para que nadie se pierda durante más de unos años. Y si nunca hallamos

lo que buscamos —*si perecemos entre las estrellas al fallar nuestro soporte vital*—, al menos habremos sido fieles a nuestro nombre. —«*Aniara*»—. Creo que tenemos una oportunidad. —*Y dudo que vosotros la tengáis*.

Ravna asintió lentamente.

—Sí. Bien... me ayuda saberlo.

Hablaron unos minutos más, con la participación de Tirolle y Glimfrelle. Habían estado en el centro de algo descomunal pero, como era habitual con los asuntos de los Poderes, nadie sabía con exactitud qué había sucedido ni cuál era el resultado de la lucha.

—Doscientos segundos para el encuentro con la *Lynsnar* —dijo la voz de la nave.

Ravna oyó, asintió, alzó la mano.

—Buena suerte, Kjet Svensndot, Tirolle y Glimfrelle.

Los dirokimes silbaron su despedida y Svensndot alzó la mano. La ventana de Ravna Bergsndot se cerró.

Kjet Svensndot recordaría ese rostro el resto de su vida, aunque en años posteriores se parecería cada vez más al de *Ølvira*.

TERCERA PARTE

—¡El mundo de los púas! ¡Puedo verlo, Pham!

La ventana principal mostró una vista real del sistema: un sol a menos de doscientos millones de kilómetros, luz diurna sobre el puente de mando. La posición de los planetas identificados se indicaba con flechas rojas y parpadeantes, pero uno de ellos —a sólo veinte millones de kilómetros— estaba etiquetado como «terraforme». Al salir de un salto interestelar, no podía pedirse una posición más favorable.

Pham miró la ventana en huraño silencio. Algo se había roto en él después de la batalla con la Plaga. Había confiado en su esquila divina y estaba desconcertado por las consecuencias. Desde entonces estaba más ensimismado que nunca. Parecía creer que los enemigos supervivientes no les causarían daño si se movían con la prisa suficiente. Desconfiaba más que nunca de Vaina Azul y Tallo Verde, como si representaran una amenaza mayor que las naves que aún les perseguían.

—Demonios —rezongó—. Mira la velocidad relativa. —Setenta kilómetros por segundo.

La concordancia de posiciones no era problema. En cambio...

—La concordancia de velocidades nos llevará tiempo, caballero Pham.

Pham miró a Vaina Azul con cara de pocos amigos.

—Hablamos de esto con los lugareños hace tres semanas, ¿recuerdas? Tú te encargaste de la entrada.

—Y tú revisaste mi labor, caballero Pham. Debe ser otro error informático en el sistema de navegación... aunque no esperé que hubiera inconvenientes con un simple problema de balística. —Un signo invertido, setenta kilómetros por segundo de velocidad de aproximación en vez de cero. Vaina Azul se dirigió a la consola secundaria.

—Quizá —dijo Pham—. En este momento, prefiero que salgas del puente, Vaina Azul.

—¡Pero puedo ayudar! Deberíamos comunicarnos con Jefri para realizar nuevos cálculos y...

—Fuera del puente, Vaina Azul. Ya no tengo tiempo para observarte.

Pham cruzó flotando el espacio que les separaba y se topó con Ravna. Ella se interpuso entre ambos, hablando deprisa, ansiando ser convincente y apaciguar los ánimos.

—Está bien, Pham. Él se va.

Ravna acarició una de las palpitantes frondas de Vaina Azul. Vaina Azul cedió.

—Me iré, me iré.

Ella siguió tocándole para tranquilizarle, y se mantuvo entre él y Pham mientras

el escrodata se retiraba afligido. Cuando el escrodata se marchó, Ravna preguntó:

—¿No podría ser un error de navegación, Pham?

El otro no prestó atención a la pregunta. En cuanto se cerró la compuerta, regresó a la consola de mando. La última estimación de la *FDB* calculaba que la Plaga llegaría en menos de cincuenta y tres horas. Y ahora debían perder tiempo rehaciendo una concordancia de velocidades que presuntamente habían concluido tres semanas atrás.

—Algo o alguien nos ha jodido —masculló Pham mientras completaba la secuencia de control—. Tal vez fue un error informático. Esta desaceleración va a ser literalmente manual. —Sonaron las alarmas de aceleración. Pham miró las ventanas de rastreo buscando cabos sueltos que pudieran representar un peligro—. Sujétate —añadió mientras desconectaba el temporizador.

Ravna cruzó el puente, desplegó la silla de caída libre, se acomodó en ella y se sujetó. Pham habló por el canal de anuncios generales, advirtiendo que el temporizador estaba desactivado. Entonces encendió el impulsor, aplastándoles blandamente contra los asientos. Cuatro décimas de g, todo lo que podía lograr la pobre *FDB*.

La operación fue literalmente manual, como Pham había anunciado. La ventana principal parecía el eje de un taladro. La vista no cambiaba según el antojo del piloto, y no había inscripciones ni esquemas que fueran de ayuda. Estaban presenciando una vista real a lo largo del eje principal de la *FDB*. Las ventanas periféricas se mantenían en geometría fija con la principal. Pham miraba de una a la otra mientras sus manos corrían sobre el tablero de mando. En la medida de lo posible, volaba valiéndose de sus propios sentidos y sin confiar en nadie más.

Pero Pham aún podía utilizar el ultraimpulso. Tenían un desvío de veinte millones de kilómetros, un salto submicroscópico. Pham Nuwen alteró los parámetros de impulso, procurando efectuar un salto preciso, más pequeño que el intervalo estándar. Cada pocos segundos, la luz del sol se desplazaba una fracción, bañando primero el hombro izquierdo de Ravna y luego el derecho impidiéndole reanudar las comunicaciones con Jefri.

De pronto, la ventana que tenían a los pies se llenó con un mundo, enorme y giboso, azul y blanco. El mundo de los púas era tal como Jefri Olmsdot lo había explicado, un planeta terraforme normal. Después de tantos meses en el espacio y la pérdida de Sjandra Kei, la vista dejó a Ravna sin aliento. Era un mundo principalmente oceánico, pero cerca del polo había oscuras masas terrestres. Una luna diminuta era visible allende el limbo.

Pham contuvo el aliento.

—Estamos a diez mil kilómetros. Perfecto. Excepto que nos acercamos a setenta kilómetros por segundo. —El mundo crecía, lanzándose hacia ellos. Pham observó

unos segundos más—. No te preocupes. Erraremos y sobrevolaremos el limbo norte.

El globo se hinchaba debajo de ellos, eclipsando la luna. Ravna siempre había amado la apariencia de Herte en Sjandra Kei. Pero ese mundo tenía mares más pequeños y estaba entrecruzado de accidentes *dirokimes*. Este lugar era tan bello como Relé, y parecía realmente prístino. La luz del sol bañaba el pequeño casquete polar y Ravna pudo seguir la línea costera que descendía al sur. *¡Estoy viendo la costa noroeste y ahí está Jefri!* Tendió la mano hacia el teclado pidiendo a la nave que intentara una comunicación ultraonda y un enlace de radio.

—Contacto ultraonda —anunció al fin.

—¿Qué dice?

—Es confuso. Tal vez sólo una respuesta ping. —Reconocimiento de la señal de la *FDB*. Jefri se alojaba cerca de la nave últimamente. A veces Ravna recibía respuestas casi inmediatas, incluso de noche. Estaría bien hablarle de nuevo, aunque...

El mundo de los púas llenaba ahora las ventanas de popa y del flanco, y su limbo era un horizonte combado. Los colores del cielo se derretían en la negrura del espacio. El casquete polar y los témpanos revelaban detalle tras detalle, perfilándose contra el mar bajo sombras de nubes. Seguían la costa hacia el sur, con islas y penínsulas tan entrelazadas que costaba distinguir una de otra. Montañas negruzcas y glaciares estriados de negro. Valles verdes y pardos. Ravna trató de recordar la geografía que les había enseñado Jefri. *¡Isla Oculta!* Pero había tantas islas...

—Tengo contacto radial con la superficie del planeta —dijo la voz de la nave. Simultáneamente una flecha parpadeó señalando una posición cercana a la costa—. ¿Conecto el audio en tiempo real?

—¡Sí, sí! —exclamó Ravna, y pulsó el teclado cuando la nave tardó en reaccionar.

—Hola, Ravna. ¡Oh, Ravna! —dijo la excitada voz del niño. Sonaba tal como ella la había imaginado.

Ravna pidió comunicación bidireccional. Estaban a menos de cinco mil kilómetros de Jefri, aunque se desplazaran a setenta kilómetros por segundo. Cercanía suficiente para una conversación radial.

—¡Hola, Jefri! Al fin estamos aquí, pero necesitamos... —*Necesitamos toda la colaboración que puedan brindarnos tus cuadrúpedos amigos.* ¿Cómo decirlo con prontitud y claridad?

Pero el niño ya tenía sus propias preocupaciones.

—... necesitamos ayuda ahora, Ravna. Los tallamaderas están atacando.

Se oyó un ruido seco, como si el transmisor hubiera botado. Habló una voz aguda y extrañamente confusa.

—Aquí Acero, Ravna. Jefri razón. Tallamadera...

La voz se disolvió en un cloqueo jadeante.

—«Emboscada», la palabra es «emboscada» —intervino la voz de Jefri.

—Sí... Tallamadera ha preparado gran, gran emboscada. Nos rodean ahora. Morimos en horas si no ayudas.

Tallamadera nunca había deseado ser guerrera. Pero gobernar durante medio milenio requería mucha habilidad, y había aprendido a hacer la guerra. Había tenido que «*desaprender*» ciertas cosas —confiar en la plana mayor, por ejemplo— en los últimos días. Se había producido una emboscada en el Declive de Margrum, pero no la que el señor Acero había planeado.

Miró a Vendaz desde el campo cubierto de tiendas. Esa manada estaba semioculta tras sus ruidos, pero ya no estaba tan crispada como antes. Un interrogatorio mina el temple de cualquiera. Vendaz ahora sabía que su supervivencia dependía de que la reina cumpliera su promesa. Aun así... era espantoso pensar que Vendaz viviría después de haber matado y traicionado a tantos. Notó que dos de sus miembros hervían de furia, frunciendo los labios y apretando los dientes. Sus cachorros se acurrucaban como temiendo una amenaza. El lugar apestaba a sudor y al ruido mental de demasiada gente en un espacio muy reducido. Necesitó un gran esfuerzo de voluntad para calmarse. Lamió a sus cachorros, se concentró en pensamientos apacibles.

Sí, cumpliría sus promesas. Y quizás el precio valiera la pena. Vendaz sólo contaba con especulaciones sobre los secretos más íntimos de Acero, pero sabía mucho más sobre la situación táctica de Acero de lo que el otro bando podía suponer. Vendaz sabía dónde se ocultaban los reductoristas y en qué número. La gente de Acero había confiado excesivamente en sus superarmas y su agente secreto. Cuando las tropas de Tallamadera les sorprendieron la victoria fue fácil... y ahora la reina poseía algunos de esos maravillosos cañones.

Del otro lado de las colinas, esos cañones aún seguían disparando, utilizando las municiones ocultas cuyo paradero habían revelado los artilleros capturados. Vendaz el traidor la había perjudicado mucho, pero Vendaz el prisionero quizá le trajera la victoria.

—¿Tallamadera? —dijo Esdrúpilo. La reina le indicó que se acercara. El comandante de artilleros se sentó a sólo cuatro metros. Las condiciones de combate habían desquiciado todas las reglas del decoro.

El ruido mental de Esdrúpilo era un angustiado farfalleo donde se mezclaban el agotamiento, la euforia y el desánimo.

—Podemos avanzar hasta la colina del castillo, majestad. El enemigo casi no responde al fuego. Hemos demolido parte de las murallas. Éste es el fin de los castillos, mi reina. Sería así hasta con nuestros modestos cañones.

Tallamadera asintió. Escripilo pasaba mucho tiempo con el dataset, procurando aprender a fabricar cañones. Tallamadera procuraba aprender adónde conducían esos inventos. A estas alturas ya sabía incluso más que Johanna acerca de los efectos sociales de los armamentos, desde los más primitivos hasta otros tan extraños que ni siquiera parecían armas. Millones de veces los castillos habían dejado de existir al aparecer los cañones. ¿Por qué su mundo había de ser diferente?

—Entonces avanzaremos.

Más allá de la sombra de la tienda se oyó un silbido sordo, un proyectil que se acercaba. Cubrió a los cachorros y aguardó un instante. A veinte metros, Vendaz reunió sus miembros. La explosión fue una detonación ahogada en la colina. *Es posible que sea uno de los nuestros.*

—Ahora nuestras tropas deben sacar partido de la destrucción. Quiero que Acero sepa que pedir rescate y torturar prisioneros sólo le costará más caro. —*Quizá recobremos la nave estelar y al niño humano.* La pregunta era si alguno de ambos estaría vivo cuando llegaran allá. Esperaba que Johanna jamás supiera de las amenazas y riesgos que planeaba para las próximas horas.

—Sí, majestad... —pero Escripilo se quedó donde estaba y, de pronto, pareció más preocupado y abatido que nunca—. Tallamadera, me temo...

—¿Qué? La marea nos favorece. Aprovechemos para navegar.

—Sí, majestad... Pero mientras avanzamos, nuestros flancos y nuestra retaguardia corren grave peligro. Por los exploradores enemigos y los incendios.

Escripilo tenía razón. Los reductoristas que operaban detrás de sus líneas eran mortíferos. No eran muchos; las tropas enemigas del Declive de Margrum estaban muertas o dispersadas. Los pocos guerreros que acuciaban los flancos de Tallamadera estaban equipados con ballestas y hachas comunes, pero su coordinación era extraordinaria. Y su táctica era brillante. En esa brillantez se veían los hocicos y las púas del mismísimo Reductor. Su maligno hijo vivía de algún modo. Como una plaga del pasado, regresaba al mundo. Con el correr del tiempo, esas manadas guerrilleras crearían grandes problemas de abastecimiento. *Con el correr del tiempo...* Dos miembros de Tallamadera se levantaron y miraron a Escripilo a los ojos.

—Razón de sobra para avanzar, amigo mío. Somos nosotros quienes estamos lejos de casa. Somos nosotros los que tenemos limitaciones en número y alimentos. Si no vencemos pronto, seremos diezmados —*reducidos*, pensó—, poco a poco.

Escripilo se incorporó obedientemente.

—Eso dice Errabundo también. Y Johanna desea penetrar en las murallas del castillo... Pero hay algo más, majestad. Aunque debamos avanzar... Trabajé diez decadas, valiéndome de todos los datos que me brindaba el dataset para fabricar nuestro cañón. Sé que es una tarea difícil, pero las armas que capturamos en Margrum tienen tres veces más alcance y mucho menos peso. ¿Cómo pudieron

lograrlo? —La voz trasuntaba furia y humillación—. El traidor —Escrúpilo señaló a Vendaz con un hocico— piensa que quizá tengan al hermano de Johanna, pero Johanna dice que no tienen nada parecido al dataset. Majestad, Acero posee una ventaja que aún desconocemos.

Ni siquiera las ejecuciones ayudaban. Día a día, Acero sentía crecer su furia. A solas en el parapeto, se paseaba crispadamente, sin sentir nada salvo esa furia. La furia nunca había sido tan intensa desde que había estado bajo el cuchillo de Reductor. *Recobra el control antes que te corte más*, decía la voz de un Acero más joven.

Se aferró a ese pensamiento, recobró la compostura. Miró su baba sanguinolenta y saboreó cenizas. Tenía tres hombros cubiertos de dentelladas. Se había lastimado, otro hábito que Reductor le había quitado tiempo atrás. *Hiere hacia fuera, nunca hacia ti mismo*. Acero se lamió mecánicamente las heridas y se aproximó al borde del parapeto.

En el horizonte, una bruma gris oscurecía el mar y las islas. En los últimos días, los vientos estivales que soplaban desde tierra adentro eran un hálito tórrido con sabor a humo. Ahora los vientos parecían fuego y azotaban el castillo llevando humo y cenizas. Todo el último día el otro lado de Garganta Amarga había sido un borrrón de fuego. Hoy veía las laderas. Estaban negras y pardas, coronadas por un humo que llegaba hasta el horizonte. En pleno verano los incendios forestales eran comunes, pero este año los fuegos se habían multiplicado, como si la naturaleza fuera una divina manada de guerra. Era culpa de los cañones. Y ese año no podía replegarse a la frescura de Isla Oculta y dejar que los pobladores de la costa afrontaran el sufrimiento.

Acero ignoró los hombros doloridos y caminó con ánimo más meditabundo, casi analítico. Vendaz no le había sido leal, había traicionado su traición. Acero había previsto esa posibilidad y tenía otros espías destinados a comunicarle esa eventualidad, pero no había recibido ningún mensaje... hasta el desastre del Declive de Margrum. Ahora la duplicidad de Vendaz había trastocado todos sus planes. Tallamadera llegaría muy pronto, y no como víctima.

¿Quién hubiera adivinado que necesitaría a la gente del espacio para salvarse de Tallamadera? Había trabajado con empeño para enfrentar a la gente del sur antes de la llegada de Ravna. Pero ahora necesitaba ayuda del cielo y tardaría más de cinco horas en llegar. Ese pensamiento le ofuscó nuevamente. A fin de cuentas, ¿de qué había servido engañar a Amdijefri? *Ah, cuando esto haya terminado, cuánto disfrutaré matando a esos dos*. Merecían la muerte más que cualquiera de los demás. Habían causado muchos trastornos. Le habían exigido su conducta más benévola, como si ellos le gobernarán a él. Le habían abrumado con más insolencias que diez mil

súbditos normales.

Desde el patio del castillo llegaba el ruido de las manadas de peones, las cabrias chirriantes, el crujido de las rocas desplazadas. El núcleo profesional del imperio de Reductor sobrevivía. Si contaban con algunas horas, podrían reparar las brechas de las murallas y traer nuevas armas desde el norte. *Y el gran plan aún puede triunfar. Mientras mantenga mi propia unidad, puede triunfar, al margen de otras pérdidas.*

Casi inaudible en esa algarabía, llegó el chasquido de zarpas sobre la escalinata. Acero volvió todas las cabezas. ¿Shreck? Pero Shreck se habría anunciado primero. Se distendió. Era el sonido de un solo miembro, un singular que subía las escaleras.

El miembro de Reductor subió la escalera y se inclinó ante Acero, una reverencia inconclusa porque no había otros miembros para imitarla. La túnica radial tenía un lustre limpio y oscuro. El ejército admiraba esas túnicas, así como a esos singulares y dúos que parecían más listos que la manada más brillante. Hasta los tenientes de Acero, que comprendían para qué servían las túnicas y entre ellos Shreck, les trataban con cautela y vacilación. Y ahora, Acero necesitaba al Fragmento de Reductor más que a nadie, *más que nada, excepto la credibilidad de los visitantes del espacio.*

—¿Qué novedades hay?

—¿Me permites sentarme? —¿La socarrona sonrisa de Reductor asomaba detrás de esa solicitud?

—Siéntate —rugió Acero.

El singular se acomodó en las piedras, la parodia de una manada insolente. Pero Acero le vio la mueca de dolor: hacía veinte días que el Fragmento estaba diseminado por todo el Dominio. Salvo por breves períodos, había pasado todo ese tiempo envuelto en las túnicas radiales. Una tortura oscura y áurea. Acero había visto a este miembro sin la túnica, cuando le bañaban. Tenía los hombros y las caderas despellejadas, cubiertas de ampollas sanguinolentas. A solas y sin la túnica, el aturdido singular había lloriqueado de dolor. Acero disfrutaba de estos encuentros, aunque este miembro no era muy hablador. Era como si ahora Acero fuese el maestro con su cuchillo, y Reductor su discípulo.

El singular calló un momento, y Acero oyó sus mal disimulados jadeos.

—El último día anduvo bien, mi señor.

—Aquí no. Hemos perdido casi todos nuestros cañones. Estamos atrapados dentro de estas murallas —y quizá la gente del espacio llegara demasiado tarde.

—Quiero decir allá afuera —el singular señaló los espacios abiertos que se extendían más allá del parapeto—. Tus exploradores están bien entrenados, señor, y tienen algunos comandantes brillantes. En este momento estoy desplegado en torno de la retaguardia y los flancos de Tallamadera. —El singular hizo un gesto risueño—. La retaguardia y los flancos... para mí todo el ejército de Tallamadera es como una sola manada enemiga. Nuestras infanterías de ataque son como púas en mis zarpas.

Estamos infligiendo profundas heridas a la reina, mi señor. Incendíé la Garganta Amarga; pero además, podía ver exactamente dónde se extendía el fuego, dónde matar. Dentro de cuatro días las provisiones de la reina se habrán agotado. Ella será nuestra.

—Demasiado tarde, si esta tarde estamos muertos.

—Sí. —El singular ladeó la cabeza. *Se ríe de mí*. Como en esas ocasiones, bajo el cuchillo de Reductor, cuando se planteaba un problema y la muerte era el castigo por no resolverlo—. Pero Ravna y compañía deben llegar dentro de cinco horas, ¿no? —Acero asintió—. Bien, te garantizo que eso será horas antes del principal asalto de Tallamadera. Cuentas con la confianza de Amdijefri. Parece que sólo necesitas adelantar y comprimir tu plan anterior. Si Ravna está muy desesperada...

—La gente de las estrellas está desesperada, lo sé. —Ravna podía ocultar sus motivos precisos, pero su desesperación era evidente—. Y si puedes demorar a Tallamadera... —Acero se concentró en el plan. Sus temores se aplacaron un poco. Planificar siempre era estimulante—. El problema es que ahora debemos hacer dos cosas y coordinarlas a la perfección. Antes se trataba de fingir un sitio e inducir a la nave estelar a aterrizar en las Fauces del castillo.

Volvió una cabeza hacia el patio. El domo de piedra que cubría la nave estaba en pie desde la primavera. La artillería le había causado algunos daños y el mármol estaba carcomido, pero no había recibido impactos directos. Al lado estaba el campo de las Fauces, con tamaño suficiente para recibir a la nave de rescate, pero rodeado por columnas de piedra, los dientes de las Fauces. Usando bien la pólvora, derrumbarían los dientes sobre los visitantes. Eso sería un último recurso, si no mataban y capturaban a los humanos cuando bajaran al encuentro del querido Jefri. Este plan se había refinado exquisitamente durante muchos decadas con la ayuda de los comentarios de Amdijefri sobre la psicología humana y sus conocimientos sobre el modo de aterrizar de las naves estelares. Pero ahora...

—Ahora necesitamos su ayuda de veras. Mi petición debe cumplir la doble función de engañarles y de destruir a Tallamadera.

—Es difícil hacer todo a la vez —admitió el Fragmento—. ¿Por qué no hacerlo en dos pasos, el primero más o menos sincero? Pedirles que destruyan a Tallamadera y luego preocuparse por su captura.

Acero raspó una púa contra la piedra.

—Sí, pero me temo que sospechen algo. No pueden ser tan cándidos como Jefri. Él dice que la humanidad tiene una historia que incluye castillos y guerras. Si nos sobrevuelan demasiado tiempo, verán cosas que Jefri nunca vio ni entendió... Tal vez podría lograr que aterricen dentro del castillo y monten armas sobre las murallas. Les tendremos como rehenes en cuanto se encuentren en las Fauces. Demonios, eso requeriría actuar muy astutamente con Amdijefri. —El placer de la planificación

abstracta se esfumó durante un instante de furia—. Cada vez me resulta más difícil tratar con ese par.

—Ambos son cachorros, por amor de la Manada —exclamó el Fragmento, e hizo una pausa—. Por cierto, Amdiranifani debe tener más inteligencia en bruto que cualquier manada que yo haya visto. ¿Crees que puede ser tan listo como para entrever el engaño a pesar de ser un *chiquillo*? —Usó la palabra *samnorsk*.

—No, no es eso. Tengo sus pescuezos entre mis fauces y aún no lo han notado. Tienes razón, Tyrathect. Ellos me aman —Y *por eso les odio*—. Cuando estoy cerca del humano, se me acerca tanto como para cortarme la garganta o arrancarme los ojos, pero me abraza y me acaricia; y espera que le devuelva ese afecto. Sí, creen todo lo que digo, pero el precio consiste en aceptar insolencias sin fin.

—Calma, querido discípulo. La clave de la manipulación consiste en enfatizar sin dejarse tocar —el Fragmento calló, como de costumbre, a un paso del borde. Acero perdió los estribos casi sin darse cuenta.

—¡No me sermonees! ¡Tú no eres Reductor! ¡Eres un fragmento! ¡Qué va! Ahora eres un fragmento de un fragmento. Una palabra más y te haré cortar en mil pedazos. —Trató de dominar el temblor que sacudía a sus miembros. *¿Por qué no le he matado antes? Odio a Reductor más que nada en el mundo, y sería muy fácil.* Pero el fragmento siempre se hacía indispensable, y parecía ser lo único que se interponía entre Acero y el fracaso. Y, a fin de cuentas, Acero le dominaba. Al menos, el fragmento parecía aterrado—. ¡Siéntate, digo! Dame consejos en vez de discursos y vivirás... Sea cual fuere la razón, me resulta imposible continuar la farsa con esos cachorros. Tal vez pueda hacerlo pocos minutos por vez, o cuando hay otras manadas para mantenerlos alejados de mí, pero no soporto ese afecto continuo. Otra hora de eso y sé que los mataré. Quiero que tú hables con Amdijefri, que le expliques la situación, que le expliques...

—Pero... —El singular le miraba atónito.

—Yo estaré observando. No pienso dejarles en tus manos. Sólo encárgate de la diplomacia.

El Fragmento se agachó, sin disimular el dolor de sus hombros.

—Si eso deseas, mi señor.

Acero mostró todos los dientes.

—Eso deseo. Sólo recuerda que estaré presente para todo lo importante, sobre todo para las comunicaciones radiales directas. Ahora márchate y seduce a esos niños. Aprende a controlarte.

Cuando el Fragmento se marchó, Acero llamó a Shreck al parapeto. Pasó las siguientes horas recorriendo las defensas y elaborando planes con su plana mayor. Acero se sorprendió de la lucidez que había obtenido al deshacerse del problema de los cachorros. Sus asesores parecieron contagiarse y se distendieron al punto de

presentarle sugerencias atinadas. Donde no pudieran taponar las brechas de las murallas, construirían pozos. El cañón de los talleres del norte llegaría antes de que acabara el día y un subalterno de Shreck ya había elaborado un plan alternativo para reaprovisionarse de comida y agua. Los informes de los exploradores revelaban progresos y un debilitamiento de la retaguardia enemiga. Perderían la mayor parte de sus municiones antes de llegar a la Colina de la Astronave. La frecuencia de sus disparos ya estaba decreciendo.

Mientras el sol se elevaba en el sur, Acero regresó a los parapetos, pensando qué les diría a la gente de las estrellas.

Era casi como en días anteriores, cuando los planes salían bien y el triunfo era maravilloso y parecía accesible. Sin embargo, no dejaba de sentir las zarpas del miedo desde que había hablado con el Fragmento. En apariencia, Acero gobernaba y el Fragmento de Reductor obedecía. Pero aunque estaba extendido en varios kilómetros, el Fragmento parecía más integrado que nunca. En otros tiempos, el Fragmento a menudo fingía equilibrio, pero su tensión interior era manifiesta. Últimamente parecía más aplomado, casi socarrón. El Fragmento de Reductor era responsable de las fuerzas que estaban al sur de la Colina de la Astronave y, a partir de ahora —a partir del momento en que Acero le había impuesto esa responsabilidad—, estaría todos los días con Amdijefri. No importaba que Acero hubiera impartido la orden. No importaba que el Fragmento estuviese muerto de agotamiento. En la plenitud de su genio, el Maestro habría logrado que un lobo del bosque creyera que Reductor era su reina. *¿Y cómo saber qué les dice a las manadas cuando yo no oigo? ¿Es posible que mis espías me estén mintiendo acerca de él?*

Ahora que tenía una pausa en las preocupaciones inmediatas, estas pequeñas zarpas se hundían más. *Le necesito, sí. Pero ahora el margen de error es más pequeño.* Al fin soltó un acorde triunfal, aceptando el riesgo. Si era preciso, usaría lo que había aprendido con el segundo conjunto de túnicas radiales, algo que había ocultado a Reductor Tyratlect. Si era preciso, el fragmento descubriría cuán rápida era la muerte por radio.

Mientras preparaba la concordancia de velocidad, Pham manejaba el ultraimpulso. Esto les ahorraría varias horas de vuelo de retroceso, pero era un juego peligroso para el cual la nave no estaba diseñada. La *FDB* brincaba por todo el sistema solar. Sólo necesitaban un salto afortunado. (Y tan sólo un salto infortunado, una aparición *dentro* del planeta, para matarse. Una razón que explicaba por qué este juego no era muy popular.)

Al cabo de varias horas de manipular las automatizaciones de vuelo, de jugar a la ruleta con el ultraimpulso, a Pham le temblaban las manos. Cada vez que el mundo de los púas reaparecía en pantalla —a menudo un remoto punto de luz azul— lo miraba

con furia. Ravna notaba que empezaba a dudar. Sus recuerdos le decían que era un experto en automatizaciones de baja tecnología, pero algunos componentes primitivos de la *FDB* eran casi impenetrables. O quizá sus recuerdos del Qeng Ho fueran mentiras baratas.

—La flota de la Plaga. ¿Cuánto falta? —preguntó Pham.

Tallo Verde miraba la ventana de navegación desde la cabina de los escroditas. Era la quinta vez que le hacían la pregunta en una hora, pero respondió con calma y paciencia. Tal vez las preguntas repetidas le parecieran algo natural.

—Distancia cuarenta y nueve años-luz. Tiempo estimado de llegada, cuarenta y ocho horas. Siete naves más han abandonado.

Ravna hizo la resta: aún quedaban ciento cincuenta y dos naves. Oyó el vóder de Vaina Azul.

—En los últimos doscientos segundos han avanzado con mayor velocidad que antes, pero creo que se trata de una variación local en las condiciones del Fondo. Caballero Pham, lo estás haciendo bien, pero yo conozco mi nave. Podríamos obtener un poco más de tiempo si me permitieras tomar los controles. Por favor...

—Cállate —replicó Pham, aunque automáticamente. Esa conversación (y esa interrupción) se repetían cada vez que Pham pedía información sobre la flota de la Plaga.

En las primeras semanas de viaje, Ravna había supuesto que esa esquirla divina era sobrehumana. En cambio, era un cúmulo de fragmentos, automatizaciones cargadas en medio del pánico. Quizás estuviera funcionando correctamente, pero quizá se hubiera desbocado y estuviera destrozando a Pham con sus errores.

Una luz tenue y azul rompió súbitamente aquel ciclo de dudas y temores. ¡El mundo de los púas! Al fin, un salto milagrosamente preciso, casi tan bueno como el éxito de cinco horas antes. A veinte mil kilómetros colgaba una angosta media luna, el borde iluminado del planeta. El resto era una mancha oscura contra las estrellas, excepto donde el anillo de la aurora rodeaba el polo sur con un fulgor verdoso. Jefri Olsndot estaba al otro lado del mundo, en el día ártico. No tendrían comunicación por radio hasta que llegaran y Ravna no había logrado recalibrar el ultraonda para transmisiones de corto alcance.

Ravna se volvió hacia Pham, quien aún miraba el cielo.

—Pham, ¿de qué nos sirven cuarenta y ocho horas? Quizá sólo logremos que destruyan el Antídoto. —*¿Qué será de Jefri y de la gente de Acero?*

—Quizá. Pero hay otras posibilidades. Tiene que haberlas. No es la primera vez que me persiguen y he estado en bretes peores.

Pham eludió los ojos de Ravna.

Jefri no había visto el cielo más de una hora en los dos últimos días. Él y Amdi se hallaban a salvo bajo el gran domo de piedra que cubría la nave, pero no había modo de ver afuera. Si no fuera por Amdi, no habría aguantado un minuto. En cierto modo era peor que sus primeros días en Isla Oculta. Los que habían matado a mamá, papá y Johanna estaban a pocos kilómetros. Habían capturado algunos cañones de Acero y los últimos días las explosiones habían continuado durante horas, un estruendo que sacudía el suelo y a veces despedazaba las murallas del domo.

Les llevaban la comida y, cuando no estaban sentados en la cabina de mando de la nave, ambos paseaban por las estancias donde estaban los niños dormidos. Jefri había realizado las sencillas tareas de mantenimiento que recordaba, pero temía mirar la helada transparencia de las cajas de sueñofrío. La temperatura interna parecía demasiado elevada, y él y Amdi no sabían qué hacer.

Pero ahora reinaba la alegría. El largo silencio de Ravna había concluido. ¡Amdijefri y Acero le habían hablado con la voz! ¡Dentro de tres horas su nave estaría aquí! El bombardeo había cesado, como si Tallamadera comprendiera que su hora tocaba a su fin.

Tres horas más. Si hubiera estado solo, Jefri hubiera sido presa de la ansiedad. A fin de cuentas, tenía nueve años, un adulto con problemas de adultos. Pero estaba con Amdi. La manada era mucho más lista que Jefri en ciertos sentidos, pero era muy joven. Unos cinco años, según sus cálculos. Salvo cuando se concentraba en sus reflexiones, no podía estarse quieto. Después de la llamada de Ravna, Jefri quería sentarse a pensar, pero Amdi comenzó a perseguirse en torno de las columnas. Gritaba con la voz de Jefri y Ravna y chocaba con el niño. Jefri miró con severidad a los traviesos cachorros. *Sólo un chiquillo*. Y, de pronto, feliz y triste al mismo tiempo: *¿Es así como me veía Johanna?* Y ahora él también tenía responsabilidades. Como la de ser paciente. Cuando un miembro de Amdi le rozó las rodillas, Jefri le dio un manotazo y le alzó en el aire mientras el resto de la manada confluía alegremente, golpeándole por todas partes.

Cayeron al musgo seco y lucharon unos segundos.

—¡Exploremos, exploremos!

—Tenemos que estar aquí para Ravna y el señor Acero.

—No te preocupes. Nos acordaremos.

—De acuerdo.

De cualquier modo, no había adonde ir. Caminaron a la luz de las antorchas hasta el triforio que bordeaba el linde interior del domo. Por lo que veía Jefri, estaban a solas. Eso no era inusitado. Acero temía que los espías de Tallamadera se introdujeran en la nave. Ni siquiera sus propios soldados iban allí con frecuencia.

Amdijefri había investigado antes la pared interna. Detrás del revestimiento, la piedra estaba fresca y húmeda. Había algunos hoyos que daban al exterior, destinados a la ventilación, pero tenían casi diez metros de altura donde la pared comenzaba a combarse hacia la punta del domo. La piedra estaba áspera, sin pulir. Los obreros habían trabajado con frenética prisa para terminar las obras antes que llegara el ejército de Tallamadera. Nada estaba pulido y los revestimientos no estaban decorados.

Adelante y atrás de Jefri, Amdi olisqueaba las fisuras y la argamasa fresca. El que estaba en brazos de Jefri se retorció.

—¡Ja! ¡Allá adelante! Sabía que la argamasa se estaba soltando —dijo la manada. Jefri dejó que todo su amigo se lanzara hacia un recoveco de la muralla. Se veía igual que antes, pero Amdi escarbaba con cinco pares de patas.

—Aunque puedas aflojarla, ¿de qué te servirá?

Jefri había visto esos bloques cuando los instalaban. Tenían cincuenta centímetros de lado y estaban puestos en filas alternas. Si sorteaban uno, se toparía con más piedra.

—No lo sé. He postergado esto hasta el momento en que tuviéramos tiempo libre. Puah, esta argamasa me quema los labios.

Siguió escarbando hasta arrancar un fragmento grande como la cabeza de Jefri. Había un agujero entre los bloques, con tamaño suficiente para Amdi. Uno de los miembros se internó en la pequeña gruta.

—¿Satisfecho? —Jefri se tendió junto al agujero y trató de mirar adentro.

—¡Adivina qué! —chilló un miembro de Amdi junto al oído de Jefri—. Aquí hay un túnel, no otra capa de piedra. —Un miembro pasó junto a Jefri y desapareció en la oscuridad. ¿Túneles secretos? Eso parecía un cuento de hadas nyjorano—. Tienen tamaño suficiente para un miembro adulto, Jefri; podrías meterte a gatas. —Otros dos miembros de Amdi desaparecieron en el agujero.

El túnel que había descubierto quizá tuviera tamaño suficiente para un niño humano, pero el orificio de la entrada era estrecho incluso para los cachorros. Jefri sólo podía escrutar la oscuridad. Las partes de Amdi que quedaban en la entrada hablaban sobre el hallazgo.

—Continúa un largo trecho. He doblado un par de recodos. Una parte de mí está cinco metros arriba, encima de tu cabeza. Esto es muy raro. Me estoy estirando —Amdi hablaba con voz más graciosa que de costumbre. Dos cachorros más se metieron en el agujero. Esto se estaba transformando en una gran aventura... en la cual Jefri no podría intervenir.

—No te alejes demasiado. Podría ser peligroso.

Uno de los dos cachorros que se habían quedado le miró.

—No te preocupes, no te preocupes. El túnel no es un accidente. Abrieron surcos

en las piedras cuando las instalaron. Esto es una ruta de escape que preparó el señor Acero. Estoy bien, estoy bien. ¡Hurra! —uno más desapareció en el agujero. Al cabo de un instante se metió el último que quedaba, pero permaneció cerca de la entrada para hablar con Jefri. La manada lo pasaba bomba, cantando y dando vivas. Jefri sabía qué se proponía. Era otro de esos juegos a los que él no podía jugar. En esta postura, los pensamientos de Amdi eran ondas vertiginosas. ¡Narices! Ahora que estaba jugando dentro de la piedra, debía ser aún más divertido que antes, ya que estaba totalmente aislado de todo pensamiento excepto los que intercambiaban los miembros adyacentes.

Ese estúpido canturreo se prolongó un poco más y, al fin, Amdi habló con voz medianamente razonable.

—Oye, este túnel se ramifica. Frente a mí tengo una bifurcación. Un lado va hacia abajo... ¡Ojalá tuviera miembros suficientes para ir hacia ambos lados!

—¡Pues no lo hagas!

—Vaya, vaya; hoy exploraré el de arriba. —Unos segundos de silencio—. ¡Aquí hay una puertecita! Parece la puerta de una estancia con tamaño para un miembro. No tiene llave —Amdi reprodujo el sonido de la piedra rechinando contra la piedra—. ¡Ja! ¡Veo luz! Unos metros más arriba desemboca en una ventana. Escucha el viento. —Reprodujo el soplo del viento y el graznido de las aves marinas que se elevaban desde Isla Oculta. Era un sonido maravilloso—. Oh, oh; esto es ir muy lejos, pero quiero mirar afuera... ¡Jefri, veo el sol! Estoy afuera, sentado en un costado del domo. Veo todo alrededor hasta el sur. Vaya, cuánto humo hay allá.

—¿Qué hay de la ladera? —preguntó Jefri al miembro más próximo, cuyo pelaje blanquecino apenas se entreveía por el agujero de la entrada. Al menos Amdi permanecía en contacto.

—Un poco más parda que en el último decavía. No veo ningún soldado allá afuera. —Reprodujo el estampido de un cañonazo—. Caracoles. Están disparando. Estalló a este lado de la cresta. Hay alguien allá, por debajo de mi línea de visión. —Tallamadera había llegado al fin. Jefri tiritó: le enfurecía no poder ver, pero le espantaba pensar en lo que vería. A menudo tenía pesadillas con Tallamadera, acerca de lo que había hecho con mamá y papá y Johanna. Las imágenes nunca cuajaban del todo, pero eran casi recuerdos. *El señor Acero pillará a Tallamadera.*

—Oh, oh. Tyrathect viene hacia aquí por el patio del castillo. —Se oyeron pisadas en el agujero cuando Amdi bajó precipitadamente. No tenía objeto dejar que Tyrathect supiera que había un túnel oculto en la muralla. Tal vez les ordenara que no se acercaran allí. Uno, dos, tres, cuatro... medio Amdi asomó por la pared. Los cuatro caminaban aturridos. Jefri no sabía si era por la experiencia del estiramiento o porque estaban momentáneamente separados de la otra mitad de la manada—. Actúa con naturalidad, actúa con naturalidad.

Luego llegaron los otros cuatro y Amdi se apaciguó. Echó a andar al trote.

—Vayamos al comset. Fingiremos que estábamos tratando de hablar con Ravna.

Amdi sabía que la nave estelar tardaría treinta minutos en regresar. Más aún, era él quien había verificado los datos matemáticos, No obstante, subió la escalinata de la nave y bajó la radio. Los dos estaban enchufando la antena en un amplificador de señales cuando se abrieron las puertas públicas del oeste del domo. Contra la luz del día se perfilaron varios miembros de un guardia y un solo miembro de Tyrathect. El guardia se retiró, cerrando las puertas y Tyrathect se acercó lentamente.

Amdi se lanzó hacia él y parloteó sobre sus intentos de usar la radio. Jefri pensó que era un poco forzado. Los cachorros aún estaban aturridos por su viaje a través de las paredes.

El singular miró el polvo de argamasa que cubría el pelaje de Amdi.

—Has estado trepando por las paredes, ¿verdad?

—¿Qué? —Amdi se miró, vio el polvo. Habitualmente era más astuto—. Sí —dijo avergonzado. Se sacudió el polvo—. No se lo contarás a nadie, ¿verdad?

No creo que nos ayude, pensó Jefri. Tyrathect había aprendido el samnorsk incluso mejor que Acero, y además de Acero era el único que tenía tiempo suficiente para hablar con ellos. Pero ya antes de que le pusieran las túnicas radiales, era un sujeto irascible y prepotente. Jefri había tenido niñeras como él. Tyrathect era simpático hasta cierto punto, pero luego se ponía sarcástico o decía cosas hirientes. Últimamente había mejorado, pero Jefri no le profesaba mucha simpatía.

Sin embargo, Tyrathect no habló de inmediato. Se sentó despacio, como si le dolieran las ancas.

—No, no lo contaré.

Jefri intercambió una mirada de sorpresa con un cachorro de Amdi.

—¿Para qué es el túnel? —preguntó tímidamente.

—Todos los castillos tienen túneles ocultos, especialmente en mis... en los dominios del señor Acero. Se necesitan vías de escape, modos de espiar a los enemigos. —El singular meneó la cabeza—. No importa. ¿La radio recibe bien, Amdijefri?

Amdi inclinó una cabeza hacia el comset. —Creo que sí, pero aún no se recibe nada. Veamos, la nave de Ravna tenía que desacelerar y... podría mostrarte las cifras... —Pero era evidente que Tyrathect no tenía interés en jugar con pizarras—. Bien, según la suerte que tengan con el ultraimpulso, pronto deberíamos comunicarnos.

La pequeña ventana del comset no mostraba ninguna señal de entrada. La miraron varios minutos. Tyrathect bajó el hocico como si se adormilara. Cada pocos segundos tiritaba como en sueños.

Jefri se preguntó qué estarían haciendo el resto de sus miembros.

Un fulgor verde iluminó la ventana de comunicaciones. Se oyó un charloteo mientras el aparato separaba las señales del ruido de fondo.

—... dentro de cinco minutos —dijo la voz de Ravna—. Jefri, ¿me escuchas?

—Sí, estamos aquí.

—Déjame hablar con Acero, por favor.

Tyratheck se acercó al comset.

—Ahora no está aquí, Ravna.

—¿Quién habla?

Tyratheck rió entre dientes. No conocía otra clase de risa.

—¿Yo? —emitió el acorde que sonaba como «Tyratheck»—. ¿O te refieres a un nombre adoptado, como Acero? No conozco la palabra exacta. Puedes llamarme... Mondador —Tyratheck rió de nuevo—. Por ahora, puedo hablar en nombre de Acero.

—Jefri, ¿estás bien?

—Sí, sí. Escucha a Mondador. —*Qué nombre más extraño.* El comset emitió sonidos confusos. Se oyó una colérica voz de hombre. Luego volvió Ravna, un poco tensa, como mamá cuando se enfadaba.

—Jefri... ¿cuál es el volumen de una esfera de diez centímetros de diámetro?

Amdi no cesaba de moverse. Durante el último año Jefri le había contado historias de humanos y no dejaba de soñar con Ravna. Ahora tenía la oportunidad de lucirse. Saltó hacia el comset y le sonrió a Jefri.

—Es fácil, Ravna —dijo con voz de Jefri y con total fluidez—. Son 523.598 centímetros cúbicos... ¿o quieres más dígitos?

Sonidos confusos.

—No, está bien. Vale, señor Mondador. Tenemos imágenes de nuestros vuelos anteriores y una sintonía general de radio. ¿Dónde estáis exactamente?

—Bajo el domo del castillo de la Colina de la Astronave. Está en la costa, junto a...

Intervino una voz de hombre. ¿*Pham*? Tenía un acento raro.

—Lo tengo en el mapa. Aún no podemos veros directamente.

Demasiada bruma.

—Es humo —dijo el fragmento—. El enemigo está muy cerca de nosotros, al sur. Necesitamos vuestra ayuda de inmediato... —El singular apartó la cabeza del comset, cerró y abrió los ojos un par de veces. ¿Pensando?—. Humm, sí. Sin vuestra ayuda, nosotros y Jefri estamos perdidos. Por favor, aterrizad en el patio del castillo. Lo hemos reforzado especialmente para vuestro descenso. Una vez que bajéis, podéis utilizar vuestras armas para...

—De ningún modo —replicó el hombre—. Sólo separad a los amigos de los enemigos y dejad que nos hagamos cargo.

La voz de Tyratheck cobró un tono implorante, como un niño plañidero. *Nos ha*

estudiado de veras.

—No, no. No quise ser descortés. Actúad como os plazca. En cuanto las fuerzas enemigas: todos los que están cerca del castillo del lado sur son enemigos. Una sola pasada con la... tobera... de la nave les ahuyentará.

—No puedo encender la tobera dentro de una atmósfera. ¿De veras tu papá aterrizó con el cohete principal, Jefri? ¿Sin agrávido?

—Así es. El cohete era lo único que teníamos.

—Tu padre era un genio afortunado.

—Tal vez podamos sobrevolarlos a pocos miles de metros —intervino Ravna—. Eso podría ahuyentarlos.

—Sí, es posible... —comenzó Tyrathect.

Se abrieron las puertas públicas del lado norte del domo. El señor Acero se perfiló contra la luz del día.

—Déjame hablar con ellos —dijo.

La meta de esa larga travesía se hallaba a veinte kilómetros de la *FDB*. Estaban tan cerca, pero esos veinte mil metros podían resultar tan difíciles de franquear como los veinte mil años-luz que habían recorrido.

Flotaban en agrávido justo encima de la Colina de la Astronave. El sensor multiespectral de la *FDB* no funcionaba muy bien, pero los sensores ópticos eran capaces de contar las agujas de los árboles en los lugares donde el humo no impedía la visión. Ravna veía las fuerzas de Tallamadera alineadas en las laderas del sur del castillo. Había más efectivos, y al parecer cañones, ocultos en los bosques que rodeaban el fiordo que estaba más al sur. Con un poco más de tiempo podrían localizarlos también, pero tiempo era precisamente lo que les faltaba.

Tiempo y confianza.

—Cuarenta y ocho horas, Pham. Luego la flota estará aquí y nos rodeará. —Quizá, quizá la esquirla divina pueda obrar un milagro. Nunca lo sabrían si se quedaban revoloteando ahí arriba. *Inténtalo*—. Tienes que confiar en alguien, Pham.

Pham la fulminó con la mirada y, por un instante, Ravna temió que él se derrumbara.

—¿Aterrizarías en medio de ese castillo? Los villanos medievales son tan listos como los que has visto en el Allá, Ravna. Podrían enseñar un par de artimañas a esas mariposas. Una flecha en la cabeza es tan mortífera como una bomba de antimateria.

¿Más recuerdos falsos? Pero Pham tenía razón. Pensó en la conversación que acababan de entablar. La segunda manada, Acero, había insistido demasiado. Había sido bueno con Jefri, pero era evidente que estaba desesperado. Y le creía cuando él decía que un sobrevuelo ahuyentaría a los tallamaderas. Necesitaban aproximarse al suelo con cierta potencia de fuego. Pero ahora la única potencia de fuego con que contaban estaba en el arma de rayos de Pham.

—¡Pues bien! Haz lo que propuso Acero. Desciende con la lanzadera sobre las líneas de Tallamadera y destrózalas con el láser.

—Demonios, sabes que no puedo conducir esa cosa. Esta lanzadera no se parece a las naves que conocemos, y sin las automatizaciones yo...

—Sin las automatizaciones —dijo Ravna con un hilo de voz—, necesitas a Vaina Azul, Pham.

Pham puso cara de horror. Ella le tendió los brazos, pero él se encerró en su silencio.

—Ya —dijo al fin, con voz estrangulada—. Vaina Azul, sube aquí.

La lanzadera de la *FDB* tenía espacio suficiente para el escrodit y Pham Nuwen. La nave estaba construida especialmente para su uso por los escroditas. Si las automatizaciones superiores funcionaran, pilotarla habría resultado fácil para Pham, y hasta para un niño. Ahora la nave no podía volar en forma estable y los controles «manuales» causaban dificultades incluso a Vaina Azul. *Malditas automatizaciones, maldita optimización*. Pham había pasado casi toda su vida adulta en la Lentitud. Durante esas décadas, había manejado naves y armas que habrían reducido ese imperio feudal a cenizas. Pero ahora, con un equipo que debía ser mucho más potente, ni siquiera podía pilotar una condenada lanzadera.

Vaina Azul ocupaba el asiento del piloto. Sus frondas se extendían sobre una telaraña de soportes y controles. Había desconectado toda automatización de pantalla: sólo la ventana principal estaba encendida, una vista natural desde la cámara de proa. La *FDB* flotaba cien metros adelante, apareciendo y desapareciendo a medida que ellos giraban en el aire.

El crispado nerviosismo de Vaina Azul —que Pham interpretaba como evasividad— desapareció en cuanto se puso a pilotar la nave. La voz del vóder se volvió enérgica y concentrada, y los bordes de las frondas ondeaban sobre los controles, un ejercicio que habría resultado imposible para Pham aunque hubiera practicado toda una vida con ese equipo.

—Gracias, caballero Pham. Te demostraré que puedes confiar... —La nariz se inclinó hacia abajo y tuvieron una vista directa de los fiordos que jalonaban la costa a veinte kilómetros de distancia. Bajaron en caída libre medio minuto mientras las frondas del escrodit se aferraban de los soportes. *¿Un piloto desaforado? No—*. Lo lamento, lo lamento. —Aceleración, y Pham se hundió en el asiento bajo un empujón gravitatorio que oscilaba entre un décimo de g y un peso intolerable. El paisaje rotó y tuvieron un breve atisbo de la *FDB*, *ahora* un insecto diminuto en la lejanía.

—¿Es necesario matar, caballero Pham? Tal vez nuestra mera aparición sobre la batalla...

Nuwen apretó los dientes.

—Limítate a descender.

Acero había exigido que frieran toda la ladera. A pesar de las sospechas de Pham, era probable que tuviera razón. Se las veían con una caterva de asesinos que no habían vacilado en emboscar una nave estelar. Los tallamaderas necesitaban una buena demostración.

La lanzadera devoraba los kilómetros. Las fortalezas de Acero ya estaban a la vista: el tosco polígono que custodiaba la nave fugitiva, la estructura mucho más vasta que se extendía en una isla, varios kilómetros al oeste. *Me pregunto si así se vería el castillo de mi padre para los visitantes del Qeng Ho.* Esas murallas eran altas y abruptas. Era evidente que los púas desconocían la pólvora hasta que Ravna se la había enseñado.

El valle del sur del castillo era una mancha de humo oscuro que se deslizaba hacia el mar. Aun sin ampliación de datos, Pham veía zonas calientes, listones anaranjados festoneando la negrura.

—Estáis a dos mil metros —anunció Ravna—. Jefri dice que puede veros.

—Pásame con ellos.

—Lo intentaré, caballero Pham. —Vaina Azul jugó con los mandos, y su falta de atención les hizo trazar un rizo completo. Pham había visto hojas que caían con mayor control.

—¿Estáis bien? —tartamudeó una voz de niño—. ¡No os estrelléis!

Y luego la voz de Acero, un híbrido de Ravna y el niño:

—¡Al sur! ¡Al sur! Usa arma de fuego. Quema pronto.

Vaina Azul no vaciló en seguir estas instrucciones. Ya se estaba zambullendo en el humo, y durante unos segundos volaron a ciegas. Una rendija en el humo mostraba la ladera a menos de doscientos metros, acercándose deprisa. Antes que Pham pudiera insultar a Vaina Azul, el escrota dio la vuelta y llevó la lanzadera hacia una zona más despejada... Luego se inclinó para que pudieran ver hacia abajo.

Tras treinta semanas de charla y planificación, Pham pudo ver a los púas por primera vez. Aun desde aquí, era evidente que eran distintos de todos los sofones que él conocía. Grupos de cuatro, cinco o seis miembros caminaban tan juntos como si fueran una única criatura arácnida. Y cada manada se mantenía a diez o quince metros de distancia de las demás.

Un cañón centelleó en el aire turbio. La manada que lo manipulaba se movía como una mano, echando el tubo hacia atrás para introducir otra carga por la boca.

—Pero si éste es el enemigo, caballero Pham, ¿dónde consiguió las armas?

—Las robaron. —*¿Cañones que se cargaban por la boca?* No tuvo tiempo de seguir ese pensamiento.

—¡Estás encima de ellos, Pham! Puedo verte a través del humo. Vuelas al sur a quince metros por segundo, perdiendo altitud —dijo el niño con su habitual e increíble precisión—. ¡Mátalos, mátalos!

Pham se zafó de sus amarras y se arrastró hacia la compuerta donde habían montado el cañón de rayos. Era lo único que habían logrado salvar del incendio del taller, pero al menos era algo que él sabía hacer funcionar.

—¡Mantén la nave estable, Vaina Azul! Si empiezas a botar, terminaré friéndote a ti.

Abrió la compuerta y el humo le sofocó. Luego los agrávidos de Vaina Azul les mantuvieron sobre un espacio despejado y Pham apuntó el arma contra las manadas.

Tallamadera había ordenado que Johanna permaneciera en el campamento. Johanna había respondido con una ofuscación que aún ahora la sorprendía. Era la primera vez, desde sus primeros días en ese mundo, que sentía tantas ansias de atacar una manada. Nadie le impediría averiguar dónde estaba Jefri. Al final habían acordado una solución intermedia: Johanna aceptaría a Errabundo como guardaespaldas. Podría seguir al ejército mientras obedeciera sus instrucciones.

Johanna miró a través de la humareda. Demonios. Errabundo siempre se tomaba las cosas a la ligera. Según contaba, se había hecho matar una y otra vez a través de los años, y ahora ni siquiera le permitía acercarse a los cañones de Escrúpilo. Los dos atravesaron una terraza de la ladera. El incendio forestal había arrasado ese sitio horas antes y el olor a especias de las cenizas del musgo flotaba a su alrededor. Y con ese olor llegó el brillante recuerdo del horror, *un año atrás, allí mismo...*

Guardias de confianza avanzaban por ambos flancos, a veinte metros. Se suponía que aquella zona estaba a salvo de infiltrados y hacía horas que la artillería reductorista había callado, pero Errabundo se negaba terminantemente a permitir que ella se acercara.

No es como el año pasado. Entonces sólo se veían cielos azules y soleados y aire limpio... y la muerte de sus padres. Ahora ella y Errabundo habían regresado y el cielo azul estaba amarillento y las laderas estaban negras. Y ahora las manadas que la rodeaban peleaban por su causa. Y ahora existía la oportunidad...

—¡Deja que me acerque, maldición! Tallamadera tendrá el Elefante Rosa, sin importar lo que pase conmigo.

Errabundo sacudió el cuerpo, un gesto negativo. Uno de sus cachorros asomó del bolsillo de una casaca para coger la manga de Johanna.

—Aguarda un poco más —repitió Errabundo por décima vez—. Aguarda al mensajero de Tallamadera. Entonces podremos...

—¡Quiero estar allá! ¡Soy la única persona que conoce la nave! —*Jefri, Jefri. Ojalá Vendaz tenga razón en cuanto a ti...*

Estaba dándose la vuelta para abofetear a Cicatriz cuando sucedió: un estallido de calor a sus espaldas, un relámpago humeante. Una y otra vez. Y luego el fragor del trueno.

Errabundo se puso a temblar.

—¡Ésos no son cañones! —gritó—. Dos de mis miembros están casi ciegos. Vamos.

La rodeó y casi la tumbó mientras la empujaba y arrastraba colina abajo.

Por un segundo Johanna se dejó llevar, más aturdida que dócil. De algún modo habían perdido a sus escoltas.

Colina arriba habían cesado los gritos de batalla. El clamoroso estruendo lo había silenciado todo. Al disiparse el humo, Johanna pudo ver uno de los cañones de Escrúpilo, con el tubo asomando de un charco de acero derretido. El artillero estaba hecho trizas. No eran cañonazos. Johanna se zafó de las zarpas de Errabundo. *No eran cañonazos.*

—¡Gente del espacio! Errabundo, debe ser el fuego de una tobera.

Errabundo la aferró y continuó bajando la ladera.

—¡No es una tobera, yo las he oído antes! Esto hace menos ruido... y alguien lo está apuntando.

Habían oído un tableteo seguido de explosiones. ¿Cuánta gente de Tallamadera había perecido?

—Deben creer que estamos atacando la nave, Errabundo. Si no hacemos algo, liquidarán a todo el mundo.

Las mandíbulas de Errabundo soltaron las mangas y los pantalones de Johanna.

—¿Qué podemos hacer? Si nos quedamos aquí, también nos matarán.

Johanna escrutó el cielo. No se veía aeronaves, pero había mucho humo. El sol era una esfera opaca y sanguinolenta. Si tan sólo los visitantes supieran que estaban matando a sus amigos, si pudieran ver... Hundió los pies en el suelo.

—Si puedo llegar adonde puedan verme... ¡Suéltame, Errabundo! Iré colina arriba, lejos del humo.

El se había detenido, pero la sujetaba con fuerza. Cuatro rostros adultos y dos rostros de cachorro la miraban con indecisión.

—Por favor, Errabundo. Es la única forma.

Las manadas descendían, algunas sangrando, otras en fragmentos.

Los asustados ojos de Errabundo la miraron un instante más. Al fin la soltó y le tocó la mano con un hocico.

—Creo que esta colina siempre me llevará a la ruina. Primero Gramil, ahora tú... todos estáis locos. —La típica sonrisa de Errabundo asomó en todos sus rostros—. De acuerdo, vamos a intentarlo. Los dos que no llevaban cachorros se lanzaron colina arriba buscando la ruta más segura.

Johanna y el resto de Errabundo les siguieron. Se desplazaban por una terraza en declive. La sequía estival había evaporado el agua pantanosa que ella recordaba del aterrizaje y el musgo ennegrecido estaba firme bajo sus pies. La marcha habría

debido ser fácil, pero Errabundo correteaba entre las lomas, agachándose de vez en cuando para mirar hacia todas partes. Llegaron al linde de la terraza e iniciaron el ascenso. Había lugares tan abruptos que Johanna debía aferrar las hombreras de dos miembros de Errabundo y permitir que él la ayudara a subir. Pasaron frente a los restos del cañón más próximo. Johanna nunca había visto disparar armas excepto en los cuentos, pero la salpicadura de metal y los cuerpos incinerados sólo podían significar un arma de rayos. A lo largo de la colina había cráteres similares, cicatrices de destrucción en una tierra ya quemada. Johanna se apoyó en una protuberancia lisa y rocosa. —Un esfuerzo más y estaremos en la terraza siguiente —le dijo al oído la voz de Errabundo—. Deprisa. Oigo gritos.

Dos miembros de Errabundo se agacharon, inclinando las hombreras para que ella las cogiera con las manos. Johanna las aferró, poniéndose en pie. Por un instante estuvo a punto de rodar y luego se desplomó de bruces sobre el musgo intacto y pardo. Errabundo la rodeó para ocultarla. Ella espió a través de las patas. Desde aquí se veían las murallas externas del castillo de Acero. Los arqueros se erguían audazmente en las almenas, aprovechando el caos que reinaba entre las tropas de Tallamadera. Las fuerzas de la reina no habían perdido muchas manadas durante el ataque aéreo, pero incluso las que estaban ilesas corrían de aquí para allá. Los soldados de la reina no eran cobardes, como bien sabía Johanna, pero se las veían contra una fuerza contra la cual no podían defenderse.

El humo se disipaba en lo alto. El campo de batalla se extendía bajo un cielo diáfano. Antes de ir a Laboratorio Alto, Johanna y su madre habían hecho muchas excursiones en la marisma Bigby de Straum. Los sensores de sus mochilas detectaban sin dificultad a otras criaturas. Aunque la automatización de la aeronave no estuviera buscando humanos, tendría que reparar en ella.

—¿Ves algo? Las cuatro cabezas adultas oscilaron en pares coordinados.

—No. La nave debe estar muy lejos, o detrás del humo.

¡Narices! Johanna se levantó, trotó hacia las murallas del castillo. ¡Desde allá debían estar observando!

—A Tallamadera no le gustará esto.

Dos soldados de la reina corrían hacia ellos, atraídos por sus movimientos o por la presencia de Johanna. Errabundo les indicó que retrocedieran.

A solas en un campo abierto, a menos de doscientos metros de la muralla del castillo. No podían dejar de verles, ni siquiera con visión normal. De hecho, alguien les vio. Se oyó un silbido y una flecha de un metro se clavó en el suelo a poca distancia. Cicatriz la cogió del hombro, obligándola a agazaparse. Los cachorros cambiaron de posición. Errabundo se usó a sí mismo de barricada mientras retrocedía para ponerse fuera del alcance de los arqueros. De regreso hacia el humo.

—¡No! ¡Corre paralelamente! Quiero que me vean.

—Vale, vale. —Silbidos mortíferos los rodeaban. Johanna mantenía una mano apoyada en el hombro de Errabundo mientras corrían a campo traviesa. Notó que Cicatriz vacilaba. Una flecha le había acertado en el hombro, a centímetros de un tímpano—. ¡Estoy bien! Agáchate.

La primera línea de las fuerzas de Tallamadera descendía hacia ellos, varias manadas atravesando la terraza. Errabundo brincaba gritando con una voz potente como un puñetazo, avisándoles que no avanzaran, que había peligro en el cielo. No logró detenerles.

—Quieren que te alejes de las flechas.

Y de pronto los arqueros del castillo dejaron de disparar. Errabundo escrutó el cielo.

—¡Ha regresado! Viene desde el este y está a un kilómetro.

Johanna miró hacia donde él señalaba. Era un objeto macizo cuya base debía estar en el espacio, aunque no tenía espinas de ultraimpulso. Se movía desmañadamente. No se veían toberas. ¿Una especie de agrávido? ¿No humanos? Los pensamientos le cruzaban la mente con celeridad.

Un mástil asomaba del vientre del aparato. Lanzó una luz pálida que levantó un géiser de polvo entre las tropas que corrían a proteger a Johanna. De nuevo el tartamudeo del trueno, sólo que ahora la luz avanzaba entre sus amigos y hacia ella.

Amdijefri estaba en las almenas y Acero procuraba disimular su enfado. No podía evitarlo: Ravna había exigido que Jefri estuviera junto a la radio para guiar el ataque. La humana no era totalmente estúpida, pero eso no cambiaría las cosas. Un ejército amigo es igual que un ejército enemigo. Pronto el ejército enemigo dejaría de existir.

—¿Cómo anduvo el primer ataque? —preguntó la voz de Ravna por el comset.

Pero no fue Jefri quien respondió. Los ocho miembros de Amdi correteaban por las murallas, algunos practicando visión estéreo desde las almenas, otros mirando a Acero y la radio. Era inútil decirle que se apartara. Amdi respondió la pregunta con la voz de Jefri.

—Bien, conté quince pulsaciones. Sólo diez acertaron. Apuesto a que yo podría disparar mejor.

—Demonios, no lo puedo hacer mejor con este [palabras desconocidas].

La voz no era de Ravna y destilaba irritación. *Todos pueden hallar algo odioso en estos cachorros.* Este pensamiento le puso sobre aviso.

—Por favor —dijo Acero—. De nuevo, de nuevo. —Miró a lo lejos. El ataque aéreo había liquidado un grupo de enemigos en el borde de la terraza cercana. Era una destrucción espectacular, como enormes cañonazos, o el aterrizaje de veinte aeronaves. Y todo con una navecilla que revoloteaba como una hoja al caer. La primera línea enemiga se disolvía presa del pánico. En las murallas, las tropas de

Acero bailaban de contento. Las cosas habían ido mal desde que les habían destruido el cañón. Necesitaban un motivo para alegrarse—. ¡Los arqueros, Shreck! Dispara contra los supervivientes. —Y continuó en *samnorsk*—: Las líneas frontales aún avanzan. Lo hacen... lo hacen... —*Cuernos, ¿cómo se dice «confiadamente»?*—. Nos matarán sin más ayuda.

El niño humano miró a Acero con asombro. Si decía que eso era mentira, entonces...

—No sé —intervino Ravna—. Están lejos de vuestras murallas, por lo que veo desde aquí. No quiero exterminar... —una rápida conversación con el humano de la navecilla, tal vez ni siquiera en *samnorsk*. El artillero no parecía complacido—. Pham se alejará unos kilómetros. Podemos regresar al instante si el enemigo avanza.

—¡*Ssst!* —El chistido de Shreck en *altohabla* fue como una punzada. Acero dio media vuelta, enfurecido. ¿Cómo osas...? Pero su lugarteniente miraba el campo de batalla con ojos desorbitados. Claro que Acero miraba en esa dirección con un par de ojos, pero no había prestado atención: ¡*La niña dos-patas!*

La mantis cayó detrás de una manada, por suerte sin que Amdijefri la viera. *Gracias a la Manada de Manadas, los cachorros son miopes.* Acero se adelantó, rodeando a parte de Amdi, diciendo a los demás que se alejaran del parapeto. Ambos miembros de Tyrathect se aproximaron, cogiendo a los desobedientes.

—¡Abajo! —ordenó Acero en su idioma. Por un segundo reinó la confusión, cuando sus sonidos mentales se mezclaron con los ruidos mentales de los cachorros. Amdi se alejó, totalmente confundido por la algarabía y los empujones. Y luego Acero añadió en *samnorsk*—: Allí hay más cañones. Bajad antes de que os lastimen. Jefri enfiló hacia el parapeto. —Pero no veo...

Afortunadamente no había nada especial que ver. La niña dos-patas aún estaba agazapada detrás de una manada de Tallamadera. Shreck empujó al niño con zarpas y mandíbulas. Él y un miembro de Tyrathect arrearon a los reacios chiquillos escalera abajo. Tyrathect ya se dedicaba a adornar la historia de Acero, informando sobre las tropas que veía bajo la cresta de la colina.

—Vuela el depósito inferior de pólvora —le ordenó Acero a Shreck. Ese depósito estaba casi vacío, pero la explosión tal vez convenciera a los visitantes del espacio más que las palabras.

Cuando se fueron, Acero se detuvo en silencio un instante, sintiendo un escalofrío. Nunca había eludido el desastre por tan escaso margen. Desde las almenas, sus arqueros disparaban andanadas de flechas sobre la manada enemiga y la dos-patas. *Demonios.* Casi estaban fuera de su alcance.

En el patio del castillo, Shreck hizo detonar el depósito. La explosión fue satisfactoria, mucho más estruendosa que un impacto de artillería y voló una de las torres. Los escombros llovieron sobre el patio y algunos guijarros saltaron hasta la

muralla donde se encontraba Acero.

Ravna gritaba en samnorsk, demasiado rápido para que Acero entendiera qué decía. Todos los planes, todas las esperanzas, oscilaban sobre el filo de un cuchillo. Debía apostar todo. Acero se inclinó sobre el comset y dijo:

—Lo lamento. Aquí todo va muy deprisa. Más tallamaderas suben bajo el humo. ¿No podéis matar a todos los de la ladera? —¿Verían los mantis a través del humo? Ésa era parte de la apuesta.

—Puedo intentarlo —respondió el artillero—. Observad esto.

Una tercera voz, aguda y saltarina.

—Tardaremos cincuenta segundos más, caballero Acero. Tenemos problemas para girar.

Bien. Concentraos en volar y matar. No miréis con atención a vuestras víctimas. Los arqueros habían hecho retroceder a la humana hacia el humo. Otras manadas acudían a protegerla. Cuando los visitantes regresaran, habría muchos blancos, la humana perdida entre ellos.

Dos miembros de Acero vieron la aeronave que surcaba la bruma. Los visitantes no tendrían una visión clara de sus blancos. Una luz pálida brotó de la nave. Una guadaña barrió la ladera desplazándose hacia las tropas de Tallamadera.

Pham saltó en su puesto mientras Vaina Azul regresaba hacia el blanco. No se movían con celeridad. La corriente de aire no superaba los treinta metros por segundo. Pero cada segundo era una catarata de sacudidas y trompicones. Por momentos Pham tenía que aferrar la montura del arma para no caerse. *Dentro de cuarenta horas llegará aquí la criatura más mortífera del universo y yo disparando contra perros.*

¿Cómo acertar en la ladera? La voz chillona de Acero aún le retumbaba en los oídos y Ravna no sabía bien qué veía debajo del humo. *Nos arreglaríamos mejor sin automatizaciones que con esta mezcla bastarda.* Al menos su arma tenía un control manual. Pham abrazó el cañón con un brazo mientras extendía el otro. En dispersión amplia el rayo no servía contra un blindaje, pero podía reventar ojos e incinerar piel y cabello, y la anchura del haz abarcaría decenas de metros en el suelo.

—Cincuenta segundos, caballero Pham —dijo Vaina Azul.

Volaban a baja altura. Las brechas en el humo pasaban como pantallazos. El suelo era una quemadura negra, había barrancos de roca desnuda y hollinosas extensiones de nieve atrapadas en grietas y depresiones. Vieron cuerpos amontonados, un cañón fundido.

—Allá hay un grupo, caballero Pham. Corriendo cerca del castillo.

Pham se arqueó hacia delante. El grupo estaba a cuatrocientos metros. Corría paralelamente a las murallas del castillo, a través de un campo erizado de flechas.

Apretó el botón de disparo, hizo una barrida con el haz. Había agua en abundancia debajo de ese suelo reseco y el haz arrancó géiseres de vapor. Pero más allá, la dispersión amplia no servía de mucho. Necesitaría unos segundos más para lanzar un buen disparo contra los desdichados perros.

Una pausa para las pequeñas sospechas. ¿Cómo era posible que el enemigo tuviera cañones que se cargaban por la boca? Tenían que haberlos fabricado por su cuenta, en un mundo donde no existían las armas de fuego. Acero era el clásico manipulador medieval; Pham le había calado mil años-luz atrás. Estaban haciendo el trabajo sucio de esa criatura, era evidente. *Cállate, luego te las verás con Acero.*

Encañonando las manadas, Pham disparó de nuevo, abatiendo cuerpos vivientes esta vez. Disparó delante de ellos, del lado del castillo, para evitar más muertes. Asomó la cabeza tratando de ver mejor. Delante de las manadas había cien metros de campo abierto, una manada de cuatro y... *una figura humana, morena y delgada, saltando y agitando los brazos.*

Pham aplastó el cañón contra el casco, apretando el seguro. El relampagueo lanzó una ola de calor que le quemó las cejas.

—¡Vaina Azul! ¡Abajo, abajo!

—Un malentendido. Mintieron a la niña.

Ravna trató de interpretar el tono de voz. El *samnorsk* de Acero era crujiente como de costumbre, y el tono era aniñado y chillón, muy diferente de antes. Pero su versión resultaba poco creíble después de lo que había ocurrido. O bien era un maestro galáctico del impudor... o bien su historia era cierta.

—Tallamadera debió lastimar a la humana y después le mintió. Esto explica mucho, Ravna. Sin ella, Tallamadera no podría atacar. Sin ella, todos pueden estar seguros.

Pham habló a Ravna por un canal privado.

—La niña estaba inconsciente durante parte de la emboscada, Ravna. Pero casi me arrancó los ojos cuando le sugerí que podía estar equivocada en cuanto a Acero y Tallamadera. Y la manada que la acompaña es mucho más convincente que Acero.

Ravna miró inquisitivamente a Tallo Verde. Pham no sabía que ella estaba allí, pero Tallo Verde era una isla de cordura en medio de ese manicomio y conocía la *FDB* infinitamente mejor que Ravna.

Acero intentó persuadirla.

—Como ves, nada ha cambiado, salvo para bien. Una humana más está con vida. ¿Cómo puedes dudar de nosotros? Habla con Jefri, él comprende. Hemos hecho lo posible por cuidar de los niños que están en...

Un cloqueo.

—Sueño frío —dijo otra voz.

—Debemos hablar de nuevo con él, Acero. Él es la mejor prueba de tus buenas intenciones.

—De acuerdo, dentro de unos minutos Ravna. Pero verás, él es también mi mejor protección contra vuestra posible traición. Sé cuán poderosos sois los visitantes... y os temo. Necesitamos —cloqueos de consulta— adaptarnos mutuamente en nuestros temores.

—Bien, hallaremos una solución. Ahora déjame hablar con Jefri.

—Sí.

Ravna cambió de canal.

—¿Qué opinas, Pham?

—Ya no me cabe la menor duda. Johanna no es una niña ingenua como Jefri. Siempre hemos sabido que Acero era una criatura implacable, pero además teníamos mal otros datos. La zona de aterrizaje está en medio de su territorio. Él es el asesino —Pham continuó con voz más calmada, casi un susurro—. Lo lamentable es que quizás esto no cambie nada. Acero aún tiene la nave. Tengo que entrar en ella.

—Habrà otra emboscada.

—Lo sé. Pero ¿qué importa? Si podemos ganar tiempo para llegar al Antídoto, puede valer la pena. —*¿Qué importa una misión suicida dentro de una misión suicida?*

—No sé, Pham. Si se lo damos todo, nos matará antes de que nos acerquemos a la nave.

—Lo intentará. Mira, sigue hablando. Tal vez podamos guiar un rayo direccional hacia la radio y volar a ese bastardo en pedazos. —No parecía muy convencido.

Tyratheck no les llevó de vuelta a la nave ni a sus aposentos. Bajaron la escalera que estaba dentro de la muralla externa, parte de Amdi primero, luego Jefri con el resto de Amdi, luego el singular de Tyratheck.

—No lo entiendo, no lo entiendo —se quejaba Amdi—. Podemos ayudar.

—Yo no vi cañones enemigos —dijo Jefri.

El singular no cesaba de dar explicaciones, aunque parecía más inquieto que de costumbre.

—Yo los vi con mis otros miembros, en el valle. Estamos ordenando a nuestras tropas que se replieguen. Debemos resistir, o ninguno de nosotros quedará vivo para ser rescatado. Por ahora, éste es el mejor sitio para vosotros.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jefri—. ¿Puedes hablar con Acero en este momento?

—Sí, uno de los míos está arriba con él.

—Bien, dile que tenemos que ayudar. Podemos hablar samnorsk mejor que tú.

—Se lo diré enseguida —respondió el fragmento.

Ya no había ventanas en las murallas. La única luz venía de antorchas instaladas cada diez metros a lo largo del túnel. El aire era frío y rancio, y la humedad brillaba sobre la piedra desnuda. Las diminutas puertas no eran de madera bruñida. En cambio había barrotes, y oscuridad. *¿Adonde vamos?* De pronto Jefri recordó las mazmorras de los cuentos, la traición que sufrieron las Dos Grandes y la Condesa del Lago. Amdi no parecía alarmado. A pesar de su pícaro temperamento, los cachorros eran confiados. Amdi siempre había dependido del señor Acero. Pero los padres de Jefri nunca habían actuado así, ni siquiera al escapar de Laboratorio Alto. El señor Acero parecía repentinamente distinto, como si ya no se molestara en fingir amabilidad. Y Jefri nunca había confiado de veras en el huraño Tyratheck, que ahora actuaba con aire decididamente furtivo.

No había ningún peligro en la ladera.

El miedo, la tozudez y la suspicacia se unieron. Jefri dio media vuelta, enfrentándose al fragmento.

—No iremos más lejos. No tenemos por qué ir. Queremos hablar con Ravna y Acero. —Una comprensión súbita, liberadora—: Y no tienes tamaño suficiente para

detenernos.

Él singular retrocedió abruptamente, se sentó. Agachó la cabeza, pestañeó.

—¿Conque no confías en mí? Tienes derecho a no hacerlo, aquí sólo podéis confiar en vosotros mismos. —Miró hacia todas partes—. Acero no sabe que os he traído aquí.

La confesión fue tan espontánea que Jefri tragó saliva.

—Nos trajiste aquí para matarnos.

Todo Amdí miraba a Jefri y a Tyratlect, los ojos desorbitados.

El singular sonrió.

—¿Creéis que soy un traidor? Después de tanto tiempo, un poco de saludable suspicacia. Me enorgullezco de vosotros. Estáis rodeados por traidores, Amdijefri. Pero yo no soy uno de ellos. Estoy aquí para ayudarlos.

—Lo sé —Amdí se adelantó para tocar al singular con un hocico—. No eres ningún traidor. Eres la única persona que puedo tocar, aparte de Jefri. Siempre hemos querido amarte, pero...

—Ah, pero os conviene sospechar. De lo contrario todos moriréis. —Tyratlect miró a los cachorros, al ceñudo Jefri—. Tu hermana está viva, Jefri. Ella está allí afuera y Acero lo ha sabido siempre. Él mató a tus padres. Hizo casi todo lo que le atribuye a Tallamadera —Amdí retrocedió, sacudiéndose en espasmódicas negativas—. ¿No me creéis? Qué gracioso. En una época yo mentía tan bien que podía convencer a un pez de entrar en mi boca. Pero ahora, cuando sólo la verdad puede dar resultado, no soy convincente. Escuchad...

El singular habló con la voz humana de Acero, Acero hablando con Ravna sobre Johanna, que estaba viva y excusando el ataque que acababa de ordenar contra ella.

Johanna. Jefri se lanzó hacia delante, cayó de rodillas ante Tyratlect. Irreflexivamente cogió al singular por el pescuezo, sacudiéndole. El otro le lanzó dentelladas, tratando de liberarse. Amdí se le abalanzó, le tiró de las mangas. Al fin Jefri desistió. El singular le miró con ojos oscuros que relucían a la luz de las antorchas.

—Las voces humanas son tan fáciles de imitar... —comentó Amdí.

—Desde luego —replicó desdeñosamente el fragmento—. Y no afirmo que ésta haya sido una retransmisión directa. Lo que habéis oído ya tiene varios minutos. He aquí lo que Acero y yo planeamos en este mismo instante. —Dejó de hablar en samnorsk y el túnel se llenó con los cloqueos del lenguaje intermanada. Aun después de un año, Jefri apenas entendía la conversación. Parecían dos manadas. Una de ellas quería que la otra hiciera algo, que llevara a Amdijefri —ese acorde era claro— arriba.

Amdiranifani se quedó tieso, tensándose al oír los sonidos.

—¡Basta! —chilló. El túnel quedó silencioso como una tumba—. El señor Acero,

oh, el señor Acero. —Todo Amdi se acurrucó contra Jefri—. Está diciendo que te lastimará si Ravna no obedece. Quiere matar a los visitantes cuando aterricen. —Sus grandes ojos estaban cubiertos de lágrimas—. No lo comprendo.

Jefri señaló a Tyrathect.

—Tal vez él lo esté fingiendo.

—No sé. Yo nunca pude imitar tan bien a dos manadas... —Los cuerpecitos tiritaban contra Jefri, sollozando como humanos, como un chiquillo abandonado—. ¿Qué haremos, Jefri?

Jefri guardaba silencio, recordando y comprendiendo al fin lo que había sucedido cuando las tropas de Acero le rescataron o capturaron. Recuerdos reprimidos por bondades posteriores afloraron desde los rincones de su mente. Mamá, papá, Johanna. *Pero Johanna aún vive, detrás de esas murallas...*

—¿Jefri?

—Yo tampoco lo sé. ¿Ocultarnos?

Se miraron un instante, y al fin el fragmento habló:

—Podéis hacer algo mejor. Ya conocéis los pasadizos que atraviesan estas murallas. Conociendo los pasadizos de acceso, y yo los conozco, es posible llegar a cualquier parte. Incluso al exterior.

Johanna.

Amdi dejó de llorar. Tres de sus miembros observaban a Tyrathect por todas partes, el resto se aferraba a Jefri.

—Aún no confiamos en ti, Tyrathect —dijo Jefri.

—Bien, bien. Soy una manada compuesta por varias partes. Quizá no sea del todo de fiar.

—Muéstranos todos los túneles. —*Nosotros decidiremos.*

—No habrá tiempo...

—Bien, pero empieza a mostrárnoslos y, mientras tanto, continúa repitiendo lo que dice el señor Acero.

El singular asintió y continuó reproduciendo el lenguaje de manada. Se incorporó penosamente y condujo a los dos niños por un túnel lateral, donde las antorchas estaban casi extinguidas. El ruido más fuerte era el suave goteo del agua. El lugar tenía menos de un año pero —salvo por los agudos bordes de la piedra cortada— parecía antiguo.

Los cachorros lloraban de nuevo. Jefri acarició el lomo del que se le apoyaba en el hombro.

—Por favor, Amdi, tradúceme.

Al cabo de un instante Amdi le dijo al oído:

—Acero pregunta de nuevo dónde estamos. Tyrathect dice que estamos atrapados por la caída de un techo en el ala interior. —De hecho, habían oído un estruendo de

argamasa minutos antes, pero muy lejos—. Acero acaba de enviar al resto de Tyrathect en busca de Shreck, para que nos liberen. Acero habla con la voz muy cambiada.

—Tal vez no sea él —susurró Jefri.

Un largo silencio.

—No, es él. Pero parece muy enfadado y usa palabras extrañas.

—¿Palabras largas?

—No, palabras terribles. Habla de cortar y matar... A Ravna, a ti y a mí. Él no nos quiere, Jefri.

El singular se detuvo. Habían dejado atrás la última antorcha y estaba demasiado oscuro para ver algo más que sombras. Se acercó a una pared. Amdi se adelantó y empujó la roca. En el ínterin Tyrathect seguía hablando, comunicando lo que se decía afuera.

—Bien —dijo Amdi—, ésta se abre. Y tiene tamaño suficiente para ti, Jefri. Creo...

La voz humana de Tyrathect dijo:

—Los visitantes han regresado. Veo su navecilla... Escapé justo a tiempo. Acero está sospechando algo. Dentro de poco ordenará buscar por todas partes.

Amdi inspeccionó el oscuro pasadizo.

—Yo opino que sigamos —murmuró con tristeza.

—Ya. —Jefri cogió un hombro de Amdi y el miembro lo guió hacia un agujero abierto en la puntiaguda piedra. Si encogía los hombros tendría lugar suficiente para entrar a rastras. Un miembro de Amdi le precedió. El resto le seguiría—. Espero que no se vuelva más angosto.

—No creo —dijo Tyrathect—. Todos estos pasajes están diseñados para manadas con armadura ligera. Lo importante es seguir los túneles que se curvan hacia arriba y al final llegaréis al exterior. La nave volante de Pham está a menos de quinientos metros de las murallas.

Jefri ni siquiera podía volver la cabeza para hablar.

—¿Y si Acero nos persigue por las murallas?

Hubo un breve silencio.

—Tal vez no lo haga, si no sabe por dónde entrasteis. Tardaría mucho en encontrarlos. Pero hay aberturas en la parte superior de las murallas. Si los soldados enemigos intentaran penetrar desde el exterior, tiene que haber un modo de matarles en los túneles. Podría verter aceite.

Esa posibilidad no asustó a Jefri. En aquel momento le parecía demasiado exótica.

—Entonces debemos darnos prisa.

Jefri avanzó mientras el resto de Amdi se arrastraba a sus espaldas. Ya se había

internado varios metros en la piedra cuando oyó la voz de Amdi en la entrada:

—¿Estarás bien, Tyratheck?

¿*O todo esto es otra mentira?*, pensó Jefri.

—Espero caer de pie —respondió el otro con su cínica voz de costumbre—. Por favor, recordad que os ayudé.

La compuerta se cerró y ambos se internaron en la oscuridad.

Negociaciones, un cuerno, pensó Pham. Era evidente que para Acero una «reunión segura para ambas partes» era un pretexto para liquidarles. Ni siquiera Ravna se dejaba engatusar por las nuevas propuestas. Al menos Acero hablaba desembozadamente, renunciando a sus intrigas. El problema era que aún no les daba ninguna apertura. Pham habría muerto alegremente por pasar unas horas sin molestias con el Antídoto, pero la trampa de Acero les mataría antes que llegaran a ver el interior de la nave fugitiva.

—Sigue desplazándote, Vaina Azul. Quiero que Acero nos tenga en cuenta, sin que ofrezcamos un buen blanco.

El escrodata asintió y la lanzadera se elevó del musgo, voló paralelamente a las murallas del castillo y descendió. Estaban en la tierra de nadie que separaba ambos ejércitos.

Johanna Olsndot dio media vuelta para mirarlo. La lanzadera estaba atestada. Vaina Azul se arqueaba sobre los controles de proa, y Pham y Johanna iban apretados en los asientos de atrás, con una manada llamada Errabundo ocupando todos los intersticios.

—Aunque localices el comset, no dispires. Jefri podría estar cerca.

Hacía veinte minutos que Acero prometía la reaparición de Jefri Olsndot. Pham miró la cara sucia de Johanna.

—De acuerdo, no dispararemos sin saber exactamente contra qué.

La muchacha asintió. No debía de tener más de catorce años, pero era una buena guerrera. La mitad de la gente que él había conocido en el Qeng Ho se habría puesto histérica después de este rescate. En cuanto al resto, pocos habrían presentado un mejor informe que Johanna y su amigo.

Miró de reojo a la manada. Costaba acostumbrarse a esas criaturas. Al principio había pensado que a dos de los perros les estaban saliendo más cabezas, hasta que notó que los pequeños eran cachorros que iban en bolsillos de la casaca. El «peregrino» estaba por todas partes, y no sabía a qué parte debía hablarle. Escogió la cabeza que miraba hacia él.

—¿Alguna propuesta para vérselas con Acero?

El samnorsk de la manada era mejor que el de Pham.

—Acero y Reductor son más taimados que cualquier criatura que haya visto en el dataset y Reductor es muy despiadado.

—¿Reductor? No sabía que existía una persona con ese nombre. Nosotros hablamos con un tal «Mondador», una especie de asistente de Acero.

—Humm. Es tan artero como para jugar con las palabras... ojalá pudiéramos regresar y hablar de esto con Tallamadera.

La solicitud estaba hábilmente insinuada en la entonación. Pham se preguntó cuántas de esas criaturas serían tan flexibles. Serían una magnífica raza de mercaderes si alguna vez llegaban al espacio.

—Lo lamento, no hay tiempo para eso. Peor aún, si no hallamos una solución pronto, lo habremos perdido todo. Espero que Acero no se dé cuenta.

Las cabezas cambiaron de posición. El miembro más grande, el que tenía un asta de flecha clavada en el cuerpo, se acercó a la muchacha.

—Bien, si Acero está a cargo, hay una posibilidad. Es muy listo, pero creemos que pierde la chaveta cuando la situación se pone difícil. Es probable que tu encuentro con Johanna le haya puesto muy nervioso. Si impides que recobre el equilibrio, cometerá grandes errores.

—Podría matar a Jefri —intervino Johanna.

O volar la nave estelar.

—Ravna, ¿has tenido suerte con Acero?

—No —respondió Ravna—. Las amenazas son más transparentes y su samnorsk se vuelve más incomprensible. Está tratando de desplazar cañones desde el norte del castillo. No creo que sepa cuánto puedo ver yo... Aún no ha traído a Jefri hasta la radio.

La muchacha palideció, pero no dijo nada. Cogió una de las patas de Errabundo.

Vaina Azul había permanecido en silencio, primero porque estaba muy ocupado con los controles, luego porque la muchacha y la manada tenían mucho que contar. Pham había notado que una parte de Errabundo olfateaba amablemente al escrodit. Vaina Azul no parecía molesto: su especie tenía mucha experiencia con otras criaturas.

Pero ahora el escrodit soltó un *brap* reclamando atención.

—Caballero Pham, hay acción frente al castillo.

Errabundo se puso a observar al instante, valiéndose de un telescopio.

—Sí, están abriendo la puerta principal. Pero ¿por qué Acero envía manadas al ataque? Tallamadera las hará trizas.

Se trataba de una fuerza de infantería. Las manadas salieron de la ancha abertura en una feroz embestida, al igual que las tropas que recordaba Pham. Pero después de abandonar la entrada se dividieron en grupos de cuatro a seis perros cada uno y se

dispersaron por el perímetro del castillo.

Pham se inclinó para ver mejor.

—Tal vez no. Esos sujetos no avanzan. Permanecen al alcance de los arqueros de las murallas.

—Sí, pero aún tenemos cañones. —Errabundo dejó de imitar la voz humana para soltar un acorde en su lengua—. Hay algo raro. Es como si intentaran impedir que alguien saliera.

—¿Hay otras entradas?

—Quizás. Y muchos túneles pequeños, por donde sólo puede pasar un miembro por vez.

—¿Ravna?

—Acero no me habla. Dijo que tenía traidores infiltrados en el castillo. Ahora sólo recibo cloqueos.

De una aspillera a otra, los soldados enemigos recorrían las murallas por arriba y por abajo. Algo había removido ese nido de ratas.

Johanna Olsndot se concentraba con esfuerzo, cerrando la mano libre, un temblor en los labios.

—Todo este tiempo le creí muerto. Si le matan ahora... ¿Qué están haciendo? —gritó de pronto. Habían arrastrado marmitas de hierro a las murallas.

Pham podía adivinarlo. Había visto cosas similares en los sitios de Canberra. Miró a la muchacha, cerró la boca. *Nada podemos hacer.*

Errabundo no fue tan benévolo, ni tan paternalista.

—Es aceite, Johanna. Quieren matar a alguien que está dentro de las murallas. Pero si puede salir... Vaina Azul, he leído acerca de los altavoces, ¿puedo usar uno? Si Jefri está en las murallas, Tallamadera puede atacar a los efectivos que Acero tiene en el campo y en las almenas.

Pham iba a oponerse, pero el escrodata ya había abierto un canal. La voz de Errabundo retumbó en la ladera. En las murallas del castillo, todos volvieron la cabeza. Para ellos esa voz debía sonar como la de un dios. Los cloqueos y gorjeos continuaron un momento más, cesaron.

Poco después oyeron la voz de Ravna.

—No sé que acabáis de hacer, pero Acero se ha puesto frenético. Apenas logro comprenderle. Creo que está describiendo cómo torturará a Jefri si no obligamos a los tallamaderas a replegarse.

—Bien —gruñó Pham—. Elevémonos, Vaina Azul. —Era un alivio despedirse de las sutilezas.

La lanzadera se elevó. Avanzaron a poca velocidad. Detrás de ellos más tropas de Tallamadera cruzaban la cresta de la colina. Esos guerreros habían retrocedido bastante después del ataque de Pham, así que quizá fuera posible resolver la situación

antes que las tropas llegaran al castillo. Pero la artillería de Tallamadera aún tenía un efecto mortífero: salpicaduras de humo y fuego florecieron en las almenas, seguidas por estampidos. Matar a Jefri Olsndot le resultaría muy costoso a Acero.

—¿Puedes usar el rayo para ahuyentar a las tropas de Acero de esa muralla? —preguntó Johanna.

Pham iba a asentir, pero notó lo que sucedía junto al castillo.

—Mira el aceite.

Charcos oscuros crecían entre las manadas enemigas y las murallas que éstas custodiaban. Mientras no supieran por dónde saldría el niño, más valía no iniciar un incendio.

Errabundo lanzó una interjección y dijo algo más por el altavoz. La artillería de Tallamadera dejó de disparar.

—Bien —dijo Pham—; ahora, todos los ojos en las murallas. Rodea el perímetro, Vaina Azul. Si podemos ver al niño antes que la gente de Acero, quizá tengamos una oportunidad.

—Están desperdigados por todos lados menos por el norte, Pham —informó Ravna—. Creo que Acero no tiene la menor idea de dónde está Jefri.

Cuando se desafía al Cielo, las apuestas son altas. *Y pude haber ganado. Si él no me hubiera traicionado, pude haber vencido.* Pero ahora todos se habían quitado la máscara y la aplastante fuerza física del enemigo era todo lo que contaba. Acero se repuso del arranque histérico de los últimos minutos. *Si no puedo tener el Cielo, al menos puedo arrastrarles al Infierno.* Matar a Amdijefri, destruir la nave que buscaban los visitantes... ante todo, destruir a esa maestra traicionera.

—¿Señor? —preguntó Shreck.

Acero se volvió hacia Shreck, recobrando el aplomo.

—¿Habéis anegado los túneles? —murmuró. Ya no preguntaría más por Tyratlect.

—Ya hemos terminado. El aceite está formando charcos junto a las murallas. —Ambas manadas se agazaparon cuando una bomba de Tallamadera explotó más allá de la almena. Las tropas de la reina se lanzaban al ataque... y los arqueros de Acero estaban ocupados anegando túneles y vigilando salidas—. Tal vez ya hayamos sacado a los traidores, señor. Antes de que Tallamadera reiniciara el bombardeo, oímos algo junto a la pared sureste. Pero me temo que los visitantes verán todo lo que hagamos allí. —Sacudió las cabezas espasmódicamente.

Era extraño ver que Shreck perdía los estribos, pensó Acero. Shreck era pura lealtad, pero su ordenado mundo se desmoronaba y no quedaba nada para sostenerlo. Sólo le quedaba la locura de la cual había nacido.

Si Shreck estaba a punto de derrumbarse, el sitio de la Colina de la Astronave

estaba llegando a su fin. *Sólo un poco más, es todo lo que pido.* Acero impuso a sus miembros una expresión confiada.

—Comprendo. Has actuado bien, Shreck. Todavía podemos vencer. Sé cómo piensan los dos-patas. Si puedes matar al niño, especialmente ante sus ojos, les quebrarás el espíritu, tal como se domina a un cachorro con los terrores adecuados.

—Sí, señor —respondió Shreck. Había en sus ojos una opaca incredulidad, pero esto le sostendría, era una excusa viable para prolongar la farsa.

—Enciende el aceite más allá de las murallas. Desplaza las tropas al sitio por donde crees que saldrá Amdijefri. Los visitantes deben ver esto para que surta el efecto apropiado. Y... —*¡Vuela la nave!* Contuvo la lengua a tiempo. Los explosivos alojados en la Fauces y el domo de la Astronave derrumbarían todo lo que estuviera dentro de las murallas externas y mataría a la mayoría de las manadas del interior. Si impartía esa orden a Shreck, los verdaderos propósitos de Acero quedarían en evidencia—. Y actúa deprisa, antes que se aproximen las tropas de Tallamadera. Esta es la última esperanza del Movimiento, Shreck.

La manada bajó sumisamente la escalera. Acero conservó una actitud altiva, oteando el campo de batalla hasta que el otro se perdió de vista. Luego se aproximó a las almenas y estrelló la radio contra la vereda de piedra. No se rompió, y la voz de mantis de Ravna ahora sonaba quejumbrosa. Acero bajó la escalera a los brincos.

—No obtendrás nada —le gritó en su lengua—. ¡Todo lo que quieres morirá!

Cruzó el patio a la carrera, se internó furtivamente en el pasadizo que rodeaba las Fauces de Bienvenida. Podía volarlas fácilmente, pero era probable que el domo y la nave sobrevivieran. No, debía ir al corazón. Matar la nave y a todas las criaturas dormidas. Entró en una estancia secreta, cogió dos ballestas y la túnica radial que había preparado. Dentro de esa túnica había una pequeña bomba. Había probado la idea con el segundo conjunto de radios y el que la usaba había muerto al instante.

Bajó otro tramo de escaleras, entró en un corredor de abastecimiento. El bullicio de la batalla quedó atrás. El ruido más fuerte era el chasquido de sus púas. Alrededor se amontonaban cajas de pólvora, alimentos, madera fresca. Las mechas y las cargas estaban a sólo cincuenta metros. Acero aminoró el paso, curvó las zarpas para que el metal no hiciera ruido. Escuchando. Mirando hacia todas partes. De algún modo sabía que el otro estaría allí. El Fragmento de Reductor. Reductor le había acosado desde el principio de su existencia, le había acosado incluso cuando casi todo Reductor había muerto. Pero sólo esta descarada traición había permitido a Acero liberar su odio. Lo más probable era que el fragmento pensara escapar con los niños, pero quizá Reductor planeaba ganarlo todo. Quizás hubiera regresado. Acero sabía que él moriría pronto, pero aún podía obtener un triunfo. Si pudiera matar al Maestro con sus propias fauces y zarpas... *Ojalá estés aquí, querido Maestro. Ojalá estés aquí, pensando que puedes engañarme una vez más.*

Un deseo otorgado. Oyó débiles sonidos mentales. Cerca. Se irguieron cabezas detrás de las cajas. Dos miembros del Fragmento aparecieron en el corredor.

—Discípulo.

—Maestro. —Acero sonrió. Allí estaban los cinco. Todo el Fragmento había regresado. Pero se había quitado las túnicas. Los miembros estaban desnudos, la piel cubierta de llagas purulentas. La bomba radial sería inútil. Tal vez no importara. Acero había visto cadáveres cuyo aspecto era más saludable que el del fragmento. Alzó las ballestas sin que el otro lo viera.

—He venido a matarte.

—Has venido a intentarlo.

Con zarpas y mandíbulas, Acero no tendría problemas en matar al otro. Pero el Fragmento había apostado tres de sus miembros arriba, junto a cajas que no parecían estar muy firmes. Lanzarse hacia arriba sería fatal. Pero si lograba lanzar dos buenos disparos... Acero se adelantó, apartándose del sitio donde caerían las cajas.

—¿De veras esperas vivir, Fragmento? No soy tu único enemigo, —señaló hacia atrás con un hocico—. Afuera hay miles que anhelan tu muerte.

El otro movió las cabezas en una sonrisa siniestra. Más sangre brotó de las llagas.

—Querido Acero, nunca entiendes. Tú has permitido que yo sobreviviera. ¿No lo ves? He salvado a los niños. En este momento, impido que dañes la nave estelar. Al final esto me permitirá una rendición condicional. Estaré débil durante unos años, pero sobreviviré.

El viejo Reductor asomaba a través del dolor de las heridas. El viejo oportunismo.

—Pero tú eres un fragmento. Tres quintas partes de ti son...

—¿Esa maestrilla? —Reductor bajó las cabezas, parpadeó tímidamente—. Era más fuerte de lo que yo esperaba. Durante un tiempo dominó esta manada, pero poco a poco la obligué a retroceder. Al final, incluso sin los demás, estoy entero.

Reductor entero una vez más. Acero reculó, casi en retirada. Sin embargo, había algo extraño. Sí, el Reductor estaba en paz, satisfecho consigo mismo. Pero ahora que Acero veía junta a toda la manada, notaba algo en sus gestos... Entonces lo comprendió con un relampagueo de intenso orgullo. *Por una vez en mi vida, comprendo mejor que el Maestro.*

—¿Entero, dices? Piensa. Ambos sabemos cómo batallan las almas en nuestro interior, las pequeñas racionalizaciones, las grandes incógnitas. Crees que la has matado, pero ¿de dónde nace tanta confianza? Estás haciendo precisamente lo que haría Tyratlect. Ahora el pensamiento es tuyo, pero el cimiento es su alma. Al margen de lo que *pienses*, la maestrilla ha vencido.

El Fragmento titubeó, comprendiendo. Su distracción duró sólo una fracción de segundo, pero Acero estaba preparado: brincó hacia delante, soltando sus flechas, lanzándose hacia las gargantas del otro.

En cualquier otro momento, internarse en las murallas habría sido divertido. A pesar de la total oscuridad, Amdi estaba delante y detrás de él, y sus hocicos le permitían guiarse. En cualquier otro momento, habría sentido la emoción del descubrimiento, la diversión de ver el estiramiento mental de Amdi.

Pero ahora la confusión de Amdi sólo le daba miedo. Los cachorros tropezaban continuamente con los talones de Jefri.

—Voy tan rápido como puedo. —Jefri ya se había rasgado los pantalones en la áspera piedra, pero se arrastraba sin pensar en sus doloridas rodillas. Chocó con el cachorro que le precedía. El cachorro se había detenido, intentaba darse la vuelta—. Hay una bifurcación. Opino que... ¿Qué debo opinar, Jefri?

Jefri rodó hacia atrás, golpeándose la *cabeza*. Durante casi un año el aplomo y la traviesa inteligencia de Amdi le habían dado ánimos. Ahora sentía de repente el peso de las toneladas de roca que le rodeaban por todas partes. Si el túnel se estrechaba unos centímetros más, quedarían atascados allí para siempre.

—¿Jefri?

—¡Piensa! ¿Qué lado sube?

—Sólo un segundo. —El cachorro se internó en un lado de la bifurcación.

—¡No te alejes demasiado! —gritó Jefri.

—No te preocupes. Sabré regresar. —Se oyeron pisadas, y el cachorro le acercó el hocico a la mejilla—. El de la derecha sube.

No habían avanzado más de quince metros cuando Amdi comenzó a oír ruidos.

—¿Nos persiguen? —preguntó Jefri.

—No. Es decir, no estoy seguro. Aguarda. Escucha. ¿Oyes eso? Gotas. Espesas. —*Aceite*.

No se detuvieron más. Jefri avanzó a toda prisa túnel arriba. Se dio de cabeza contra el techo y cayó sobre los codos, se recobró sin pensar y continuó la marcha. Un hilillo de sangre le humedecía la mejilla.

También él oía ahora el goteo del aceite.

Los lados del túnel le apretaban los hombros.

—Final del camino... o una salida —dijo Amdi. Rasguños—. No puedo moverla. —El cachorro se volvió y se escurrió entre las piernas de Jefri—. Empuja hacia arriba, Jefri. Es como la que encontré en el domo. Se abre arriba.

El maldito túnel se estrechaba justo frente a la puerta. Jefri encogió los hombros y avanzó con esfuerzo. Empujó la parte superior de la puerta. Se movió un centímetro. Se arrastró un poco más, quedó tan estrujado entre las paredes que apenas podía respirar. Empujó con todas sus fuerzas. La piedra giró y la luz le dio en la cara. No era pleno día. Estaban ocultos detrás de ángulos de piedra... pero era el paisaje más

atractivo que Jefri había visto jamás. Medio metro más y saldría... sólo que ahora estaba atorado.

Se contorsionó, pero sólo empeoró las cosas. Detrás de él se apiñaban los miembros de Amdi.

—¡Jefri! Mis patas traseras están hundidas en aceite. Todo el túnel está anegado.

Pánico. Por un segundo Jefri no pudo pensar. *Tan cerca, tan cerca.* Ahora veía colores, las manchas de sangre en sus manos.

—¡Retrocede! Me quitaré la chaqueta y lo intentaré de nuevo.

Retroceder era casi imposible, atascado como estaba. Al final lo consiguió. Se volvió de costado, se quitó la chaqueta.

—¡Jefri! Dos de mí están bajo el... aceite. No puedo respirar.

Los cachorros se acurrucaban contra él, el pelaje resbaloso por el aceite. *¡Resbaloso!*

—Un segundo —Jefri le acarició el pelaje, se embadurnó los hombros con el aceite. Extendió los brazos y usó los talones para empujarse. La piedra se cerró sobre sus hombros. Atrás, lo que quedaba de Amdi emitía silbidos. Atascado. *Empuja, empuja.* Un centímetro, otro. Al fin logró salir hasta las axilas, y entonces fue fácil.

Cayó al suelo y metió los brazos para coger al cachorro más próximo. El cachorro se le escabulló, farfullando algo. Jefri pudo ver las oscuras sombras de varios miembros que tiraban de algo. Un segundo después, recibió en los brazos un húmedo y frío guiñapo de piel. Un segundo más, y recibió otro. Jefri les dejó en el suelo y les limpió la viscosidad de los hocicos. Uno se puso en pie y comenzó a sacudirse. El otro tosió y carraspeó.

Mientras tanto, el resto de Amdi salió del agujero. Los seis estaban cubiertos de aceite. Se amontonaron desmañadamente, lamiéndose los tímpanos. Sus zumbidos y graznidos no tenían sentido.

Jefri caminó hacia la luz. Estaban escondidos detrás de un recodo de piedra... afortunadamente, ya que a la vuelta del recodo se oían las voces marciales de los guerreros de Acero. Trepó hasta el borde y miró en torno. Por un instante pensó que él y Amdi estaban nuevamente en el patio del castillo, por la cantidad de soldados. Entonces vio la ladera y el humo que se elevaba del valle.

¿Y ahora? Miró a Amdi, quien todavía se lamía frenéticamente los tímpanos. Sus acordes y zumbidos sonaban ahora más racionales y todo Amdi se movía. Miró de nuevo la colina. Por un instante sintió ganas de lanzarse hacia los soldados. Habían sido sus protectores por mucho tiempo.

Un cachorro tropezó con sus patas, y también echó un vistazo.

—Vaya. Hay un lago de aceite entre nosotros y los soldados de Acero. Yo...

Se oyó un estruendo, pero no era una explosión de pólvora. Duró una fracción de segundo y se transformó en fragor. Amdi asomó dos pescuezos más por el recodo. El

lago se había transformado en un rugiente mar de llamas.

Vaina Azul había llevado la lanzadera hasta doscientos metros de la muralla del castillo, frente al lugar donde se habían reunido las manadas. Ahora flotaba a un par de metros del suelo.

—Nuestra sola presencia aquí está ahuyentando a los soldados —dijo Errabundo.

Pham miró por encima del hombro. Las tropas de Tallamadera habían recobrado el campo y se dirigían hacia las murallas. Dentro de poco se trabarían en lucha con las manadas de Acero.

El vóder de Vaina Azul emitió un estentóreo *brap*, y Pham miró hacia delante.

—Por la Flota —murmuró. Las manadas de las almenas habían usado lanzallamas para encender las lagunas de aceite que había al pie de las murallas. Vaina Azul se aproximó un poco más. Largos estanques de aceite se extendían junto a las murallas. Ahora las manadas enemigas del exterior estaban aisladas del castillo. Salvo por una brecha de treinta metros de anchura, la sección que antes custodiaban era un telón de llamas.

La lanzadera se elevó, ladeándose en el aire arremolinado por las llamas. El aceite lamía la base curva de las murallas. Esas murallas eran más intrincadas que los castillos de Canberra. En muchos sitios parecía haber pequeños laberintos o cavernas. *Parece una estupidez en una estructura defensiva.*

—¡Jefri! —exclamó Johanna, señalando la sección que no ardía. Pham entrevió una figura que se ocultaba detrás de la piedra.

—Yo también lo vi —dijo Vaina Azul, enfilando hacia la muralla.

Johanna cerró la mano sobre el brazo de Pham.

—Por favor, por favor —gritó angustiada.

Por un instante pareció que podrían lograrlo. Las tropas de Acero estaban a gran distancia y los estanques de aceite que había bajo la lanzadera aún no estaban ardiendo. Hasta el aire parecía más estable. Aun así, Vaina Azul perdió el control. No corrigió una inclinación y la lanzadera se deslizó de costado hacia el suelo. Fue una colisión lenta, pero Pham oyó el crujido de uno de los soportes de aterrizaje. Vaina Azul jugó con los controles y el otro lado de la lanzadera se posó en tierra. El cañón de rayos quedó enterrado en el suelo.

Pham miró con furia al escrodo. Sabía que esto ocurriría.

—¿Qué sucedió? —preguntó Ravna—. ¿Podéis elevaros?

Vaina azul movió los controles, se encogió de hombros.

—Sí, pero llevará mucho tiempo.

Se aflojó las correas y alzó las trabas que sujetaban el escrodo a la cubierta. La compuerta delantera se abrió, y de repente oyeron el estruendo de la batalla y del fuego.

—¿Qué demonios haces, Vaina Azul?

El escrodata volvió las frondas hacia Pham.

—Rescatar al niño. Todo esto estará pronto en llamas.

—Y esta nave se freirá si la dejamos aquí. No irás a ninguna parte, Vaina Azul.

Pham se inclinó para aferrar al otro por las frondas inferiores. Johanna les miraba sin comprender, presa del pánico.

—¡No! Por favor...

Ravna también gritaba. Pham se tensó, concentrando su atención en el escrodata.

Vaina Azul se le acercó en el estrecho espacio y acercó su fronda al rostro de Pham.

—¿Y qué harás si desobedezco? —chimó el vóder—. Me necesitas entero, o esta nave es inservible. Me iré, caballero Pham. Demostraré que no soy cautivo de un Poder. ¿Puedes tú demostrar lo mismo?

Ambos se miraron intensamente y Pham le soltó.

Brap. Vaina Azul retiró sus frondas. Rodó hacia el borde de la compuerta. El escrodo tocó el suelo con su tercer eje y descendió con mesurado vaivén. Pham aún seguía inmóvil. *No soy el programa de un Poder.*

—¿Pham? —La muchacha le miraba, tirándole de la manga. Nuwen despertó de su pesadilla y vio de nuevo. Errabundo ya había salido de la nave. Los cuatro adultos sostenían espadas cortas en las bocas, garras de acero en las zarpas.

—De acuerdo. —Pham abrió un panel, extrajo la pistola que había escondido allí. Ya que Vaina Azul había estrellado la maldita lanzadera, no quedaba más remedio que afrontar la situación.

Esta comprensión fue una fresca bocanada de libertad. Se zafó de las correas y descendió. Errabundo le rodeaba. Los dos miembros que llevaban los cachorros prepararon escudos. Aunque tenía todas las bocas llenas, la criatura habló con voz clara.

—Tal vez hallemos un camino si nos acercamos... —*Entre las llamas.* Ya no llovían flechas desde las murallas. El calor del fuego era inaguantable para los arqueros.

Pham y Johanna siguieron a Errabundo mientras éste eludía lagunas de viscosidad negra.

—Manteneos lejos del aceite.

Las manadas de Acero rodeaban las llamas. Pham no pudo distinguir si acometían contra la lanzadera o simplemente huían de las tropas de Tallamadera. Tal vez no importaba. Se apoyó en una rodilla y disparó su pistola. No era tan potente como el cañón de rayos, y menos a esa distancia, pero surtía sus buenos efectos. Los perros del frente tropezaron, otros cayeron sobre ellos. Llegaron al linde del aceite, pero sólo algunos se aventuraron en la viscosidad, ya que sabían bien en qué se convertiría.

Otros se perdieron de vista, ocultándose detrás de la lanzadera.

¿Había algún lugar seco? Pham corrió por el borde del aceite. Tenía que haber una brecha en el «foso», o de lo contrario el fuego se habría propagado. Delante, las llamas se elevaban veinte metros y el calor golpeaba la piel. Un humo resinoso se elevaba sobre el campo, enturbiando la luz del sol.

—¡No veo nada! —dijo Ravna con desesperación.

—Todavía hay una oportunidad, Ravna. —Si podía resistir el tiempo suficiente para que las tropas de Tallamadera...

Las manadas de Acero habían encontrado un camino seguro hacia el interior y se aproximaban. Oyó un silbido de flecha. Se arrojó al suelo y roció a las manadas enemigas con plena potencia. Si hubieran sabido que el arma pronto se descargaría, habrían continuado su avance, pero se detuvieron tras unos segundos de carnicería. La acometida enemiga se desbarató y los perros echaron a correr en sentido contrario, prefiriendo enfrentarse con las manadas de Tallamadera.

Pham se volvió, miró hacia el castillo. Johanna y Errabundo estaban más cerca de las murallas. La manada aferraba a la muchacha, que miraba hacia arriba. Allí estaba el escrodit. Vaina Azul no había prestado atención a las manadas que corrían cerca del fuego. Rodaba sin cesar, dejando huellas aceitosas. El escrodit había recogido todos sus elementos externos y había aproximado su pañol de carga al tallo central. Embestía a ciegas en el aire recalentado, internándose en la brecha que separaba las llamas.

Estaba a menos de quince metros de las murallas. Extendió dos frondas hacia el calor. *Allá*. A través de las vaharadas de calor, Pham pudo ver al niño que salía con incertidumbre de su refugio, rodeado por figuras pequeñas. Pham corrió hacia la muralla. En ese terreno podía moverse más de prisa que un escrodit. Tal vez hubiera tiempo.

Un borbotón de llamas cayó del castillo al estanque que lo separaba del escrodit. Lo que era un angosto pasaje se cerró y el telón de llamas se alzó ante él sin ninguna brecha.

—Aún hay mucho espacio despejado —dijo Amdi. Se alejó unos metros de su escondrijo para investigar los rincones—. ¡La aeronave ha descendido! Algo extraño viene hacia nosotros, ¿Vaina Azul o Tallo Verde?

Había muchas manadas de Acero en las inmediaciones, pero no estaban cerca, quizá por la aeronave. Era un aparato extraño, con algunas de las simetrías de las naves straumianas. Yacía de flanco como si se hubiera estrellado. Un humano alto corría hacia ellos, disparando contra las tropas de Acero. Jefri miró más allá y estrujó al cachorro más próximo. Un vehículo con ruedas se aproximaba, como una imagen salida de una crónica nyjorana. Los flancos estaban pintados con estrías. Una estaca

gruesa salía del tope.

Los dos niños se alejaron un poco del escondrijo. El vehículo se acercaba chapoteando en el aceite y el musgo. Dos apéndices frágiles brotaron del tronco azulado. Habló en un *samnorsk* chillón.

—Pronto, caballero Jefri. Tenemos poco tiempo.

Detrás de la criatura, más allá del lago de aceite, Jefri vio a... *Johanna*.

Entonces el lago estalló y el fuego cubrió todas las rutas de escape. La criatura aún agitaba los zarcillos, indicándoles que saltaran a su casco chato. Jefri manoteó las pocas agarraderas disponibles. Los cachorros saltaron tras él, aferrándose de su camisa y sus pantalones. De cerca, Jefri comprobó que el tallo era la persona: la piel estaba manchada y seca, pero era blanda y móvil.

Dos cachorros de Amdi estaban todavía en el suelo, moviéndose a ambos lados del vehículo para ver mejor el fuego.

—Caracoles —le gritó Amdi al oído, y aun así el fragor del fuego impedía oírle con claridad—. No podremos pasar por ahí, Jefri. Nuestra única escapatoria es quedarnos aquí.

La criatura habló por una lámina que tenía en la base del tallo.

—No, si os quedáis aquí moriréis. El fuego se está propagando.

Jefri se había acurrucado detrás del tallo del escroditá y aun así sentía el calor. El aceite que embadurnaba la piel de Amdi ardería pronto.

El escroditá alzó los zarcillos y el paño de color que cubría su casco.

—Echaos esto encima —agitó un zarcillo ante el resto de Amdi—. Todos vosotros.

Los dos que estaban en el suelo se habían agazapado detrás de las ruedas frontales de la criatura.

—Demasiado calor, demasiado calor —gimió Amdi. Pero los dos subieron de un brinco y se cubrieron con esa tela.

—¡Cúbrete! —exclamó Jefri.

El escroditá les acomodó el paño. El vehículo ya retrocedía hacia las llamas. Entraba calor por cada abertura. El niño procuró taparse bien las piernas. Corrían dando tumbos y Jefri apenas podía sostenerse. A su alrededor Amdi usaba las mandíbulas libres para mantener el paño en su sitio. El fuego era una bestia rugiente y la tela le quemaba la piel. Cada sacudida le hacía saltar del casco, amenazando con derribarle. El pánico le anuló el pensamiento. Sólo más tarde recordaría los sonidos que emitía la lámina vóder y comprendería qué significaban.

Pham corrió hacia las nuevas llamas. Dolor. Se cubrió el rostro y sintió ampollas en las manos. Retrocedió.

—¡Por aquí, por aquí! —dijo Errabundo a sus espaldas, guiándole. Echó a correr, tambaleándose. La manada estaba en una zanja de poca profundidad. Había alzado

los escudos para protegerse del nuevo telón de llamas. Dos miembros le dejaron lugar para que se protegiera.

Johanna y la manada le palmearon la cabeza.

—¡Tienes el cabello encendido! —gritó la muchacha. Apagaron el fuego en segundos. Errabundo también parecía un poco chamuscado. Los bolsillos del hombro estaban cerrados y, esta vez, los cachorros no intentaban asomarse.

—Aún no veo nada, Pham —dijo Ravna desde la nave—. ¿Qué está pasando?

Pham echó una rápida ojeada hacia atrás.

—Estamos bien —jadeó—. Las manadas de Tallamadera están destrozando a las de Acero. Pero Vaina Azul... —atisbó entre los escudos. Era como mirar un horno. Junto a la muralla del castillo quizá quedara un pequeño espacio, una pequeña esperanza...

—Algo se acerca —dijo Errabundo, asomando una cabeza. La bajó enseguida, lamiéndole la nariz desde ambos lados.

Pham miró de nuevo. Vio sombras en el fuego, contornos ondulantes.

—Yo también lo veo.

Johanna también asomó la cabeza.

—Es Vaina Azul, Ravna... ¡Por la Flota! Vaina Azul avanza en medio del fuego.

El escrodo salió del aceite, lentamente, pero sin detenerse. Y ahora Pham veía fuego dentro del fuego, el tronco de Vaina Azul ardiendo en hilillos de llamas. Sus frondas ya no estaban recogidas, sino extendidas, contorsionándose en su propio fuego.

El escrodo salió del telón de llamas, rodó a tumbos declive abajo. Vaina Azul no se volvió hacia ellos, pero las seis ruedas frenaron antes de llegar a la lanzadera.

Pham corrió hacia el escrodita. Errabundo bajó los escudos para seguirle. Johanna Olsndot se irguió un segundo; triste, menuda y sola, mirando con angustia el fuego y el humo. Un miembro de Errabundo le cogió la manga, la alejó de las llamas.

Pham se acercó al escrodita. Miró un segundo en silencio.

—Vaina Azul ha muerto, Ravna.

Las frondas se habían quemado, dejando muñones a lo largo del tallo. El tallo mismo había estallado.

—¿Atravesó las llamas mientras ardía? —preguntó Ravna con voz trémula.

—Imposible. Debió morir en los primeros metros. Debe haber operado con piloto automático.

Pham trató de olvidar las frondas que ondulaban en el fuego. Sintió un mareo al ver la carne achicharrada.

El escrodo mismo irradiaba calor. Errabundo olisqueó, apartándose de golpe cuando acercó demasiado una nariz. Tendió una zarpa y tiró del paño que cubría el casco.

Johanna gritó, acercándose a la carrera. Las formas que yacían debajo estaban inmóviles, pero ilesas. Aferró a su hermano por los hombros, arrastrándole al suelo. Pham se arrodilló junto a ella. ¿El niño respira? Notó con aire distante que Ravna le gritaba al oído, que Errabundo bajaba a unos cachorros.

Segundos después el niño se puso a toser, agitando los brazos.

—¡Amdi, Amdi! —Abrió los ojos, quedó boquiabierto—. ¡Hermana! —Y luego repitió—: ¿Amdi?

—No sé —dijo Errabundo, junto a las ocho formas embadurnadas de grasa—. Hay sonidos mentales, pero no son coherentes.

Olfateó tres cachorros, haciendo algo que debía ser la respiración boca a boca.

Al cabo de un momento el niño rompió a llorar, un sonido que se perdió entre los rugidos del fuego. Se arrastró hacia los cachorros. Johanna le seguía, sosteniéndole los hombros, mirando a Errabundo y a las criaturas tiesas.

Pham se arrodilló y miró el castillo. El fuego había menguado un poco. Miró largo rato al tocón ennegrecido que había sido Vaina Azul, preguntándose y recordando. Preguntándose si tanta suspicacia había sido en vano. Preguntándose qué combinación de coraje y piloto automático habían permitido el rescate.

Recordando todos los meses que había pasado con Vaina Azul, el amor y luego el odio. ¡Oh, Vaina Azul, amigo mío!

Las llamas murieron lentamente. Pham recorrió el linde del calor. Sentía que la esquirra divina regresaba. Por una vez le alegró que así fuera, le alegró que ese impulso demencial sofocara sus sentimientos. Miró a Errabundo, Johanna, Jefri y los cachorros que se recobraban. Una distracción, un desvío que había retardado su marcha hacia lo que importaba de veras.

Miró hacia arriba. Había abertura entre las negras nubes, lugares donde el azul alternaba con el rojizo resplandor de las cenizas. Las almenas del castillo parecían abandonadas y la batalla había cesado en torno de las murallas.

—¿Qué noticias hay? —preguntó con impaciencia, mirando el cielo.

—Aún no puedo ver mucho —respondió Ravna—. Gran cantidad de púas, tal vez enemigos, se repliegan hacia el norte. Parece una retirada rápida y ordenada. No es como esa lucha sin cuartel que veíamos antes. No hay incendios dentro del castillo, ni indicios de ninguna manada.

Una decisión. Pham se volvió hacia los demás. Procuró transformar órdenes abruptas en requerimientos razonables.

—¡Errabundo! Necesito la ayuda de Tallamadera. Debemos entrar en el castillo.

Errabundo no necesitaba que le convencieran, pero tenía muchas preguntas.

—¿Volarás por encima de las murallas? —preguntó mientras brincaba hacia él.

Pham ya corría hacia la lanzadera. Ayudó a Errabundo a subir, trepó. No, no intentaría hacer volar esa maldita cosa.

—No, sólo usa el altavoz para pedirle a tu jefe que encuentre un modo de entrar.

Segundos después, el parloteo de los púas resonaba en la ladera. Unos minutos más, unos minutos más y hallaré el Antídoto. Y aunque ignoraba qué resultaría de ello, sentía la efervescencia de la esquirra divina, su afán de cumplir la voluntad de Antiguo.

—¿Dónde está la flota de la Plaga, Ravna?

La respuesta llegó de inmediato. Ella había observado la batalla que se libraba abajo y el martillazo que se descargaba desde arriba.

—A cuarenta y ocho años-luz. —Un murmullo de conversación—. Han acelerado un poco. Entrarán en el sistema dentro de cuarenta y seis horas... Lo lamento, Pham.

Cripto: 0

Recepción: Nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Triskweline, unidades SJK

Origen aparente: Inteligencia de Arbitraje Sandor [No es la fuente habitual, pero está verificada por instalaciones intermedias. Es posible que la fuente sea una filial o una base alejada]

Asunto: ¿Nuestro mensaje final?

Distribución: Amenaza de la Plaga

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Dónde Están Ahora, Registro de Extinciones

Fecha: 72,78 días desde la caída de Arbitraje Sandor

Texto del mensaje:

Por lo que sabemos, la Plaga ha absorbido todas nuestras bases del Allá Alto. Por favor, ignorad los mensajes enviados por dichas bases. Hasta hace cuatro horas, nuestra organización abarcaba veinte civilizaciones en el Tope. Lo que ha quedado de nosotros no sabe qué decir ni qué hacer. Ahora las cosas son lentas, turbias y confusas: no estamos preparados para vivir tan abajo. Tenemos la intención de desbandarnos después de este mensaje. Para quienes puedan continuar, deseamos informar sobre lo que sucedió. El nuevo ataque fue abrupto. Nuestros últimos recuerdos de Arriba son la Plaga extendiéndose por doquier, sacrificando su seguridad inmediata para adquirir la mayor potencia de proceso posible. No sabemos si habíamos subestimado su poder, o si la Plaga está desesperada y ha corrido riesgos desesperados. Hace tres mil segundos sufríamos intensos ataques en las redes internas de nuestra organización. Ahora han cesado. ¿Momentáneamente? ¿O éste es el límite del ataque? Lo ignoramos, pero en caso de recibir nuevas noticias nuestras, sabréis que la Plaga nos domina. Adiós.

Cripto: 0

Recepción: nave *FDB* ad hoc

Senda lingüística: Óptima -»acquileron -»triskweline, unidades SJK

De: Sociedad Pro Investigaciones Racionales [Probablemente un sistema del Allá Medio, a 5.700 años-luz de Sjandra Kei]

Asunto: Amplitud de Miras

Frases clave: La Plaga, belleza de la naturaleza, oportunidades sin precedentes

Síntesis: La vida continúa

Distribución: Amenaza de la Plaga

Sociedad para la Gestión Racional de la Red

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Fecha: 72,80 días desde la caída de Sjandra Kei

Texto del mensaje:

Siempre es divertido ver gente que se cree el centro del universo. Tomemos como ejemplo la reciente propagación de la Plaga [siguen referencias para lectores que no están en dichas series ni grupos de noticias]. La Plaga constituye un cambio sin precedentes en una porción limitada del Tope del Allá, lejos de la mayoría de mis lectores. Sin duda es una catástrofe extrema para muchos, y por cierto los compadezco, aunque también me hace gracia que esta gente crea que su desastre es el final de todo. La vida continúa, amigos.

Al mismo tiempo, es evidente que muchos lectores no prestan la debida atención a estos acontecimientos, o que al menos no distinguen qué es lo significativo en ellos. Durante el último año hemos presenciado el aparente asesinato de varios Poderes y el establecimiento de un nuevo ecosistema en una parte del Allá Alto. Aunque son remotos, estos acontecimientos no tienen precedentes.

A menudo he afirmado que ésta es la Red de un Millón de Mentiras. Bien, gente, ahora tenemos la oportunidad de encarar las cosas mientras la verdad todavía es manifiesta. Con suerte podemos resolver algunos misterios fundamentales sobre las Zonas y los Poderes.

Exhorto a los lectores a observar los acontecimientos que se suceden debajo de la Plaga con la mayor cantidad de perspectivas posibles. Ante todo, debemos aprovechar el Relé que aún existe en Debley Inferior para coordinar observaciones sobre ambos lados de la región afectada por la Plaga. Esto será caro y tedioso, pues sólo dispondremos de bases en el Allá Medio y Bajo en la región afectada, pero valdrá sobradamente la pena.

Temas generales a tratar:

Naturaleza de las comunicaciones de Red de la Plaga: la criatura es en parte

Poder y en parte Allá Alto, e infinitamente interesante.

Naturaleza de la reciente gran ola en el Allá Bajo, debajo de la Plaga: otro acontecimiento sin precedentes. Ahora es el momento de estudiarlo.

Naturaleza de la flota que ahora se aproxima a un lugar del Allá Bajo que está fuera de la Red; esta flota ha despertado gran interés entre Analistas de Guerras en las últimas semanas, pero principalmente por razones pueriles (a quién le importan Sjandra Kei y la Hegemonía Aprahanti: la política local es para los locales). La verdadera pregunta resulta obvia para cualquiera que no padezca lesiones cerebrales: ¿por qué la Plaga realiza tamaño esfuerzo tan lejos de su profundidad natural?

Si todavía quedan naves en las inmediaciones de la flota de la Plaga, las exhorto a mantenerse en contacto con Analistas de Guerras. En caso contrario, es preciso reembolsar a las civilizaciones locales el envío de rastros de ultraonda.

Todo esto es muy caro, pero merece la pena, es la observación de la época. Y el gasto no se prolongará por mucho tiempo. La flota de la Plaga pronto llegará a la estrella de su destino.

¿Se detendrá y se retirará? ¿O veremos cómo un Poder destruye los sistemas que se le oponen? De un modo u otro, es una oportunidad sin precedentes.

Ravna caminó hacia las manadas que la aguardaban en el campo. La densa humareda se había disipado, pero el olor aún impregnaba el aire. La ladera era una desolación carbonizada. Desde arriba, el castillo de Acero le había parecido el centro de un gran pezón negro, hectáreas de destrucción coronando la colina.

Los soldados le abrieron paso en silencio. Algunos echaban una mirada inquieta a la nave estelar que estaba posada a sus espaldas. Ravna caminó en silencio hacia los que esperaban. Resultaba perturbador verles ahí sentados, guardando una prudente distancia. Esto debía ser para ellos el equivalente de una atestada reunión de la plana mayor. Ravna avanzó hacia la manada del centro, la que estaba sentada sobre esteras sedosas. Intrincadas filigranas de madera colgaban del pescuezo de los adultos, pero algunos de ellos parecían enfermos. Y había dos cachorros sentados al frente.

Se adelantaron cuando Ravna cruzó el último tramo de terreno abierto.

—¿Tú eres Tallamadera? —preguntó.

Uno de los miembros contestó con una voz de mujer increíblemente humana:

—Sí, Ravna. Soy Tallamadera. Pero tú buscas a Errabundo. Está en el castillo, con los niños.

—Ah.

—Tenemos una carreta. Podemos llevarte allá de inmediato. —Uno de los miembros señaló un vehículo que subía por la ladera—. Pero podrías haber aterrizado mucho más cerca, ¿verdad?

Ravna meneó la cabeza.

—No. Ya no. —Era el mejor aterrizaje que ella y Tallo Verde habían podido lograr.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella en un gesto coordinado.

—Pensé que llevabas mucha prisa. Errabundo dice que una flota de naves del espacio os persigue.

Ravna calló un instante. ¿Conque Pham les había hablado de la Plaga? Se alegró de que así fuera. Sacudió la cabeza, tratando de superar el aturdimiento.

—Sí, llevamos mucha prisa.

El dataset que llevaba en la muñeca estaba enlazado con la *FDB*. Su pequeña pantalla indicaba que la flota de la Plaga continuaba acercándose. Todas las cabezas se movieron, un gesto que Ravna no supo interpretar.

—Y desesperas. Me temo que te comprendo.

¿Cómo puedes comprender? Y en tal caso, ¿cómo puedes perdonarnos? Pero Ravna sólo dijo:

—Lo lamento.

Subieron a la carreta y marcharon por la ladera hacia las murallas del castillo.

Ravna miró hacia atrás una vez. Colina abajo, la *FDB* parecía una mariposa moribunda. Las espinas de impulso se erguían cien metros en el aire con un resplandor verde, húmedo y metálico. El aterrizaje no había sido desastroso, porque el agrávido anulaba parte del peso de la nave, pero las espinas del lado de tierra estaban destrozadas. Más allá de la nave, la ladera descendía abruptamente hacia el agua y las islas. El sol bajaba hacia el oeste arrojando sombras desconcertantes en las islas y el castillo que se erguía allende el estrecho. Una escena de fantasía: castillos y naves estelares.

La pantalla del dataset contaba serenamente los segundos.

—Acero instaló bombas de pólvora en torno del domo.

Tallamadera irguió un par de hocicos. Ravna siguió el gesto. Los arcos evocaban una catedral de la Era de las Princesas, más que una construcción militar: mármol rosado desafiando el cielo. Y si todo se derrumbaba, sin duda destruiría la nave espacial aparcada debajo.

Tallamadera dijo que Pham estaba dentro. Cruzaron por unas habitaciones oscuras y frescas. Ravna vio hilera tras hilera de cajas de sueñofrío. *¿Cuántos estarán en condiciones de revivir? ¿Alguna vez lo averiguaremos?* Las sombras eran profundas.

—¿Estás segura de que las tropas de Acero se han ido?

Tallamadera titubeó, mirando hacia varios lados. Hasta ahora, Ravna no lograba entender los gestos de la manada.

—Razonablemente segura. Cualquiera que se encuentre aún en el castillo tendría que estar oculto detrás de toneladas de piedra, pues de lo contrario mis cuadrillas de búsqueda le habrían encontrado. Más importante aún, tenemos lo que ha quedado de Acero. —La reina pareció comprender perfectamente la mirada inquisitiva de Ravna—. ¿No lo sabías? Parece que el señor Acero bajó aquí para detonar todas las bombas. Era un suicidio, pero esa manada siempre estuvo fuera de sus cabales. Alguien le detuvo. Había sangre por doquier. Dos de él han muerto. Hallamos el resto deambulando por allí, gimoteando... Quien haya vencido a Acero dirige esa rápida retirada. Alguien se empeña en evitar una confrontación. Tardará en regresar, aunque me temo que a la larga tendré que vérmelas con mi querido Reductor.

Dadas las circunstancias, Ravna sospechaba que ese problema nunca se presentaría. Su dataset indicaba que faltaban cuarenta y cinco horas para la llegada de la Plaga.

Jefri y Johanna estaban junto a la nave estelar, bajo el domo principal. Estaban sentados en la escalinata de la rampa de descenso, cogidos de la mano. Cuando se abrieron las anchas puertas y entró la carreta de Tallamadera, la muchacha se levantó y agitó la mano. Entonces vieron a Ravna. El niño se aproximó.

—¿Jefri Olsndot? —murmuró Ravna. Él adoptó una postura arrogante que parecía excesiva para un chiquillo de ocho años. El pobre Jefri había sufrido muchas

pérdidas y había vivido mucho tiempo con muy poco. Ravna bajó de la carreta y caminó hacia él.

El niño salió de las sombras. Estaba rodeado por un grupo de cachorros. Uno de ellos le colgaba del hombro, los otros correteaban a su alrededor sin entorpecerle el paso. Jefri se detuvo a cierta distancia.

—¿Ravna? —Ravna asintió.

—¿Puedes acercarte un poco más? La mente de la reina se oye demasiado cerca. —*Era la voz del niño, pero no había movido los labios.* Ravna recorrió los pocos metros que les separaban. Los cachorros y el niño avanzaron dubitativamente. De cerca, Ravna vio la ropa rasgada, los vendajes en los hombros, los codos y las rodillas. Jefri tenía la cara recién lavada, pero su pelo era un pegote. Jefri la miró solemnemente y alzó los brazos para abrazarla—. Gracias por venir —dijo con voz ahogada, pero sin llorar—. Sí, gracias, y gracias a Vaina Azul. —De nuevo, la voz procedía de la manada de cachorros que les rodeaba.

Johanna Olsndot se les había acercado. *¿Sólo tiene catorce años?* Ravna le tendió una mano.

—Por lo que he oído, tú sola fuiste una fuerza de rescate.

—En efecto —dijo Tallamadera desde la carreta—, Johanna cambió nuestro mundo.

Ravna señaló la nave, el fulgor de la iluminación interior.

—¿Pham está allí?

La muchacha iba a responder, pero los cachorros se le adelantaron.

—Sí, está ahí. Él y Errabundo están dentro. Los cachorros se separaron y subieron la escalera. Uno se quedó atrás para arrastrar a Ravna. Ella les siguió acompañada por Jefri.

—¿Quién es esta manada? —preguntó Ravna, señalando los cachorros.

—Amdi, claro —respondió sorprendido el niño—. Lo lamento —dijeron los cachorros con la voz de Jefri—. He hablado tanto contigo que me olvido de que no lo sabes... —Un coro de modulaciones y acordes culminó en una risita humana. Ravna miró las movedizas cabezas y comprendió que el muy pícaro tenía plena conciencia de sus engaños. Un misterio quedaba resuelto.

—Mucho gusto en conocerte —dijo Ravna, enfadada y encantada al mismo tiempo—. Ahora...

—Exacto, ahora hay cosas más importantes. —La manada siguió subiendo la escalera. Amdi parecía oscilar entre una tristeza tímida y una actividad frenética—. No sé qué se proponen. Nos echaron en cuanto les señalamos el lugar.

Ravna siguió a la manada, acompañada por Jefri. No se oía nada. El interior del domo era como una tumba donde retumbaba el parloteo de las pocas manadas que lo custodiaban. Pero aquí, en la escalera, ni siquiera se oía ese sonido.

—¿Pham?

—Está allá arriba —dijo Johanna desde el pie de la escalera—. No sé si se encuentra bien. Después de la batalla tenía un aspecto extraño.

Tallamadera movió las cabezas como si intentara verles a través del resplandor de las luces.

—La acústica de esa nave es espantosa. ¿Cómo pueden soportarlo los humanos?

—Oh, no está tan mal —dijo Amdi—. Jefri y yo pasamos mucho tiempo allá. Yo me acostumbré. —Empujó la compuerta con dos cabezas—. No sé por qué Pham y Errabundo nos echaron. Podríamos habernos quedado en la otra estancia, sin molestar.

Ravna subió cuidadosamente entre los cachorros y golpeó el casco de metal. La compuerta no estaba cerrada herméticamente. Ahora oía el zumbido de la ventilación de la nave.

—Pham, ¿algún progreso?

Se oyó un susurro y un chasquido de zarpas. La compuerta se abrió. Una luz intensa y vibrante bañó la rampa. Asomó una cabeza canina. Ravna le vio el blanco en torno de los ojos. ¿Significaba algo?

—Hola —dijo el perro—. Mira, la situación es un poco tensa ahora. No creo que debas molestar a Pham.

Ravna metió la mano en la rendija.

—No estoy aquí para molestarle, pero entraré. —*Cuánto hemos luchado por este momento. Cuántos millones han perecido a lo largo del camino. Y ahora un perro parlante me dice que la situación es un poco tensa.*

Errabundo le miró la mano.

—De acuerdo.

Abrió la compuerta para dejarla entrar. Los cachorros quisieron meterse, pero retrocedieron ante la severa mirada de Errabundo. Ravna ni lo notó.

La «nave» era el compartimento de un carguero. Habían quitado el cargamento —las cajas de sueñofrío—, dejando el suelo liso, sembrado de accesorios.

Apenas reparó en ello porque otra cosa le llamó la atención: la luz que nacía de las paredes y se concentraba con un brillo cegador en el centro del compartimento. Su forma cambiaba sin cesar, y sus colores pasaban del rojo al violeta y al verde. Pham estaba sentado dentro de ella, con las piernas cruzadas. Tenía la mitad del cabello chamuscado. Le temblaban las manos y los brazos, y murmuraba en un idioma que Ravna no reconoció. *La esquirla divina*. Dos veces había sido la compañera del desastre. La locura de un Poder moribundo... y ahora era la única esperanza. *Oh, Pham.*

Ravna avanzó un paso, sintió unas mandíbulas que le apretaban la manga.

—Por favor, no debemos molestarle. —El que le aferraba el brazo era un perro

grande, con cicatrices. El resto de la manada miraba a Pham. El perro grande la miraba fijamente y notó que Ravna se enfadaba—. Mira, tu Pham está en una especie de estado de fuga. Su personalidad normal fue reemplazada por programas.

¿Qué? Ese Errabundo dominaba la jerga, pero quizá no entendiera lo que decía. Pham debía de haberle hablado. Hizo un gesto tranquilizador.

—Sí, sí, entiendo.

Escrutó la luz. La forma cambiante, tan difícil de mirar, se parecía a los gráficos que se pueden generar en la mayoría de las pantallas, los croquis de espumas multidimensionales. Relucía en un purísimo tono monocromo, pero saltaba de color en color. La mayor parte de esa luz debía ser coherente: manchas de interferencia se arrastraban por todas las superficies sólidas. En ciertos lugares la interferencia subía de banda, con estrías oscuras y claras que se deslizaban por el casco mientras cambiaba el color.

Ravna se acercó despacio, fijando los ojos en Pham y en... *el Antídoto*. ¿Pues qué otra cosa podía ser? La viscosidad de las paredes, que ahora había crecido para reunirse con la esquirla divina. No eran simples datos, un mensaje a retransmitir. Era una máquina Trascendente. Ravna había leído sobre esas cosas, ingenios fabricados en el Trascenso, para ser usados en el fondo del Allá. No eran sentientes, no violaban las restricciones de las Zonas Inferiores, pero utilizaban la naturaleza del mejor modo posible para ejecutar los deseos de su constructor. ¿Su constructor? ¿La Plaga? ¿Un enemigo de la Plaga?

Se acercó más. La cosa penetraba en el pecho de Pham, pero no había sangre ni carne desgarrada. Parecía una holografía trucada, excepto que Pham temblaba al son de sus vibraciones. Los brazos fractales estaban sujetos por largos dientes que le escarbaban. Ravna jadeó, quiso llamarle. Pero Pham no se resistía. Parecía más esquirla divina que nunca, pero parecía en paz. La esperanza y el temor salieron de su escondrijo, la esperanza de que la esquirla divina pudiera hacer algo ante la Plaga; el temor de que Pham muriera en el proceso.

El artefacto giraba a menor velocidad. La luz pendía en el borde pálido del azul. Pham abrió los ojos, se volvió hacia ella.

—El mito de los escroditas es verdadero, Ravna —dijo con una voz distante donde flotaba la sombra de una carcajada—. Creo que los escroditas deberían saberlo. Lo aprendieron la última vez. Hay cosas que no gustan de la Plaga, cosas que mi Antiguo apenas intuyó...

¿Poderes más allá de los Poderes? Ravna se desplomó en el piso. La pantalla del dataset parpadeaba. Quedaban menos de cuarenta y cinco horas.

Pham le vio mirar la pantalla.

—Lo sé. Nada ha detenido a la flota. Aquí abajo es una cosa lamentable, pero tiene poder suficiente para destruir este mundo, este sistema solar. Y eso desea ahora

la Plaga. Sabe que puedo destruirla... tal como fue destruida antes.

Errabundo se acercó, mirando con todos los ojos la espuma azul y al humano que había adentro.

—¿Cómo, Pham? —susurró Ravna.

Un silencio. Luego:

—La turbulencia zonal... eso era el Antídoto procurando actuar, pero sin coordinación. Ahora yo lo estoy guiando. He comenzado la ola a la inversa. Está absorbiendo fuentes energéticas locales. ¿No lo sientes?

¿*Ola a la inversa?* ¿*De* qué hablaba Pham? Miró de nuevo el dataset... y jadeó. La velocidad de la flota había saltado a veinte años-luz por hora, todo lo que podía esperarse en el Allá Medio. En vez de dos días de gracias, ahora quedaban apenas dos horas. Y la pantalla ya indicaba veinticinco años-luz por hora. Treinta.

Alguien golpeaba la compuerta.

Escrúpilo faltaba a sus deberes. Le correspondía supervisar el desplazamiento ladera arriba. Lo sabía y se sentía culpable, pero persistió en su falta. Como un adicto masticando hojas de krimo. Algunas cosas son demasiado deliciosas para abandonarlas.

Escrúpilo se *rezagaba*, llevando el dataset con cuidado entre sus miembros, de modo que las blandas orejas rosadas no se arrastraran por el suelo. En definitiva, cuidar del dataset era más importante que impartir órdenes a sus tropas. De todos modos, estaba a distancia suficiente como para dar consejos. Y sus lugartenientes eran más capaces que él para las tareas cotidianas.

Durante las últimas horas, los vientos costeros habían arrastrado las nubes de humo tierra adentro y el aire estaba limpio y salobre. De este lado de la colina, no todo estaba quemado. Incluso había algunas flores y semillas plumosas. Aleteaban pájaros en el aire que ascendía del valle marino y sus gorjeos eran una música feliz que parecía prometer que el mundo pronto sería igual que antes.

Escrúpilo sabía que aquello era imposible. Volvió todas las cabezas para mirar ladera abajo, hacia la nave estelar de Ravna Bergsndot. Calculó que esas espinas de impulso medirían cien metros de longitud. El casco medía más de ciento veinte. Se agazapó en torno del dataset y abrió la acolchada cara del Elefante. El dataset sabía mucho sobre naves espaciales. Esta nave no era de diseño humano, pero la forma era bastante común, según él sabía por sus lecturas previas. Veinte a treinta mil toneladas, equipada con flotadores antigravedad y motor más rápido que la luz. Todo muy común para el Allá... *¡Pero verla aquí, con los ojos de sus propios miembros!* Escrúpilo no podía apartar los ojos de esa cosa. Tres de sus miembros trabajaban con el dataset mientras los otros dos miraban el casco verde e iridiscente. Los soldados y las carretas le resultaban intrascendentes. A pesar de su masa, la nave parecía reposar

blandamente sobre la ladera. *¿Cuánto tiempo pasará hasta que podamos construir algo semejante?* Siglos sin ayuda externa, según sostenían las crónicas históricas del dataset. *¡Qué no daría por pasar un día a bordo!*

Pero alguien más poderoso perseguía esa nave. Escrúpilo tiritó bajo el sol estival. A menudo había oído el relato de Errabundo sobre el primer aterrizaje y había visto el arma de rayos del humano. En el dataset había leído sobre bombas que destruían planetas y otras armas del Allá. Mientras trabajaba en los cañones de Tallamadera — las mejores armas que él podía fabricar— había soñado y se había maravillado, pero nunca había sentido la realidad de todo ello hasta ver la nave estelar flotando en el cielo. Ahora la sentía. Conque una flota de asesinos le pisaba los talones a Ravna Bergsndot. Tal vez las horas del mundo estuvieran contadas. Tecleó los caminos de búsqueda del dataset, buscando artículos sobre pilotaje en el espacio. *Si sólo quedan horas, al menos aprende todo lo que puedas.*

Así que Escrúpilo estaba absorto en los sonidos e imágenes del dataset. Tenía tres ventanas abiertas, cada cual con un aspecto de la experiencia de pilotaje.

Unos gritos resonaron en la ladera. Irguió una cabeza con irritación. No era una alarma, sólo una inquietud general. Qué extraño, el aire vespertino parecía agradablemente fresco. Miró hacia arriba con dos cabezas, pero no había resplandor.

—¡Escrúpilo! ¡Mira, mira!

Sus artilleros bailaban de pánico. Señalaban el cielo... el sol. Tapó la cara del dataset con las cubiertas rosadas, mientras miraba el sol protegiéndose los ojos. El sol aún estaba alto en el sur y su brillo era deslumbrante. Pero el aire seguía siendo fresco y los pájaros emitían los arrullos del atardecer. Y entonces comprendió que miraba directamente el disco del sol, que lo había mirado cinco segundos sin dolor ni lágrimas en los ojos. Y sin embargo no veía resplandor. Sintió un escalofrío.

La luz del sol se desvanecía. Veía puntos negros sobre la superficie. Manchas solares. Las había visto a menudo con los telescopios de Gramil. Pero para ello usaban gruesos filtros. Algo se interponía entre él y el sol, algo que sorbía la luz y el calor.

Las manadas gemían en la ladera. Era un sonido de temor que Escrúpilo jamás había oído en la batalla, el sonido de alguien que afrontaba un terror insondable.

El azul del cielo se desvaneció. De pronto el aire se enfrió como una noche profunda y oscura. La luz del sol era un fulgor gris, como una luna desleída. Escrúpilo tocó el suelo con los vientres. Algunos de sus miembros emitían un silbido gutural. Armas, armas. *Pero el dataset nunca habló de esto.*

Sólo las estrellas alumbraban la ladera.

—Pham, Pham, llegarán dentro de una hora. ¿Qué has hecho? —*¿Un milagro, pero de maldad?*

Pham Nuwen se mecía en el rutilante abrazo del Antídoto. Habló con voz casi normal, saliendo del trance.

—¿Qué he hecho? No demasiado. Y más que cualquier Poder.

Antiguo apenas llegó a intuirlo, Ravna. La cosa que trajeron los straumianos es el mito de los escroditas. Nosotros, yo, él... acabamos de empujar hacia atrás el límite zonal. Un cambio local, pero intenso. Ahora estamos en el equivalente del Allá Alto, tal vez en el Trascenso Bajo. Por eso la flota de la Plaga se desplaza con tanta rapidez.

—Pero...

Errabundo regresó. Interrumpió los balbuceos de Ravna con una frase cortante.

—El sol acaba de apagarse.

Movió las cabezas en una expresión que Ravna no comprendió. —Eso es momentáneo —respondió Pham—. Algo tiene que impulsar esta maniobra.

—¿Por qué, Pham? —Aunque la victoria de la Plaga fuera segura, ¿por qué ayudarla?

El hombre perdió toda expresión y Pham Nuwen se diluyó detrás de los programas que funcionaban en su mente.

—Estoy... enfocando el Antídoto. Ahora veo qué es el Antídoto... Fue diseñado por algo que está allende los Poderes. Tal vez haya Gente de las Nubes, tal vez esto sea una señal para ellos. O quizás esto es como una picadura de insecto, algo que causará una reacción mucho más grande. El Fondo del Allá acaba de retroceder como la línea de agua ante una ola gigante. —El Antídoto irradió un resplandor rojizo, abrazando a Pham con más fuerza—. Y ahora que hemos saltado a una zona decente... pueden suceder las cosas. Oh, el fantasma de Antiguo está contento, casi valió la pena morir con tal de ver allende los Poderes.

Los informes del dataset parpadeaban en la muñeca de Ravna. La Plaga se aproximaba a creciente velocidad.

—Cinco minutos, Pham. Aunque todavía estaban a treinta años-luz. Una risa.

—Oh, la Plaga también lo sabe. Esto es lo que siempre temió. Esto es lo que mató a la Plaga hace millones de años. Ahora se apresura, pero es demasiado tarde. —El fulgor aumentó, la máscara de luz que envolvía el rostro de Pham se distendió—. Algo... muy... lejano... me ha oído, Ravna. Está viniendo.

—¿Qué? ¿Qué cosa está viniendo?

—La ola. Tan grande... la que chocó contra nosotros parecería una pequeña onda en comparación. Es la ola en quien nadie cree, porque no quedó nadie para registrarla. El Fondo volará más allá de la flota.

Súbita comprensión. Súbita esperanza.

—Y quedará atrapada allá, ¿verdad?

Conque Kjet Svensndot no había luchado en vano y el consejo de Pham no había

sido descabellado: ahora no quedaba un solo estatocolector en la flota de la Plaga.

—Sí. Están a treinta años-luz. Liquidamos a todas las naves que pueden ganar velocidad. Tardarán mil años en llegar aquí... —El artefacto se contrajo abruptamente, y Pham gimió—. No queda mucho tiempo. Estamos en recesión máxima. Cuando llegue la ola... —Un nuevo jadeo de dolor—. ¡Puedo verla! Por los Poderes, Ravna, tendrá gran altura y durará mucho tiempo.

—¿Cuánta altura, Pham? —murmuró Ravna. Pensó en todas las civilizaciones de arriba. Estaban las Mariposas, y los traidores que habían respaldado el pogrom en Sjandra Kei... Y había billones que vivían en paz y procuraban elevarse a las alturas.

—¿Mil años-luz? ¿Diez mil? No estoy seguro. Los fantasmas del Antídoto... Arne y Sjana pensaban que se elevaría tanto que se incrustaría en el Trascenso, enquistaría a la Plaga donde está... Eso debe ser lo que ocurrió antes.

¿Arne y Sjana?

Las contorsiones del Antídoto habían cesado. Su luz parpadeó. Fulgor y apagón, fulgor y apagón. Ravna oyó el jadeo de Pham. Antídoto, un salvador que mataría un millón de civilizaciones. Y que mataba al hombre que lo había activado.

Casi sin pensar, se lanzó hacia Pham, pero se topó con navajas y cuchillos que le lastimaron los brazos.

Pham la miraba. Intentaba decir algo más. La luz se apagó por última vez. De la oscuridad circundante brotaron un siseo y un olor creciente y amargo que Ravna jamás olvidaría.

Para Pham Nuwen no hubo dolor. Los últimos minutos de su vida superaban toda descripción que se pudiera realizar en la Lentitud o aun en el Allá.

Salvo con metáforas o símiles. Era como si Pham estuviera con Antiguo en una vasta playa desierta. Ravna y los púas eran criaturas diminutas a sus pies. Los planetas y estrellas eran los granos de arena. Y el mar se había retirado brevemente, dejando que el resplandor del pensamiento llegara donde antes reinaba la oscuridad. La Trascendencia sería breve. En el horizonte, el mar replegado crecía, una oscura muralla más alta que cualquier montaña, regresando hacia ellos. Él miraba esa cosa gigantesca. Ni Pham, ni la esquirra divina, ni Antídoto sobrevivirían a ese embate, ni siquiera por separado. Habían activado una catástrofe impensable: una vasta sección de la galaxia se despeñaba en la Lentitud para quedar sepultada a igual hondura que la Vieja Tierra.

Arne, Sjana, los straumianos y Antiguo estaban vengados... y el Antídoto estaba completo.

¿Y Pham Nuwen? Una herramienta fabricada, usada y desechada. Un hombre que nunca existió.

La ola le alcanzó, le cubrió. Desde la luz Trascendente. Afuera, el sol del mundo de los púas volvería a brillar, pero dentro de la mente de Pham todo se cerraba, los

sentidos se replegaban hacia aquello que los ojos no pueden ver y los oídos no pueden oír. Antídoto se deslizaba hacia la nulidad, habiendo cumplido su misión sin haber tenido un solo pensamiento consciente. El fantasma de Antiguo perduró un poco más, acurrucándose y retirándose mientras menguaba el potencial del pensamiento. Pero dejó que la conciencia de Pham aflorase. Por una vez no le apartó. Por una vez fue gentil, rozando la superficie de la mente de Pham como un humano acariciaría a un perro leal.

Aunque eres más bien un lobo valiente, Pham Nuwen. Sólo faltaban segundos para que quedaran sumergidos en las profundidades donde los cuerpos fusionados de Antídoto y Pham Nuwen morirían para siempre y todo pensamiento cesaría. Los recuerdos se desplazaron. El fantasma de Antiguo se hizo a un lado, revelando certezas que había ocultado hasta ahora. *Sí, te construí a partir de varios cuerpos que hallé en el cementerio de chatarra de Relé. Pero había una sola mente y un solo conjunto de recuerdos que podía revivir. Un lobo fuerte y valiente... tan fuerte que nunca pude controlarte sin primero sumirte en la duda...*

En alguna parte se apartaron barreras, el fallo final del control de Antiguo... o el regalo final. Pero al margen de lo que dijera el fantasma, Pham Nuwen vislumbraba una verdad innegable.

Canberra, Cindi, los siglos de viaje con el Qeng Ho, el vuelo final del *Ganso Silvestre*. Todo era real.

Miró a Ravna. Ella había hecho tanto. Había aguantado tantas cosas. Y aun sin creer, había amado. *Está bien, está bien.* Trató de tocarla, de hablarle. *Oh, Ravna, soy real.*

Entonces le aplastó el peso de la marejada, y no supo nada más.

Más golpes en la puerta. Errabundo fue a abrir. Entró una rendija de luz. Ravna oyó la aguda voz de Jefri.

—¡El sol ha vuelto! ¡El sol ha vuelto! Eh, ¿por qué está tan oscuro aquí?

—El artefacto —respondió Errabundo—, la cosa a la cual ayudaba Pham... su luz se ha apagado.

—¿Qué? ¿Habéis apagado las luces principales? —La compuerta se abrió y la cabeza del niño, junto con la de varios cachorros, se recortó contra la luz de las antorchas. Entró seguido por la muchacha—. El control está aquí... ¿veis?

Y una luz tenue y blanca brilló sobre las paredes curvas. Todo era común y humano, excepto... Jefri se quedó tieso, los ojos desencajados, la mano en la boca. Se volvió para abrazar a su hermana.

—¿Qué es? ¿Qué es? —chilló.

Ravna deseó no poder ver. Cayó de rodillas.

—¿Pham? —musitó, sabiendo que no habría respuesta. Lo que quedaba de Pham Nuwen yacía en medio del Antídoto. El artefacto ya no resplandecía. Sus tortuosos

límites eran romos y oscuros. Parecía madera podrida, pero una madera que abrazaba y empalaba al hombre. No había sangre ni quemaduras. Donde el artefacto perforaba a Pham, había una mancha cenicienta, y la carne y la cosa parecían fusionarse.

Errabundo la rodeaba y sus hocicos rozaban esa forma yerta. El olor amargo aún impregnaba el aire. Era el olor de la muerte, pero no la mera putrefacción de la carne. Lo que había muerto allí era carne y algo más.

Ravna miró el dataset. La pantalla sólo mostraba líneas alfanuméricas. No se detectaban ultraimpulsos. El control de estado de la *FDB* indicaba problemas con el control de actitud. Estaban en las honduras de la Zona Lenta, adonde no podía llegar ninguna ayuda, adonde no podía llegar la flota de la Plaga. Miró el rostro de Pham.

—Lo lograste, Pham. Lo lograste de veras —murmuró.

Las nervaduras del Antídoto ahora eran frágiles y quebradizas. El cuerpo de Pham Nuwen formaba parte de ello. ¿Cómo romper esas nervaduras sin romper...? Errabundo y Johanna sacaron a Ravna del compartimento. Ella no recordaría los siguientes minutos, cuando ellos sacaron el cuerpo. Vaina Azul y Pham, ambos perdidos.

La dejaron al cabo de un rato. No era por falta de compasión, sino por exceso de desastres, imprevistos y emergencias. Estaban los heridos. Estaba la posibilidad de un contraataque. Reinaba gran confusión y una desesperada necesidad de orden. Ella apenas reparó en todo ello. Estaba al final de una carrera desesperada y había agotado todas sus energías.

Ravna pasó gran parte de la tarde junto a la rampa, tan ensimismada que no podía pensar, oyendo apenas el cantar marino que Tallo Verde entonaba por el dataset. Al final comprendió que no estaba sola. Además del consuelo de Tallo Verde, contaba con el niño. Estaba sentado junto a ella, y en torno estaban los cachorros, todos en silencio.

EPÍLOGO

La paz había vuelto a lo que antaño había sido el Dominio de Reductor. Al menos no había rastros de fuerzas beligerantes. El que había dirigido la retirada lo había hecho con astucia. Al transcurrir los días, se presentaron los campesinos locales. La gente, cuando no estaba simplemente aturdida, se alegraba de deshacerse del antiguo régimen. La vida renació en los campos de labranza, mientras los campesinos trabajaban con empeño para recobrase de la peor temporada de incendios que todos recordaban, agravada por los combates más encarnizados que había presenciado la región.

La reina había despachado mensajeros al sur para comunicar la victoria, pero no parecía tener prisa por regresar a su ciudad. Sus tropas ayudaron con las faenas agrícolas, procurando no molestar a los lugareños. Pero también investigaban el castillo de Colina de la Astronave, y el enorme y viejo castillo de Isla Oculta. Allí encontraron todos los horrores que se habían rumoreado con el correr de los años, pero ningún rastro de las fuerzas fugitivas. Los lugareños ansiaban contar sus anécdotas y la mayoría eran siniestramente creíbles. Decían que antes de su intento de apoderarse de la República, Reductor había creado reductos más al norte. Allí había reservas, aunque algunos pensaban que Reductor ya las había usado tiempo atrás. Los campesinos del valle norte habían presenciado la retirada de las tropas reductoristas. Algunos sostenían que habían visto a Reductor en persona, o al menos una manada que lucía los colores de un señor. Ni siquiera los lugareños creían en todas las historias, y menos en las que decían que Reductor estaba esparcido por doquier, con sus miembros separados por kilómetros de distancia, coordinando el repliegue.

Ravna y la reina tenían motivos para creer en esa historia, pero no la temeridad para verificarla. La fuerza expedicionaria de Tallamadera no era numerosa y los bosques y valles se extendían más de cien kilómetros hasta donde los Colmillos de Hielo se curvaban al oeste para encontrarse con el mar. Ese territorio era desconocido para Tallamadera. Si Reductor lo había preparado durante décadas —según su método operativo habitual— habría sorpresas mortíferas, hasta para un vasto ejército que persiguiera a un puñado de partisanos. Mejor dejar que Reductor siguiera su camino, con la esperanza de que el señor Acero hubiera destruido esos reductos.

Tallamadera temía que esto constituyera un gran peligro en el siglo siguiente. Pero las cosas se resolvieron mucho antes. Fue Reductor quien les salió al encuentro, y no con un contraataque. Veinte días después de la batalla, cuando el sol caía detrás de las colinas, se oyeron cornetazos. Ravna y Johanna despertaron y subieron al parapeto del castillo, desde donde se veía algo parecido a un ocaso, un fulgor naranja y dorado que aureolaba las colinas allende el fiordo norte. Los asistentes de

Tallamadera miraban los riscos. Algunos tenían telescopios.

Ravna compartió sus binoculares con Johanna.

—Hay alguien allá.

Perfilándose contra el fulgor del cielo, una manada portaba un largo estandarte, un mástil por cada miembro.

Tallamadera usaba dos telescopios, quizá más efectivos que el equipo de Ravna teniendo en cuenta la separación de ojos de la manada.

—Sí, lo veo. Es una bandera de tregua, de paso, y creo saber quién la trae. —Le dijo algo a Errabundo—. Hace mucho tiempo que no hablo con ése.

Johanna aún miraba por los binoculares.

—Él... hizo a Acero, ¿verdad? —dijo al fin.

—Sí, querida.

La muchacha bajó los binoculares.

—Creo que prescindiré del gusto de conocerle —dijo con voz distante.

Se reunieron ocho horas después en la ladera del norte del castillo. Las tropas de Tallamadera habían pasado esas horas inspeccionando el valle para protegerse contra cualquier ardid: se acercaba una manada muy especial, y muchos lugareños querían matarla.

Tallamadera caminó hacia el lugar donde la colina bajaba abruptamente hacia el bosque. Ravna y Errabundo la seguían a diez metros. Tallamadera no hablaba mucho, pero Errabundo estaba muy parlanchín.

—Este es el camino que seguí hace un año, cuando aterrizó la nave. Puedes ver algunos árboles quemados por la tobera. Por suerte ese verano no era tan seco como éste.

El bosque era tupido, pero miraban por encima de las copas de los árboles. Aun en la sequedad había un olor dulce y resinoso. A la izquierda había una pequeña cascada y un sendero que conducía al suelo del valle, el sendero que el visitante había acordado seguir. *Tierra de labranza*, decía Errabundo hablando del suelo del valle. Para Ravna era un caos indisciplinado. Los púas cultivaban varios cereales en las mismas parcelas y no había cercas, ni siquiera para contener el ganado. Aquí y allá había refugios de madera con techos empinados y paredes curvas, típicos de una región con inviernos nevados.

—Vaya multitud —dijo Errabundo.

A ella no le parecía atestado: pequeños grupos, cada cual una manada, cada cual separado de los demás. Rodeaban los pequeños refugios. Había más desperdigados por los campos. Las manadas de Tallamadera estaban apostadas en la carretera que cruzaba el valle.

Ravna sintió la tensión de Errabundo, quien irguió una cabeza, señalando.

—Debe ser él. Solo, como prometió. Y... —Una parte de él miraba por un telescopio—. Vaya sorpresa.

Una manada bajaba por la carretera, junto a los guardias de Tallamadera. Arrastraba un pequeño carro, donde llevaba a uno de sus miembros. ¿Un tullido?

Los labriegos se desplazaron hacia el linde del campo, siguiendo paralelamente el trayecto de la manada solitaria. El clamor era ensordecedor. Los soldados procuraban contener a los lugareños que se acercaban demasiado a la carretera.

—Creí que nos estaban agradecidos. —Éste era el episodio más inquietante que Ravna presenciaba desde la batalla de Colina de la Astronave.

—Lo están. La mayoría gritan «Muerte a Reductor».

Reductor, Mondador, la manada que había salvado a Jefri Olsndot.

—¿Pueden odiar tanto a una manada?

—Amar, odiar y temer, todo al mismo tiempo. Han pasado más de un siglo bajo su cuchillo. Y ahora está aquí, tullido y sin sus tropas. Pero todavía tienen miedo. Allí hay suficientes jornaleros para dominar a nuestra guardia, pero no ponen mayor empeño. Esto era el Dominio de Reductor y él lo trataba como si fuera una granja de su propiedad. Peor aún, trataba a la gente y la tierra como un grandioso experimento. Por mis lecturas del dataset, veo que es un monstruo que se ha adelantado a su época. Allá todavía quedan algunos que matarían por el Maestro y nadie sabe con certeza quiénes son... ¿Y sabes cuál es la mayor razón del miedo? Que él haya venido a solas, sin ninguna ayuda que podamos concebir.

Ravna se acomodó la pistola de Pham en el cinturón. Era un objeto abultado, macizo, pero se alegraba de tenerlo. Miró hacia Isla Oculta. La *FDB* reposaba contra los contrafuertes del castillo. A menos que Tallo Verde pudiera reprogramarla, no volvería a volar. Y Tallo Verde no era demasiado optimista. Pero ella y Ravna habían montado el cañón de rayos en un compartimento de carga y ese remoto era fácil de controlar. Reductor podía ocultar sus sorpresas, pero también Ravna.

El quinteto desapareció tras una loma.

—Aún falta un trecho —dijo Errabundo. Uno de sus cachorros se le apoyó en los hombros y se recostó contra el brazo de Ravna. Ella sonrió: su fuente privada de información. Ravna lo recogió y se lo apoyó en el hombro. El resto de Errabundo se sentó en el suelo y observó con ansiedad.

Ravna miró a los demás integrantes de la comitiva real. Tallamadera había apostado manadas con ballestas a izquierda y derecha. Reductor se sentaría frente a ella, cuesta abajo. Tallamadera parecía nerviosa. Sus miembros no cesaban de lamerse los labios, y sus angostas lenguas rosadas se movían con la celeridad de serpientes. La reina se había acomodado como para un retrato de grupo. Fijaba la mayoría de sus ojos en el punto donde el sendero entraba en la terraza donde estaban sentados.

Se oyó el chasquido de zarpas sobre piedra. Una cabeza tras otra asomaron sobre la pendiente. Reductor avanzó sobre el musgo, con dos de sus miembros tirando del carro. El que iba en el carro estaba erguido, las ancas cubiertas por una manta. No tenía ningún rasgo notable, salvo las orejas de punta blanca.

Las cabezas de la manada miraban hacia todas partes. Una clavaba los ojos en Ravna mientras la manada subía hacia la reina. Mondador, Reductor... era el que usaba las túnicas radiales. Ahora no las llevaba encima. Por los orificios de las casacas se veían franjas sin pelaje pobladas de manchas costrosas.

—Un tipo sarnoso, ¿eh? —le dijo el cachorro a Ravna—. Pero también altivo. Observa esa mirada insolente.

La reina no se había movido. Parecía petrificada y cada miembro clavaba los ojos en la manada que llegaba. Le temblaban algunas narices.

Cuatro miembros de Reductor inclinaron el carro hacia delante, ayudando al de orejas blancas a bajar. Ravna notó que las ancas estaban deformadas y tiesas. Los cinco unieron sus cuartos traseros, arqueando los pescuezos como si fueran extremidades de una sola criatura. La manada cloqueó algo que parecía el gorjeo de un ave estrangulada.

El cachorro le susurró a Ravna la traducción de Errabundo. El cachorro hablaba con una nueva voz, una tradicional voz de villano de cuentos infantiles, una voz seca y sardónica.

—Salud, progenitor. Han pasado muchos años.

Tallamadera calló un instante, luego replicó.

—¿Me reconoces? —tradujo Errabundo.

Reductor tendió una cabeza hacia Tallamadera.

—Los miembros no, pero tu alma es evidente.

Un nuevo silencio de la reina. Un comentario de Errabundo:

—Mi pobre Tallamadera, nunca pensé que se quedaría tan pasmada. —De pronto habló en voz alta, interpelando a Reductor en samnorsk—. Bien, no eres tan obvio para mí, ex compañero de viaje. Te recuerdo como Tyratheck, la tímida maestra de Lagos Largos.

Varias cabezas se volvieron hacia Errabundo y Ravna. La criatura respondió en buen samnorsk, pero con voz infantil.

—Salud, Errabundo. Y salud, Ravna Bergsndot. Sí, soy Reductor Tyratheck.

Ladeó las cabezas, pestañeando.

—Canalla artero —masculló Errabundo.

—¿Está Amdijefri a salvo? —preguntó Reductor.

—¿Qué? —dijo Ravna, sin reconocer el nombre al principio—. Ah sí, están bien.

—Me alegro. —Reductor volvió las cabezas hacia la reina, y continuó en el idioma de las manadas—: Como una criatura obediente, he venido a hacer las paces

con mi progenitor, querida Tallamadera.

—¿De veras habla así? —le preguntó Ravna al cachorro.

—Oye, ¿acaso yo exageraría?

Tallamadera respondió algo y Errabundo tradujo con la voz humana de la reina:

—Paz. Lo dudo, Reductor. Lo más probable es que busques margen de maniobra para comenzar de nuevo, para tratar de matarnos de nuevo.

—Quiero comenzar de nuevo, es verdad. Pero he cambiado. La «tímida maestra» me ha vuelto un poco... más blando. Algo que tú nunca conseguiste, progenitor.

—¿Qué? —Errabundo logró comunicar el sorprendido gimoteo de la reina.

—Tallamadera, ¿nunca has pensado en ello? Eres la manada más brillante que ha vivido en esta parte del mundo, tal vez la más brillante de todos los tiempos. Y las manadas que creaste también son brillantes. Pero ¿no te llaman la atención las más logradas? Creaste con demasiada brillantez. Ignoraste la endogamia y [cosas casi intraducibles] y me engendraste a mí. Con todas las... extravagancias que tanto te han afligido durante el último siglo.

—He pensado en ese error y he mejorado desde entonces.

—¿Sí? ¿Como con Vendaz? [Oh, mira los semblantes de mi reina. Eso le dolió de veras.] No importa, no importa. Vendaz tal vez constituya otro tipo de error. Lo cierto es que me hiciste a mí. Antes me parecía tu acto de mayor genio. Ahora no estoy tan seguro. Quiero conciliarme, vivir en paz. —Señaló con una de las cabezas a Ravna, y con otra la *FDB*, posada en Isla Oculta—. Y hay otras cosas en el universo a las cuales consagrar nuestro genio.

—Oigo la voz de tu antigua arrogancia. ¿Por qué he de confiar en ti ahora?

—Ayudé a salvar a los niños. Salvé la nave.

—Y siempre fuiste el mayor oportunista del mundo.

Reductor irguió las cabezas en un gesto despectivo.

—Tú tienes la ventaja, progenitor, pero aún me queda poder en el norte. Haz las paces, o tendrás más décadas de intrigas y guerras.

La respuesta de Tallamadera fue un chillido agudo.

—[Por si no lo has notado, eso fue un gesto de irritación.] ¡Qué poca vergüenza! Puedo matarte aquí mismo y asegurarme un siglo de paz.

—He apostado a que no me dañarías. Me garantizaste que no correría peligro, y uno de los elementos más fuertes de tu alma es tu odio a la mentira.

Los miembros traseros de Tallamadera se acuclillaron y los pequeños del frente avanzaron unos pasos hacia Reductor.

—¡Han pasado muchas décadas desde nuestro último encuentro, Reductor! Si tú puedes cambiar, ¿por qué no yo?

Por un instante Reductor se quedó petrificado. Luego una parte de él se incorporó despacio, moviéndose hacia Tallamadera. Las manadas que empuñaban las ballestas

alzaron sus armas. Reductor se detuvo a seis metros de Tallamadera. Movi6 las cabezas, estudiando a la reina. Al fin dijo con admiraci6n:

—Claro que s6. Tallamadera, despu6s de tantos siglos, ¿has renunciado a ti misma? Estos nuevos...

—No son todos m6os. Es verdad.

Por alguna raz6n, Errabundo se re6 al o6do de Ravna.

—Oh. Bien... —Reductor retrocedi6 a su posici6n anterior—. A6n quiero la paz.

—[La reina parece sorprendida.] T6 tambi6n pareces cambiado. ¿Cu6ntos de ti son de Reductor?

Una larga pausa.

—Dos.

—Muy bien. Seg6n las condiciones, habr6 paz.

Extrajeron mapas. Tallamadera pregunt6 la posici6n de las tropas principales de Reductor. Quer6a desarmarlas y asignar dos o tres manadas de ella a cada unidad, que se comunicar6an por heli6grafo. Reductor entregar6a las t6nicas radiales y se someter6a a observaci6n. Ceder6a Isla Oculta y Colina de la Astronave a Tallamadera. Los dos trazaron nuevas fronteras y negociaron el control que la reina ejercer6a en las comarcas restantes.

El sol lleg6 a su punto de mediod6a en el cielo meridional. En los campos, los labriegos hab6an abandonado su crispada vigilia. Los 6nicos observadores tensos eran las manadas que empuñaban las ballestas.

Al fin Reductor se alej6 de los mapas.

—S6, s6. Tu gente puede observar mi trabajo. Ya no habr6a experimentos cruentos. Ser6 un sereno compilador de conocimientos [¿un sarcasmo?], como t6.

Tallamadera hizo ondular las cabezas.

—Tal vez. Con la dos-patas de mi parte, estoy dispuesta a arriesgarme.

Reductor se incorpor6. Ayud6 al miembro tullido a subir al carro.

—Una cosa m6s, querida Tallamadera. Un detalle. Mat6 a dos de Acero cuando 6l intentaba destruir la nave de Jefri. [En realidad quedaron aplastados como insectos. Ahora sabemos c6mo se lastim6 Reductor.] ¿Tienes al resto de 6l?

—S6. —Ravna hab6a visto lo que quedaba de Acero. Ella y Johanna hab6an visitado a los heridos. Tal vez fuera posible adaptar los primeros auxilios de la *FDB* a los p6as. Pero, en el caso de Acero, exist6a cierta curiosidad vengativa: esa criatura hab6a sido responsable de muchas muertes innecesarias. Lo que quedaba de Acero no necesitaba atenci6n m6dica: s6lo ten6a una pata torcida y algunos rasgu6os y Johanna sospechaba que 6l mismo se los hab6a infligido. Pero la manada resultaba una criatura lamentable, perturbadora. Se hab6a acurrucado en una esquina de su corral, temblando de terror, agitando las cabezas. Abr6a y cerraba las mand6bulas o un miembro echaba a correr hacia la cerca. Una manada de tres no pose6a inteligencia

humana, pero ésta podía hablar. Al ver a Ravna y Johanna, abrió los ojos mostrando los blancos y parloteó en un samnorsk casi ininteligible. Su discurso era una horrible mezcla de súplicas y amenazas y «no cortéis, no cortéis». La pobre Johanna rompió a llorar. Había pasado un año odiando a la manada Acero, pero dijo: «Ellos también parecen ser víctimas. Es malo ser tres, pero nadie les dejará ser más.»

—Bien —continuó Reductor—, me gustaría tener la custodia de lo que queda...

—¡Jamás! Acero era casi tan listo como tú; aunque tan loco que pudimos derrotarlo. No le reconstruirás.

Reductor clavó todos los ojos en la reina.

—Por favor, Tallamadera. Es una nimiedad, pero prefiero romper todo el trato —señaló los mapas—, a aceptar una negativa.

Los arqueros se pusieron tensos. Tallamadera se acercó a Reductor, tanto que sus sonidos mentales debieron entrechocar. Unió todas las cabezas en una mirada severa.

—Si esto carece de importancia, ¿por qué arriesgarlo todo por su causa?

Reductor unió sus miembros que se miraron fijamente. Ravna aún no había visto ese gesto.

—¡Es cosa mía! Es decir... Acero fue mi mayor creación. En cierto modo, me enorgullece. Además soy responsable de él. ¿No sientes lo mismo con Vendaz?

—Tengo mis planes para Vendaz. [Además, Vendaz todavía está entero. Me temo que la reina le hizo demasiadas promesas.]

—Quiero compensarle a Acero el daño que le causé. Tú lo entiendes.

—Lo entiendo. He visto a Acero y entiendo tus métodos: los cuchillos, el temor, el dolor. No te daré otra oportunidad.

A Ravna le sonó como una música suave, algo que venía desde lejos en una exquisita mezcla de acordes. Pero era la respuesta de Reductor y la voz de Errabundo traducía sin el menor sarcasmo:

—No habrá cuchillos ni cortes. Conservo mi nombre porque corresponde a otros rebautizarme cuando al fin acepten que Tyrathect ganó, a su manera. Dame esta oportunidad, Tallamadera, te lo suplico.

Las dos manadas se miraron un instante en silencio. Hasta Errabundo optó por callar en vez de preguntar si esto era una mentira o el nacimiento de una nueva alma.

Fue Tallamadera quien decidió.

—Muy bien, puedes llevártelo.

Errabundo Wickwracktriz estaba *volando*. Era un peregrino que recordaba leyendas de mil años de antigüedad, pero ninguna de ellas se aproximaba a esto. Se habría puesto a cantar pero habría torturado a sus pasajeros, que ya estaban bastante disconformes con su torpe pilotaje, aunque ellos lo atribuían simplemente a su inexperiencia.

Errabundo surcaba las nubes, bailaba con las cabezas de tormenta. Cuántas horas de su vida había mirado las nubes, sondeando sus honduras... Ahora estaba dentro de ellas, explorando cuevas dentro de cuevas dentro de cuevas, catedrales de luz.

Bajo las nubes deshilachadas, el Gran Océano del Oeste se extendía hasta el infinito. Por el sol y los instrumentos de la nave, sabía que estaban cerca del ecuador y ya estaban ocho mil kilómetros al sudoeste de Dominio de Tallamadera. Las imágenes que la *FDB* había tomado desde el espacio indicaban que allí había islas y también los viejos recuerdos de Errabundo. Pero hacía tiempo que él no se aventuraba en esos parajes, y ya no esperaba ver los reinos isleños en vida de sus actuales miembros.

Y de pronto regresaba. *¡Por el aire!*

La lanzadera de la *FDB* era una maravilla, y no tan extraña como le había parecido en medio de la batalla. Aún no había averiguado cómo programarla para el vuelo automático y tal vez nunca lo consiguieran. Entretanto, la pequeña nave funcionaba con unos toscos componentes electrónicos. El agrávido requería un ajuste continuo y los controles estaban desparramados en la periferia de proa, muy cómodos para las frondas de un escroditá o los miembros de una manada. Con la ayuda de los visitantes y de los manuales de la *FDB*, Errabundo había tardado sólo unos días en aprender a conducirla. Se trataba de extender la mente para consagrarla a todas las tareas. El aprendizaje le había requerido horas felices en las que no habían faltado sustos, pérdidas del control, acrobacias involuntarias. Pero ahora la máquina era como una extensión de sus mandíbulas y zarpas.

Desde que descendieron de las rojizas alturas y comenzaron a jugar entre las nubes, Ravna se veía cada vez más incómoda. Después de una cabriola que le revolvió el estómago, preguntó:

—¿Podrás aterrizar sin dificultades? Tal vez debimos haberlo postergado hasta que pudieras volar mejor.

—Oh sí, oh sí. Pronto atravesaremos este frente de tormenta. —Errabundo se zambulló en las nubes y giró unas decenas de kilómetros hacia el este. El tiempo estaba despejado y el rumbo era más adecuado para su destino. Secretamente avergonzado, decidió no hacer más piruetas. *Durante el viaje de ida, al menos.*

Su otra pasajera habló, por segunda vez en ese vuelo de dos horas.

—Me gustó —dijo Tallo Verde. La voz del vóder cautivaba a Errabundo. Banda estrecha, en general, pero con pequeñas modulaciones altas—. Fue como estar bajo la rompiente, sintiendo que las frondas se mecen con el mar.

Errabundo había procurado conocer a la escroditá. Esa criatura era la única alienígena no humana en ese mundo, y más difícil de entender que los dos-patas. Parecía soñar la mayor parte del tiempo, y se olvidaba de todo salvo de las cosas que

le sucedían una y otra vez. En parte eso se explicaba por su primitivo escrodo, según le explicó Ravna. Recordando que el compañero de Tallo Verde había corrido a través de las llamas, Errabundo lo creía. Allá entre los astros había cosas aún más extrañas que los dos-patas. La imaginación de Errabundo volaba.

En el horizonte vio un anillo oscuro y otro más allá.

—Pronto estarás en una verdadera rompiente.

—¿Ésas son las islas? —preguntó Ravna.

Errabundo miró los mapas de la pantalla mientras se remontaba hacia el sol.

—Sí, en efecto.

Pero no importaba. El Océano del Oeste tenía más de doce mil kilómetros de longitud y todos los trópicos estaban salpicados de atolones y archipiélagos. Este grupo sólo estaba un poco más aislado que los demás; la colonia isleña más próxima estaba a dos mil kilómetros.

Sobrevolaron la isla más cercana. Errabundo pasó sobre ella admirando los helechos tropicales que se aferraban al coral. Con la marea baja, sus raíces huesudas quedaban expuestas. No había terrenos chatos, así que voló hacia la próxima, que era más grande y tenía una bonita marisma dentro de la pared anular. Descendió suavemente y se posó en el suelo sin la menor sacudida.

Ravna Bergsndot le miró con cierta suspicacia. *Oh, oh.*

—Oye, estoy mejorando, ¿no crees? —dijo tímidamente.

Una pequeña isla deshabitada rodeada por un mar infinito. Los recuerdos originales ahora eran borrosos: su miembro Rum, que había sido nativo de los reinos isleños, había muerto. Pero todos sus recuerdos concordaban: el sol alto, la embriagadora humedad del aire, el calor que le empapaba las patas. El paraíso. El aspecto de Rum que aún vivía dentro de él era el más dichoso. Los años parecían esfumarse. Una parte de él había regresado a casa.

Ayudaron a Tallo Verde a descender. Ravna sostenía que el escrodo era una imitación inferior y sus nuevas ruedas un apéndice improvisado. Aun así, Errabundo estaba impresionado, cada una de las cuatro llantas tenía su propio eje. La escroditra pudo llegar casi hasta la cresta del coral sin asistencia de Ravna ni del peregrino; pero cerca del tope, donde los helechos tropicales eran más tupidos y sus raíces proliferaban por doquier, necesitó ayuda de ambos.

Luego llegaron al otro lado y pudieron ver el mar.

Una parte de Errabundo se adelantó, en parte para hallar el declive más suave, en parte para aproximarse al agua y oler la sal y las algas putrefactas. La marea bajaba y un millón de charcos se extendían al sol. Tres de sus miembros corrieron de charco en charco, echando una ojeada a las criaturas que pululaban en ellos. En su primer viaje a las islas le habían parecido las cosas más extrañas del mundo. Criaturas con

conchas, babosas de todas dimensiones y colores, plantas-animales que podían convertirse en helechos tropicales si quedaban atrapadas tierra adentro.

—¿Dónde quieres sentarte? —preguntó a la escroditita—. Si ahora vamos hasta la rompiente, quedarás un metro bajo el agua con la marea alta.

La escroditita no respondió, pero inclinó todas las frondas hacia el agua. Las ruedas del escrodo giraban con una extraña falta de coordinación.

—Llévemola más cerca —dijo Ravna.

Llegaron a una extensión de coral bastante chata, acribillada de agujeros de pocos centímetros de profundidad.

—Buscaré un buen sitio para nadar —dijo Errabundo. Echó a correr con todos sus miembros hacia donde el coral rompía las aguas, no se podía nadar por partes. Bien, lo cierto era que pocas manadas de tierra firme podían nadar y pensar al mismo tiempo. En general el agua las desorientaba. Ahora Errabundo sabía que era simplemente la gran diferencia en la velocidad del sonido en el aire y el agua. Pensar con todos los tímpanos sumergidos era como usar las túnicas radiales, se requería práctica y disciplina, y algunos no aprendían nunca. Pero los isleños siempre habían sido grandes nadadores y lo usaban para la meditación. ¡Ravna incluso pensaba que quizá las manadas descendieran de manadas de ballenas!

Errabundo llegó al borde del coral y miró hacia abajo. La rompiente ya no parecía tan amigable. Pronto averiguaría si el espíritu de Rum y sus propios recuerdos de la natación estaban a la altura de la realidad. Se quitó las casacas.

Todos a la vez. Es mejor con todos a la vez. Todos sus miembros se internaron torpemente en el agua. Confusión, cabezas que asomaban. *Mantenlas todas abajo.* Chapoteó, manteniendo las cabezas bajo el agua. En ocasiones asomaba una nariz para que ese miembro respirase. *¡Aún puedo hacerlo!* Los seis se deslizaron entre enjambres de calamares, nadaron entre frondas verdes y ondeantes. El mugido del mar le rodeaba por doquier, como el sonido mental de una vasta manada dormida.

Al cabo de unos minutos encontró un lugar plano y arenoso, protegido de la furia del océano. Regresó hacia donde el mar se estrellaba contra el pétreo coral y casi se rompió algunas patas al salir.

Era imposible salir todo al mismo tiempo y, durante unos momentos, cada miembro debió arreglárselas por su cuenta.

—¡Hola, aquí! —les gritó a Tallo Verde y Ravna. Se sentó a lamerse los cortes que se había hecho con el coral—. Encontré un lugar apacible.

Tallo Verde rodó hacia el borde, titubeó. Acarició la orilla con las frondas, *¿Necesitas ayuda?* Errabundo echó a andar pero Ravna se sentó al lado de la escroditita y se apoyó en la plataforma con ruedas. Al cabo de un momento, Errabundo se reunió con ellas. Permanecieron sentados un rato, la humana mirando al mar, la escroditita mirando a lo lejos, la manada mirando hacia todas partes. Era un lugar

apacible, a pesar (o a causa) del estruendo de las olas y la salpicadura de la espuma. Se sintió más relajado y remoloneó al sol. El agua de mar le espolvoreaba el pelaje con sal brillante. Al principio le agradaba lavarse pero... *puah*, la sal seca era un mal recuerdo. Las frondas de Tallo Verde se extendían sobre él, demasiado delgadas y estrechas para dar sombra, pero al menos brindaban un leve alivio.

Permanecieron así largo rato. Tanto, que a Errabundo le salieron ampollas en algunas narices y hasta la morena Ravna quedó tostada por el sol.

La escroditá tarareaba una especie de canción que, al cabo de largos minutos, se transformó en palabras.

—Es un buen mar, una buena orilla. Es lo que necesito ahora. Sentarme a pensar con mi propio ritmo por un rato.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Ravna—. Te echaremos de menos.

No era sólo una cortesía. Todos la echarían de menos. Aun con su mente a la deriva, Tallo Verde era la experta en las automatizaciones de la *FDB*.

—Mucho tiempo para tus pautas, me temo. Unas décadas... —contempló las olas unos minutos—. Ansío bajar allá. Ja, ja. En eso soy casi humana... Ravna, mis recuerdos están un poco embrollados ahora. Pasé doscientos años con Vaina Azul. A veces era malicioso y un poco despectivo, pero fue un gran mercader. Pasamos momentos maravillosos. Y al final pudiste ver su coraje.

Ravna asintió.

—Descubrimos un secreto terrible en el último viaje. Creo que eso le dolió tanto como el fuego del final. Te agradezco que nos hayas protegido. Ahora quiero pensar, dejar que la rompiente y el tiempo trabajen con mis recuerdos y los ordenen. Si este pobre escrodo de imitación está a la altura, quizás hasta elabore una crónica de nuestra búsqueda.

Tocó dos cabezas de Errabundo.

—Una cosa, caballero Errabundo. Demostráis gran confianza al darme libertad en vuestros mares... Pero debéis saber que Vaina Azul y yo estábamos preñados. Llevo la bruma de nuestros huevos comunes dentro de mí. Si me dejas aquí, habrá nuevos escroditas en esta isla en años futuros. Por favor, no lo tomes como una traición. Quiero recordar a Vaina Azul con estos hijos... pero humildemente: nuestra especie ha compartido diez millones de mundos y nunca fue mala con sus vecinos... excepto en un modo que Ravna puede revelarte y que no puede suceder aquí.

Tallo Verde no estaba interesada en la franja de arena protegida que había descubierto Errabundo. Quería el lugar donde el oleaje se estrellaba con mayor fuerza. Les llevó más de una hora encontrar un sendero hasta ese sitio turbulento, y otra media hora llevar a la escroditá y su escrodo hasta el agua. Errabundo ni siquiera intentó nadar allí. La roca coralina se extendía por doquier, en algunos sitios verde y viscosa, en otros afilada como una navaja. Si permanecía cinco minutos en esa

trituratora, estaría demasiado débil para salir. Era extraño que en esas aguas hubiera tanto verdor. Rebosaba de hierbas marinas y enjambres de jejenes de mar.

Ravna estaba más cómoda; en el punto más profundo, aún podía hacer pie. Se irguió en la espuma, equilibrándose con pies y brazos, y empujó el escrodo por la roca. Una vez dentro, el aparato se hundió hacia el fondo.

Ravna miró a Errabundo dando a entender que todo iba bien. Luego se acuclilló un instante, aferrándose al escrodo. El oleaje se estrelló sobre ambos, ocultándolo todo salvo las frondas más altas de Tallo Verde. Cuando la espuma se retiró, Errabundo notó que las frondas más bajas cubrían la espalda de la humana y oyó un ininteligible zumbido de vóder.

La humana se levantó y enfiló hacia las rocas donde estaba Errabundo, quien extendió algunas zarpas para ayudarla. Ella trepó a la viscosidad verde y la blancura coralina.

Errabundo siguió a la tambaleante Dos-Patas hacia la cresta de helechos tropicales. Se detuvieron a la sombra y ella se sentó, apoyándose en el tronco de un helecho. Lastimada y magullada, parecía tan herida como Johanna en un tiempo.

—¿Estás bien?

—Sí. —Ella se pasó las manos por el cabello desaliñado. Luego le miró riendo—. Parecemos heridos de guerra.

Sí. Pronto necesitaría un baño de agua fresca. Desde la cresta del atolón veían el lugar donde estaba Tallo Verde. Ravna miraba hacia allá, olvidando sus leves heridas.

—¿Cómo le puede gustar ese sitio? —preguntó intrigado Errabundo—. Imagínate, un golpe tras otro.

Ravna sonrió, pero sin dejar de mirar el oleaje.

—Hay cosas extrañas en el universo, Errabundo. Me alegra que aún no hayas leído sobre algunas. Donde el oleaje se encuentra con la costa... allí pueden pasar muchas cosas. Has visto la vida que bulle en esa turbulencia. Así como las plantas aman el sol, hay criaturas que aprovechan las diferencias de energía de esa zona limítrofe. Allí tienen el sol, el oleaje y la riqueza de la suspensión... Aun así, debemos vigilar un poco más. —Con cada movimiento del oleaje, veían emerger las frondas de Tallo Verde. Errabundo ya sabía que esas extremidades no eran fuertes, pero comenzaba a comprender que eran muy resistentes—. Ella estará bien, aunque ese escrodo barato no dure demasiado. Es posible que la pobre Tallo Verde termine sin ninguna automatización... ella y sus hijos, los escroditas más menores.

Ravna se volvió hacia la manada. Aún sonreía. *¿Intrigada, pero complacida?*

—¿Conoces el secreto que mencionó Tallo Verde?

—Tallamadera me contó lo que tú le contaste.

—Me alegra y me sorprende que permitiera que Tallo Verde viniera aquí. La mentalidad medieval... perdón, la mayoría de las mentalidades... querrían matar

antes de correr el menor riesgo con algo como esto.

—Entonces, ¿por qué se lo contaste a la reina? —*Sobre la perversión del escrodo.*

—Es vuestro mundo. Estaba harta de jugar a Dios con el secreto. Y Tallo Verde estuvo de acuerdo. Si la reina hubiera rehusado, Tallo Verde habría usado una caja de sueñofrío de la *FDB*. —*Y probablemente hubiera dormido para siempre*—. Pero Tallamadera no rehusó. Comprendió mi explicación: es posible pervertir los escrodos más grandes, pero Tallo Verde ya no tiene el suyo. Dentro de una década, las costas de esta isla estarán pobladas por cientos de jóvenes escroditas, pero nunca establecerán colonias fuera del archipiélago sin autorización de los lugareños. El peligro está desapareciendo, pero me sorprende que Tallamadera lo asumiera.

Errabundo se sentó en torno de Ravna y sólo un par de ojos miraba hacia el mar. *Mejor dar alguna explicación.* Ladeó una cabeza.

—Claro que somos medievales, Ravna... aunque estamos cambiando deprisa. Admiramos el valor de Vaina Azul frente al fuego. Semejante acto merece una recompensa. Y la gente medieval está habituada a convivir con la traición. ¿Qué hay si el riesgo tiene una dimensión cósmica? Para nosotros, eso no implica que sea más mortífero de lo que es. Nosotros, los primitivos, convivimos con ello todo el tiempo.

—¡Ja! —rió Ravna, divertida ante ese tono displicente.

Errabundo rió entre dientes, sacudiendo las cabezas. Su explicación era la verdad, pero no toda la verdad, ni siquiera la parte más importante. Recordó el día anterior, cuando él y Tallamadera habían decidido cómo encarar la petición de Tallo Verde. Al principio Tallamadera tenía miedo de ese maligno secreto de miles de millones de años. Incluso poner esa criatura en sueñofrío era un riesgo. La decisión más prudente, la más *medieval*, habría sido otorgar el requerimiento, dejar a la escroditas en esa isla remota y regresar furtivamente un par de días después para despacharla.

Errabundo se había sentado junto a la reina, en una cercanía que sólo las parejas y los familiares podían permitirse sin perder la lucidez.

—Demostraste más honor con Vendaz —le dijo. El asesino de Gramil aún permanecía impune.

Tallamadera agitó las mandíbulas. La impunidad de Vendaz le molestaba y Errabundo lo sabía.

—Sí, y estos escroditas sólo nos han demostrado valor y honestidad. No dañaré a Tallo Verde. Pero tengo miedo. Con ella, existe un peligro que va más allá de las estrellas.

Errabundo rió. Quizá fuera locura de peregrino, pero...

—Y es de esperar, mi reina. Grandes riesgos por grandes ganancias. Me place estar cerca de los humanos. Me place tocar a otra criatura y pensar al mismo tiempo. —Se aproximó al miembro más cercano de Tallamadera y luego se retiró a una distancia más racional—. Incluso sin sus naves estelares y sus datasets, podrían

reconstruir nuestro mundo. ¿Has notado cuan fácil nos resulta aprender lo que saben? A Ravna aún le cuesta creer que hablemos tan bien su idioma. Todavía no ha comprendido cuan exhaustivamente hemos estudiado el dataset. Y su nave es fácil de manejar, mi reina. Yo no entiendo los principios físicos, pero ni siquiera todos ellos lo entienden. El equipo es fácil de dominar, a pesar de los fallos que ha sufrido. Sospecho que Ravna nunca podrá pilotar la nave agrávida tan bien como yo.

—Pero tú puedes tocar todos los controles al mismo tiempo.

—En parte es por eso, pero creo que los púas tenemos mentes más flexibles que los pobres dos-patas. ¿Puedes imaginar cómo será cuando confeccionemos más túnicas radiales, cuando fabriquemos nuestras propias máquinas volantes?

Tallamadera sonrió con tristeza.

—Sueñas, Errabundo. Estamos en la Zona Lenta. El agrávido se consumirá en pocos años. Nuestros logros siempre serán inferiores a los que anhelas.

—Mira la historia humana. Nyjora tardó menos de dos siglos en recobrar el viaje espacial después de su edad oscura. Y nosotros tenemos mejor documentación que sus arqueólogos. Nosotros y los humanos formamos un equipo maravilloso. Ellos nos han dado la libertad para ser todo lo que deseamos. —*Un siglo para poseer naves espaciales, tal vez otro para comenzar a construir naves estelares sublumínicas. Y algún día saldrían de la Zona Lenta. Me pregunto si las manadas podrán ser mayores de ocho en el Trascenso.*

Las partes más jóvenes de Tallamadera se levantaron, paseándose en torno al resto. La reina estaba intrigada.

—¿Entonces crees, como Acero, que somos una especie particular, con un destino feliz en el Allá? Interesante, excepto por un detalle. Estos humanos son lo único que conocemos del espacio exterior. ¿Cómo serán las demás especies? El dataset no puede darnos una respuesta satisfactoria.

—En efecto, Tallamadera, y por eso Tallo Verde es tan importante. Necesitamos experiencia con más de una especie. Al parecer los escroditas son muy comunes en el Allá. Los necesitamos para hablar con ellos. Necesitamos descubrir si son tan divertidos y útiles como los dos-patas. Aunque el riesgo fuera diez veces mayor, aun te pediría que concedas su deseo a esta escroditita.

—Sí, si deseamos cumplir nuestras aspiraciones necesitamos saber más. Necesitamos correr algunos riesgos.

La reina dejó de pasearse y volvió todos los ojos hacia Errabundo en un gesto de sorpresa. Se echó a reír.

—¿Qué hay?

—Algo que hemos pensado antes, querido Errabundo, pero ahora veo cuan cierto podría ser. Estás siendo un poco artero y calculador. Un buen estadista que sabe planificar de cara al futuro.

—Pero mi objetivo es aún una peregrinación.

—Claro... Y en cuanto a mí, no me preocupo tanto por la seguridad y la planificación. —*Algún día visitaremos las estrellas*. Sus cachorros se menearon alegremente—. Hay en mí algo del peregrino.

Se apoyó sobre los vientres y se arrastró hacia él. La conciencia se disolvió en una bruma de deseo amoroso. Las últimas palabras que recordaba Errabundo eran:

—Qué maravillosa suerte. Que yo hubiera envejecido y necesitara renovarme, y que tú fueras el cambio que necesitábamos.

La atención de Errabundo volvió hacia el presente. Ravna aún le sonreía. Extendió una mano para acariciarle una cabeza.

—Mentalidad medieval...

Permanecieron un par de horas a la sombra de los helechos, mirando la marea. El sol, que había alcanzado su máxima altura en esa región, iniciaba su descenso. La transparencia de la luz y el movimiento del sol eran los elementos más extraños de esa escena. El sol estaba muy alto, y descendía rectamente, sin la suave curva que trazaba en las tardes árticas. Errabundo casi había olvidado lo que era estar en las comarcas del ocaso breve.

Ahora la rompiente estaba a treinta metros tierra adentro del lugar donde había dejado a la escroditá. La luna seguía al sol en el horizonte. El agua no se elevaría más. Ravna se irguió, se cubrió los ojos.

—Hora de irnos.

—¿Crees que ella estará a salvo?

Ravna asintió.

—Tallo Verde tuvo tiempo suficiente para verificar si había venenos o depredadores. Además, está armada.

La humana y la manada enfilaron hacia la cresta del atolón. Errabundo seguía mirando al mar con un par de ojos. La rompiente ya había superado a Tallo Verde, que estaba en pleno oleaje. Dos frondas se mecían blandamente en las aguas.

El verano se despidió de las tierras que rodeaban Isla Oculta. Hubo algunas lluvias y cesaron los incendios forestales. Pronto llegaría la cosecha, a pesar de la guerra y la sequía. Cada día el sol se hundía más detrás de las colinas del norte, en un crepúsculo que se ahondaba con el transcurso de las semanas, hasta que una medianoche hubo plena noche. Y estrellas.

Fue casi una coincidencia que tantas cosas sucedieran la última noche de verano. Ravna llevó a los niños a mirar las estrellas en los campos del Castillo de la Astronave.

Allí no había bruma urbana, ni siquiera industria espacial. Nada empañaba la vista del cielo excepto unas pinceladas rosadas al norte, un crepúsculo o una aurora. Los cuatro se acomodaron en el musgo escarchado y miraron alrededor. Ravna inhaló profundamente. No quedaban cenizas en el aire, sólo una limpia frescura, una promesa del invierno.

—La nieve llegará a la altura de tus hombros, Ravna —dijo Jefri, entusiasmado—. Te encantará.

—Puede ser malo —dijo Johanna Olsndot. No se había opuesto a acompañarles aquella noche, pero Ravna sabía que hubiera preferido quedarse en Isla Oculta para pensar en las actividades del día siguiente.

Jefri lo comprendía... *no, el que hablaba era Amdi*. Nunca curarían a esos dos del hábito de fingir que uno era el otro.

—No te preocupes, Johanna. Te ayudaremos.

Todos callaron un instante. Ravna miró colina abajo. Estaba demasiado oscuro para ver el barranco de seiscientos metros, demasiado oscuro para ver el fiordo y las islas. Pero veían la luz de las antorchas en las almenas de Isla Oculta. Allá, en las mazmorras de Acero, donde ahora gobernaba Tallamadera, se hallaban todas las cajas de sueñofrío. Ciento cincuenta y un niños dormían allá, los últimos supervivientes del vuelo de la nave straumiana. Johanna afirmaba que era posible revivir a la mayoría, con mejores probabilidades cuanto antes lo hicieran. La idea había entusiasmado a la reina. Habían reconstruido grandes sectores del castillo, adaptándolos a las necesidades humanas. Isla Oculta estaba bien protegida de los vientos más crudos. Si era posible revivirlos, los niños podrían vivir allí sin inconvenientes. Ravna quería a Jefri, Johanna y Amdi, pero ¿podría manejar a ciento cincuenta niños más? Tallamadera no parecía abrigar temores. Tenía planes para una escuela donde los púas aprenderían de los humanos y los niños aprenderían de este mundo. Observando a Jefri y Amdi, Ravna vislumbraba los resultados. Esos dos tenían una relación más estrecha que cualquier niño que ella hubiera conocido y eran más competentes.

Y no era sólo por el genio matemático de los cachorros. Eran competentes en otros sentidos.

Los humanos y las manadas congeniaban y Tallamadera tenía la astucia de sacar partido de ello. Ravna sentía afecto por la reina, y aún más por Errabundo, pero a fin de cuentas las manadas serían las más beneficiadas. Tallamadera comprendía las limitaciones de su especie. Los documentos que poseían se remontaban a diez mil años atrás. Durante toda su historia documentada habían estado atrapados en culturas que no eran mucho más avanzadas que la presente. A pesar de su aguda inteligencia, tenían una desventaja abrumadora: no podían colaborar de cerca sin perder esa inteligencia. Sus civilizaciones estaban constituidas por mentes aisladas, introvertidos a la fuerza que nunca superarían ciertas barreras. El afán de Errabundo, Escrúpilo y

otros de obtener contacto con los humanos lo testimoniaba. *A la larga, podremos sacar a los púas de este callejón sin salida.*

Amdi y Jefri reían traviesamente y la manada enviaba cachorros casi hasta los límites de su conciencia. En aquellas semanas, Ravna había aprendido que esa actividad bullanguera era un hábito de Amdi, que su lentitud inicial había sido producto de su decepción con Acero. Cuan perverso (¿o cuan maravilloso?)... que un monstruo como Acero pudiera ser objeto de tanto amor.

—Mira hacia todas partes, dime dónde mirar —gritó Jefri. Un silencio, y luego—: ¡Allá!

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Johanna con cierta irritación.

—Buscando meteoros —dijeron ambos—. Sí, yo miro hacia todas partes y le indico a Jefri dónde mirar cuando pasa uno. ¡Allá!

Ravna no vio nada, pero el niño había girado abruptamente ante la señal de su amigo.

—Magnífico —dijo la voz de Jefri—. Ése pasó a cuarenta kilómetros de altura, velocidad...

Farfullaron unos segundos. Incluso con la visión amplia de la manada, ¿cómo podían saber la altura?

Ravna se reclinó en el hueco formado por el musgo. Los lugareños le habían confeccionado una buena chaqueta y apenas sentía el frescor del suelo. Arriba, las estrellas. Tiempo para pensar, para tener un poco de paz antes de todas las cosas que comenzarían mañana. Madre de ciento cincuenta niños... *y yo que me creía bibliotecaria.*

En su mundo natal amaba el cielo nocturno: de un vistazo podía ver las otras estrellas de Sjandra Kei, a veces los otros mundos. Amaba el cielo de su hogar. Por un instante el fresco de la noche formó parte de un invierno que no se iría nunca. Lynne, sus padres, Sjandra Kei. Toda su vida hasta tres años atrás. Todo se había esfumado. *No pienses en ello.* En alguna parte quedaban los restos de la flota Aniara, los restos de su gente. Kjet Svensndot, Tirolle y Glimfrelle. Les había conocido sólo por unas horas, pero eran de Sjandra Kei y la habían salvado. Ellos vivirían. Seguridad Comercial SjK tenía algunos estatocoletores en la flota. Podrían hallar un mundo, no aquí, sino más cerca del lugar de la batalla.

Ravna reclinó la cabeza, escrutando el cielo. ¿*Dónde?* Tal vez ni siquiera por encima del horizonte. Aquí el disco galáctico era un fulgor que trepaba en el cielo casi en ángulo recto con la eclíptica. No se apreciaba su forma ni la posición que ellos ocupaban; la perspectiva más amplia se sacrificaba a esplendores cercanos, los brillantes nódulos de los cúmulos abiertos, gemas congeladas contra la luz más tenue. Pero bajo el horizonte meridional había dos deshilachadas nubes de luz. ¡Las Nubes de Magallanes! De pronto la geometría concordó, y el universo dejó de ser totalmente

desconocido. *La flota Aniara estaría...*

—¿Podemos ver el reino de Straumli desde aquí? —preguntó Johanna. Durante más de un año había tenido que actuar como una adulta. A partir de mañana, desempeñaría ese papel para siempre. Pero ahora hablaba con voz tímida, aniñada.

Ravna abrió la boca para decir que era muy improbable.

—Quizá podamos, quizá podamos —intervino Amdi. La manada se había juntado para compartir cálidamente la compañía de los humanos—. Estuve leyendo la posición de los astros en el dataset y tratando de ver cómo casa con lo que vemos. —Un par de narices se perfilaron contra el cielo un instante, el equivalente de un humano señalando eufóricamente el firmamento—. Los objetos más brillantes que vemos sólo tienen un brillo local. No son buenas guías. —Señaló un par de cúmulos abiertos, afirmó que concordaban con cosas que había hallado en el dataset. Amdi también había reparado en las galaxias Magallánicas y sus deducciones llegaban más lejos que las de Ravna.

—Pues bien, el reino Straumli estaba —*estaba... bien dicho niño*— en el Allá Alto, pero cerca del disco galáctico. ¿Veis ese gran cuadrilátero de estrellas? Nosotros lo llamamos el Gran Cuadrado. A la izquierda de la esquina superior, a seis mil años-luz, estaría el reino de Straumli.

Jefri se arrodilló y miró en silencio.

—Pero ¿se puede ver algo a tanta distancia?

—No las estrellas de Straumli, pero a sólo cuarenta años-luz de Straum hay una gigante blanco azulada...

—Sí —susurró Johanna. Storlys. Era tan brillante que proyectaba sombras de noche.

—Bien, ésa es la cuarta estrella más brillante a partir de esa esquina. Forman casi una línea recta. Yo puedo verlas, así que vosotros podéis.

Johanna y Jefri callaron largo rato, mirando ese sector del cielo. Ravna apretó los labios con furia. Éstos eran buenos niños y habían pasado por un infierno. Sus padres habían luchado para impedir ese infierno, habían escapado de la Plaga con los medios para destruirla. Pero ¿cuántos millones de especies habían vivido en el Allá, habían sondeado el Trascenso y habían pactado con los demonios? ¿Cuántas más se habían destruido? Ah, pero eso no había sido suficiente para el reino de Straumli. Se habían internado en el Trascenso para despertar algo que podía adueñarse de una galaxia.

—¿Crees que queda alguien allá? —preguntó Jefri—. ¿Crees que somos los únicos que quedan?

Su hermana le rodeó con un brazo.

—Quizás. Aunque no esté el reino de Straumli, el resto del universo aún está allá. —Una risa débil—. Papá, mamá, Ravna y Pham detuvieron la Plaga. —Señaló el cielo—. Salvaron casi todo.

—Sí —dijo Ravna—, estamos salvados, y a salvo, Jefri. Para comenzar de nuevo.

Había algo de cierto en ese consuelo. Las sondas zonales de la nave aún funcionaban. Un solo punto de medición no sirve para una zonografía precisa, pero Ravna había confirmado que estaban en el corazón del nuevo volumen de la Lentitud, el volumen creado por la Venganza de Pham. Y, más importante aún, la *FDB* no detectaba variaciones en la intensidad zonal. Los temblores de meses atrás habían cesado. Esta nueva situación tenía una firmeza que sólo vacilaría con el transcurso de los milenios.

Cincuenta grados a lo largo del río galáctico había un retazo de cielo poco llamativo. Ravna no lo señaló, pero lo que encerraba de interesante estaba mucho más cerca, a menos de treinta años-luz: la flota de la Plaga. Moscas atrapadas en ámbar. A saltos normales en el Allá Bajo, estaban a pocas horas de distancia cuando Pham creó la gran *ola*. ¿Y ahora...? Si hubieran sido lugres, naves con estatocoletores, habrían franqueado esa brecha en menos de cincuenta años. Pero la flota Aniara había hecho un sacrificio y había seguido el consejo de la esquirla divina. Y, sin saberlo, había derrotado a la Plaga, pues no le había dejado una sola nave capaz de desplazarse en la Zona Lenta. Quizá tuvieran capacidad para entrar en el sistema, a pocos kilómetros por segundo. Pero ya no, no aquí abajo, donde una nueva construcción no era cuestión de agitar una varita mágica. La fuerza de exterminio de la Plaga pasaría cerca del mundo de los púas dentro de miles de años. Tiempo suficiente.

Ravna se apoyó en uno de los hombros de Amdi. Él se le acurrucó contra el cuello. Los cachorros habían crecido bastante en los últimos meses. Al parecer Acero detenía antes ese crecimiento mediante drogas retardadoras. Ravna escrutó la oscuridad y el fulgor: más allá se hallaban todas las Zonas. ¿Y dónde estaban ahora los límites?

La Venganza de Pham era tremenda. Quizá debiera llamarla la Venganza de Antiguo. No, era mucho más que eso. Antiguo era sólo una víctima reciente de la Plaga. Antiguo no era más que la comadrona de esa Venganza. La primera causa debía ser tan antigua como la Plaga original y más poderosa que los Poderes.

Pero fuera cual fuese su causa, la ola había logrado algo más que una venganza. Ravna había estudiado las mediciones de intensidad zonal efectuadas por la nave. Era una mera estimación, pero Ravna sabía que estaban atrapados entre mil y treinta mil años-luz de profundidad en la Lentitud. Sólo los Poderes sabían hasta dónde la ola había empujado la Lentitud... y quizás algunos Poderes hubieran perecido en esa conmoción. Era como una visión de un Armagedón planetario, la pesadilla de las civilizaciones primitivas, pero elevada a una escala galáctica. La Lentitud había engullido un gran trozo de la Vía Láctea. No sólo las naves de la Plaga eran moscas atrapadas en ámbar. Toda la bóveda del firmamento —con excepción de las tenues y remotas Magallánicas— era una tumba de Lentitud. Muchos debían de estar vivos

allá afuera, ¿pero cuántos millones de naves estelares habían quedado atrapadas entre los astros? ¿Cuántas automatizaciones habían fallado, matando a las civilizaciones que dependían de ellas? El cielo callaba. En cierto sentido la Venganza era peor que la Plaga misma.

¿Y qué había de la Plaga... no de la flota que perseguía a la *FDB*, sino de la Plaga misma? Era una criatura del Tope y del Trascenso. A gran distancia, abarcaba gran parte del cielo que veían esa noche. ¿La venganza de Pham la habría detenido? Sin duda, si todo el sacrificio tenía algún sentido. Una conmoción tan grande que había elevado la Lentitud a miles de años-luz, a través del Allá Bajo y Medio, más allá de las grandes civilizaciones del Tope y hacia el Trascenso. *Con razón ansiaba tanto detenernos*. Un Poder sumergido en la Lentitud ya no era un Poder, quizá ni siquiera una criatura viviente. Siempre que... Siempre que la ola de Pham pudiera elevarse tanto.

Y eso es algo que nunca sabré.

Cripto: 0

Recepción:

Senda lingüística: Óptima

De: Sociedad Pro Investigaciones Racionales

Asunto: Mensaje ping

Frases clave: ¡Auxilio!

Síntesis: ¿Se ha producido una nueva partición de la red, o qué?

Distribución: Amenaza de la Plaga

Sociedad para la Gestión Racional de la Red

Grupo de Intereses Analistas de Guerras

Fecha: 0,412 mseg desde pérdida de contacto

Texto del mensaje:

Aún no he recobrado el contacto con ningún emplazamiento de la Red conocida que esté en el sentido de la rotación. Al parecer, estoy al borde de una catástrofe.

A quienes reciban este mensaje: ¡Responded, por favor! ¿Estoy en peligro?

Para vuestra información, no tengo problemas en comunicarme con sitios que estén en dirección contraria. Entiendo que se está realizando un esfuerzo para encauzar mensajes por la galaxia usando el camino más largo. Al menos eso nos daría una idea de la magnitud de la pérdida. Nada ha regresado aún, lo cual no me sorprende, teniendo en cuenta la gran cantidad de retransmisiones y los gastos.

En el ínterin, envío estos pings, gastando enormes recursos, pero es importante. He radiado en forma directa a todos los centros que están a mi

alcance en el sentido de la rotación. Ninguna respuesta.

Más terrible aún: he intentado transmitir «por arriba», es decir, utilizando emplazamientos conocidos del Trascenso que están por encima de la catástrofe. La mayoría no respondería normalmente, siendo los Poderes como son. Pero no he recibido *ninguna* respuesta. Allí reina un silencio como el de las Honduras. Parece que una parte del Trascenso ha sido devorada.

De nuevo, para quienes reciban este mensaje: ¡Responded, por favor!

FIN



VERNOR VINGE nació el año 1944 en Waukesha (Wisconsin) y creció en Okemos (Michigan). Ha obtenido un doctorado en matemáticas por la University of California, San Diego (UCSD) y, en la actualidad, es profesor asociado del Departamento de Matemáticas de la San Diego State University (SDSU). Sus intereses académicos se centran en la informática y, más concretamente, en los sistemas operativos y los sistemas distribuidos.

Viejo aficionado a la ciencia ficción, confiesa haber leído a Heinlein a los siete años y haber escrito como aficionado durante doce años, hasta su primera venta lograda cuando aún era estudiante en Michigan. Su primer relato, publicado en 1965, se titulaba «*Apartness*» y apareció en la revista inglesa *NEW WORLDS* editada por Michael Moorcock. Posteriormente «*Bookworm Run*» apareció en marzo de 1966 en *ANALOG* donde ha ido publicando la mayor parte de su escasa pero interesante obra.

Su actividad profesional como científico le deja escaso tiempo para escribir, pero su apellido es famoso gracias a su ex-esposa Joan D. Vinge a quien inició en el género. Quizá por ello la obra propia de Vernor Vinge ha sido poco conocida hasta ahora pese a su indudable calidad e interés. Vernor utiliza la ciencia como base y soporte de su narrativa y por ello ha sido etiquetado como un autor de ciencia ficción «hard», aunque su obra se orienta más claramente a profundizar en el proceso mental de los seres humanos, estudiando lo que puede ocurrir cuando la gente se enfrenta a acontecimientos inusuales.

Pese a su escasa producción, ha sido varias veces nominado para los premios mayores de la ciencia ficción tanto en novela como en relatos y novela corta. Sus

novelas incluyen *GRIMM'S WORLD* (1969), *THE WITLING* (1976) y la serie de las «burbujas» iniciada con *LA GUERRA DE LA PAZ* (1984, NOVA ciencia ficción, número 8) que fue finalista al premio Hugo de 1985 y su brillante continuación *NAUFRAGIO EN EL TIEMPO REAL* (1986, NOVA ciencia ficción, número 11) que fue también finalista del premio Hugo de 1987 y, al final, se alzó con el Premio Prometheus entregado en la CactusCon, la Convención Norteamericana de 1987.

La novela corta *True Names* (1981) fue nominada para los premios Hugo y Nebula y, más recientemente, también fue finalista del premio Hugo su relato *The Barbarian Princess* (1986). La mayoría de sus narraciones breves se han recogido finalmente en la antología *True Names and Other Dangers* (1987).

Finalmente, con su novela más reciente, *UN FUEGO SOBRE EL ABISMO* (1992), obtuvo el premio Hugo de 1993.